

550



68  
68

41550



Memoria de los dineros que tengo prestados

|                                                           |              |
|-----------------------------------------------------------|--------------|
| Al D <sup>o</sup> Domingo Peña N <sup>o</sup> de Villante | 0 8 2        |
| 15 D <sup>o</sup> Hermenegildo M <sup>o</sup>             | 1 2 2        |
| + D <sup>o</sup> Martin Freyre                            | 0 8 2 +      |
| + D <sup>o</sup> Juan Garcia Soria                        | 0 6          |
| + D <sup>o</sup> Juan Llorente                            | 0 2 1        |
| + Jacinto V <sup>o</sup> de Abar                          | 1 2 1        |
| + ala Montero V <sup>o</sup> de la Villa                  | 1 0 0 +      |
| + al D <sup>o</sup> Lorenzo Parada                        | 1 2 2 +      |
| año de 1792 = cuenta aparte                               | 2 2 8 2 5 =  |
| + Pedro Ximenes                                           | 0 2 2 - 17 + |

|                    |             |
|--------------------|-------------|
| + D. Martin Freyre | 3 1 8 - 17  |
|                    | 0 0 2 2 5 + |

mas • quatro<sup>s</sup> que le

di en mi quarto dia de

Mayo de 1795 = se ha va

sado en cuenta algunos dineros

de algunas Conuersiones

|           |
|-----------|
| 0 0 0 0   |
| 0 0 2     |
| deben en  |
| agudo 112 |

+ Algunas de las partidas estan anotadas

en otro Libro, las que no estan satisfe

+ Chas = Como Son, P<sup>o</sup> Ximenes 372<sup>s</sup>  
 rebatada m<sup>o</sup> Cargo de frago



De cuenta ahogada en 12 de D<sup>o</sup> de 1725 =  
Pedro Jimenez me debe 9  $\frac{2}{3}$  m<sup>o</sup> =

Juan<sup>ca</sup>, al V<sup>o</sup> de Castromorica me debe 6  $\frac{2}{3}$ , que  
le di prestados para el de 1726  
para el pleito contra Marco Martin su  
V<sup>o</sup> =

Juan<sup>co</sup>, quintero me debe 4  $\frac{2}{3}$  del Sep  
tero de su mujer Juan<sup>a</sup>, Vence = mas  
4  $\frac{2}{3}$  delos Castigos de las faltas de  
la Cofradia de las animas = mas  
20  $\frac{2}{3}$  del papel que di para pedir  
que se diesen las cuentas de su  
mujer =

07. En resumidas cuentas de todas  
las partidas del pleito con Juan  
An<sup>o</sup>, Posada V<sup>o</sup> de Villanueva, y Julian  
Gutierrez V<sup>o</sup> de Amaya, rebatados  
los gastos que hizo en Burgos D<sup>o</sup>,  
Lorenzo Posada, y el transporte de  
las 2<sup>as</sup> de casa, y tierra me de  
be D. Lorenzo veinte y dos  $\frac{2}{3}$  = 22



QUINTO CURCIO  
R U F O.  
DE LA VIDA,  
Y ACCIONES  
D E  
ALEXANDRO  
EL GRANDE.

TRADUCIDO DE LA LENGUA LATINA  
EN ESPAÑOLA

POR DON MATHEO IBÁÑEZ DE SEGOVIA  
*y Orellana, Marqués de Corpa, Cavallero del Orden  
de Calatrava.*

DEDICADO

AL ILUSTRÍSSIMO SEÑOR D. FRANCISCO ANTONIO  
Salcedo, Aguirre, Alaba, Iñunza, Arbizu, Diez, Aux de Armendariz:  
Del Consejo de su Magestad, en el Supremo de Indias: Intendente  
General de lo Politico, y Militar de el Exército de Andalucía, y  
Reyno de Sevilla: Corregidor de Plasencia, Salamanca, Jaén,  
Cordova, y Madrid: Primer Marqués del Vadillo,  
y Vizconde del Puerto.

CON LICENCIA.

EN MADRID: En la Oficina de LORENÇO FRANCISCO MOJADOS,  
Impressor de Libros en la Calle del Olivo Alto.  
Año de M. DCC. XXIII.

*A costa de Francisco Lasso, Mercader de Libros, vendese en  
su casa, enfrente de San Phelipe el Real.*



~~San Antonio de S. Felices~~

~~San Antonio de Santa Maria~~  
Natural de S. Felices pora en  
Casa de D. Pedro del Castillo  
Relator en Valladolid =

~~Dionisio Vernaer V.º de la Villa~~  
de Cacabela = Se dirigen las Cartas  
por Villa Franca del Bierzo =  
año de 1798 =

010. ~~Dr. Lorenzo Posadas~~, además de 22  
los veinte 2 d. 2 r., arriba apun-  
tados me debe cien r., por los  
motivos que se expresan en  
Un cuaderno mio hasta 30.  
de Septiembre de 1750. 30.  
100

~~Dr. Juan de la Cruz~~ 122





# AL ILUSTRÍSSIMO SEÑOR DON FRANCISCO ANTONIO SALCEDO.

AGUIRRE, ALABA, ISUNZA, ARBIZU, DIEZ, AUX DE  
Armendariz : Del Consejo de su Magestad, en el Supremo de  
Indias : Intendente General de lo Politico , y Militar de el  
Exercito de Andalucia , y Reyno de Sevilla : Corregidor de  
Plasencia , Salamanca , Jaén , Cordova , y Madrid:  
Primer Marqués de el Vadillo , y Vizconde  
de el Puerto.

SEÑOR.



PARA dexar de ser Fabula el celebrado de Ju-  
benal, JOBEN PILEO , à quien vino estre-  
cho todo vn Orbe ; le basta à este aver lo-  
grado en el corriente de sus siglos , la real, y  
verdadera existencia de vn solo ALEXAN-  
DRO EL GRANDE : Cuyo maximo espiri-  
tu , estrechado aun de los anchos circulos de dos Imperios tan  
grandes , como el de Europa , y Asia, se dilatò hasta ocupar  
dos Mundos con su Imperio : y estendiò los respetos de sus  
gloriosos Cetro , y Nombre hasta el Indio Mar , y el Ganges,  
passando por encima de las mas altas Coronas de ambos Mun-  
dos,

Jaben. lib. 4. sa-  
tir. 10.

Exod. 17. vers. 1.  
Daniel, cap. 8.  
1. Machab. cap.  
1. vers. 4.  
Alapid. bic.



dos , à avassallar los fines de la Tierra , como escriven Historiadores de el Cielo.

Tiempos ha , que la fama de ALEXANDRO EL GRANDE , hizo Reales Clarines de las discretas plumas de CURCIO , Y FREINSHEMIO , que renovassen sus augustas memorias en el Orbe Literario Latino. Y en nuestros dias , para nuestro Emispherio Español , hizo magestuosa Trompa , de la version Castellana de entrambos Chronistas de ALEXANDRO , fielmente traducidos à nuestro Idioma vsual por el MARQUES DECORPA : Quien informandose , aun mas que de la mente de ambos Historiadores , del grande espiritu de ALEXANDRO EL GRANDE ; del de sus gloriosos Capitanes ; y del de sus Vassallos , yà Proceres , yà Humildes ; quiso comunicar à nuestra España en su nativo comun Dialecto Una idèa de MONARCHAS , singular en la soberania de sus empreßas ; Un modelo de Principes , illustre en sus Politicas ; Un espejo de Proceres , clarissimo en lo moral de las Virtudes ; y Un exemplar de Vassallos , imitable en las acciones.

Como à Noble trasumpto ( sinò como à Original ) de vna tan gloriosa idèa , miran los rasgos , y lineas de esta OBRA TRADUCIDA à V. S. dirigiendose à su Nobilissima Persona , tan sin recelo de que tuerça la Christiana moderacion de V. S. lo derecho de estas lineas : como sin miedo , de que la vanidad , ni la lisonja del Mundo , marchiten los hermosos coloridos de sus rasgos : Porque patentes à la vista del Orbe , reberveran en V. S. de aquel imitable EXEMPLAR de reverentes VASSALLOS ; y de aquel ESPEJO clarissimo de PROCERES , tantos , y tan Nobles visos , como Christianas perfecciones de aquella IDEA singular de MONARCHAS , y Politico MODELO DE PRINCIPES , de quienes deben tomar sus mas altas perfecciones los Vassallos.

Yà ha siglos ( y no pocos ) que el Artifice Supremo , para logro del bien mayor de nuestras Tierras , ha ido trazando con su sabio Poder , como perfeccionando con su liberal Gracia , en la Naturaleza de V. S. y su Profapia Noble ; no vno , sino muchos ESPEJOS , y EXEMPLARES de PROCERES VASSALLOS , fidelissimos siempre à sus Reales Principes ; y vtilissimos siempre , no solo à España , y sus Catholicos Reynos ,  
nos,



nos, sino al visible tambien Reyno de Dios, que es su Apostolica Catholica Iglesia. Verdad es esta, de que las proprias Nobilissimas Ascendencia, y Descendencia de V. S. son los testimonios mas fieles.

Sabido es, que desde el Siglo octavo de la Iglesia, se hallan Heroes Gloriosos, Progenitores de V. S. que esclarecieron la Religion Christiana en el Occidente Español, e ilustraron nuestros Catholicos Reynos con servicios heroycos, y obsequios repetidos à sus Catholicos Reyes; y siendo no muy facil numerar tanto Astro esclarecido, como ennoblece la dichosa Genealogia de V. S. me havré de contentar solo, con la memoria de sus Ilustrissimos Abuelos, y Padres.

Fueron aquellos los muy Ilustres Señores Don Iñigo el IV. y Doña Juana de Arbizu, su dignissima Esposa, de cuya union feliz hicieron los señores Don Luis de Salcedo, y Arbizu, Cavallero del Orden de Alcantara, Asistente, y Maesse de Campo General en el Reyno de Sicilia, Conde de Gomara en Castilla, de su Real Consejo, y Camara, y Tio de V. S. Y el glorioso Padre de V. S. el señor Don Antonio Ildephonso de Salcedo, y Arbizu, Cavallero del proprio Orden, Regidor de la Ciudad de Soria, y Governador de Villanueva de la Serena, y su Partido, en Estremadura; Empleos que sirvió con plena satisfaccion de sus Catholicos Reyes Don Phelipe IV. y Don Carlos II.

Fue dignissima Esposa suya, y Madre de V. S. la señora Doña Theresa de Aguirre, y Alaba, hija Ilustrissima de Don Juan de Aguirre, y Alaba, Cavallero del Avito de Santiago, Maesse de Campo de Infanteria Española, Alcayde perpetuo de la Fortaleza de San ADRIAN, y marido de Doña Maria de Hunza, y Leguytiu, nieta de Don Ortuño de Aguirre, Cavallero del Orden de Santiago, Paje del Rey Don Phelipe II. su Gentil-Hombre de Boca, Diputado General de la Provincia de Alaba, Corregidor, y Capitan à Guerra de las quatro Villas, Governador de Xerez de los Cavalleros, y Esposo de Doña Francisca de Alaba Duxardin, su consanguinea, y hermana del Conde Primeto de Tribiana, viznieta de Don Fausto de Aguirre, Diputado Ge-

*Genealogia de el  
señor Vizconde de  
el Puerto, y Pri-  
mer Marqués del  
Vadillo: Cedula  
de su Titulo de  
Marqués, dada  
en Madrid año  
1712. por el Rey  
Don Phelipe V.  
nuestro Señor.*



General de su Provincia de Alaba , y marido de Doña Maria de Urbina , sobrina del Marqués de ORIA , nieta tercera de Don Ortuño de Aguirre , de el Real Consejo , y Camara , y del de la General Inquisicion de España , Testamento de la Reyna de Castilla Doña Juana , y sobri-  
no , y successor en su Casa de Don Ortuño de Aguirre, quien tambien fue Ministro del Real Consejo ; y cuya Casa posee oy Don Francisco de Aguirre , y Salcedo , sobrino de V. S. è hijo de su Ilustrissima hermana la señora mi señora Doña Maria Antonia Salcedo , cuyas nobilissimas prendas de virtud , y demás calidades ( que son el espiritu de las Matronas mas Ilustres ) no permiten su Grandeza , y Meritos à la concision con que corre la pluma ; pues apenas sufre de ellas el siguiente bosquejo.

Reducefe todo el à recordar lo que , ni aun la posteridad mas remota de nuestros siglos , podrá olvidar jamás en los venideros ; y es, aver escogido nuestros Augustissimos Reyes Don PHELIPE V. y su ditunta Real Esposa ( que Dios tiene ) Doña MARIA , LUISA , GABRIELA DE SABOYA , para Aya de su Real Primogenito hijo el Principe nuestro Señor Don LUIS FERNANDO I. DE ASTURIAS, y de toda España, à dicha Ilustrissima Señora , y gloriosa hermana de V. S. cuyos relevantes meritos tienen tanto lugar en las Reales atenciones , y gratitud de nuestro Augusto PHILIPPO , que la creò Marquesa Primera de MONTE-HERMOSO , como Señora que era , y legitimo Dueño del Palacio , y Coto de OYAN-EDERR , que es MONTE-HERMOSO en el Bascuence vsual en Navarra.

En V. S. y en su Ilustrissima Hermana , concurren à vna ( con las nobilissimas calidades de su Gloriosa Estirpe ) y à expresadas , las de otros Deudos , y Parientes suyos , tan Nobles por su sangre , como por sus elevados empleos en servicio de las dos Magestades del Cielo , y España. Lo que es oy patente al Mundo en los Ilustrissimos Señores Don Manuel Perez de Araciel , antes honor del Mayor Colegio de Santa Cruz de Valladolid , Obispo de Leon , y oy Arçobispo de Zaragoza : Y Don Luis de Salcedo , y Azcona , Arçobispo ( antes ) de Santiago , y oy de Sevilla ; y Don Juan Camar-



margo , oy dignissimo Obispo de la Santa Iglesia de Pamplo-  
na , è Inquisidor General de España : El Excelentissimo se-  
ñor Don Francisco Antonio de Agurto , y Salcedo , Mar-  
qués de Castañaga , primo-hermano de V. S. Virrey de Ca-  
thaluña , y Governador de Flandes ; y otros muchos , cu-  
yos meritos , y empleos pueden llenar muchos Libros.

Todos estos originales de virtudes , y heroycos hechos  
de los Gloriosos Ascendientes , y Descendientes de V. S. los  
mira , no la lisonja , sino la verdad mas fiel , resplandecer en  
la Ilustrissima Persona de V. S. pues siempre han sido paten-  
tes los desvelos , y zelo tan Christiano , como fiel de V. S. en  
el servicio de las dos Magestades , Divina , y Terrena ; assi lo  
vozean los honorificos Empleos , que V. S. ha servido , y exer-  
ce : De INTENDENTE GENERAL DE LO POLITICO,  
Y MILITAR DEL REAL EXERCITO DE ANDALU-  
CIA, Y SU REYNO DE SEVILLA : De CORREGIDOR  
de las Ciudades de PLASENCIA , y SALAMANCA (donde  
V. S. celebrò las Reales Exequias de su Rey Don CARLOS II.  
y levantò el ESTANDARTE por su nuevo Monarcha Don  
PHELIPE V. con la Pompas , funebre , y festiva , correspon-  
dientes à tan Reales Funciones) de JAEN , Y CORDOVA;  
y vltimamente , de CORREGIDOR , E INTENDENTE  
GENERAL DE MADRID , Y SU PROVINCIA : Y de  
CONSEJERO de sus Reyes en el Supremo de Indias.

En tantos , y tan varios cargos ha sido vniforme en  
V. S. su continua vigilancia al mayor bien del Comun , de  
que seràn perpetuos MONUMENTOS ( dexando las me-  
morias de otras Ciudades ) los que ha erigido para los siglos  
futuros en el presente V. S. en el recinto , centro , y circun-  
ferencia de esta Real Corte de el Imperio Español , en los  
nuevos Aqueductos , Fuentes , Passeos , y Arboledas , que  
ha añadido à Madrid ; en aver suavizado , y hecho mas tra-  
tables sus Calles ; en los Magnificos Reales Quarteles , que  
para Alojamientos de las Reales Guardias tiene casi per-  
feccionados ; en la insigne Fabrica del Puente de Toledo , y  
sus sumptuosos adornos , que casi compite con las mas so-  
bervias de los Romanos.

En fin , à su notorio zelo del bien temporal del Publico,  
se



Ex Ecclesiast. ca-  
pit. 24.  
*Quasi Platanus  
exaltata sum iux-  
ta aquas.*

se ha excedido V. S. à si mismo , con sus heroicas persona-  
les Virtudes , de Religion para con Dios , y de Amor , y De-  
votion finissima à su Madre Santissima , y de excelentissima  
Misericordia para con los Pobres : En su Corregimiento de  
Plasencia enriqueciò V. S. su Alma , con la devocion à la Mi-  
lagrosissima Imagen de Nuestra Señora del PUERTO , que  
aquella Ciudad venera ; y codiciando su devota fineza , que  
no falcasse este Tesoro à la Corte , à costa de su ( nunca más  
bien empleado ) PATRIMONIO de V. S. añadiò à sus  
celebres Santuarios , otro nuevo Palacio à esta Gran Reyna ,  
en su hermosa , y nueva Ermita , que levantò con sumptuo-  
sissima Fabrica de Fachadas , Torres , y Casa para los  
Ministros de este Santuario , situado à devocion discreta de  
V. S. como Casa del Platano Virginal ( que se exaltò junto à  
las aguas mas puras ) à la orilla , y Ribera del celebre MAN-  
ZANARES.

De esta gran Madre de Misericordia se renfundió en  
V. S. aquella misericordiosa caridad , con que ha evitado à  
las Iglesias de Madrid la inquietud , que ocasionaba las  
repetidas quejas de sus Pobres , recogendolos à todos  
como à hijos de aquella gran Madre de Misericordia en su  
REAL HOSPICIO de la AVE MARIA , y del Santo Don  
FERNANDO III. Rey de Castilla , y gloria de toda España ,  
con lo que V. S. ha sabido assegurar para si , y para su muy  
Noble Familia , el Patrocinio de esta Purissima Reyna ; à  
quien incessantemente ruega por la exaltacion de su Ilus-  
trissima Casa.

Su menor Criado,

Francisco Laso.

APRO-



**APROBACION DE D. MIGUEL PEREZ DE LARA,**  
*Canonigo de la Santa Iglesia Cathedral de la Ciudad de Segovia,  
Juez Synodal de su Obispado, y Agente General de las Santas Igle-  
sias de Castilla, y Leon en esta Corte.*

**P**OR mandado de los Señores del Real, y Supremo Consejo de Castilla, he visto lo traducido de Quinto Curcio Rufo, con que Don Matheo Ibañez de Orellana, Cavallero del Avito de Calatrava, y Marqués de Corpa, ha hecho nuestra la Vida del Gran Alexandro, y en que ha manifestado, con el juicio de la eleccion, la utilidad del assumpto, la dificultad del intento, y la felicidad del acierto, satisfaciendo enteramente el motivo, que le metió en este empeño; y convenciendo, que puede hablar con toda la magestad de su elocuencia en nuestro Idioma, la elegancia Latina; pues el que con mas escrupulo quisiere conferir la copia con el original, hallará, que ni en la gravedad del semblante, ni en la viveza de las luzes, ni en la proporeion de las sombras se percibe diferencia, y que no está menos animada, y natural la imagen de la Historia con el adorno Español, que con la Toga Romana; y aunque *circa veritatem, sit similis* en las Traducciones ajustadas, la diferencia está en los accidentes, no en la substancia; porque las voces se distinguen, no en el valor, sino en el sonido, pareciendose à la transmigracion de Pythagoras, que pasan de vn cuerpo à otro igualmente perfecto el alma de la Historia, sin dexar de ser la misma. Bien conozco, que aqui debiera entrar la ponderacion de la aplicacion, y talentos del Autor, aunque no me detuviera mi cortedad, me lo embarazarán mi amistad, y su modestia, y la esperança de las obras, que publicará en breve, que serán la recomendacion mas propria de su merito, y erudicion; y porque este libro no desdice de lo contenido en su primer Autor, soy de parecer merece la licencia que pide: Salvo el mejor, &c. Madrid, y Março 7. de 1699.

*Don Miguel Perez de Lara.*

---

**SUMA DE LA LICENCIA.**

**T**iene licencia de los Señores del Consejo Francisco Lafo, Mercader de Libros, para poder imprimir, y vender este Libro, intitulado: *Suplemento à Quinto Curcio por Juan Freinshemio*, como mas largamente consta de su original, despachada en el Oficio de Don Balthasar de San Pedro Acevedo.

---

**APROBACION DEL DOCT. D. JUAN DE FERRERAS,**  
*Cura proprio de la Parroquial de San Pedro el Real de Madrid.*

**D**E orden del señor Doctor Don Alonso Portillo y Cardós, Dignidad de Chantre en la insigne Colegial de Talavera, y Vicario de esta Corte, he visto, con sumo gusto, y atencion à Quinto Curcio Rufo, de las acciones de Alexandro el Grande, con el Suplemento de Juan Freinshemio, traducido de la Lengua Latina en nuestra Española por Don Matheo Ibañez de Orellana, Cavallero del Orden de Calatrava, y Marqués de Corpa; y aunque los hechos de aqueste Grande Heroe fueron tan gloriosos, que excedieron la elocuencia de tantos, como refiere Freinshemio, y añade Adám Ruperto en las Observaciones Historicas, en esta ocasion ha satisfecho el empeño de todos la elegancia del Traductor, mostrando con la pureza, y suavidad hermosa de su estilo, que si supo beber el alma à Curcio, se la restituyó mejorada en nuestro Idioma; y si en el emprendió las acciones de aquel Monarcha, supo à lo heroico de ellas darles tal valentia con su pluma, que quien las atiende escritas, parece, que las mira como executadas, ostentando, que no cede nuestra Lengua en magestad, suavidad, y primor à ninguna del Orbe, por mas esfuerzos que hagan los que estudian su Idioma, y no perciben el nuestro. Para mi es dignissimo de grandes elogios este trabajo; pues despues de ser todas las traducciones



nea difíciles, dà en esta à nuestra Nacion, à toda suerte de personas, varios exemplares en sus empleos, y obligaciones, siendo vn pequeño teatro de la vida, donde representan Monarchas, y Vassallos Militares, y Philosophos, dando alta recomendacion à las virtudes, y formidable horror à los vicios. Si tuvieramos la suerte, de que todas las Historias Griegas, y Latinas tuvieran la fortuna, que logra la de Curcio, pudieran nuestros Españoles saber mucho, cebados de el gusto, y la diversion. Y porque conozco, ha mucho tiempo, la grande erudicion, Crysis, y amables prendas de el Autor, digo menos de lo que merece esta obra; y no siendo de peligro à los ojos sagradamente vendados de la Fe, la relacion historica de las Idolatrias, merece la licencia que pide, para que se traslade à la publicidad: Así lo siento. En esta Parroquial de San Pedro el Real de Madrid à 7. de Abril de 1699.

D. Juan de Ferreras:

#### LICENCIA DEL ORDINARIO.

**N**OS el Lic. D. Alonso Portillo y Cardos, Inquisidor Ordinario, y Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido: Por la presente, y por lo que à Nos toca, damos Licencia para que se pueda imprimir, è imprima el Libro, intitulado: *Suplemento à Quinto Curcio* por Juan Freinshemio, que contiene *La Vida, y Hazañas de Alexandro Magno*, traducido de Lengua Latina en nuestra Española por Don Matheo Ibañez de Orellana, Cavallero del Orden de Calatrava, Marqués de Corpa; atento, que de nuestra orden, y comission se ha visto, y reconocido, y no tiene cosas contrarias à nuestra Santa Fe Catholica, y buenas costumbres. Dada en Madrid à 9. de Abril de 1699. años.

Lic. D. Alonso Portillo y Cardos.

Por su mandado:

Domingo de Goytia:

#### T A S S A.

**D**ON Balthasar de San Pedro Acevedo, Secretario de Camara del Rey nuestro Señor, y de Gobierno del Consejo: Certifico, que aviendose visto por los Señores de el vn Libro, intitulado: *Quinto Curcio*, Historia de Alexandro Magno, que con licencia de dichos Señores ha sido impresso, tassaron à seis mrs. cada pliego: Y el dicho Libro parece tiene noventa, que al dicho respecto montan quinientos y quarenta mrs. de vellon; y à este precio, y no mas, mandaron se venda el dicho Libro, y que esta Certificacion se ponga al principio de cada vno; y para que conste lo firmè. En Madrid à diez y nueve de Enero de mil ferecientos y veinte y tres años.

D. Balthasar de San Pedro:

#### FEE DE ERRATAS.

**P**ag. 11. col. 2. lin. 43. distro, lee diestro. Pag. 19. col. 2. lin. 12. huzesse, lee hazesse. Pag. 31. col. 2. lin. 8. cirta, lee cierta. Pag. 41. col. 2. lin. 34. Clitarco, lee Plutarco. Pag. 49. col. 1. lin. 23. seguia, lee seguir. Pap. 80. col. 1. lin. 40. puestas, lee puertas. Pag. 173. col. 2. lin. 26. supiesen, lee pudiesen. Pap. 174. col. 1. lin. 30. diversionos, lee diversiones. Pag. 193. col. 1. lin. 27. en mamos, lee en manos. Pag. 283. col. 1. lin. 9. hiios, lee hijos. Pag. 291. col. 1. lin. 3. ann, lee aun. Pag. 307. col. 2. lin. 37. vla, lee ala. Pag. 308. col. 1. lin. 39. esan, lee eran. Pag. 320. col. 1. lin. 15. hombras, le hombres. Pag. 321. col. 1. lin. 14. muchidumbre, lee muchedumbre.

Este libro, intitulado: *Quinto Curcio Rufo, de la Vida, y acciones de Alexandro*, traducido en Castellano, su Autor D. Matheo Ibañez Segovia y Orellana, Marqués de Corpa; y con estas Erratas corresponde al que le sirve de original. Madrid, y Enero 5. de 1723.

Lic. D. Benito de Rio Cao  
de Cordido.

Corrector general por su Magestad.

BRE.



# BREVE NOTICIA DE JUAN FREINSHEMIO ; Y Quinto Curcio , y juicio de su Obra.



Scriviò Quinto Curcio Rufo las acciones de Alexandro en diez Libros , de quienes nos ha defraudado la injuria del tiempo dos , el principio del sexto , y algunos lugares del vltimo. Y si bien , no ha faltado alguno , que afirme los viò en Viena en la Bibliotheca de Uvolphango Lazio , ninguno se persuade à su existencia. Esta pérdida la supliò primero Christoval Bruno , y no Quinciano Stoa , como han querido muchos , de Arriano , Dioro , Justino , y otros Autores , que dexaron escrito de las acciones de Alexandro , y vltimamente Juan Freinshemio , con tanta mayor extension , dulçura , y elegancia , que hemos seguido antes en los dos primeros Libros su Suplemento , que el de Bruno. Si bien , en los demàs lugares fãlto , nos servimos de el. Fue Freinshemio Alemàn , nació en la Ciudad de Ulma , en Sovabè , el año de 1608. Exercitòse en los Estudios de las Leyes en la Universidad de Marpug , y de Guissen , de donde passò à Strasburg. Incluyòse alli por medio de algunas Poesias , que compuso en la amistad de Mathias Berneggero , el qual le franqueò su numerosa Libreria. Enriqueciòse en ella de las copiosas noticias , de que estàn llenos sus escritos. Passò despues à Francia , donde fue recibido entrè los Interpretes del Rey : permaneciò en este empleo por espacio de tres años , al fin de los quales se bolviò à Strasburg el de 1637. Movido , poco despues , de las grandes conveniencias , que le ofreciò la Universidad de Upsal , en Suecia , porque fuesse à servir la Cathedra de Elocuencia , passò à hazerlo. Con cuya ocasion gustò la Reyna Christina de Suecia de tenerle cerca de si , señalándole dos mil escudos de renta. Pero no pudiendo tolerar su debil complexion , la rigurosa aspereza de los frios de aquel clima , se hallò necesitado à dextar las honras , y conveniencias , que en el gozaba , y à bolverse à su Patria , no sin gran disgusto de la Reyna , por la pérdida de vn Varon tan erudito: El qual , demàs de la perfeccion con que poseia las Lenguas Hebrea , Griega , y Latina , vsaba con la mesma todas las vulgares de la Europa. Estas grandes partes obligaron al Elector Palatino , deseoso de restablecer la Universidad de Heidelberg , à que le nombrasse en ella por Professor honorario , con el Titulo de Consejero Electoral. Pero retiròse despues con su familia el año de 1656. y murió quatro despues en edad de cinquenta y dos. Hizo los Suplementos de Tito-Libio , dispuestos en sesenta Libros , los quales se imprimieron primero en Strasburg el año de 1654. y los de nuestro Autor , como hemos referido , ilustrándole con muy eruditas notas.

Por lo que mira à Quinto Curcio , es materia muy controvertida entre los Autores , si se debe entender de la memoria , que haze Ciceron en vna de sus Epistolas de vn Curcio , ò del de quien habla Suetonio , como de vn Rhetorico grande del tiempo de Tiberio , de quien mas largamente dice Tacito : *Que segun la opinion de algunos , fue hijo de vn Gladiator. Que desde la edad juvenil , siguiò en Africa al Questor à quien tocò aquella Provincia ; y que hallandose en Abrumeto al medio dia , passeandose pensativo debaxo de vnos soportales , se le apareciò vna sombra , en forma de muger mayor , que humana , de quien oyò esta voz : Tu eres Rufo , aquel que vendrà à ser Proconsul en esta Provincia :* ( cuya noticia refiere tambien Plinio el menor ) *Que con este aguero , lleno el corazon de grandes esperanças , se bolviò à Roma ; donde con la liberalidad de sus amigos , y con su ingenio altivo , alcanzò el officio*

*Lib. 3. ad Q. Tr.  
Epist. 2. Tac. l. 114  
Ann.*

*Plin. l. 7. Epist.  
27. ad Suram.*



de Questor; y despues, entre muchos nobles competidores, por voto del Principe la Pretura, cubriendo Tiberio la baxeza de su nacimiento, con estas palabras: A mi me parece, que Curcio Rufo es hijo de si mismo. Que con esto, y con vivir despues muchos años, siempre maligno adulador con los mayores; arrogante con los inferiores, y con los iguales insufrible, alcanzò el Imperio Consular, las Insignias triumphales, y à lo ultimo el Gobierno de Africa, donde muriendo cumplió el pronostico fatal.

No pretendo detenerme en la averiguacion de los lugares de su Libro quarto, donde habla de Tyro, ni en el del decimo, donde haze vna digresion sobre la felicidad de su siglo; porque qualquiera los aplica, segun es su sentir. Solo dirè, que aviendo vivido largos años, le facilitaron estos, pudiesse ser el mismo de quien Suetonio, y Tacito hablan, no aviendo corrido mas de treinta y dos, desde el ultimo año de Tiberio, hasta el primero de Vespasiano; tiempo en que le colocan los que se han desvelado en la averiguacion de su siglo. Pero tengo por ocioso referir la diversidad de opiniones, que ay sobre esto, pudiendo verse juntas todas en Juan Gerardo Vofio, y en Radero, Comentador de Quinto Curcio. Posible es, que fuesse hijo de aquellos, que nombran Ciceron, y Suetonio; y tambien, que no tuviesse que ver con todos los precedentes, atendiendo, como repara muy juiciosamente Francisco de la Mote Le-  
vayler; à que, ni Quintiliano, ni alguno de los antiguos, hizieron la menor mencion del, ni de su Historia; cosa tan estraña, en quien no dexò de nombrar Historiador alguno de consideracion en el Libro decimo de sus Instrucciones, escritas debaxo del imperio de Domiciano, que no es dispensable igual silencio; sino presuponiendo, que no se avia aun publicado en su tiempo la Obra de Quinto Curcio.

Por lo que mira à su Historia, es sin duda, que puede consolarse Alexandro, de que fino tuvo, como Aquiles, vn Homero por Pregonero de sus alabanzas (valiendonos de las mismas palabras à que le precisaron vñasse sus zelos) logrò entre los Latinos vn Historiador de su vida, como Quinto Curcio. Porque verdaderamente, es vno de los mayores que tuvieron, y que por la excelencia de su estilo, merece se le repunte por mas antiguo, que Tito-Libio, Paterculo.

Procede, con grande juicio en abstenerse de las noticias del falso Calisthenes (el verdadero, citado por Plutarco, no existe) que diò à este Monarca vn Nestanebo Magico por padre, en lugar de Philipo, representandole con mas propiedad vn Roldàn, ò vn Amedis, que vn verdadero Conquistador. La distribución, que haze Enrique Glareano de la Historia de Quinto Curcio, en doze Libros, reestableciendo los dos primeros, y dividiendo los otros diez, en lugar de los ocho ordinarios, no ha seguido persona alguna. Pero en qualquiera, que se disponga, siempre será tenida por digna de su materia, y su Autor del Elogio, que insolentemente, y sin merecimiento alguno, se atribuye vn Amynciano, de aver, en alguna manera, igualado por su estilo las admirables acciones de Alexandro.

No le han faltado (como, ni tampoco à los demás) à Quinto Curcio las objeciones de algunos rigurosísimos Criticos. El mismo Glareano, que he citado, le culpa; de aver puesto con muy mala Geographia el Ganges de la parte Meridional; de aver confundido el monte Tauro con el Caucafo; y de hazerse risible, tomando el Taratez de Plinio, por el Tanais. Pero se le puede excusar, con que estas ultimas equivocaciones no son suyas, y que como Autor Latino, siguiò à los Griegos, de quienes se valiò para su Historia. Y con efecto, Strabon advierte en el Libro 15. de su Geographia, que los Macedones llamaron Caucafo, lo que no era sino vna parte del Monte Tauro, por ministrar mas materia el vno, que el otro, para las Fabulas, con quienes gustosos lisonjeaban la ambicion de Alexandro, y la suya. Y en quanto al curso del Ganges, aunque sea cierto, el que hablando generalmente, descende del Septentrion al medio dia: sin embargo, Strabon añade, que halla opiniones, que le obligan à derrotas diferentes; y que en fin, lleva todas sus aguas de la parte de Levante. Mas, cardo censura à Quinto Curcio en parte diversa; porque le parece, que es ex-

Apud Photium  
sect. 131.

Trat. 5. del Arte  
Hist. 6. 2. Ep. 3.

Trat. 5. del Arte  
Hist. 6. 2. Ep. 3.

cessi-



celativo en el uso de las Sentencias ( en cuyo dictamen le siguió tambien el Padre Moyne, en su Arte de Historia ) y aunque se halla obligado à confessar, que todas las de este Autor son muy hermosas, è ingeniosas, le culpa de no averlas usado siempre con juicio, si algunas vezes, con desproporcion à la calidad de quien las dice, como lo pretende manifestar en la Oracion de los Scythas à Alexandro, segun se lee en el lib. 7. en que tambien concurre el Padre Rapin, Varon eruditissimo de nuestros tiempos, hijo de la Sagrada Religion de la Compania de Jesus, y Francés de Nacion, aunque alabandola de muy elegante, y pulida. Si bien Francisco la Morte le Bayler, haziendose cargo de la objecion del primero, porque el segundo escribió mucho despues; dice, que la leyó muy repetidas vezes, respecto de esta imputacion; pero confiesa, que fué con bien diferentes ojos, que Mascardo. Que dificilmente se persuade à que el fin de ella sea solo el de agradar, pues tiene toda esta Oracion por tan ajustada à la persona de los Embaxadores Scythas, que la expresan, así por lo que mira à las sentencias, como por lo que concierne à lo demás de sus partes, que en su dictamen passa por vna copia, sacada del verdadero original de Ptolomeo, de Aristobulo, de Calisthenes, de Onesicrito, ù de otro de los que, como ellos, se hallaron presentes, quando se pronunció, y tuvo la curiosidad de infertarla en la Historia de este Monarca. Y à la verdad, dexando à vna parte la propiedad con que refiere el presente de los Barbaros, de vn par de bueyes, de vn arado, de vna taza, y de vna flecha; el Proverbio Griego de las soledades de su Patria, està admirablemente aplicado; y aquella pintura Scythica de la Fortuna sin pies, cuyas alas no se pueden detener, por mas que dà las manos, tiene inexprimibles gracias en su expresion. Pero aunque todo esto se proporcione prodigiosamente con los que las pronuncian, hallo, que es aun con mayor conformidad en el uso de las sentencias, que Mascardo, y Rapin censuran; y si alguna vez fué estimable el *Decorum* de los Latinos, ò lo que deben observar mas cuidadosamente los Rhetoricos, creo es à quien donde con mayor puntualidad ha guardado Quinto Curcio las Leyes. Los que saben la licencia con que los Scythas, y los Tartaros usaban de las Fabulas en sus discursos; y que así como los demás Pueblos Orientales, no hazian algunos, sin mezclarlos de parabolas, admirarán el juicio de este Historiador en la mas sentenciosa parte de la Oracion de que hablamos, donde verisimilmente han hallado estos Autores tanta materia para reprehenderles. *Ignoras* ( dicen aquellos Embaxadores à Alexandro ) *que los mas corpulentos arboles, los quales han necesitado de largo tiempo para su aumento, se pueden en vn instante derribar, y arrancar de raíz? No es prudencia atender solo al fruto, que producen, sin considerar su exaltacion, y el peligro de su caída. Advierte, que si quieres subir hasta lo mas enoumbrado, podra ser que te enredes entre las ultimas ramas, y caygas con ellas. El Leon, por grande, y feroz que es, sirve tal vez de alimento à los menores paxaros; y el bierro, en medio de su dureza, de ordinario se ve consumido por el orin; finalmente, nada ay en la naturaleza tan fuerte, que no pueda menoscabarse por lo mas debil, y al parecer menos vigoroso.* Estas son las sentenciosas expresiones de que se forman las quales, en vez de ser reprehendidas de indecentes, como pronunciadas por los Scythas, se deben estimar sumamente, à causa del ayte, que conservan de su Patria, y de aquel raro modo de exprimir, sin mezclà alguna del Griego, ni del Latino.

La gran rigidez, con que el Padre Rapin quiere al Historiador, que procura formar, por medio de sus reflexiones, le nota de otros defectos. Llegando à proponer la pureza de estilo, que se ha de observar en la Historia; el qual no debe tener nada de improprio, de extraño, de duro, de osado, ni de obscuro, en que pondera quanto excedió Herodoto à todos los Griegos, y Julio Cesar à todos los Latinos, dice de Curcio: Que por aver puesto tanto cuidado en lo pulido, perdió aquel grande, y magestuoso ayte, que haze tan recomendables à Salustio, y à Tito-Libio. Porque se ofrece muy florido en muchos lugares; como son, al principio del lib. 3. en el de la Descripcion de el Rio Marcias; en el del suceso, que refiere en el lib. 4. de Abdalonymo, el qual

Rapin. Reflexiones sobre la Historia, fol. 271. de la impresion ultima de Amsterdam.

Rapin fol. 233.

Cicer. de opt. gen. orat. in sententia nihil absurdum, ab alienum, aut sub insulsam: in verbis nihil iniqui.



*quittatum abiectum,  
non aptum du-  
rum, longè peti-  
tum.*

*Tab. Q. l. 8. cap. 7.  
Non debet quis-  
quam ubi maxi-  
ma rerum momen-  
ta versantur, soli-  
citus esse de ver-  
bis.*

*Tab. l. 11. c. 1. Ut  
Monilibus, &  
Margaritis, que  
sunt ornamenta  
feminarum, de-  
formatur viri: nec  
habitus Trium-  
phalis, quo nihil  
augustius femi-  
narum decet.*  
*Rapin 304.*

qual passo desde la humildad de Jardinero à la soberania de Rey; el de el sitio de Tyro, y el de la licenciada vida de Alexandro, quando se dexò vencer de las delicias de Persia, despues de averse mostrado invencible en los peligros de la Guerra; en el que refiere los sentimientos de Syfigambis, por la muerte de este Principe, y otros muchos, en quienes dice, que se reconoce vna afectacion de elegancia, impropria de la gravedad de la Historia, en la qual no es tolerable afectacion alguna. Si bien, bolviendo à notarle de lo mismo en el ultimo parrafo de sus Reflexiones, donde haze vn juicio general de los Historiadores, dice, que aunque no se le puede dexar de culpar su demasiada pulidèz, tampoco escusarle la alabanza que merece, por lo que se aventaja en el grato, y natural modo de describir las costumbres (cuyo perfecto caracter se perdiò en los siglos, que le sucedieron) y por la sinceridad, con que procede en referir tan igualmente las virtudes de Alexandro, que sus vicios, sin dexarse llevar del merecimiento de su Heroe. Pero que es culpable algunas vezes en vno, y otro caso, por el poco juicio, con que en el primero le describe, alabandole acciones, que no lo merecen, y por la falta de decoro, y de discrecion, con que refiere en el segundo otras, por infames, indignas de que ocupen lugar en la Historia. En cuya comprobacion dice así: No siempre tiene Curcio razon de ofrecer à Alexandro tan admirable; porque aunque de ordinario nos le manifesta eligiendo el partido mas heroyco, y mas arriesgado, nunca el mas prudente. El peligro siempre se halla sujeto à el. No son las Conquistas las que apetece, sino la gloria, que le resulta de ellas. Pudo aprisionar à Dario, acometiendole de noche, y venciendo su flaqueza, en medio de ser el Exercito Ene- migo dobladamente mas numeroso, que el suyo. Pero aquel gran Heroe, menos atento à vencer, que à dár motivos para la admiracion de su valor, acometió al Rey de Persia en mitad del dia, resuelto à perecer antes gloriosamente, que à vencer por medios astutos. Ofrecióle Dario, despues de su rota, dividir con el el Asia, proponiendole el casamiento de su hija; pero quiso antes Alexandro enca- minarse à la gloria por el peligro, que llegar se à ver Señor de la mitad de la Asia tan tranquilamente. Y así, no diò oidos à estas proposiciones, ni quiso nada sino es por medios extraordinarios, sobre cuyas acciones haze gran ponderacion su Historiador; pero en medio de tanta gloria, no falta algo de razonable en ella. No haze à su Heroe mas atrevido, que prudente, y mas arriesgado, que ambi- cioso? Hale juzgado en esto mas prodigioso sin duda; pero tambien nos ha dado motivo para dudar, si es Romano, ò algun Historiador, que dexò pensionado para esto. Tanto importa à un Autor dirigirse en todo por la razon, con la qual debe siempre medir sus conceptos, y seguir antes la naturaleza de las cosas, que las hermosas idèas de su imaginacion.

*Rapin 298.*

Por lo que mira à los infames vicios, que refiere de Alexandro, y de que le censura Rapin, lo haze con estas palabras, que traslado, tanto por lo que conducen à nuestro proposito, quanto por lo que pueden contribuir à la ense- ñanza de muchos: Mi dictamen es, que aunque en la Historia no se puede re- ferir nada, que no sea verdad, tampoco decir todas las verdades, especialmente algunas, que miran à los Soberanos, con quienes es preciso dispensar tal vez; en cuya consideracion pudiera aver escusado Quinto Curcio las indecencias, que re- fiere de Alexandro. Las Diademas son tan privilegiadas, como acreedoras de todos respetos; y así, debèmos tratarlas decorosamente, sin dexarnos llevar de la libertad; podèmos representar los vicios de sus personas, pero sin tocar en na- da, que ofenda à su Dignidad, ni que disminuya lo que es tan debido à su Grandeza.

*Rapin 271.*

En quanto à las oraciones de la Historia de Curcio, procede Rapin, no menos rigido Censor, que Mascardo; pues demàs de conformarse con el en lo que dice de la de los Scythas, aña- de, que la que supone hizo Dario antes de la Batalla de Arbela en el lib. 4. es muy estudiada, muy fina, y muy larga. Que la que se ofrece al fin del lib. 6. en voz de Philotas, acusado de aver conf- pirado contra Alexandro, y cercano à su muerte, es con expresion tan tran- quila, y tan dulce, como pudiera, si se hallasse en vna funcion de gran gus- to. Sobre lo qual concluye, con que siempre serà del sentir de Cicero, el qual,

*Cicer. declar. orat.*







*Just. Lyps. in no-  
tis ad lib. I. Polit.*

*Anton. Panor. de  
rebus gestis Alph.*

por no áver en ella nada , que no sea del propósito , que tomó el Historiador , no pudiendo tratar bien de los sucesos de Alexandro en la India , sin dar una sumaria noticia de lo que era aquella Provincia. Con que no restando otro reparo substancial , que expéssar en este juicio , le pondremos fin , advirtiendo , que enmedio de lo referido , ninguno entre los Historiadores Latinos ha logrado , segun el sentir de le Bayler , mas vniversal aprobacion , y aplauso , que Quinto Curcio. Porque aunque vnos celebran el estilo de Tito-Libio , y otros el de Tacito , todos convienen , en que mirado el conjunto de su Historia , excede à las demás Latinas. El sentir de Justo-Lypsio , repetido por mi en otra parte , es , de que los Principes no deben tener otra lectura mas ordinaria , que ella , y que haràn bien de traerla siempre entre las manos. Y à la verdad son , demás de las grandes vtilidades , que hallaràn en ella los Principes para el alma , considerables los provechos , que facaràn para la agilidad , disposicion , y sanidad del cuerpo. A cuyo propósito es muy digna de este lugar la noticia , que se ofrece en la Historia de los Emperadores de vn Lorenzo de Medicis , al qual le deleytò tanto cierto tratado notable de Conrado , tercero de el nombre , que creyò aver debido su salud al gusto , que recibió de aquella diversion. Pero es aun mas vulgar la que refiere Antonio Panormitano , y repite , sin muchos , el Padre Siguença en vno de sus elocuentes , y eruditos libros de la Vida de San Geronimo , y de la Historia de su Religion , el qual , tratando de Curcio , dice : Que hallandose el Sabio Rey de Aragon Don Alonso gravado de vna enfermedad , para cuya curacion no avian bastado todos los remedios de sus Medicos , buscò algun divertimiento en la Historia , que examinamos , y que le encontrò con tan gran satisfacion , y felicidad , que se hallò enteramente aliviado , protestando en presencia de muchos Vassallos , y criados suyos , que de ninguna suerte estimaria tanto à Hypocrates , ni à Avicena , como à Quinto Curcio , à quien se confessaba deador de su salud.

Contentome con referir semejantes sucesos , sin pretender abogar por su terribidumbre , y lo quedare mucho mas , si ellos , y todo lo contenido en este trabajo , cede en deleyte , y vtilidad de los Lectores.

*Vale 222*

**TABLA**



# T A B L A

## DE LOS CAPITULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE LIBRO.

### LIBRO PRIMERO.

**C**AP. 1. Nacimiento de Alexandro , y prodigios , que le precedieron , y sucedieron. Pag. 1.

Cap. 2. Su educacion; los exercicios de su juventud ; y la disposicion de su cuerpo, pag. 4.

Cap. 3. Su inclinacion à las Ciencias ; credito de Aristoteles , su Maestro , pag. 8.

Cap. 4. La estimacion , que Alexandro hizo de Homero ; su desprecio à los deleytes , y la destreza con que domò el Cavallo Bucephalo , pag. 11.

Cap. 5. Dexale su Padre , en su ausencia , el Gobierno de Macedonia ; lo que haze en este tiempo ; Guerras de Philipo ; Rota de los Illirios por Alexandro ; Philipo declarado General de los Griegos , pag. 13.

Cap. 6. Oracion de Piton , Enbiado por Philipo à la Junta de los Beocios , pag. 17.

Cap. 7. Oracion de Demosthenes , Enbiado por los Athenienses , recitada en la misma Junta , pag. 20.

Cap. 8. Los Thebanos se declaran contra Philipo , y se unen con los Athenienses ; sujeta Philipo toda la Grecia , y muéstrase benigno con los Athenienses ; toma la Ciudad de Thebas , y trata la rigurosamente ; su disgnio de llevar la Guerra à Persia , pag. 23.

Cap. 9. Discordias en la Casa de Philipo ; resuelve este dar muerte à Alexandro , el qual se halla necesitado à retirarse con su Madre Olimpias ; muerte de Philipo , en que son sospechosos Olimpias , y Alexandro ; crueldades de Olimpias , pag. 25.

Cap. 10. Alteraciones en el ingreso de Alexandro à la Corona ; su valor , y resoluciones ; habla al Pueblo , y manda castigar à los complices en la muerte de su Padre , pag. 29.

Cap. 11. Entra en Thessalia , y reducela à su obediencia ; nombra los Griegos por su General , cuya Junta haze se tenga en Corintho ; visita al Philosopho Diogenes ; su expedicion en la Thessalia , y anuncios de su grandeza , pag. 31.

Cap. 12. Su viaje à los Getas ; recibe Embaxadores de Alemania ; escusa hazerles Guerra ; los Principes de Illiria se soblevan contra el ; veese en peligro , de que se libra por medio de vna estratagemas , pag. 35.

Cap. 13. Alteranse los Griegos con la falsa noticia de su muerte ; diligencias de Demosthenes , contra Alexandro ; toma , y destruccion de la Ciudad de Thebas , pag. 39.

Cap. 14. Presagios de la ruina de Thebas : concede Alexandro la paz à los Athenienses , por passar la Guerra à los Persas , pag. 43.

### LIBRO SEGUNDO.

Cap. 1. Noticias de el dominio de los Persas hasta el tiempo de Alexandro ; despreciando estos , y despues le temen ; singularidades de el Monte Ida , y diversas hazanas de Alexandro , pag. 47.

Cap. 2. Manifiesta Alexandro , que es preciso hazer Guerra à los Persas , pag. 49.

Cap. 3. Passa à Persia con su Exercito ; dexa à Antipatro por Governador de Macedonia ; dà todo su Patrimonio ; llega en veinte dias à las Riberas del Helesponto ; descripcion de las Tierras cercanas , pag. 52.

Cap. 4. Honra el Sepulchro de Achilles ; su marcha al Asia ; toma muchas Ciudades , consejo de los Sarrapas ; orgullo de Dario , pag. 55.

Cap. 5. Ardid de Alexandro , para ganar à Memnon ; falso prodigio , con que anima à sus Soldados ; passa el Granico ; rompe à los Persas ; y premia à los Soldados , assi muertos , como vivos , pag. 56.

Cap. 6. Dà gracias Alexandro à la Diosa Minerva ; recibe muchos Pueblos debaxo de su obediencia , sin imponerles tributo ; entregasele la Ciudad de Sardis ; descubre las solitudes de Demosthenes , contra su Persona ; procura ganar à Phocion ; toma à Epheso ; forma en ella Republica ; haze la mismo en las demás Ciudades ; su grande estimacion a Apelles , pag. 63.

Cap. 7. Ordenasele en sueños , que edifique vna Ciudad à los Smyrnos ; intenta cortar el Istmo , que està entre Clafomene , y Theos ; junta à Clafomene con la Tierra Firme ; sitia , y toma à Mileto ; y concede libertad à los habitantes ; prodigio acaecido en el Templo , intentando robarle vnos Soldados ; inclinacion de vn Delphin à vn Niño , pag. 68.

Cap. 8. Obliga Alexandro à los Baxeles Enemigos à que se retiren ; licencia su Armada , y las razones que tiene para ello ; entra en Caria , donde toma muchas Ciudades ; restablece à la Princesa Ada en su Reyno.

\*\*\*

con



## QUE SE CONTIENEN EN ESTE LIBRO.

- con cuya acción adquiere el afecto de los Pueblos, pag. 71.
- Cap. 9. Pone sitio à Halicarnaso; intenta en vano apoderarse de la Ciudad de Minda; salida de los de Halicarnaso, para esforzar los trabajos; temeridad de los Soldados, de que se origina vn gran combate; talento, y moderacion de Memnon, Capitan de los Persas, pag. 75.
- Cap. 10. Otra salida de los de Halicarnaso; son rechazados; ponen fuego à su Ciudad; abandonandola, y retirandose à dos Ciudades, à quienes toma poco despues Alexandro, pag. 78.
- Cap. 11. Honra Alexandro vna Estatua de Theodecto; manda castigar à Lincestes, que conspira contra el; presagio, con que descubre esta traycion; trata bien à los Judios; adora el nombre del verdadero Dios, ve en Jerusalem los Libros de los Prophetas; haze ofrendas en el Templo, pag. 82.
- Cap. 12. Rompe à los Barbaros; resuelve Memnon passar la Guerra à Macedonia, para cuyo intento halla favorable disposicion en los Aliados de los Macedones; pero en tan felices principios, muere de peste, pag. 86.

### LIBRO TERCERO.

- C**AP. 1. Apoderase Alexandro de la Ciudad de Celene; entra en la Capital de Phrigia, donde aviendo cortado el nudo Gordio; resuelve passar en busca de Dario, pag. 91.
- Cap. 2. Passa muestra el Exercito de los Persas; y Charidemo, Atheniense, es condenado à muerte, por aver dicho, aunque con orden de Dario, libremente su sentir, pag. 93.
- Cap. 3. Pompa de los Reyes de Persia, quando salen à Campaña; Descripcion de las Tropas de Alexandro, pag. 95.
- Cap. 4. Apoderase Alexandro del passo de Cilicia, que avia abandonado Arsanes, Capitan de Dario, pag. 98.
- Cap. 5. Sobrevino à Alexandro vna enfermedad de cuidado, por averse bañado fuera de tiempo en el Rio Cydno, pag. 99.
- Cap. 6. Recupera su salud, por medio de Philipo su Medico, à quien todo el Exercito dà gracias, pag. 101.
- Cap. 7. Viendose Alexandro sano, resuelve acometer à Dario; manda dar muerte à Sissene, por sospechas de alguna conspiracion, à que diò motivo su negligencia, pag. 103.
- Cap. 8. Consejo, y resolucion de Dario antes de la Batalla; consternacion del Exercito de los Persas, y presagio de su rota, pag. 104.
- Cap. 9. Fuerças, y comparacion de vno, y otro Exercito, pag. 107.
- Cap. 10. Oracion de Alexandro à sus Soldados, pag. 108.
- Cap. 11. Batalla sangrienta, en que mueren de parte de los Persas cien mil Infantes, y diez

mil Cavallos, entregandose à la fuga el resto del Exercito. Queda Alexandro Señor del Campo, en que haze vna considerable presa, pag. 109.

- Cap. 12. Consuela, con Real generosidad, à la Madre, y Muger de Dario, y à las demás Princesas en la pérdida del Rey, à quien creian muerto, pag. 113.
- Cap. 13. entrega el Governador de Damasco à Parmenion los Tesoros de Dario, è infinita Nobleza, pag. 115.

### LIBRO CUARTO.

- C**AP. 1. Responde Alexandro, con Real magnanimidad à las orgullosas Cartas de Dario: Dà el Reyno de los Sidonios à Abdolomino, descendiente de Reyes; aunque sumamente pobre, de magnanimo corazon: Muerte de Amyntas, que avia dexado el partido de Alexandro, à manos de los Persas, y muchos Capitanes de Dario à las de los Macedones, pag. 118.
- Cap. 2. Pone Alexandro sitio à los Tyrios, por no averle querido admitir, pag. 122.
- Cap. 3. Hazen celebre, y famoso el sitio de Tyro, los dudosos acontecimientos de la Guerra, pag. 126.
- Cap. 4. Apoderase por vltimo Alexandro de Tyro, en quien haze considerable estrago su Exercito, pag. 129.
- Cap. 5. Escriue Dario à Alexandro con mas urbanos terminos sobre la paz, cuyas condiciones desprecia: Presentan los Griegos à Alexandro vna Corona de oro: Reduce debaxo de su obediencia muchas Provincias, por medio de sus Capitanes, pag. 132.
- Cap. 6. Mientras Dario se dispone para la Guerra, toma Alexandro la Ciudad de Gaza, y castiga gravemente à Batis, su Governador, pag. 138.
- Cap. 7. Passa Alexandro à visitar el Templo de Jupiter Hammon, à cuyo Oraculo haze varias preguntas, pag. 138.
- Cap. 8. Fundacion de Alexandria en Exypto, y diversas expediciones de Alexandro, pag. 141.
- Cap. 9. Llega Dario à Marbella, y à pelar suyo passa Alexandro el Euphrates, y el Tigris, pag. 143.
- Cap. 10. Amedrenta à los Soldados de Alexandro vn Eclypse de Luna; pero el los asegura, por medio de los Adivinos de Exypto. Pone en fuga à los Persas, que destruiian por todas partes: Muere la Muger de Dario prisionera de la tristeza, y llora Alexandro su desgracia, sospechas, sentimiento, y votos de Alexandro, pag. 146.
- Cap. 11. Pide Dario tercera vez la paz sin fruto, y negasela tambien Alexandro, persuadiendole a que se rinda, ò haga la Guerra, pag. 151.
- Cap. 12. Atemorizanse los Macedones, viendo en Batalla el Exercito de los Persas; pero por vltimo llegando à ellos, toman alegres las Armas, pag. 153.
- Cap. 13. Oponese Alexandro al voto de Parmenion, y de Pelipercon, que era de que se combatese.



## QUE SE CONTIENEN EN ESTE LIBRO.

- batiessé de noche ; y despues de averse entregado por algun rato al reposo , anima à los suyos al combate , pag. 156.
- Cap. 14. Oracion de Alexandro à los Griegos , y de Dario à los Persas , pag. 160.
- Cap. 15. Descripcion de la sangrienta Batalla , que se dieron los dos Exercitos cerca de Arbela. Vencedor Alexandro ; sigue à Dario vencido , y roto , pag. 163.
- Cap. 16. Veele Alexandro en peligro , y librale de el su gran valor. Obtienen finalmente los Macedones vna cumplida Victoria , y obligan al resto de los Persas à que se libre , por medio de la fuga , con considerable pérdida de gente , pag. 167.

### LIBRO QUINTO.

- C**AP. 1. Aviendo entrado Dario en la Media , se apodera Alexandro de Arbela , y de Babylonia , cuya grandeza , situacion , y viciosas costumbres de sus Habitadores se describen , pag. 170.
- Cap. 2. Propone premios à los Soldados , para obligarlos à huir la ociosidad. Recibe la Ciudad de Susa , con los Tesoros del Rey de Persia ; y consuela à Sygambis , pag. 175.
- Cap. 3. Despues de aver vencido Alexandro la Region de los Uxiores , concede libertad à Madathes , su Governador , y à todos los rendidos , y prisioneros , eximiendolos de todo genero de tributos. Intenta entrar en la Persia ; pero obligale Ariobarcanes à que se retire , pag. 177.
- Cap. 4. Muestrale vn prisionero vn camino desconocido , por medio del qual llegó à combate con los Persas ; en el dexa roto su Exercito , y muerto à Ariobarcanes , pag. 180.
- Cap. 5. Passando Alexandro à Persépolis , pone en libertad quatro mil prisioneros Griegos , pag. 183.
- Cap. 6. Despues de aver robado à Persépolis , Ciudad rica , llega à la Persia , y sujeta à los Mardos , pag. 186.
- Cap. 7. Haze Alexandro quemar el Palacio de los Reyes de Persia , à persuasion de Thais , y de los Cortesanos , que seguian el Exercito ; y resuelve seguir à Dario , pag. 189.
- Cap. 8. Oracion de Dario à los suyos , exortandolos à la Batalla , pag. 191.
- Cap. 9. Varios pareceres de los Grandes. Alteracion , ocasionada de la traycion , que Nabarcanes , y Besso avian tramado , pag. 192.
- Cap. 10. Cruel determinacion de Besso , y Nabarcanes , sobre entregar à Dario , ò darle muerte. Tienenla oculta , por estraños medios , pag. 194.
- Cap. 11. Descubre Dario los intentos de los Traydores : rehusa el socorro de los Griegos , que tenia presentes , y declara quiere morir antes , si gustan de ello los suyos , que des-acreditarlos , pag. 196.
- Cap. 12. Apoderale Besso de Dario , despues de averle engañado , con fingidas lagrimas , y aviendole aprisionado con cadenas de oro , le haze poner en vn Carro , tan indigno de la

Magestad de su Persona , como si huviesse olvidado iba en el tan gran Principe , pag. 197.

- Cap. 13. Sabiendo Alexandro la infelicidad , à que se hallaba reducido Dario , marcha contra el Exercito de los Persas ; pero Besso , y los demás Parricidas , remiendo sus Armas , dexan à Dario cargado de muchas heridas , y se entregan à la fuga , pag. 200.

### LIBRO SEXTO.

- C**AP. 1. Descripcion de la Batalla , entre Lacedemonios , y Athenienses. Vencedor Alexandro , concede la paz à los Griegos , que se avian sollevado en su ausencia , pag. 203.
- Cap. 2. Invencible Alexandro en la Guerra , se dexa vencer en la ociosidad de las delicias. Corre voz en el Exercito , de que avia recordado de aquel adormecimiento , pag. 207.
- Cap. 3. Oracion de Alexandro à sus Soldados , exortandolos à concluir la Guerra comenzada en Asia , pag. 210.
- Cap. 4. Descripcion de Zioberis , admirable Rio. Ofrece Alexandro à Nabarcanes el perdon , que solicita por medio de su Carta de seguridad , y hallandose cercano al Mar Caspio , admite a su gracia à los Capitanes de Dario , pag. 212.
- Cap. 5. Aviendo recibido Alexandro à Artabazo , con grandes muestras de afecto , perdona à los Griegos , que avian socorrido à Dario ; y despues de aver vencido à los Mardos , condesciende con el ruego de la Reyna de las Amazonas , pag. 214.
- Cap. 6. Ofendense los Macedones del modo de vivir de Alexandro , el qual , por evitar algun motin , se dispone à hazer la Guerra contra Besso : Empiezala por vna estratagemma , y sigue primero à Satibarcanes , por aver dexado su partido. Echa de las Montañas à los Barbaros , y toma la Ciudad de Artacana , pag. 200.
- Cap. 7. Dymno descubre à Nicomacho la conspiracion , que se disponia contra Alexandro , por medio de Cebelino , su hermano ; lo qual es causa de que Dymno se de muerte por sus mismas manos , pag. 220.
- Cap. 8. Philotas , hijo de Parmenion , à quien se tenia por Autor de esta conspiracion , ò por gran parte de ella , es preso à instancias de los favorecidos de Alexandro , y llevado à Palacio cubierta la cabeza , pag. 223.
- Cap. 9. Oracion de Alexandro à sus Soldados , en que se queja de la conspiracion de Philotas , à quien aviendole llevado delante de ellos , se dispone à su defensa , pag. 225.
- Cap. 10. Defensa de Philotas , en la qual niega enteramente la acusacion contra el , pag. 229.
- Cap. 11. La Junta , animada por cierto Belesno , se irrita contra Philotas , el qual poco despues , por librarse de los tormentos , declara las circunstancias de vna fingida conspiracion , y muere apedreado , con todos los demás que acusa , pag. 232.



## TABLA DE LOS CAPITULOS,

### LIBRO SEPTIMO.

- CAP. 1.** Manda Alexandro dar muerte à Lincestes, convencido del delito de Magestad ofendida: y poco despues, que se proceda contra Amyntas, y Symnias, Amigos de Philotas; defenden su inocencia con gran valor, y constancia, pag. 236.
- Cap. 2.** Buelven à la gracia del Rey Amyntas, y sus hermanos. Embia Alexandro à la Media à Polydamas, para que de muerte à Parmenion, de que se originò algun motin, que se flogegò por vltimo, pag. 240.
- Cap. 3.** Sujeta Alexandro muchos Pueblos, y passa en diez y seis dias el Caucazo con su Exercito, pag. 244.
- Cap. 4.** Procura Besso disponer vn Festin, en el qual se resuelve la Guerra contra Alexandro, y no puede ganar el prudente dictamen de Cobaris: Llega en el interin Alexandro à Bactra, donde tiene noticia de la Rebelion de los Griegos, y de aver muerto à Satibarganes en vn reencuentro, pag. 246.
- Cap. 5.** Passa el Exercito de Alexandro, con estraña industria, el Rio. Cogido Besso, por medio de cierto ardid, y llevado à la presencia del Rey, le manda entregar à Oxatres, hermano de Dario, para que le haga poner en Cruz, pag. 250.
- Cap. 6.** Recibe Alexandro debaxo de su obediencia muchas Ciudades, por medio del afecto de los Barbaros, y de los Macedones. Funda à Alexandria cerca del Rio Tanais; cuya Ciudad se perfecciona en breve tiempo, pag. 254.
- Cap. 7.** No bien convallecido Alexandro de la herida, tiene Consejo con los suyos, sobre passar la Guerra à los Scythas. Declara Aristotro conforme al gusto del Rey, los presagios, que descubre en las entrañas de las victimas. Queda Menedemo deshecho, y muerto con dos mil Infantes, y trecientos Cavallos, cuya rota disimula Alexandro, pag. 257.
- Cap. 8.** Mientras se dispone el Exercito para la Guerra, llegan Embaxadores de los Scythas, los quales hazen con Alexandro vna admirable oracion sobre la paz, pag. 261.
- Cap. 9.** Aviendolo despedido el Rey à los Embaxadores, passa el Tanais: Haze Guerra à los Scythas, y trata benignamente à los vencidos, pag. 264.
- Cap. 10.** Valor invencible de los Nobles Sogdianos: Castigo de Besso: El Exercito de Alexandro, reforçado de nuevas Tropas, pag. 266.
- Cap. 11.** Obliga Alexandro à la Ciudad de Piedra à que se rinda, en medio de ser por su situacion, sumamente fuerte, pag. 267.

### LIBRO OCTAVO.

- CAP. 1.** Aviendolo sujetado Alexandro à los Dahos, y à los Sogdianos, le ofrecen los Scythas en Matrimonio à la hija de su Rey. Mata por si solo vn Leon en vna Caza; poco despues dà muerte à Clito en vn

Festin, por la gran libertad con que habló de el, pag. 271.

- Cap. 2.** Arrepientese Alexandro de aver muerto à Clito: Sus expediciones contra Syfmethres, y los transfugas Bactrianos. Muerte de Philipo, Mancebo Ilustre, y de credito, pag. 275.
- Cap. 3.** Manda Alexandro à la muger de Spitamenes, que le lleva la Cabeza de su marido, à quien avia muerto, que salga fuera del Campo. Venga algunas Provincias de los vltimos de los Gobernadores, pag. 279.
- Cap. 4.** Veese en riesgo de perderse todo el Exercito de Alexandro, con el rigor del friz, caminando à Gabaza. Constancia del Rey, y su gran humanidad con los Soldados. Su castigo con Roxanes, pag. 281.
- Cap. 5.** Mientras ocupa sus pensamientos, solo en la expedicion de la India, se ensobervece, por la malicia de los lisongeros, y quiere se le reconozca por hijo de Jupiter; lo qual condena Calisthenes en vn discurso grave, y juicioso, pag. 284.
- Cap. 6.** Conspiracion contra Alexandro, ocasionada de vn agravio hecho à Hermolao: Descubrese, y aunque Calisthenes està inocente, le incluyen entre los Autores de ella, pag. 287.
- Cap. 7.** Hermolao haze vna investiva contra Alexandro, y prueba, que Calisthenes està inocente, pag. 289.
- Cap. 8.** Respuesta de Alexandro à la investiva de Hermolao. Castigo de los Conjurados, y del inocente Calisthenes, pag. 291.
- Cap. 9.** Hermosa descripcion del Rio Indo, del Ganges, del Dyardene, de la India, de sus habitantes, de sus Reyes, y de sus Sabios, pag. 293.
- Cap. 10.** Sujeta Alexandro, con admirable felicidad, diversos Pueblos de la India, aunque no sin efusion de sangre, pag. 296.
- Cap. 11.** Pone sitio Alexandro à Aorno, Peña, y Fortaleza inaccesible, y tomala, aviendola abandonado los de dentro, pag. 299.
- Cap. 12.** Omphis, Principe poderoso, se rinde à Alexandro con su Reyno; pero conseruale en el. Presentes, que se hazen ambos, pag. 301.
- Cap. 13.** Haze Alexandro la Guerra al Rey Poro, à Persuasion de Omphis, cuyos principios son dudosos, pag. 303.
- Cap. 14.** Combate sangriento entre los Indios, y los Macedones. Gran valor de Poro, à quien Alexandro trata con Real clemencia, pag. 306.

### LIBRO NONO.

- CAP. 1.** Passa Alexandro à la India, despues de aver vencido à Poro, y reducido à su obediencia muchos Pueblos; cuyas costumbres, y estilos se describen, pag. 311.
- Cap. 2.** Hallandose Alexandro prompto à acometer à los Gangaridas, y Pharrosios, exorta con largo razonamiento à sus Soldados à la perseverancia, reconociendolos fatigados, y que rehusaban continuar la Guerra, pag. 314.
- Cap.



## QUE SE CONTIENEN EN ESTE LIBRO.

Cap. 3. Responde Ceno por todos à Alexandro, y muere poco despues de enfermedad, pag. 317.

Cap. 4. Aviendo reducido Alexandro à su obediencia à los Sobios, y à otros Pueblos, entra en la Region de los Oxidracas, y de los Mallos: pone en fuga à los Barbaros, y sitia la Ciudad, sin acordarse de la prediccion de Demophon, Adivino, pag. 319.

Cap. 5. Queda herido en la Ciudad de los Oxidracas, donde se arrojò de vn brinco, y despues de aver perdido algunos de sus mejores Capitanes, y tomadose la Ciudad, le hallaron los suyos casi muerto, y desamparado de todo socorro, pag. 322.

Cap. 6. Pídenle sus Amigos, que mire por su salud, y por la publica; pero respondeles con gran generosidad, perseverando en el intento de conquistar todo el Mundo, pag. 324.

Cap. 7. Sossiegase el Rebelion de los Griegos, en las Tierras de los Bactrianos; dà Alexandro vn banquete à los Embaxadores de los Indios; sobreviene vn disgusto entre Horrata, y Dioxippo, y pàra en duelo, en que rñieron con desiguales Armas. Dase algunos dias despues Dioxippo muerte, irritado de las calumnias de sus Enemigos, pag. 327.

Cap. 8. Aviendo recibido Alexandro presentes de los Embaxadores Indios, doma à los Sabrazas, Musicanos, Prestos, y otros Pueblos. Queda Ptolomeo sanò de vna venenosa herida, con el beneficio de vna yerva, que viò en vn sueño Alexandro, pag. 329.

Cap. 9. Desea Alexandro sumamente ver el Oceano, y lograrlo, no sin gran peligro, por la corta experiencia de los Marineros, y Pilotos, pag. 332.

Cap. 10. Buelve del Oceano à los terminos de los Arabitas, Gedrosios, y de los Indios, donde pelea su Exercito con la hambre, y peste; pero dà providencia para su remedio. Dispone despues, en imitacion de Baco, cierto genero de triunfo, aunque le ensangrienta con el castigo de Astaspes, Satrapa, pag. 334.

## LIBRO DECIMO.

Cap. 1. Quedan perdonados los delitos de Cleandro, y de algunos Capitanes; y castigados los de otros, aunque mas ligeros. Intenta Alexandro passar à la parte Occidental de la Europa; su liberalidad con los hijos de Abisares, y su crueldad con los de Orcines, Satrapa llustre, pag. 337.

Cap. 2. Mientras discurre en sossegar las reboluciones de la Grecia, y en licenciar algunos Soldados, à quienes avia pagado, se levanta vna sedicion en el Campo, la qual sossega con vn severo razonamiento, pag. 344.

Cap. 3. Desvarata los malos intentos de su Exercito, con el castigo de algunos sediciosos, y dà la Guardia de su Persona à los Perlas, pag. 347.

Cap. 4. Palabras de cierto Soldado Macedon aprisionado: Conspiracion de Alexandro, el qual muere de veneno, pag. 348.

Cap. 5. Lo que hizo, y lo que dixo antes de su muerte: sentimiento de los suyos, y especialmente de la Madre de Dario, que rñdida al dolor, murió poco despues. Elogio de Alexandro, pag. 350.

Cap. 6. Consejo, y parecer de los Grandes, sobre declarar successor à Alexandro, pag. 354.

Cap. 7. Saludan por Rey algunos à Arideo, hijo de Philipo, à solicitud de Meleagro, de que se origina vna Guerra Civil, pag. 356.

Cap. 8. Oponense los principales Capitanes à los artificios de Meleagro. Procura Arideo, deseoso de la paz, sossegar el tumulto, solicitando algun medio de la satisfacion de vnos, y otros, pag. 358.

Cap. 9. Pierde Perdicas à Meleagro por cierta astucia que vsò, y casi trecientos hombres, que le avian seguido, pag. 360.

Cap. 10. Dividese en muchas partes el Imperio de Alexandro. Dase la mayor à Arideo, y las Provincias à los Grandes del Estado: Llevan el cuerpo de Alexandro à Alexandria de Egipto, pag. 361.



# PROLOGO AL LECTOR.



Universal aplauso, que han merecido las Traducciones, que en este siglo se han hecho en la Lengua Francesa, por la aplicacion, y felicidad con que se han dedicado sus mas eruditas Plumas à ilustrarla, reduciendo à ella los mas doctos Escritores Griegos, y Latinos, diò ocasion en cierta conferencia literaria à que se controvirtiesse, si podrian lograr igual, ò superior acierto, las que en nuestra Lengua Española se hiziesen de los mismos originales Griegos, y Latinos. Abogaba tibiamente à favor de esta la comun experiencia de las pocas, à quienes en ella se les puede conferir dignamente; pues sacadas las que hizo Alonso de Palencia, de Plutarco, y otros; las quales, en medio de averse escrito en tiempo, que aun no avia llegado la Lengua à verse en la hermosura, y ornato, con que oy se halla enriquecida, mantienen sin embargo tan gran nervio, y eloquencia, que sin hazerlas desapacibles su ancianidad, pueden servir de modelo seguro à todos los que las emprendieren; la del P. Fray Luis de Granada del Libro de la Imitacion de Christo, del P. Kempis, impressa en Madrid el año de 1567. Las del P. Ribadeneyra de las Meditaciones, Soliloquios, y Confesiones de S. Agustín. Las de la Tragedia Latina de Lucio Anneo Seneca, que intitula las Troyanas; y la de Pomponio Mela por D. Joseph Antonio Gonzalez de Salas. La de los Libros de Beneficios de Seneca, por Fr. Gaspar Ruiz Montano, con quien no es comparable la de D. Pedro Fernandez Navarrete. La del Panegyrico de Plinio à Trajano, por el Jurisconsulto D. Francisco de Barreda. La del Opusculo, que debaxo del Titulo de Gobierno de los Principes, corre por de Santo Thomàs, y con no pocos valedores esta opinion, contra tantos, como se oponen à ella por D. Alonso Ordoñez de Seyxas y Tobar, que tambien traduxo, con no menor acierto, la Poetica de Aristoteles. La de Tacito por D. Carlos Coloma, justamente celebrada de los que alcançan à conocer sus primores, y à diferenciar las crecidas ventajas, con que excede à tantas, como se han hecho de este Autor, vnas medianamente razonables, y otras sumamente infelices. La de la Capa de Tertuliano, por D. Estevan de Ubani; la de la Apologia, y de otros Tratados del mismo Autor, por el P. Fr. Pedro Manero, dignas de las mayores alabanzas, por el gran acierto con que exprimen la viveza, y valentia de sus conceptos, en medio de las ingeniosas obscuridades (segun las llama Lactancio) y de las estudiadas tinieblas (segun S. Agustín) que se ofrecen en aquel Africano, ocasionadas de las figuras Griegas, que usò en estilo Latino; las que hizo D. Francisco de Quevedo, peregrino Ingenio de nuestro siglo del Lyrico Poeta Griego Anacreonte, que no imprimiò; y cuyo original para en mi poder con muy eruditas notas; y la que corre de la Vida de Marco Bruto, sacada del Texto Griego de Plutarco, que tan sinieframete han publicado algunos, fuè de la Traduccion Francesa del Señor de Amiot, como se reconoce de los primorosos aciertos de aquella, y de los continuados defectos, que en esta notan sus mismos Franceses, y entre otros el Señor de Hedoville; el qual, con ocasion de ponderar la destreza, con que traduxo del Griego Mr. de Feure la Vida de Theseo del mismo Plutarco; añade, que por la impropriedad, rudeza, y obscuridad de las de Amiot, se debe desear saque Feure las demás. Pero hizolo el año de 1666. el Abad Tallement, con tan grande acierto, que logra el primer credito este trabajo; y otras, cuyo numero difficilmente llegará al de las referidas. Todas las demás, que corren en nuestra Lengua, haziendo considerable ofensa à los Autores, que traducen, mas la sirven de descredito, y ultrage, que de ilustracion, y adorno.

Este desengaño, y el de la inaplicacion, que generalmente se experimenta oy en España à las buenas letras, hizo negar à casi todos los concurrentes, que pudiesen serlas superiores, y desconfiar à muchos de que llegasen à igualarlas. Movida, pues, mi corteza, aunque tan excessivamente inferior à la suficiencia de aquellos, del credito de nuestra Lengua, venciendo à esfuerzos del natural amor a ella los estorvos, que la ofrecia la medrosa desconfiança del proprio conocimiento, y fiando de la laboriosidad, y el estudio, lo que no debía esperar de mi ingenio, resolví reducir à ella algun Historiador Latino, que fuesse objeto digno de mi empresa. Y siendo vno de los mas celebrados entre los antiguos



guos Quinto Curcio, por la hermosa variedad de su materia, por la forma, y el todo de sus circunstancias, y quien oy corre con mayor credito, traducido en la Lengua Francesa, por el Señor de Bougelas, aviendo comprado este, al precio inestimable de los años, los aciertos, que le confieren; pues si creemos al que publicó este trabajo, pasaron de treinta los que gastó en él (plazo, que aun en menor numero, y en materia de mayor consecuencia, le juzgó Tacito en el Tratado de las Acciones de su Suegro Agricola, por vno de los considerables de la vida humana) me pareció hazer eleccion de este, para que à vista del cotejo se pudiesse decidir mejor la suscitada controversia, atribuyendo los deficiertos en que mi Traduccion la fuere desigual, à defecto de mi suficiencia, y los primores, en que (por acaso) la fuere superior à la fertilidad de nuestra Lengua, cuyas excelsas ventajas à la Francesa son tan notorias à todos los que con desinteresado animo las han juzgado, que solo ellas pudiesen averme alentado, à esperar lo que de menos poderosa canita no debia prometerme. Dictamen, en que purgandome de las sospechas de apasionado por mi propria Lengua, me ha confirmado con el suyo vn Erudito Moderno, y Estrangero, el qual en la Genealogia, que escribe de la Casa de Austria, llegando à tratar de la Magestad del Rey D. Phelipe Quarto, nuestro Señor, y à ponderar su Religion, su piedad, y su reverencia à la Santa Sede, produce en mayor credito de ella vna carta, que escribió de su propia Real mano à la Santidad de Alexandro VII. en respuesta de vn Brebe, en que le participa de su assumpcion al Pontificado, y antes de hazerlo, dice: *Ofreceríala en Lengua Latina, si en medio de ser la Española hija suya, no excediese aun à su misma Madre, en la gravedad de su carácter, en la posesion de su laconica frase, en la magestad de sus palabras, y en lo exquisito de sus peregrinos, y vivazes conceptos.* Con el fin, pues, propuesto, he aplicado en esta Traduccion todo el cuidado, que he juzgado capaz de su logro, poniendole en la observacion de las Leyes, que nos prescriben los aciertos, de las que corren mas celebradas, sin estrecharme à la rigurosa severidad, con que algunos quieren, que sea la version tan fiel, y puntual, que no se made vna sylaba, ni coma; pues como advirtió S. Geronimo: *De la manera, que no es injuria de la sentencia, sino adorno suyo cercenar la lo superfluo; tampoco infidelidad, sino aliño añadirla para perficionarla.* Tampoco me he adelantado à vsar de la relaxada licencia del Paraphasis; porque esta no solo es interpretacion de la letra (segun el sentir de Quintiliano) sino vna libre, y arbitraria declaracion de sentidos, expressada con abundancia de palabras. He tenido por regla el seguto medio, que entre estos dos viciosos estremos siguió Ciceron, traduciendo las oraciones contrarias de Eschines, y Demosthenes, que fue *el trasladar la viveza de la sentencia, y convertir, en magestad Latina la pompa Griega, copiando (como el dice) la imagen, no los colores, pesando, y no numerando las palabras, y atendiendo al valor, antes que al numero.* Porque, como enseña S. Geronimo, el que traduce, no ha de mirar à la material significacion de la voz, sino à la correspondencia, que tiene en el Idioma, en cuya Lengua traduce: precepto de cuya observancia se hallan tan lexos todas, las Traducciones, que oy publican los nuestros, que no solo faltan à la debida proporcion, y equivalencia de las voces, dexandose llevar de las estrañas, que muchas vezes, ò no tienen en la propria la misma viveza, ò están recibidas en diverso sentido, y significacion, sino tambien de las frases, y dialecto de la Lengua, que traducen; de que nace, que teniendole cada vna distinto, quedan tan asperas, defabridas, obcuras, y en muchos lugares expressados los conceptos, en muy contrario sentido al que se ofrece en los originales, que mas parecen abortos de Estrangeras Plumas, que partos de naturales Ingenios.

No he puesto menor diligencia en examinar gran parte de los muchos exemplares, que ay de nuestro Autor, entre quienes figo ordinariamente los que publicó el P. Radero, y despues de él Juan Freinshemio, como mas correctos. Tampoco he omitido la de reconocer cuidadosamente las Traducciones, que se ofrecen en la Lengua Italiana, y Francesa, y entre otras, la que en aquella publicó Thomàs Porcacho en Milàn, el año de 1628. con algunas notas, cuyo estilo tiene igual falta de pureza, que de aliño, y la que he referido, corre con tan merecido credito en Francia de Mr. Bougelas, al principio de la qual se ofrecen los dos primeros Libros, que suplió Curcio Freinshemio, si bien no traducidos por él, sino por Mr. de Ryer, à cuya imitacion le he seguido, así porque en el todo de la obra se pueda hazer mejor el cotejo, como por las ventajas de este Suplemento al antiguo, el qual no dexo de valerme en algunos lugares, que juzgo mejorados en él.

Quise exornar esta obra con algunas notas; pero considerando, que para los eruditos

*Quid si per  
quindecim an-  
nos, grande  
mortalis evi-  
spatium.*

*Addo, & aliud  
testimonium  
quod ex proprio  
Maiestatis sue  
calamo Brevi  
Apostolico Pape  
Alexandri VII.  
viventis etiam  
ab eodem pro-  
pria manu con-  
signato respon-  
so exivit. Da-  
vo, & illo eo-  
dem idiomate  
in quo scriptum  
fuit. Darent  
Latinę filia-  
nitatis filia, ut  
est Hispanica  
Lingua inf-  
criptionis gra-  
vitate, Laconi-  
ce Phrasis, pos-  
sessione senten-  
tiarum, in ver-  
borum maie-  
state, ac pere-  
grinorum, vi-  
vaciumque co-  
ceptuum va-  
rietate matrem  
ipsam non vin-  
ceret Fr. Dida-  
cus de Lequiles  
in Augustissi-  
ma Domo Au-  
striaca, Div.  
mss. Colof. pag.  
34. Quintil.  
lib. 10. cap. 5.  
Cicero in Pre-  
fat. ad duas  
orat. contr.  
Hier. Epist. ad  
Suinam.*



tos eran superfluas , así por no necesitarlas , como porqué aun quando las apereciesen , no pudiendo yo adelantar nada à lo mucho , con que han enriquecido à este Autor el P. Radero, el mismo Freinshemio, Blancardo, Loccenio, Erasmo, Huteno, Glareano, Heeringero, Accidialio, Francisco Medio, Tito Pompa, y sin otros, últimamente Philipo Carolo , el P. Michael Pellier , de la Compañia de Jesus , para el uso del Serenissimo Delphin , en ellos hallarian quanto deseassen, desistí de tan poco fructuoso material trabajo.

Lo que si me ha parecido preciso , es , dár alguna noticia de quien fué Curcio , y un juicio de su obra , deducido de los Autores , que pudieron hazerle con mas acierto , ó de alguna parte , ó del todo de su Historia , en que seguiré muchas vezes la finissima Critica de Juan Gerardo Vosio , y de Francisco la Motte le Bailer , Olandes el vno , y Francés el otro.

Faltame por advertir, que no pretendo abrogarme, ni la gloria , ni la osadía de aver sido el primero en emprender este trabajo en nuestro Idioma , que ya se , que el año de 1518. le dió à la luz publica en Sevilla Pedro Candido de Cimbres , y que tambien lo hizo el de 1534. el Licenciado Gabriél de Castañeda. Del primero debo la noticia à la doctissima Biblioteca Hispana, que para segura norma , y acertado modelo de todos los que las formaren (segun el sentir de los primeros Criticos de la Europa) y entre otros de Morobio , Eruditissimo Alemán, en el juicio, que haze de todas las Bibliothecas, dexò escrita nuestro eruditissimo D. Nicolàs Antonio, Varon verdaderamente grande, por sus copiosísimas letras, y exemplares virtudes, y merecedor de mas feliz siglo. Pero por grande, que ha sido el cuidado, que he puesto en descubrirle , no lo he podido conseguir, por cuya causa tampoco decir el que merece. Don Nicolàs Antonio duda si fué Español , ó Estrangero, y dice , que facilmente se persuadirá à que se le equivocasse con Pedro Candido de Cimbres , Maestro que fué de Breves de Nicolao V. aunque este nunca tuvo comercio alguno con la Lengua Española , que traduxo , si del Griego en Latin à Apiano Alexandrino.

La Traduccion de Castañeda he visto , con merito capaz, de que se me permita decir de ella , que aun quando se huviesse valido este Autor de exemplares menos corrompidos , que los que él mismo confiesa tuvo , y manifesta la obra ; y aun quando guardasse las leyes de una severa Traduccion , ó produxesse las utilidades , que suelen dár de sí los Paraphasis , y de que está tan lexos, que solo se reconoce en ella una indistinta mezcla de ambas cosas, vende à tan caro precio las noticias , que ofrece , que no siendo este menos que el de una considerable porcion de paciencia , apenas ay aun en los que por falta de inteligencia de la Lengua Latina, no tiene otro recurso en donde buscarlas, quien se halle con fuerças para tolerar la molestia de su narracion , queriendo antes carecer de aquellas, que passar por semejante fatiga. Si bien no se le puede dexar de estimar el buen zelo, que tuvo de comunicar esta Historia , tal qual esté , à los que se hallaban impossibilitados de lograrla por otro medio ; así como ni tampoco dexarse de admitir con la benigna gratitud , que espero , el que me ha movido en mayor credito , y desempeño de nuestra Lengua , aunque enteramente no configa el fin propuesto. VALE.





# LIBRO PRIMERO, DEL SUPLEMENTO A QUINTO CURCIO. POR JUAN FREINSHEMIO.

## CAPITULO PRIMERO.

### NACIMIENTO DE ALEXANDRO, Y PRODIGIOS, *que le precedieron, y sucedieron.*



Uchos Historiadores Griegos escribieron la vida, y acciones de Alexandro, que despues de aver conquistado el Imperio de los Persas, le transfirió à la Grecia. La mayor parte de ellos fueron testigos de tantas gloriosas acciones como obrò, compañeros vnos de sus victorias, y instrumentos otros de sus designios, à quienes se añadieron los que llevò el deseo de su gloria, y el de que triunfasse su nombre despues de su muerte, dexando por este medio à los siglos futuros el retrato de su valor, y la memoria de sus acciones. Pero en medio de que fueron grandes, la natural inclinacion, que tuvieron los Griegos à las Fabulas, ocasionò, que muchos de ellos escribiesen aventuras, que tienen mas proporcion con los prodigios, que similitud con la verdad: Y assi, no hallo que merezcan mayor credito otros, que Aristobulo, y Ptolomeo, que

Reynò despues de Alexandro; por- que muerto este Principe, y faltando la ocasion para el temor, sin el qual, y la lisonja, que son los que de ordinario pervierten la verdad de la Historia, no tenian impedimento para la libertad de decirla, no siendo creible, que Ptolomeo quisiessè deslucir la Dignidad Real con fabulas, y fingimientos. Hallaronse ambos presentes, no solo à muchos de los sucesos, que refieren, sino concurrieron tambien à ellos, con que pudieron escribir con mas verdad, que otros; por cuya causa, siempre que los hallamos conformes, los preferirèmos à los demás Autores, eligiendo quando no lo estàn, entre la abundancia de tan diversas noticias, las que mas se acercan à lo verisimil, despues de aver cotejado exactamente las vnas con las otras. Hemos observado tambien, que despues del siglo de Alexandro, todos los Griegos, que

Arria. en  
su pref.

Iustinus  
16.6.17.



tuvieron algun amor à la verdad, y de mas reciente memoria, Diodoro Siculo, siguieron el mismo camino; porque los Romanos, que se aplicaron à la Historia, contentos con escribir las admirables acciones de vn Pueblo victorioso, qual era el suyo, despreciaron siempre las de las Naciones estrañas, teniendo este por trabajo mas vtil, y provechoso à sus Ciudadanos. Pero asì como juzgo loable su intento, espero sea acepto el que he puesto en representar à mi Patria vna imagen de este Rey, que por sì solo conquistò en el corto tiempo de su vida mayores Dominios que otros Principes, que la gozaron mas dilatada. De que se podrá reconocer, no es el acaso quien gobierna los sucessos de el Mundo, fino la fortuna, que de ordinario se proporciona con el talento de los hombres, y que no tiene larga duracion la felicidad, quando no la acompaña la virtud. Juzgo, pues, que en Alexandro concurrieron todas las prendas de talento, y fortuna, que se pueden desear en vn Principe, que ha de llegar à tan alto grado de autoridad, y poder. Los de Macedonia creen descender de Hercules; y Olimpias, Madre de Alexandro, deduce de el Grande Achilles el origen de su sangre, y Casa. No le faltaron desde su infancia, ni estímulos, ni exemplos para aspirar à la gloria, Maestros, que le enseñassen la virtud, ni exercicios, que le adquiriessen experiencias; porque el Rey Philipo, su Padre, puso por medio de las continuas guerras en reputacion el nombre de los Macedones, despreciable antes,

y los hizo formidables à los demàs Pueblos de la Grecia, à quienes reduxo debaxo de su obediencia; con que no solo echò los fundamentos para la obra, que se perficionò despues de su muerte, sino que muriendo con el designio de passar la guerra à Persia, dexò crecido numero de levas, que avia hecho, considerable porcion de dinero, Tropas dispuestas, y todo genero de municiones, aviendo ya penetrado por medio de Parmenon el Asia. Muriò, pues, en esta fazon, como si huviessse hecho con el fin de dexar à su hijo tan grandes fuerças para la Guerra, y gloria de los triunfos, que su espiritu se avia ideado; por lo qual se dixo, muriò por artificio de la fortuna, la qual quiso (por decirlo asì) dár solo à Alexandro obediencia perpetua: Y asì, la admiracion, que causò este Principe, obligò à dudar muy desde los principios de sus acciones, si seria mas justo tener por Divino el nacimiento de tan grande Varon, y creerle antes hijo de Jupiter, que desdendiente de este Dios por los Eacidas, y por Hercules. Lo cierto es, que quando passò à Lisbia à visitar el Templo de Hammon, quiso le llamassen hijo suyo, como dirèmos despues; y que muchos creyeron, que Jupiter tomò la forma de aquella Serpiente, que se viò entrar en la camara, y lecho de su Madre, y que le procreò: Que los sueños Divinos, y las respuestas de los Oraculos testificaron este origen; y que quando Philipo embiò à Delphos à consultar à aquel Dios, le advirtió el Oraculo venerasse con especialidad à Jupiter Hammon. No faltan Autores, que desprecian por fabulosa esta noticia, asse-

Curt. 7.  
1. 3.Curt. 10.  
5. 33.Curt. 4.  
6. 30.  
Lucian.  
en el Dia-  
logo de  
los muer-  
tos.  
Sil. libr.  
13.  
Victor.  
en Gale-  
rio.Diodoro  
17. 1. Vc  
Icius 5.  
66. Oros.  
3. 12. Ar-  
rian. 25.  
34. Pau-  
san. lib. 1.  
Iulian.  
Ces.

guran-



Dion. Chrysof. tom. dif. curs. 4. Sidon. en el 2. y 9. de sus vertos. Plut. cap. 7. Iust. 11. y 16. Solin. cap. 14. Euseb. dif. 1. Anton. Ottotrin fig. 2. 23. Cedren. cincas. Iust. 11. 4. Texeira en la Hist. toria de los Persas 1. 32. Liu. 26. 19. 6.

guriando; que no sin motivo se habló de la Madre de Alexandro, como de vna Adultera: Que Nectanebo, Rey de Egipto, arrojado de su Reyno, no pasó, como se creyó, à Ethiopia, sino à Macedonia, esperando en el socorro de Philipo, contra el poder de los Persas: Que rindió à Olimpías à sus engañosas caricias, por la fuerza de sus encantamientos, y que manchó el lecho de su buesped; de cuya afrenta no quedó sin las sospechas Philipo, las quales acreditó su divorcio, aviendo sido ellas principal causa para él: Que el dia, que Philipo llevó à su Palacio à Cleopatra, Attalo, Tio de la Nobia, tuvo ofensa de dár en rostro à Alexandro con la afrenta, è infamia de su nacimiento, y que el mismo Rey le declaró no avia nacido de él: Que la voz del adulterio de Olimpías, no solo se dilatò à nosotros, sino tambien à todas las Provincias, que este Principe reduxo debaxo de su Dominio: Que la Serpiente trae su origen de las antiguas Fabulas, para encubrir la infamia de esta Princesa: Y que los Mesenios publicaron lo mesmo de Aristomenes, y los Sicyonenses de Aristodemo. La mesma voz se divulgò de Scipion el Primero, que destruyó à Carthago; y el nacimiento de Augusto no dexò de tenerse tambien por milagroso, y Divino. Y què dirèmos por lo que mira à Romulo, Padre, y Fundador de Roma, quando no ha avido Nacion, por baxa, y despreciable que sea, que no aya atribuido à algun Dios, ò algun hombre procreado de él, su origen, y nacimiento? En quanto à la fuga de Nectanebo, no se conforma con el tiempo; pues quando fuè vencido por Ocho, y echado de su Reyno, se hallaba yà Alexandro en edad de seis años: no siendo menos falso, ni me-

nos ridiculo, lo que se dice de Jupiter, cuya Fabula confirmò por tal la misma Olimpías. Porque assegurada despues de la muerte de su marido, y burlandose de la vanidad de su hijo, que la procuraba persuadir avia nacido de Jupiter, le pidió por medio de vna Carta, no la pusiesse mal con Juno, ni la expusiesse à la indignacion de esta Diosa, pues no avia cometido contra ella culpa, por quien mereciesse su castigo. Y que en ocasion de passar al Asia, amonestò à Alexandro se acordasse de su origen, para no executar accion, que fuesse indigna de su Padre. Mas en lo que vni-formemente convienen los Auto-res, es, en que entre la concepcion, y nacimiento de este Principe, fuè seguro anuncio de que avia de nacer de esta Princesa tan admirable Heroe, la diversidad, y crecido numero de prodigios, y pressagios que acaecieron. Ofreciòsele en vn sueño à Philipo cubierto el vientre de Olimpías de vn anillo, en que estaba gravado vn Leon, cuya memoria conservò la Ciudad de Alexandria, edificada en Egipto, y por largo tiempo el nombre de Leontopolis. Aristandro, vno de los mas celebres Adivinos de su tiempo, que acompañò despues à Alexandro, y fuè de quien se valiò para sus Sacrificios, declaró: Que este sueño denotaba el valor, y virtud del Infante, que avia de nacer. La mesma noche, que Olimpías pariò, fuè abrasado, y reducido à cenizas el Templo consagrado à Diana en Epheso, vno de los mas celebres de toda el Asia; y introducido el fuego por el furor de vn malvado hombre, que puesto à question de tormento, confessò: No

Agll. 134

4.

Plut. cap.

3.

Solin.

cap. 14.

Plut. cap.

3.

Plut. cap.

2.

Ephor. en

tert. del

alma, ca-

pit. 46.

Steph. 5.

Alexan.

Cust. en

Perieget.

154.

Cicer. de

Divinat.

1. 23. 2.

de lanat.

de los

Dioses.

2. 27.

Solin. cap.

43.

Max. 8.

14.

Zonaras

Hierro,

contra

Helvid.

Plut. cap.

4.



aver tenido otro motivo para aquella malvada accion, que el hazer perpetuo, y memorable su nombre. Pero los Magos, y Adivinos, que se hallaban entonces en Epheso, sintieron este incendio, no solo por la perdida del Templo, sino por creerle cierto pressagio de alguna considerable ruina, de cuyos desconsolados temtores llenaron toda la Ciudad, diciendo se encendia en alguna parte antorcha, cuyo incendio abrasaria todo el Oriente. Al tiempo, que nació Alexandro, sujetò Philipo à Potidea, Colonia de los Athenienses: Supo quedò vencedor en los Juegos Olimpicos, donde avia embiado quatro Carros; y por vn Correo, despachado por Parmenion, à quien avia embiado à llyria, de Victoria mas importante, pues le avisaba aver roto, y deshecho los Macedones à los Barbaros en vna gran Batalla. En la celebridad de tan felizes sucessos le hallò el del parto de Olimpias, del qual predixeron los Magos, y Adivinos: *Seria invencible Principe, Infante que avia nacido entre tantas palmas, y Victorias.* Y es fama, que Philipo, medroso de las grandes prosperidades, que à vn tiempo experimentaba, rogò à la Diosa Nemesis: *Permitese, que con alguna mediana calamidad pudiesse satisfacer los obsequios, y sumisiones, que al parecer le hazia la fortuna.* Tambien se refiere, que en la Ciudad de Pelle se mantuvieron por espacio de vn dia, sobre la casa en que la Reyna parió, el que diò à luz à Alexandro, dos Aguilas, y que fuè presagio de que poseeria los dos Imperios de Europa, y Afsia: interpretacion facil de hazer despues de visto el suceso. Algunos Autores añaden: *Temblò la*

tierra el dia del nacimiento de este Principe, en el qual se oyeron grandes truenos, y vieron caer muchos rayos. Nació, segun el sentir de sus mas exactos Escrip-  
tores, al principio de la olimpiada ciento y seis, siendo Pretor en Athenas Elipenes, el sexto dia de Junio, à quien los Macedones llamaron Loo, tiempo en que el Pueblo Romano (de cuya fundacion corrian cerca de quatrocientos años) se exercitaba en las guerras de sus vecinos, haziendose por medio de las Victorias, que cada dia obtenia, mas considerable, y glorioso, para avasallar todo el Orbe à su obediencia.

Capel. en  
su Hist.  
Sagrad.  
Plut. cap.  
4.  
Demost.  
en la ora-  
cion de la  
Corte.  
Age. 17.  
21. Hist.  
mef. 24.

## CAPITULO II.

*Su educacion; los exercicios de su juventud; y la disposicion de su cuerpo.*

**V**IENDOSE Philipo con vn hijo, de cuyos aumentos le obligaban à concebir grandes esperanças, presagios tan felizes, empleò todo su cuidado en su mejor educacion, para que le hallasse la Corona digno de ella, y el Cetro capaz de regirle. Conociendo, como tan prudente, y atento al bien de sus Dominios, no avia adelantado nada con todo lo obrado, y emprehendido, si para despues de su muerte dexaba à Macedonia vn Principe negligente, è incapaz de Reynar, y vencer; y que aun su reputacion peligraria en la duracion, si la flaqueza de su sucessor malograba la disposicion de los grandes progresos à que avia dado principio. Conservanse Cartas fuyas, llenas de utilidad, y prudencia, escritas à Aris-  
to-

Plut. en  
la conso-  
lacion. à  
Apoll. c.  
9. y en las  
Apophth.  
Mela 2. y  
3.  
Sern. fo-  
bre Virg.  
Georg. 4.  
178. An-  
ton. Bun-  
tig. en su  
Chr. lac.



Agel. 9. 3. roteles, el qual se hallaba entonces con Platon en Athenas; y vna de ellas contiene estas, ò semejantes expresiones: Philipo Aristoteles, salud. Hagoos saber me ha nacido vn hijo, de cuyo beneficio no he dado tantas gracias à los Dioses, porque me le ayan concedido, quanto porque aya sido en vuestro tiempo. Espero, que por medio de vuestros preceptos, y cuidado en su educacion, saldrà de vuestra Escuela digno Discipulo vuestro, no indigno hijo mio, y capaz de sucederme en tan gran Reyno; porque juzgo por mejor no tener hijos, que dexarlos para deslustrar, y ultrage de la sangre, y de los predecessores. No se engañò Philipo, porque Alexandro logró, con tan fructuoso aprovechamiento, la doctrina de este gran Varon, que pudo con ella poner en execucion las esclarecidas acciones; que despues obrò. Nombraronsele en sus mas tiernos años por Ayos à Leonidas, pariente de Olimpias, y à Lyfima-cho de Arcania: eligiòsele vna Ama de buen temperamento, y costumbres, llamada Helanica, hija de Dropolis, y de las mejores Familias de Macedonia. Correspondiò tan felizmente al cuidado el suceso, que aun en la infancia empezò Alexandro à dár muestras de quanto se experimentò despues en su persona; porque desde entonces se le advirtieron tan ventajosas fuerças en el cuerpo, como generosidades en el animo, superiores à la edad en que se hallaba, y iguales à las que se debien desear en vn natural heroyco. Era hermoso, y agradable, despreciaba todos los adornos, que pueden añadir gracia, y hermosura al cuerpo, diciendo: Que el cuidado del

Curc. 3. 6. 1. Iust. 12. 6. 10. Arrian. 4. 2. 12. Curc. 8. 2. 8.

Cumen. en el Paneg. de Constantino, cap. 17. Elia- no en la

aliño, y de la compostura solo era permiti- do à las mugeres, las quales no tenian otros medios para bazerse recomendables; y que el la avria conseguido, si llegasse à possèer la virtud. Tenia los miembros bien proporcionados, y el cuerpo robusto, y fornido, y mas vigoroso en la realidad, que en la apariencia, por ser de mediana estatura: las carnes blancas, aunque las mexillas, y el pecho gratamente roxos: los cabellos rubios, y enfortijados; y la nariz aguileña: los ojos de diversas colores, negro el diestro, y azul el siniestro; pero con tan oculta virtud, que ninguno los miraba sin re- verencia, y temor. Era admirable la ligereza del cuerpo, la qual hazia mas agil, como tan necessaria, la frecuencia con que le exercitaba, disputando algunas vezes el premio de la carrera, con los mas ligeros de los suyos. La paciencia con que sufria los trabajos fuè tan grande, que excediò à la credulidad; y por esta virtud pudo conservarse con sus Armas en las mayores calamida- des, y peligros. Purgòse de tal fuer- te con la continuacion de sus exer- cicios, y temperamento calido de los malos humores, que de ordina- rio se engendran entre cuero, y car- ne, que esparcia de sì vn grato olor, de que participaban sus vestidos: causa à que atribuyen algunos al vi- no, y à la colera. Conservanse retra- tos, y estatuas suyas de los mayores Artifices, por aver prohibido con gran cuidado, debaxo de graves penas, que ninguno le retratasse sin orden suya, para que no perdièse su rostro nada de la gracia, y vigor que mantenìa, por mano de Pinto-

Historia vlcima 12. 14. Arrian. 7. 5. 18. Sol. 14. Curc. 3. Solin. c. 14. Plut. ca. 3. pic. 3.

Tzetzes Glycus Elian. Hist. vlc. 11. 14. Plut. de la dife- renciade la amifi- tad, y la lisonja, y de la trá- quili dad del Alma, cap. 20. Arrian. 7. c. 18. Plut. en el ban- quete. Apuleya 1. de Hoid.

Horacio Epist. 2. 1. Himer. en Pho- cio. Plin. 7. 37. 6. 35. 10. 23. 37. 37.



Cicer. en  
las epif-  
tolas fa-  
miliares  
3. 12.  
Hieron.  
à Letar.  
Horiem.  
epistola  
311.  
Plut. en  
Pirr. cap.  
14. y en  
Alexan-  
dro, cap.  
3. en el  
Tratado  
de lafor-  
tuna 2.  
5. y en  
Pompe-  
yo, c. 6.

Tzetzes  
chil. 8.  
200. y  
11. 3. 8.  
Vist. en  
Caraca-  
lla, Hist.  
mel.  
1025.

res, y Escultores comunes. Y así, en medio de aver florecido grandes Artífices en este tiempo, solo Apelles le retrató de consentimiento, y voluntad suya; solo Pyrgoteles le gravó sobre piedras; y solo Lisipo, y Polycletes le estamparon en medallas. Refiere se, que tomó de tal fuerte el defecto de atravesar la vista de su Ayo Leonidas, que le fué imposible perderle despues. Confieso, que puede mucho la educacion; pero que atribuyo esto mas al natural de aquel Principe, que à la costumbre que tomó; porque en alguna manera tienen los movimientos del cuerpo cierta propension, que les obliga à seguir el ardor, è impetuosidad del espíritu. Tan lexos estuvieron sus sucesores de reputarla por imperfeccion, que no pudiendo en el valor, ni en la virtud, pusieron gran cuidado en imitar esta, la de inclinar, como èl lo hazia, el cuello àzia el lado siniestro de la espalda, y la de tener la vista firme, y la voz hueca. Lo cierto es, que hubo entre ellos muchos, cuya larga vida no mereció se comparasse con la infancia de este Principe; porque à la verdad en toda ella, ni dixo, ni obró baxeza alguna, antes por el contrario, sus palabras, y acciones fueron iguales, y muchas vezes superiores à su fortuna; pues aunque gustaba de la alabanza, no indiferentemente en todas, si solo en las loables, creyendo, que la que se daba à las baxas, ni era de honor, ni de gloria, y que la de victoria, se debia proporcionar siempre con los enemigos, que se vencian: Y así, quando algunos

le dixerón, que pues era tan agíl, y diestro en la carrera, concurriessse con los que disputaban el premio de los Juegos Olimpicos, siguiendo el exemplo de aquel Rey, que tuvo su nombre, para que se dilatasse por medio de esta accion por toda la Grecia la estimacion, y gloria del suyo; respondió: *Yo lo hiziera, si tuviessse Reyes por competidores, y contrarios.* Siempre que su Padre Philipo obtenia alguna señalada victoria, ò ganaba alguna Plaza de reputacion, mostraba entre los regozijos publicos conocido sentimiento, el qual le obligó cierto dia à que prorrumpiessse entre los niños de su edad, diciendoles: *Que su Padre no les dexaba que hazer, ni à èl, ni à ellos, quando pudiesen tomar las Armas.* Tanto sentia le disminuyessse su gloria lo que aumentaba las guerras, y riquezas del Imperio, siendo en èl mas poderosa la passion al honor, que à los tesoros. Dormia naturalmente poco, y valia se de el artificio para dormir menos. Si tenia algun cuidado de consecuencia, que necesitasse de larga consideracion, sacaba el brazo fuera del lecho, y se impedia el sueño con el ruido de vna bola de plata, que dexaba caer sobre vna vacia. Tuvo desde su infancia gran respecto à los Dioses. Cierta dia, en que se les hazia vn sacrificio, echó tan gran cantidad de incienso, que Leonidas su Ayo, Varon severo, y enemigo de la profusion, disgustandose de la de Alexandro, le dixo: *Quando conquistes los Lugares donde se trae el incienso, podràs quemar tan gran porcion; pero aviendo pacificado despues Alexandro la Arabia, la*  
qual

Plut. cap.  
6. de  
la fortu-  
na de Ale-  
xandro  
1. 13. y  
en las  
Apoth.  
cap. 36.

Herod.  
3. 22.

Marcel.  
16. 16.

Plutarc.  
cap. 44.  
en las  
Apoth.  
cap. 17.

Plin. 12.  
14. 17.



qual le produce, y acordandose de las palabras de Leonidas, le embió de aquella Provincia gran cantidad de perfumes, con orden de que le dixessen de su parte: *No fuesse otra vez tan escaso en honrar à los Dioses, pues veia por experiencia con quan dobladas creces remuneraban las ofrendas, que se les hazian.* Diò bien aprisa muestras de su gran valor, y de las considerables proezas, que emprehenderia. Hallabase en este tiempo por Rey de la Persia Artagerges Ocho, contra quien se avian conspirado, y hecho guerra Artabases, y Menapo, ambos Satrapas, acompañados de Menon Rhodio, famoso, y esclarecido Capitan; pero quedando vencidos por las fuerças de aquel Principe, abandonaron el Asia, y se ampararon de Philipo. Aunque no tenia entonces Alexandro siete años, recibia singular gusto de conversar con ellos, y de hazerles preguntas, en nada pueriles, sobre el estado de los negocios de Persia. Informavase con especialidad de los fundamentos en que se afirmaba la grandeza, y poder Real de los Persas? *Què Armas usaban? Si los Pueblos eran valerosos? Si generosos los cavallos? Quantas jornadas avia de Susa à Macedonia? Qual era el genio del Rey? Quales sus exercicios, y sus divertimientos? Y en què estimacion tenia la virtud?* Aviendo perdonado despues Ocho, por intercession de Mentor, hermano de Memnon, y con quien Artabases avia casado su hermana, à los desterrados, y embiadoselos à pedir à Philipo, causò tan grande admiracion Alexandro à los Embaxadores del Rey de Persia, por las muestras

excelentes que les diò de su natural heroyco, en edad tan tierna, que no pudiendo contenerse vno de ellos, dixo: *Este niño es vn grande Rey, y el nuestro vn Principe rico.* Pero aunque parece debió todas estas prodigiosas calidades à la excelencia de su natural, no fue menos deudor por ellas à su admirable educacion; porque su Padre, experimentando en sì quan vtil le avia sido la compañía de Epaminondas, y que avia obrado mas con la elocuencia, que con las Armas, puso gran cuidado en que su hijo se ilustrasse desde su infancia con el estudio de las buenas letras: Y assi, obligò con Reales recompensas à Aristoteles, Filosofo de grande reputacion, à que enseñasse à Alexandro los primeros rudimentos, à cuyo empleo se dedicò gustoso aquel gran Varon, como quien sabia quanto importa que vn Principe, cuyas sienes ha de ceñir la Corona, estè bien educado, y que no puede aver sabiduria, donde falta el desprecio de las cosas pequeñas, sin el qual es imposible ascender à las grandes. Aplicaronsele despues muchos Maestros, y los de mayor credito, en lo que se le pretendia enseñar; con que no solo enriqueciò, è ilustrò el animo de las mejores ciencias, sino adornò, y agilitò el cuerpo con su destreza en todos los exercicios, que pueden servir à la Guerra, y acostumbrarle à sufrir las fatigas de ella. Aun quando parecia, que estaba sin hazer nada, no dexaba de obrar algo; porque divirtiendose, ò en jugar à la pelota, ò en dancar, no abstraia tanto el espiritu, quanto dis-

Plut. de  
fortuna  
Alexan-  
dro 8.24.

Diod.  
16. 33.  
Cure. 6.  
4. 24.

Quint. 1.  
1. 20.  
Hieron. à  
Leran.  
Erasm.  
lib. 2. de  
Ratione  
concion.

Plutarc.  
cap. 7.

Dexipp.  
en Ce-  
dreno.  
Plutarc.  
cap. 70.  
Athen. 1.  
13. 16.  
Diod.  
orat. 2.  
Suidas 39.



disponia el cuerpo à los empleos mas importantes.

### CAPITULO III.

*Su inclinacion à las ciencias, credito de Aristoteles, su Maestro.*

Laert.  
in Arist.

**H**ALLANDOSE Alexandro en edad algo mas crecida, y con capacidad proporcionada, y dispuesta para estudios mas serios, le llevaron desde Mitylene, donde estaba, à Aristoteles, el qual no se apartò de su lado, hasta que aviendo sucedido en el Reyno, por muerte del Rey su Padre, hizo la jornada de Afsia. Aprendiò en este tiempo, quanto podia enseñarle tan docto Maestro, y famoso Filosofo. Mostrò tanto mayor deseo de alcançar el conocimiento de los secretos de la naturaleza, quanto eran grandes las esperanças, que avia concebido, de hazerse algun dia Señor del Mundo; y asì, contribuyò à la especulacion de las cosas naturales, con expensas de liberal, y Real animo. Dispuso, que asì en Afsia, como en la Grecia, y en las demás partes, donde con mayor aplicacion se dedicaban à este estudio, obedeciesen à Aristoteles todos los que buscaban su vida en la caza, y en la pesca, à fin de que pudiesse reconocer con mas certidumbre, y facilidad la naturaleza de los animales; para cuya grande empresa es constante, que recibì Aristoteles ochocientos talentos, y que fuè tan grande la inclinacion de este Principe à tan admirable ciencia, que hizo por sì los gastos, y aplicò todo su cuidado, en medio de tener, co-

Dionis.  
de Demosth.

Plin. 16.  
3.

Athen.  
ch. 13.

mo por cierto; que no llegaria à ver el fruto de ella. Hallaronse cien años despues ciervos, à quienes avia hecho poner collares de oro, para que conociesse la posteridad, quanto credito se debia dar à los que escrivieron de la larga vida de los animales. Fuè erudito en las sublimes disciplinas, à quienes llaman Acromaticas, como lo acredita vna de sus Cartas, en la qual se quexa de Aristoteles, por averlas disminuido mucha estimacion, haziendolas publicas; y no menos la respuesta de Aristoteles, pues le satisface, diciendo: Que aunque las avia dado al publico, era lo mismo que sino lo huviesse hecho, no aviendo quien pudiesse entenderlas, hallandose sin la noticia de lo que contenian. En cuya consecuencia, quando Alexandro le pidiò sus Libros de Retorica, le prohibiò los franqueasse à otro alguno, que no fuesse el, por desear exceder à los demás, no menos que en el poder, y grandeza, en las buenas Artes, y no llevar bien, que participassen de la gloria los inferiores. Tambien manifiestan sus Cartas, que supo Medicina, y que la aprehendiò de Aristoteles, hijo de vn Medico descendiente de Esculapio. Pero aplicòse con tan grande vtilidad à esta parte de Philosophia, que enseñà à gobernarse à sì, y à los demás, que se tuvo por cierto debiò la ruina del Imperio de los Persas, mas que à sus Armas, y riquezas, à su generosidad, prudencia, templança, y justicia. Solia decir muchas vezes:

Plin. 8.  
22. 23.

Plin. cap.  
12.  
Apell.  
20. 4.  
Zonar.

Arist. 2.  
Rhet.

Plutarc.  
cap. 19.  
Laert. in  
Arist.

*Que se hallaba con no menor obligacion à Aristoteles, que à Philipo; por que si al vno debia*

Plut.  
cap. 13.



bia el beneficio de vivir, reconocia al otro el de vivir bien. Sin embargo se creyò, aunque sin razon, que en medio de la grande ambicion, de que tenia apoderado el corazon, le inflamò mas en ella la estimacion, que reconociò en Aristoteles al honor, y à la gloria, à quienes colocaba en el numero de los mas apreciables bienes; y que persuadido Alexandro de esta opinion, que le lisongeaba el genio, hizo naciesse la guerra de la guerra para dilatar sus Dominios, è imperio, queriendo, que todo el Mundo le estimasse por Dios. Tuvo Aristoteles la recompensa, y premio, que merecia, por la educacion de Alexandro, no solo mientras Reynò, en las grandes mercedes, y honras, que recibì, sino en tiempo de Philipo, logrando, que por su atencion se reparassen las ruinas de su Patria. Avianse declarado por enemigos de Philipo los Olinthios, vezinos de Macedonia, y no inferiores à ella en poder, por llevar mal el acrecentamiento de vn Reyno debaxo de Rey tan prudente, y que solo miraba à la ruina, y servidumbre de sus vezinos: consideracion, que hizo mas odiosa la guerra, y por consecuencia mas cruel la victoria. Y assi, Philipo, aviendo tomado la Ciudad de Olyntho, la mandò arrassar, vender los habitantes, y que se executasse el mesmo rigor en todas las Ciudades, que dependian de ella. Stagira, Patria de Aristoteles, tuvo parte en este infortunio, participando de la dessolacion, que las otras; pero reparòla este à permission, y expensas de Philipo, y la diò

Leyes, que observò despues. De esta fuerte restableciò el talento de vn hombre solo, vna Ciudad arrasada, y destruida, y à quien no pudo librar antes de su ruina el esfuerço de tan grandes Capitanes, ni el poder de vn Estado floreciente. Dexase conocer bastantemente la estimacion grande de Philipo à Aristoteles, en las repetidas persuasiones con que pedia à Alexandro se aplicasse cuidadosamente à los sabios preceptos de tan docto Maestro, para no incurrir en vicio, cuya afrenta, y arrepentimiento, le sirviessse de castigo. Y assi, le tuvo siempre Alexandro particular veneracion, y pidiò su parecer en los negocios de mayor consideracion, è importancia. Escriviale con gran frecuencia, solicitando saber de el, no solo lo mas oculto de las ciencias, sino tambien las mas seguras reglas para la mejor direccion de su vida, y costumbres. A cuyo fin le dice Aristoteles en vna Carta, que lo que juzga por mas proporcionado al logro de su felicidad, y de la de sus Vassallos, es: *Que tenga siempre presente, no se le avia concedido tan considerable poder, para que fuesse inútil à los hombres, sino para que le empleasse en mayor beneficio suyo: Que procurasse reprimir los impetus de la ira, à que naturalmente estaba sujeto; pues no aviendo quien pudiesse serle igual, era tan escusado, como indigno de su grandeza, irritarse con los inferiores.* Pero luego, que empezó à apoderarse de su animo el orgullo, tambien el à despreciarle; mayormente quando persuadido, que por muerte de Callisthenes se avia hecho enemigo suyo, y que

con-

Eth. 4. 9.

Tames  
Analect.  
antiq.  
Dacia,  
cap. 11.

Elan.  
Hist. div.  
12. 54.  
Tzerzuz  
Poil. 17.  
40.  
Dion.  
Chylar.  
orat.  
Laert.  
in Arist.  
Plinio  
7. 9. 3.  
Val. Ma.  
xim. 65.  
se

Plut.  
cap. 51.  
adver.  
Colotem.

Plut. ad-  
verf. Ce-  
let. cap.  
30. Laer-  
cius.

Plut.  
Apoph.  
cap. 33.  
Cassaub.  
in Ath.  
14. 22.

Melan-  
chin.  
Chron.

Elan.  
Hist. di-  
verf. 12.  
54.



Burge-  
sius var.  
lect. 1. 6.  
Plut.  
cap. 13.  
2. 94.

Plut. del  
adelanta-  
miento  
de la vir-  
tud, cap.  
10. y de  
la alaban-  
za de sí  
mismo,  
cap. 12.  
Plut. 6.  
126.

Plut. en  
Periclef.  
cap. 1.  
Gregor.  
lib. 8.  
Elian.  
Hist. div.  
3. 124.

Dionif.  
Chycolt.  
orat. 2.

contra los preceptos de su sabiduría, y como por especie de venganza, se complacia de contradecirle, y de convencerle en sus disputas, con pretexto de despreciar las grandezas, y la ambicion. A lo menos se refiere, que poco antes de su muerte, justificando Casandro à su Padre de los delitos, que se le imputaban, exclamò diciendo: *Que venia armado de invenciones, y de los artificios de Aristoteles, para desvanecer con falsos, y sofisticos argumentos, justos, y legitimos cargos; y que à vno, y à otro amenazò con graves castigos, si averiguaba ser cierto lo que le avian referido; hablandole en lo demás con semblante tan indignado, y colerico, que mucho tiempo despues de su muerte, Casandro, que fuè el que le sucediò, hallandose en Delphos, y viendo vn retrato de Alexandro, y acordandose del peligro en que avia estado, se conturbò, y estremeciò. Esto fuè causa de que se creyese fuè Aristoteles Autor del veneno, à cuya violencia se atribuyò la muerte de Alexandro, y que por disposicion suya se traxo de Babilonia en la vña de vn cavallo. Fuè tambien este Principe primoroso en la Musica, à que se aplicò con particular aficion; pero aviendole dicho su Padre vn dia, *què si no se corria de cantar tambien? la dexò, como exercicio menos decente à la Magestad Real. Por este tiempo, advirtiendole su Maestro de Musica, que tocasse cierta cuerda; què importa, le respondiò, que la toque poniendo vn dedo sobre otro? A que el Musico le satisfizo, diciendo: Que para quien avia de ser Rey importaba poco, pero**

*mucho para quien solicitaba ser perfecto tañedor de Instrumentos. Gustaba de que los Tonos tuviesen vigor, y espiritu; y por el contrario, oia con tan gran disgusto los delicados, y femeniles, como miraba quanto previerte, y corrompe las costumbres; por cuya causa hizo particular estimacion de Thimoteo, cuyo credito en este genero de musica, à quien llaman Phrigia, era grande; porque acomodandola à su genio, le arrebatava de fuerte, que como inflamado el animo de espiritu Divino, ò como si estuviese cercano ya el enemigo, corria à tomar las Armas. Tuvo tambien por Maestro de la Eloquencia à Anaximenes, natural de Lapsico, cuya Ciudad le debiò su conservacion, quando Alexandro determinò arruinarla, porque seguia el partido de los Persas; pues viendo, que Anaximenes fallia, y teniendo por cierto era à interceder por su perdon, antes de oirle palabra alguna, le jurò por los Dioses de los Griegos, no le concederia nada de lo que le pidiese. Pero Anaximenes, usando de su destreza, le rogò arruinasse, y destruyesse à Lampfico; con que el Rey se hallò precisado del juramento, ò antes del discreto primor de su Maestro, à conceder el perdon de sus yerros à los Lampficos. Despreciò à los Comediantes, como à gente opuesta à su generoso genio, y nacida solo para la corrupcion de las costumbres. Lo mismo hizo de los que contendian à golpes de puño, en medio de ser muy estimados entonces en la Grecia, y sin duda por su ociosidad, y porque se conservaban mas para los di-*

Suidas  
en la vi-  
da de Thi-  
mot. Dio.  
orat. 1.  
Orasm.  
Adag. en  
Dorio ad  
Phry-  
gium.

Plut. de  
la fortu-  
na de Ale-  
xandro  
2. 4.

Pausan.  
6. 6.  
Val. Ma-  
xim. 7.  
3. 4.

Suida V.  
Athen. p.  
1. 3.  
Dion.  
Chrysof.  
orat. 2.  
Plut.  
cap. 6.



divertimientos, y espectaculos del Pueblo, que para las necesidades de la Patria. Favoreció todas las demás Artes, y aun aquellas à quienes no se aplicò. De esta suerte, todos los que eran primorosos en alguna, iban à presentarle de las partes mas remotas las obras de su ingenio, y de su mano, y à recibir del mas liberal Rey del Orbe, y cuyo magnanimo corazon correspondia à su fortuna, considerables beneficios. Embiaba de ordinario crecidas dadas à los que estaban ausentes, y se señalaban en la virtud, ò en alguna ciencia. Por lo qual florecieron en su tiempo tantos, y tan grandes Varones, y excelentes Artifices, que apenas se hallará siglo de igual abundancia en todo genero de ciencias, y facultades; siendo cierto, que las costumbres, y los ingenios de los subditos, se hazen, y forman de ordinario al exemplo de sus Reyes, y que casi todos los accidentes, y mudanças, que sobrevienen à los Reynos, resultan de la gloria, ò infamia de los Principes, que los rigen.

#### CAPITULO IV.

*La estimacion, que Alexandro hizo de Homero; su desprecio à los deleytes; y la destreza con que domò el Cavallo Bucephalo.*

**E**STIMÒ à Homero sobre todas las cosas del antigüedad, creyendo, que solo èl avia acertado à describir con perfeccion aquella sabia Politica, à cuyos preceptos deben los Imperios su subsistencia. Fuè tan grande su inclinacion à este Poeta, que se llamaba el enamorado de

Homero: traiale siempre consigo, sin dexarle aun en la cama: haziale poner debaxo de su almohada, con la espada; y le llamaba *su Arte Militar, y la mejor provission, que podia hazer para la Guerra*, juzgando à Achilles por feliz en aver tenido tan gran Varon, que celebrasse sus virtudes. Aviendo mandado guardar vn cofrecillo, que se hallò entre los despojos de Damasco, cuya obra, y materia era de inestimable precio; preguntandole sus validos: *A què le destinaba?* Les respondió: *Tengole dedicado para guardar las Obras de Homero, que son las mas preciosas, que ingenio humano puede hazer.* Y asì, consiguió, que la correctissima ediccion del Poeta, que con tan gran cuidado avia hecho perficionar, se llamasse *la de Nartbesio, del cofrecillo, de olores, y perfumes*, por averlos guardado en èl los Persas. Trayendole cierto dia vno de sus Vassallos vna noticia de gusto, al llegar à èl, manifestando en la fatiga el ansia de darsela, y en el semblante su alegria, y satisfaccion: *Què noticia (le dixo) me puedes traer, que sea digna de tanto regozijo, si no es la de aver resucitado Homero?* Porque aviendo llegado yà el vltimo grado de felicidad, creia no le faltaba, para el colmo de su gloria, sino vn Varon, capaz de que la celebrasse. Llegò à tener tan presentes las Obras de Homero, con la continuada leccion, que ninguno las vsò con mas facilidad, ni las penetrò con mas acierto. Pero entre todos los versos de este Poeta, de ninguno hizo mayor aprecio, que de aquel en que alaba à Agamenon de dïstro Soldado, y esclarecido Capitan.

Plut. de la fortuna de Alexandro, orat. 2.

Scone. cap. 10. Algeb.

Quint. 2. 205. vir. tu praf. 52.

Luc. pro magni. Laert. in xenoc.

Plut. ad. vers. Col. cap. 50. & in Phocio. ne, cap. 120. & de fort. Alexand. 5. 14. & 2. 1. & 4.

Strab. lib. 13. Plut. cap. 13. Plin. 7. 29.

Lucian. Dialog. mort.

Plut. de fortuna Alexand. 1. 13. Homer. Iliad. 3. 179.

Dionis. Chryf. orat. 2. Plut. cap. 15. y de la fort. de Alex. 1. 4. Vop. pro prob. Cic. pro Archia. cap. 20. Plut. cap. 44.



tan. Finalmente, las tuvo por el mas poderoso atractivo de la virtud, y por el mejor Maestro de sus costumbres. Con tan admirables calidades, y con tan prodigiosa disciplina, mantuvo gloriosamente la grandeza, y elevacion de su fortuna, sin dexarse llevar del orgullo, ni de la libertad, à que los mas Principes se rinden, siendo de ordinario por quienes se gobiernan, y con quienes se aconsejan. No se diferenciaba de los demàs hombres en los adornos exteriores, por ser de opinion, que los Principes debian exceder mas à subditos en la virtud, que no en la gala, y pompa de los vestidos. Era ayroso, y gallardo, humano, cortès, y familiar; pero tan sin menoscabo de su respeto, que nunca pisò el riesgo del desprecio. Fuè inclinado al vino, aunque no sin moderacion; porque si tenia lugar, empleaba el tiempo en la mesa mas en discurrir, que en beber con exceso. Aborreciò de tal suerte el vicio de la sensualidad, que llegó à temer su Madre, fuese incapaz de dexar sucesion; pero con especialidad el del adulterio, que prohibiò con severas Leyes. Permaneciò por algun tiempo en la observancia de tan admirables costumbres; por medio de las quales se grangeò el credito de gran Rey, hasta que dexandose vencer de la excesiva prosperidad de su fortuna, fuè perdiendo poco à poco esta moderacion. Manifestò su valor, y destreza en domar el Cavallo Bucephalo (llamado afsi por tener la marca de una cabeça de buey) no sin grande admiracion de su Padre, y de los

demàs, que se hallaron presentes.

Eran entonces los mas celebrados cavallos los de Thesalia; y si bien los avia muy generosos en otras partes, ninguno entre todos fuè tan estimable, por la fuerça, y hermosura, como el Bucephalo: por lo qual Philonico, natural de Pharsalia, juzgandole digno de tan gran Principe, como Philipo, se le embiò, pidiendole diez y seis talentos por èl. Pero aviendo salido al campo para experimentarle, y no pudiendo conseguirlo ninguno de los Cavallerizos, ni de los Picadores del Rey, por enarbolarse con vnos, y arrojar à otros, llegaban yà à desecharle como invtil, è indomable. Entonces Alexandro, suspirando, dixo: *Què malogren estos tan generoso cavallo, por su corta destreza, y valor!* Y lo repitiò tantas vezes, que oyendolo su Padre, y reprehendiendole por lo que desacreditaba à los mas diestros Picadores de su Reyno, como si por ventura le pudiesse domar èl; le respondiò, *que lo haria, si se lo permitiese. Y què perdereis (le preguntò el Rey) sino lo conseguis? Perderè* (respondiò) *el precio del cavallo.* Quedando, pues, capitulado, no sin gran risa de los presentes, que si ganaba, le daria su Padre el cavallo, y si perdia, pagaria Alexandro la cantidad, que pedian por èl; aviendole tomado por la rienda, le puso contra los rayos del Sol, para que no pudiesse ver su sombra, por aver advertido, que esta le espantaba, y hazia mas furioso. Pero no logrando, ni aun con aquella diligencia, que sea quietasse, le alhagò, y levantando poco à poco la vesti-

Pli. 8. 42.  
Iust. 7. 6.  
8.  
Pli. 8. 42.  
Plut. cap.  
9.

Curt. 3. 6.  
A. 9.  
Ath. 10.  
10.  
Plutarc.  
Apophr.  
cap. 56.

Sch. Aristophin.  
in nubibus.



vestidura , le montò de vn brinco, permaneciendo aun corajudo. Mas enfurecido entonces , empezó à abalançarse ; sacudiò la cerviz , sin querer sujetarse al freno , y hizo quanto pudo para arrojar al ginete, y partir con impetuosa carrera. Sa-

Curt. 65.  
18. 8. 14.

34.

Blondus,

lib. 1. Ro-

mae in-

taurate

Merulae

Cosmog.

in Regio-

nis Urbis

text. Ant.

Gaferius

sequanus

formis

agneis

excudit

Bernard.

Ganuc-

ci, lib. 3.

de la An-

richit. de

Roman.

Rosin.

antiquo

lib.

còle Alexandro à vn espacioso, y comodo llano , para correrle libremente ; y soltandole en el las riendas, y arrimandole los azicates, le dexò lo hiziesse, hasta que cansado , queriendo pararse , le apretò mas , sin permitirsele, hasta que reconociò avia yà perdido la fogosidad con la fatiga , y trabajo ; por cuyo medio le domò , amansò , y reduxo à estado de que fuesse de servicio. No pudo Philipo contener las lagrimas de gusto , al vèr aquel triunfo de Alexandro , à quien be-standole , le dixo al apearse del cavallo : *Era la Macedonia muy pequeña, para valor tan generoso.* Conservò despues el Bucephalo la mesma fiereza con todos , sin dexarse montar de otro , que de Alexandro , à quien despues de averle servido para obtener innumerables Victorias, y facadle de muchos peligros , fuè muerto en la Batalla contra Poro. Juzgaron los mas cèlebres Artifices este , por suceso digno de que ilustrasse sus obras , describiendolo ; y asì , permanecen aun dos Estatuas de Alexandro , domando el cavallo, las quales hizieron en competencia Praxiteles, y Phidias ; y aunque ay Autores , que ponen en duda sean de este Principe, no faltan otros , que las crean suyas.

\*\*\*

(S)

\*\*\*

## CAPITULO V.

*Dexale su Padre, en su ausencia, el Gobierno de Macedonia; lo que haze en este tiempo; guerras de Philipo ; rota de los Illirios por Alexandro ; Philipo declarado General de los Griegos.*

ESTAS prodigiosas experiencias hizieron concebir à Philipo tan gran concepto del talento , y prendas de Alexandro , que en medio de no passar su edad de diez y seis años , fiò de su cuidado el Reyno de Macedonia , en el qual le dexò con absoluto poder quando passò al sitio de Vizancio. Noticiosos de ello algunos de los Medarores, Pueblos de Thracia , sujetos à Macedonia, y juzgando no podia ofrecerseles ocasion mas oportuna para la solevacion , que mucho antes meditaban , la pusieron en execucion ; pero Alexandro gozoso de la que se le ofrecia , para hazer ostentacion de su valor, marchò prontamente con los Capitanes , que le avia dexado su Padre, contra ellos ; y despues de aver vencido , y arrojado de la Ciudad à los rebeldes, hizo donacion de ella , para que la habitassen , à los Estrangeros ; los quales, en reconocimiento de aquel beneficio, y en obsequio de su nombre, la llamaron Andrinopolis. Fue de gran regocijo para Philipo este suceso ; mas temiendo del ardimiento del Joven , no emprendiesse, con daño suyo , acciones de mayor consideracion , que lo que permitian sus fuerças , le llamò cerca de si, para que en su escuela apren-

Plur. cap. 14.

Paulo  
Diac. de  
gestis.  
Longob.  
5. 40.

Seeph. V.

B

dief.



Iust. 9. 1.  
8.Iust. 9. 2.  
Oros. 3.  
23.Ott. trin-  
sing. 2.  
24. Ioan-  
nes Mag-  
nus, hist.  
Goth. 3.  
10.  
Æchines  
contra  
Ctesiph.

diessè à moderar, con la prudencia, ardor tan violento, empleandole en sujetar las Provincias del Chersoneso: Y reconociendo la dilacion del sitio de Vizancio, respecto de su gran fortaleza, y del valor con que defendian los habitantes su libertad; al tiempo mismo que entendì, que los Griegos, y los Barbaros, à quienes era sospechosa su grandeza, embiaban socorro à esta Ciudad, desconfiado de la victoria, procurò retirarse con menor descredito de su gloria, y menos pérdida de sus Tropas. Era en aquel tiempo Rey de los Getas, Pueblos de la Scithia, Atheas, el qual, oprimido de la guerra, que le hazian los Ystrios, avia pedido socorro à Philipo, esperandole en que le adoptaria, è instituiria por su heredero, si remediaba el contratiempo, que padecian sus intereses; pero aviendo muerto el Capitan General de sus Enemigos, y hallandose libre del temor de la guerra, despachò à los Embaxadores de Macedonia, sin cumplir lo que avia ofrecido, negando la necesidad de sus socorros, por suponer bastantes sus fuerças, para defenderse de sus Enemigos, y declarando la adopcion de Philipo por nula, respecto de hallarse con hijo, que le sucediesse en el Reyno. Con que deseoso este Principe de tomar satisfacion del desfacato de aquel Barbaro, aviendo abandonado el sitio de Vizancio, convirtió sus Armas contra la Scithia, donde travada la Batalla, aunque fuè mayor el numero de los Enemigos, obtuvieron los Macedones la Victo-

ria, por la destreza de Philipo. Reduxose la pressa à gran cantidad de ganado, y cavallos, y à muchas mugeres mozas, à quienes hizieron cautivas; porque los Getas, despreciando las riquezas, solo procuraban el sustento ordinario, estimando la pobreza, como vno de los mayores bienes de la vida humana. Bolviendo, pues, Philipo de la Scythia con su Exercito cargado de estos despojos, al passar por las Tierras de los Triballos, hallò ocupados por ellos todos los caminos, y à estos resueltos à no darle passo, sino los hazia participes del botin. Hallabanse tambien en su mismo Exercito algunos Soldados Mercenarios Griegos, los quales llevaban muy mal no tener parte en los frutos de la Victoria, aviendola tenido en los peligros de la Batalla; de que se ocasionò vna sedicion, que les obligò à llegar à las manos. Fuè cruel, y sangriento el combate, grande el numero de los muertos de vna, y otra parte; el mismo Rey quedò herido en el muslo, y muerto debajo de èl su cavallo del proprio golpe: tanta fuè la violencia de la flecha. Acudiò Alexandro primero, que otro alguno, al socorro de su Padre, à quien hallò postrado en el suelo, y cubriendole con el escudo, diò muerte à algunos de los que venian à cargarle, y puso en fuga à los demàs. Asì aseguró la piedad del hijo, la vida del Padre, aviendose ausentado con tanta mayor presteza los que la oprimian, quanto creyeron la avia perdido; con que puede decirse, debió la vida al peligro de la mesma herida, y el no morir



Demost.  
de falsa  
legation.  
Diodor.  
lib. 54.  
Pausan.  
lib. 74

morir à la fama de su muerte. Este inopinado accidente fuè causa de que se malograsse el botin. Dexò coxo à Philipo la herida, que en èl recibió, y ayrandose algunas vezes de ello, vna entre otras le representò el Joven, con palabras dignas de que se conserven en la memoria de los siglos: *Que no debia sentir el defecto, que le ocasionaba la herida, pues cada paso que diese, seria testimonio de su valor, y virtud.* Pudiera yà Philipo conceder algun reposo al animo, satisfecho con la crecida gloria, y poder, que avia adquirido à costa de tantas heridas, y peligros, si su inmoderada ambicion se lo permitiese; porque los Macedones, tributarios antes de los Illirios, no solo quedaban Señores de los Pueblos vezinos, sino de los mas distantes. Avia sujetado à los Triballos, y reducido à su obediencia à Tracia; tenia promptos à sus ordenes muchos Pueblos de la Grecia, y los demàs, ò sujetos por el temor, ò obligados por sus beneficios, y liberalidades. Daocho, Gineas, Trasyldeo, Eudico, y Simon, le avian conquistado à los Thesalos; Cercidas, Hieronimo, y Eucalpidas à los Arcades; Myrtis, Teledamo, y Mnafeas à los Argivos; Euxistheo, Cleotimo, Aristechno à los Eleenos; Neon, y Trasiloco avian llevado à su Partido à los Mesenios; Aristrato, y Demarato à los Sycionios; Preodoro, Helixo, y Perilao à los Megarense; Hipparco, Clitarcho, y Sofistrato à los Eubeenses; Euthicrates, y Lasthenes le avian entregado à Olyntho, sin que entre todos estos Capitanes huvies-

se alguno, que no fuesse de los mas illustres en su Patria, ni entre tantas Ciudades otra, sino Sparta, que conservasse gloriosamente su antigua disciplina, y se huviesse librado de tan comun traycion. Pero aspirando Philipo al Imperio vniuersal de la Grecia, no dexaba de reconocer, que las fuerças de los Athenienses atrañaban sus empresas; y que aunque no le faltaba contra ellos quien favoreciesse sus designios, el Pueblo, cuya autoridad, y poder era muy considerable en aquella Republica, se oponia vigorosamente al aumento de los Macedones, por las persuasiones de Demosthenes, el qual les representaba en muchas, y varias conferencias que tenian, tratando de esto, como de ordinario sucede entre potencias vezinas, que Philipo era artificioso, y atrevido, y que no bien avria logrado su dominio, quando se olvidaria de la fidelidad, y estimacion, que les ofrecia. Aumentaba el encono de este Principe el socorro, que dieron à Vizancio en vna Armada, compuesta de ciento y veinte Velas, y el que à su imitacion le grangearon de los de Chio, y Rhodas, los quales le quitaron tomasse aquella Ciudad. Deseoso, pues, de satisfacerse de estos agravios, mientras se discurria de la herida, que recibió en el reencuentro con los Triballos, disponia secretamente todo lo necesario para acometer de improviso à los Athenienses, con cuyo intento conservaba su Exercito debaxo de el pretexto de que los Pueblos de Illiria, naturalmente ferozes, y poco

Plutarc.  
de la fortuna de  
Alex. 1.  
13.  
Demost.  
de Chiron.  
Curtio,  
10. 1.  
23.

Demost.  
de Cor.  
Plutarc.  
Demost.  
cap. 24.



Curt. 8.  
x. 25.Eschines  
contra  
Estesiph.

azostumbrados à la servidumbre, intentaban sacudir el yugo. Sin embargo, embió à Alexandro contra aquellos Barbaros, à quienes aviendo roto, y puesto en fuga, diò al Mundo con aquella victoria tan grande esperança de su valor, y fortuna, como la concibió el de sí, para juzgarse ya igual à su Padre, y capaz de executar fin el las mayores empresas. Passaronse en estas operaciones dos años, al fin de los quales, hallandose Philipo con todas las prevenciones dispuestas, y juzgando el tiempo por oportuno, para executar lo que tenia premeditado, introduxo antes de la Primavera su Exercito en la Grecia, con intento de aprovecharse de la mas favorable ocasion, que se le ofreciese, aviendo vnido à el todas las Tropas de los Aliados de el Peloponeso, por averle elegido los Amphictyones por General de toda la Grecia, para reprimir el atrevimiento de los Locrenses, que habitaban la Ciudad de Amphisa; los quales, en menosprecio de la autoridad de los Amphictyones, ocupaban las Tierras de Cyrre, consagradas à Apolo, despues de aver estos herido al Cabo, que se embió contra ellos, y muerto algunos de sus Tropas. Tenia entonces Philipo aliança con los Athenienses; pero mal seguros en su feè, y temiendo, que à precio del menor interès, que se le ofreciese, romperia facilmente esta, y su palabra, le despacharon Embaxadores, pidiendole por medio de ellos, que les conservasse el Tratado, ò que à lo menos suspendiesse el hazerles actos de

hostilidad, antes de aver passado la Primavera, en cuyo tiempo procuraria el Pueblo de Athenas discurrir en algun medio, que ajustasse sus diferencias. Embiaron tambien à persuadir à los Thebanos se vniesen con ellos para la defensa de la Grecia, contra el comun Enemigo; pero mantuvolos Philipo en su devocion, por medio de los que seguian alli su partido, y estaban declaradamente finos por el, entre quienes se señalaban Tiniolao, Theogiton, y Anetas, cuya autoridad era grande con los Ciudadanos. Finalmente, persuadiendose à que vencidos los Locrenses, y sus Aliados, y no quedandole sino solos los Athenienses, con facilidad los sujetaria, encaminò, con la mayor presteza, su Exercito à Phocida; apoderòse de Elatea, que mandaba igualmente en las Fronteras de los Thebanos, que en las de los Athenienses, y puso en ella Guarnicion, fortificandola con intento de hazerla sitio de la guerra; cuya noticia, aviendo llegado de noche à Athenas, causò en la Ciudad tan vniversal assombro, que juntandose el Pueblo, luego que amaneciò, ninguno tuvo aliento de responder al Pregon publico; el qual contenia: Que si avia quien discurriese algun consejo saludable à la Patria, le propusiesse alli. Solo Demosthenes, aviendo representado lo que juzgò por mas conveniente al estado presente, persuadiò à la Junta, à que sin mas dilacion, saliesse la Armada, y el Exercito; que se despachassen Embaxadores à todos los Pueblos de la Grecia, y especial-

Demost.  
de Cren.Plutarc.  
Demost.  
cap. 24.

men-



mente à los Thebanos. Siguióse su parecer, y dióse el mando de las Tropas à Chares, y à Lisicles; y embióse al mismo Demosthenes con embaxada à los Thebanos. Bien prevenido tenia esto Philipo, y que si se vniessen ambos Pueblos, le feria peligrosa la guerra; porque la Ciudad de Athenas florecia entonces tan igualmente en autoridad, como en riquezas; y el poder, y credito de los Thebanos se hallaba en gran reputacion, conservandose reciente la memoria de la Batalla de Leuctrica, con cuya Victoria se apoderaron del dominio de la Grecia, que mantenian los Lacedemonios; por lo qual despachò Philipo à assegurar de su afecto à sus Aliados, y à desvanecer las pretensiones de sus Enemigos, à Aminthas, y Clearcho, Macedonies ambos, y con ellos cierto Vizantino, llamado Phiton, de cuya eloquencia hazia gran confianza. Este, pues, es fama, que en la Junta de los Beocianos habló en estos, ó semejantes terminos.

## CAPITULO VI.

*Oracion de Phiton, Embiado por Philipo à la Junta de los Beocianos.*

**S**I se mantuviesse quieto Philipo en Macedonia, y ocupasse el Exercito de los Athenienses à Elathea, aunque no tuviesseis aliança con él, no dudo que entonces deseariais con anhelo esta, y su amistad; porque à la verdad, quien no preferirà vn Rey tan poderoso, y que por sus esclarecidas acciones se ha grangeado el considerable credito, y estimacion, que obtiene à

una Republica orgullosa, y que el dia de oy subsiste mas en virtud de su reputacion, que de sus fuerças? Pero como este Principe, que ocupa, por decirlo assi, el zaguan de vuestra casa, con su Exercito victorioso, es vuestro Amigo, y vuestro Aliado, y los Athenienses nunca han dexado de ocasionaros disgustos, seria hazeros grande agravio, persuadiros à su Aliança, en desprecio de tan esclarecido Principe. Aquel Pueblo, el mas soberbio de todos los del Orbe, presume, que solo en él se hallan la sabiduria, y la prudencia, creyendo, que todos los demás; y con especialidad los de Boecia, contra quienes mas se enderezan sus insultos entre todos, son Pueblos groseros, rudos, è incapazes de diferenciar lo útil de lo honesto; de que nace, que teniendoos por sumamente ineptos, os persuadan à la eleccion de los amigos, y de los enemigos, proporcionandola mas con su antojo, que con vuestros interesses, fiados en la ostentosa pompa de sus palabras, en que consiste toda su fuerça. Pero quien avrà de mediana razon, que no prefiera las obras à las palabras, especialmente en la Guerra, donde es tan necessaria la execucion del brazo, como inútil la facilidad de la lengua? Pues aunque se juzguen tan poderosos, y fuertes por su eloquencia, como se lisongean, podrán siempre mas la fortuna, y el valor de Philipo, assegurado en sus fuerças, y en las de los Aliados. Siendo cierto, que no me resolverè à decir, si la solitud de los Athenienses se funda mas en imprudencia, que en flaqueza; porque mirada esta à verdadera luz, no se reduce à deciros: Recibid Thebanos sobre vosotros el rayo, que amenaza à Africa, y hazed la guerra, para que gozemos nosotros de la paz, contra vn Principe formidable, vuestro Amigo, y vuestro Aliado? Exponed vuestras personas, vuestros

Just. lib. 3. 5.

Plutarch. Alcib. 6. cap. 4.

Liv. 2. 14. 20.



bienes , para impedir tome Philipo satisfacion de los agravios , que le hemos hecho. Son por ventura pretensiones estas de hombres , que conservan sano el juicio , ò de quien juzga , que los demàs tienen algun uso de él ? Los que no perdieron la menor ocasion de oprimiros; los que, en quanto les fuè posible, os persiguieron con injurias , con ultrages , con sus fuerças , y sus Armas; y finalmente, los que creyeron, que en vuestra ruina consistia su felicidad , se atreven à pedirnos ahora , que elijais antes perecer con ellos , que triunfar con Philipo. Pero este esclarecido Principe , que fuè vuestro buesped , y vuestro alumno , criado con la doctrina de Epaminondas, aquel Capitan ilustre , aquel Varon Venerable, y Santo, aprendiò à exemplo de sus costumbres el amor , y afecto à vuestra Ciudad : en cuyo credito tomò en la Guerra de los Phocenses satisfacion de las injurias, que os hizieron , y de los sacrilegos insultos , que cometieron contra Apolo , quando en odio vuestro embiaron los Athenienses sus impios socorros , vengandando despues de los Locrenses , à instancia , y sollicitud de los Amphictyones , las ofensas que hizieron al mismo Dios. Este, pues , viene aqui el dia de oy à mirar por vuestros interesses, y à no apartarse de este cuidado , mientras no quedeis assegurados de aquella orgullosa Ciudad , zelosa siempre de vuestra gloria , y siempre enemiga vuestra. Si para el logro de este designio quereis contribuir con vuestro consejo , y fuerças; su voluntad, es, que tengais parte antes en seguro botin , que en vna peligrosa guerra ; ò que quando la vuestra fuere de preferir el reposo , le concedais solo el passo, pues èl se basta à si para vengar las comunes injurias , sin que por esto dexeis de participar igualmente de los frutos , y bienes de la Victoria , de quien la

mayor parte de los Ganados , de las Municiones , y de los Esclavos , serà vuestra, atendiendoos , como à mas vezinos , y à que con ella podais reparar las pèrdidas de las Guerras de los Phocenses. En fin, considerad si es mas de vuestro interès admitir tan ventajoso partido , ò el ver abrasadas vuestras casas , enagenadas por fuerça vuestras Ciudades; y perdidlos, como lo han deseado en Athenas, todos vuestros bienes; teniendo presente , que el candor de vna sinceridad se convierte en peligrosa ira, quando , sin el menor motivo , se mira como sospechosa ; y que quanto tuvo antes de grande su venebolepia , es tanto mas violento el deseo de la vengança, quando se ve despreciada. No juzgueis , que pretendo por medio de estas razones ofenderos con la ingratitud , que no temo , ni tampoco, que sollicito infundiros el temor , que tengo por escusado ; pues solo se dirigen à acordaros los beneficios à que os hallais obligados à Philipo , y à los que os es èl deudor , para que vnos , y otros os amonesten lo que debéis executar ; y adviertan, que las alianças en tanto son firmes , y permanentes, en quanto es reciproco el interès de mantenerlas ; y juntamente à persuadiros , que si reconocéis aver sido mayores los que èl ha obrado à favor vuestro , que los que vosotros aveis executado en obsequio suyo, procureis remunerar con igual afecto su cariño. Tiene èl por el mayor premio de sus fatigas , aver socorrido la Grecia , y aver hecho guerra à los Barbaros , en gloria , y seguridad de ella ; y ojala huviesse permitido el furor de los Athenienses , que continuasse contra ellos su industria , y valor, que à buen seguro, que las Armas, que precisamente se emplean oy en reprimir facciones sediciosas , y malvadas , se hallarian triunfantes en el Asia. Pudiera , sin la menor duda , aver conseguido la amistad de

Iustin. 7.  
5. 5.

Plutarc.  
Demost.  
cap. 24.  
Iustin. 8.  
1. 11.

Demost.  
de Coro-  
nat.



Demost.  
de Halo-  
nejo litt.  
Philig. ad  
Atheniéf.  
apud De-  
mosth.

de los Athenienses, à no juzgarla por in-  
digna de sí, y de ignominioso, y perjudi-  
cialissimo exemplo el hazerse tributario, y  
como Esclavo de vn Demosthenes, y de  
otros muchos, à cuyo arbitrio, no de otra  
suerte que el Mar, al impulso de los vien-  
tos, se mueven los espiritus de la muche-  
dumbre. Y à la verdad, si proporcionassen  
con el honor, y la gloria la recompensa, y  
el premio, no ay duda, que se harian gra-  
tuitamente plausibles; pero los que están  
acostumbrados à vender el honor, difícil-  
mente se habitúan à hazer distincion entre  
lo vtil, y lo dañoso, entre la justicia, y  
la injusticia, pues se mueven por el inte-  
rès, y no por el amor de la virtud, y de  
la Patria, ni por el respecto de los Dio-  
ses, y de los hombres; en cuya conse-  
quencia, no debeis esperar de animos tan  
viles, nada honesto, vtil, ni decoroso,  
pues mal atenderán à vuestros interesses,  
debiendoles tampoco reparo los de su Pa-  
tria. Desean precipitaros en iguales cala-  
midades, à aquellas de quienes ha poco, que  
os preservò el valor, y proteccion de los  
Macedones, ò sumergidos en otras tanto  
mayores, quanto os será mas formidable  
enemigo Philipo, que lo fueron Philome-  
les, y Onomarcho; porque en las Repu-  
blicas donde el Gobierno está prescripto à  
cierto tiempo, y como de prestado, las  
empressas, por grande que sea el Capitan,  
y el connato con que las intente, no pade-  
cen menores atrasos de la emulacion de los  
Ciudadanos, que del esfuerço de los Ene-  
migos: donde por el contrario, ningunos  
las ordenes de los Reyes en las Monar-  
quias, en quienes depende unicamente to-  
do su Gobierno de su voluntad, y provi-  
dencia; y de quanta importancia sea esto  
en las disposiciones de la Guerra, no lo  
ignorais vosotros. Tampoco podeis du-  
dar, que no se reduce solo à vn Heroe

Demost.  
de Cor.

el poder, y fuerças de los Macedones;  
pues vemos, que renace Philipo en la per-  
sona de Alexandro, el qual ha dado tan  
admirables muestras de su valor, y talento,  
que seguramente se puede esperar sea con  
el tiempo igual à los mas illustres Capitanes.  
No sucede afsi à los Athenienses, entre cu-  
ya crecida muchedumbre, ballandose divi-  
dido el arbitrio de hazer la Guerra, ò la  
Paz, qualquiera, segun es su offadia, per-  
suade lo que mejor le está, obrandose to-  
do mas con vna ciega passion, que con el  
consejo, y la prudencia. Persuaden alli  
los malos; ordenan los ignorantes; haze-  
se la Guerra con menos ardor del con que  
se emprende; y rompen las alianças, con  
la misma facilidad que se ajustan: tienen-  
la con Philipo, y sus acciones acreditan la  
observancia con que la mantienen; pues no  
contentos con aver roto su feè, procuran  
que se dilate à otros este pernicioso conta-  
gio. Pero por lo que mira à vosotros, ò  
valerosos Thebanos! Vuestra generosa  
constancia, la qual os ilustra, no menos  
que lo que con tan gran esfuerço, como for-  
tuna, aveis obrado, me persuade facil-  
mente, à que preferireis la amistad de vn  
Rey; cuyos beneficios, à favor vuestro,  
os son notorios, à vna Ciudad  
enemiga, y emula de vuestra gloria. Fi-  
nalmente, el Grande Hercules, extermi-  
nador de los malos, y de los delinquentes,  
y à quien vosotros adorais, con la venera-  
cion debida à vn Dios, nacido en vuestra  
Ciudad, nunca podrá tener à bien derra-  
meis su sangre en impia, y injusta Guer-  
ra. Por lo que mira à las demás alianças,  
podreis informaros de los que la tienen con  
Philipo, si se hallan con motivo al-  
guno, para arrepentirse  
de ella.

\*\*\*

\*\*\*

\*\*\*

CAPI-



## CAPITULO VII.

*Oracion de Demosthenes, embiado por los Athenienses, recitada en la misma Junta.*

**P**ERO Demosthenes, aviendo solicitado permiso para hablar, no ignoraba (dixo) que estos Mercenarios de Philipo nunca quedarian satisfechos de sus alabanzas, ni de nuestras injurias; porque los que se hallan destituidos de todo genero de honestidad, no acostumbran atender à lo que dicen, y hazen, sino à ver cumplido lo que con ansia desean. Pero assegurado yo (ò generosos Thebanos!) en vuestra comprehension, me prometo queden sus esperanças burladas, y que lleven al Rey Philipo vna respuesta digna de vuestra virtud, y de la disciplina de los Griegos. Atended, con madura reflexion, à lo que debeis executar, en beneficio de los interesses de vuestra Patria, cuyo cuidado me ha traído à esta Junta, en la qual espero mostraros, con solidas razones, y con la albagueña persuasion de las palabras, à quienes temen se rinda vuestra voluntad, se trata el dia de oy enteramente del estado de vuestra fortuna; à cuyo fin, en nada pondré mayor estudio, que en evitar el parecer eloquente, y de cuyo recelo pueden assegurar se los Macedones. Porque quanto las causas, à quienes falta la razon, y la justicia, se hallan necessitadas de valerse del socorro de la eloquencia, para que las supla; tanto agenas de vsar de la hermosura de las palabras aquellas, cuyo interès consiste en que descubra desnuda su verdad, quien por ellas aboga. No me detendré à averiguar, si las calidades naturales de Philipo se conforman con el retrato, que aqui se acaba de hazer de ellas. Conviengo con él, y con

que sea eloquente, y grato à sus festines: prendas, que quanto algunos le ponderan, tanto consiessen la corta solidez de su gloria. Lo que si me deberà siempre toda admiracion, será el averse atrevido sus Ministros à prorrumper ante vuestra presencia, en los baldones con que han ofendido nuestra Ciudad, quando de ellos toca tan igual parte à los Thebanos, como à los Athenienses: Ponderan los desordenes del Estado Popular; pero aunque los conocemos, y nos lastimamos de ordinario de ellos, los preferimos al Dominio Real. Han discurrido, como si en los circulos, y en los festines solicitassen, por medio de la adulacion, la gracia de los Macedones, y no passassen officios de Embaxadores con vn Pueblo libre. Siempre han sido notorios los pertinaces odios, que assi los Reyes, como todos sus Esclavos, han tenido à las naciones libres; pero estos los han mostrado, con mayor imprudencia, que juicio. Por cuya causa nos hallamos (ò generosos Thebanos!) obligados à aplicar los mayores esfuerzos, para mantener nuestras Leyes, y nuestros Privilegios. Nadie duda quanto se debe desear, que los que se hallan constituidos en la administracion del gobierno de la Republica, atiendan con gloriosa emulation à sus interesses, y aumentos, à premeditar, con cuidadosa vigilancia, las mas convenientes resoluciones, ò à lo menos à que ningano prefiera à la utilidad publica, sus interesses particulares, dexandose sobornar de las dadivas, y llevar del exemplo de estos Embaxadores, para vender traydoramente, como ellos, su Patria, à Philipo. Pero qual será en el Mundo el Pueblo, ni qual la persona, que aya gozado nunca en él de felicidad cumplida, quando el que mas satisfecho vive de su fortuna, solo la reconoce el bien de averle sido menos adversa? No negamos,

que



que ay entre nosotros infieles, y traydores Ciudadanos; ni tampoco vosotros (ò Thebanos) negareis, que los aveis tenido, y teneis; porque à no ser esto assi, como era posible, que Philipo conspirasse en Elatea, contra nuestra libertad, y nuestro reposo, y que no hiziesse barto en assegurar de nosotros su Reyno de Macedonia? Mas sin embargo, nos hallamos con muchas crecido numero de fieles, prudentes, y zelosos Ciudadanos, y de incomparable poder, y autoridad, à la de aquellas pestes de la Republica. Quereis vna prueba? Quereis vn testimonio de esto? Què mejor, que el de conservar nuestra libertad, y no ser esclavos de Philipo, como tu Phiton, quisiste, que lo fuesen los Vizantinos; y como tu Daocho, y tambien tu Thrasideo has hecho, que los Thesalos lo sean, aviendolos vendido al Rey. No ignorais vosotros, (ò Thebanos!) que Thesalia vive oy oprimida de la servidumbre de Philipo, cuya miseria, è infortunio tenèmos por cierto, que nos la acompaña à sentir igualmente. Tambien Vizancio huviera experimentado semejante infelicidad à la que padece Olytho, si huviesse tenido logro los designios de Phiton, y no la huviessemos librado del golpe, que la amenazaba; porque aquel Santo, y Venerable Protector de la Grecia tenia resuelto oprimir esta Ciudad, especial confederada nuestra, para cuya ruina son notorios los aprestos que se disponian. Veis aqui sobre lo que se funda la sabiduria de tan gran Principe, el qual cree es todo vno el talento, que la astucia, y el artificio, y que el perjurio es Arte, y Ciencia; y assi vsa de la perfidia, como de vna virtud heroyca; ò si no, diganos, porquè otros medios ha adquirido tan grande, y tan formidable poder? Si por ventura no fueron los engaños, las assechanças, y las trayciones, con los que tomò à

los Griegos? Si no venció à los Barbaros mas con el oro, que con el bierro? Y finalmente, si con la misma facilidad, que concede à qualquiera su feè, no la rompe. Mas sin embargo, le atribuyen estos Embaxadores el nombre glorioso de Protector de la Grecia, llamandonos perturbadores de ella; y que no se averguencen estos Ministros de imputarnos antes tan falsamente las infames acciones, que han cometido, que mostraros los verdaderos delitos, de que estàn visiblemente convencidos? Si alguno de vosotros (ò Partidarios de Philipo!) fuesse acusado, ò de averse sobornado, ò de aver cometido alguna traycion, interès vuestro fuera encubrirle, negarle, y procurar libraros de los castigos, que por èl mereciais; pero acusando vosotros el dia de oy à los demás, vosotros mismos os condenais: cuya accion, si la aveis hecho sin prevenir el fin, os desearia mas considerados, y prudentes, si con designio premeditado, y sabiendo lo que haziais, que tuviesseis à lo menos mas honra. En nada se acredita mas mi inocencia, y la de los que conmigo acusan, que en su mesma deposicion, por la qual confiesan, que no hemos admitido dadiua alguna de Philipo; porque si nosotros se la huviessemos pedido, es creible de vn Rey tan liberal, que nos embiasse con las manos vacias, como pretendeis persuadir? Y que aviendo juzgado por vtil el ganarnos, y corromperos, que no tendria tambien por conveniente llevarnos à si; y que para conseguirlo no escusaria concedernos quanto le huviessemos pedido? Pero vosotros mesmos aveis advertido à los Thebanos, que no sigan el consejo de los que abandonan el bien de la Patria. Verdaderamente (ò generosos Thebanos!) que desde luego depondria la aversion con que los miro, si qual lo dicen lo sintiesse.

Con-

Plutarc.  
cap. 14.Demost.  
Coron.



Conformome con su advertencia, y desde  
 ahora os exorto, os amonesto, y os ruego,  
 que abraceis inmediatamente, en benefi-  
 cio de vuestra salud, y de la de toda la Gre-  
 cia, lo que os proponen. Si assi lo hizie-  
 reis, no padecereis que se os vendan vues-  
 tros ganados, que vuestras heredades se  
 conviertan en prisiones vuestras, ni la ig-  
 nominia de obedecer à los Peonienses, y  
 à los Triballos, entre los demás Esclavos  
 de Philipo. Pero lo que ellos pretenden,  
 es, que aprecies los premios de su servidum-  
 bre, y abandoneis vuestras mugeres, vues-  
 tros hijos, y vuestros Padres, la libertad,  
 la reputacion, la feè; y finalmente quan-  
 to tienen los Griegos por Santo, y venera-  
 ble. Todo lo qual es, sin duda, Thebanos,  
 que perdereis, sino os vnis con nosotros,  
 para que juntos resistamos los engaños, y  
 violencias de Philipo; porque si os persua-  
 dis à que estais seguros al cuidado, y tra-  
 bajo de otros, temo que os engañais. Y si  
 no, decidme, quien se persuadirà à que  
 si Philipo queda vencedor, ni los Theba-  
 nos, ni Pueblo alguno de la Grecia, podrá  
 conservar su libertad; no aviendo quien  
 se assegure en la feè, y palabra de este  
 Principe, sino los que de conocido gustan  
 de perecer: donde por el contrario, si nos  
 es favorable la fortuna, y obtenemos la vic-  
 toria, considerad, os ruego, lo que podreis  
 esperar de un Pueblo, à quien abandonas-  
 teis, viendolo en el peligro de perder, no  
 menos que su salud, y su decoro. Sea qual  
 fuere el partido, que vosotros elijais: los  
 Athenienses estamos resueltos à exponer-  
 nos à todo, y à no perder la libertad, an-  
 tes que las vidas. Y aunque para conser-  
 varla juzgamos por suficientes nuestras  
 fuerças, si gustareis de vnir à ellas las  
 vuestras, obtendremos ambos la gloria de  
 triunfar de un enemigo, à quien qualquie-  
 ra de los dos pudiera vencer separadamen-

te. No ignoramos nuestras fuerças, y po-  
 der los Athenienses, cuyos progressos em-  
 pezamos à experimentar muy en los prin-  
 cipios de nuestro nacimiento; y si entonces  
 huviesse animado una misma causa, y un  
 impulso à los Griegos, à buen seguro, que  
 dariamos oy la Ley, y que huvieramos evi-  
 tado, que se huviesse estendido daño tan  
 pernicioso. Con este conocimiento, pues,  
 hemos hecho por largo tiempo la Guerra  
 contra el, no por Amphipolis, ò por Ha-  
 loneso, como han juzgado algunos, si-  
 no por la salud, y libertad de la Grecia,  
 hasta que abandonados de todos, y aco-  
 metidos de algunos, nos vimos obliga-  
 dos à hazer una paz, mas necessaria,  
 que gloriosa. Pero ya ahora (como lo creo)  
 assi Minerva, Protectora de nuestra Ciu-  
 dad, como Apolo, Pithio, Dios de nues-  
 tra Patria, y todos los demás Dioses de la  
 Grecia, han abierto los ojos à favor nues-  
 tro, y excitan el valor de todos los que les  
 tributan sus adoraciones, à la vengança de  
 la libertad, que nuestros Padres nos dexa-  
 ron. A lo menos tengo por cierto, que  
 Hercules no puede aver oido sin indigna-  
 cion los discursos de estos Embaxado-  
 res, y el que le hagan Progenitor suyo.  
 Porque como ha de ser possible, que este  
 Dios quiera declarar por uno de sus des-  
 cendientes à un Principe impio, y sacri-  
 lego? Que siendo Griego, reconozca à un  
 Macedon? Y que aviendo sido enemigo, y  
 exterminador de la tirania, passe, porque  
 se haga creible, que un Tirano deduzga de  
 el su origen, quando las acciones mas ilus-  
 tres de Hercules, y que le immortalizaron,  
 son totalmente opuestas à las que ha obrado  
 Philipo? El qual tiene à la Grecia suje-  
 ta à un Dominio injusto, aviendo estable-  
 cido generalmente en todas las Ciudades  
 Tiranos particulares, à Philistides en  
 Oreo, à Hypparco en Heretria, y à Thau-  
 rof-

Demost.  
 Philip. 4.  
 Dinarch.  
 cont.  
 Demost.



rosthene en Chalcide. Finalmente, los Eubenses, los Acheos, los Corinthios, los Magarenses, los Leucadios, y los Corcireos, se han declarado por nosotros, favoreciendo nuestros disignios. Los demás solo esperan el suceso, que hasta aqui ha sido el unico, y mas poderoso apoyo del poder de Macedonia. Pero luego que empieza à deshacerse, por si mismo caerà; porque los Thessalos, de quienes se compone oy la mayor, y mejor parte de la Cavalleria de Philipo, no acostumbran subsistir por largo tiempo en un Partido; y los Illirios, y todos los demás Barbaros, vezinos de la Macedonia, Pueblos naturalmente soberbios, y irritados el dia de oy con la nueva servidumbre, à que están reducidos, acabarán la guerra por nosotros, si los principios de ella son poco favorables à Philipo. Trabajemos, pues, igualmente con la industria, y con el valor, en una empreña tan gloriosa; y deponed, mientras dure, todas las enemistades, que nacen ordinariamente de ligeras causas entre Estados vezinos; las quales convertirà en benevolencia, y amistad el gusto publico, que producen los buenos sucesos: ò reservad, à lo menos, quizà en daño, y deslustre de vnos, y otros vuestras pasiones, para quando, sin otro recelo, y perjuicio de los intereses publicos, podais libremente satisfacerlas. Si quereis asseguraros de los artificiosos engaños de Philipo, cerrad vuestros oídos à sus promessas, y vuestras manos à sus dadivas: preferid à los mayores bienes el de vuestra libertad, haciendo mayor precio de ella, como el mas estimable, y quedarán vanas, è inútiles sus fraudes, sus dobleces, y sus larguezas; y quanto hasta aqui engrandecido su poder, por las discordias de los Griegos, tanto mas abatido en lo venidero, por su union. En cuyo caso, podrá ser que su

Demost.  
cap. 24.

Demost.  
en la carta de Phi.

Iust. 7. 6.  
8.

Demost.  
contra  
Aristocr.

offadia, y temeridad os solicite su prision, con la qual no ay que recelar de los demás; porque si aquel ambicioso espiritu aspira à la gloria, y al Imperio, los que oy se hallan debaxo de su Dominio, solo desean el reposo: si no es yà, que temais à Alexandro, cuyos Partidarios os tienen en tan baxo concepto, que os juzgan capaces de que os amedrente aun el nombre solo de un niño.

Demost.  
Olynt. 2.  
Plutarc.  
cap. 19.

## CAPITULO VIII.

Los Thebanos se declaran contra Philipo, y se unen con los Athenienses; sujeta Philipo toda la Grecia, y muéstrase benigno con los Athenienses: toma la Ciudad de Thebas, y trata la rigurosamente: su disignio de llevar la Guerra à Persia.

QUIEN creyera, que los Thebanos, que acababan de oír con tan grande atencion, y afecto à los Embaxadores de Philipo, mudasen de dictamen con tal brevedad? Tan grande fuè su transformacion, que declararon à Philipo por Enemigo, si no salia de sus Fronteras, y de las de sus Aliados, que echaron de su Ciudad à todos los que favorecian su partido, y recibieron al mismo tiempo Tropas de los Athenienses. Pero Philipo, mas irritado, que medroso, de verse abandonado, contra lo que esperaba de ellos, no desistió de su empreña. En fin, despues de dos combates de pequeña consideracion, y cuyo suceso no ocasionò à los Athenienses arrepentimiento en la resolucion, que avian tomado, comparon vnos, y otros con todas sus fuer-

Plutarc.  
en Dem.  
cap. 25.

Iust. 9. 4.  
8.  
Demost.  
de Cor.



fuerças, cerca de Cheronea, en la Boecia. Animaba à los Griegos la gloria de sus antepassados, y el amor de la libertad. Fiabase Philipo en sus Tropas, à cuyo esfuerço avia debido tantas Victorias, y en su persona, en quien reconocia no menor socorro, por las grandes ventajas, que hazia à los demás Capitanes, en el Arte, y disciplina Militar, aviendo faltado entonces los mas illustres de la Grecia. Mandaba en Thebas Teagenes, en quien, ni concurría la experiencia, que convenia à aquella constitucion, ni el desinterès, que era necessario, para resistir los sobornos, è inteligencias de Philipo; con cuyas experiencias, y valor, no eran comparables las de todos los Capitanes Athenienses. Sin embargo las fuerças, que veía convertidas contra si este Principe, de dos Pueblos tan poderosos, y cuyo disignio, y autoridad seguian los Corinthios, y otros muchos, le obligaban à temer el lance de vna Batalla, à cuyo riesgo exponia toda la gloria, y fortuna, que en tantas avia adquirido. Ni los Thebanos se hallaban muy lexos de oír con agrado proposiciones de Paz. Pero el ardor de los Athenienses, los apartò de esta disposicion, reduciendolos à que librasen al lance de vna Batalla sola, la libertad de toda la Grecia. Por otra parte Alexandro, no pudiendo moderar el ardor de su espiritu, estimulaba à su Padre à que no perdiessse tan prodigiosa ocasion, como la que se le ofrecía, para el mayor acrecentamiento de su gloria. Con que aviendo por ultimo conseguido, que se peleasse,

fuè el quien primero cargò en los Enemigos. Combatiòse por largo tiempo con grande ardor; en cuyo espacio permaneciò dudosa la Victoria, hasta que este Joven, à quien su Padre avia dado el mando de vna de las alas del Exercito, compuesta de Tropas escogidas, aviendo acometido vivamente la Corte Sagrada de los Thebanos, en quien

*Plut. cap. 14.*

estaban los Soldados mas ventajosos de sus Milicias, la obligò à desamparar su puesto, y abrió el camino à la Victoria. De otra parte los Athenienses, debilitados de fuerças, con el calor, y las heridas, y perdidos de animo, con la rota de sus Aliados, no pudieron resistir largo tiempo el esfuerço de los Macedones. Con que de esta suerte decidiò sola vna Batalla la libertad de toda la Grecia. Quedaron sobre el Campo del Exercito de los Athenienses mas de mil hombres muertos, y prisioneros dos mil. Y de el de los Aliados, muertos, y prisioneros muchos. Después de cuyo suceso embió Philipo à decir à los Athenienses, con su hijo Alexandro: *Que los admitia à su gracia, y se la hazia de la paz, que daba graciosamente libertad à los prisioneros, y permitia, que enterrassen sus difuntos.* Porque deseando passar à la expedicion de la Persia, procuraba ganar el afecto, y fidelidad de los Griegos, por medio de la blanda, y clemencia; si bien les quitò el Dominio en las Islas, y en el Mar. Mostròse mas severo, y riguroso con los Thebanos, no pudiendo olvidar el riesgo à que avia expuesto sus intereses su repentina mudança, ni la ingratitud con que

*Curt. 8. 26. 23. circa 7. 2. 13.*

*Diod. 1. 87. Pauf. lib. 7.*

*Inst. 2. 4. 5. Plut. Apoph. cap. 30.*

*Pauf. 1.*

avian

Diodor.  
16. 86.

Dicearc.  
cont. Dem.  
mothen.

Strab. lib.  
9.

Eschin.  
contra  
Oresiph.  
Plutarc.  
en Dem.  
cap. 25.

Diodor.  
pr. orat.  
2.



avían correspondido à sus considerables beneficios, abandonandole, por seguir el partido de los Athenienses. Y así, luego que tomó su Ciudad, y puso Guarnición de Macedones, hizo cortar la cabeza à los que le fueron contrarios, y que falliesen de ella todos los demás, y restituyó à los que, por aver seguido su partido, se hallaban desterrados, haciéndoles merced de los cargos, y Magistrados. Con la fama, y grandeza de esta Victoria, rindió todos los demás Pueblos, que avían tomado las Armas con él, à vnos por medio de ellas, y à otros por el de muy ventajosas alianças à favor suyo; sin que entre todos los Griegos quedasen exemptos de su Dominio, mas que los Lacedemonios, y los Arcades. Aviendo, pues, congregado vna Junta en Corintho de toda la Grecia, manifestó en ella: *Quan preciso era passar la Guerra à Persia, y reprimir el insuportable orgullo, con que los Barbaros se suponian y à Señores de todo el Mundo; porque de no hazerlo, y no resistirles promptamente, quedarian para siempre Esclavos suyos: Que yà no se trataba de que los Griegos hiziesen la Paz, ò la Guerra, sino de saber si querian mas passarla à los Dominios del Enemigo, que esperarla en los suyos: Que no solo convenia vengar las antiguas ofensas, sino librar las Ciudades de la Grecia, situadas en el Asia, de la servidumbre de los Barbaros, y borrar la ignominia, que resultaba à los Griegos de ella: Que esta empreßa se haria con tanta mayor facilidad, quanto hallandose en paz toda la Grecia, se podian emplear todas sus fuerças en vna Guerra de la otra parte del Mar; con quien se lograria tambien*

*el beneficio de assegurar su tranquilidad domestica, empleandose en ella los que la alteraban, por la ociosidad, y el reposo à que se entregaban. Y ultimamente, que nombrassen el Capitan de quien avian de fiar el cuidado de ella, y dispusiesen los medios con que se avia de hazer. Nadie ignoraba, que debia pedirse esto à favor de la Republica; pero reconociendo todos no era ocasion oportuna de solicitar con palabras la libertad, que avian perdido con las Armas, fué nombrado Philipo con aclamaciones de regocijo, de comun consentimiento, por General de toda la Grecia, para que passasse al Asia à librar el Mundo de la servidumbre de los Persas. Confirieronse los medios con que cada Pueblo podria contribuir, y se pusieron por escrito los Soldados, el dinero, y el trigo, que avian de dár. Hecho el computo, hallò que que se le ofrecieron à Philipo para esta expedicion ducientos mil Infantes, y quince mil Cavallos, sin que se comprehendiesen en este numero los Macedones, y los Barbaros, que estaban sujetos à ellos.*

## CAPITULO IX.

*Discordias en la Casa de Philipo; resuelve este dár muerte à Alexandro, el qual se halla necesitado à retirarse con su Madre Olimpias; muerte de Philipo, en que son sospechosos Olimpias, y Alexandro; crueldades de Olimpias.*

**S**IENDO general propension de las felicidades humanas, que ninguna dexe de padecer el contra-

Paul. lib.  
9.  
Diodor.  
16. 88.

Iust. 9. 4.  
6.

Ellan. 6.  
5. 8.

Iust. 9. 3.  
5.  
Arrian.  
11. 9.  
Diodor.  
17. 3.

Curt. 3.  
10. 5.

Iust. 9. 5.  
5.



T. 1. 16.  
Plutarc.  
cap. 14.  
Iustin. 9.  
5. 9.

tiempo de algun infortunio, mal pudieron librarse de él las prosperidades de Philipo, cuyas exteriores dichas turbaron los disgustos domesticos, que le sobrevinieron. Concitaba (como dexamos dicho) cada dia mas contra sí, la altivez, y sobervia de Olimpias el desagrado de su Esposo; à cuya causa atribuyen algunos su repudio. Pero por lo que reconozco en los Historiadores, hallo, que permaneciendo su Matrimonio, y sin que precediese novedad alguna, se casò Philipo con Cleopatra. Lo cierto, es, que no parece creible, que Alexandro quiesse asistir à las Bodas de la Madrastra (à aver precedido) en desdoro, y desprecio de su propia Madre, à quien amaba ternísimamente, y de cuya ignominia le tocaba tanta parte; y mucho menos quando añaden, que Philipo la repudiò, por sospechas de algun deslíz poco decente à su honestidad, y decoro. Lo cierto, es, que Alexandro asistió à sus Bodas, y que por cierto disgusto, que sobrevino en vno de los festejos, ausentò de la Corte à su Madre. Attalo, tio de Cleopatra, no pudiendo disimular sus esperanças, se dexò decir entre los desmanes de vn Banquete: *Que debian pedir los Macedones à los Dioses, concediesse muy en breve à Philipo sucesor legitimo del nuevo Matrimonio.* Irritado Alexandro, naturalmente colerico de este agravio, prorrumpió así: *Mal hombre, por ventura me imaginas bastardo?* Y acompañando à estas palabras la demostracion de darle en la cabeza con la copa, que tenia en la mano, correspondió

Plutarc.  
cap. 15.  
Iustin. 9.  
7. 3.

Athen. p.  
10. 13.

tambien Attalo con otra igual, de que se originaron aun mayores disgustos; porque irritado Philipo, que estaba en otra mesa, de que se turbasse la celebridad, y regozijo de aquel dia, corrió con la espada desnuda contra Alexandro, à quien sin duda huviera muerto, si el impedimento, que le causaba la herida, que hemos referido recibió, la colera, y el vino, no le huviesen estorvado llegar à él con mas presteza. Cayò al tiempo de seguirle; con que diò lugar à sus Amigos, absortos de caso tan inopinado, para que se pusiesen por medio, y aplacasen la colerica indignacion del Padre: si bien no fuè menos difícil temprar à Alexandro, el qual se tenia por muy ofendido; y aunque se le representò el respecto, que como à Rey, y Padre le debia, no pudo abstenerse de decir à los Macedones, burlandose de Philipo: *Que llevaban muy buena guia, que los conduxesse al Asia, no aviendo aun podido passar de vna mesa à otra sin caer.* Pero no teniendose por seguro él, ni su Madre, se acogieron al Rey de Illiria; y en Epiro, donde Reynaba el hermano de Olimpias, la dexò. Aviendo buuelto despues ambos à Macedonia por interposicion de Demaratho, Corinthio, Olimpias, muger de genio caprichoso, y difícil de reducir à lo razonable, no cessaba de persuadir à Alexandro, bastantemente ambicioso por sí, à que ganasse quantos amigos pudiesse por medio de los beneficios, por el de la blandura, y agrado, y à que se asegurasse del odio de su Padre, con la aliança de los mas Poderosos. El mismo Philipo

Plutarc.  
cap. 15.  
y en las  
Apoth.  
cap. 33.



po le avia aconsejado en otras ocasiones, que grangeasse el afecto del Pueblo con la afabilidad, prohibiendole lo hiziesse con las dadas. Y en vna de sus Cartas, afeandole estas, le advierte: No se fie del que adquiriesse por ellas, pues se hallaria engañado, si pensaba que semejantes medios, los quales eran propios de sus Ministros, y Criados, podian ser decentes à la grandeza, y soberania de vn Rey. Pero como, por otra parte, solia decir muchas vezes, que no avia nada inaccessible al dinero; y para confirmarlo, se valia de èl igualmente, que de las Armas: es de creer, que el fin del consejo no miraba tanto à la enseñanza de Alexandro, en lo mas conveniente, quanto à abstraerle de que se valiesse contra èl de sus propios artificios, como lo temia. Reprehendiòle tambien por aver solicitado la hija de Pexodoro, destinada para Arideo, diciendole: *Que era degenerar de su sangre, y manifestarse indigno de su fortuna, desear por Suegro à vn Cario Barbaro, y Vassallo de otro Barbaro.* Pero, sin embargo, nunca Philipo observò lo que persuadia, pues à precio de asegurar sus intereses, ni reparò en la baxeza de los nacimientos, ni dificultò casarse con mugeres de lo mas interior de la Barbaridad, en el País de los Illirios, y de los Getas; aunque es verdad, que tenia yà hijos de muchas de sus mugeres, y Concubinas, quando lo hizo. Y porque Alexandro llevaba consumo disgusto el tener tantos hermanos, su Padre le solia decir con agrado, y blan-

Plutarc. Apoph. cap. 31. Cicer. en los ofic. 1. 255.  
Valerio Max. 7. 2. 8.  
Diodor. 16. 15.  
Plutarc. Apoph. cap. 31. Demost. de Cor.  
Ath. pr. lib. 13. Steph. 5.  
Eliano. Hist. divers. 15. 36.  
Jorn. de rebus Geri, cap. 10.  
Ioannes Mag. 3. 11.  
Plutarc. Apoph. 34.

dura: *Que pues tenia tantos competidores al Imperio, obrasse de suerte, que los excediesse en el valor, y la virtud, para que creyesse el Mundo debia la Corona mas à sus meritos, que à su Padre, y à su nacimiento.* Pero como la misma materia ocasionaba de ordinario nuevos disgustos, y la quiebra passada no quedò bien soldada, llegaron estos al vltimo rompimiento, y con especialidad por parte de Olimpias, cuyo violento espiritu estimulaba à la vengança el soberbio, y temeroso capricho de su sexo. Avia solicitado con Alexandro, su hermano, hiziesse guerra à Philipo; pero este astuto Principe, temiendo verse precisado à tomar las Armas en tiempo poco oportuno, aunque se hallaba mas poderoso, se previno de este riesgo asegurandose del Rey de Epiro por medio del casamiento, que ajustò entre èl, y Cleopatra, hermana de Alexandro. Juntaron se todos los Principes de los Pueblos vezinos, y los Embaxadores de las Ciudades Griegas à la celebridad de estas bodas en Egas, cuya Ciudad eligiò Philipo para los regocijos, como en presagio de lo que despues avia de suceder, siendo este Lugar en donde se acostumbraban enterrar los Reyes de Macedonia. Refiere tambien, que quando consultò al Oraculo de Apolo, sobre la Guerra de Persia, le fuè respondido: *Estaba proximo su fin.* Pero que interpretando la inteligencia de tan dudosa respuesta (como lo son todas las de los Oraculos) à favor suyo, y en ruina de

Iust. 2. 73. 7.  
Diodor. 16. 2. 3.  
Plin. 21. 10. 3.  
Athen. 4. 14.  
Tant. 12. 54. 5.  
Pausan. 8. Arrian. 1. 3. 254.



los Barbaros, se lifongeaba con ella. Precedieron à la muerte de este Principe otros muchos prodigios, cuya declaracion fuè impenetrable à todos, hasta que la hizo notoria el suceso. Avia entre los Soldados de su Guarda vno, llamado Pausanias, à cuya graduacion le avia ascendido Philipo por desagraviarle de las injurias, que recibió de Attalo; el qual, viendole embriagado en vn festin, le expuso al nefando antojo de los combidados. Solicitando, pues, Pausanias con el castigo de Attalo, la satisfaccion de esta ignominia, y no atreviéndose Philipo à darsele à vn Capitan, cuyo valor, y experiencias en la Guerra avia acreditado tan en beneficio suyo, y à quien, aviendole hecho su Valido, avia embiado delante al Asia con Parmenion, y Amyntas, para valerse de èl en la expedicion de la Persia, le pareció darle este empleo, creyendo, que con èl quedaria gustoso. A cuyo fin le aumentò el sueldo, y procurò suavizar con honrosas caricias, pidiendole cediese en beneficio de los intereses, y necesidades del Estado, sus particulares agravios. Pero haziendo mayor impresion en este Joven la injuria passada, que los favores presentes, convirtió todo el *rencon*, que conservaba, al Autor del ultrage, contra Rey tan remiso en el castigo de èl. Creyóse, no sin alguna verisimilitud, que comunicò su disignio con los Enemigos de Attalo, y con los mal contentos de Philipo. Pero lo cierto es, que fuè notorio el que

Olimpias coronò al parricida con vna corona de oro, que hallò pendiente de vna horca, à cuya demostracion se añadieron otras, que confirmaron las causas de este atentado, y del orden que se guardò en su execucion. No bien avia desplegado su luz el dia, destinado para los vltimos Juegos, cuya magnificencia se esperaba fuesse, segun se avia prometido, superior à los espectaculos de los dias precedentes, quando concurrió gran muchedumbre de Pueblo al Teatro, para verlos. Entre las preciosas alhajas, que servian à su adorno, y por cuyo medio fuelen los Principes de crecida opulencia, y poder, mal satisfechos de la grandeza de su fortuna (por decirlo assi) burlarse de sus riquezas, se ofrecian doce Estatuas de los Dioses, con quienes la excelencia del Arte competia, con lo precioso de la materia, y despues de ellas otra en nada inferior, que representaba à Philipo. Pero bien aprisa pagò con su merecido castigo el desprecio, que hazia de su condicion mortal; pues quando ensobervecido con la prosperidad de tan favorables sucesos, pretendia igualarse con los Dioses, le cortò la muerte el hilo de la vida, antes que pudiesse gozar del honor, que pretendia vsurparles. Advirtiéndole cuidadoso Pausanias el modo de su entrada en el Teatro, y reconociendo iba solo, por aver hecho passar delante à todos los que le acompañaban, y mandado à sus Guardias se quedassen detras de èl, por acreditar la seguridad

Diodor.  
16. 93.

Plutarc.  
1. 17.

Iust. 2. 7.  
10.

con



con que le tenia la amistad, en que se hallaba con todos, le atravesò por el corazon vn puñal, à cuyo violento golpe cayò en tierra muerto. Tal fuè el fin del mayor Rey de los de aquel tiempo: à cuyo gran talento, y valor debiò el Reyno de Macedonia le elevasse desde el mas abatido, y despreciable estado, al mas poderoso, y formidable: sujetò todos los Barbaros, que circundaban sus Fronteras: reduxo la Grecia debaxo de su obediencia, y puso en terror su nombre al Imperio de los Persas. Para cuya conquista se juntaban yà debaxo de sus Vanderas los Griegos auxiliares, aviendo passado al Asia sus Capitanes; pero faltò muy à los principios de sus generosos intentos, y quando su valor se prometia considerables frutos de sus Victorias. Tan expuestas estàn siempre las mayores empreßas, à vn momentaneo fatal accidente, y à que se burle de esta fuerte la fortuna (como suele de ordinario) de las esperanças de los mayores Heroes. Luego que Olimpias supo la muerte de el Rey, obligò à Cleopatra, sobrina de Attalo, à que se ahogasse ella mesma, aviendo hecho pocos dias antes de la muerte de Philipo quemar al hijo, que tuvo de el. Exercitò tambien sus iras en los afectos, y parientes de esta Princesa, y estendiò su vengança à quanto le puede dilatar el impetuoso furor de vna muger zelosa.

\*\*\*  
\*\*\*  
\*\*\*

## CAPITULO X.

*Alteraciones, y discordias en el ingreso de Alexandro à la Corona: su valor, y resolucion: habla al Pueblo, y manda castigar à los complices en la muerte de su Padre.*

**P**ERO Alexandro, en cuya ausencia avia cometido su Madre crueldades tan indignas, se mostrò entre las tempestuosas borrascas, que se le ofrecian à los principios del Gobierno, como iris, que las serenò; porque los Griegos, à quienes avia sujetado Philipo, concebian yà esperanças de su libertad; los Barbaros tumultuaban; las vezindades de Macedonia, y la misma Macedonia empezaba à turbarse: Attalo, que mandaba vn Exercito considerable, tenia ganado el afecto de los Soldados, y la alianza de los primeros Señores de Macedonia; los quales le avian prometido la hermana de Philotas; siendo natural viviesse ofendido de los considerables agravios, que avia experimentado de Alexandro, y de Olimpias, los quales le constituian enemigo de ambos. Por otra parte Amynthas, hijo de Perdicas, hermano de Philipo, y à quien Philipo avia casado con Cyna, aspiraba à la succession de su Padre, por muerte de Alexandro. La mayor parte del Pueblo aborreçia la tirania de Olimpias, y los que solo pretendian mudanças, y novedades, se inclinaban à vna, u otra parte, segun los empenaba su afecto, ò interes. Ni faltaban algunos,



nos, que dixessen: *Era preciso dár à Alexandro, hijo de Europa, la Corona; que primero Amyntas, y despues Philipo avian vsurpado tiranicamente al legitimo successor del Reyno.* Pero el Exercito componiendose de varias Naciones, tambien de diversas inclinaciones, segun era el valor, y la esperanza de los Capitanes. Por el contrario, la muerte inopinada de Philipo, no avia dado tiempo à Alexandro, para que se previniesse contra tantos movimientos, como se fuscitaban por todas partes. Y si bien se atendia à su generosidad natural, no dexaba de perjudicarle su corta edad, por no persuadirse à que vn Principe de veinte y cinco años se atreviesse à echar sobre si el peso de tan grande Imperio, ni à que, en caso de hazerlo, tuviesse fuerças bastantes para mantenerle. A que se añadia la, falta con que se hallaba de dinero, efficacissimo medio para allanar las mayores dificultades, y mas poderoso, y fuerte, que las mismas Armas; y que como tal se avian valido de el, y de sus crecidas riquezas los Persas, para grangear à favor suyo los Pueblos de la Grecia. Hasta los Piratas Toscanos se ocupaban en robar los Lugares maritimos de Macedonia, para que no faltasse circunstancia alguna al colmo de tan considerables contratiempos. Finalmente, Alexandro aviendo juntado à sus mas confidentes, para conferir el pronto remedio, que pedian, fueron algunos de dictamen de que se abandonasse por entonces la Grecia, y se procurasse aquietar por medios suaves los Barbaros, que

empezaban à alterarse; pues fosegadas las rebolesiones de adentro, se lograria con mayor facilidad el que lo quedassen tambien todas las de afuera. Pero no admitiendo su gran valor remedios tan tibios, los quales juzgaba, que arguiian flaqueza de animo, declarò su dictamen, diciendo: *Que si al principio de su gobierno le empezaban à despreciar, lo harian siempre; porque el credito, que se garnea vn Principe con las primeras acciones de su Reynado, le conserva en todo el progreso de su vida: Que la repentina muerte de su Padre avia sido tan inesperada de el, como de los rebeldes, con quienes se conseguiria facilmente quanto se pretendiesse, ballandose aun temerosos, y sin saber à què resolverse: Que la lentitud, y retardacion de los Macedones, podria dár ocasion à que se declarassen por Autores, y Cabezas de varias rebeliones muchos, à quienes sin duda se juntarian los que se mantenian dudosos sobre el partido, que avian de elegir. Y que assi, tenia por mas seguro ponerse en manos de la fortuna, en ocasion donde era mas necessaria la diligencia, que la fuerça. Porque si no mostramos (decia) contra algunos firmeza, y valor, què successo podremos esperar, quando aviendo reconocido nuestra flaqueza, unidos todos, de comun consentimiento nos acometan?* Orò despues al Pueblo, à quien aviendo ponderado con iguales razones la importancia de su resolucion, y proporcionadolas al estado presente, le ofreciò obrar desuerte, que esperaba confessassen bien aprisa, assi los Ciudadanos, como los Enemigos, que con la muerte de su Padre solo avia mudado el Reyno la persona, y el nombre del Rey que perdiò, y no la acertada administracion de su gobierno, ni la gloria con que

Iust. 1. 1.  
27.  
A. 23. 8.  
Diodoro  
17. 4.

Strabon.  
lib. 5.

Plutarc.  
cap. 18.

Iust. 11.  
1. 9.

Diodoro  
1. 17. 2.  
Iust. 11.  
1. 10.

Arrian.  
1. 3. 6.

Iust. 11.  
1. 1.  
Iust. 11.  
1. 9.

Arrian.  
1. 7. 7.  
5. 17.  
Suid. S.  
Alex.  
Plutarc.  
de lafor-  
tuna de  
Alex. 1.  
3.

flore-



florece, por la prudencia, y valor con que la avia adquirido, y conservado. Que aunque algunos avian tomado con la mudança presente ocasion para turbar la seguridad, y el sosiego publico, esperaba recuperar bien aprisa vno, y otro con su castigo. Para cuyo fin solicitaba de los Macedones, que le concedieffen solo los mesmos corazones, y brazos, que avian empleado en servicio de su Padre, por tan dilatado espacio de años, con tan gran gloria suya, como fruto de sus Victorias. Y que tenia por seguro, de la prontitud que mostraban à la execucion de sus ordenes, que podria remunerarla, aliviandolos de todas las cargas que padecian, dexandoles sola la de servir en la Guerra. Favoreciò la fortuna la resolucion del nuevo Rey, disponiendo correspondieffe el suceso à la felicidad con que le avia esperado, y al esfuerço, que avia prometido, y aplicado para conseguirle; porque prevenido contra las astucias, con que Amyntas intentaba perderle, las descubriò, se desembarazò de las de Attalo, y de su persona, por medio de Acaeteo, y Parmenion; y finalmente, de todos aquellos à quienes acusaba la voz comun de aver contribuido à la muerte de Philipo, sin que entre todos exceptuasse de ella à otro, que à Alexandro Lincestes, por averle asistido en su assumpcion à la Corona, y aver sido el que primero le saludò Rey, persuadido à que por medio de la severidad con que procedia, en vengança de la muerte de Philipo, asseguraba el Trono, y la vida, y conseguia el desvanecer la voz que corria, de aver sido complice en la muerte de su Padre. A cuya sospecha dieron

ocasion los continuos disgustos, y quejas, que tuvieron Philipo, y Alexandro, y tambien à que se dixe, avia acriminado los agravios de Pausanias, para obligarle à cometer aquella maldad, animandole à su execucion con vn Verso de cirta tragedia: En donde Medea amenaza à sus Competidoras, à Jason, y à los que la avian casado con el, de comprenderlos en vna misma ruina. Por lo qual hizo quanto pudo, por eximirse de la nota de este delito, atribuyendosele à los Persas en vna respuesta, que diò à cierta Carta de Dario, donde le acusa de aver comprado à precio de oro Assesinos, que executassen la muerte de su Padre. Finalmente, para librarse mejor de ella, resolviò poco antes de su muerte fabricar vn magnifico Templo en honor de Philipo; à cuya execucion atendieron poco sus successores, por mas que lo dexò encargado en su Testamento, y prevenida entre otras muchas cosas la disposicion, y el orden, que se avia de guardar en ella.

Plutarc.  
cap. 27.

Arr. 1. 3.  
18. Cur-  
cio 4. 1.  
12. Dio-  
dor. 18.  
2.

## CAPITULO XI.

*Entra en Thessalia, y reducela à su obediencia; nombranle los Griegos por su General, cuya Junta haze se tenga en Corintho; visita el Philosopho Diogenes; su expedicion en la Thessalia, y anuncios de su grandeza.*

CONOCIENDO Alexandro quanto le importaba, para passar à execucion los disignios, à que le estimulaba su espiritu, conservar el Dominio de la Grecia, que su Padre

Diodoro  
17. 2. 5.  
Curt. 7.  
1. 3.

Arriano  
lib. 8. 2.  
Curt. 7.  
1. 6.

Iust. 11.  
cap. 2.



dre avia adquirido, moviò con la mayor presteza que pudo, su Exercito àzia Theffalia, por donde rompiò improvifamente. Algunos Theffalos, aviendo levantado el animo, y las esperanças à novedades, se avian apoderado de los paffos del Tempe, y cerrado el camino por donde se viene de Macedonia; cuyas dos Regiones dividen la vna de la otra los dos famosos Montes Olympo, y Offa. Passa el Rio Penneo por sus Vegas, cuya prodigiosa amenidad haze tan hermosa, y grata esta Region, que ha merecido folemnes sacrificios. Corre à la sombra de deliciosas Florestas, que guarnece de vna, y otra parte sus Riberas; y aunque bastantemente ruìdosa su corriente, el armonioso canto de los paxaros, que en crecido numero pueblan continuamente aquellos Arboles, impide que se perciba. Ofrecese vna senda estrecha, cuya latitud es de cinco mil paffos, por la qual apenas puede passar vn cavallo cargado; y cuya entrada son bastantes à resistir, à qualquiera que la intente, diez hombres armados. Pero Alexandro, aviendo tomado el camino, por donde se creia, que eran las Rocas mas inaccesibles, y hechas cortar por el lado de el Monte Offa, en forma de escalones, entrò por èl. Quedaron tan amedrentados todos los habitantes de su presteza, y diligencia, que sin aver persona alguna, que se le opusiese, le entregaron à vn tiempo los Dominios de toda aquella Region, los Lugares, y Rentas, segun las condiciones, con que los gozaba

Philipo; si bien concediò à la Ciudad Phthia, quedasse libre de todas cargas, por ser Patria de Achilles, de quien se creia descendiente, y à cuyo Heroe decia avia elegido por Camarada, y guia, para la expedicion de la Persia. De Theffalia passò à los Thermopilas, à la Junta, que entonces se tenia en ellas de toda la Grecia, y à quien llamaban Philayca; y despues de averle declarado, por Decreto de los Amphyctiones, por General de los Griegos, en lugar de su Padre, confirmò à los de Ambracia la libertad, que avian recuperado poco antes, echando de su Ciudad vna Guarnicion de Macedones, y les assegurò se la huviera concedido voluntariamente, aunque no la huviesen adquirido. Aviendo despues dado orden para que se acercasse su Exercito à Thebas, y vencido el orgullo, y pertinacia de los Boecianos, y Athenienses, los quales se oponian con mas especialidad à sus empresas, diò orden à los Diputados de los Griegos, para que passassen à verle à Corintho, donde aviendose confirmado de comun consentimiento el Decreto de los Amphyctiones, quedò reconocido por General de todos los Griegos, en lugar de Philipo, y resueltas las Tropas, que avian de passar à hazer la Guerra à Persia. Hallavase en Craneo, Arrabàl de Corintho, donde avia vn Bosque de Cypreses, Diogenes, Philosopho Cynico; el qual, prefiriendo à las riquezas el reposo, y la libertad de el animo, avia elegido vna pobreza voluntaria. Deseando Alexandro tratarle,

Philost.  
in Ethicis.

Plin. 14  
2. 1.

Liv. 31.  
32. 3.  
33. 21. 4.

Diod. 14  
4. Diod.  
17. 4.

Iustin. 1.  
17. 4.  
Arrian. 1.

Paul. lib.  
2.

Maxim.  
Tyr. orat.  
38.

Plin. 4. 8.  
Liv. 44.  
6. 5.

Polien. 4  
3. 2. 8.

fa-



salio à passarse cierto dia al Bosque, donde aviendo visto à este Philosopho , y permitidole pidiese quanto gustasse , con la seguridad, de que se lo concederia ; *le suplicò solo , se apartasse vn poco , y no le quitasse el Sol.* Cuya inesperada respuesta , asì como le fuè de gusto , tambien de admiracion al experimentar en el desengaño de aquel Philosopho , el desprecio , que hazia de su elevada fortuna , en la qual no tuvo que apetecer. Y asì es fama , que dixo à los que estaban con èl : *Que à no ser Alexandro , quisiera ser Diogenes.* La grandeza de animo de este Principe , y su superior talento , no dexaban de manifestarle los peligros , à que por sus desordenadas pàsiones se precipitan , y pierden los hombres ; pero tenianle tan preocupado la ambicion , y el deseo de reynar , que no le daban lugar à que reconociese , con vtilidad propria , quanto mas commodo es carecer de lo superfluo , que gozar de lo necesario. Passò del Poleponeso à Delphos , à consultar à Apolo , sobre el suceso de la Guerra , que emprendia ; pero aviendole embiado à decir la Sacerdotissa , que no era permitido hazerlo , hasta que passassen algunos dias , se fuè à ella , y la sacò por fuerza para el Templo , en cuyo camino , viendo que la obstinacion del Rey avia derogado la costumbre , exclamò con estas voces : *Invencible eres , hijo mio.* Alexandro la detuvo , diciendola : *Que èl admitia por anuncio sus palabras , y que no pretendia inquirir mas del Oraculo.* Reducidas con esta felicidad à sosiego

aquellas inquietudes , bolviò à su Reyno , donde se aplicò con suma actividad , à vengar el desprecio , que se hacia de Macedonia. Finalmente , teniendo prompts todos sus aprestos , partiò de Amphipolis , al principio de la Primavera , para hazer la Guerra à los Pueblos libres de la Thracia ; y llegò en diez dias cerca del Monte Emo. Avia se apoderado crecido numero de Thraces de la cumbre de la Montaña , para impedir el passo , y cerrado su Campo con carros , en forma de Trincheras , y terraplenes , para resistir à los Enemigos , si llegassen à acometerles. Alexandro , reconociendo el disignio , y destreza del Enemigo , ordenò à su Gente se abriese para hazer passo à los carros , luego que intentassen abançarlos , y se postrassen en tierra , y cubriessen con sus Escudos , viniendose los vnos con los otros , à manera de Galapagos , en caso de que los disparassen repentinamente. Con cuya diligencia quedò frustrada la astucia de los Enemigos ; porque la mayor parte de aquellos carros passò por el lugar , que les hizieron , abriendose , sin ocasionar tampoco daño alguno el peso de los que passaban por encima de los Soldados , que estaban en tierra , respecto de evitarle sus Escudos , ayudados de la voluntad con que corrian. A cuyo provido reparo se debiò quedasse solo en amago el aparato de tan peligrosa tempestad. Entonces los Macedones , libres del temor en que se avian visto , y testificando à gritos su regozijo , marcharon contra los Barbaros , y los Fleche-

ros

Plutarc.  
cap. 22.  
& ad pr.  
in doct.  
cap. 6.  
Diodor.  
orat. 4.  
Senec. de  
ben. 5. 4.  
6. Laert.  
in Diog.  
Juven.  
14. 309.  
Arrian. 7.  
1. Valer.  
Maxim.  
4. 3.

Plut. cap.  
22.

Diodor.  
27. 25.

Arrian. 5.

Poleyno  
2. 5. 21.

Arrian.  
11. 13.



ros partiendo del ala derecha, cargaron con las saetas, sobre los que estaban mas abançados. No se puso en duda la Victoria, luego que la Gente de Alexandro pudo combatir à pié firme: Rechazaron facilmente vn Enemigo, que à modo de decir, se hallaba desnudo, ò ligeramente armado. Pero lo mismo que ocasionò la pèrdida de los Barbaros, les facilitò mucho su fuga; porque libres de el peso de las Armas, pudieron salvarse mas comodamente, por ciertos Lugares desconocidos à los Enemigos. Murieron mil y quinientos, librando à los demàs la fuga. Tomòse infinito numero de niños, y mugeres, y la presa, respecto de la calidad de los Lugares, fuè de bastante consideracion. Abierto de esta fuerte el passo del Monte Emo, penetrò el Exercito por lo mas interior de la Tracia. Ofrecese en aquel Territorio vn Bosque consagrado à Bracho, de gran veneracion en todos tiempos. Sacrificando en èl Alexandro, segun el estilo de los Barbaros, y aviendo derramado alguna porcion de vino sobre el Altar, saliò vna gran llama de èl, que discurriendo por la altura del Templo, se levantò desde ella hasta el Cielo: prodigio, que se tuvo por anuncio de que la gloria de este Principe, no tendria otros limites, que la extension del Universo, y en cuya confirmacion se refiriò otro. Tiene la Tracia, llamada Odrysa, vn Monte, con el nombre de Lybethe, y vna Ciudad del mismo, à quien hizo famosa el nacimiento de Orpheo. Vino, pues, à ella el Rey

à assegurarle de lo que le decian los que le afirmaban aver visto sudar la Estatua de este Heroe, sumamente venerada alli. Este prodigio puso à todos en alguna inquietud; pero Aristandroles assegurò del recelo, declarando, que miraba al Rey, y que era testimonio, de que constaria algun dia à los Poetas, hijos de las Musas, sudor, y desvelo, representar sus gloriosas acciones. Quando Alexandro baxò à las Tieras de los Triballos, Pueblos fuertes, y valerosos, que habitan de la otra parte del Monte Emo, Syrmus su Rey se avia retirado à Pauce, Isla de la istria, noticioso mucho tiempo antes de la expedicion de Alexandro. Defendiòse alli por medio de aquel Rio, quanto no le permitieron lo hiziesse por el de las Armas, la edad, y el sexo. Hallavase Alexandro con muy pocos Baxeles, demàs de que le era muy difícil llegarle à esta Isla, por estàr impenetrable la orilla, y fortificada de las Rocas. El Enemigo, que estaba fuerte, resistia con pequeño trabajo la entrada: Por tanto, se retiraron los Macedones, sin aver hecho fruto alguno, contentos con la Victoria, que avian obtenido algunos dias antes de los Triballos, en cuya Batalla dexaron muertos mas de tres mil de su Exercito, sin otra pèrdida, que la de cinquenta hombres de sus Tropas.

Arrian.  
18. 17.  
Strab. lib  
7.

Arrian.  
1. 1. 28.

Arriano  
11. 28.

Plutarc.  
cap. 19.  
Arr. 1. 1.  
15.

Sueton.  
Aug. 24.  
7.

Tzetzes  
Chil. 7.  
91. Plut.  
6. 22.





## CAPITULO XII.

*Su viage à las Tierras de los Getas; recibe Embaxadores de Alemania; escusa hazerles Guerra; los Principes de Illiria se solevan contra el; veese en peligro, del qual se libra por medio de una estratagema.*

**D**ESPUES de aver acometido vanamente Alexandro al Rey Syrho, bolvió sus Armas contra los Getas, que avian puesto en Batalla de la otra parte del Rio quatro mil Cavallos, y diez mil Infantes. A cuya empreña le movió, no tanto el interés de la Guerra, quanto el deseo de la gloria, y el de poder blasonar de aver pasado el mas caudaloso Rio de la Europa, à pesar de las Naciones de mayor valor, que embarazaban su tránsito. Hizo, pues, poner en los Baxeles que tenia, quanta Cavalleria pudo caber en ellos; en Barcas la Infanteria, de que tenia gran numero, y que el resto passasse en Odres. Aviendolo hecho los Macedones de noche, y embarazando los crecidos trigos, que avia en la Ribera, adonde llegaron, el que pudiesen descubrirlos, absortos los Getas de su inopinado acometimiento, apenas pudieron reparar la primera carga de la Cavalleria; y así, luego que llegó Nicanor con el Batallon de los Macedones, à quien llamaban Phalange, compuesto de ocho mil Infantes, se pusieron en fuga, tomando el camino de la Ciudad, distante del Rio quatro millas.

Poco despues de aver llegado Alexandro, conduxeron precipitadamente sus mugeres, y sus hijos; y aviendo cargado sus Cavallos de lo que pudieron llevar, dexaron todo lo demás para el Vencedor. El Rey mandò, que los combossayen Meleagro, y Philipo, y despues de aver hecho arrassar la Ciudad, y consagrar Altares sobre la Ribera à Jupiter, à Hercules, y al mesmo Istro, por averle sido propicio en el tránsito, hizo el mismo dia bolver à passar su Exercito de la otra parte, aviendo obtenido esta Victoria sin la costa de alguna sangre. Llegaron despues los Embaxadores de los Pueblos vezinos, y de el Rey Syrho, con grandes presentes, compuestos de lo mas estimable que gozaban, así como tambien los de los Alemanes, que habitan desde las Fuentes del Istro, hasta las tierras, que miran al Golfo Adriatico; porque Istro tiene su nacimiento en Alemania, cuyos moradores le llaman el Danubio. Alexandro, aviendo admirado el extraordinario vigor de sus cuerpos, les preguntò: *Qual era lo que mas temian del Mundo?* Creyendo que ponderassen su formidable poder, y confessassen su temor; pero ellos bien leixos de hazerlo, le respondieron: *Que solo temian cayesse el Cielo sobre ellos; aunque no por esto dexaban de hazer considerable estimacion de los grandes Heroes.* Admirado el Rey de su respuesta, que no esperaba, quedó algun rato enmudecido; y aviendo dicho, que los Alemanes aran Pueblos sobervios, hizo à ruego suyo aliança con ellos. Concedió la paz al

Rey,

Ioann.  
Mag. hist.  
doct. 3.2

Arrian. 1.  
2. 29.

Strab. lib.

Arriano  
1. 1. 154



Rey Syrmio, y à los demás Pueblos; y contento con la gloria, que avia adquirido en esta expedicion, bolvió todos sus pensamientos à la Guerra de Persia, donde esperaba, con menor trabajo, y riesgo, conseguir mayor fruto de sus fatigas. Para cuya empresa le avivaron mas los zelos de Alexandro, su tio; el qual, aviendose retirado de la Guerra de Italia, *quexandose de la desigualdad, que avia entre su fortuna, y la de su sobrino, se dexò decir, que el avia combatido en Italia con hombres; pero que el Rey de Macedonia solo avia peleado con mugeres.* Para assegurar Alexandro mas la Thracia, sacò de ella à todos los Principes, y Señores, que le parecieron capaces de alterarla por su credito, y valor, y los llevò consigo, debaxo del pretexto de honrarlos, y de tenerlos por sus camaradas en la expedicion de la Persia, quitando, por este medio, todas las cabezas à los Sediciosos, y impossibilitados sin ellos de que intentasen novedades. Bolviendose à Macedonia por las Tierras de los Agrianos, y de los Peonienfes, le llegó noticia de los movimientos de Illiria. *Aviendose vsurpado cierto Carbonero, llamado Bardylis, desde las humildades de esta baxeza, el Titulo de Rey, y constituídose Dueño de muchas Naciones en esta Comarca, causò grandes hostilidades à los Macedones, hasta que vencido en vna Batalla por Philipo, y derrotado enteramente en otra, que repitiò con mayores esfuerzos, quedò reducido por vltimo, debaxo de la obediencia del vencedor.* Muerto algunos años despues este

Liv. 9.  
19. 11.  
Agel. 7.  
21.  
Frontan.  
strat. 2.  
11. 3.  
Iustin. 1.  
5. 3.

Arriano  
1. 2. 1.  
Heilod.  
apud  
Photiu.

Principe, en edad de noventa, su hijo, llamado Clito, juzgando aver llegado el tiempo de recuperar su libertad, mientras que Alexandro se ocupaba en vna Guerra de la otra parte de Istria, contra Naciones tan poderosas, obligò à sus Pueblos à que tomassen las Armas, y hizo aliança con Glacias, Rey de los Illirios, llamados Saulancios. Los Autariates, que es otra Nacion, avian resuelto acometer en el camino à los Macedones; pero Langaro, Rey de los Agrianos, el qual era amigo de Alexandro, le pidió permiso para reprimir aquellos Pueblos, ofreciendo suscitarles en sus mismas Tierras tan peligrosas inquietudes, que esperaba obligarles à que dexassen bien aprisa, las que causaban à los Macedones. Estimò el Rey el afecto de este juvenil Principe, y se le remunerò con muchas mercedes, ofreciendo casarle con Cyna, su hermana, à quien avia tenido su Padre en vna muger de Illiria, y dado en Matrimonio à Amintas. Cumpliò Agriano su palabra à Alexandro, executando lo que le avia prometido; pero sobreviniendole al mismo tiempo vna enfermedad, de que murió poco despues, le privò del premio ofrecido. Reducidos de esta fuerete los Autarianos al cumplimiento de su obligacion, sin la costa del combate, que no fuè necesario, se pasó à Pelion, Ciudad de Dessarecia, sobre el Rio Eordayco. Mostraron los Enemigos alguna apariencia de querer combatir; porque salieron de sus Guarniciones con impetu, capaz de llegar promp-

Iustin. 7.  
6. 7.  
Lucian.  
in Mac.  
Arrian. 1.  
2. 2.

Liv. 31.  
40. 1.



Arriano

1. 2. 9.

promptamente à las manos ; pero antes, que lo pudiesen hazer, se retiraron , apoderandose de los bosques, de los caminos, y de los Lugares, que tuvieron por mas seguros. Ofreciòseles à los Macedones en esto el horroroso espectaculo de tres Jovenes, y tres Donçellas, postradas en tierra , y muertas, con tres carneros negros , cuya sangre , y cuerpos estaban mezclados confusamente. Avianlos sacrificado los Barbaros à los Dioses, con sacrilega devocion , para que inspirassen valor en su Gente quando combatiessse ; pero el Dios, vengador de esta maldad , les infundiò cobardia, en vez del esfuerço, que solicitaban. El Rey , aviendolos retirado hasta su Ciudad , resolviò embarazarles la salida , para cuyo fin dispuso se hiziesse vn muro por de fuera ; mas aviendo sobrevenido la mañana siguiente Glaucias, con grandes Tropas de Taulancios , le quitò la esperança de tomar esta Ciudad , obligandole à procurar los medios de retirarse seguramente. En el interin , reconociendo Alexandro el peligro, que corria Philotas, embiado al forrage con las Bestias del Campo, y vna Escolta de Cavalleria , por aver sabido , que Glaucias se avia apoderado de algunas colinas, que circundaban la Campaña , y que atendia à no malograr ocasion alguna , que se le ofreciesse ; aviendo dexado en el Campo vna parte del Exercito , contra las furtidias de los Siriados , partiò promptamente con el resto de sus Tropas ; y despues de aver ame-

drentado à los Illirios, librò à los suyos del riesgo ; pero no pudo evitar los grandes embarazos, que en su marcha encontrò ; porque de vna parte el Rio , y de la otra las rocas , estrechaban el camino de suerte, que apenas podian marchar en muchos lugares de frente quatro hombres Armados : à que se añadia el aver prevenido Clito, y Glaucias en las Montañas Companias de Ballesteros , y de Honderos , con vn gruesso de Gente bien Armada. Sin embargo el Rey, que avia puesto delante de las alas de su Phalange ducientos Cavalleros, les ordenò, que levantassen sus Lanças , que poco despues las baxassen àzia los Enemigos , como si pretendiessen cargarlos , y que luego bolviessen tan aprisa al vno, como al otro lado. Mientras mantenian , con esta estratagemas , suspensos los Enemigos , atendia à su Phalange , à quien vnas vezes hazia abançar aceleradamente, otras la bolvia à juntar en vn cuerpo ; y ultimamente , aviendola ordenado en forma triangular , hizo que acometiesse contra los Illirios, que estaban à mano siniestra. Quedaron tan absortos de la promptitud, y destreza de los Macedones, que abandonaron las Montañas de que estaban apoderados, y huyeron àzia la Ciudad. Avian quedado pocos en la cumbre de la Montaña, por donde el Exercito de los Macedones subiò ; desalojólos de ella Alexandro , y tomò el lugar de los Agrianos , y de los Ballesteros , para dàr desde èl algun socorro à la Phalange , à quien avia

D

ma:



mandado passasse el Rio. Advertidos de esto los Enemigos, tomaron luego el camino àzia las Montañas, para acometer la retaguardia, con la qual avia de pasar Alexandro, quando lo huviesen hecho, de la otra parte del Rio, los que estaban bien Armados. Pero el Rey, sin alterarse de verlos venir, sostuvo valerosamente sus acometimientos; y ayiendolo al mesmo tiempo la Phalange vn gran grito, como en señal de bolver à passar el Rio, para socorrer à su Principe, infundió miedo, y pavor en el Enemigo. Por otra parte el Rey, anteviendo lo que podria suceder, avia dado orden à los primeros que passaron, para que se pusiesen en Batalla luego, que se viesen de la otra parte, y estendiesen, quanto les fuesse posible, el alaizquierda, que estaba cerca del Rio, y de los Enemigos, à fin de que pareciesse mas numerosa de lo que era. A cuya providencia debieron, que los Taulantos, creyendo que todo el Exercito cargaba sobre ellos, se retirassen por algun espacio, y que aprovechandose de el Alexandro, encaminasse promptamente los suyos àzia el Rio, donde no hubo bien llegado, quando le passò de los primeros. Pero porque los Enemigos, que bolvieron à su puesto, oprimian à los vltimos, que le passaban, los esparció por medio de algunas maquinas, que hizo enderezar de la otra parte del Rio, con las quales se podian arrojar piedras de lexos, disparandoles tambien los que avian

entrado en el Rio Dardos, desde en medio de las aguas. Tres dias despues de averse retirado Alexandro, le vinieron à dár noticia, de que qual si se huviesse puesto en fuga, los Enemigos libres de la inquietud, y del temor, discurrían por vna, y otra parte, sin orden, y sin recelo alguno, que su Campo estaba sin trincheras, sin terraplenes, sin cuerpo de guardia, y sin centinelas: Con cuyo aviso, ayiendolo llevado consigo los Ballesteros, los Agrianos, y las Tropas de Macedonia, mandadas por Perdicas, y Ceno, passò de noche el Rio, y marchò con diligencia àzia los Enemigos, despues de aver dado orden a lo restante de su Exercito para que le siguiesse. Pero sin esperar à tenerle junto, embió delante su Gente, armada à la ligera, y el mismo, con los demàs, la siguiò inmediatamente, para acometer à los Enemigos desarmados, y medio dormidos. Hizo grande estrago en ellos, tomò muchos prisioneros, y siguiòlos hasta los Montes Taulancios. Salvòse Clito de esta rota, y acogióse à la Ciudad de Pelion, à quien poco despues, ò porque desconfiasse de su fortaleza, ò del valor de su Gente, la hizo poner fuego, y se encaminò, como en destierro, à las Tierras de los Taulancios.

\*\*\*  
\*\*\*  
\*\*\*



## CAPITULO XIII.

*Alteranse los Griegos con la falsa noticia de su muerte; diligencias de Demosthenes contra Alexandro; toma, y destruccion de la Ciudad de Thebas.*

**E**N tanto la noticia, que se esparció por toda la Grecia de la muerte de Alexandro, y de su detrota en las Tierras de los Triballos, bolvió à fuscitar el animo, y las esperanças de los Enemigos de Macedonia: siendo cierto, que las mayores infelicitades, que sobrevienen en los humanos sucesos, proceden de la firmeza, con que nos persuadimos en lo que deseamos à la mas ligera noticia, que se nos ofrece, como si la imprudente, y pertinaz credulidad, añadiessse fuerça à la verdad, ò pudiesse convertir en ella lo falso. Ni faltò quien assegurasse, se avia hallado à la muerte del Rey, mostrando, para grangear mas credito à lo que decia, las heridas que avia sacado del combate. Esta voz recibida, y divulgada en Thebas con gusto, diò principio à la fatalidad vltima de aquella Ciudad; porque algunos de los que Philipo desterrò, como hemos referido, alentados con ella, y siguiendo por cabezas à Phenix, y à Prothytes, dieron muerte à los Capitanes Macedones, que mandaban en Cadmea, Ciudadela de esta Ciudad, los quales salieron sin el menor recelo de lo que les esperaba; y concurriendo en impetuoso tumulto los Ciudadanos, deba-

xo del especioso pretexto de poner en libertad la Patria, sitiaron la Guarnicion, y la cerraron con vn doble terraplen, y foso, para que no les pudiesen entrar vi-veres, ni socorro. Despacharon despues Embaxadores à las Ciudades Griegas, pidiendoles: No abandonassen à vn Pueblo, que se esforçaba à recobrar la libertad, que tan indignamente se le avia usurpado. Y Demosthenes, movido de el antiguo odio, que tenia contra los Macedones, persuadiò al Pueblo de Athenas à que embiasse socorro à los Thebanos. Pero no lo consiguió; porque los Athenienses, amedrentados con la presurosa buelta de Alexandro, tuvieron por mas conveniente reservar su resolucion, hasta despues del sucesso, y disposicion de la fortuna. Sin embargo, Demosthenes no dexò por su parte de socorrer à los Thebanos, à quienes embiò cantidad de Armas; las quales sirvieron à los que Philipo avia despojado de sus bienes, contra la Guarnicion de la Ciudadela de Cadmea. Por otra parte, los Peloponeses se avian juntado en crecido numero en el Istmo; y aunque Antipatro, à quien avia dexado Alexandro por Governador de Macedonia en su ausencia, les embiò à pedir no contraviniesen à la comun resolucion de toda la Grecia, con los que eran declarados Enemigos de Alexandro, no dexaron de tener algunas conferencias con los Embaxadores de los Thebanos. Pero aunque los Soldados estaban compadecidos de su calamidad, Astilo, su Ge-

Diodoro  
17. 8.  
Arrian.  
1. 3. 10  
Dinarc.  
contra  
Demost.  
Diodor.  
17. 8.  
Plutarc.  
Demost.  
cap. 32.  
& 10.  
orat. 8. 9.

Dinarc.  
contra  
Demost.  
Diodor.  
17. 8.



neral, Arcade de Nacion, interpuso dilaciones, no tanto por lo difícil de la empresa, quanto por que esperaba satisfacer su codicia, vendiendo sus socorros à precio proporcionado, à la necesidad en que se hallaban de ellos los Thebanos. Pediales diez talentos, y no pudiendo darfe los, compraron por medio de ellos, los que seguian la faccion de los Macedones, el que no les asistiese en perjuicio suyo, dexando asì burladas las esperanças, que los Thebanos avian puesto en los Arcades. Sin embargo, la diligencia de Demosthenes, ayudada de el dinero, consiguió, que las demás Tropas del Peloponneso, no passassen à declararse contra ellos; para cuyo fin, y el de suscitarse por todas partes nuevos estorvos à Alexandro, se decia le avian embiado los Persas trecientos talentos. Advertido de todo este Principe, hizo marchar su Exercito con la mayor diligencia, le hizo passar cerca de Eordea, de Elymiotis, y de las Rocas Stympheas, y Paryeas; y siete dias despues de aver partido de Pelyon, llegó à Pellene, en la Thessalia, de donde en seis se puso en la Beocia, y luego en Onchesto, seis millas distante de Thebas. En tanto los Thebanos, enteramente ignorantes de esto, hazian sus prevenciones con mas valor, que prudencia, y tanto mas lexos de persuadirse à que viniese Alexandro, quanto à lo sumo le hazian entonces à el, y à sus Tropas en Pyles, creyendo seria el otro Alexandro, hijo de Europa, que mandaba vn Exerci-

to. Campò el Rey cerca del Templo de Yolas, delante de la Puerta Pretide, con resolucion de darles tiempo para su arrepentimiento; pero en vez de manifestarle, y solicitar su clemencia, hizieron luego vna salida contra los Cuerpos de Guardia de los Macedones; dieron muerte à algunos, echaron à otros de su puesto, y se alargaron hasta el Campo; pero fueron rechazados por algunas Tropas armadas à la ligera, que embiò el Rey contra ellos. La mañana siguiente, queriendo Alexandro socorrer à los suyos, que estaban encerrados en la Ciudadela, hizo acercar su Exercito à las Puertas, por donde se và à Attica, en cuyo parage esperò la reducion de los Thebanos, à quienes ofreciò el perdon, si arrepentidos le solicitaban. Pero faltando la autoridad, y poder en la Ciudad, à los que deseaban la paz, por averse la usurpado los que se restituyeron à ella de sus destierros, y fueron llamados; los quales, desesperando de la clemencia del Rey, si los Macedones se apoderaban de Thebas, quisieron quedar antes sepultados entre las ruinas de su Patria, que comprar al precio de sus vidas su conservacion, y permanencia; à cuya resolucion induxeron à algunos Grandes de Beocia, que llevaron à su Partido. Pero en lo que mas acabaron de manifestar su ceguedad, è imprudencia, fuè en la respuesta, que dieron à Alexandro, quando aviendoles pedido los Autores de aquella rebolucion, para que con el castigo de dos personas, quedasse

Plutar. in  
10. orat.  
Dinarc.  
contra  
Demost.  
Iust. 11.  
2. 7.

Arr. 13.  
5.  
Paul. lib.  
2.  
Arrian. 1  
3. 5.

Plut. cap.  
9.

Diodoro  
17. 2.

pur-



Atrian. 1  
3. 11.  
Poleyn.  
4. 3. 12.  
Sabell ex  
Plutarc.  
cap. 19.  
Diodor.  
17. 11.

Arriano  
3. 3. 13.

*purgado el delito de la Ciudad, tuvieron atrevimiento de pedirle à Philotas, y Antipatro, sus mayores favorecidos, v à publicar: Que todos los que quiesiesen defender la libertad de la Grecia con el Gran Rey, y los Thebanos, contra el Tyrano de los Griegos, acudiesen à Thebas. Sin embargo, no fuè acometida por orden de Alexandro, fino que ( como dice Ptolomeo, porque algunos lo refieren de otra suerte ) Perdicas, que defendia aquel lugar del Campo, que miraba à la Trinchera, que los Enemigos avian cerrado la Ciudadela, los atacò sin esperar la señal; de suerte, que aviendo forçado sus defensas, llegó à las manos con ellos, y su exemplo obligò à Amynthas, que no estaba leños de èl, à que hiziesse lo mesmo con la Gente que mandaba: y al mismo tiempo Alexandro, que temia à los suyos, hizo marchar todas sus Tropas; y aviendo ordenado à los Soldados armados à la ligera, que dieffen, y acudiesen al socorro de sus Compañeros, quedò en lo largo de la Trinchera. El combate fuè porfiado, y sangriento. Perdicas, queriendo entrar dentro de la Trinchera fuè herido, y se hallaron precisados à sacarle de la refriega, donde murió gran numero de Ballesteros Cretenses, con Eurybotas, su Capitan. Lo qual fuè causa de que los Thebanos apretassen de mas cerca à los Macedones, que amedrentados huían àzia Alexandro. Pero al punto, que este Principe viò venir en desorden, y desvançados à los Enemigos, empezó à acometerlos en Batalla con su Pha-*

*lange; y mudandose la fortuna del combate, les obligò inmediatamente à huir con tan gran precipitacion, que aun no se acordaron de cerrar las Puertas, por donde avian entrado en la Ciudad; con que dieron lugar para que en el interio hiziesen vna salida à los Barrios, que estaban sujetos à ella, los que se hallaban en la Ciudadela. De esta suerte fuè tomada la mas Noble de las Ciudades de la Grecia en el mismo dia, que se puso el Sitio. Executò en ella el furor de los Vencedores, todo genero de crueldades, dando indiferentemente muerte, assi à hombres, como à mugeres, sin perdonar aun à los niños. Pero esta inhumanidad procediò mas de el odio, que avia concitado en los Phocenses, en los Platenfes, Orchomenios, y Thespienses, la vezindad, y el poder de los Thebanos, que la indignacion de los Macedones; pues no passaron estos de los limites, que prescribe el derecho de la Guerra. Finalmente, aviendo cessado la mortandad despues de averla padecido mas de seis mil, se tomaron los Prisioneros, y se vendieron hasta en numero de treinta y seis mil personas libres. Clitarcho refiere, que importò quatrocientos y quarenta talentos todo el botin; aunque otros afirman, que esta cantidad se sacò solo de la venta de los Prisioneros. Alexandro diò por recibidos los cien talentos, que los Thessalos debian à los Thebanos. Fueron pocos los que dexaron de cooperar à esta Guerra, y solo*

Plutarc.  
de la vir-  
tud de las  
mugeres  
48.  
Diod. 17.  
4. Athen.  
1. 4. Dio-  
dor. 17.  
14. Grot.  
de Iure  
bel. 31.  
8. 5. ex  
Quintil.

Plut. cap.  
20.



Elia. hist.  
div. 13. 7

Arr. 3. 1.  
26. Poli.  
stratag. 8  
39.

Plut. cap  
20. y de  
la virtud  
de las  
mugeres,  
cap. 48.

ellos, los Sacerdotes, y los que avian manifestado su afecto al Rey, y à Philipo, los que se libraron de la servidumbre, entre cuyo numero se hizo lugar Thymoclea, por medio de la varonil accion, que obrò en honor de su credito, y con que vinculò à la posteridad plausible, y gloriosa su memoria. Cierta Capitan de Cavallos, de las Tropas de Thracia, que militaban en el Exercito de Alexandro, despues de aver violado la honestidad de esta muger, la procurò obligar con amenazas à que le declarasse donde avia ocultado sus riquezas. Ella, mas afligida, por la pèrdida de su honor, que por la de estas, tomando ocasion de la codicia del Barbaro, para la satisfacion de su agravio, le mostrò vn pozo, y hizo creer, que dentro de èl tenia todas sus joyas, y alhajas. Acercandose el Barbaro à èl, y mirando su profundidad, con la aplicacion à que le estimulaba su codicia, quando mas descuidado le reconociò, le arrojò dentro de vn empellon, donde viendo, que hazia esfuerços para bolver à salir, le cargò de tan gran numero de piedras, que le dexò muerto. Los Soldados de la Compañia del Capitan difunto, prendieron à Thymoclea, y la llevaron ante la presencia del Rey, para que la mandasse dár el castigo, que juzgaban merecia. Viendola preguntado el Rey quien era, y la culpa, que avia cometido? Soy hermana (respondió ella con voz entera, y semblante resuelto, y seguro) soy hermana de aquel

General de los Thebanos, ll amado Theagenes, que murió defendiendo la libertad de la Grecia. He muerto à vn Ladron, por vengar la injuria, que hizo à mi honestidad. Si gustas de que satisfaga con mi castigo esta accion, advierte, que à quien haze aprecio del pundonor, estima en muy poco la vida, adviendole perdido, y que por mas, que se acelere la muerte, me parecerà que llega tarde, si logro la fortuna de padecerla en obsequio de mi honor, y de mi Patria. Aviendò oido Alexandro à Thymoclea, la concediò la razon, que avia tenido para executar la muerte, declarando, que no permitia se violasse la pureza de las mugeres libres; y despues de aver alabado su accion, la diò libertad; concediendola tambien, en atencion suya, à todos sus parientes, y permiso para que se retirassen donde quisiessen. Perdonò tambien à todos los descendientes de Pindaro, en memoria de aquel Poeta, que alabò en sus versos à Alexandro, su Abuelo, prohibiendo, que se quemasse su casa; porque no solo apreciò la virtud presente, sino respetò tambien la memoria de los grandes Varones, honrando con beneficio su descendencia; en cuya prueba, despues de aver vencido à Dario, hizo merced de vna parte de su botin à los Crotoniates, en gratificacion del socorro, que dieron à Salamyna, embiando vna Galera debaxo de el mando de Phayllo, quando la Guerra de Xerges; en cuya ocasion tuvieron por inevitable su ruina todas las demás Colonias de la Grecia, honrando tambien, con grandes dadivas à los

Tzetzes  
Chil. 7.  
139.  
Plutarc.  
cap. 63.

Herod. 8.  
47.

Plut. in  
Aristid. c.  
25.



los Platenfes , por aver dado sus antepassados sus Tierras à los Griegos , que se hallaron en la Batalla contra Mardonio.

## CAPITULO XIV.

*Presagios de la ruina de esta Ciudad; Alexandro concede la paz à los Athenienses , por passar la Guerra à los Persas.*

FUERON muchos los presagios, que declararon la desolacion , y ruina de los Thebanos; porque tres meses antes , que Alexandro llegasse à ella , se viò en el Templo de Ceres , llamado Tefmophoros , vna tela de araña negra , la qual se avia manifestado blanca , en ocasion de la Batalla de Levetres , à cuya Victoria debió la Ciudad de Thebas la grandeza , y felicidad à que se elevò. Pocos dias antes de la llegada de los Macedones cayeron las Estatuas , que estaban en la gran Plaza de esta Ciudad , oyendose vn horrible bramido , que arrojò de sì el Lago , que està cercano à Oncheste; y la Fuente de Dirce manò sangre , en vez de agua : prodigios todos sin duda , bastantes à amedrentar aquellos obstinados animos , si su presumpcion , y sobervia no los empeñasse nuevamente à fer instrumentos de la entera destruicion de vn Pueblo destinado à este sangriento infortunio ; porque confiados los Thebanos en la gloria , y reputacion de sus predecesores , cuyas costumbres , y disciplina avian perdido ellos , y prometendose la mesma fortuna , aunque sin

iguales virtudes , la apresuraron , exponiendose , sin ningun recelo , con poco mas de diez mil hombres , contra vn Exercito , compuesto de treinta mil Infantes , y tres mil Cavallos , toda gente veterana , y que avia obtenido tan grandes Victorias. Luego que Alexandro se apoderò de Thebas , confirì la Junta de Aliados el castigo , que se debia dàr aquella Ciudad. Componiase esta de gran numero de Phocenses , y Beocianos , à quienes las antiguas discordias , que avian tenido con Thebas , no podian dexar de persuadir à su entera ruina , sin la qual no les parecia quedaba satisfecho su odio , ni seguros ellos , si Thebas subsistia. Determinòse , pues , que se demolieffen los Muros , y los Edificios , y que se repartiessen sus Tierras entre los vencedores , à voluntad del Rey. De esta fuerte aquella Ilustre Ciudad , que en vn solo dia ( por decirlo asì ) llegó en medio de la Grecia , al vltimo colmo de felicidad , y grandeza , y que podia vanagloriarse de aver producido , no solamente esclarecidos Varones , sino tambien Dioses , pereciò en otro , despues de aver florecido por espacio de casi ochocientos años , aviendo corrido tantos desde el Oraculo de los Cuervos ; porque expelidos antiguamente los de Beocia por los Thraces , y por los Pelagianos , tuvieron por respuesta del Oraculo: *Que passados quatro siglos bolverian à su Patria , y que durante estos , permaneciesen en el lugar donde viesse vnos Cuervos blancos.* Aviendo arribado à

Thef-

Diodor.  
17. 10.  
Pausan.  
lib. 9.

Diodor.  
17. 9.  
Julian.in  
Caesar.

Arrian.  
3. 26. 14  
17. 24.  
Iust. 11.  
11. 3. 31.

Diodor.  
17. 14.  
Plutarc.  
cap. 10.

Iust. 11.  
4. 4.  
Eschines  
contra  
Crisp.  
Dinarch.  
contra  
Demost.  
Agatarc.  
apud  
Plotium.  
Diodor.  
19. 51.  
Strab. 1.  
9.  
Callect.  
ant. Text.  
zes Chilk  
7. 102.



Theffalia, cerca de la Ciudad de Arne, tomaron asiento donde vieron vnos Cuervos blancos, que los muchachos avian hecho con hieffo. Fue, pues, arruinada la Ciudad de Thebas à son de flauta, como lo avia sido Athenas por Lyfandro, sesenta años antes. Sin embargo mandò Alexandro, que se preservassen los Templos, y los demás Lugares Sagrados, poniendo gran cuidado en que, ni del descuido, ni de la codicia, les resultasse daño alguno. A cuya reverencia le obligaba, demás de el gran respecto, que tenia à los Dioses, el aver participado poco antes de la tempestad, que sobrevino à algunos Soldados, intentando robar el Templo de los Fabiroses, à la entrada de la Ciudad; los quales quedaron consumidos, por los rayos, que arrojò sobre ellos. Tampoco permitiò se llagasse à las Estatuas, erigidas à los Dioses, y à los hombres ilustres en los lugares publicos, debaxo de cuyas vestiduras se refiere, que muchos habitantes ocultaron, mientras durò el despojo, sus riquezas, y que estas se hallaron veinte años despues, quando Casandro, hijo de Antipatro, reedificò à Thebas, mas que por la compafsion à que movian los fugitivos de esta Ciudad (como creen algunos) por obscurecer, en alguna manera con esta accion, la gloria de Alexandro, à quien aborreciò siempre. Pero aunque reparò las Murallas de esta Ciudad, no restableciò, ni las costumbres, ni la antigua fortuna. Con que no solo no quedò

en estado de florecer, como antes; pero ni aun assegurada de la variedad de infortunios, que padeciò, y fin que pudiesse nunca, hasta nuestros tiempos passar, ni en la forma, ni en la apariencia de vna mediana Ciudad. Tambien se refiere, que Alexandro se arrepintiò despues de averla arruinado; porque reconociò, que con su desolacion avia arrancado vn ojo à la Grecia. A lo menos es fin duda, que atribuyò la muerte de Clito, y la pertinacia, y desaliento con que rehusaron los Macedones continuar la conquista de la India, à castigo de Bacho, por averle destruido su Patria; asì como tambien à el otros, la muerte de este Principe procedia de vn exceso en el vino. Executado esto, embiò à decir a los Athe nienfes: *Que le entregassen los Oradores, que continuamente los persuadian, y alentaban à conspirar contra los Macedones; porque de no hazerlo, experimentaria su atrevimiento igual castigo, al que se avia executado en los Thebanos.* Aviendo Phocion, de quien hazia gran veneracion el Pueblo, por la integridad de su vida, manifestado: *Que no era justo irritar à vn Principe mozo, y vencedor, y exortado à los que reparaban en el peligro, à que en generosa imitacion de las hijas de Lee, y de Hyacintha, debian sacrificar sus vidas por la conservacion de su Patria.* Demosthenes à quien con especialidad pedia pedia Alexandro, se levantò, y dixo: *Que se engañaban si creian preservarse del peligro, que amenazaba à todos, con la rendicion de algunos: y que tuviesfen por cierto, que los Macedones*

Plutarc.  
en la vi-  
da de  
Demost.  
cap. 53.  
Strab.lib.  
9.  
Euvil.  
Græcia.  
Agathar.  
apud  
Pforb.

Plutarc.  
cap. 21.  
Arr. 4. 2.  
13.  
Diodor.  
17. 15.  
Arriano.  
1. 4. 29.  
Plutarc.  
en la vi-  
da de  
Phoc.  
cap. 14.

Plutarc.  
en la vi-  
da de  
Demost.  
cap. 53.

Plutarc.  
Lysarc.  
cap. 28.  
Suida. ex  
Polyb. 6.  
5. 10.  
Paus.lib.  
25.

Plutarc.  
34. 8. 15.  
Athen. 1.  
15.  
Euvil.  
Græcia.  
Diodor.  
19. 53.  
Paul. lib.  
2.



pedian astutos, con especialidad aquellos, cuyo valor, y virtud les eran contrarios, y odiosos, para poder, ausentes los Protectores de la libertad publica, entrar en la Ciudad, desamparada de todo socorro, no de otra suerte, que los lobos en un rebaño de ganado, quando està sin perros que le guarden. Mal podia esperar Demosthenes de su proceder con los Macedones, gracia alguna de ellos. Persuadiò despues de la muerte de Philipo, que se edificasse vna Capilla, en honor de Pausanias; que se diessen gracias à los Dioses, y que se executasse todo quanto se acostumbra en un regocijo publico. Llamò à Alexandro vnas vezes Niño, y otras Margites, para denotar, que era Principe sin juicio, ni gobierno, y ganado por el oro de los Persas, fuè acha encendida, ò trompeta de todas las Guerras, que los Griegos emprehendieron contra Alexandro, y contra Philipo, solicitando descubiertamente à Attalo, el mayor enemigo de Alexandro, para que le declarasse la Guerra; à cuyo fin le prometì la alianza, y el socorro de los Athenienses. Por otra parte no le avia ofendido con menores deservicios, y vltrages la Ciudad de Athenas, pues hizo derribar todas las Estatuas de Philipo, y que la materia de ellas sirviesse à empleos viles, y baxos; asì como el Pueblo, el qual mudable, y poco atento à lo venidero, cometì con el desafuero que suele, à persuasion de algunos sediciosos, todas las indignidades de que es capaz. Pero entre quanto obraron los Athenienses, con

desprecio, y sobervia, nada llegò à sentir tanto Alexandro, como el afecto que mostraron à los Thebanos, aviendo admitido en su Ciudad à todos los que pudieron salvarse de las ruinas de su Patria, contra orden expresa suya, y testificado, con gran dolor de su perdida, que en mayor credito de la tristeza publica, transfirieron la solemnidad de las Fiestas, que todos los años celebraban, con particular devocion, en honor de Baco. Sin embargo, ocupando todo su animo el deseo de la Guerra de Persia, tuvo por mejor perdonar à los Griegos los agravios, que le avian hecho, que continuar en la vengança; por lo qual, avien-dole pedido Demades, de quien hizo gran estimacion Philipo, en nombre de la Ciudad perdon; se le concediò, con calidad, que Demosthenes, Licurgo, y todos los demàs, que avia pedido, fuesen retenidos, y solo saliesse desterrado Caridemo; el qual, aviendole pasado à los Persas, les fuè por algunos años de considerable provecho, hasta que por vltimo diò ocasion su demasiada libertad à Dario, para que le mandasse quitar la vida. Abandonaron tambien otros Athenienses de consideracion la Ciudad, por el odio que tenian al Rey, y se retiraron à los Estados enemigos, donde no dieron poco que hazer à los Macedones. Concluidas estas cosas, no quedò en la Grecia quien se atreviesse à fiar en sus fuerças, viendo la ruina de los Thebanos, cuyos Soldados, armados de pesadas Armas,

Eschines  
contra  
Ctesiph.

Iust. 11.  
3. 4.  
Suidas  
Plut. en  
la vida de  
Demost.  
cap. 31.  
Erasim. in  
Adag. in  
Marg.

Curtio  
6. 9.  
Diodor.  
175.  
Diodor.  
orat. 38.

Eschines  
contra.  
Ctesiph.  
Pausan.  
lib. 6.  
Plutarc.  
cap. 19.  
y en la  
vida de  
Camilo  
cap. 31.  
Diodor.  
17. 35.  
Demost.  
cap. 37.  
Plat. 10.  
orat. 7.  
8. 9.  
Demost.  
epist. 3.  
Arrian.  
1. 13. 31.  
Iust. 11.  
4. 12.  
Dysnarce.  
contra  
Demost.  
Curt. 3.  
2. Diod.  
17. 25.  
Curt. 3.  
13. 15.

Diodor.  
orat. 64.  
Frontin.  
5. 4. 5.



mas, estaban en tan gran reputacion hasta entonces, ni quien asegurasse las fortificaciones de Ciudad alguna, aviendo experimentado la pérdida de Leucadia, cuyos habitantes, sobervios por la situacion de su Ciudad, y por la cantidad de Viveres, de que avian hecho provisión, para tolerar vn largo sitio, rindió el Rey por hambre; porque despues de averse apoderado de las Plazas cercanas, dexó que se retirassen los habitantes à Leocadia, cuya multitud, aumentandose mas cada dia, consumió tan grandes provisiones. En esta fazon le llegaron Embaxadores del Peloponeso à dár la enhorabuena de las Victorias, que avia obtenido de los Barbaros, y de aver castigado la insolencia, y temeridad de algunos Griegos. Los Arcades, que avian empezado à hazer algunos movimientos, por dár socorro à los Thebanos, le aseguraron aver condenado à muerte à los que avian sido autores de aquel desvario. Los Eleos representaron: *Que aviendo entendido eran gratos à Alexandro los que estaban desterrados, los avian restituído en obsequio suyo.* Y los Etolos se disculparon, con que no era mucho, que entre tan grandes alteraciones, como avia padecido la Grecia, huviesse incurrido ellos en alguna. Pero los Megarense provocaron à risa al Rey, y à los que le asistían, con tan nuevo genero de honor, como el que

manifestaron, diciendole: *Que en credito, y remuneracion del afecto, que tenia à los Griegos, y de los crecidos beneficios, que reconocian à su grandeza, le avian concedido por orden del Pueblo el derecho de Ciudadano en Megara.* Demostracion, que admitió gustoso Alexandro, quando supo, *que solo se avia hecho con Hercules.* Manifestó à todos los demás el anhelo, con que deseaba el reposo, y conservacion de la Grecia, y que esperando, que en adelante se abstendrian de fomentar novedades, y perturbaciones, les perdonaba los delitos passados; pero hallandose poco seguro de los Spartanos, restituyó à Mesena los hijos de Philias, que estaban desterrados. Dió à Cheron, à Pellene, Ciudad de los Acheos, y puso personas de su confianza en Sicyone, y en las demás Ciudades del Peloponeso, que observassen mas inmediatamente el proceder, y los intentos de los Lacedemonios. Empleó en la perfeccion de tan considerables disposiciones pocos meses, en los quales puso fin à vna Guerra tan formidable, con menos trabajo, que el que pudiera aver costado otra de muy inferior consecuencia, confessando aver debido esta Victoria à su diligencia: Pues preguntandole, como pudo sujetar la Grecia? Respondió: *Que no dexando nada para el dia siguiente.*

)(S)(

Plutarc.  
de Monarch.  
cap. 2.  
Seneca,  
de ben.  
1. 15.

Demost.  
de Alex.  
ardere.  
Pausan.  
lib. 7.  
Capelin.  
Hist. Sacra,  
82  
exotica.  
Homeri  
Scholia.

Fin del Libro Primero.

LIBRO





## LIBRO SEGUNDO.

### CAPITULO PRIMERO.

*NOTICIA DEL DOMINIO DE LOS PERSAS HASTA el tiempo de Alexandro; desprecianle los Persas, y poco despues le temen; disponense a la Guerra; singularidades del Monte Ida; diversas hazañas de Alexandro.*



ALLABASE por este tiempo Rey de los Persas Dario, elevado al Trono, poco antes de la muerte de Phi-

lipo, por la destreza, y disposicion de cierto Eunuchos, llamado Bagoas; el qual, muerto Ocho, y Arses, su hijo, y extinguida toda la Estirpe Real, no pudiendo asegurar en si la Corona, procurò ponerla, en quien obligado de tan considerable beneficio, se le remunerasse, dandole estimacion, y manejo en el Gobierno. Ni el concepto, que tenian de Dario los Pueblos, repugnaba la colocacion de esta fortuna, ni su parentesco en la Casa Real, atrañaba el logro de ella; porque Osthanes, tio de Ocho, era Padre de Arsanes, y Arsanes de Codrmano, cuyo nombre tuvo Dario, mientras fuè persona privada, hasta que colocado en el Trono de Cyro, le mudò en el de Dario, siguiendo el estilo de los Persas. Su destreza militar, su valor, y virtud avian dado largas

experiencias, para que se tuviesse del el apreciable concepto en que estaba, aviendo vencido en vn desafio al mas esforçado de los Enemigos, que retò al que lo fuesse del Partido contrario, mientras Ocho hazia la Guerra à los Caducios. Fuè, segun el orden de los Reyes, desde Cyro, Fundador de este Imperio el dezimo; porque Ocho sucediò à Artaxerges, su Padre; Artaxerges à Dario, à quien Artaxerges, hijo de Xerges, dexò el Reyno; y Xerges le recibì de Dario, su Padre. Dario fuè hijo de Histaspes, el qual extinguida en Cambyses la Casa de Cyro, empuñò el Cetro, quitandosele à los Magos, por medio de vna conspiracion de siete Grandes Señores de la Persia. Permaneciò glorioso el Imperio de los Persas en el Reynado de estos Principes, casi por espacio de docientos y treinta años, en quanto aquella Nacion, que en sus valerosos principios ignoraba las delicias, combatia por la libertad, por la gloria, y por el po-

Diodor.  
17. 17.  
Diodor.  
17. 5.  
Arr. 2. 3.  
28.  
Curt. 6.  
3. 12.  
Strab. fin  
lib.

Schalig.  
emmen-  
dar. tem-  
por. 1. 6.  
Curt. 4.  
1. 10.  
Iust. 10.  
3. 3.  
Sleidan.  
lib. 1. de  
4. Mon.  
Schalig.  
lib. 6. de  
emmen-  
dar. tem-  
por.  
Scubert.  
lib. 2. de  
scrupul.  
Chron.  
Herod.  
3. 70.  
Iust. 1. 2.  
12.



poder. Pero despues, que empezó à despreciarla, creyendo aver alcançado la recompensa de su virtud, tambien à perder el vigor, y las fuerças, conservandose mas que por ellas, por el credito de su poder, que le avian adquirido sus antecessores; y poniendo toda su esperança en la grandeza de sus riquezas, con quienes no experimentò mas felices sucesos contra los Griegos, que con sus Armas. Por vltimo, viendo quan invtiles eran los medios del oro solos contra la fuerça de Alexandro, y que hallandose destituidos de todos los socorros estraños, debian oponerse por sí à poder tan formidable, les precisò la necesidad à hazer algunos esfuerços; los quales fueron tambien invtiles, pues teniendo los tan abatidos sus delicias, y flaqueza, no pudieron oponerse al impetu de su decadente fortuna. Pero como de la manera, que es poderosa la necesidad à despertar el espiritu, y valor, lo es tambien la abundancia, y riquezas, à originar la viciosa superfluidad, y la afeminada flaqueza, luego que supieron la muerte de Philipo; cuya felicidad, y disposiciones, los avia tenido amedrentados, empezaron à perder el temor, y à despreciar el nombre, y la juventud de Alexandro, juzgando se tendria por feliz, si le dexaban passar libremente por las Murallas de Pelle. Mas quando se dilatò à ellos la fama de su valor, y de sus Victorias, no dexò de causarles cuidado este juvenil Principe, à quien avian despreciado an-

Xenoph.  
lib. 1.

Arriano  
lib. 1.

Plutarc.  
en la vida de  
Agefilc.  
24. y en  
la vida  
de Artaxerxes,  
cap. 30.  
Diodor.  
37. 7.

Eschines  
contra  
Crifiph.

tes, pues passaron à hazer, con la mayor aplicacion, todas las prevenciones, que pedia tan dilatada, y cruel Guerra. Avian reconocido en las Batallas antecedentes, quan invtiles eran para resistir à los Europeos, los Soldados Asiaticos; y así, despacharon à la Grecia personas, que alistassen cinquenta mil hombres de la mas vigorosa juventud, con orden de que los mandasse Menon Rhodio, cuya fidelidad, y valor avian experimentado en muchas ocasiones, dandose la tambien para que se apoderasse de Cyrico, y que desde alli passasse à largas jornadas, por la parte de Phrigia, que confina con Troas, y llegasse al Monte Ida: el qual acredita bien en lo natural de su sitio, el nombre que tiene, que es el que imponian los Antiguos à todos los Lugares, à quienes haze vmbrosos la espesura de los Arboles. Descuellase este Monte con elevacion mayor, que todos los demás, que miran àzia el Helesponto, en el qual se ofrece vna Caberna, à quien han grangeado gran veneracion, y credito las Fabulas; las quales refieren fuè en ella donde Paris reconociò la hermosura de las tres Diosas, y pronunciò el juicio, que hizo de ella, quando expuesto por orden de su Padre, subió al Monte Ida. A que añaden, que este Monte fuè Patria de los Ideos Dactylos, los quales debieron à la instruccion de Cybelle ser los primeros, que descubrieron el uso del hierro, y manifestaron al Mundo este Metal, por quien

Curt. 5.  
11. 5.  
Curt. 34  
1. 2.

Diodor.  
17. 9.

Pausan.  
lib. 3. 2.

Diodora  
17. 7.



no sin razon se puede dudar , si fuè mayor el beneficio , que para alivio de su preciso trabajo , hallaron en èl los hombres , que el perjuicio , que padecen sus vidas de los vehementes instrumentos , que de èl forma su mismo furor. Refiere-se tambien otra maravilla de este Monte , qual es : *Que los Vientos , que corren en la parte inferior de èl , quando se acerca la Canicula , son tan impetuosos , como tranquilo el Ayre en su cumbre , que aun siendo muy de noche , se vè alli el Sol , no en forma de globo , sino esparcido en amplissima latitud , que despues de aver abrasado vna , y otra parte de el Monte , como dividido en muchas porciones de fuego , se vè viniendo poco à poco , que quando el dia se acerca , no queda de mas tamaño , que el que pueden contener dos yugadas de tierra ; y que poco despues buelue à tomar su forma ordinaria , y à seguir su regular curso. Tengo por cierto , que se manifiesta este falso milagro , quando la imagen , aunque imperfecta del Sol , levantandose se estiende por el Ayre , que està estrechado con el hielo de la noche , y no agitado de los Vientos , hasta que disipandose por la fuerça del calor , dexa vèr libremente aquel Astro en su estado ordinario ; porque luego , que se serena el Ayre , penetran facilmente los rayos , embarazando el hazerlo con tanta actividad , mientras està constreñido , y que como recibidos en vn Espejo , los estiende , y dilata con aumento de luz. Corre el Territorio de Cyfico , sobre las faldas del Monte Ida , àzia la Propontide , cuya Ciudad està fundada en medio de vna*

mediana Isla , que confina con la tierra firme , por medio de dos Puentes. No passò à esta empreña Alexandro hasta algo despues , hallandose en la Mar mientras esta jornada de Memnon ; el qual , aunque acometiò inopinadamente à Cyfico , se defendieron , y le rechazaron con tan gran valor los habitantes , que aviendo podido tomar la Ciudad , se contentò con robar solo el Territorio , en que hizo considerable pressa. No se descuidaban tampoco por su parte los Capitanes Macedones ; porque Parmenion tomò la Ciudad de Grynio en la Eolia , y reduxo à servidumbre à todos los habitantes ; y aviendo passado el Gayco , puso sitio à Pinate , Ciudad rica , è importante , por los dos Puertos que tiene , para recibir Tropas de la Europa ; pero la llegada de Memnon le obligò à que le levantassee. Calas , que hazia la Guerra en Troas , con corto numero de Macedones , y Tropas mercenarias , presentò la Batalla à los Persas ; si bien , reconociendo la inferioridad de estas , al crecido numero de los Enemigos , se retirò à Rheteo.

## CAPITULO II.

*Manifiesta Alexandro , que es preciso hazer Guerra à los Persas.*

EN tanto Alexandro , aviendo buuelto à Macedonia , despues de aver proveido lo que convenia en las cosas de la Grecia , tuvo Consejo con sus mas Familia-

E res,

Diodor.  
17. 7.  
Plin. 34.  
14.

Lue. 5.  
662.  
Mela 1.  
18.

Strabon.  
lib. 15.

Diodo.  
17. 7.

Plin. 5.  
22. 2.



Diodor.  
17.1. 9. 29.  
com. in  
Curt. 10.  
7. 2.

res, para conferir lo que se debia executar, y huír antes de dár principio à vna Guerra de esta consecuencia. Antipatro, y Parmenion, que por sus años, y autoridad eran mas atendidos, le representaron: Que no debia exponer con su Persona el bien vniversal de todos, à la incertidumbre de la fortuna, sino esperar à que tuviessse sucession; con la qual, assegurada la Paz, y la esperança del Estado, podria loablemente solicitar su acrecentamiento. Y à la verdad, no avia quedado persona alguna de la sangre de Philipo, que fuesse digna de la Corona; porque los hijos de Cleopatra eran muertos por orden de Olimpias, y Arideo defau-torizaria el Trono, por su corto talento, y juicio, y por el mal credito de su Madre. Pero el Rey, que llevaba con impaciencia el reposo, y solo apetecia la Guerra, y el honor, que esperaba adquirir de la Victoria: Verdaderamente (les dice) que vosotros, como Varones buenos, y amantes de la Patria, os desvelais justamente por el bien de ella. Que la empreffa sea ardua, quien podrá negarlo? Ni tampoco, que si despues de aver dado principio à ella, la condena el su-cesso, no avrà arrepentimiento, que sea suficiente à reparar su yerro. Por tanto, antes de desplegar las velas, debèmos premeditar, si nos estará mejor empe-ñarnos en esta jornada, ò quedarnos en el Puerto; porque entregados vna vez à los vientos, y à las hondas, yà nuestro curso depende de su arbitrio, è inconstancia. Por lo qual no llevo mal, que vuestro dictamen se oponga al mio, antes por el contrario estimo vuestra libertad, y os ruego la conserveis, y voteis

con ella en quanto os propusiere; siendo cierto, que ningunos Ministros son mas merecedores del titulo de amigos de su Rey, como los que anteponen en lo que le representan, à su venebolencia, y gracia, su interès, y gloria; y que no aconsejan, sino engañan, los que persuaden lo que por si no obrarian. Por lo que mira à mis interèsses, haziendoos partícipes de mis disignios, debo asseguraros, que nada, me parece puede ser de mayor perjuicio à su prosperidad, como la lentitud, y retardacion. Serà justo, que despues de aver reprimido los Barbaros, vezinos de Macedonia, y sosssegado todas las inquietudes de los Griegos, dexènos perder, en la ociosidad, y el reposo vn Exercito tan formidable? O serà mas razon, que passe à las opulentas Tierras del Asia, possèidas en otro tiempo de su esperança, y esperadas el dia de oy de su anbelo, à gozar en el despojo de los Persas el premio de los trabajos, que por tan dilatado tiempo ha tolerado en el Reynado de mi Padre, y tres años despues en el mio? El Dominio de Dario està aun en sus principios, y à la muerte de Bagoas, à quien debe la Corona, dà bastante ocasion à los suyos, para que le tengan por ingrato, y cruel: vicios ambos suficientes à entibiar el amor, y la obediencia de los Vassallos mas leales à sus Principes, y à continuar contra ellos su odio. Mantendrémonos por ventura en sossiego, dando tiempo à que Dario establezca enteramente sus fuerças, y su poder, y à que despues de aver compuesto las cosas internas de su Reyno, dirija sus Armas contra Macedonia? Son grandes las recompensas, que logra la diligencia, y la promptitud, de quienes gozaràn nuestros Enemigos, si permanecèmos quietos; y no menores las consecuencias,

Zosinus,  
lib. 3.Curt. 6. 4.  
10.  
Diodor.  
11. 5.



cias, que resultan de las primeras impresiones, que en semejantes ocasiones se hacen en los animos, y estas las logra à favor suyo quien se anticipa. Porque à la verdad, no se adquiere en la quietud la honra, ni el credito de esforçados, y valerosos; antes por el contrario, se tiene por mas fuerte el que haze la Guerra, que el que se halla obligado à sufrirla. Pero con quanto riesgo de mi reputacion, y de mi gloria, burlaré yo la esperança de los que en la juventud, que me hallo, me han juzgado por digno del honor, que no alcançò mi Padre, en medio de sus grandes virtudes, y del merecido credito, que logró por ellas, sino poco tiempo antes de su muerte? Siendo cierto, que la Junta de los Griegos no nos ha concedido el mando, para que entrega los en Macedonia al reposo, y à los deleytes, nos olvidemos de las antiguas, y nuevas injurias, que ha padecido la Grecia, sino para que castigando el atrevimiento, y desprecio de averlas causado, quede con la mas cumplida satisfacion. Què dirè de las Naciones Griegas, que derramadas por el Asia, padecen la servidumbre insupportable de los Barbaros, que los oprimen? No os repetirè la ternura de los ruegos, ni la eficacia de las razones, con que Delio Ephesio ha abogado en su causa, pues no podeis dexar de tenerlos presentes. Luego que vieron nuestras Vánderas, atropellando valerosamente por todos los peligros, las siguieron, y se expusieron à ellos, à favor de sus protectores, contra sus iniquos, è inhumanos Señores. Pero como olvidando nuestro valor, y la flaqueza de nuestros Enemigos, detenemos la consideracion à estos socorros, contra Pueblos tan afeminados, que de vencerlos será mayor la afrenta, que la gloria que nos resulte, si con lentitud

lo hazemos? Aviendo passado al Asia en tiempo de nuestros Padres corto numero de Lacedemonios, fue vana la resistencia, que le hizo considerable numero de Enemigos. No pudieron evitar estos, que entrasse à sangre, y fuego por Phrygia, por Lybia, y por Paphlagonia; pues siempre, que intentaron oponerse à su esfuerço, quedaron deshechos, y tomando aquellos à su salvo, en su sangre, y en sus vidas, la satisfacion que deseaban; hasta que por ultimo, llamado Agesilao por los tumultos, que se levantaron en la Grecia, les diò tiempo para que se recobrassen del terror en que avian quedado. Algunos años antes, retirandose de lo mas interior de la Persia cerca de diez mil Griegos, sin provisiones, y sin Capitanes, abrieron por medio de los filos de su azero camino, para bolverse à su Patria, entre Naciones tan enemigas; y aunque en diferentes reencontratos procurò estorvarse lo aquel numeroso Exercito, con que el Rey de Persia acababa de disputar el Reyno contra Cyro, su hermano, y de quedar vencedor, en todos le desordenaron, y pusieron en fuga. Pues como nosotros, à quienes obedece toda la Grecia, sujeta por tantas Victorias, como las que avemos obtenido, aviendo triunfado en varias Batallas de sus mas célebres Pueblos, de quien se compone gran parte de nuestras Tropas, tememos al Asia, quando no ha podido evitar las considerables pérdidas, que la ha ocasionado la menor parte de los que hemos vencido? Hizieron tan grandes impresiones estas razones, y otras, que añadió à los de su Consejo, que se conformaron todos con su dictamen, y con especialidad Parmenion; el qual, en medio de aver insistido mas en

Plut. en la vidade Agesilao, cap. 8. y en las siguientes.

Xenoph. en la retirada de los roy. Griegos, lib. 2. y en los siguientes.

Plut. en la vidade Alex.



que se difiriese la Guerra, fue quien con mayor eficacia persuadiò à Alexandro à que diese brevemente principio à ella. Con que atendiendose solo à esta expedicion, hizo vn sacrificio à Jupiter Olympo, cerca de la Ciudad de Dio en Macedonia, dispuesto por Archelao, que Reynò despues de Perdicas, hijo de Alexandro: Mandò, que se hiziesen por nueve dias los Juegos Scenicos, en honor de las nueve Musas; y celebrados estos, tuvo vn esplendido Banquete, en Tienda dispuesta magnificamente para este fin, con mesa de cien cubiertos, en que comiò con sus Camaradas, con sus Capitanes, y con los Embaxadores de las Ciudades. Ordenò tambien, que se distribuyessen por todo el Exercito victimas, y que se hiziesen quantos regocijos pudiesen conducir à la celebridad de aquel dia, destinado al regocijo publico, y fuesen felizes auspicios de la Guerra, que se emprendia.

## CAPITULO III.

*Passa à Persia con su Exercito; dexa à Antipatro por Governador en Macedonia; dà todo su Patrimonio, sin reservar para si mas, que la esperança; llega en veinte dias à las Riberas del Helesponto; descripcion de las Tierras cercanas à el.*

Arrian.  
1. 4. 3.  
Plutarc.  
cap. 23.  
y de la  
fort. de  
Alex. 1.  
3.

**D**ISPUESTAS enteramente sus Tropas, passò Alexandro al Asia al principio de la Prima-

vera, con vn Exercito, mas considerable por el valor, que por el numero. Conducia Parmenion treinta mil Infantes, entre quienes avia trece mil Macedonios, y cinco mil Soldados Mercenarios, componiendose el resto de los que avian embiado los Aliados para esta Guerra. Los Illirios, los Thracas, y los Triballos seguian estas Tropas, hasta en numero de cinco mil hombres, y sin ellos mil flecheros Agrianos. Philotas gobernaba la Cavalleria, compuesta de mil y ochocientos Cavallos, y Calas la de Theffalia; de la Grecia solo avian venido seiscientos Cavallos, cuyo mando diò Alexandro à Erigyo, à cuya frente estaba Casandro con novecientos Corredores Thracas, y Peonienes. No dificultò Alexandro acometer con este Exercito, sin mas viveres, que los precisos para veinte dias, contra multitud infinita de Barbaros, fiandose en el valor de su Gente, acostumbrada à obtener Victorias, con quienes se mostraban por su esfuerço, y experiencias invencibles à todo genero de Enemigos, por grandes, y numerosos que fuesen. Pero ordenò antes à Antipatro, à quien dexò gobernando à Macedonia con doce mil Infantes, y mil y quinientos Cavallos, que hiziese levas en la Europa, para renovar sus Tropas, y tener siempre Gente prompta, que reparasse las pérdidas, que podian causar en su Exercito los combates, ò las enfermedades. Antes de desembarcarse distribuyò entre sus Camaradas quan-

Iust. 114.  
6. 2.  
Polyb.  
12. 10.  
Liv. 9.  
19. 4. y  
42. 5.

Front. 4.  
1. 4.  
Paneeg.  
de Constant.

Diodor.  
17. 7.

Curt. 6.  
Plutarc.  
9. 21.  
cap. 25.  
de la fortuna de  
Alexandro 1. 3.  
1. 24.  
Curt. 3.  
15. 33.  
27.

quan-



Arrian. quanto podia darles, sin perjui-  
 1. 4. 3. cio de su gloria, y de la Magestad  
 Diodor. del Imperio; y solo reservò para  
 17. 17. si la esperança, como lo diò à en-  
 Curtio, tender, escusandose Perdicas de  
 lib. 1. 9. admitir las mercedes, que le hizo;  
 pues preguntandole este: *Què dexa-  
 ba para si, si lo daba todo?* Le respon-  
 diò: *Que la esperança.* A que Perdi-  
 cas le replicò inmediatamente:

Iust. 11. *Que tambien tendria parte en ella, pues*  
 5. 5. *peleaban debaxo de sus Vanderas;* pero  
 Plut. cap. fueron pocos los que le imitaron,  
 23. y de la fortuna de  
 na de Alexan-  
 dro 24.

Marcel. diò con razon: *Que en sus Amigos.*  
 25. 14. Y à la verdad, no era defacorda-  
 da la distribucion, que hazia de  
 sus riquezas, pues librando al  
 riesgo sus mas considerables in-  
 teresses, las adquiria con ventaj-  
 osas creces, si quedaba vencedor,  
 y si vencido, enagenado tambien  
 de aquellas. Con estas magnani-  
 mas liberalidades aumentò el va-  
 lor de los suyos, tuvo mas promp-  
 ta, y dispuesta su obediencia, y  
 se conciliò su amor, à cuyo im-  
 pulso solicitaban, con el mayor an-  
 helo, la grandeza de su fortuna;  
 pero desapropiado de las tierras,  
 de las heredades, y de las rentas,  
 cuyos productos no eran cobra-  
 bles en algun tiempo, se hallò  
 muy cercano à quedar reducido  
 à la vltima necesidad, no avien-  
 do separado mas, que alguna por-  
 cion de dinero para los gastos de  
 la Guerra, la qual por corta se ad-  
 ministrò mejor. Porque muerto  
 Arriano Philipo, solo se hallaron en su Era-  
 7. 2. 15. rio quinientos talentos de plata  
 Curt. 10. en moneda, que era el valor de

sus deudas, y alguna corta porcion  
 de Vasos de oro, y de plata; pues  
 aunque es cierto, que debió el  
 Reyno de Macedonia à este Prin-  
 cipe la grandeza, y el poder en  
 que estaba, y que se descubrie-  
 ron en su tiempo ciertas minas de  
 oro, cerca de la Ciudad de Creni-  
 des, à quienes hizo llamar de su  
 nombre Philippicas, las quales le  
 valian todos los años mil talentos;  
 tambien lo es, que consumió su  
 Erario, asì por su liberalidad, co-  
 mo por las continuas Guerras, que  
 mantuvo, y por los considerables  
 gastos, que hizo para restablecer,  
 y reparar la Macedonia, la qual se  
 hallaba en suma pobreza al prin-  
 cipio de su Reynado, y èl nada  
 rico por si; pues se refiere, que  
 aun ocupando el Tromo, siempre  
 que iba à acostarse hazia poner  
 debaxo de la almohada vna copa  
 de oro, que tenia del peso de casi  
 cinquenta dragmas. Su hijo, pues,  
 en medio de aver aumentado los  
 empeños de su Padre, con el que  
 nuevamente hizo de ochocientos  
 talentos, de quienes apenas le avia  
 quedado la decima parte, mantu-  
 vo la Guerra contra el Rey de Per-  
 sia, debaxo de cuya cabecera le  
 ponian, mientras dormia, cincomil  
 talentos de oro, y debaxo de cu-  
 yos pies tres mil de plata. Refie-  
 rese, que Alexandro partiò à son-  
 de la flauta de Timotheo, con su  
 mo gusto de todos sus Soldados,  
 los quales se prometian, como en  
 seguro botin, las riquezas de los  
 Barbaros, contra quienes marcha-  
 ban; y asì, aviendo entrado en  
 Strimon, por vn Lago donde esta-

Plutarc.  
 cap. 32.  
 y de la  
 fortuna  
 de Ale-  
 xandro  
 2. 3. y 24.  
 24.  
 Diodor.  
 16. 8.

Athena  
 12. 24

Arriano  
 7. 2. 15.  
 Plutarc.  
 cap. 23.  
 y de la  
 fort. de  
 Alex. 14.  
 3. y 24.  
 24.



Simerius  
apud  
Plocium

Iust. 11.  
8. 8.  
Arriano  
1. 4. 3.

Arriano  
7. 15.  
Iust. 11.  
6.

OttoFri-  
fig. 2.  
25.

Diod. 17  
25 Plut.  
in Xoras  
8. 9. y  
9. 1.  
Arriano  
1. 4. 4.

ban sus Baxeles, à quien los Natures llaman Cercinite, del nombre de vna Montaña vezina, passò primero à Anphipoli, y de alli à la entrada del Strymon, à quien aviendo atravesado, tomò à vista del Monte el camino, que vâ à Abdera, y à Maronea, con animo de seguir siempre la Ribera, para socorrer sus Baxeles, que se andaban tierra à tierra, por si los Persas, hallandose Señores del Mar, intentassen acometerlos. A la verdad, la Armada de Alexandro era inferior à la de los Enemigos, los quales la tenian muy numerosa de Baxeles de Chipre, y de Phenicia, y con la ventaja, que les daba su grande experiencia en las cosas maritimas; porque aunque Macedonia avia poco antes procurado apoderarse del dominio del Mar, nunca pudo aumentar sus Velas, respecto de la escasez, y reserva con que se las ministraban los Aliados, no aviendola contribuido los Athenienses mas que con veinte, à persuusion de sus Oradores; los quales les representaron, *se asseguraban assi del riesgo, de que se convirtiesse, contra ellos mismos.* De estos Lugares se encaminò al Rio Hebro, y aviendole passado sin dificultad, entrò en Petica, Region de la Thracia, de donde despues de aver passado otro Rio, à quien llaman Melanc, llegò à los veinte dias de aver partido de Macedonia à la Ciudad de Seston, que mira al Helesponto, y cuya fundacion es en los vltimos terminos de la Tierra-Firme, donde separa vn estrecho de Mar à

Afsia de Europa; porque la Macedonia, vnida à Thracia, tocarà con Afsia, por medio de dos Puentes, que se estienenden àzia el Oriente, si el Mar no la dividiesse. Està el Helesponto al lado derecho, y mas adelante el Bosphoro de Thracia, el qual separa à Visancio de Chalcedonia la Propontide, comprendida en estos estrechos; empieza à dilatarse hasta Bithinia, y despues la Phrygia, y la Lydia à mayor distancia del Mar. Descubrense, corriendo mas adelante, Regiones de admirable fertilidad, à quienes habitan Pueblos ricos. Ocupan las que miran à la Thracia, y à la Grecia, los Helespontos, y las mas distantes los Troyanos, bien conocidos por sus infortunios. Debaxo de ellos se estienenden à lo largo de las Fronteras de la Lydia, la Eolia, y la Jonia; luego la Caria, que vnida à la Dorida, y cercada la mayor parte del Mar, tiene por de dentro no menor circuito. Ofrecense, no distantes de estas Tierras, Islas famosas, Lesbos, Chio, Samos, Rhodas, y otras muchas, à quienes hizieron cèlebres los monumentos de los Griegos, cuyas Colonias, embiadas antiguamente de la Grecia, y de quienes se conservaban algunos aun entonces, se avian apoderado, y mantenido Dueños de aquellas Tierras, hasta que aviendolas sujetado los Reyes de Persia, y sus Satrapas, quedò convertida en servidumbre su antigua libertad. Luego que Alexandro llegò à Sesto, embiò la mayor parte de sus Tropas à Abydo, de la

otra



Arriano  
14. 4.  
Curt. 7.  
1. 2. 2.  
4. 13.  
Arrian.  
1. 4. 6.  
Herod.  
9. 5.  
Pausan.  
lib. 1. y  
7. Phil.  
Heroic.

otra parte de la Ribera, debaxo de el mando de Parmenion; y avien-  
dolas reforçado con sesenta Baxe-  
les de Guerra, y otros muchos de  
carga, passò con el resto à Eleun-  
te, consagrado à Protefilao; cuyo  
Sepulcro està debaxo de vn pe-  
queño Collado de hermosos Ol-  
mos, y de tan estraña particulari-  
dad, como la que se observa en las  
hojas, que brotan sus ramos; pues  
conservando su verdor todas, solo  
le pierden, y caen marchitas lue-  
go, que nacen las que miran à la  
parte de Troya, como en memo-  
ria de la funesta aventura de este  
Heroe, que passò al Afsia con los  
Griegos, en lo mas florido de su  
edad, y fuè la primera victima de  
los Troyanos. Hizole Alexandro  
sacrificios funerales, y pidió le permi-  
tiesse su entrada con mas felices auspicios,  
que los que el avia tenido en la suya. Pas-  
sò de alli con cinquenta Naos lar-  
gas à Sigeo, y viò aquel Puerto,  
à quien hizo cèlebre la Flota, que  
arribò à el de los Griegos, en oca-  
sion de la Guerra de Troya. Sul-  
cando yà por medio de las Hondas  
del Helesponto, siendo el mismo  
Piloto de la Nao, que le conducia,  
sacrificò al Toro, à Neptuno, y à  
las Nereidas, y arrojò al Mar, co-  
mo por ofrenda à los Dioses Ma-  
rinos, el vaso de oro, con que avia  
sacrificado. Luego que arribò al  
Puerto, disparò vn Dardo à la Ri-  
bera, y saltò à tierra el primero,  
poniendo à los Dioses por testigos, de que  
no pretendia apoderarse del Afsia, sino  
por medio de vna justa Guerra. Erigió  
despues Altares en honor de Ju-  
piter, defensor de Minerva, y de

Arrian.  
1. 6.

Diodor.  
17. 17.  
Arriano  
1. 4. 7.  
Plin. 1.  
30. 7.

Mela 1.  
18.  
Herod.  
7. 54.  
Diodor.  
17.  
Arrian.  
14. 8.

Iust. 11.  
5.

Strab. lib.  
3.

Hercules, ordenando tambien,  
que se levantassen en el lugar don-  
de avia descendido à tierra, y en  
el estrecho de donde se avia apar-  
tado de la Europa.

## CAPITULO IV.

*Honra el Sepulcro de Achilles; su  
marcha al Afsia; toma gran  
numero de Ciudades; consejo de  
los Satrapas; orgullo de Dario.*

DE esta suerte tomò su mar-  
cha por los Campos, don-  
de aun se conservaban vestigios de  
la antigua Ciudad de Troya. Ob-  
servando atentamente en ellos las  
memorias de tan heroicas obras,  
le ofreciò vno de sus habitantes  
la Lyra de Paris; à cuya promessa  
respondiò con desprecio, manifes-  
tando el poco caso, que hazia de vn fla-  
co vil instrumento de delicias, y la es-  
timacion con que admitia la Lyra de Achi-  
les; con cuya armoniosa cadencia hazia  
resonar las alabanzas de los Grandes  
Heroes, con la misma mano, que obra-  
ba las ilustres acciones, con que los ex-  
cedia. Fuè tan grande el aprecio,  
que mostrò de Achilles, de quien  
se gloriaba descender, que corriò  
desnudo, con todos los favoreci-  
dos, al rededor de su Sepulcro, le  
vngiò, y puso vna Corona. A cuya  
imitacion coronò tambien Ephes-  
tion el Sepulcro de Patroclo, por  
acreditar, que lograba en la gra-  
cia de Alexandro el mesmo lugar,  
que en la de Achilles tuvo Patro-  
clo. Entre las demàs glorias, que  
Alexandro ponderò de Achilles,  
fuè vna, la felicidad de aver logrado,  
mientras viviò, vn fiel, y verdadero Ami-

Plut. cap.  
24. y de  
la Hístor.  
de Alex.  
Elian. en  
la Hístor.  
Divin. 9.  
36.

Plutarc.  
cap. 24.  
Arrian.  
1. 4. 10.

Cic. por  
el Poeta  
Archias,  
y en la  
Epist. lib.  
12.

Vopiscus  
pro Po-  
bl.



go, y despues de su muerte, tan excelente Poeta, que celebrasse sus esclarecidas acciones. Hizo tambien sacrificios à los demàs Heroes, cuyos Sepulcros viò en esta Comarca. Sacrificò à Priamo, en el Altar de Jupiter Hercio, yà fuesse por aplacar sus Manes, aviendole muerto Pirrho, hijo de Achilles; ò yà por el parentesco, que creia tener con los Troyanos, por el casamiento de Neoptolemo con Andromache, viuda de Hector. Finalmente, hizo con particular devocion sacrificio à Minerva, en cuyo Templo colgò sus Armas, y tomò otras; las quales fuè fama, que se conservaban desde el tiempo de la Guerra de Troya. Hazjalas llevar à sus Armeros delante de su persona, como dadiva Divina, para sujetar el Afsia; y se refiere, que se las puso quando combatiò cerca de el Granico, contra los Satrapas. Porque demàs de preciarle de tener siempre las mejores, y de poner gran cuidado en su asseo, fuè mayor el que le debìò la conservacion de estas. Usaba de vn pequeño Escudo resplandeciente, de vn morrion, executado por Theophilo; y aunque de hierro, de tan gran primor, que se equivocaba con la mas fina plata. Adornabanle crecidas plumas de hermosura blanca, dispuestas en forma de penacho; la cota era de vna tela, reducida à muchas dobleces; el collar de hierro, pero cubierto de riquissima variedad de piedras; y la espada de vn temple, sin igual, cuyo precio aumentaba su ligereza, y facilidad para el manejo, sobre cuyas Armas solia ponerse cierto

genero de Habito Militar, à quien en aquel tiempo llamaban Sayo Siliciano. Pero de muchas de ellas no vsò hasta algunos años despues; porque la Cota de que se ha hecho memoria, se hallò entre los despojos de la Batalla, que presentò à Dario, cerca de la Ciudad de Yisso; y la Espada fuè dadiva de el Rey de los Cytreos, asì como de los Rhodios la Cota de Armas, que Helicon famoso, y celebrado Artifice entre los Antiguos, hizo con incomparable Artificio. Hame parecido referir aqui tales menudencias, en imitacion de los Antiguos Historiadores, los quales no desdennaron hazerlas lugar en sus Historias, pareciendoles no dexan de producir algun fruto, ni de servir en cierta manera de satisfacion, reducir à la memoria las palabras, y acciones de los Principes, las quales no deben omitirse por ligeras que sean. Lo cierto, es, que en los siglos figuientes se conservaron por muchos años, con gran veneracion, las Armas de Alexandro; y que las respetò de tal fuerte el tiempo, que vn General de los Romanos, despues de aver sujatado los Reynos, y las Regiones del Ponto, tuvo por el mayor ornamento de su triunfo la Cota de Armas de este Principe; y que otro, aviendo hecho fabricar vna Puente sobre el Mar, à imitacion de Dario, y de Xerges, hizo gran vanidad de adornarse de la Cota de Alexandro. Del Templo de Minerva tomò el camino à Arisbas, donde estaban acampados los Macedones, que avia embiado delan-

Appian.  
de bellis  
Mithrida-  
ticis.

Diodoro  
lib. 39.  
Zonar.  
tom. 2.  
Arrian.  
1. 5. 16.  
Strab. lib.  
13.



Strab. lib.  
13. r. 3.  
27.

te, debaxo del mando de Parmenion. El dia siguiente, aviendo passado à vista de Percote, y de Lampfico, siguiò la Ribera de el Rio Praccio, cuyo nacimiento tiene en el Monte Ida, desde donde corre entre las Tierras de Lampfico, y de Abydo; y desde alli, torciendo algo àzia el Septentrion, descendiende à la Propontide. De esta fuerte, aviendo dexado atrás à Hermoto, passò à Colonas, Ciudad de los Lampfacenos, situada à bastante distancia de la Mar; y despues de aver recibido todas estas Ciudades debaxo de su obediencia, y perdonado à los Lampfacenos, despachò à Panegoro, para que recibiesse la Ciudad de los Priapenos, cuyos habitantes estaban prompts à entregarla. En tanto, Amyntas, hijo de Arabeo, passò à reconocer el Campo, con quatro Companias de Cavallos, entre las quales iba vna de los Appolloniatas, que mandaba Socrates, por averse entendido, que los Enemigos se hallaban cerca, y con intento de llegar à las manos. Persuadiales Memnon, Capitan entre ellos del primer credito en el Arte Militar, à que se retirassen despues de aver talado, y destruido los Campos, y dexados en estado de que no pudiesen aprovecharse de sus frutos los Enemigos; à que pusiesse fuego en las Ciudades, y Villas, y à que por todas partes quedasse arida, y desierta la Tierra; con cuyo fin les representaba la falta de viveres, con que se hallaba el Exercito de Macedonia, su imposibilidad de mantenerse vn mes, sino de robos, y pillages; y que si se les quitaban las ocasio-

Arrian.  
1. 5. 27.

Curt. 34.  
3.

Diodor.  
17. 18.  
Arrian.  
1. 5. 19.

nes de hazerlos, se retirarian à muy breve tiempo, logrando ellos, por medio de tan corta pérdida, la libertad de toda el Asia. Que aunque no podia negar, que este remedio era riguroso, tampoco, que siendo tan inminente, y considerable el peligro de que estaban amenazados, pedía la prudencia se tolerassen los menores daños, à precio de evitar los mayores; no de otra suerte, que lo haze el diestro Medico, quando reconociendo en vn cuerpo humano el riesgo, de que se dilate à todo el, desde la parte infecta el daño, le procura atajar por medio del yerro. Que esta resolucion no era nueva en los Persas, pues la avia practicado el Rey Dario en su tiempo, talando los mismos Campos, y Ciudades, con el fin de impossibilitar la retirada à los Scythas, intentando la mesma empreña. Que considerassen el evidente peligro, à que exponian el todo de sus cosas, presentando la Batalla; por que arrojados los Persas de aquella Region, quedaria inmediatamente Alexandro Dueño de todo, y si Vencedores ellos, sin aumento, ni ganancia alguna. Que temiesse la Phalange Macedonica, contra cuyo formidable esfuerço seria inutil la resistencia de su Infanteria, aunque tan superior à ella en el numero. Que à esto se les llegaban las crecidas ventajas, que para la Victoria les daba la presencia de su Rey, à cuya vista son doblados los alientos, con que animados de la esperanza, è inflamados del honor, y de la gloria, combaten los Soldados, de cuyos poderosos impulsos se hallaban destituidos los Persas sin la asistencia de Dario; y finalmente, que no pudiendo ponerse en duda ser mas conveniente hazer la Guerra en Dominios estraños, que en los propios, lograrian esta ventaja, si admitiendo su consejo la passaban à Macedonia.

No

Comm. in  
Curt. 5.  
9. 3.  
Strab. lib.  
13.



E. 10.

Arr. 1. 5.

20.

Diodor.

17. 18.

Comm.

in Curt.

3. 2. 12.

Herod. 7.

150.

Plato in

Alcibiad

Eschines

contra

Cresiph.

No fue grato este dictamen à los demàs Capitanes, los quales decian: *Que quanto era conveniente à los intereses de Memnon Rhodio, el qual asseguraba con la duracion de la Guerra los grandes cargos, honores, y rentas de que le avia colmado el Rey, de tanta mas ignominia, y riesgo à los Persas, abandonar los Pueblos, que se avian fiado de ellos, y contravenir à los Ordenes, que tenían del Rey. El qual, sabida la partida de Alexandro de Macedonia, escribiò à todos sus Governadores, y Capitanes, ordenandoles, que azotes acordassen à aquel hijo de Philipo su edad, y estado, le pudiesen, en mayor desprecio de su temeridad, vna vestidura de color de purpura, y en castigo de ella, en prisiones, con vna cadena al cuello; que echassen à pique todos sus Baxeles, y Marineros; y que retirassen à los mas interiores Lugares del Mar Rojo sus Soldados. Tan ciego, y seguro del futuro successo le tenia su soberbia, y tan olvidado de su naturaleza, y de la instabilidad de las cosas humanas, blasonando arrogante descender de Jupiter, mas que por el origen, y nombre de los Persas, que deduce la antigua Fabula de Perseo, hijo suyo, por la grandeza, y poder en que se hallaba, con el qual presumia igualarsele. Avia escrito poco antes à los Athenienses, con no menor orgullo, y jactancia, manifestandoles el disgusto con que estaba, de que huviesen preferido la amistad de los Macedones à la suya, y destituyendolos de la esperança de sus socorros, y asistencias, por mas que las solicitasen,*

## CAPITULO V.

*Ardid de Alexandro, para ganar à Memnon, Capitan de los Persas; falso prodigio, con que anima à sus Soldados; passa el Granico; rompe à los Persas; y premia à los suyos, asì muertos, como vivos.*

**C**ONTINUANDO en el interin Alexandro su marcha, llegó à vnas Tierras, de que el Rey de Persia avia hecho merced à Memnon. Luego que lo supo, diò orden, para que no se hiziesse daño alguno en las casas, en los habitantes, ni en los frutos, que aun se conservaban en los Campos; procurando, por medio de esta artificiosa blandura, poner en sospecha aquel Capitan con los Enemigos, entre quienes era el vnico, que merecia este nombre, y à quien como tal deseaba llevarle à sí. Admirados algunos de los suyos, de que vsasse de esta benignidad con el mayor Enemigo de los Macedones, le dixeron: *Que ofrecian no causarle hostilidad alguna de las que lleva consigo la Guerra, mientras no le turviessen en su poder; pero que haziendole prisionero, le avian de dár muerte. Bien lexos de conformarse Alexandro con ellos, les respondiò: Que mas conveniente seria obligarle con beneficios, y hazer de vn Enemigo vn Amigo, que sabia serlo con la misma virtud, y valor, que mostraba entonces à favor de los Persas. Llegando à los Campos de Adrastea, por quienes passa, con suma rapidez el Grani-*

Polyn. 4.

3.

Curt. 3.

1. 12.

Temisth.

orat.

Strah. lib.

13.

Plutarc.

cap. 25.

Arriano

1. 5. 2.

co,



co, le traxeron algunos Soldados, de los que avia embiado con Hegeloco à reconocer el Campo, noticia de que estaban los Persas en forma de Batalla, de la otra parte del Rio. Detuvo-se algun tiempo, para conferir con sus Capitanes el modo de passarle; y aviendolos juntado, fuè la mayor parte de sentir: *Que era muy temeraria empresa la de intentar passar vn Rio tan rapido, y profundo, y cuya Ribera hazian igualmente impenetrable sus caudalosas bondas, que el formidable Exercito, que se ofrecia à su oposito, compuesto de numerosa Cavalleria, è Infanteria. Ni faltaron algunos, que advirtieron: Estaban en el mes Decio, que corresponde al de Junio; el qual entre los Athenienses avia sido siempre infeliz à quantos emprendieron en el algun disignio. Aunque despreciaba Alexandro el peligro, no le dexò de dar algun cuidado esta supersticion, sabiendo la poderosa impressiõ, que haze vn vano escrupulo de Religion en genios rudos, è ignorantes; y asì, deseoso de assegurar aquellos amedrentados animos, diò orden para que de alli adelante se llamasse este infausto mes, como el precedente Artemisio, y à Aristandro; el qual sacrificaba entonces, para que formasse, con cierto licor en la mano, con que avia de tomar las entrañas de la víctima, letras al reves, que declarassen concedian los Dioses à Alexandro la Victoria, para que impressas estas en el bigado caliente de la víctima, se pudiesen leer al derecho. Executado asì, y divulgado por el Exercito este prodigio, fueron tan grandes los alientos, y espe-*

ranças, que cobraron todos, que dezian à gritos, no tenian què temer, aviendo reconocido tan visibiles testimonios de la proteccion de los Dioses. Persuadida asì la Gente de Alexandro con este ardid, à la felicidad del futuro suceso, se apresuraban à obtener la Victoria, que creian yà suya. Y si bien procurò Parpenion, que disiriesse el Rey el transito al dia siguiente, por averse passado la mayor parte de aquel, tuvo por mejor no malograr el ardor, que reconocia en sus Tropas, à quienes hizo passar inmediatamente, respondiendo à Parmenion, que se sonrojarian las bondas de el Helesponto, si despues de averlas sulcado, los detenian las aguas de tan corto Arroyo. Passaron, pues, con el Rey, à pesar de su rapidèz, trece Companias de Cavalleria; si bien antes de tomar tierra firme, y de poner en ordenança la Gente, que mientras el transito la avia perdido, la cargò, y apretò vivamente por todas partes la Cavalleria de los Persas. Los quales, despreciado el consejo de Memnon, por aver declarado Arfitas, Satrapa de la Phrigia, no consentiria se quemasse la menor Cabaña de la Jurisdiccion de su Gobierno; y seguido este de todos, resolvieron pelear; con cuyo fin se avian acampado en la Ribera del Granico con cien mil Infantes, y veinte mil Cavállos, teniendo por cierto, les serviria de Trinchera este Rio, y que por su medio cerrarian con facilidad el passo à Alexandro, dexando burlados los intentos de su entrada en el Afsia; y asì,

Plutarc.  
cap. 24.  
Curt. 9.  
22.  
Plutarc.  
cap. 24.

Schal. de  
Emmend.  
tempor.  
lib. 1.

Front.  
stratag. 1.  
11. 14.

Plutarc.  
cap. 25.  
Arriano  
1. 5. 2.  
Diodor.  
17. 19.

Diodor.  
17. 9.  
Iust. 11.  
6. 10.  
Plutarc.  
cap. 20.



Diodor.  
17. 9.  
Arriano  
1. 5. 15.

así , luego que tuvieron noticia de su venida , dispusieron su Cavalleria , en que consistian sus mayores fuerças en esta orden: Memnon, con sus hijos, y Arfanes, Persa , se oponian al ala derecha de los Macedones , en la qual estaba el Rey ; porque la siniestra la avia encomendado à Parmenion. Arsites se hallaba por la misma parte que Memnon , con la Cavalleria auxiliar de los Paphlagonnes , Spithridates, hierno del Rey, en la Retaguardia ; el Satrapa de la Prhigia , y Jonia , acompañado de Rhesaces , su hermano , mandaba la Cavalleria de los Hircanos. Dos mil Medos, y Bactrianos seguian à Rheomithres en el Batallon de la parte diestra. Pharnaces , hermano de la Reyna , Arbupales, Artaxerges, nieto de Dario, y Mythrobarçanes , Governador de Capadocia, tenian el mando de la Batalla ; así como Niphates, Pennates , con Arfases, y Athizias el de la Cavalleria , de varias Naciones. Estas Tropas , pues , que por el numero, y por la calidad de el lugar eran las mas fuertes, apretaban reciamente al Enemigo ; el combate , y el peligro eran grandes , y especialmente por la parte en que estaba el Rey, contra quien cargaban todos, respecto de señalarle mas en las Armas , en las acciones, y en las ordenes que daba. Tocòle, por la falta del Arnès, vn Dardo , en el mayor ardor de el combate , aunque no le penetrò; pero acometido al mismo tiempo por Rhesaces , y por Spithridates, ambos de los mas valerosos Capi-

Diodor.  
7. 201.  
21.  
Arriano  
1. 4. 18.  
Diodor.  
17. 9.  
Arriano  
1. 4. 18.  
1. 5. 25.  
2. 2. 3.  
37.  
Diodor.  
17. 21.

Arriano  
1. 5. 10.  
Plutarc.  
cap. 25.

tanos Enemigos , se hallò en peligro de perder la vida. Porque despues de aver roto la Lança en las Corazas de Spithridates , metiendo mano à la espada vn hermano de este Capitan, descargò tan gran golpe de cimitarra , que le derribò la cimera del morrion , y vna parte del penacho , penetrando el corte hasta los cabellos ; y sin duda huviera assegundado otro , à que se disponia por la rotura del morrion, que descubria parte de la cabeza de Alexandro , à no averlo embarazado Clito ; el qual , viendo el peligro en que se hallaba el Rey , partiò à el colerico, y de vn golpe de acha derribò el brazo , y la cimitarra de aquel Barbaro , à cuyo tiempo cayò muerto à manos de Alexandro Spithridates. Sin embargo , no descaecieron en el esfuerço los Persas, hasta que huyò la Cavalleria , atemorizada con la pérdida de sus Capitanes , y con la cercanía de la Phalange de los Macedones , la qual avia passado yà el Rio. No fuè mas feliz la resistencia , que hizo su Infanteria ; porque assegurada en la Cavalleria, à quien juzgaba por suficiente para que triunfasse de los Enemigos, atendia, mas que al peligro, al robo , y à la pressa ; con que embarcados de la turbacion, y del susto, à que los reduxo tan inesperado suceso , sirvieron al Exercito de Alexandro, mas que de oposito, de mortandad , y estrago. Con todo, las Tropas Estrangeras , que mandaba Omares , amparadas de vna eminencia , se defendieron esforçadamente , no aviendo podido

Diodor.  
17. 20  
Arriano.  
1. 5. 20a  
Plutarc.  
cap. 29.

Diodor.  
17. 11a  
Plutarc.  
cap. 26

Arriano  
1. 5. 25a  
Plutarc.  
cap. 26.

ren-



rendirlas, ni reducirlas à admitir condiciones algunas. Por lo qual costò mas sangre, y pèrdida à los Macedones este combate, que el de la Cavalleria. En el qual el mismo Rey, que estaba à la frente de los suyos, se viò en tan gran peligro, como el de caer muerto debaxo de el su cavallo de vna estocada, que le atravesò de parte à parte. Finalmente, irritado Alexandro de que se le disputasse por tan dilatado espacio la Victoria, los cercò con la Cavalleria, y con la Phalange, y hizo en ellos tan gran destrozo, que solo se libraron de el dos mil, que se rindieron. Murieron de los Enemigos entre todos veinte mil Infantes, y dos mil Cavallos, reduciendose al mismo numero el de los Prisioneros, de quienes se salvaron pocos; y de los Capitanes, por medio de la fuga, solo Memnon, Arsaces, Rheomithres, y Atizias; todos los demàs rindieron gloriosamente la vida al rigor de las heridas; y Arfitas, luego que llegó à Phrigia, avergonçado, y arrepentido de aver sido causa de este estrago, se diò con sus propias manos muerte. De la parte de Alexandro fueron pocos los que quedaron en este combate; porque de la Infanteria no passaron de treinta, y de la Cavalleria de setenta y cinco, aunque los mas esforcados de sus Tropas. Para que conociesse, pues, el Mundo, que en vna, y otra fortuna premiaba la virtud, y el valor, con los honores, y mercedes, que le son debidos; enriqueciò à los suyos con el despojo de los Per-

fas, ordenò se hiziesse magnificos funerales à los muertos, que se enterrasen con sus Armas, y con los demàs ornamentos Militares, y diò por libres à sus Padres, y à sus hijos de todo genero de tributos. Hizo curar los heridos con particular cuidado; visitabalos de Tienda en Tienda, sin defraudar de esta honra aun al mas desvalido; consolaba à vnos con mercedes, y honraba à otros con alabanzas, y ofertas; cuya humanidad, y clemencia le grangeò la obediencia, y el amor de todos, y que con generoso reconocimiento expusiesse en lo venidero, à porfia de sus vidas, en obsequio, y servicio de vn Rey, cuya atencion, y desvelo no permitia, que viviesse los suyos necesitados, ni que muertos quedassen sin honra. Hizola muy particular à la memoria de veinte y cinco Soldados de à Cavallo, los quales combatiendo valerosamente en vn puesto desigual, fueron oprimidos de la muchedumbre de los Persas, mandando se perpetuasse en Estatuas de bronce, sin permitir fuesse de otra mano, que de la de Lisypo, el mas primoroso Artifice, que entonces se conocia; las quales se fixaron en Dio, Ciudad de Macedonia, de donde muchos años despues las trasladò à Roma Quinto Metello, aviendo arruinado aquel Reyno. Debiòse la mayor gloria de esta Victoria al Rey, el qual ordenò, con gran destreza sus Tropas, à quienes, observado el Terreno, las conduxo torcidas por el Rio, para que no pudiesse cargar

Arriano  
1. 5. 24.  
Diodor.  
16. 21.  
Plutarc.  
cap. 26.  
Arriano  
22. 57.

Arriano  
1. 1. 25.

Iust. 12.  
6. 14.  
Diodor.  
17. 11.  
Arriano  
5. 27.

Valerio  
Max. 8.  
11. 1. 2.  
3.

Arriano  
1. 5. 26.

Liv. 44.  
17. 2.  
Vell. 12.  
11. 4.  
Plin. 34.  
8. 20.



Polien.  
4. 3. 8.

en ellas los Persas, luego que to-  
massen tierra ; y reconociendolas  
turbadas , y perdidas de animo,  
las infundió nuevos espíritus al  
aliento de las persuasiones con  
que los exortò. *A que acometieffen à*  
*los Enemigos, con el mismo valor de que*  
*avian dado tantas experiencias hasta*  
*entonces.* Ni obrò menos, que en los  
suyos, el eficaz esfuerço de su espi-  
ritu, y de su voz, en los Enemigos  
la diestra valentia de su brazo , à  
cuya vibrada Lança rindieron mu-  
chos la vida, y muchos à los azera-  
dos cortes de su Espada ; siendo  
los primeros que abrieron el cami-  
no à la fuga, los que lo fueron à  
acometerle. Su resolucion, quan-  
do antes pareció arrojada, y teme-  
raria, tanto la acreditò despues el  
suceso de advertida, y convenient-  
te ; porque aviendo de combatir  
los suyos contra vn Enemigo nue-  
vo, y tan ventajoso en el numero,  
quiso contrapesar esta desigual-  
dad, fortaleciendolos con la po-  
derosa arma de la desesperacion,  
para que cerrandoles el Rio el ca-  
mino de la fuga, fuesse la Victoria  
el vnico recurso à la esperança de  
su remedio. Señalaronse tambien  
este dia, con gran gloria suya, los  
Thessalos, en quienes consistia to-  
da la fuerza de la Cavalleria, sin  
que de los demás faltasse alguno  
al cumplimiento de su obligacion;  
si bien con grandes ventajas la  
Cavalleria, à quien se debió ente-  
ramente la Victoria, aviendo re-  
trocedido la Infanteria. Por lo  
que miraba à los Enemigos, man-  
dò tambien Alexandro dar sepul-  
tura à los Señores mas principales

Liv. 9.  
19. 4.  
Diodor.  
16. 4. 27.  
21.

entre los Persas, y à todos los Grie-  
gos, que servian à sueldo suyo;  
pero que los Prisioneros passassen  
à Macedonia, por aver contrave-  
nido à la comun resolucion de los  
Griegos, empleando sus Armas  
en servicio de los Barbaros, contra  
su Patria, cuyo orden exceptuò à  
los Thebanos, à quienes llevò  
mas, que el proprio gusto, la ne-  
cesidad de verse sin Tierras, en  
que hazer assiento, y retirada, por  
la pérdida, y destruicion de su  
Ciudad. Executado esto, embió  
al Templo de Minerva, en Athe-  
nas, trecientos escudos, que hi-  
zo escoger de los despojos de la  
Batalla, con esta inscripcion : *Ale-*  
*xandro, hijo de Philipo, y todos los Grie-*  
*gos, excepto los Lacedemonios, han obte-*  
*nido este triunfo de los Barbaros del As-*  
*sia.* En cuya accion mirò à assegu-  
rar, para otras ocasiones, el afec-  
to de los Griegos, haziendoles  
participes de esta gloria, y à casti-  
gar à los Lacedemonios, exclu-  
yendolos del honor de ella, por el  
atrevimiento, y desacato de sepa-  
rarse del cuerpo de la Grecia. Ni  
le permitió el amor, y atencion,  
que tuvo à su Madre siempre, de-  
xasse de darla parte de la presa,  
de quien la embió casi todos los  
Vasos de oro, y plata, todos los  
paños de purpura, y quanto le  
pareció digno de su  
persona.

Arrian.  
5. 29.  
Plutarc.  
en las  
Apoph.  
cap. 20.

Arriano  
1. 5. 30.  
Plutarc.  
cap. 26.

Curt. 10.  
5.  
Plutarc.  
cap. 26.

(?)

\*\*\*  
\*\*\*  
\*\*\*  
\*\*\*  
\*\*\*

CAPIT.



## CAPITULO VI.

*Su accion de gracias à la Diosa Minerva; recibe muchos Pueblos debaxo de su obediencia, sin imponerles nuevos tributos; entregasele la Ciudad de Sardis; descubre las solitudes de Demosthenes, contra su persona; procura ganar à Phocion; toma à Epheso, donde forma Republica, y haze lo mesmo en las demás Ciudades; su grande estimacion à Apeles.*

Strab.lib.

13. 2. 4.

5.

Diodor.

17. 17.

4. 5. 16.

**A**VIENDO buuelto Alexandro, despues de esta Batalla à Troya, diò gracias à la Diosa de averle favorecido en Guerra tan peligrosa, con la felicidad de sus presagios, y fortalecido con el resguardo, y defensa de sus Armas. Lo cierto, es, que quando passò el Helesponto, y llegó à Troya, como hemos referido, hallò vna Estatua à cavallo de Ariobarcanes, Satrapa antiguo de Persia, derribada, y que atribuyendo Aristandro à mysterioso prodigio, lo que pudo ser casual accidente, predixo de èl à Alexandro muy illustre Victoria de vn combate de Cavalleria, *mayormente si peleaba no lexos de la Phrigia, y que moriria à sus manos vn gran Cabo de los Enemigos.* Y que no fuè contrario al anuncio del Adivino el suceso; antes bien confirmacion de èl la muerte de Spithridates. En cuyo reconocimiento dispuso, con gran cuidado, las ofrendas, y presentes para aquel Templo, y hizo à Troya

Ciudad, aunque entonces solo conservaba la apariencia de vna corta Villa; pero para que correspondiesse à este autorizado titulo la sumptuosidad, y magnificencia de sus Edificios, fiò este cuidado de personas de su confianza, à cuyo fin la diò por libre de todo genero de tributos. Y advirtiendo la cortedad del Templo de la Diosa, y de su culto, resolviò, en reverencia de la santidad del Lugar, que se labrasse vno de la magnitud, y ostentacion que pedia. Cuyos intentos atraçaron por entonces los de sus grandes empresas, y impossibilitò despues su muerte, y el descuido de sus sucesores. Abrió, pues, esta Victoria tan enteramente el passo à Alexandro, para el mayor progreso de sus Conquistas en toda el Asia, por la parte del Euphrates, y del Monte Tauro, que absortos los Pueblos de tan inopinado suceso, aviendo perdido todas sus Tropas, y enteramente sus Capitanes, no discurrian yà otro recurso, para la esperanza de su remedio, que la benignidad del Vencedor, procurando merecersela con la promptitud de su rendimiento, y obediencia. Hizo merced à Calas, que conducia à los Thessalos del Gobierno de la Phrigia, à quien dexò Arsites sin defensa, con su voluntaria muerte. Descendiò la mayor parte de los que habitaban las Montañas, y se entregò con quanto posseia al Rey; el qual los admitiò à su proteccion, y bolviò à embiar à sus casas: perdonò à los Zelitas, por estàr assegurado de

Arriana

1. 6.

1. 5. 82



que, à pesar fuyo, les obligaron los Persas à tomar las Armas contra èl, sin pretender de todos estos Pueblos mas tributo, que el que solian pagar à Dario, cuyo estilo observò tan inviolablemente con las demàs Naciones de el Asia, à quienes reduxo, como quien sabia, quanto mas expuesto està siempre al odio el dominio extraño, por suave que sea, que el natural, y que es intolerable quando se aumentan con nuevas imposiciones las antiguas cargas. Cuyo conocimiento le obligò à responder à los que le persuadian, podia imponer mayores tributos en tan baxto Imperio: *Que no tenia por buen Jardinero el que arrancaba de raíz las plantas, cuyas hojas solo se debian cortar.* Luego que supo, que los Persas tenian Guarnicion en Dascyleo, embiò à Parmenion; al qual, retirada esta con la noticia de la llegada de los Macedones, le recibieron en ella, sin la menor dificultad, sus habitantes. Tomò Alexandro la buelta de Sardis, Capital de todas las demàs Ciudades, à quienes los Reyes de Persia avian puesto debaxo de la jurisdiccion de los Governadores de las Provincias vezinas al Mar. Hallandose distante de ella setenta estadios Mithrenes, de quien Dario avia fiado la Ciudadela, le salió à recibir con los Principales de la Ciudad, y comprò à precio del dinero, que en aquella se guardaba, y entregò la libertad de vna, y otra. Aviendolos admitido benignamente, pasó àzia el Rio Hermo, que dista de Sardis casi veinte estadios,

Curt. 6.  
3. 10.

Hyppol.  
28.  
Collibus  
Princeps  
cap. 33.  
ex Max.  
Tyrio.

Plutarc.  
cap. 27.  
Pausan.  
lib. 3.  
Arriano  
5. 6. 3.

Diodoro  
17. 21.  
Arrian.  
3. 6. 4.

donde acampado, embiò luego à Amyntas, hijo de Andromene, à que se apoderasse de vna Fortaleza situada sobre vna Montaña, cuya entrada era por todas partes dificil, y capaz de que resistiesen facilmente los que la ocupaban las mayores fuerças, aun quando no se hallasse tan bien assegurada, como lo estaba, de vna prodigiosa muralla, y de tres fortificaciones. Regocijandose, pues, el Rey de la felicidad de su fortuna, y de aversele reducido, sin la costa del dilatado sitio, que temia, resolvió, entre las grandezas, que ideaba su magnanimidad, hazer labrar en este Lugar vn Templo à Jupiter Olympo; y discurriendo en su mas conveniente situacion, sobrevino tan recia tempestad; que llenando de agua gran parte de la Fortaleza en que tuvieron antiguamente su Palacio los Reyes de Lydia, quedò persuadido à que avian manifestado con lo mysterioso de este suceso los Dioses, era voluntad suya, que la situacion del Templo fuesse en aquel Lugar. Hizo despues merced del Gobierno de la Fortaleza, con algunas Tropas de Argivos, à Pausanias, vno de sus mas favorecidos; y embiò el resto de las de los Aliados con Calas, y Alexandro, hijo de Europa, al Gobierno de Memnon. Puso à Asandro, hijo de Philotas, en la Lydia, con Jurisdiccion, que se estendia hasta las Fronteras del Gobierno de Spithridates; y diò toda la Cavalleria, que creyò necessaria, con algunas Compañias armadas ligeramen-



mente. Conservò à los Lydios sus Leyes, y Privilegios; y reconociendo la veneracion de los de Sardis à Diana, à quien llamaban *Colones*, concediò al Templo el derecho del Asylo. Hizo considerables honras à Mithrenes, à quien por entonces dexò cerca de su persona, con grande estimacion, y esperanza de que le llevase à los demàs su exemplo, à cuyo fin le diò despues el Gobierno de Armenia. Aviendo hallado en la Fortaleza de Sardis ciertos papeles, de quienes constaban las excessivas sumas, que avian empleado los Satrapas para obligar à los Griegos à que tomasen las Armas contra los Macedones, viò tambien en ellos las porciones de plata, y oro, que avian embiado à Demosthenes, cuyas cartas estaban entre ellos. Pero tuvo por mas conveniente disimular esta quexa, que pudiera hazer contra los Athenienses, hallandose en paz con ellos, y procurar con la mayor presteza, y diligencia assegurar à Athenas en su obediencia, contra la eloquencia de Demosthenes, por recelar turbasse con sus alteraciones la quietud de toda la Grecia. Ninguno le pareciò mas proporcionado al logro de este intento, que Phocion, cuya inculpable vida era sin igual, y cuya virtud hazia honrosa su pobreza. Estimabale de suerte, no por lo necesario, que le juzgaba en su servicio, sino por lo que se grangeaba la integridad, y rectitud de sus costumbres; que en medio de aver quedado tan soberbio, despues de la rota de Dario,

que no se dignaba de poner en las Cartas que escrivia la palabra *salud*; concediò algunas vezes esta honra à Antipatro, y à Phocion. Hizole Alexandro merced de cien talentos, y la de que eligiesse vna de estas quatro Ciudades del Asia, Chio, Elea, Alylassa, y Gergetho, entre quienes ponen algunos à Patara, en lugar de la vltima. Pero no admitiò alguna de estas honras su moderacion, contentandose solo, porque no pareciesse, que sobervio hazia menos aprecio del que debia à la generosidad de tan gran Principe, *con pedirle la libertad de Echecratides Sophista, de Anthenedoro Imbrio, de Demarato, y Sparton Rhodios; los quales quedaron prisioneros en la Ciudadela de Sardis.* Pero esto no acaeciò sino despues. Tomò entonces la buelta de Epheso, à quien avia desamparado la Guarnicion à la fama de la rota de los Persas, retirandose à dos Galeras de Ephesios, y con ellos Amyntas, hijo de Antiocho; el qual se ausentò de Macedonia sin mas causa, que la de temer al Rey, y creer le tuviesse igual aborrecimiento al que le professaba èl, midiendo por su genio el del Principe. Al quarto dia de aver partido Alexandro de Sardis, hizo su entrada en Epheso; restituyò à ella à los que se hallaban desterrados por la autoridad de pocos; hizo donacion de la Ciudad al Pueblo, y reduxo su Gobierno al de Republica. Gozoso el Pueblo de la libertad, que por tan dilatado tiempo avia deseado, pidiò se castigassen à los que llevaron alli

Eleion.  
Hist. di-  
vers. 1.  
25.

Plut. en  
la vida de  
Phocion,  
cap. 34.  
Elian. 1.  
25.

Arrian.  
1. 6. 64

Curt. 3.  
11. 18.

Arrian.  
1. 6. 74



à Memnbn ; à los que robaron el Templo de Diana ; à los que quitaron la Estatua de Philipo ; y que se derribasse el Monumento , que se erigió en la Plaza à Heropytho , como à Libertador de la Ciudad. En cuya execucion facaron violentamente del Templo , donde se avian acogido , à Pelagon , à Sirphax , su hermano , y à sus primos ; los quales murieron apedreados , y sin duda se huviera estendido à mas el furor de la multitud , à no averlo prohibido Alexandro , y mandadoles remitiesen al olvido sus quejas , y venganças ; escusando por este medio à los mas poderosos , y ricos de la Ciudad , los defacatos , y peligros , que huvieran padecido su autoridad , y bienes , estando expuestos , con el pretexto de vn delito cierto , ò supuesto , al desenfrenado odio , y avaricia del Pueblo. Aviendo despachado en tanto los Magnates , y Trallianos Embaxadores al Rey , ofreciendole su obediencia , diò orden à Parmenion , para que pasasse con cinco mil Infantes , y doscientos Cavallos à admitirlos , y à Alcimale , para que partiesse con iguales Tropas à los contornos de las Ciudades de Eolia , y Jonia , que estaban en la obediencia de los Persas : mandando à vno , y à otro , que depuestos de aquellos Gobiernos , los pocos que le tenian , estableciesse el Estado Popular en todas ; por aver reconocido , que sin mas causa , que la de asegurarse del recelo , en que los puso la inclinacion , que le mostraban aquellos Pueblos , avian puesto en

8. 7. 2.

Plin. 35.  
10. 23.  
12. 28.

ellos Tyranos , que los mantuviesen en opresion , y servidumbre. Detuvo se algunos dias Alexandro en Epheso , para desahogar el animo de las continuas fatigas , à que le aplicaba : era en el su mayor divertimento asistir de ordinario al Obrador de Apeles , à quien solo permitiò le retratasse , por el gran primor con que lo hazia. Llegò à merecerle tan singular afecto este insigne Pintor , que viendolo el Rey rendido à la hermosura de Pancafa , natural de Larisa ( Ciudad de las mejores de Thessalia ) vna de sus primeras Concubinas , y entre todas à quien con mayor fineza amaba Alexandro , no menos que por su estremada belleza , por aver sido el primer empleo de su cariño , desistió de su amor , entregandose la. Aunque es fama , que aviendo tratado Alexandro , mientras estuvo en la Oficina de Apeles de aquel Arte , con tan corto conocimiento , que se viò precisado este à interrumpirle , con cierto donayre picante ; no me he de persuadir à que faltasse al decoro , y veneracion , que debia à la Grandeza de tal Rey , vn Pintor , tan poco advertido como Apeles ; fuera , de que aviendo aprehendido Alexandro en su juventud las Artes Liberales , y no pudiendo dexar de tener bastante noticia de aquella , no es creible , que lo que dixesse acerca del , fuese tan desacertado , que obligasse à Apeles à aquel defacato. Siendo sin duda , mas verisimil lo que refieren otros ; y es , averle sucedido esto con cierto Sacerdote de los

Eliano,  
Hist. div.  
12. 34.

Plin. 35.  
10. 25.

Eliano,  
Hist. div.

Plutarc:  
de annu.  
tranquil.  
cap. 21.

que



que asistían al Templo consagrado à Diana en aquella Ciudad, y llamaban Megabyzos, à quien afirman dixo: *Que así como hasta entonces su silencio, y el oro, y la purpura, que le adornaban, le avian grangeado credito con los ignorantes, luego que le oyeron sus desaciertos, el desprecio, que por ellos merecia, aun de los mismos Aprendices.*

Reedificaban entonces los Ephesios, con grande aplicacion, y dispendio el famoso Templo de Diana, en quien hizo considerable estrago la boracidad del fuego, que (como dexamos dicho) introduxo en el el frenetico furor de Herosttrato. Favoreció Alexandro su zelo, contribuyendo con quanto pudo à su prosecucion, y brevedad; para la qual le aplicò los tributos, que antes pagaban à los Persas, y confirmó el derecho del Asylo; el qual supo avian conservado antiguamente Bacho, y Hercules: y concedió à este Lugar vn estadio mas de circuito para su extension. Aviendo algunos años despues reducido enteramente à su obediencia el Asia, solicitò de los Ephesios pusiesen, acabado el Templo, en la Inscripcion de el, su Nombre, ofreciendo, pagaria en remuneracion de este honor, todos los gastos, que avian hecho en su reedificacion; y que se obligaria à contribuir al Artifice, con quanto fuesse necesario para este efecto. Hallabanse bien lexos los Ephesios de complacerle en tal intento; si bien, considerando el peligro à que se exponian de negárselo, sin alguna excusa decente, recurrió la destreza del Embaxador,

que eligieron para responderle; del medio de la lifonja, sabiendo, quan poderosa era en este Principe, y la facilidad con que se dexaba llevar de ella. Y así le representò: *Quan improprio seria de la soberania, y divinidad en que se hallaba, que ofreciesse à los Dioses, con quienes se igualaba, lo que reverentes les consagraban solos los hombres, por la suma distancia, que reconocian de su naturaleza mortal à la divina de aquellos.* Tal fuè la contienda, que exitò entre tan gran Rey, y esta Ciudad el deseo de gloria; si bien la obtuvieron los Ephesios, desestimando la reintegracion de tan considerables sumas, à precio de lograrla, y de no enagenar la Inscripcion de este Templo, cuyos crecidos gastos en su reedificacion, se pueden colegir de la suma, à que les llegó solo vna pintura, que le dedicaron, pues pagaron por ella veinte talentos de oro. Representaba à Alexandro con vn Rayo en la mano, en cuya execucion usò Apeles de tan inimitable artificio, que solo empleò en ella quatro colores, para que con esta singularidad saliese mas digna de la admiracion de los primeros Artifices,

en aquella Profesion.

(o)(o)



Plin. 35.  
10. 33.

Elfano,  
Hist. div.  
2. 2.  
Strab. lib.  
4. Quint.  
5. 12.  
Plin. 39.  
10. 34. y  
35. 11.  
14.

Laert. in  
Xenoph.  
1. 1. 3. 4.  
Arrian.  
1. 6. 7.  
Tacit. 4.  
61. 3.  
Paul. lib.  
7.  
Strab. lib.  
14.



## CAPITULO VII.

*Ordenasele en sueños, que edifique una Ciudad à los Smyrnos; intenta cortar el Istmo, que està entre Clasomene, y Theos; junta à Clasomene con la Tierra-Firme; sitia, y toma à Mileto, y concede libertad à los habitantes; prodigio acaecido en el Templo, intentando robarle unos Soldados; inclinacion de un Delphin à un Niño.*

Strab.  
lib. 14.  
Plutarc.  
cap. 39.

Pausan.  
lib. 7.

**A**DVERTIDO Alexandro en vn sueño, restituyesse à los Smyrnos à su antiguo esplendor, lo hizo por este mismo tiempo, despues de aver habitado estos de Villa en Villa, por espacio de quatrocientos años, desde la destruicion de la antigua Smyrna, por las Armas de los Lydios, hasta entonces, que dispuso su nueva fundacion, casi à veinte estadios del lugar donde estava situada la antigua Ciudad. Solia divertirse con el exercicio de la caza, quando la gravedad de los negocios le permitia algunas treguas. Rendido, pues, cierto dia de la fatiga de ella, y embargado del sueño à las faldas del Monte Pago, le pareció, que la Diosa Nemesis, cuyo Templo estava à corta distancia de alli, le ordenaba edificasse una Ciudad en el mesmo lugar, y la diesse por habitantes à los Smyrnos. Confirmò esta declaracion la respuesta, que consultandole, diò el Oraculo de Apolo Clario à los Smyrnos, à quienes ofreció tendria feliz suceso la mudança de su

habitacion. Con que se levantaron por orden del Rey los cimientos, para la nueva Ciudad; de cuya ultima perfeccion se llevó Antigono la gloria, aviendo passado, por merced de Alexandro, algunos años despues, al Gobierno de Lydia, Phrigia, y de otras Regiones vezinas. Habitan los Claromenios el Golfo de Smyrna, àzia la parte en que estrechandose mas la Tierra, queda à manera de Pininsula, viniendo al continente las Tierras, que corren casi sesenta estadios al Mar. Ofrecese en la opuesta Ribera del Istmo Theos, que mira de frente à los Clasimenios, y à lo vltimo de la Peninsula la Ciudad de Erythra, bien cèlebre aun en este tiempo, por la singular virtud de aquellas ilustres mugeres, que predixeron los futuros sucesos. Descubre por todas partes el Mar, la elevada eminencia del Monte de Minas, cercano à esta Ciudad; el qual, mirando à la Isla de Chio, y declinando poco à poco, termina en vn llano, à corta distancia de la situacion de los Claromenios. Aviendo observado Alexandro la naturaleza, y disposicion de este parage, resolvió cortarle, y separarle de la Tierra-Firme, para cerrar à Erythra, y Minas con el Mar, y vnir vno, y otro Golfo. Refiere se fuè esta la vnica ocasion, en que no correspondió el suceso à los intentos de este Principe, y que quiso manifestar en ella la fortuna, que aviendole favorecido en todos los demás disignios, no era gloria suya, que Alexandro emprehendiesse lo que por invtil,

Strab. lib.  
14.  
Curt. 94  
4. 35.

Arriano  
1. 8. 27.  
Plin. 3.  
29.

Pausan.  
lib. 7.

Eliano,  
Hist. div.  
5. 27.

Paus. lib.  
2.

Herodo.  
1. 17. 4.



è infructuoso no se la pudiesse dár dignamente: fuera de que estaba recibido, como punto de Religion, no ser concedido à algun mortal mudar la forma, y disposicion, que diò la naturaleza à la Tierra, confirmandolos en este concepto el continuado malogro, con que quedaron siempre burlados semejantes intentos. Sin embargo, juntò à Claromenia con la Tierra-Firme, por medio de vn dique de dos estadios, que antiguamente avian passado à vna Isla, temerosos de los Persas; pero llevándole la atencion mayores empresas, dexò al cuidado de los Gobernadores, que puso en aquellos Lugares, la perfeccion de este trabajo; y despues de aver hecho grandes, y sumptuosos sacrificios, en honor de la Diosa, y exercitado sus Tropas, tomò al día siguiente la buelta de Mileto, llevando consigo la Cavalleria de los Thraces, y quatro Companias de Cavallos de sus mas favorecidos, entre quienes iba la Real, con su Infanteria, movido de la esperanza, que Hegesistrato, Capitan de la Guarnicion, le avia dado, de que se le entregaria la Ciudad, aunque por entonces le saliò vana, respecto de que aviendo entendido no estaba lexos la Armada de los Persas, mudaron de resolucion sus habitantes, animandose à conservarla en la devocion de Dario. Hallabasse bien abastecida de viveres, y de todo lo necessario, para resistir vn sitio, por medio de el considerable numero de Gente de Guerra que tenia, por aver de-

xado Memnon, quando se retirò à ella, despues de la Batalla, muchos de los suyos, y fortificado la Guarnicion. Aviendo llegado alli Alexandro con su Exercito en ordenança, y sin algun estruendo, tomò la Ciudad, que ellos llamaban de Fuera, y avian desamparado los habitantes, y los Soldados, retirandose à la de Dentro, por no dividir sus fuerças, esperaçados en la brevedad del socorro. Pero aviendo arribado la Armada de los Lacedemonios, mandada por Nicanor, el qual se apoderò inmediatamente de la Isla de Lades, que està sobre Mileto, quedò burlada su esperança, mayormente, quando passando debaxo del Promontorio de Michale, entrò en el mismo Puerto de los Milesios. No la hizo resistencia alguna la de los Barbaros, en medio de hallarse superior à la de Nicanor, en el numero de la Gente, y de los Baxeles, pues se componia de quatrocientos, y aquella sola de ciento y sesenta. Destituídos, pues, los Milesios de la esperança del socorro, à vista de aquel desengaño, despacharon à Glaucyppe, persona de la primera suposicion en la Ciudad, para que en nombre suyo pidiesse à Alexandro permitiessse, que la Ciudad, y Puerto de Mileto, fuesen comunes à Macedones, y Persas; pero solo pudo conseguir del Rey la aspera respuesta: *De que no avia passado al Asia para es-*

Arrian.  
1. 6. 12.

Plin. 4.  
4. 4.

Plin. 5.  
29. 22.

Arrian.  
16. 11.  
2. 6. 25.

Arrian.  
1. 6. 12.

Diodor.  
27. 22.

Herod.  
6. 7.  
Sitrab.  
1. 14.

Arriano  
1. 6. 25.

Seneca,  
epist. 8.



Arrian.  
l. 6. 10.

Curt. 8.  
52. 8.  
Arrian.  
l. 4. 12.

l. 8. 4.

Arrian.  
l. 6. 13.

*à disposerse à disputerle con las Armas el dia siguiente.* Aviendo elegido lo ultimo, resistieron valerosamente los primeros assaltos de los Macedones, de quienes quedaron muertos algunos, y entre ellos dos hijos de Helanica, Ama, que avia sido de Alexandro, y hermana de Clito; el qual librò (como dexamos dicho) al Rey, con gran gloria fuya, del peligro, que corria su vida. Pero encendidos estos de la colera, y del despique, aviendo apretado con sus maquinas, y derribado gran parte de las Murallas de la Ciudad, se disponian à entrarla, à tiempo, que reconociendo los Enemigos en el Puerto los Baxeles de los Macedones, y teniendose por perdidos, se arrojò al Mar vna parte de ellos sobre sus Escudos, para passar à nado à vna pequeña Isla, cercana à la Ciudad; cuyo intento les saliò vano, assi à ellos, como à los demàs, que apoderados de las Barcas, procuraban librarfe en ellas, por averlos cogido los Enemigos à la entrada del Puerto. Tomada assi esta Ciudad, embiò Alexandro contra los que se avian amparado de la Isla, para que no gozassen largo tiempo de la seguridad, que en ella avian buscado ciertos Baxeles, en quienes hizo llevar Escalas con que pudiesen subir los Soldados por entre las rotas orillas de aquella Isla, como por las Murallas de qualquiera Ciudad Enemiga. Si bien, aviendo reconocido la resolucion, en que estaban los Mercenarios Griegos, que se avian retirado à ella, de defenderse ha-

ta el ultimo tance, en medio de no passar de trecientos; compadecido, y obligado del generoso valor, con que se exponian à perder sus vidas, en defensa de los que se avian valido de ellos, los perdonò, y mandò sirviessen debaxo de sus Vanderas. Reduxo à estado de servidumbre à todos los Barbaros, que se hallaron en Mileto, en cuyo honor concediò libertad à los Milesios, que avian quedado en la Ciudad, atento à la gloria, que mereciò en lo antiguo, no menos que por la opulencia, y grandeza con que floreciò, por aver embiado à los Mares vezinos mas de setenta Colonias, y averla ilustrado sus Ciudadanos con los crecidos premios, que obtuvieron en los combates sagrados, que estilaban los Griegos, reputando este genero de Victorias, por las mas honrosas, que podia alcançar la virtud. Pero burlandose Alexandro al ver tantas Estatuas, preguntò: *Què adonde tuvieron las manos, y los brazos aquellos grandes Varones, que representaban, quando toleraron impusiesen los Persas sobre sus cervices, el yugo de la servidumbre?* Porque como este esclarecido Principe, llevado de su natural inclinacion al manejo de las Armas, aplicaba todo su esfuerso al uso de la Guerra, le parecia cosa indigna, que debiendo emplearse el valor, la agilidad, y fuerças en ella, le malograssen, exercitandole en la diversion, y regocijo de el ocioso vulgo. Entrando en el interin à faco la Ciudad la Gente de Guerra, respecto de averla tomado por interpressa,

Diodor.  
17. 22.

Strab.  
lib. 14.  
Plin 5.  
29. 15.  
Senec. en  
la cont.  
à Hel. 6.  
14.  
Lucian.  
de Hym-  
nifus.

Plutarc.  
en las  
Apophth.  
cap. 17.

1. 3. 10.

lle-



Valer. Max. 1. 9. ext. Lactant. 2. 8. Athen. 2. 6. Parth. in Erotici comm. in Curt. 5. 2. 28. Appian. Siriac. sub fin. Strab. lib. 14.

llegaron al Templo de Ceres ciertos Soldados, à quienes intentando robarle, dexò repentinamente ciegos el activo resplandor de vna llama, que saliò de lo mas interior del Templo. Hallò tambien Alexandro en esta Ciudad algunos Monumentos de sus predecesores, y entre ellos vna Fuente, à quien llaman los Milesios de Achilles, cuyas aguas se mantienen saladas en su nacimiento, y dilatadas en Arroyos, se buelven dulces. Refiere se, que Achilles se labò en ella, despues de aver roto à Strambelo, hijo de Telamon, que passaba en socorro de los Lesbios. Tenian los Milesios vn Oraculo de Apolo Didymeo, no menos celebre, que por la opulencia de sus riquezas, por el credito, que le avian grangeado sus respuestas. En èl, pues, es fama, que consultando Seleuco, cuyo poder, y riquezas fueron grandes, despues de Alexandro, sobre su buelta à Macedonia, le fuè respondido: *Que aviendo pedido licencia à Europa, abrazasse à Asia.* Coronò todos estos prodigios la singularidad de vno, que justamente llevò la admiracion del Rey, à cuyo curioso ingenio era grato el hallazgo, y conocimiento de qualquier maravilla. Este fuè, aver descubierto en la Ciudad de Yusso, situada en vna Isla cerca de Mileto, cierto Niño, à cuya inclinacion estaba tan sujeto vn Delphin, que distinguiendo con particular instinto su voz, iba à èl siempre, que le llamaba, y recibiendo en sus espaldas, le llevaba adonde le ordenaba; de

que infiriendo Alexandro era grato este Niño al Dios Neptuno, le hizo gran Sacerdote suyo.

## CAPITULO VIII.

*Obliga Alexandro à los Baxeles Enemigos à que se retiren; licencia su Armada, y las razones, que tiene para ello; entra en Caria, donde toma muchas Ciudades; restablece à la Princesa Ada en su Reyno, con cuya accion adquiere el afecto de los Pueblos.*

DE esta suerte se hizo Señor de Mileto, en medio de ocupar todavia el Mar la considerable Armada de los Persas; los quales, confiados en la multitud de sus Baxeles, y en su maritima experiencia, en que hazian grandes ventajas à los Enemigos, procuraban al combate à los Lacedemonios, presentandose, con gran arrogancia, delante del Puerto de la Ciudad, donde hizo entrar à aquellos Baxeles el Rey; el qual embiò à Philotas, con la Cavalleria, y tres cohortes de Infanteria, al Promontorio de Michale, para que se opusiesse à los de los Enemigos, que estaban ancorados alli, estorvasse el desembarco, y el que se proveyesen de agua, leña, y lo demàs, de que necesitassen; cuya providencia puso en tan gran conflicto à los Barbaros, dexandolos en el mesmo lugar, como sitiados, è impossibilitados de saltar en tierra, y de hazer las provisiones necessarias, que se hallaron

Arriano  
1. 6. 25.



precifados, aviendo tenido Consejo sobre ello, à tomar la buelta de Samos, de donde bien abastecidos de Viveres, bolvieron à presentarse en Batalla delante del Puerto de Mileto. Entretanto, aviendo reconocido cinco Baxeles de Persas en vn Puerto, situado entre aquella corta Isla (de quien hizimos poco ha memoria) y el lugar donde la Armada de los Macedones se hallaba ancorada, muchos Baxeles Enemigos, y discurriendo estaria ausente, y divertida en otro empleo la mayor parte de la Gente de Mar, por cuyo descuido les seria facil apoderarse de ellos, hallandolos vacios, partieron à Velas llenas à ellos; como si estuviesen segura la pressa. Pero aviendo el Rey introducidos, con la mayor presteza, en diez Galeras toda la Gente, que se hallò mas prompta, la mandò que se presentasse con ellas delante de los Enemigos; y si bien los Persas atemorizados del numero de estos vasos, y de cosa tan inesperada, como la de verse acometidos de los mismos, à quienes creyeron descuidados, y como à tales rendidos, se pusieron en fuga; no dexaron de apresarles los Macedones vno de los Baxeles en que iban los Jacios, librandose, por mas veleros, entré el resto de la Armada, los demàs; los quales se retiraron à Mileto, sin aver executado nada de quanto avian intentado. Advertido, pues, Alexandro del peligro en que viò su Armada, y del poco fruto, que podia sacar de ella, siendo tan inferior à la de

los Enemigos, y de los considerables gastos, que era preciso hiziese para mantenerla, resolviò bolverla à embiar, y quedar se solo con algunos Baxeles, para conducir las maquinas, de que usaba en los sitios de las Ciudades. No fuè de este dictamen Parmenion, el qual, teniendo por mas conveniente llegar à medir las fuerças con el Enemigo en vn combate Naval, representò al Rey: *Serian considerables las consecuencias, que se seguirian à sus Armas, si quedaban vencedores en el los Macedones; y por el contrario, de cortissima importancia las que lograrían los Persas si los vencian, pues se quedaban tan Señores del Mar, como antes lo estaban, y sin poder adelantar por esto nada en tierra, respecto de la resistencia, que hallarian en las Tropas Macedonas, que defendian las Riberas, mucho mas esforçadas, que las suyas. A cuyo fin, y el de inclinar al Rey à aquella resolucion, le ofreciò ser el primero, que exponiendo al peligro su persona, lo executasse con los Baxeles, que le diese. Ni la autoridad de Parmenion, ni las razones en que se fundaba su parecer, confirmado con el feliz pressagio, que pocos dias antes se avia advertido en la detencion de vn Aguila à espaldas del Exercito, sobre la orilla del Mar, fueron bastantes para que se reduxesse à el Alexandro; el qual, bien lexos de hazerlo, manifestò: Quanto se engañaba Parmenion en persuadir se pudiesse nunca ser conveniente oponerse contra tan corto numero de Baxeles, compuesto de Gente inexperta, à la considerable Armada de los Enemigos, asistida de prácticos*

Diodor.

17. 23.

Arriano

1. 6. 31.

2. 9. 1.

Arriano

1. 6. 16.

ticos



ticos Soldados : Que aunque se hallaba bien assegurado del valor de los suyos , no era bastante por sí solo este à dár la Victoria en las Batallas Maritimas , en quienes tenia mas parte para evitar los riesgos , ò convertirlos en beneficio propio , la variedad de los vientos , y de las bon-das , que la destreza de los Pilotos , y la diligencia de los Marineros : Que la forma , y disposicion de los Enemigos , ofrecia considerables ventajas à los Persas , contra quienes quedarian vanos , è inútiles los esfuerzos de los Macedones , respecto de ser tan facil à los Barbaros librarse de ellos sin riesgo , como alcançar sin gran fatiga la Victoria. En cuyo caso se les seguirian muy infelices consecuencias ; porque siendo natural à los hombres prometerse en todas las cosas igual suceso , à la esperanza , ò el temor , que concibieron al intentarlas ; lo era tambien , que toda el Asia , viendo en los principios de la Guerra perdidos à sus Enemigos , recuperasse sus desmayados alientos. Y para que no se dude , que este es comun sentir de toda el Asia , quien me podrá assegurar (decia) que los Griegos me guardarán su feè , si llegan à persuadirse à que hemos perdido aquella felicidad , que si confessamos verdad , solo respetan en nosotros ? No dudo de quan favorable consideracion sea à mi fortuna , el averse manifestado detrás de mi Armada essa Aguila , que admito por pressagio de feliz suceso ; pero este mismo dicho anuncio nos manifesta , que la Victoria , que obtuvieremos de la Armada Enemiga , será desde tierra ; porque esse Pajaro , que nos predixo la Victoria , no se detuvo sobre los Baxeles , si sobre la Ribera , mostrandonos tan igualmente el suceso de la Batalla , como el lugar en que aviamos de dárla : Fuera de

que , si reducimos à nuestra obediencia , como hemos empezado , las Ciudades Maritimas , se disminuirà por sí misma bien à prisa la Armada de los Persas , no teniendo nuevos socorros , viveres , ni Puertos adonde surgir ; cuyas conveniencias , si faltan à los Enemigos , por medio de nuestra disposicion , y valor , quedarán , aunque oy se hallen mas poderosos en el Mar , deshechos , y proxima à cumplirse la prediccion de aquella Lamina de Bronce , que poco ha arrojò de sí , inundandose una Fuente de Lylia , y en quien hallamos gravados ciertos caractères , que declararon quan cercano está el fin de el Imperio de los Persas. Licenciò , pues , su Armada , y dexò à sus Capitanes el cargo de sujetar el Ponto , y sus Comarcas ; y siguiendo su intento , pasó en persona à Caria , donde supo se avia retirado considerable numero de Enemigos. Esperancòlos la Ciudad de Halicarnasso , por la fortaleza de su situacion , y de dos buenas Ciudadelas , en que podrian sus Murallas detener , qual poderosa trinchera , el impetuoso torrente , con que venia Alexandro. Pero aun mas se fundaba su confianza en el credito de Memnon , cuya vigilancia , y cuidado disponia con provido acuerdo , quanto juzgò necesario para la vigorosa resistencia de vn largo sitio , por averle dado Dario algunos dias antes el Gobierno de toda la Costa del Mar , y de la Armada. Fue causa de esto , el que aviendo reconocido Memnon no bastaban , ni las considerables ventajas , que hazia en la disciplina Militar à todos los Capitanes de la Persia , ni las experiencias que avia

Plutarc.  
cap. 27.  
Appian.  
de bell.  
Mithrid.  
Iust. 38.  
7. 2.

Curr. 6.  
3. 3. y  
10. 10.  
3.

Vitruv.  
2. 8.  
Strab.  
lib. 14.

Diodor.  
17. 23.  
Arriano  
1. 7. 2.

2. 11. 1.  
Arriano  
1. 6. 31.



dado de su fidelidad, para que purgadas las sospechas en que ponía à los Persas mirarle, como à Griego, y como à quien se hizo vn tiempo tan gran lugar en la Corte de Macedonia, perdiendo el recelo con que vivian, de que pudiesse algun dia tener inteligencia en ella, correspondieffen à sus grandes merecimientos las mercedes del Rey, le embió à sus hijos, y muger, mas que por solicitarlos à su abrigo, el resguardo con que pretextò esta accion, por assegurar su confiança, por medio de estas prendas. Aviendo, pues, entrado Alexandro en Caria, reduxo en breve espacio todas las Ciudades, que estaban entre Mileto, y Halicarnasso, por habitar la mayor parte de ellas los Griegos, à quienes acostumbraba conceder sus Leyes, y Privilegios, protestandoles avia passado al Asia, solo por ponerla en libertad. Pero bien aprisa grangeò en los Barbaros no menor afecto la vrbánidad con que tratò à Ada, Princesa de la Real sangre; la qual, passando por aquella Comarca el Rey, le visitò, y pidió la admitieffe debaxo de su proteccion, y la restableciesse en su Reyno. Tuvo Hecatommo, Rey de Caria, tres hijos, y dos hijas: el mayor, llamado Mausoleo, casò con Artemisa; y la menor, con su hermano Hidrico. Artemisa, pues, hermana, y muger de Mausoleo, le avia sucedido en el Reyno, siguiendo la costumbre de èl, donde es permitido à los hermanos casarse con las hermanas, para que igualmente gozen

1. 2. 21.  
Comm.  
in Curt.  
3. 13. 4.  
Arriano  
1. 7. 1.  
Diodor.  
17. 23.

Strab. lib.  
14.

del Dominio. Pero muerta esta del excesivo dolor de aver perdido à su marido Hidreo, que la sucedió, y murió sin hijos, dexò el Imperio à Ada, à quien se le vsurpò Pexodoro, que era el vnico, que avia quedado de los hijos de Hecatommo; y aunque con la muerte de este debiera aver recuperado la Corona, no se lo permitió Orontabates, Gran Señor de la Persia, à quien avia elegido por yerno suyo Pexodoro, con el fin de assegurarle mejor, por medio de sus fuerças, en la possession de vn Reyno, que violentamente avia vsurpado, por averse apoderado de èl luego, que murió el suegro, presuponiendo, que le pertenecia, como Dote de su muger. Aviendo, pues, quexadose Ada à Alexandro de aquel agravio, y dadole la Fortaleza de Alindes, consiguió de èl permiso, para que le llamasse hijo suyo, y que la ofreciesse concurrir à su reestablecimiento al Trono, como se lo cumplió, despues de aver tomado à Halicarnasso, haziendo que la obedeciesse, y reconociesse la Caria por su Reyna. Con cuya generosa accion, la qual divulgò la fama por toda aquella Comarca, grangeò la inclinacion, y obediencia de muchas Ciudades, facilitando esta el posseer la mayor parte de ellas, parientes, ò confederados de Ada, los quales embiaron luego al punto al Rey, por medio de sus Embaxadores, Coronas de oro, protestandole: *Quedarían gustosos debaxo de su proteccion, y poder, para executar, con la mayor fidelidad sus ordenes.*

Tacit. 2.  
3. 5.  
Strab. lib.  
14.

Arriano  
1. 2. 26.

Plutarc.  
cap. 38.

Arriano  
1. 3. 26.

Strab. lib.  
14.  
Diodor.  
17. 24.

Mien-



Plutarco.  
6. 38. en  
la Apop.  
cap. 17.  
y en el  
trat. que  
nos fue-  
de vivir  
dulcem.  
siguien-  
do à Epi-  
curo,  
cap. 24.

Mientras passaba esto, disponia cuidadosamente Ada deliciosas viandas, primorosos dulces, y quantos generos de regalos comestibles pudo discurrir; los quales embiò à Alexandro con los Cocineros, y Reposteros mas excelentes, que alli se conocian, creyendo le seria grato obsequio divertirle à su buelta las fatigas de la Guerra, con las delicias del Asia. Pero aquel prudente Principe, no ignorando quan poco oportunos son, à quien se ocupa en tan generosos empleos, el desordenado apetito à los manjares, y el vicioso trato de las mugeres, agradeciendo su afecto, la mandò decir: *Que Leonidas, su Ayo, le diò en vno de los documentos, que le debiò en su juventud, mejores Cocineros, que los que ella le embiaba; advirtiendole, que el mejor medio, para comer con gusto, era madruguar, y andar; y el de cenar con apetito, hazer vna moderada comida.*

## CAPITULO IX.

*Pone sitio à Halicarnasso; intenta en vano apoderarse de la Ciudad de Minda; salida de los de Halicarnasso, para estorvar sus trabajos; temeridad de los Soldados, de que se origina vn gran combate; talento, y moderacion de Memnon, Capitan de los Persas.*

**R**EDUCIDA de esta suerte casi toda la Caria à la obediencia de Alexandro, la resistia Halicarnasso, Capital del Reyno, confiada en la fuerte Guarnicion,

con que se hallaba. Por lo qual, persuadido el Rey à que aquel sitio duraria algun tiempo, hizo traer sus Baxeles, Vituallas, y las maquinas, que eran necesarias para atacarla. Con cuyo fin dispuso su Infanteria à cinco estadios de la Ciudad. Batiendo poco despues las Murallas cerca de la Puerta, que va à Mylassa, hizieron los sitiados vna repentina salida, que resistieron vigorosamente los Macedones; los quales, aviendo muerto à algunos, hizieron bolver, sin gran dificultad à los demàs. Pocos dias despues, esperando Alexandro tomar por inteligencia à Minda, passò à ella de noche con vna parte de sus Tropas. Mas viendo, que ninguno de la Ciudad se declaraba à favorecer su intento, y que no correspondia el suceso à lo que se le avia ofrecido, hizo acercar sus Soldados de pesadas Armas, à quienes diò orden para que minassen el muro, por no aver traído escalas, ni maquinas, respecto de no llevar intento de ponerla sitio. Pero aunque derribaron vna Torre, no abrieron brecha para poder entrar en la Ciudad, respecto de aver caído de tal suerte, que sus ruinas resguardaban aquella parte de la Muralla, que cubria estando en pie. A que se llegaba la valerosa resistencia con que se defendian los sitiados; mayormente aviendoles llegado al mismo tiempo el socorro, que de Halicarnasso les embiò Memnon, noticioso del peligro, en que se hallaba aquella Ciudad, que acabò de

Diodor.  
17. 24.  
2. 8. 64  
Arr. 27.

Diodor.  
17. 14.  
Vitruv.  
10. 20.  
y 21.



imposibilitar los intentos de los Macedones. Buelto Alexandro al Campo delante de Halicarnasso, determinò inmediatamente hazer llenar vn Fosso de treinta codos de largo, y quince de profundidad; el qual avian ahondado los Enemigos delante de la Ciudad. Para cuyo fin, y el de que pudiesen conducir los Soldados sin ningun peligro la tierra, y lo que era necesario à llenarle, mandò disponer tres Tortugas. Finalmente estandolo, hizo el Rey acercar las Torres, y maquinas, para batir las Murallas; y aviendo abierto con ellas vna brecha razonable, hizieron los Macedones grandes esfuerzos por entrar en la Ciudad, aunque con poco fruto, respecto de la valerosa oposicion, con que animados de la presencia de sus Cabos, y del crecido numero de Gente, con que se hallaban los sitiados, à quienes era facil el remudarse à proporcion de ellos, los resistieron. Por lo qual se empleò todo aquel dia en diversos combates; à cuya fatiga, juzgando Memnon rendidos à los Enemigos, por aver advertido en sus Guardas mas negligencia de la que acostumbra-  
 ban, saliò de la Ciudad de noche, con buen numero de sus Tropas, y puso fuego en los trabajos, y en las maquinas. Acudiendo presta-  
 mente los Macedones à apagarle, y procurando impedirselo animosamente los Enemigos, se trabò vn combate bastantemente sangriento; porque aunque los Macedones eran superiores à los Enemigos en el valor, y en la tolerancia de los

peligros, inferiorissimos en el numero, y en el aparato de las Perfas, à cuyas flechas, y todo genero de tiros, arrojados desde las Murallas por las maquinas, estaban expuestos, sin poder vengarse de las heridas, que recibian, en quanto no les era permitido pelear à distancia de la Ciudad. Era en tanto horrible el clamor de vna, y otra parte; animaban vnos à su Gente, y injuriaban otros à sus Enemigos; llegandose à esto los gemidos de los heridos, y de los que morian; los quales, entre las tinieblas de la noche, lo llenaban todo de espanto, y horror, que aumentaba la vozeria confusa de la muchedumbre; la qual, mientras los demás combatian, se ocupaba en reparar los Muros, que avian roto las maquinas. Finalmente, prevaleciendo el valor de los Macedones, obligò à los Enemigos à que se retirassen dentro de sus Murallas, despues de aver muerto cerca de setenta, entre quienes fuè vno Neoptolemo (el qual se avia amparado de Dario, con Amyntas, su hermano) sin mas pèrdida, que la de seis hombres, aunque los heridos fueron cerca de trecientos, respecto de que aviendo sido el combate de noche, no podian preservarse de los tiros, que no veian, y que recibian acaso. Algunos dias despues diò bien ligero accidente ocasion para vn reencuentro considerable; el qual empezò por dos Soldados de las Tropas, que Perdicas tenia à su cargo. Alojaban ambos juntos; y cierto dia, despues de aver bebi-

Arriano  
1. 7. 8.

Diodor.  
17. 2.  
Arrian.  
1. 7. 2.

Arrian.  
1. 7. 13.  
Diodor.  
17. 2.



bebido ; introducida conversacion, para quien tomaron sus valerosas acciones por assumpto, como de ordinario sucede entre Soldados de espiritu , passaron à disputar qual de ellos excedia al otro en fuerças, y valor, y à concluir la, diciendo vno à su compañero : *Para que reducidos à palabras tan gloriosa disputa ? Oy no se trata aqui de averiguar qual es la mejor lengua , sino qual es el mejor brazo. La ocasion no puede ser mas oportuna ; ella decidirá mejor nuestra diferencia , y si es mayor tu valor , que el mio.* Encendidos, no menos que de la emulacion, del vino, tomaron sus Armas , y partieron juntos à las Murallas de la parte de la Ciudadela de Milassa. Comovidos de su temeridad, salieron de la Ciudad algunos , à quienes, bien lexos de huir aquellos arrojados mozos , esperaron con Espada en mano , disparando Dardos contra los que se retiraban. Mal pudiera su osadia mantenerse por si sola, sin el castigo à que se avia expuesto , ni resistir largo espacio combate, en quien era tan ventajoso el numero de los Enemigos , como el lugar desde donde peleaban , si reconociendo primero algunos de sus compañeros el peligro , y despues otros , no los huviesse socorrido ; à cuyo exemplo hazian lo mesmo los de la Ciudad , saliendo de ella à proporcion de los que veian acudir de parte de los Macedones. Eran tan varios los sucessos, como las fuerças ; las quales , superiores vnas vezes , y inferiores otras , dexaban yà vencedores à los Macedones , y yà

à los Enemigos , hasta que acercandose Alexandro con los que le asistían , atemorizados los Enemigos de su presencia , se retiraron luego al punto à la Ciudad, adonde estuvieron muy proximos à entrar los Macedones siguiendolos , respecto del descuido , y corta defensa , que avian dexado por aquella parte , aviendo llevado à todos à las Murallas , la curiosidad de aquel suceso. Avian derribado dos Torres , con sus muros, las violentas baterias de los Arietes Macedones ; la tercera , movida yà , y abierta , quedaba incapaz de resistir à los Minadores. Pero no pudieron aprovecharse de la oportunidad , que por este medio se les ofrecia para entrar en la Ciudad , por pelearse tumultariamente , y no estar junto , ni en orden de Batalla el Exercito. Y si bien los Griegos los daban por rotos , y afirmaban, que como tales, les avian cedido la Victoria , sin querer embiar por los muertos, para enterrarlos ; tuvo Alexandro por mejor pedir los suyos, y hazer treguas con el Enemigo , que dexarlos abandonados , y sin sepultura. Pero hallandose alli Ephalites, y Trasibulo , Athenienses, en servicio de los Persas , con mas odio à los Macedones , que atencion à la piedad comun, lo contradixeron , alegando, que por ser los mayores Enemigos , que tenia la Persia , no se los debian conceder. Si bien fuè de contrario sentir Memnon , el qual les representò : *Quan indigno era de su estilo , y de las costumbres de los Griegos negar la*



*sepultura à los Enemigos, que avian venido; pues las fuerças, y las Armas solo se debian esgrimir, contra los que tenian à la vista vivos, y se les resistian, sin que se estendiesse sus iras à exercitar su rigor con baldones, y vltrages, en los que por muertos se hallaban tan incapaces de ofenderlos, como de merecerse las.*

Tal fuè el sentir de Memnon, cuya moderacion resplandeciò entre las demàs virtudes, que ilustraban su persona, acreditada en todas las acciones de su vida, en cuyo curso nunca tuvo por licito à ningun hombre de obligaciones, vencer à su Enemigo con las injustas Armas del agravio, y la injuria, que ofrece la ceguedad de la passion, sino con las generosas, que ministra la razon en el valor, la fuerça, y la prudencia: *Y assi se refiere, que advirtiendole hablaba con desprecio de Alexandro vno de sus Soldados, le diò con la Lança, diciendole, que no le pagaba su sueldo para que dixesse mal de Alexandro, sino para que peleasse bien contra el.*

Plutarc.  
en las  
Apoph.  
cap. 31.

#### CAPITULO X.

*Otra salida de los de Halicarnasso; son rechazados; ponen fuego à su Ciudad; abandonanla, y retiranse à dos Ciudadelas, à quienes toma poco despues Alexandro.*

**A**TENTOS, quanto les era posible, los sitiados à su seguridad, trabajaban en el interin en levantar por de dentro otra Muralla de ladrillo, que pudiesse suplir la falta de la que les avian derribado; si bien no era en linea recta,

Arrian.  
1. 7. 14.  
2. 10. 4.

como aquella, sino en la misma forma, que tiene la Luna quando està en creciente: la qual concluida en breve, respecto del crecido numero de gente, que trabajaba en ella, empezò al dia siguiente à padecer las baterias enemigas, por averle parecido à Alexandro tendria, quanto mas reciente, tanta mayor facilidad de arruinarla. Mientras se ocupaban en esto los Macedones, hizieron los sitiados otra salida de la Ciudad, sin lograr con ella mas fruto, que el de quemarles algunos reparos, que los cubrian, y parte de vna torre de madera, por aver estorvado Philotas, y Helanico, à cuyo cuidado estava el de las maquinas, passasse adelante la llama, y mucho mas Alexandro, que aviendole acudido al peligro, atemorizò de fuerte à los Enemigos su presencia, que dexando el fuego, y aun algunos sus mesmas Armas, bolvieron con precipitada fuga à la Ciudad, desde donde, mejorados de lugar, y favorecidos de el, se defendieron mas facilmente; fuera de que estando el muro hecho en la forma, y disposicion, que dexamos dicho, podian desde el cargar de flechas à los Enemigos, no solo de frente, sino tambien de flanco, y por qualquier parte donde acometiesse. Sin embargo, viendose cada dia mas apretados, y discurriendo, que Alexandro no se retiraria, sin averse apoderado de la Ciudad, tuvieron Consejo los Capitanes Persas, sobre lo que debian resolver. Hallabase alli Ephialtes, à quien se igualaban

Diodor.  
17. 28.



ban pocos en lo vigoroso del cuerpo, y en lo esforçado del animo. Este, pues, aviendo ponderado las penalidades, y trabajos de vn dilatado sitio; *les manifestó, no debian esperar à que consumidas lentamente sus fuerças, les precisasse la necesidad à rendir la Ciudad à discrecion del Vencedor, sino hazer, mientras las tenian, vna salida con los mas escogidos Soldados, que estaban entonces à sueldo suyo, y llegar à las manos con el Enemigo: Que esta resolucion, aunque à los primeros visos parecia temeraria, esperaba los desengañasse con su execucion el suceso; pues hallandose bien agenos de ella los Enemigos, y consequentemente desprevenidos, podrian desbazerlos, sin gran dificultad.* No se opuso Memnon al sentir de Ephialtes; porque si bien no acostumbraba preferir las resoluciones arriesgadas à los consejos prudentes, y seguros, hallandose destituidos de socorro, y con el riesgo tan inevitable, como proximo, le pareció era aquel vno de los casos en quienes se debia librar al suceso, el desengaño de lo que en tan gran peligro podia obrar vn Capitan, à quien parece movia superior inspiracion, à hazer experiencia de los vltimos recursos. Por tanto, aviendo escogido Ephialtes dos mil hombres de las Tropas Mercenarias, hizo disponer mil achas encendidas, y les ordenò estuviessen prompts, y Armados desde el amanecer, para tomar sus ordenes. Ocupabase en el interin Alexandro, desde que empezó à rayar el dia, en hazer acercar sus maquinas al nuevo muro de ladrillo; à cuyo tiempo,

abierta inopinadamente vna puerta de la Ciudad, por orden de Ephialtes, y dividida en dos porciones su Gente, mandò à vna de ellas saliesse con achas encendidas en la mano, à quien, aviendolo hecho, siguiò inmediatamente con el resto, en forma de Batalla, para embarazar à los Enemigos apagassen el fuego de las maquinas. Entendido Alexandro de todo, ordenò promptamente à los suyos en Batalla; dispuso el socorro, que era necessario embiar à vna, y otra parte, compuesto de Soldados escogidos, y algunas Tropas, que fuesen à extinguir el fuego; y partiò el mismo contra Ephialtes: el qual, dexando por su fortaleza, y valor, muertos à los azerados filos de su espada à quantos le hazian rostro, animaba à los suyos con la voz, con las acciones, y aun mas con su exemplo. No trabajaban poco en el interin à los Enemigos los sitiados, desde vna Torre de cien codos de altura, que avian hecho sobre sus Murallas, de donde los cargaban facilmente, por medio de sus maquinas, de saetas, y piedras, à cuyo tiempo, saliendo improvisamente por otra parte de la Ciudad, llamada Triphylon, vn trozo de Gente, à orden de Memnon, ocasionò tan gran tumulto en el Campo de los Macedones, que el mismo Rey se hallò en duda de lo que debia hazer. Pero su grandeza de animo, la destreza con que proporcionaba à los peligros sus ordenes, y la promptitud con que la fortuna le favorecia con sus



Arrian.

1. 5. 12.  
8. 7. 18.

sus focorros , quando mas necesitado estaba de ellos , vencia los mayores riesgos. Por lo qual fueron rechazados, no sin gran mortandad , los que pusieron fuego à las maquinas , de la gente que las guardaba , y de la que embiò el Rey en su focorro , y reparos, por la parte que avia cargado Memnon , los esfuerzos con que los acometia , por Ptolomeo , hijo de Philipo , Capitan de las Guardas de Corps , asistido de las Cohortes, de Timandro , de Adeo , y de su propria Compañia , quedaron por vltimo gloriosamente vencedores los Macedones , aunque con pèrdida de Ptolomeo, Addeo, y Clenarco , Capitanes de los Ballesteros, y de cerca de quarenta hombres de su gente, aviendo puesto en tan precipitada fuga à los Enemigos , preocupados del miedo , y del pavor , que llegando en desordenado, y confuso tropel à la Puente , que avian hecho para passar el fòssò , muchos solicitando salvarse , rendida esta al grave peso , se precipitaron con ella. A vista de cuyo suceso se arrojaron los demás , que avian quedado de tràs , al fòssò , donde fueron ahogados vnos por su mesma gente , y muertos otros à los tiros de los dardos , que disparaban sobre ellos los Macedones desde arriba , sin muchos, que aviendo librado de este Tumulto, pasaron à buscar la muerte à las mismas puestas de su Ciudad , respecto de que no menos atemorizados los de dentro , las cerraron aceleradamente , abandonando gran

parte de los suyos , recelosos de que à bueltas de ellos entrassen confusamente dentro los Enemigos. En tanto Ephialtes , no menos formidable con la desesperacion , que con la esperança , combatia tan valerosamente contra las Tropas de el Rey , que huviera puesto en duda la Victoria , si los Soldados viejos de Macedonia, reconociendo el peligro de los suyos , no huviesse acudido à ellos, Mantenianse estos en el Campo, exemptos de las cargas, y exercicios de la Guerra , y sin pelear, hasta que lo pedia la vltima necesidad , aunque no por esto dexaban de tirar sueldo , como los demás , y de participar de los premios , y provechos de la Milicia, aviendo merecido esta honra por medio de las ilustres acciones, que avian obrado en servicio de Alexandro , y de los Reyes sus antecessores. Partieron , pues , estos con presteza al mismo tiempo, àzia el primer Esquadron , à quien mandaba Atharias; luego que vieron , que atemorizada su Gente de el peligro , retrocedia, y que procuraba algun lugar donde retirarse : restablecieron el combate , y hizieron , que los demás recobrasen sus pèrdidos alientos , dándoles en rostro con su flaqueza , y desmayo ; cuya emulacion , entre vnos , y otros , esforçò à todos, mudandose bien apriessa el semblante , y la fortuna del suceso. Quedaron muertos en esta refriega Ephialtes , y sus mas valerosos Soldados, los demás bolvieron rechazados à la Ciudad , donde en-

Diodor.  
17. 27.Curt. 23  
5. 8. 14  
36.Diodor.  
17. 27.

tra-



Arriano  
1. 7. 10.

traron en su seguimiento muchos Macedones ; en cuya ocasion la pudieran aver tomado por fuerza , fino huviesse mandado el Rey inmediatamente tocar à retirarse , yà fuesse porque quiso conservarla , ò yà porque estando en su vltima declinacion el dia , temiesse la noche , y las emboscadas , que aprovechandose de su obscuridad , podian disponerle en lugares ocultos , y desconocidos. Consumidas en este combate las mejores fuerças de los sitiados , confirió Memnon en Consejo , que tuvo con Orontobates , y los demás Capitanes , lo que debia executar. La resolucion de él fuè , quemar aquella noche la Torre de madera , el Arsenal en que estaban las Armas , y introducir fuego à las casas mas cercanas à la muralla. Executòse así , y prendiendo luego las llamas del Arsenal , y de la Torre , impelidas del viento , se aumentò , y dilatò por todas partes el incendio. A cuyo tiempo hizieron passar los Capitanes la mejor parte de los Habitadores , y de la Gente de Guerra à vna Fortaleza , situada en cierta Isla , y el resto à otra Ciudadela , llamada Salmacide , cuyo nombre tomò de vna celebre Fuente cercana à ella ; y la muchedumbre , con lo mas precioso de la Ciudad , à la Isla de Cos. En tanto Alexandro , aviendo sabido por los Tranfugas , y reconocido por sí mismo , lo que se avia executado en Halicarnasso , mandò à los suyos , en medio de ser de noche , entraassen dentro , y passassen à cuchillo à todos los que

Arrian.  
2. 1.

Vitruv.  
2. 8.  
Diodor.  
17. 27.

Arrian.  
1. 7. 3.

se hallassen empleados en ponerla fuego , y perdonassen à los que se les rindiessen. Observando el dia siguiente las dos Fortalezas , de quienes los Persas , y los Soldados Mercenarios se avian amparado , y juzgando costaria algunos dias su rendicion , y que ni esta , ni la de la Capital de aquel Pueblo , merecian su detencion , y que consumiesse el tiempo , que podia emplear con mayor fruto en otras empresas , hizo arrassar la Ciudad , y dexò al cuidado de Ptolomeo la toma de aquellas Fortalezas , cercadas todas de Fossos , y de Murallas , y el de la seguridad de la Caria , con tres mil hombres Estrangeros , y ducientos Cavallos. Correspondiò Ptolomeo à la confiança del Rey con felicidad ; porque juntas despues sus Tropas con las de Asfander , Governador de la Lydia , deshizo à Orontobates en Batalla , y tomaron los Macedones las dos Fortalezas , en cuyo sitio los obstinò la colera , y el despique de la misma dilacion. En tanto el Rey , bolviendo el animo à Phrigia , y à las Provincias cercanas , embiò à Parmenion à Sardis , con las Companias de Cavallos de sus favorecidos , las Tropas de Cavalleria Auxiliares , y los Thessalos (cuyo mando tenia Alexandro Lincestes) con intento de entrar en Phrigia , y de tener prestos los Viveres en el País Enemigo para el Exercito , que avia de seguirles ; à cuyo fin hizo llevar consigo carretas , y todo lo necesario para conducir las Provisions. Aviendo entendido poco des-

Diodor.  
17. 21.

Arrian.  
1. 7. 25.  
Arrian.  
1. 6. 5.  
Curt. 3.  
7. 4.  
Arrian.  
1. 1. 32.

Strabon  
lib. 14.

Arriano.  
1. 7. 29.  
2. 11. 14.  
2. 11. 15.

pues



pues ; que muchos Macedones, los quales se avian casado poco antes de esta expedicion, llevaban con impaciencia el carecer de la vista de sus mugeres, diò orden para que los conduxessen Cenon, y Meleagro, à quienes por la misma razon, seria no menos apacible, que à los demás, la jornada. Con cuya benigna accion aumentò el amor de la Gente de Guerra, obligandola à que experimentando la atendia, y no negaba el consuelo de que pudiesse tal vez dár buelta à su Patria, se expusiese con mayor promptitud à los peligros de mas distantes empresas. Mandò tambien à los Cabos, que en el interin, que estaban en Macedonia, hiziesen las mas numerosas levas de Infanteria, y de Cavalleria, que les fuesse posible, y que la traxessen al principio de la Primavera, con los que avian de bolver. Y reconociendo, que su Exercito se empezaba à corromper, con las viciosas delicias del Afsia, cuyas torpezas tenian contaminados à muchos de su Campo, hizo que se descubriesen, cuidadosamente, todos los que se hallaban manchados de tan abominable vicio, y que separados de los demás estos impudicos, fuesen llevados à vna corta Isla del Golfo de Ceramico; la qual participò tambien de su infamia, quedando (en memoria de su destierro) con el nombre de Cinedopolis.

((§))

## CAPITULO XI.

*Honra Alexandro una Estatua de Theodecto ; manda castigar à Lincestes, que conspira contra el ; presagio, con que descubre esta traycion ; trata bien à los Judios ; adora el nombre de el Verdadero Dios ; ve en Jerusalem los Libros de los Prophetas ; haze ofrendas en el Templo.*

**E**XECUTADO esto, y perseverando en el intento de reducir debaxo de su obediencia toda la parte del Mar, para que la Armada de los Enemigos quedasse invtil, se apoderò de Hyparnes, la qual le entregaron los Soldados Mercenarios, que estaban en la Ciudadela. Despues de lo qual se encaminò à Lycia, donde aviendo hecho alianza con los Thelmisenses, y passado el Xanto, recibió en su proteccion la Ciudad, que tiene el nombre del Rio Pinara, y Patara, que son las mejores de esta Comarca, sin otras muchas Plazas de corta consideracion. Y reconociendo, que las cosas estaban con bastante tranquilidad, passò à Milias, porcion de la Gran Phrigia, à quien los Reyes de Persia avian aplicado à Lycia. Mientras la recibió en su obediencia, vinieron à solicitar su amistad los Embaxadores de los Phaselitas, y le presentaron vna Corona de oro ; à cuyo tiempo llegaron, con el mesmo intento, otros de la baxa Lycia. Por lo qual embiò delan-

2. 8. 14.  
Arrian.  
1. 7. 30.

Diodor.  
17. 27.

Arria. x.  
11. 7. 31.

Plinio 5.  
31. 14.





Plutarc.  
cap. 26.  
Arriano  
I. 7. 31.

delante algunos de sus Capitanes, para que se entregassen de las Plazas de los Phaselitas, y de los Lycios; y pocos dias despues, passò en persona à Phaselis. Tenian situada entonces vna Plaza fuerte en las Tierras de su Dominio, que avian fundado, y fortificado los Pisidas, los quales incomodaban de la otra parte los Pueblos vezinos. Tomòse facilmente, con la llegada de Alexandro; el qual, por no permitirle el rigor del Invierno, y la impenetrable aspereza de los caminos, que continuasse su marcha, se detuvo algunos dias con los Phaselitas, dando en ellos à su espiritu, y à su Exercito parte del reposo, que necesitaban sus continuadas fatigas. Aviendo tenido vno de ellos festin, con sus favorecidos, saliò despues de cenar à la Plaza de aquella Ciudad, en la qual avian erigido sus habitantes vna Estatua à Theodecto, dançò al rededor de ella, y la adornò de muchas coronas de flores, en memoria de la afectuosa amistad, que contraxo con el quando oia la doctrina de Aristoteles. Pero le interrumpiò estos regozijos la noticia, que estando en ellos le llegò de Parmenion; el qual le participaba: Que aviendo hecho prisionero à vn Persa, llamado Afsisines, avia averiguado que passaba, aunque con pretexto de buscar à Aticies, con orden secreta de Dario, para que solicitasse verse con Alexandro Lincestes, y le ofreciesse, en nombre suyo, el Reyno de Macedonia, y mil talentos, porque cumpliesse lo que tenian tratado, y resuelto. Aviafe conferido entre

Suidas  
Arrian.  
I. 8. 4.

Arriano  
I. 8. 1.

el, y el Transfuga Amyntas, el cruel atentado de dár muerte al Rey, tomando à su cuidado la execucion de ella. Y si bien se le perdonò este delito, procurando obligarle à la enmienda con crecidas honras, por las quales debiera hallarse con sumo reconocimiento al Rey, preocupado su animo de el ardiente deseo de Reynar, juzgaba le era todo permitido, à precio de abrir camino para el Tròno. Aviendose, pues, propuesto esto en el Consejo, los mas zelosos Criados del Rey le culparon, no solo la facilidad de aver perdonado tan grave delito, sino la de averle colmado de honras, y mercedes; y la de averle dado el Gobierno de su mas escogida Cavalleria. Qual serà (decian) en lo venidero leal, si demàs del perdon se confieren, en vez del severo castigo, que merece el parricidio, como premios de el, el favor, los mas autorizados cargos, y mejores Gobiernos? Que era preciso enmendar, con promptitud, lo que con excesiva clemencia se avia errado, para que no pudiendo entender el Delinquente, que estaba descubierto su delito, se evitasse el riesgo de que introduxesse novedades en los ligeros animos de Thessalia. Y que assi, no se se debia despreciar aquel peligro, por ser el mas grave, que podia ofrecerse, ni malograr los pressagios de los Dioses, los quales advertian visiblemente al Rey, se guardasse de trayciones. Aludiendo al prodigio, que le acaeciò, mientras se hallò al sitio de Halicarnaso, de cuya dilatada, y penosa fatiga, rendido cierto dia, à la mitad de el, al sueño, sobrevino alli vna Garça (ave bastantemente conocida en los pre-

I. 9. 18.

Arriano  
I. 8. 4.

I. 9. 25.

I. 7. 31.



Eliano  
Hist. ant.  
10. 39.  
Arrian.  
1. 8. 5.

Diodor.  
17. 32.

1. 9. 25.

presagios) la qual permaneciò por largo espacio bolando , con gran estrepito , al rededor de su cabeza , inclinandose yà à vna , y yà à otra parte de su lecho , y cantando con mas vigor , y confusion de la que acostumbra. No desperdò enteramente al ruido Alexandro ; si bien , insistiendole en el , y en sus tornos la Garça , la apartò con la mano. Pero en vez de irritarse con aquella accion , tomò asiento en su misma cabeza , repitiendo , aun con mayor sonido , su canto , sin cessar en el , ni querer separarse de ella , por mas que la despedia de si el Rey , hasta que despertò del todo. Cuyo prodigio atribuyò Aristrando , *à que corrria riesgo la vida del Rey , por traycion de alguno de sus Validos ; pero que esta se descubriria : manifestando lo inferia assi de la propiedad de aquella ave , la qual es naturalmente inclinada à los hombres , y entre todas la mas parlera.* En esta consideracion , pues , y en la de conformar con la declaracion del Adivino , lo que se le avisaba de Assifines , à que coadyuvaba tambien la prevencion , que en sus Cartas le hazia su Madre , para que no se fiasse de el , teniendo por cierto el delito , embiò verbalmente , con persona de toda fidelidad à Parmenion , orden de lo que avia de executar , no aviendole querido fuesse por escrito , respecto del riesgo , que pudiera tener de ser descubierta , hallandose Lincestes en Phrigia , con Parmenion. Fuè Amphotero , hermano de Cratero , de quien se valiò ; el qual , vestido à la moda Phrigia ,

pasò secretamente à verse con Parmenion , llevando en su compania por guia algunos Pergenses , practicos del camino. Puso luego en prision à Lincestes Parmenion , cuya muerte , si bien se disfrìò , atendiendole à la decencia , y decoro de su Casa , se le diò tres años despues , assi como à Philotas , y à los demàs delinquentes del proprio delito. No fuè sola esta experiencia la que tuvo , para poder conocer estaba al cuidado de los Dioses la seguridad de su vida , pues sin ella se le ofreciò otra , aviendole partido de Phaselis , en credito de su proteccion. Avia embiado por las Montañas à la Ciudad de los Pergesios , vna parte de su Exercito , à quien siguiò , conduciendo lo restante de el por vna estrecha senda , entre el Monte Climax , y el Mar de Pamphilia , quando està en tranquilidad , que es pocas vezes en el Invierno. Temiendo , pues , mas que otro algun peligro el de la tardança , hazia passar su Exercito por aquel trabajoso parage , con la mesma promptitud , y ardor , que por el camino mas commodo , y seguro. Pero embraveciendo el Mar el viento de Medio Dia , que corria entonces , inundò con sus aguas la Ribera , y el camino , acumulandolas las crecidas lluvias , que , como suele quando corre , ocasionò. Con todo , aviendole llegado alli Alexandro , se levantò inmediatamente el de Septentrion ; el qual , serenando el Cielo , facilitò que se retraxessen las aguas al Mar , y que quedasse desembarazado de ellas

Comm.  
in Curt.  
7. 1. 8.  
Arrian.  
1. 8. 8.

Strab.  
lib. 14.  
Curt. 5.  
22. cap.  
3. 16.  
Artemid.  
in Senec.  
Suafo. 1.  
Arrian.  
1. 8.  
Eust. in  
Dionis.  
vers. 8.  
5. & 865.  
Appian.  
lib. 2. de  
bell. Civ.  
Ioseph.  
antiqu.  
lib. 2.  
Plutarc.  
cap. 27.  
& 28.  
Strab.  
lib. 14.



ellas el camino de los Macedones; si bien necesitaron de todo vn dia para passar por aquellos desconocidos pantanos, cuyas aguas llegaban à cubrir el medio cuerpo de los Soldados. Tal era la confiança, con que despreciando Alexandro los peligros, se arrojaba à ellos; la qual, aunque se debe atribuir à efecto de su generoso valor, y espíritu, no se puede dexar de confesar, le fortalecian en ella los repetidos prodigios, y pressagios, de quienes pudo conocer le tenia destinado el Cielo para tan gloriosas, y considerables empreſas; pues sin otras se refiere, que antes de salir de Macedonia se le ofreciò en sueños vn hombre, cuyo respectuoso, y venerable aspecto, era superior al de los demás mortales; el qual le intimò *le siguiessse al Afsia, à arruinar, y destruir à los Persas*: y que esgrimiendo sus Armas contra Phenicia, cierto Sacerdote de los Judios, que llevaba delante de sí, à quien le fuè revelada la vision, le hizo memoria de ella. Avia intimado, mientras tenia puesto sitio à Tyro, à los Reyes, y Pueblos vezinos, se le rindiessen, y mandado hiziessen levass; negaronse à esto, y à aceptar su amistad los Judios, que habitaban en Jerusalem, cèlebre, y famosa Ciudad, con pretexto de la aliança, que tian con Dario. Irritado el Rey de su orgulloso desprecio, hizo marchar sus Tropas à la Judea, à cuyo camino, temerosos de su indignacion, le salieron à encontrar los Moradores de Jerusalem, para solicitar su cle-

mencia, llevando consigo à sus mugeres, y à sus hijos, por obligarle mas à que los perdonasse. Iban primero los Sacerdotes revestidos de ropas de lino, à quienes seguia el Pueblo, vestido de blanco, cuya confusa muchedumbre conducia Jaddmo, Summo Sacerdote entonces, revestido de los Ornamentos Pontificales. Admirado el Rey de tan magestuosa pompa, se arrojò del cavallo al tiempo de acercarsele, adelantandose solo à recibirla; y despues de aver adorado, con profunda reverencia el Nombre de Dios, gravado en vna Lamina de oro de la Mitra del Summo Sacerdote, le saludò, y tratò respectuosamente. Dexò esta inesperada accion tan absortos à los que le acompañaban, como regozijados à los Judios, los quales, convertido en esperança su temor, y prometiendose, no solo el perdon, que solicitaban, sino hazerse tambien en breve dueños de su gracia, le rodearon, mezclando entre loores, y regozijos sus votos. No sucediò assi à los Señores Syrios, que emulos, y declarados Enemigos suyos, los seguian, esperando satisfacer con su castigo sus antiguos odios, pues quedaron igualmente admirados, que confusos, sin acertar à distinguir, si era verdad, ò ilusion, y sueño lo que veian. Aun à los mismos Macedones causò tan gran estrañeza esta novedad, que acercandose Parmenion à Alexandro, se tomò la licencia de preguntarle: *Por què hazia aquella honra à Religion tan estraña, admitiendo à su*

Ioseph.  
11. 8.  
Schit. in  
proemio  
Tarig.  
Reg. Per-  
fic.

Zonar.  
10. 1.  
Tacit. 9.  
5. 2. 1.  
Ioseph.  
11. 2.



gracia Nación tan vil, con agravio considerable de su grandeza? Pero dexandole satisfecho, con la participacion de el sueño, que avia tenido, entrò en la Ciudad, y en el prodigioso Templo de Jerusalem, donde sacrificò à Dios, en la mesma forma, que lo hazian los Judios, y le consagrò ofrendas. Viò los Libros Sagrados de aquel Pueblo, entre cuyas Prophecias declaraba distintamente vna, se rendiria à los Macedones la Ciudad de Tyro, y que serian sojuzgados los Persas por vn Griego. Y creyendo era èl por quien se debia entender este, concediò à los Judios permiso, para que pudiesen vivir en sus Leyes, y costumbres, dentro, y fuera de la Ciudad, y para que, pues no labraban las Tierras, sino de siete en siete años, solo contribuyessen con los Tributos, quando las cultivassen. Admirado, con razon, de la natural fertilidad de aquellas Tierras (las quales, entre la grande abundancia de frutos, con que exceden à las demàs pingues, son las vnicas, que producen el Azeyte de Balsamo) dexò por Governador de aquellas Regiones à Andromacho, à quien despues de aver rendido à Tyro, y Gaza, dieron cruel muerte los Samaritanos, perpetuos enemigos de los Judios; cuyo suceso, aunque sobrevino fuera de el tiempo de que se trata, se toca por ofrecerle la ocasion.

Cedren.  
Glicus  
Sulp. Se-  
ver. lib. 2.

Isaias  
11.  
Daniel.  
8. 21.

Cedren.

Plinio  
22. 25.

Curtio  
4. 8. 9.  
Ioseph.  
21. 8.

## CAPITULO XII.

*Rompe à los Barbaros, que pretenden atajarle los passos; resuelve Memnon passar la Guerra à Macedonia, para cuyo intento halla favorable disposicion en los Aliados de los Macedones, pero en tan felices principios, muere de peste.*

**A**VIENDO passado Alexandro el Estrecho, inmediato al Mar de Pamphilia, y partido de Perges, le salieron al camino con Embaxada de los Aspendios, los primeros Señores de la Ciudad, en cuyo nombre le ofrecieron cinquenta talentos para la paga de los Soldados, y los Cavallos, con que servian al Rey de los Persas, porque no les pudiesse Guarnicion. Tomò desde alli la marcha àzia los Sidetas, que habitan cerca del Rio Melas, y deducen su origen de los Cumeos de Eolia, si bien Barbaros en el idioma, aviendo perdido el Griego, no yà pos el transcurso del tiempo, como acontece, si por aver olvidado sus antecessores (como decian) inmediatamente à su llegada à aquellas Tierras, su lengua natural, y vsado de otra tan estraña, como inaudita. Luego que se apoderò de Side, Capital de Pamphilia, tomò el camino de Hilio, cuya natural Fortaleza, aumentada con la Guarnicion de Soldados Estrangeros, le obligò à que diese la buelta à la Ciudad de

Arrian.  
1. 8 7.

Pausan.  
lib. 8.

Arriano  
1. 8. 10.

Suidasa





Arria. 1.  
8. 11.

de los Aspendios , commovido de la noticia que tuvo , de averse folevado ; los quales atemorizados del acelerado arribo de los Macedones , abandonadas sus casas , se retiraron à la Ciudadela. Con lo qual , apoderado Alexandro de la Ciudad , à quien hallò desierta , alojò al piè de la Ciudadela , desde donde obligò à los sitiados , por medio de las crueles baterias de sus diestros Ingenieros , à que se le rindiesen con las mismas condiciones , con que se le avian entregado antes. Nada podia ser de mayor perjuicio à la prosecucion dichosa de las empreßas de este Principe , que el que se le interrumpiesse el dilatado sitio de alguna Plaza fuerte ; si bien , para assegurarle de su inquietud , hizo que se le entregassen los mas principales Ciudadanos ; que exhibiesseñ doblada porcion de dinero , que la que avian dado antes ; que estuviesseñ à orden de el Governador , que les nombrò ; que contribuyesseeñ à los Macedones , con el tributo annual ; y que compareciesseñ en juicio à litigar el derecho , que tenian à las Tierras , de quienes avian despojado à los vezinos , y à satisfacer el cargo , que se les hazia de esta vsurpacion. Lo qual concludo , bolviò à tomar su marcha àzia la Ciudad de los Pergensios , de donde se encaminò à Phrigia. Hallabase necesitado à passar , para llegar à ella , por ciertos estrechos , que ay entre dos

Vitruv.  
10. 19.Arriano  
1.8. 13.Strab. lib.  
14.

Montes cerca de Thelmiso , Ciudad de los Pisidas , tan inmediatos el vno al otro , que casi es indistinta la separacion , que los forma , ofreciendo en disposicion de puertas sus extremidades ; las quales , sobre su natural aspereza , les hazia mas impenetrables el averse apoderado de ellas crecido numero de Barbaros Armados , para resistir su entrada. Reconociendolo assi el Rey , y previniendo lo que sucediò despues , diò orden de que alojassen sus Tropas inmediatamente à ella. A vista de cuya detencion , teniendose por seguros los Thelmisioses , por atribuirle à medroso efecto de el peligro , y pareciendoles lo quedaban aquellos lugares con medianas fuerças , se retirò la mayor parte de ellos à la Ciudad. De cuya oportuna ocasion , aprovechandose el Rey , hizo luego marchar sus Flecheros , Honderos , y los mas ligeros , que se hallaron entre su Gente de pesadas Armas , contra los Barbaros ; aquienes aviendo echado de alli , passò à formar su Campo delante de la Ciudad. Diò en el Audiencia à los Embaxadores de los Selgensios ; los quales le ofrecieron , en odio antiguo de los Thelmisioses , sus vezinos , aunque vnos , y otros deducen de vn mesmo Pueblo su origen , su aliança , y socorros. Admitiòlos con benigna gratitud ; y pareciendole no malograr el tiempo en solo el sitio de vna Plaza , en-

Arriano  
1.8. 154



Strabon  
lib. 14.  
Arriano  
1. 8.

caminò su Exercito à la Ciudad de Salago, fuerte por la naturaleza de su situacion, y no menos por el vigoroso Presidio de Jovenes, que la defendia; pues aunque todos los Pisidas son belicosos, y valientes, estàn tenidos en mayor credito de tales los Salgalassenses. Por lo qual, en medio de averles llegado Tropas de Telmisso, con quien tenian confederacion, haziendo mas confianza de su Gente, que de sus Murallas, la pusieron en Batalla sobre vn Monte cercano, desde donde favorecidos de la ventaja de el sitio, se opusieron con felicidad à las Tropas ligeras, que avia embiado delante Alexandro. Si bien los Agrianos, animados de la asisistencia de la Phalange de Macedonia, yà cercana, y de la presencia del Rey, à quien vieron delante de sus Vanderas, los apretaron vigorosamente. Trabajaron sin duda considerablemente en llegarle à penetrar, à pesar de la oposicion del Monte; pero hallandose vna vez en la cumbre de el, les fuè facil por la llanura, è igualdad del terreno, desalojar la muchedumbre, que la ocupaba. En cuya refriega quedaron de la parte de los Macedones muertos Cleandro, y mas de veinte Soldados, y de la de los Barbaros passaron de quinientos, aviendose salvado los demàs por medio de la fuga. Pero el Rey siguiendolos, asisistido de las Tropas de pesadas Armas, con la mayor

presteza, que le fuè possible, se apoderò con igual esfuerço de su Ciudad, desde donde, despues de aver intimado la Guerra à todas las Plazas fuertes de Pisidia, rindiò vnas con la fuerza de sus Armas, y otras con algunas condiciones, que las concediò. Luego que ocupò à Thelmisso, la hizo arrassar, en castigo de la tenacidad de sus Moradores; quitò la libertad al Pueblo; y algunos años despues la diò à Celene, con otras Ciudades de Pisidia. Despues de lo qual, y de aver reducido, y pacificado aquellas rudas, y Barbaras Naciones, tomò la buelta de Phrigia, por la parte donde se ofrece el Lago Ascanio, cuyas aguas tienen la virtud de congelarse en sal por sì mismas, escusando à los naturales la diligencia de buscarla. Mientras passaba esto, discurriendo Memnon en transferir la Guerra à Macedonia, y Grecia, para estorvar, con alguna diversion, el presuroso curso de las empresas de Alexandro, cuyas triunfantes Armas se acercaban yà al Asia, avia juntado todas sus fuerças; de quienes aviendo librado en el todas sus esperanças Dario, obligado de el valor, y destreza con que mantuvo el prolixo sitio de Halicarnasso, oponiendose à los vigorosos esfuerços de el Vencedor, le avia dado el mando absoluto, con muy considerables sumas de oro, para los gastos de la Guerra. Teniendo, pues, dispuesta

Strab. lib.  
14.  
Arrian.  
1. 8. 9.

Strab. lib.  
14.  
Plin. 6.  
29. 6.  
Arriano  
1. 8. 25.

Diodor.  
17. 29.



puesta su Gente en el mayor numero, que le fuè possible, y embarcada en trecientos Baxeles, se hizo al Mar con esta Armada, despues de aver premeditado, y prevenido, quanto pudiera ser favorable, y contrario à tan considerable empreffa. Apoderòse de todos los Lugares, que se hallaban con corta Guarnicion, entre quienes era vno Lampfico, y cargò en las Islas, à quienes no podian socorrer los Macedones, por estàr, aunque de vna, y otra parte dueños de la Tierra-Firme, faltos de Baxeles con que hazerlo. Favoreciò mucho los intentos de este illustre General, la desvnion, que avia en todas; porque si bien mantenía la mayor parte el partido de Alexandro, à quien reconocian su libertad, avia muchos, que aviendo debido su grandeza al Dominio de los Persas, posponiendo à sus privados interesses la conservacion, y libertad de la Republica, y el que fuesen comun el poder, y mando, deseaban, à precio de recuperarle, ver restituídos al Dominio à sus antiguos Dueños. Con este fin admitieron Athenagoras, y Apollonides en la Isla de Chio, donde tenían la primera suposicion, à Memnon, despues de aver hecho partícipes de su intento à Phisino, y Megareo, que seguían su partido. Teniendola, pues, Memnon al de Dario, la puso Guarnicion; y aviendo dexado el Gobierno de la Ciudad à Apollo-

nides, y à los de su faccion pasó à Lesbos, à Antissa, à Pirrha, y à Eressa, de quienes se apoderò facilmente. Restituyó al Tyrano Aristonico à Methymna; y reduxo toda la Isla, excepto Mitylene, à quien, por mas que la apretò con largo, y vigoroso sitio, no pudo rendir; porque aviendo cercado la Ciudad por todas partes, y el Puerto con Baxeles, por quantos lugares le parecieron oportunos à embarazarla el socorro, le sobrevino la muerte, ocasionada de la peste, con tan considerable daño de los Persas, como malogro de las grandes esperanças, que avia concebido Dario de su elevado talento, de su valerosa resolución, y de sus largas experiencias. Hallandose proximo à rendir su espiritu, nombrò en su cargo à Pharnabazes, hijo de su hermana, y de Artabazo, para que le exerciesse en el interin, que le proveía Dario, con noticia de su fallecimiento. Pharnabazes, aviendo dividido entre el, y Autophrates, General de la Armada, los distintos cargos de aquel sitio, reduxo à tan grande aprieto à los sitiados, que se hallaron obligados à rendirse, con las condiciones de que saliesse libre la Guarnicion; de que derribassen las columnas en que estaban gravados los Articulos de la Aliança, que avian ajustado con Alexandro; y de que hecho el juramento de fidelidad à Dario, restituirian à su

Diodor.  
37. 29.  
Curt. 4.  
5. 2.

Arriano  
2. 13.  
contra  
Diodor.  
17. 29.

12. 24.  
Arrian.  
2. 1. 4.

Aristob.  
lib. 2.

2. 6. 17.

Curt. 4.  
5. 15.  
Arriano  
3. 1. 7.

Arriano.  
2. 1. 1.



su Ciudad la mitad de los desterrados. A cuyos Tratados no correspondieron los Persas, con la observancia que debian, por aver introducido Guarnicion en la Ciudad (cuyo Gobierno dieron à Lycomenes Rhodio, assi como el Dominio à Diogenes,

vno de los desterrados, en premio de aver mantenido su partido) por averse apoderado de toda la plata, oro, y riquezas de los particulares, y por aver impuesto en la Ciudad tributo

General.

(?)(

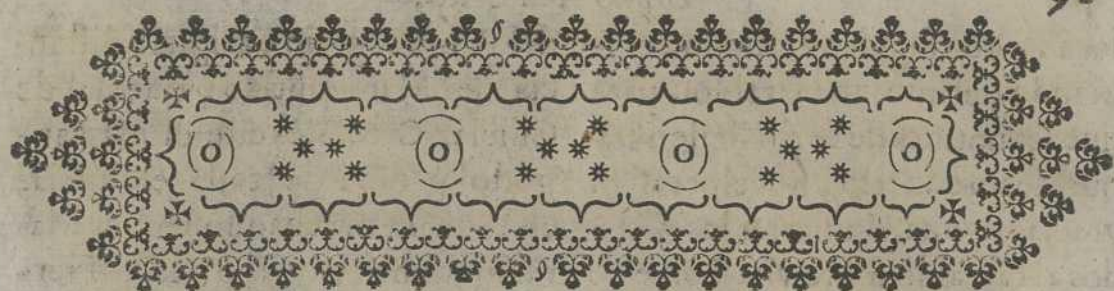


## Fin del Libro Segundo.



QUINE





# QUINTO CURCIO.

## LIBRO TERCERO.

### DE LA VIDA, Y ACCIONES DE ALEXANDRO EL GRANDE.

#### CAPITULO PRIMERO.

*APODERASE ALEXANDRO DE LA CIUDAD,  
y Ciudadela de Celene ; entra en la Capital de Phrigia , donde  
aviendo cortado el nudo Gordio , resuelve passar  
en busca de Dario.*

**V**IENDO en tanto despachado Alexandro al Peloponeso à Cleandro , con porcion de dinero para que hiziesse levas de Gente , y dado las ordenes convenientes para las disposiciones de Lycia , y de Pamphilia , partiò à acampar delante de los muros de Celene ; por medio de cuya Ciudad passaba en aquel tiempo el Rio Marcyas, à quien hizieron celebre las fabulosas ficciones de los Griegos. Deduce su origen de la elevada cumbre de vn Monte, desde donde descendiendo con ruidoso impetu à vna roca , dilata por lo llano sus purissimas aguas, regando con ellas los campos cercanos, y conservandolas siempre, sin mezcla de otras. Su color semejante al del Mar , quando se ofrece en serenidad , diò ocasion à los Poetas para fingir : *Que las Ninfas , enamoradas del Rio , hazian su morada en aquella roca.* Conserva su nombre mientras corre dentro de los muros ; pero luego que sale de las fortificaciones, aumentadas sus ondas , y su impetuoso raudal , le muda en el de Lyco. Aviendo abandonado sus habitantes la Ciudad , entrò en ella el Rey , de donde passò à acometer la Fortaleza,



leza, à que se avian retirado, embiando delante vn Haraldo, para que les notificasse se rindiesse; y que de no hazerlo, no esperassen gracia alguna. Pusieron los Sitia- dos al Haraldo sobre vna Torre de crecida magnitud; y aviendo he- cho, que reconociesse su altura, le encargaron dixesse à Alexan- dro: *No avia llegado à conocer lo que era aquella Fortaleza, como ellos, que sabiendo quan impenetrable era, estaban resueltos à exponerse à todo trance, y à perecer, antes que faltar à la constante fidelidad, que debian à su Dueño.* Pero viendose acometidos, y que la ne- cesidad los estrechaba cada dia, pidieron tregua de sesenta dias, ofreciendo rendirse, si cum- plidos estos, no les avia llegado socorro, como lo executaron el dia señalado, por averles faltado. Llegaronle despues Embaxadores de Athenas, pidiendole les conce- diesse los Ciudadanos, que les hi- zieron prisioneros en la jornada del Granico. A que respondiò: *Que despacharia, no solo estos, sino tam- bien à sus Ciudades à los demás Griegos, luego que pusiessse fin à la Guerra de Persia.* Deseaba con impaciencia acercarse à Dario; y teniendo no- ticia de que aun no avia passado el Euphrates, juntas sus Tropas, con resolucion de hazer la Guerra con todas sus fuerças, sin exceptuar algunas de empresa tan peligro- sa, dispuso su marcha por Phri- gia, cuyas Poblaciones se compo- nen mas de Villas, que de Ciuda- des, y cuya Capital es Gordio, antigua, y famosa Corte del Rey Mydas, situada sobre la Ribera

del Rio Sangario, à igual distan- cia del Mar Pontico, que del de Cilicia. Creese es este el mas an- gostto parage de toda el Afsia, en el qual estrechando ambos Ma- res por vna, y otra parte la Tier- ra, queda à manera de Puente, viniendo con la Tierra-Firme esta Provincia, à quien circundando- la casi enteramente las aguas, la dexan en forma de Isla, sin que se ofrezca entre los dos Mares mas, que esta corta porcion de tierra, que los divide. Aviendose apode- rado el Rey de la Ciudad, entrò en el Templo de Jupiter, donde viò el Carro de Gordio, Padre de Mydas; el qual solo se diferencia- ba de los demás en la singularidad del yugo, cuyas ligaduras se com- ponian de repetidos nudos, tan mezclados, y vnidos entre sì los vnos con los otros, que no se les podian descubrir los cabos. Supo de los habitantes, *estaba prometido por anuncio del Oraculo el Imperio de el Afsia, à quien acertasse à desfatar aque- lla inexplicable vnion.* Con cuya no- ticia, inflamado Alexandro de el deseo de que se cumpliesse en el la prediccion, se aplicò à procurar- lo. Hallabanse presentes muchos Phrigios, y Macedones, tan te- merosos los vnos de que le defa- tasse, como cuidadosos los otros del peligro à que se exponia, sino lo consiguiessse; cuyo recelo au- mentaba en estos la impenetrable dificultad, que ofrezca el indus- trioso artificio de los nudos, en quienes no se podia descubrir, ni el principio, ni el fin de ellos. Con todo, hallandose yà empenado el Rey,



Rey en aquel intento , y teniendo por infausto pressagio no lograrle , aviendo hecho algunos esfuerzos invtiles ; *poco importa* (dixo) *el modo de desatarle*. Y cortandò de vna cuchillada todas las correas , ò burlò la prediccion del Oraculo , ò la cumplió. Resuelto , pues , à dár la Batalla à Dario en qualquiera parte donde le hallasse , y deseando assegurar las Plazas , que dexaba à atrás ; diò à Amphotero el Gobierno de la Armada , que estaba à la parte del Helesponto ; y à Hegeloco el mando de las demás Tropas , con orden de echar las Guarniciones Enemigas de Lesbos , de Chio , y de Coos , para cuyos gastos les librò quinientos talentos , y igual cantidad à Antipatro , y à los que avia dexado en defensa de las Ciudades de la Grecia : ordenando à los Aliados , que en cumplimiento de los Tratados , contribuyessen con cierto numero de Baxeles , para la seguridad del Helesponto. No tenia aun noticia de la muerte de Memnon , cuyo Capitan era entre todos los de Dario , quien vnicamente le daba cuidado , por conocer no podian hazerle oposicion los demás , faltando èl. Avia llegado yà hasta la Ciudad de Ancyra , donde aviendo hecho la reseña de su Exercito , entrò en Paphlagonia , Frontera de los Enetos , y de quienes , segun el sentir de algunos , traen los Venecianos su origen , cuya Region , aviendole dado la obediencia , y en seguridad de ella rehenes , logró quedar exempta de Tributos , como lo estuvo en

tiempo de los Persas. Puso en ella à Cales por Governador ; y llevando consigo las Reclutas , que acababan de llegar de Macedonia , se encaminò à Capadocia.

## CAPITULO II.

*Passa muestra el Exercito de los Persas , y Charidemo , Atheniense , es condenado à muerte , por aver dicho , aunque con orden de Dario , libremente su sentir.*

EN el interin Dario , aviendo tenido noticia de la muerte de Memnon , y recibido con ella el sentimiento , que merecia pérdida tan considerable , sin fiar de otro alguno sus esperanças , resolvió mandar por sí su Exercito , por hallarse poco satisfecho de sus Cabos , aviendo experimentado el descuido de muchos , y la infelicidad de todos. Formò su Campo en lo llano de Babilonia , y para animar mas à su Gente , quiso ver juntas todas sus fuerças ; à cuyo fin , figuiendo el exemplo de Xerxes , dispuso vna circunvalacion , que pudiesse contener diez mil hombres en Batalla , donde passaron muestra sus Tropas. Tardaron en entrar en este distrito , segun estaban alistadas , desde que salió el Sol , hasta que puesto le sucedió la noche ; y de èl se fueron dilatando por las Campanas de Mesopotamia , donde se viò vna innumerable multitud de Infanteria , y de Cavalleria ; la qual parecia aun mayor de lo que era. Componiase la Infanteria de du-

cien-



cientos y cinquenta mil hombres, entre quienes avia setenta mil Persas, cinquenta mil Medos, diez mil Barcanos, Armados de achas de dos cortes, y de abreviados Escudos, casi à manera de Rodelas; quarenta mil Armenios, y igual numero de Berbices, Armados de picas, ò palos endurecidos al fuego; ocho mil hombres del Mar Caspio, y dos mil de las Regiones menos belicosas del Asia, con treinta mil Griegos, Jovenes valerosos todos, à quienes tenia à sueldo suyo Dario, no aviendo permitido el tiempo se juntassen los Bactrianos, los Sogdianos, los Indios, y los demás Pueblos, que habitan àzia el Mar Roxo, cuyos nombres aun le eran desconocidos. La Cavalleria consistia en treinta mil Cavallos Persas, diez mil Medos, y dos mil Barcanos, Armados no de otra suerte, que la Infanteria; siete mil Armenios, casi el mesmo numero de los Hircanos, tan buenos Soldados, como los puede aver en aquellos Pueblos; dos mil Berbices, ducentos del Mar Caspio, y quatro mil, que se recogieron de diversas partes, con quien hazian en todos mas de sesenta mil Cavallos. Finalmente, de nada estaba menos falto, que de muchedumbre de Soldados; y si bien gozoso de verla, le lifongeaban con ella à porfia sus Satrapas la esperança, y conforme à su natural adulacion, bolviendose àzia Caridemo Atheniense, Varon de gran practica, è inteligencia en la Milicia, y declarado Enemigo de Alexandro,

por averle hecho desterrar de Athenas, le preguntò: Si le parecian bastantes fuerças aquellas para triunfar de su Enemigo? Charidemo, no midiendo su respuesta con el estado presente de su fortuna, ni con el peligro, que corre quien haja en algo la vanidad, y soberbia de los Poderosos, le diò esta: *Possible es, Señor, que te disguste mi verdad; pero si la omito agora, de nada servirá decirtela despues. Esse sobervio aparato de Guerra; esse portentoso numero de hombres, con cuyas levas dexas agotado el Oriente, compuesto todo de pompa, y magnificencia; tal, que aun la imaginacion, no pado prevenir lo que la vista admira, podrá ser formidable à tus vezinos, pues todo consiste en oro, y purpura. No empero al espantoso Exercito de los Macedones; el qual, despreciando tan vana, como inútil ostentacion, solo aplica su cuidadosa vigilancia à formar con destreza sus Batallones, y à resguardarse lo mejor, que les es possible, cubriendose con sus Escudos, y Picas. Su Phalange es vn Cuerpo de Infanteria, que combate à pié firme, y se mantiene tan cerrado en sus puestos, que los hombres, y las Armas son, como vna impenetrable Haya. Hallandose tan diestros, y promptos à las ordenes de sus Cabos, que à la menor señal los verás seguir sus Vanderas, guardar sus puestos, y cumplir con todos los exercicios, y empleos Militares. Atienden cuidadosos à lo que se les ordena; y quando conviene bolver à vna, y otra parte, doblar los puestos, y hazer frente à todas, lo saben executar los Soldados con no menor destreza, que los mismos Capitanes. Y para que te desengañes del corto aprecio, que les debe el oro, y la plata, sabe que esta discipli-*



na no la han aprendido en otra escuela, que la de la pobreza, y que se mantienen aun oy en ella. Si les molesta la hambre, qualquier mantenimiento los satisface: Si la fatiga del trabajo los rinde, en la tierra hallan su lecho, sin que jamás los coja el dia sino en pie. Crees por ventura tu, que la Cavalleria de Thessalia, la de los Acarnanes, y la de los Etolos, Pueblos invencibles, y fortalecidos de todo genero de Armas, pueden resistirse à tiros de honda, y à palos, endurecidas al fuego sus puntas? Son precisas para su oposito iguales fuerzas à las suyas; las quales se han de solicitar en sus mesmas Tierras. Embia allà todo esse oro, y essa inutil plata, y las hallaràs. Era Dario de natural blando, y moderado; pero como de ordinario previerte el mejor la prosperidad, disgustado de la verdad, mandò llevar al suplicio à Caridemo, sin atender al zelo con que aquel ingenuo Varon le aconsejó lo mejor que supo, y entendiò, ni à la indemnidad, que debia guardarle, avien-dole admitido à su proteccion. Pero Caridemo, no cediendo aun entonces de su natural libertad, con voz mas entera: *Espero (le dice) que muy en breve satisfaga mi muerte el mesmo, contra quien te he dado tan saludable consejo, disponiendote las penas que mereces, por averle despreciado; y que tu, en quien la soberania, y el poder ha ocasionado tan repentina mudança, sirvas de exemplo, que acredite à la posteridad, quan inútiles son en los hombres las mas excelentes prendas, con que los adornò la naturaleza, quando ciegos à los resplandores de su fortuna, dexandose llevar de su prosperidad, se*

precipitan à los mayores riesgos. Expresando esto en altas voces, le cortaron la cabeza los que tenian la orden. De lo qual, aunque tarde, se arrepintiò el Rey; y reconociendo ser verdad lo que le avia dicho, le mandò dár sepultura.

## CAPITULO III.

*Pompa de los Reyes de Persia, quando salen à Campaña; Descripcion de de las Tropas de Alexandro.*

ORDENÒ despues à Thimondas, hijo de Mentor, Joven activo, è intrepido, que se entregasse de todos los Soldados Estrangeros, que servian debaxo del mando de Pharnabazo, con intento de valerse de ellos en esta Guerra, por ser en quienes mas esperaba; y proveyò en Pharnabazo el puesto, que Memnon tenia. Pero demàs de la fatiga en que le ponía el peligroso estado de su Imperio, le afligian no menos las imagenes, que se le ofrecian en sueños, de la infelicidad que le amenazaba; ò yà fuesen efecto de la mesma congoxa, ò yà infausto presagio del futuro suceso. Pareciale, que veía los Reales de los Macedones llenos de grandes resplandores de fuego; que poco despues se le acercaba Alexandro, en el mesmo trage en que le saludaron à el Rey los Persas, quando llegó al Trono; y que aviendose passeado à Cavallo por la Ciudad de Babylonia, improvissamente desaparecieron à vn tiempo el, y el Cavallo. Fueron varios los



los juicios de los Adivinos, sobre su verdadera interpretacion. Tenian vnos por feliz agüero, que el Rey huviesse visto abrase el Real de los Macedones, y à Alexandro depuestas sus Reales Vestiduras, à la moda Persiana, y en trage de persona privada. Y otros, por infausto presagio aquella gran llama del Campo de los Macedones; la qual atribuian à anuncio del esplendor de la futura gloria de Alexandro; y su aparicion en el mismo trage con que se hallò Dario, quando le reconocieron por su Rey, à seguro testimonio de que poseeria el Imperio del Asia. En cuya comprobacion hizieron ( como de ordinario sucede à los que temen ) memoria de todos los antiguos presagios, que lo avian prevenido, y entre otros del de los Chaldeos, los quales: Luego que mudò Dario en el principio de su Reynado la bayna de su Cimitarra, y la puso al uso Griego, pronosticaron de aquella novedad en las Armas, que el Imperio de los Persas passaria à aquellos cuyo estilo avia infelizmente imitado. Sin embargo, assegurado el Rey de su sueño, por dár mayor credito à la favorable interpretacion de los primeros, ordenò que se esparciesse por el Pueblo, y que se adelantassen sus Tropas àzia el Eufrates. Era costumbre antigua de los Persas, no poner en marcha su Exercito hasta aver descubierto sus rayos el Sol, con cuyas resplandecientes luzes ilustrado el dia, se daba la señal por medio de vna Trompeta en la Tienda Real, donde expuesta sobre ella la imagen del Sol, colocada entre cristales, marchaba en esta orden.

Llevaban primero sobre vnas andas de plata el fuego, que llamaban Sagrado, à quien seguian los Magos, cantando Hymnos al estilo de su Patria, acompañados de trecientos y sesenta y cinco Jovenes, en correspondencia de los dias del año, vestidos de ropas de Purpura. Despues vn Carro, consagrado à Jupiter, conducido de dos Cavallos blancos, y tràs èl vno de extraordinaria grandeza, à quien llamaban del Sol; y los que los seguian, con vestiduras blancas, y vna baqueta de oro en la mano. No lexos diez Carros, esculpidos de gran cantidad de figuras de oro, y plata, seguidos de vn cuerpo de Cavalleria, compuesta de doce Naciones, diferentes en Armas, y en costumbres; y este de diez mil, de los que llaman los Persas immortales; los quales adornados de collares de oro, ropas de tela oro, y ciertos sayos de crecidas mangas, cubiertos de pedreria, excedian en sumptuosidad à todos los demás Barbaros. A treinta passos de distancia, iban quinze mil primos del Rey, cuya turba, compuesta de adornos poco menos que mugeriles, sobrefalia mas en la profanidad de estos, que en la hermosura de sus Armas. Llevaban poco despues de ellos, los que llamaban Doryphoros, la Real Vestidura delante del Carro del Rey, en quien se ofrecia con la Magestuosa pompa, que pudiera en vn Trono. Hermoseaban, y enriquecian este Carro Imagenes de Dioses de oro, y plata, en medio de cuyo



cuyo yugo ; cubierto todo de pedreria , sobrefalian dos Estatuas de vn codo de altura , que representaban à Nino , y à Belo , entre quienes se interponia vna Aguila de oro en el ademàn , y accion de desplegar las alas para tomar su buelo. Nada empero igualaba à la magnificencia del Rey. Adornaba su persona vn sayo de purpura , quaxado de plata , sobre quien llevaba vna dilatada ropa , resplandeciente con el oro , y la pedreria de que estaba quaxada , y sobrepuestos en ella dos Alcones de oro , reclinados el vno sobre el otro , dandose entre si con los picos. Ceñiala feminilmente vna vanda , de quien pendia su cimitarra , cuya bayna cubria preciosa pedreria ; y la Tyara azul , insignia Real , à quien llaman Cidarís los Persas , que llevaba en la cabeza vna faja de purpura , mezclada de blanco. Ocupaban sus lados ducientos parientes suyos , de los mas cercanos , seguidos de diez mil hombres , con Picas guarnecidas de plata , y de oro las Puntas ; y de Retaguardia treinta mil Infantes. Despues de los quales llevaban à la mano quatrocientos Cavallos del Rey. A distancia de vn estadio iba Sisigambis , Madre de Dario , en vn ostentoso Carro , asì como en otro su muger , y detràs todas las Damas de ambas Reynas à Cavallo. Seguianlas quince grandes carros , a quienes llamaban Armanakes , y en quienes iban los hijos del Rey , las personas à cuyo cuidado estaba su educacion , y gran cantidad

de Eunuchos ; los quales lograbán estimacion entre aquellos Pueblos. Procedian luego , con Real aparato , trecientas y sesenta Concubinas , seguidas de seiscientos machos , y trecientos camellos , que llevaban la plata del Rey , con Escolta de Ballesteros. Despues las Princesas , y las mugeres de los que exercian los puestos de la Corona , y de los mayores Señores de la Corte ; luego gran muchedumbre de Aguadores , Leñadores , y Mozos del Exercito : y à lo vltimo algunas Compañias Armadas ligeramente , con sus Capitanes ; los quales cuidaban de rehunir las Tropas , y de hazer que anduviesen. Tal era el Exercito de Dario , bien diverso en todo del de los Macedones. En el qual se veian hombres , y cavallos resplandecientes , no con el oro , ni con los sumptuosos adornos , y variedad de colores , que hermoseaban el trage , sino con el bruñido azero , y pulido bronce ; Tropas siempre promptas à marchar , à campar , y à combatir ; ni cargadas del bagage , ni embarazadas de Gente inuirtil ; obedientes , no solo à la señal , sino al menor ademàn de sus Cabos ; abastecidas siempre de Viveres , y siempre dispuestas à alojar en qualesquier parages. Por lo qual no le faltaron el dia del combate Soldados à Alexandro , si à Dario ; el qual aviendose empeñado inconsideradamente en ciertos lugares estrechos , no pudo pelear , en medio de la innumerable muchedumbre con que diò principio à



la Batalla, fino con igual numero al corto, que en su Enemigo avia despreciado.

#### CAPITULO IV.

*Apoderase Alexandro en muy buena coyuntura del passo de la Cilicia, que avia abandonado Arsanés, Capitan de Dario.*

**E**N tanto Alexandro, despues de aver dado el Gobierno de Capadocia à Abistámenes, se encaminò àzia Cilicia, à cuya Region (llamada el Campo de Cyro, por aver acampado en èl aquel Principe, quando marchò à Lidia, contra Cresò) llegó. Dista de allí solo cinquenta estadios el passo de Cilicia; el qual es vn Estrecho, à quien sus habitantes llaman Pyles, y cuya natural situacion parece imita las fortificaciones, que labra el artificio de los hombres. Teniendo presente Arsanés, Governador de la Provincia, el consejo que diò Memnon al principio de la Guerra, aunque sin proporcionarle con la constitucion presente, resolvió, como lo hizo, arruinar la Cilicia, abrasando, y destruyendo quanto pudiera servir al vso de los hombres, para que no se aprovechassen los Enemigos de aquellas Tierras, cuya conservacion tenia por difícil; como si no le huviera sido mas conveniente ocupar, con poderosas Tropas el Estrecho, y la cumbre de la Montaña, que predomina el camino por donde los Macedones entraron, desde la qual podia, sin la menor pérdida, embarazarles

el passo, ò deshazerlos, que retirarse, dexando tan corta porcion de Gente à las entradas, despues de aver executado por sí, la destruicion, que debiera aver impedido al Enemigo, y dado con ella ocasion à las moderadas Tropas, que quedaban, para que creyendose vencidas, se retirassen tambien (como lo hizieron) sin esperar al Enemigo, de quien menores fuerças, que las de Arsanés, avrian bastado à defender aquel puesto, respecto de la constitucion de Cilicia; la qual cerrada con vna dilatada cadena de rudos, è inaccesibles Montes, que descollandose por aquella parte del Mar, à manera de arco, ò de media luna, se estienden en punta hasta la otra de la Ribera; tiene detrás de ellos en los mas retirados lugares tres passos sumamente estrechos, y cuya entrada es tan difícil, como imposible llegar à Cilicia, fino por alguno de ellos. Saliendo àzia el Mar, se ofrecen à la falda de ellos prodigiosas Vegas, à quienes riegan infinitos arroyos, y dos Rios, Pyramo el vno, y Cydno el orto, cèlebres ambos, si bien este no tanto por lo caudaloso de sus aguas, quanto por la hermosura de ellas; las quales, descendiendo con suavidad apacible de su origen à llano, y limpio suelo, se difunden por èl sumamente frias, respecto de la frescura, que las participa la sombra de sus Riberas, sin que interrumpa, ni altere nunca el torrente de otro Rio su tranquilo curso, y pureza. Avia consumido el

tiem-



tiempo en aquella Region muchos monumentos , que fueron celebre assumpto de los Poetas ; si bien no dexaban de ofrecer en ella los lugares en que estuvieron situadas las Ciudades de Lynesseo, y Thebe, la Guberna de Thyphon, el famoso Bosque de Corycio, donde se coge el azafrán , y otros de quienes solo ha quedado la fama , que tuvieron en lo antiguo. Entrò , pues , Alexandro por este passo, que ellos llaman Pyle; y despues de aver reconocido la situacion de los lugares, se refiere, dixo: *Que jamás avia admirado tanto como entonces, su buena fortuna , confessando, pudieran averle deshecho facilmente à tiros de piedras. Porque demàs de ser este vn desfiladero , por donde apenas podian marchar de frente quatro hombres armados, correspondia la eminencia de la Montaña al camino ; el qual , no solo era estrecho, sino tambien roto en muchos lugares , por los golpes del impetuoso torrente , que se precipita de los Montes. Sin embargo, hizo que se adelantasse la Cavalleria ligera de los Thraces à reconocer aquellos Estrechos, por si en ellos se ocultaba alguna emboscada , y embiò vna Tropa de Ballesteros, para que se apoderasse de la cumbre del Monte , con orden de que llevassen la flecha sobre el arco , no yà en forma de marcha, sino de combate. Con esta orden hizo passar todo su Exercito hasta la Ciudad de Tarso , donde llegó al mismo tiempo , que los Persas empezaban à encender el fuego, para que no pudiesse aprovechar*

se el Enemigo de la presa de tan opulenta Ciudad. Pero sobreviniendo Parmenion, à quien el Rey avia embiado à toda diligencia, con algunas Tropas de Infanteria à embarazar el incendio , y viendo que los Barbaros se avian puesto en fuga à la fama de su venida, se entrò en ella.

## CAPITULO V.

*Sobrevino à Alexandro una enfermedad de cuidado, por averse bañado fuera de tiempo en el Rio Cydno.*

**C**ORRE por en medio de la Ciudad de Tarso el Rio Cydno, de quien acabamos de hazer memoria , cuyos calores se igualan à los crecidos, que pueden padecerse en las mas ardientes Regioness. Aviendo llegado Alexandro à ella en lo mas riguroso del Verano, y del dia, cubierto de sudor, y polvo , y deseando refrigerar en la hermosa claridad, y frescura de aquellas aguas la ardiente fatiga del camino, resolviò bañarse en ellas , sin reparar en el peligro à que se exponia, hallandose en tan opuesta disposicion à semejante intento. Con cuyo fin , y el de acreditar con los suyos, en la moderacion de sus adornos , su modestia, no rehusò desnudarse à vista de todo su Exercito. Pero no bien huvò entrado en el Rio, quando embargandole recio frio, le arrebatò casi todo el natural calor , dexandole tan privado de sentidos , que retirandole à su Tienda, tuvieron por cercano el



fin de su vida los suyos. La confusión, y el clamor, que ocasionò este accidente en todo el Campo, fuè qual pudiera, si huviesse muerto; deshechos en lagrimas, se lamentaban: De que se les malograssè en lo mejor de sus prosperidades, y de sus Conquistas el mayor Rey, que viò el Mundo, no en el riguroso furor de vna Batalla, ò de vn assalto, sino en la apacible serenidad de vn Rio. Ponderaban, que Dario se hallaba cerca, y victorioso, aun antes de ver al Enemigo, y precisados ellos à bolver fugitivos, por donde avian ido triunfantes. Que estando tan igualmente destruido todo el Pais, asì para ellos, como para los Enemigos, y aviendo de penetrar tantos, y tan dilatados Desiertos, bastaba la hambre por sì sola à deshazerlos, aun quando faltasse quien los oprimiesse. Quien serà (decian) el que nos conduzga en la fuga, en que pudiera librarse toda la esperança de nuestro remedio? Quien el que se atrevia à succeder à Alexandro? Y quando seamos tan felices, que lleguemos al Hesponto, quien nos facilitará Embarcaciones en que le passemos? Y convertida su compassion, por lo que miraba à la persona del Rey, y olvidados yà de su infelicidad, prorrumpian en lamentables gemidos, quexandose de que se les quitasse, y arrebatasse de entre las manos, en la flor de su juventud, y en el mayor vigor de su espiritu, à su Rey, y à su camarada. Sin embargo, cobrando Alexandro espiritu, y bolveriendo poco à poco en sì, conociò à los que le rodeaban, y diò muestras de que se avia disminuido la fuerça de la enfermedad, solo en que empezaba à sentirla. Era empero mayor la dolencia, que le

afligia el animo, que la que le oprimia el cuerpo; porque sabiendo llegaria Dario dentro de cinco dias, no cessaba de lamentarse de su destino, por averle entregado atado de pies, y manos à su Enemigo, vsurpandole tan illustre Victoria, y reduciendole à poner fin à su vida en vna Tienda, con muerte tan indigna de su Persona, como agena de la gloria, que se avia prometido. Sobre lo qual, aviendo hecho entrar allí à sus confidentes, y à sus Medicos, les dixo: Bien reconoceis, ò amigos, el estado à que me veo reducido; en el qual parece, que oygo el estruendo de las Armas Enemigas, y que me veo yà provocado del mesino contra quien he traído la Guerra. Sin duda Dario se aconsejó con mi fortuna, quando me escribió Cartas tan soberbias, como las que recibí; pero en vano, si es permitido curarme por mi dictamen, segun el qual no pide el estado de mis interesses remedios lentos, ni Medicos timidos, y tardos; pues importandome mas vna muerte prompta, que vna larga convalecencia, no busco tanto remedio para vivir, quanto disposicion para poder pelear. Esta impaciente temeridad del Rey puso en cuidado à todos, y obligò à algunos à suplicarle, que no aumentasse con la precipitacion el peligro, que se pusiesse en manos de los Medicos; los quales, no sin razon procedian remissos en la aplicacion de remedios extraordinarios, aviendo solicitado Dario corromper la fidelidad de sus domesticos, y publicado, que daria mil talentos à quien quitasse la vida à Alexandro. A vista de lo qual, no se per-



persuadian huviesse quien temerariamente se atreviesse à intentar alguno, que pudiesse hazerle sospechofo.

CAPITULO VI.

*Recupera su salud por medio de Philipo, docto, y fiel Medico, à quien todo el Exercito dà grandes gracias.*

**H**ALLABASE entre los grandes Medicos, que figuieron al Rey desde Macedonia vno, llamado Philipo, natural de Acarnania, el qual le avia servido desde sus tiernos años, y le amaba, como à su Rey, y como à quien avia criado. Este, pues, emprehendiò curarle con remedio, que no siendo violento, esperaba de èl prompto, y favorable efecto. Y si bien ninguno assintió à èl, le abrazò quien mas debia temerle, que era el Rey; el qual no teniendo otro anhelo, que el de hallarse al combate, cuya Victoria le parecia asseguraba, como pudiesse assistir en èl à la frente de los suyos; proponia los mayores riesgos à precio de lograrlo, llevando, no sin gran impaciencia, la dilacion de tres dias, que eran necessarios para preparar el medicamento. Hallòle entre estos desabrimientos vna Carta de Parmenion (cuya fidelidad à su persona tenia bien acreditada) en la qual le pedia, no fiasse su salud de Philipo, por averle corrompido Dario, ofreciendole mil talentos, y à su hermana por muger suya. Facilmente se dexa entender la conturbacion, y perplexidad en que

le dexaria su contenido; rebolvia en su animo, quanto le representaba el temor, y la esperança. Tomarè yò (decia entre si) medicina, cuyo veneno, quitandome la vida, dè ocasion à que se atribuya à arrojò mio mi muerte? Infamarè à mi Medico, ò me dexarè oprimir en vna Tienda? Pero no; quiero antes morir à manos de agena maldad, que à las de mi propria desconfiança. Combatido de tan varios pensamientos, no quiso fiar de nadie el contenido de la Carta, que ocultò debaxo de la almohada; y subsistiendo dos dias en sus desabridas inquietudes, entrando al tercero en su camara el Medico con la medicina, tomò el Rey con vna mano la Carta, y con otra la bebida; y aviendo passado esta, sin mostrar el menor recelo, diò aquella à Philipo para que la leyese, sin quitar, mientras lo hazia, los ojos de èl, por si podia descubrir en su rostro algunas señas de lo que ocultaba el animo. Pero aviendola leído Philipo, manifestó mas indignacion, que miedo; y arrojandola, dixo al Rey: Aunque siempre, Señor, ha dependido mi vida de la tuya, nunca tanto como oy, que en tu salud consiste la justificacion del parricidio de que se me acusa, y en su averiguacion la seguridad de la mia. La vnica merced que te pido, es, que deponiendo el cuidado, que pueden averte ocasionado los vanos avisos, que te han dado tus criados, sin duda con mas zelo, que discrecion, y oportunidad, dës reposo al animo, y lugar à la medicina, para que pueda obrar. Assegurado, gustoso, y esperancado el Rey con tan constante asseveracion. Bien creo, ò Philipo (le



dixo) *que aunque os fuesse permitido hazer eleccion entre todas las pruebas de mi confiança, de la que con mayor testimonio os certificasse de ella, escusariais la presente; ninguna empero podiais hallar, que mas os assegurasse de ella, pues aveis visto, que despreciando la noticia que tuve, en descredito de vuestra fidelidad, no he rehusado tomar la bebida, que me aveis dado, de cuyo efecto me tiene tan igualmente cuidadoso lo que en el interesais, como lo que à mi me importa.* Y dicho esto, le diò, en testimonio de su confiança, su mano derecha. Sin embargo, empezando la fuerza del medicamento à obrar, causò en el tan rigurosos accidentes, que confirmaban de cierta la noticia de Parmenion; porque perdida la voz, le sobrevino tan terrible síncope, que casi le faltaron los pulsos, y à todos la esperança de su vida. Pero Philipo, sin omitir nada de quanto era consequente à su Oficio, y podia contribuir à su alivio, reconociendo, que bolvia algo en sí, le procurò divertir, con quanto pudiera serle grato, hablandole vnas vezes de su Madre, y hermanas, y otras de la gloriosa Victoria, que para coronar sus triunfos se le ofrecia tan inmediata. Finalmente, aviendo dilatado, y esparcido el medicamento por todas las venas, y partes del cuerpo, empezó primero el espíritu, y despues el cuerpo, à recuperar su vigor, con tanta mayor presteza de la que se esperaba, quanto al tercer dia se dexò ver de su Exercito; el qual no miraba con mas gusto al mismo Alexandro, que à Philipo, à

quien todos llegaban, qual pudiesen à algun Dios, à dárle gracias, por averles assegurado la vida de su Principe; porque si bien era natural en aquellos Pueblos el amoroso respecto con que atendian à sus Reyes, tanto mas excesivo el que se conciliò Alexandro en ellos, quanto experimentando, que aun sus mas temerarias resoluciones, las convertia en mayor felicidad, y gloria suya la fortuna; no acababan de persuadirse à que dexasse de ser, sin especial asistencia de los Dioses, nada de quanto intentaba. Pero lo que aumentaba mas glorioso esplendor à sus acciones, y mayor admiracion en ellas, eran las considerables empreßas, que avia obtenido en tan tiernos años; su grande aplicacion à todos los exercicios, que podian facilitarle la agilidad del cuerpo; su modestia en el vestirse, sin diferencia de los demás; y su prompta, y proporcionada disposicion à todo genero de empleos Militares; prendas, que aunque parecen de cortissima consideracion en las cosas de la Guerra, son de suma importancia entre los Soldados, en quienes por ellas (ò yà las debiesse à la naturaleza, ò yà al arte) se gran-  
geò tan grande amor, como respecto.

)(§)(





## CAPITULO VII.

*Viendose Alexandro sano , resuelve acometer à Dario; manda dar muerte à Sissene , por sospechar de el alguna conspiracion , à que diò motivo su negligencia.*

**A**VIENDO tenido noticia Dario de la enfermedad de Alexandro , se adelantò , con la mayor presteza , que le fuè possible , y permitia tan considerable Exercito , como el suyo , àzia el Euphrates ; si bien no le pudieron passar sus Tropas en menos de cinco dias , en medio de aver hecho levantar puentes para este fin , y de la prisa , que daba por ganar à Cilicia. En tanto Alexandro , recuperadas sus fuerças , se encaminò à la Ciudad del Sol ; y aviendola tomado , puso Guarnicion en la Fortaleza , y condenò à la Ciudad en ducientos talentos , por aver seguido la faccion de Dario. Y cumplidos los votos , que avia hecho por su salud , permitiò por algunos dias Juegos en honor de Esculapio , y de Minerva , queriendo mostrar con estos regocijos el desprecio , que hazia de los Barbaros. Asistiendo à ellos , le llegaron noticias de Halicarnasso , de aver deshecho los suyos à los Persas , y de quedar reducidos à su obediencia los Myndios , y Caunios , con otros muchos Pueblos de aquella parte. Concluidos los Juegos , levantò su Campo ; y aviendo passado el Rio Pyramo por vna Puente , que mandò hazer , llegó à la Ciudad de

Malòn , en quien se alojò vna parte del Exercito , y lo restante en Castabalo , donde le salió al encuentro Parmenion , à quien avia embiado para que reconociesse la tierra , y el camino , que vâ à Isson. Avialo executado asì Parmenion ; apoderadose de algunos lugares estrechos , en quienes puestas algunas Tropas para su defensa , tomó aquella Ciudad , abandonada de sus habitantes ; y penetrando por lo mas interior del País , echò de las Montañas à los que se avian fortificado en ellas : despues de lo qual , y de aver assegurado los pasos , bolveria à participarselo. Con que estandolo el Rey de que los tenia libres , se entrò con su Exercito en Isson , donde se confirió , sobre si se avian de esperar allí las Reclutas , que venian à grandes jornadas de Macedonia , ò passar adelante. Parmenion fuè de dictamen , de que no podia aver elegido lugar mas comodo para dar la Batalla que aquel , respecto de que no permitiendo , por su estrechez , gran numero de Gente , quedaban iguales las fuerças de ambos Reyes ; por cuya suma inferioridad en las fuyas , debian evitar , quanto les fuesse possible , las campañas , y llanuras , en quienes se hallarian cercados por todas partes , y oprimidos de la crecida muchedumbre de los Barbaros , de quienes debian temer quedar vencidos , no yà por su valor , sino por el proprio cansancio , no hallandose , como ellos , con sobrada Gente para remudar la que estuviesse fatigada. Cuyas razones persuadiendo facilmente à todos , quedò resuelto se esperasse à Dario en aquellas Montañas. Hallabase en el Exercito del Rey,



Rey vn Persa, llamado Sissene; el qual, embiado en tiempo de Philipo por el Governador de Exypto à Macedonia, quedò tan obligado de las honras, y beneficios que se le hizieron, que dexò su propria Patria por quedar en aquel Reyno, desde donde siguiò à Alexandro al Afsia, logrando ser vno de los primeros en su confiança. Este, pues, aviendo recibido por medio de cierto Soldado Cretense vna Carta cerrada, con sello que no conocia; la qual era de Narbazanes, Satrapa de Dario, en que le persuadia: *Obrasse alguna accion digna de su illustre nacimiento, y de la grandeza de su valor, para hazerse por ella el lugar que merecia, en la gracia del Rey.* Solicitò muchas vezes, en cumplimiento de su fidelidad, è inocencia, ocasion de mostrarsela à Alexandro; pero hallandole en todas ocupado en las disposiciones de la Guerra, lo disfrìò, esperando alguna mas oportuna. Cuya retardacion fuè causa de que se le tuviesse por complice en la pretendida traycion; porque aviendo dado con ella lugar à que llegasse la Carta à manos de Alexandro, leida por el, y cerrada nuevamente con sello desconocido, ordenò, para examinar la fidelidad de Sissenen, que se le bolviesse cautelosamente. Pero dexando este passar muchos dias, acabò con su descuido de confirmar la sospecha; por la qual fuè muerto à manos de los Soldados Cretenses en el mismo Exercito, y sin duda con orden de Alexandro.

## CAPITULO VIII.

*Consejo, y resolucion de Dario antes de la Batalla; consternacion del Exercito de los Persas, y presagio de su rota.*

**A**VIA llegado yà al Campo Thymondas con los Soldados Griegos, que le entregò Pharnabazes, en quienes tenia puesta Dario toda su esperanza. Procuraba, en quanto podia esta Gente, persuadirle à que retrocediesse, y bolviesse à tomar las espaciosas campañas de Mesopotamia, ò que à lo menos, en caso de no abrazar tan importante consejo, dividiesse aquellas innumerables Tropas, y no expusiesse à vn rebès de la fortuna todas sus fuerças. No assentia tan mal Dario à este dictamen, como los principales de su Corte; los quales suponiendo, como decian: *Que aquella infiel, y venal Nacion le proponia dividiesse sus Tropas, no con otro fin, que el de poder mas facilmente, hallandose estas separadas, entregar al Enemigo las que estaban à su cargo; le proponian por mas seguro, que los embistiesse con todo el Exercito, y dexasse con su mortandad vn exemplo memorable del castigo de su traycion.* Pero Dario, con cuyo blando natural, y piadosa intencion, no se conformaba esta violencia, bien lejos de convenir con su dictamen, les manifestò: *No incurria nunca en accion tan indigna de si, como la de tratar de aquella suerte à los que estaban à sueldo suyo, y le avian seguido debaxo de su feè; porque haziendolo, quienes seràn (decia)*



los Estrangeros, que quieran fiarse de ella, acordandose de que hemos teñido nuestras manos en la sangre de tantos, y tan valerosos Soldados? Que jamás avia visto fuesse la vida precio de vn consejo poco conveniente; pues si el darle traxesse semejante peligro, nadie se atreveria à expressar su dictamen: Y ultimamente, que aun ellos mismos, estando en Consejo se hallaban entre si discordes en los votos, no teniendose siempre por mas zelosos los que eran del mejor. En cuya confirmacion embiò à decir à los Griegos: Quedaba agradecido à su afectuosa demostracion; pero que no se conformaba con retroceder; assi porque era entregar de conocido su Reyno al Enemigo, como porque consistiendo en la reputacion el todo de la Guerra, no era facil persuadir al Mundo dexaba de ser fuga el hazerlo: Que aun menos razon avia para pensar en dilatar la Guerra, hallandose con el Invierno tan proximo, y sin los Viveres, que necesitaba tan numeroso Exercito en vn País, à quien tenian igualmente assolado los suyos, que los Enemigos; ni en dividir sus Tropas, violando la costumbre de sus Predecesores; los quales expusieron siempre à una Batalla sola todas sus fuerças: Que aquel Rey, terror poco antes del Mundo, cuya orgullosa soberbia fuè insufrible mientras su ausencia, apenas tuvo aviso de su venida, quando convirtiendo en cordura su temeridad, se abrigò en las concabidades de las Montañas, no de otra suerte, que de las breñas los animales medrosos, al menor ruido de los Passageros; entreteniendole, y engañandole la esperança de sus Soldados, con su fingida dolencia. Pero que no por esto dilataria el combate, pues le acometeria en las mismas Grutas, don-

de vilmente se avia refugiado. Palabras à la verdad magnificas, si huvies- sen correspondido à verificarlas los efectos. Aviendo, pues, embiado à Damasco su plata, y sus mas preciosas alhajas, debaxo de vna ligera escolta, marchò àzia la Cilicia con el grueso de su Exercito, en cuyo seguimiento, segun el estilo de aquella Nacion, iban su Madre, y su muger con las Princesas, y su tierno hijo. Refierefe, que en vna mesma noche llegaron Alexandro à aquel estrecho passo de Syria, y Dario al otro, à quien llaman Pylas Amanicas. No pusieron duda los Persas en la fuga de los Macedones, hallando abandonada la Ciudad de Issò, en cuya creencia los confirmò el aver encontrado algunos Soldados, à quienes no permitieron seguir el Exercito sus heridas, y enfermedades. Mandò Dario, à persuacion de los Grandes de su Corte, naturalmente crueles, è inhumanos, que los cortassen las orejas, y las manos, y que los pasassen por todo su Campo, para que reconociendo bien sus fuerças, pudiesen dàr entera noticia de ellas à Alexandro. Levantados, pues, sus Reales, passò el Rio Pinaro para cargar por las espaldas en los que èl creia fugitivos. Pero aviendo llegado al Campo de los Macedones aquellos miseros Soldados, y dadole noticia de que se encaminaba Dario à toda diligencia àzia ellos, no acababan de darles credito. Por lo qual embiò el Rey espías, para que desde las Regiones Maritimas recono-



conociessen si venia èl en persona, ò solo alguno de sus Generales, con alguna parte de sus Tropas, con quienes era possible, que se huviesen equivocado aquellos Soldados, teniendolas por todo el Exercito. Pero bolviendo estas, se empezó à descubrir vna multitud espantosa de hombres, y tan crecidos fuegos por la campaña, que no parecia sino vn incendio toda ella, respecto de la dilatadissima extension que ocupaba, asì el Exercito, por su copiosissima numerosidad, y mala ordenança, como el bagage, quando acampaba. Aviendo ordenado Alexandro su Campo en el mismo lugar donde se hallaba, y prohibido, que saliesse alguno fuera de èl, le fortificò de Fossos, y Palizadas, con increible gusto, al vèr se le cumplia el deseo, que avia tenido de combatir en aquellos lugares estrechos; si bien, como de ordinario sucede en todas las cosas, donde es tanto lo que se aventura, no dexò de convertirse en cuidado su seguridad. Temia por vna parte, no sin razon, à la mesma fortuna, à quien siempre avia reconocido favorable, y de cuya inconstancia tenia tantas experiencias, quantos eran los mismos beneficios, que de ella avia recibido; considerandose en vispera de quedar, ò el mas triunfante, ò el mas infeliz Principe del Mundo. Alentabale empero por otra parte el creer mayores los premios, que los peligros, y que si la Victoria era incierta, segura vna honrada, y gloriosa muerte. Y asì, despues

de aver dado orden à sus Soldados para que se previniessen, y estuviesen prompts à la tercera vigilia de la noche, subiò à la cumbre de vn Monte, donde haziendo encender grandes fuegos, sacrificò, segun el estilo de su Patria, à los Dioses defensores de aquellos lugares. Avia dado por tres vezes la señal la Trompeta, y sus Tropas dispuestas yà à marchar, teniendo orden de apresurar el passo, llegaron al romper del dia à los puestos, que avian de ocupar. En tanto, sabiendo por los Corredores, que Dario no estaba à mas distancia de allì, que la de treinta estadios, hizo el Rey alto; y avien dose Armado, puso sus Tropas en orden de Batalla. Casi al mismo tiempo tuvo Dario, por los amedrentados Payfanos, noticia de la marcha de Alexandro; la qual, quanto le fuè à èl increible, por no esperar tuviesen atrevimiento de buscarle, quando los seguia como à fugitivos, tanto de considerable terror à su Exercito, cuya disposicion era mas de marcha, que de combate. Toman, pues, arrebatada, y desordenadamente las Armas; aumentando el pavor la misma precipitacion de los que se aceleraban à ellas. Suben vnos à la eminencia del Monte, para reconocer las Tropas del Enemigo, y enfrenan otros sus cavallos, siendo tal el desorden en que avia puesto la confusion, que apenas se hallaba quien mandasse. Avia resuelto Dario desde el principio, ocupar la cumbre de vn Monte, con alguna porcion de su Exercito,



to, y poner àzia aquella parte del Mar, que cubria el ala derecha de su Exercito, algunas Tropas para coger en medio al Enemigo, y que de todas partes fuesse oprimido; y embiado veinte mil hombres, y algunas Compañias de Flecheros, con orden de que passassen el Rio Pindaro, que estaba en medio de ambos Exercitos, y se opusiesse à los Macedones, ò quando no pudiesse conseguirlo, se retirassen à los Montes, y disponiendo alguna emboscada, cargassen al Enemigo por las espaldas. Pero mas poderosa la fortuna, que toda la providencia de este Principe, se burlò de sus ordenes, impossibilitando en vnos con el miedo su execucion, y haziendola invtil en otros; porque en llegando à debilitarse los miembros, que sustentan el cuerpo, es preciso que este se rinda, y cayga oprimido de su mismo peso.

## CAPITULO IX.

*Fuerças, y comparacion de vno, y otro Exercito.*

**E**L orden, y disposicion de el Exercito de Dario era en esta forma. Tenia el ala derecha Narbazanes, con la Cavalleria, y veinte mil hombres, entre Flecheros, y Honderos; en la qual estaba Timondas con treinta mil Infantes Mercenarios de Grecia, la flor sin duda del Exercito, y en nada inferiores à la Phalange Macedonica. Governaba la siniestra Aristomenes, natural de Theffalia,

con veinte mil Barbaros, en cuyo socorro los seguian las Naciones mas belicosas. Iba el Rey en la misma ala, en la qual avia de pelear, rodeado de su Guarda ordinaria, compuesta de tres mil hombres escogidos, y de vn cuerpo de quarenta mil Infantes, à quien seguia la Cavalleria de los Hircanos, y de los Medos, y à esta la de los demàs Pueblos, mezclados indiférentemente en el ala derecha, y siniestra del Exercito, cuya Abanguardia ocupaban seis mil hombres, entre Honderos, y Flecheros. Finalmente, no avia espacio en la estrechez de aquellos lugares, donde se pudiesse alojar, que no le ocupassen las Tropas de su Exercito, cuyas dos alas se estendian, vna hasta la Montaña, y otra hasta el Mar, en medio de quienes estaban la Madre, y muger de Dario, con crecido numero de mugeres. Tal era la disposicion del Exercito de los Persas, à cuyo oposito plantò Alexandro à la frente del suyo la Phalange, en que consistia la mayor fuerza de los Macedones: al ala derecha à Nicanor, hijo de Parmenion, reforçado de Ceno, de Perdicas, y de Meleagro, con Ptolomeo, y Amyntas, todos à la frente de las Tropas que mandaban: y à la siniestra, que miraba àzia el Mar, à Parmenion, y à Cratero, con orden de que obedeciesse à aquel. Distribuyò en las dos alas la Cavalleria; puso en la derecha la de los Macedones, y Theffalos; y en la siniestra la del Peloponesso, y delante algunas Compañias de Honderos,



deros, y Flecheros, fortificados de la Cavalleria ligera de los Thracas, y Cretenses. Opuso à las Tropas, que Dario avia embiado sobre el Monte, à los Agrianos, recién llegados de la Grecia, encargando à Parmenion se estendiesse àzia el Mar lo mas que pudiesse, para que quedassen apartados de las rocas, de que se avian apoderado los Barbaros. Si bien estos, no teniendo animo para acometer à los que iban à ellos, ni para cargar por las espaldas à los que passaban delante, amedrentados solo de ver à los Honderos, se pusieron en fuga; lo qual assegurò à Alexandro el flanco de su Exercito, por donde temió siempre recibir algun daño de lo alto. Marchaban solo treinta y dos Soldados por fila, respecto de no permitir la estrechez del lugar el que se dilatassen mas; aunque poco despues se fueron estendiendo sus Batallones, y tuvieron espacio bastante para aumentar las filas de la Infanteria, y para que la Cavalleria ocupasse las alas del Exercito.

## CAPITULO X.

*Oracion de Alexandro à sus Soldados.*

**H**ALLABANSE yà los dos Exercitos à vista el vno de el otro, aunque à mayor distancia, que de vn tiro de saeta, quando empezaron primero à sentirse por su desordenada marcha, y descompassados gritos los Persas, à quienes correspondieron inmediatamente los Macedones con

los suyos, excesivos en el estuendo, aunque ellos inferiores en el numero, respecto de que rebatiendo en aquellos Montes, y resonando en aquellas espaciosas Selvas, multiplicaban estas, como de ordinario las sucede, con todas las que reciben su sonido, bolviendolas con mayor ruido, y estuendo. Marchaba Alexandro à la frente de su Exercito, à cuyos Soldados hazia señas con la mano, para que caminassen à moderado passo, y no se fatigasen de suerte, que les faltasse el aliento en la primera carga; y puesto à cavallo, y recorriendo sus Esquadrones, esforçaba con diverso estilo à todos, proporcionando al genio, y espiritu de cada Nacion las palabras, que mas pudieran persuadirlos. Acordaba à los Macedones las innumerables Batallas, que avian obtenido en tantas Guerras de la Europa, para sojuzgar el Asia, y las ultimas partes del Oriente, à quienes los avian llevado mas, que su persuasion, su proprio gusto, y antiguo valor: Que siendo los Libertadores del Mundo, y aviendo dilatado sus Victorias mas allà de los limites, que prescrivieron Hercules, y Baco, no solo debian imponer el yugo à los Persas, sino à todos los demás Pueblos del Mundo: Que los Bactrianos, y los Indos obedecieran à los Macedones; y que lo que entonces veian era de cortissima consideracion, respecto del todo, de que los haria señores sola vna Victoria: Que no siempre avian de permanecer entre las rocas de Illiria, y de Thracia, haciendo vna Guerra esteril, è ingrata; pues esperaba fuesen los despojos de todo el Oriente premio de su valor, y de sus fati-



fatigas ; y que apenas necesitarian de sacar la espada contra aquella muchedumbre fluctuante , y à en su miedo , à quien podrian derribar solo à los golpes de sus Escudos. Sobre cuyas persuasiones invocaba à su Padre Philipo , vencedor de los Athenienses : Representando à los suyos la Beotia , poco antes sujeta , y la mas celebre de sus Ciudades , destruida , y arruinada por los fundamentos. Mostrándoles unas vezes la jornada del Granico , y otras el considerable numero de Ciudades , que avia ganado , ò por fuerza , ò por convenio ; y finalmente , la gran cantidad de Provincias , que dexaban sujetas à su obediencia. Passando despues àzia los Griegos : Les hazia memoria de como aquellos Pueblos eran sus antiguos Enemigos , y de quienes avia recibido la Grecia tan considerables daños , como primero Dario , y despues Xerxes , con insuperable orgullo les avian impuesto , en mayor prueba de vna infame servidumbre tributos hasta en la Tierra , y en el Agua : Que este ultimo inundò su Patria , tanto de hombres , como de animales , agotando las fuentes , secando los Rios , y consumiendo quanto la naturaleza produce para el alimento de los hombres ; y ultimamente , que avian saqueado sus Ciudades , quemado los Templos de los Dioses , y violado todo genero de lugares , assi Divinos , como humanos. Enderezandose despues àzia los Illirios , y Thraces , Gente acostumbrada à vivir de la rapiña : Los hazia , que contemplassen el Exercito de los Enemigos , resplandeciente todo con el oro , y la purpura , y menos cargado de Armas para el combate , que de materia para la presa , y el despojo ; persuadiendoles à que , pues eran hombres , fuesen à ellos ,

y arrebatassen de aquellas mugeres quantos adornos se ofrecian en ellas , y permittassen sus Montañas , cubiertas siempre de nieves , y yelos , por aquellas hermosas llanuras , y ricas campañas de la Persia.

## CAPITULO XI.

*Batalla sangrienta , en que mueren de parte de los Persas cien mil Infantes , y diez mil Cavallos , entregandose à la fuga el resto del Exercito. Queda Alexandro Señor del Campo , en que haze vna considerable pressa.*

VIENDO llegado à tiro de saeta , cargò furiosamente la Cavalleria de los Persas en el ala izquierda del Enemigo , con la qual deseaba Dario combatir , por saber que la mayor fuerza del Exercito de los Macedones , consistia en su Phalange. Empezaba se tambien à embestir el ala derecha de Alexandro ; el qual al punto que lo reconociò , dexando sobre la Montaña solo dos Esquadrones , passò los demas , con la mayor diligencia , à lo mas peligroso del combate ; y destacando de sus Esquadras la Cavalleria de los Thessalos , diò orden à quien los mandaba , que conduciendolos secretamente por detras de sus Battallones , se juntasse con Parmenion , y executasse sus ordenes. Aunque se hallaban por todas partes rodeados de los Persas , se defendian valerosamente. Pero estando tan juntos los vnos con los otros , ò no podian expedir sus

K Armas,



Armas, ò si arrojaban algunas, al punto se encontraban en el Ayre vnas con otras, y impidiendo su violencia, caian en tierra, sin hazer efecto alguno, ò era tan debil el golpe, como corto, ò ninguno el daño, que causaban. Con que hallandose precisados à combatir tan de cerca, echaron todos mano à las espadas, con quienes fuè grande el estrago; porque estaban tan inmediatos ambos Exercitos, que se tiraban cuerpo à cuerpo, hiriendose vnos à otros en los rostros. No era permitido entonces, ni al cobarde, ni al perezoso, que dexasse de obrar, pues peleando à piè firme, y cuerpo à cuerpo, como en vn combate singular, no podian dexar su puesto, sino hazian otro con la muerte de su Enemigo; y entonces adelantando solo vn passo, fatigados, y cansados, encontraban otro contrario de refresco, sin ser concedido à los heridos, como de ordinario sucede, que se les pudiesse retirar de la Batalla, respecto de tener por la frente el Enemigo, y à los suyos por las espaldas, que ambos se lo impedian igualmente. Cumpliò por su partè Alexandro à vn tiempo con las obligaciones de Soldado, y de Capitan, procurando, con ardiente anhelo, lograr la gloria de dàr por su mano muerte à Dario; el qual, descubriendose de todas partes sobre vn Carro, era objeto de tan poderoso incentivo en los suyos para su defensa, como en los Enemigos para su muerte. Entonces Oxatres, su hermano, viendo quan vivamen-

te le apretaba Alexandro, se puso delante de su Carro con la Cavalleria que mandaba, señalandose entre todos tan igualmente su valor, como su gallarda disposicion, y resplandecientes Armas, y no menos su ferocidad contra todos, y su piedad con poquissimos; pues combatiendo contra los que obstinadamente le resistian, diò muerte à muchos, y obligò à otros à que se pudiesen en fuga. Animados empero los Macedones con la presençia de su Rey, y encorajados vnos, y otros, rompieron aquel Esquadron, haziendo en el tan cruel estrago, que en brevissimo espacio se llenò todo de horror, y de sangre. Velanse al rededor del Carro de Dario muchos grandes Señores, y Capitanes, postrados en aquel suelo sus propios rostros, en la misma postura, que combatiendo à vista de su Rey avian caido, traspassados todos sus cuerpos de las heridas; entre quienes se reconocian Atiziyes, Rheomithres, y Sabaces, Governador de Exypto, los quales avian mandado en otras ocasiones grandes Exercitos, rodeados de innumerable Infanteria, y Cavalleria de menor grado, amontonados los vnos sobre los otros. De la parte de los Macedones fueron pocos los muertos, y estos de los que cargaron con mayor furia en el primer combate, entre quienes saliò herido ligeramente Menandro de vna cuchillada en el muslo derecho. En tanto los Cavallos, que conducian el Carro de Dario, oprimidos de los crecidos golpes, que



que recibian , y enfurecidos del dolor de sus heridas , empezaron à enarbolarse , y à sacudir el yugo con tal violencia , que corriò gran riesgo de ser bolcado el Principe ; el qual , temiendo caer en manos del Enemigo , se arrojò à tierra , y puso en vno de los Cavallos , que le seguian , despojandose ignominiosamente de todas las Insignias Reales , para evitar pudiesen descubrirle por ellas en la fuga. Encomendaronse à ella inmediatamente todos , y arrojando las Armas , que avian tomado antes para su defensa , se salvaron , como pudieron. Tan amedrentados los tenia el miedo , que desconfiaban hasta de sus mismos reparos , y socorros. La Cavalleria , que Parmenion avia destacado , seguia à toda diligencia à los fugitivos , que desde la frente avian ido à dár à aquel lugar. Y si bien apretaban vigorosamente los Barbaros en el ala derecha à la Cavalleria de los Thessalos , aviendo desbaratado vno de sus Esquadrones ; haziendo estos vn caracol , bolvieron valerosamente à la carga , y hallando à los Persas en el desorden , que los tenia la confianza de la Victoria , los rompieron , y hizieron en ellos considerable mortandad , respecto de que siendo tan dificil à los Cavallos , como à los Ginetes Persas , rebolver à vna , y otra parte , por la gran pesadez con que iban armados , y facil à los Thessalos el manejar por su destreza , y ligereza los suyos à todas manos , les ganaban la gurupa , los daban muerte , ò los hazian prisioneros. Alexan-

dro noticioso de tan feliz suceso , no aviendose atrevido antes à seguir à los Barbaros , viendose por todas partes victorioso , fuè inmediatamente , con la mayor presteza , en su seguimiento. No llevaba consigo mas de mil Cavallos , y sin embargo era grande el estrago , que hazia en los Enemigos. Pero quien en el calor de vna Victoria , ni en el desmayo de vna derrota , puede numerar los hombres ? Auyentaba de sí , qual pudiera à vn rebaño de ganado , à aquella desordenada turba , à quien el mismo pavor , que la precipitaba à la fuga , le era de estorvo à la misma fuga. Sin embargo los Griegos , que iban à sueldo de Dario , debajo del mando de Amyntas , vno de los Capitanes de Alexandro antes , y entonces del partido contrario , separados de los demás , se avian retirado , no como fugitivos , sino haziendo honrosa resistencia. No así los Barbaros , los quales tomando bien diversas derrotas , siguieron vnos el camino derecho de Persia , y ganaron otros los Bosques , las Montañas , y las Grutas , aviendo sido pocos los que bolvieron al Campo. De esta fuerte quedò dueño de el el Vencedor ; y aviendole saqueado los Soldados , le hallaron lleno de riquezas , de cantidad de oro , y de plata , mas para la ostentacion de vna vana magnificencia , que para los gastos de vna Guerra ; y cargando mayor porcion de la que podian llevar , dexaban cubiertos los caminos de lo menos estimable , que su abaricia



avia despreciado. Llegaban yá àzia donde se hallaban las mugeres, à quienes arrebatában con tanta mayor violencia sus joyas, y sus adornos, quanto es esto lo que ellas mas apetecen, sin que perdonassen à su honestidad, y decoro, violado por su desenfrenada libiandad, y apetito. No se oían en todo el Campo sino clamores, llantos, y gemidos, segun era la infelicidad à que cada vno se hallaba reducido, no aviendo quedado ningun genero de daño, ni de vituperio, que no practicasse indistintamente en todo sexo, y edad, la desenfrenada crueldad, y violencia. Nada empero acreditò tanto el vano, y debil poder de la fortuna, como ver que los mismos, que avian dispuesto la Tienda de Dario, con el mayor aparato, y superfluidad, que pudo prevenirse, guardassen pocas horas despues todas aquellas riquezas, como para su antiguo Dueño, para Alexandro; siendo lo que vnicamente perdonaron los Soldados, por ser costumbre recibir al Vencedor en la Tienda del vencido. En el interin la Madre, y la muger de Dario, hechas prisioneras, se llevaban los ojos, y los corazones de todos, venerable aquella por su edad, y por la Magestad de su persona, y esta por su hermosura; la qual, en medio de todas sus aflicciones, no avia padecido mudança, ni perdido nada de su belleza. Traía en los brazos à su hijo, cuya tierna edad no passaba de seis años, nacido en la esperança de aquella gran for-

tuna, que su Padre acababa de perder. Veíanse tambien dos adultas Princezas, recostadas sobre el regazo de su anciana Abuela, deshechas en lagrimas, y consumidas de la congoja, lamentando no tanto su proprio infortunio, y miseria, quanto el de aquella. Rodeabalas crecido numero de Señoras; las quales, olvidadas de su antiguo decoro, de su compostura, y belleza, rasgadas sus vestiduras, y mesandose los cabellos, llamaban à quellas Princezas, quanto antes con proprio titulo, entonces con impropio nombre, *sus Reynas, y sus Señoras*. Olvidando, en fin, su propia miseria, solo procuraban saber de Dario, àzia què parte avia combatido; y qual avia sido en tan gran peligro el suceso de su fortuna, sin tenerse por prisioneras, como el viviese. Pero aquel infeliz Principe, mudando de rato en rato de Cavallos, le avia alojado à crecida distancia la fuga. Murieron en esta Batalla de parte de las Persas cien mil Infantes, y diez mil Cavallos; de la de Alexandro solo quedaron quinientos y quatro heridos, y muertos treinta y dos Infantes, y ciento y cincuenta Cavallos. Con tan corta pérdida adquirió tan gran

Victoria.





## CAPITULO XII.

*Consuela, con Real generosidad, à la Madre, y muger de Dario, y à las demás Princesas en la pérdida del Rey, à quien creían muerto.*

CANSADO el Rey de seguir à Dario, viendo que la noche se acercaba, y que no le podía hallar, se bolvió al Campo de los Enemigos, à quien su Gente acababa de robar, y mandò disponer vn combite à los Grandes de su Corte, no embarazandole asistiese à el su herida, respecto de ser muy superficial. Pero no bien se huvieron sentado à la mesa, quando oyeron en la Tienda inmediata tan espantoso ruido, mezclado de tales gemidos, que llenando de pavor toda la campaña, obligaron à los que hazian Guarda delante del alojamiento del Rey à que corriessen à las Armas, temiendo aquel rumor, principio de mayor tumulto. Causaban este estruendoso alboroto la Madre, y muger de Dario, y las demás Señoras prisioneras; las quales, teniendo à su Principe por muerto, le lloraban à su barbara vsança, con crecidos sollozos, y lamentables suspiros. Hallandose cierto Eunucho delante de la Tienda de Dario, viò su manto en manos de vn Soldado, que acaso le encontrò, poco despues de aversele quitado el Rey, por no ser conocido, como dexamos dicho; y creyendo le avia recogido por muerte suya, las assegurò por noticia cierta, lo

que fuè errado juicio suyo. Refierefe, que noticioso Alexandro de la ocasion de su ternura, compadecido igualmente de ella, que de la desgracia de Dario, prorumpiò en lagrimas, y mandò à Mithrenes, el qual entregò la Ciudad de Sardeo, y sabia la Lengua Persica, que passasse à consolarlas; pero considerando podría renovar su indignacion, y dolor la vista de aquel Traydor, embiò à Leonato, vno de los primeros Señores de su Corte, con orden de que las asegurasse vivia el Principe, à quien lloraban por muerto. Leonato, aviendo llevado consigo algunos Soldados, se encaminò à la Tienda de aquellas Princesas, à cuyos criados mandò las avisassen estaba alli de parte de su Rey. Pero estos, discurrendo al ver hombres Armados, que era llegado el fin de sus Reynas, corren dentro, diciendo en altas, y tristes voces: *Que aquella Gente venia à darlas muerte.* En cuyo funesto trance, no sabiendo aquellas infelizes Princesas à què resolverse, ni atreviendose à responderle, dexaban à la discrecion del Vencedor, lo que quisiessse obrar. Finalmente, Leonato, despues de aver esperado largo tiempo, viendo que nadie parecía, dexò sus Soldados à la puerta, y entrò en la Tienda, atemorizando mas el verle entrar sin que alguno le conduxesse. Postradas, pues, à sus pies, le pidieron: *Que antes que las quite la vida, las permitia sepultar el cuerpo de Dario à vsança de su Patria, ofreciendose à morir gustosas, aviendo cumplido con aquella*



ultima obligacion, que debian à su Rey. Asseguro las Leonato de su recelo, haziendolas saber era vivo Dario, y que su Rey estaba tan lexos de ocasionarlas el menor disgusto, como prompto à atenderlas, y tratarlas con la decencia, y decoro, que correspondia à su grandeza, y soberania. Con lo qual Sisigambis, bolviendo à recobrar el perdido aliento, permitiò que Leonato la ayudasse à levantar. El dia siguiente, haziendo Alexandro enterrar à sus difuntos Soldados, concediò el mesmo honor à los cadaveres de los mas Ilustres Persas, y à la Madre de Dario, permiso, para que pudiesse mandarlo hazer conforme à su estilo, con todos los que gustasse. Pero aquella prudente Princesa, admitiendo el favor del Rey, solo se valiò de èl para dár sepultura à algunos de sus mas inmediatos parientes, con la moderacion, que pedia el estado presente de su fortuna, y sin el ostentoso aparato, que estilan los Persas en semejantes casos; por prevenir, no seria bien visto de los Enemigos, que excediesse de la templança, con que ellos avian hecho aquella funcion. Aviendo, pues, cumplido Alexandro con todas aquellas obligaciones de piedad, embiò à avisar à las Reynas, que passaba à visitarlas; y haziendo retirar à todos los que le acompañaban, entrò en la Tienda con solo Ephestion. Era Valido suyo, y aviendose criado juntos, tan dueño de su confiança, y de su afecto, que no avia persona, que se atreviesse à hablarle con la libertad que èl; si bien lo hazia con tal

cordura, que mas parecia permision del Rey, que licencia fuya. Eran de vna misma edad; pero de tanta mejor disposicion, y gentileza Ephestion, que teniendole por el Rey aquellas Princesas, le saludaron, y reverenciaron como à tal. Advertidas empero de su equivocacion por algunos Enuchos cautivos, se arrojò Sisigambis à los pies de Alexandro, dando por disculpa de su yerro, *el ser la vez primera, que le veia*. A cuyo tiempo, levantandola el Rey, y tratandola con el titulo de Madre suya, la dixo: *Que no le avia padecido, por ser Ephestion otro Alexandro*. Verdaderamente, que si huviesse conservado este Principe hasta el fin de su vida igual moderacion de animo, à la que vsò entonces, avassallando el orgullo, y la colera, de cuyos vicios predominado, tiñò indignamente en medio de los festines sus manos en la sangre de sus mas fieles amigos, y diò precipitada muerte à aquellos grandes Varones, à quienes debia parte de sus Victorias, que le reputaria aun por mas feliz, y glorioso de lo que se mostrò, quando despues de aver sojuzgado con tan esclarecidas Victorias todas las Naciones, que se dilatan desde el Helesponto hasta el Occeano, imitò el triunfo de Bacho. No aviendo empero preocupado aun entonces su espiritu la fortuna, respecto de estar, en sus principios, vsò de ella con moderacion, y prudencia, hasta que creciendo despues, y faltandole fuerças para soportar su grandeza, quedò oprimido de ella.



Lo cierto es, que en aquellos primeros años excedió en benignidad, y continencia à todas sus predecesores. Vivió con las hijas de Dario, Princesas de admirable hermosura, como si huviesen sido sus hermanas, estando tan lexos de hazer experiencia de la honestidad de la Reyna, cuya belleza era la mayor, que entonces se conocia, que puso sumo cuidado en evitar, quanto fuesse de su desagrado. Finalmente, la atencion, benignidad, y decoro, con que las tratò fuè tal, que de quantas conveniencias tenian antes, ninguna pudieron echar menos entonces, fino la confiança; la qual nunca se tiene del Enemigo, por humano, y cortès que sea su tratamiento. Hizo tambien, que se entregassen à las Señoras todas sus joyas, su Recamara, y Bagage; à cuyas urbanas demostraciones reconocida Sisigambis: Mereces Señor (le dixo) que nosotras hagamos por ti los mesmos votos, que haziamos por nuestro Dario; pues experimento, que no solo le excedes en la felicidad, sino tambien en la justicia, y en las demás virtudes. Tu me llamas Madre, y me honras con el Titulo de Reyna, quando me confieso sierva tuya, reconociendo tan dulce el yugo de tu Imperio, que aun la memoria de mi passada felicidad, no basta à hazerme desabrido el estado de mi presente fortuna; porque es tan gloriosa tu generosidad, que estando à tu arbitrio el disponer de nosotras, has querido antes darnos repetidos testimonios de tu clemencia, que del rigor, que fuera tan indigno de ti. Animòlas el Rey en su afliccion, y tomando en brazos al hijo de

Dario, sin estrañarle aquel tierno Infante, le echò los suyos, dexando al Rey tan suspenso de su constancia, que buuelto despues à Ephestion: *Quanto me holgara* (le dixo) *de que Dario tuviesse alguna parte de esta docilidad.* Despues de lo qual, y de aver salido de la Tienda, y consagrado tres Altares en la Ribera del Rio Pinaro, vno à Jupiter, otro à Hercules, y otro à Minerva, passò à Syria, embiando delante à Parmenion à Damasco, donde estaba el Tesoro de Dario.

## CAPITULO XIII.

*Entrega el Governador de Damasco à Parmenion los Tesoros de Dario, y infinita Nobleza.*

CONTINUANDO Parmenion su marcha à Damasco, supo en el camino, que iba delante de el vno de los Satrapas del Rey, y temiendo, respecto de la poca Gente que llevaba, que le acometiesse, resolviò esperar mayor refuerzo. En cuyo interin le llevaron los Corredores cierto hombre, llamado Mardo, à quien encontraron, el qual diò à Parmenion vnas Cartas, que el Governador de Damasco escrivia à Alexandro, añadiendo de palabra: *Que su Señor pondria en manos del Rey toda la plata, y los muebles de Dario.* Abriólas Parmenion para assegurarle mas de el, y viendo pedia en ellas à Alexandro: Le embiasse promptamente vno de sus Capitanes, con alguna Gente. Bolviò à despachar à Mardo, el qual escapandose de las Guardas que llevaba, llegó



llegò à Damasco antes del dia. Puso este accidente en cuidado à Parmenion, el qual temiendo alguna emboscada, no se atrevia à aventurarse sin guia por aquel desconocido País. Con todo, fiándose en la buena fortuna de su Dueño, hizo buscar algunos Payfanos, que mostraron el camino, y pusieron al quarto dia en la Ciudad. Cuyo Governador, recelando no se huviesse dado credito à sus Cartas, aviendo mostrado à los suyos no se tenia por seguro en aquella Plaza, hizo al romper del dia poner en la puerta falsa de ella todo el dinero del Rey, à quien los Persas llaman Gaza, y lo mas precioso, que tenia à su cuidado; y afectando en lo exterior, que huía para poner en salvo aquel Tesoro, se disponia à entregarle al Enemigo. Saliendo, pues, de la Ciudad, le seguian millares de hombres, y de mugeres, las quales movian à compasión à todos, sino à aquel, en quien se avian fiado; pues por lograr mayor recompensa llevaba à los Enemigos vna presa, que no ignoraba era mas preciosa, que todo el oro del Mundo, pues se componia de las mugeres, y los hijos de los Satrapas de Dario, y de los mayores Señores de la Persia, entre quienes se hallaban los Embaxadores de las Ciudades Griegas, cuya Guarda avia dexado Dario, como en fortaleza segura, al cuidado de este traidor. Llamaban los Persas Gambas à los ganapanes, que llevan à cuestras todo genero de carga; estos, pues, no pudiendo tolerar el frio,

que ocasionaban las grandes nieves, que repentinamente sobrevinieron, echando mano de aquellas preciosas ropas de oro, y purpura, que llevaban con la plata del Rey, se las pusieron, sin que se atreviesse alguno à embarazarlo, para que no faltasse en el lamentable estado de la fortuna de Dario, la ignominiosa circunstancia de que tuviesse ofiada la parte mas vil del vulgo à profanar los adornos de su Real persona. Pareció aquella turba à Parmenion gruesso capaz de no despreciarlos; y así, aviendo puesto en orden de Batalla à su Gente, y animandola con breves palabras, como pudiera si huviesse de combatir, la mandò que se abançasse à galope, y que con acelerado impetu cargasse en ella. Pero no les dieron lugar à que lo hiziesen, los que conducian aquellas cargas; pues atemorizados, à vista suya las arrojaron, y se entregaron à la fuga, haziendo lo mesmo los Soldados, que iban de escolta, à quienes afectò imitar el mesmo Governador, mostrandose igualmente atemorizado para encubrir mejor su traicion. Veíanse riquezas inmensas en aquel Campo, esparcidas por vna, y otra parte, todo el oro, y plata destinado para la paga de tan numeroso Exercito, las sobervias Recamaras de aquellos grandes Señores, y señoras, vasos de oro, frenos de lo mesmo, Tiendas magnificas, y carros abandonados por quienes los conducian: espectáculo à la verdad lastimoso, y suficiente à compadecer à los mismos, que se



se cebaban en la presa; si bastasse el mas lastimoso à detener el impetu de vna defenfrenada abaricia. Porque quanto por espacio de muchos siglos avian atesorado en continuada prosperidad tantos Reyes, cuyo precio era inestimable, tanto se veia expuesto alli al peligro, cuyos ricos despojos arrebatavan vnos de entre las breñas, y otros de en medio del lodo, y de los cenagales, no aviendo manos para robar tan copioso botin. Avian yà dado alcance los que partieron en seguimiento de los que se anticiparon à la fuga, entre quienes hizieron prisioneras infinitas mugeres, las quales traian en brazos à sus tiernos hijos, y con ellas tres adultas Princezas, hijas del Rey Ocho, Antecessor de Dario, reducidas, por la inestabilidad de la fortuna, desde la elevada grandeza del Padre, al abatido estado de vna gran pobreza, que acabò de hazer mas infeliz este vltimo rebès de la fortuna. Hallabanse en aquella tropa la misma viuda de Ocho; la hija de Oxathres, hermano de Dario; la muger de Artabazo, vna de las mayores Señoras del Reyno; y su hijo Illioneo; la muger, y hijas de Pharnabazo, General de todas las Costas; tres hijas de Mentor; la muger, y el hijo del esclarecido Capitan Memnon, sin que apenas huviesse casi illustre en toda la Per-

sia, que no tuviesse parte en esta calamidad, de quien no se libraron algunos de los mas illustres Lacedemonios, y Athenienses, pues fueron tambien prisioneros de estos Aristogiton, Dropides, y Yphicrates; y de los Lacedemonios Pausippo, Onomastotides, Monimo, y Callicratides. La plata, que se hallò en moneda, importò dos mil y sesenta talentos, y la labrada quinientos. Sin la qual, y los prisioneros, que dexamos referidos, lo quedaron tambien treinta mil personas, aviendose tomado siete mil bestias cargadas de Bagage. No permitiendo empero los Dioses quedasse sin castigo el Autor, de tan considerable desolacion, dispusieron fuesse el precio de ella su vida, la qual rindiò sus vltimos alientos à los azerados filos de la Espada de vno de los complices, que conservando aun (à lo que juzgo) algun respecto à la Magestad del Principe, aunque reducido à tan lastimoso estado, aviendo cortado la cabeza à aquel Traydor, la llevò à Dario, à quien en medio de su infortunio, no dexò de ferle de algun consuelo ver castigada aquella maldad, y experimentar, que no todos sus Vassallos avian olvidado la fidelidad, y veneracion, que le debian.

(§)



Fin del Libro Tercero.



LIBRO





## LIBRO CUARTO.

### CAPITULO PRIMERO.

*RESPONDE ALEXANDRO, CON REAL MAGNANIMIDAD, à las orgullosas Cartas de Dario: Dà el Reyno de los Sidosios à Abdolomino, descendiente de Reyes, y aunque sumamente pobre, de magnanimo corazon: Muerte de Amyntas, que avia dexado el partido de Alexandro, à mano de los Persas; y muchos Capitanes de Dario, en muchos Lugares, à las de los Macedones.*

**D**ARIO, que poco antes se avia visto con vn Exercito tan numeroso, y florido, aviendo salido à la Batalla elevado en vn Carro, mas en apariencia de triunfo, que en disposicion de combate, huía por aquellas Campañas, quanto antes cubiertas de infinito numero de sus Tropas, tanto entonces desiertas, y solas. Caminò à bien acelerado passo quel infeliz Principe toda la noche, con cortissimo acompañamiento, respecto de no aver tomado todos la misma derrota, y de no poderlo hazer los que la seguian, por la frecuencia con que remudaba Cavallos. Llegò, en fin, à Vnca, donde fuè recibido de quatro mil Griegos, con quienes se encaminò àzia el Euphrates, creyendo, que solo tendria por su-

yò, lo que con la presteza ocupasse primero. En el interin, aviendo hecho Parmenion entrar todo el botin en Damasco, tuvo orden del Rey para que se entregasse de èl, y pusiesse en custodia à los prisioneros, y noticia de averle hecho merced del Gobierno de Syria, à quien llaman Cele. No bien reducidos los Syrios, en medio de tantas rotas, llevaban con sumo desabrimiento el yugo de aquella nueva servidumbre; pero escarmentados del castigo, que se hizo en ellos, se contuvieron en su deber. Rindiòse tambien la Isla de Arado; y si bien Straton, Rey entonces, conservaba aun las Ciudades Maritimas, y otros muchos Lugares distantes del Mar, los entregò despues à Alexandro; el qual, aviendole admitido debaxo de su feè, marchò àzia la Ciudad de



de Maratho. Recibió en ella vna Carta de Dario, escrita con tan sobervios terminos, que quedò bien ofendido de ellos; pero aun mas, de que usando en ella del titulo de Rey, no se le pudiesse. Deciale, mas con imperios de quien manda, que con sumisiones de quien pide, que le restituyesse à su Madre, à su muger, y à sus hijos, por cuyo rescate le entregaria quanto dinero bastasse à satisfacer à toda Macedonia; y que por lo que miraba al Reyno, le disputarian, si justasse, cuerpo à cuerpo, en igual combate. Pero que si se hallaba aun capaz de admitir consejo, le persudia se contentasse con el de sus Antecesores, sin insultar agenos Dominios, en cuyo caso admitiria por lo venidero su amistad, y alianza, la qual conservaria con inviolable feè. Respondiòle Alexandro en estos terminos. El Rey Alexandro à Dario: Dario, Rey antiguo de Persia, y cuyo nombre tomasteis, derrotò en su tiempo à los Griegos, que habitaban las Riberas del Helesponto, y arruinò con todo genero de hostilidades à los Jonios, antiguas Colonias nuestras; y aviendo pasado el Mar con vn poderoso Exercito, introduxo la Guerra en lo mas interior de Macedonia, y de la Grecia. A cuyo exemplo passò despues de el Xerxes, con espantosa multitud de Barbaros, à presentarnos la Guerra; y aviendo quedado vencido en vna Batalla Naval, y precisado à retirarse, como lo hizo, dexò à Mardonio en la Grecia, para que saqueasse nuestras Ciudades, y desolasse nuestras campañas. Y quien ignora, que Philipo, mi Padre, fuè assassinado por los que sobornaron con largas promessas los vuestros? Porque los Persas emprenden Guerras impias, y ballandose con las Armas en la mano, en vez de esgrimir las con generoso

espíritu contra los Enemigos, venciendo-dolos con ellas, procuran comprar sus vidas al precio, que por ellas imponen, como se ha visto en vos mismo, que sin embargo de ballaros con tan poderoso Exercito, aveis ofrecido à vn Assassino mil talentos por mi muerte. Con que no siendo yò quien haze la Guerra, sino quien solo se defiende, y la justificacion de los Dioses quien mira por la causa à quien assiste esta, han favorecido mis Armas, concediendome el que aya reducido gran parte del Asia à mi obediencia, y que os aya roto, y vencido enteramente en tan cumplida Batalla. Y si bien no debia concederos nada de quanto me pedis, por aver faltado à todas las razones de vna buena Guerra, os doy palabra, de que si venis de la manera à que està obligado quien pide, os entregarè sin rescate alguno à vuestra Madre, à vuestra muger, y à vuestros hijos, para que conozcáis, que assi como se vencer, tambien obligar à los vencidos. Y si acaso recelais ponerlos en mis manos, os concederè salvo-conduto, para que lo podais hazer seguramente. Pero no puedo dexar de advertiros, que quando me escribais otra vez, os acordeis de que escribis à vn Rey, y Rey vuestro. Despa chò con esta Carta à Thersyppo, y tomò el la buelta de Phenicia, donde aviendo admitido à su obediencia la Ciudad de Byblos, passò despues à la de Sydon, cèlebre por su antigüedad, y por la fama de sus Fundadores. Aviendose rendido al Rey Straton, mas que de voluntad suya, precisado de las amenazas de sus habitantes, respecto de seguir el partido de Dario, quedò privado del Reyno; el qual confiendole Ephestion, por el permiso, que tenia del Rey, para hazerlo en



en el mas digno de los Sydonios, à dos esclarecidos Jovenes hermanos, en cuya casa posaba, se escufaron de admitirle; dando por razon, no podian condescender à ello, sin contravenir à las Leyes de aquel Reyno; las quales ordenaban, que ninguno pudiesse ocupar el Trono, que no fuesse de la Real sangre. Admirado Ephestion de aquella heroyca moderacion, con que despreciaban lo que con tan crecido anhelo procuran los demás hombres, por medio del yerro, y del fuego, exclamò en altas voces: *O generosas almas! O magnanimos coraçones! Vosotros sois los primeros, que con loable desengaño ayeis conocido, quanto mas glorioso es rehusar vn Reyno, que possederle. Dadme empero alguno de la Estirpe Real, en quien viva siempre presente, quando se halle colocado en el Trono, la memoria de que os deba la Corona, que le ciñireis.* Reconociendo entonces ellos la desmesurada ambicion, con que muchos grandes Señores de aquel Reyno aspiraban al Trono, y las serviles indignidades, con que à precio de conseguirlo obsequiaban à los favorecidos de Alexandro, le declararon: *Era, entre quantos conocian, el mas merecedor de la Corona Abdolomino, descendiente, aunque remoto, de la Real Estirpe, y à quien la suma pobreza le precisaba à mantener la vida del jornal, que adquiria con su trabajo, en vn jardin fuera de la Ciudad. Avia le reducido, como à otros muchos, su gran bondad, à aquella miseria, en la qual, atento à su trabajo, no avia oido el estruendo de las Armas, que tenian alterada toda el*

*Afsia.* Y afsi, tomando aquellos dos Jovenes hermanos las Insignias, y Ornamentos Reales, partieron en busca de Abdolomino, à quien hallaron arrancando las viciosas yervas de su jardin. Aviendo le saludado ambos, le dixo vno de ellos: *Depon effos inmundos andrajos, para adornarte de estas Reales Vestiduras, y la trabajosa asquerosidad en que has envegecido; tèn Real animo, y acredita tu constancia, y virtud, en igual grado à la elevada fortuna de que te ha hecho merecedor.* No empero olvides, quando ocupando el Real Trono te veas arbitro soberano de la vida, y muerte de todos tus Ciudadanos, el estado en que te hemos hallado; ni que tu honrada, y virtuosa pobreza es la que oy se corona. Pareciò à Abdolomino sueño, lo que le passaba; y afsi les preguntò: *Si no se avergonçaban de burlarse de el?* Cuya incredulidad, y tardança en executar lo que le ordenaban, les obligò, bien à pesar suyo, à labarle, assearle, y ponerle vna vestidura de purpura, recamada de oro. Despues de lo qual, y de averle assegurado, debajo de grandes juramentos, no se burlaban de el, le conduxeron à Palacio. Dilatòse al punto por toda la Ciudad, como de ordinario sucede, la noticia de esta novedad; la qual, quanto à vnos fuè grata, tanto à otros de considerable disgusto, y con especialidad à los Grandes, y Poderosos, cuya indignacion prorrumpiò ante los Validos de Alexandro, en grandes baldones, y vltrages de su baxeza, y miseria. Ordenò el Rey le llevassen à su presencia; y aviendo le advertido por algun rato, con

ba-



bastante cuidado, le dixo: Aunque el aspecto de tu persona no desmiente tu noble, è ilustre origen, deseo saber qual ha sido la paciencia con que has tolerado tu calamidad, y miseria? Permitan los Dioses, Señor, (le respondió) que pueda llevar con tan grande animo, y constancia la fortuna presente. Estas manos han satisfecho mis deseos, no deseando nada de quanto me ha faltado. Aviendo hecho el Rey por esta respuesta el alto concepto, que merecia la virtud de aquel Varon, no solo le concedió los bienes muebles de Straton, sino gran parte de la preña de los Persas, acrecentando su Estado con vna de las Regiones vecinas. Mientras passaba esto, llegó à Tripol Amyntas (que, como hemos referido, avia dexado el partido de Alexandro) con quatro mil Griegos, que le sirvieron despues de la derrota. Aviendose embarcado en aquel Puerto, pasó à Chipre, donde juzgando, por el estado presente de las cosas, seria tan dueño de quanto se apoderasse, como pudiera si con justo titulo lo possesiesse, determinò assaltar à Exypto, y declarado enemigo de ambos Reyes, estàr prompto à executar, lo que con la mudança, y variedad de los accidentes, reconociesse ser mas conforme à sus interesses. Con cuyo fin, y el de animar à los Soldados, esperancandolos en el interès de tan rica conquista, les hizo saber: Avia muerto Sabaces, Governador de Exypto, en la Batalla; lo atenuadas, que se hallaban las Guarniciones de los

Persas, los quales estaban sin Cabo; y que aviendo aborrecido siempre los Exypcios à los Governadores, los recibirian à ellos antes, como à Autores de su libertad, que como à Enemigos: Que la necesidad les precisaba à intentarlo todo; y que aviendo malogrado la fortuna sus primeras esperanças, debian fiar mas de las futuras, que de las presentes. A cuyas persuasiones movidos, declararon à vna voz: Todos estaban promptos à executar lo que dispusiesse. Y así, teniendo Amyntas por mas conveniente valerse de aquel ardor, que dár tiempo à que se refriasse, entrò en el Puerto de Pelusa, como si le huviesse embiado delante Dario; y aviendo tomado la Ciudad, hizo passar sus Tropas hasta Memphis. Los Exypcios, Pueblo ligero, y mas facil à alterarse, que à obrar accion alguna de consideracion, movidos à la fama de su venida, saliendo de sus Ciudades, y Villas, conspiraron generalmente todos, para echar de los Presidios las Guarniciones de los Persas; los quales, aunque en alguna manera quedaron amedrentados de aquella novedad, no perdida del todo la esperança de poder defender à Exypto. Pero aviendolos roto Amyntas en Batalla, y obligados à que se retirassen dentro de la misma Ciudad de Memphis, puso sitio à esta, y embió sus Tropas à forragear por aquellas campañas, como si se hallassen abandonadas, y no tuviessen Enemigo de quien temer. Mazaces, aunque reconociò à su Gente perdida de animo despues de



aquella infeliz rōta, manifestando-les, que los Enemigos, ciegos con el feliz suceso de la Victoria, se avian entregado enteramente al descuido, y esparcido por todas partes, los esforçò quanto le fuè posible à que hiziesse vna salida, y à que en ella procurassen refarcir la reciente pèrdida. Correspondiò à la prudencia del consejo la felicidad del suceso, pues sin excepcion de alguno, fueron muertos todos con su Capitan; quedando por este medio vengados ambos Reyes, de quien avia sido tan infiel al que le avia amparado, como Traydor al que como à su Dueño debia guardar lealtad, y èl con el castigo, que merecia de vno, y otro. Los Satrapas de Dario, que quedaron de la jornada de Issò, aviendo juntado toda la Gente, que se librò con ellos, y alistado alguna juventud en la Paphlagonia, y en la Capadocia, intentaban recuperar la Lydia, de quien era Governador Antigono, Capitan de Alexandro; à quien, en medio de aver embiado al Rey algunas Tropas de sus mismas Guarniciones, le dieron tan poco cuidado los Barbaros, que no escusò presentarles la Batalla, en la qual no se mostrò menos favorable, que en las demàs, la fortuna; pues en tres combates, que tuvieron en diversos lugares, quedaron rotos enteramente los Persas; à cuyo tiempo derrotò la Armada de los Macedones, que venia de Grecia, à Aristodemo, embiado de Ario para que recuperasse la

Costa del Helesponto, y echò à pi-que sus Baxeles. Con todo, por otra parte Pharnabazo, General de los Persas, aviendo recogido el dinero, que pudo de los Mylessios, y puesto Guarnicion en la Ciudad de Chio, passò con cien Naves àzia la Isla de Andro, y de alli à Syphno; y aviendolas asegurado, las condenò à vna cantidad de dinero. Esta cruel Guerra, encendida por dos Reyes, los mayores de la Europa, y del Asia, para apurar qual de ellos quedaria Señor del Universo, dilatò sus llamas hasta Grecia, y Creta; porque Agis, Rey de los Lacedemonios, aviendo buuelto à juntar ocho mil Griegos, que fugitivos de la Cilicia se avian retirado à su Patria, hazia Guerra à Antipatro, Governador de Macedonia; y los Cretenses, figuiendo indiferentemente vnos vn partido, y otros otro, se hallaban cargados de Guarniciones, ò Macedonas, ò Spartanas: si bien aviendo inclinado los ojos la fortuna à sola vna querella, de cuyo suceso pendia la decision de todas las diferencias del resto del Mundo, los demàs movimientos fueron de cortissima consideracion.

## CAPITULO II.

*Pone Alexandro sitio à los Tyrios, por no averle querido admitir.*

**S**UJETA enteramente Syria, y Phenicia al poder de los Macedones, sin que de toda esta le quedasse otra Ciudad, que nolo estuviessse, que Tyro, plantò el Rey



Rey su Campo en cierto lugar à quien separa de aquella solo vn corto brazo de Mar. Pareciòles à sus habitantes, que hallandose aquella Ciudad tan poderosa, y celebrada por la primera de ambas Provincias, seria mas conforme à su reputacion solicitar la Aliança de Alexandro, que sujetarse à su Imperio. Con cuyo fin despacharon Embaxadores, que le presentassen vna Corona de oro, y llevassen en gran abundancia Viveres, y todo genero de refresco. Admitiò con gratitud el Rey aquella demostracion; y aviendo tratado con gran benignidad à los Embaxadores, les diò à entender: *Desseaba, en cumplimiento del precepto del Oraculo, hazer sacrificio à Hercules, à quien con mas especialidad que à los demás Dioses veneraban los Tyrios, y de quien los Reyes de Macedonia creian descender.* Respondieronle: *Que en cierto lugar, llamado la Antigua Tyro, fuera de la Ciudad, avia otro Templo consagrado à Hercules, donde le podria hazer.* No pudiendo Alexandro reprimir su indignacion, en medio de su natural blandura, les dixo colerico: *Que si por hallarse en vna Isla despreciaban su Exercito, esperaba mostrarles bien à prisa, que estaban en tierra firme, y entrar à pesar suyo à fuego, y sangre en su Ciudad.* Despachados con esta respuesta los Embaxadores, no bastò, ni ella, ni las persuasiones con que procuraron sus Aliados reducirlos à que abriesen las puertas à aquel Conquistador, à quien se le avian sujetado Syria, y Phe-

nicia, para que dexassen sus Ciudadanos resolverse à tolerar el sitio fiados en la fortaleza de su situacion, entre cuya Ciudad, y la tierra firme, se interpone vn estrecho de Mar de quatro estadios de latitud; el qual expuesto al viento Africano, que de ordinario levanta alli terribles tormentas, era el mayor obstaculo al intento, que los Macedones tenian de juntar la Isla à la tierra firme; respecto de que no pudiendo llevar à ella, sin gran dificultad, aun estando el Mar en tranquilidad, y bonança, material alguno, parecia tanto mas imposible estando en borrasca, quanto entonces aun los reunidos quedan reducidos à estrago, por los repetidos embates del refluxo, sin que pueda aver machina, por firme que sea, à quien no destruyan las aguas, que se introducen por las junturas de lo labrado, è inunden, y abran las crecidissimas olas, que levanta la impetuosa violencia del viento. A cuya gran dificultad se añadia la de estar rodeados los Muros, y las Torres por todas partes del Mar, sumamente profundo alli, por cuya causa le seria imposible arrimar las escalas, ni batirlas, si estas, y los instrumentos para hazerlo no se assestaban à alguna distancia sobre las mismas Naos, impidiendo tambien el Muro, que salia àzia el Mar, que à piè firme se pudiesse atacar de cerca; no sirviendo de menor atraiso la falta de Baxeles con que estaba el Rey, y la facilidad con que podrian desde la Ciudad



dad rechazarlos ( aun quando los tuviesse ) si se llegassen à ella à tiros de Flechas , no pudiendo hazer efecto alguno las machinas , que se armassen sobre ellas , respecto de la agitacion de las ondas . A cuyas impenetrables dificultades se llegó cierto accidente , que aumentò la confiança de los Tyrios , è inflamò mas sus animos à la defensa . Este fuè , aver embiado los Carthagenenses Embaxadores à Tyro , para hazer à la manera de su Patria el Sacrificio , que repetian todos los años , en reconocimiento de aver fundado à Carthago los Tyrios , à quienes honraban como à Padres suyos . Estos , pues , esforçandolos à la vigorosa resistencia de aquel sitio , les ofrecieron pronto socorro , fiendoles facil darsele , hallandose entonces Carthago Señora del Mar . Con que resueltos à defenderse hasta el ultimo trance , se distribuyeron por las Torres , y los Muros las machinas , è instrumentos de Guerra , se armò la juventud , y se les señaron sus Tiendas à los Ingenieros , de que avia grande abundancia en la Ciudad , donde no se oia sino el estruendo , y las disposiciones para la Guerra . Hallabanse algunos garfios de hierro , à quienes llamaban Arpagones , asì como Cuervos , à ciertos instrumentos , hechos para asir las maquinas de los Enemigos , sin infinita diversidad de Armas defensivas , y ofensivas . Introducido empero el hierro en muchas fraguas para forjar las Armas , se refiere , que al encender-

las el fuego , se veian correr por debaxo de las llamas arroyos de sangre , cuyo prodigio interpretaron los Tyrios à favor suyo , asì como Aristrando , el mas docto de los Adivinos , que entonces se hallaban , à presagio de la ruina de la Ciudad , quando absorto , y suspenso el Rey del queavia acaecido en su Exercito partiendo vn pan , de quien brotaron algunas gotas de sangre , le assegurò del cuidado , declarando : *Que si la sangre corriessè por defuera , seria infausto agüero para los Macedones ; pero que saliendo de èl , lo era para la Ciudad , contra quien intentaban poner sitio . Sin embargo , considerando Alexandro , que su Armada se hallaba distante de alli , y lo que podria atrasar las demas empreßas la dilacion de aquel sitio , les ofreciò la paz , por medio de Imbiados , à quienes contra el derecho de las Gentes , dieron muerte , y arrojaron desde los Muros al Mar . A vista de cuya sangrienta ignominia , no teniendo lugar la duda en la determinacion del sitio , se dedicò Alexandro con el mayor ardor à èl . Siendo empero preciso hazer antes el muelle , que avia de vnir la Ciudad à la Tierra-Firme , desalentaba tanto à los Soldados el ver la profundidad del agua , que pareciendoles imposible llenarle , sino milagrosamente : *Que desmesuradas piedras (decian) ni que crecidos arboles bastaràn à conseguir lo que apenas podràn acabar infinitas regiones de Gente ? Y que estando alli el Mar en continua alteracion , quanto mas se estrechasse el passo entre la Tierra-Firme,**



firme, y la Isla, tanto mas furiosas serian las borrascas. Con todo, Alexandro, conociendo el genio de sus Soldados, y no ignorando los medios de inclinar sus animos à aquella empreña, les hizo creer: *Se le avia aparecido en sueños Hercules, y que estendiendole la mano, y abriendole las puertas le introducía en la Ciudad.* Después de lo qual; y de aver ponderado la cruel atrocidad, que avian cometido en sus Imbiados los Enemigos, el desfacato con que avian violado el derecho de las Gentes, y como era aquella Ciudad la que únicamente se avia atrevido à interrumpir el curso de sus Victorias, ordenò à los Capitanes, esforçassen à sus Soldados, y evitassen los corrillos, y mormullos. Con cuya providencia, reconociendo en favorable disposicion las cosas, diò principio à la obra, para quien se aprovecharon de las piedras, que aun se conservan entre las ruinas de la antigua Ciudad de Tyro, y de las maderas, que ministrò el Monte Lybano, de quien cortaron quantas fueron necessarias para la fabrica de Navios, y Torres. Llegaba yà la obra à vna considerable altura, si bien no igualaba con el agua y quanto mas iba desviandose el muelle de la Ribera àzia el Mar, tanto mas se hundia por la inmensa profundidad; de cuya oportunidad se aprovechaban los Tyrios, para arrimarse en sus Chulupas, y escarnecer, y burlar à los Macedones, à quienes decian: *Veian no sin gran gusto à aquellos conquistadores tan celebrados en el Mundo, llevar à sus ombros no de otra suerte,*

*que las bestias, los materiales para la fabrica, preguntandoles en mayor ignominia suya, si por ventura era Alexandro mas poderoso, que Neptuno?* Si bien estos vltimes solo servian de mas estímulo para la presteza de los Soldados, los quales consiguieron por vltimo à fuerza de su continuada fatiga, que el muelle saliesse yà fuera del agua, y que poco à poco se fuesse estendiendo, y aumentando por todas partes hasta tocar con la Ciudad. Descubriendo los sitiados la magnitud de la obra, que hasta entonces se la avia ocultado el Mar, iban con esquifes à reconocer el muelle, no enteramente perficionado, y cercandole molestaban à los que se ocupaban en hazerle. Herian, sin daño suyo, à muchos de los Macedones, los quales no pudiendo estorvar, que se acercassen, y retirassen à sus esquifes libremente, se hallaron precisados à suspender la obra por acudir à su defensa. Reconociendo esto Alexandro, diò orden para que con diversos reparos se evitasse el daño de los Obremos, y se levantassen dos Torres de madera sobre el muelle, con el fin de que se pudiesse desde ellas embarazar à los Enemigos el que se acercassen. Los quales armando por otra parte sus esquifes, y arrimandolos à la Ribera, en parte donde no podian ser vistos de los Enemigos, desembarcaron su Gente, y dieron muerte à algunos Soldados, que conducian la piedras assi como tambien en el Monte Lybano los Villanos Arabes à cer-



ca de treinta de los Macedones, que hallaron por alli desordenados, sin otros à quienes hizieron prisioneros.

### CAPITULO III.

*Haz en cèlebre, y famoso el sitio de Tyro, los dudosos acontecimientos de la Guerra.*

**E**STAS pèrdidas, si bien ligeras, y el deseo de que no se juzgasse, podia ser solo el sitio de vna Ciudad, assumpto capaz à ocupar todo su cuidado, sin darle lugar à otras empreffas, obligaron à Alexandro, à que dexandole al de Cratero, y de Perdicas, se encaminasse con vn Exercito volante à Arabia. Aviendo elegido los Tyrios, mientras estaba ausente, la mayor Nao que tenian, y llenado su popa de arena, y piedras, para que levantassee la proa, bien carenada de betun, y azufre, la echaron al Mar, desde donde surcando à velas llenas, llegó con acelerado curso cerca del muelle, à cuyo tiempo pegaron fuego à la proa, y se passaron à las Chalupas, que avian llevado para este efecto. Encendiòse inmediatamente el Baxel, cuyas llamas, antes que pudiesen acudir à evitar el estrago los Macedones, prendieron en las Torres, y en las demàs obras, que estaban sobre el muelle. En cuyo interin, para aumentar aquel incendio, arrojaban desde las chalupas, los que se avian passado à ellas, dardos encendidos, trapos ardiendo, y quanto les pareció capaz de

alimentar el fuego, el qual corriendo hasta lo alto de las Torres, con suma boracidad, hizo considerable estrago en los que hallò en ellas, de los quales perecieron vnos miserablemente à su rigor, y se precipitaron depuestas, y abandonadas sus Armas, otros al Mar, donde viendolos nadar los Tyrios, y queriendolos antes cautivos, que muertos, los herian, y maltrataban con saetas, y palos, hasta que impossibilitados de defenderse, los metian en sus Esquifes. No fuè solo el fuego causa de tan considerable estrago, tambien tuvo gran parte en èl la defecha borrasca, que sobrevino, à cuya recia impetuofidad, impelidas las ondas, azotaban en aquella reciente fabrica, con tan cruel violencia, que desunidas las junturas, y entrando por ellas las olas, empezaron à caer las piedras, y la mitad de la obra. Con que roto aquel cumulo de ellas, sobre quien se rehunia la tierra, se precipitò à lo profundo del Mar todo el reciente Edificio, sin que hallasse Alexandro, quando bolviò de Arabia, algun vestigio del; à cuyo tiempo se atribuia (como de ordinario sucede en semejantes contratiempos) vnos à otros la culpa de aquel infortunio, pudiendo con mas razon quexarse todos de la furiosa crueldad del Mar. Aviendo dado principio el Rey à otro nuevo muelle, quiso, que afsi como el antecedente estaba de lado contra el viento, le mirasse de frente este, à quien defendian las demàs obras, las quales

que-



que laban como ocultas debaxo de èl , y que tuviesse mayor extension, que preservasse las Torres ( fabricadas en medio ) de los tiros de las Flechas. Arrojabán , pues , con este fin al Mar arboles enteros , cargados de sus ramas , à quienes cubrían de piedras , sobre las quales plantaban otros , y sobre estos vn suelo de tierra , y piedras , que los cubria , y à èl nuevos arboles , continuando de esta suerte aquella estraña fabrica , hasta que aumentada , quedò trabada , y tan firmemente vnida , como pudiera si se huviesse fundado sobre solidos cimientos. No se descuidaban por su parte los sitiados , los quales hazian , quanto les era posible , por embarazar la prosecucion del trabajo ; à que les ayudaban no poco algunos , que nadando entre dos aguas , llegaban al muelle , sin ser sentidos de los Enemigos , y tirando àzia si , à gran fuerza , con garfios de las ramas , que salian por fuera de la obra , llevaban estas tràs si quanto tenían encima , y dexaban arruinada gran parte de ella. Con que no siendo difícil desviar los troncos , sobre quienes cargaba el peso , aligerados ya , llegando à faltar aquel fundamento , y sucediendo lo mismo à lo demás , quedaba enteramente arruinado todo. Por lo qual , hallandose Alexandro disgustado , y dudoso en la resolucion de continuar , ò levantar el sitio , le llegó de Chipre vna Armada , y Cleandro con las Tropas Griegas , que avia poco antes pas-

sado por Mar al Afsia , que vnos , y otros Baxeles componian vna de ciento y ochenta Velas. Dividiòla en dos alas , y embarcandose en la Galera Real , tomò la derecha , y diò la siniestra à Pynthagoras , Rey de Chipre , y à Cratero. No se atrevieron los Tyrios , aunque tan poderosos en el Mar , à presentar la Batalla , opusieronse sì solo al Enemigo con sus Galeras , abrigadas de sus muros. Pero no por esto dexò el Rey de acometerlas , y echarlas à pique todas , y de arrimarfe el dia siguiente con su Armada à los muros , à quienes batiò por todas partes con las maquinas , y con los Arietes. Repararon inmediatamente los sitiados sus brechas , y empezaron al mismo tiempo otro muro detrás del primero , para poderse defender desde èl , si se arruinasse aquel. Sin embargo , cercados por todas partes , respecto de llegar ya , en medio de los embarazos que pusieron , el muelle à tiro de saeta , y de rodearles los muros la Armada Enemiga , eran à vn mismo tiempo trabajados , asì por Mar , como por Tierra. A que se llegaba la disposicion en que avian ordenado sus Galeras , de quatro ordenes los Macedones , los quales uniendo vnas con otras sus proas , avian cubierto todo el espacio , que se interponia entre las popas de maderos , trabados , y unidos con tal firmeza , que servian de puentes , sobre quienes se plantaban los Soldados. Dispuestas en esta forma las Galeras , bogaron à fuer-



fuerça de remos àzia la Ciudad, cargando desde cubierto à los que defendian la Muralla, respecto de servir las proas de parapeto. Mediada la noche, ordenò se estendiesen en esta forma al rededor de las Murallas, con animo de dár vn assalto general; à vista de lo qual, desesperados yà los Tyrios, y sin saber que hazerfe, se empezó à cubrir repentinamente el Cielo de Nubes, que vsurpaban aun aquella corta luz, que suelen permitir, en medio de su obscuridad, las tinieblas. Alterado el Mar, se empezó poco à poco à embravecer, formando al fin las ondas, impelidas de la impetuosa violencia de el viento, horrible tormenta. Chocaban tan furiosamente las Galeas vnas con otras, que rotos los cables, y maderos, que los vnian, y precipitados al fondo, arrastraban trassì, con espantoso fracaso, los hombres; no siendo possible governar las Galeras, vnidas vnas con otras, en tan furiosa tormenta. En la qual el Soldado embarazaba al Marinero, el Marinero al Soldado, y como de ordinario sucede en semejantes accidentes, el mas experimentado, y diestro, obedecia al menos experto; porque los Patronos, acostumbados à mandar siempre, despavoridos entonces con el miedo de la muerte, solo atendian à obedecer. Sin embargo, cediò por vltimo el Mar à los constantes esfuerzos de los remeros, los quales parecia le arrebatavan à viva fuerça las Galeras, que por vltimo, aun-

que muy maltratadas, tomaron la Ribera. Arribaron en el mesmo dia à Tyro treinta Embaxadores de Carthago, mas para dár esfuerço, que socorro à los Tyrios, con quienes se escusaron de no traerle, respecto de estàr los Carthaginenses en Guerras dentro de su misma Patria, en quien se hallaban precisados à pelear, no menos que por la conservacion de su Reyno, por la defensa de sus vidas. Siendo cierto, que los Syracusanos, los quales faqueaban, y robaban entonces, con poderoso Exercito, toda el Africa, se avian acampado muy cerca de los Muros de Chartago: No perdiendo empero los Tyrios el animo, en medio de ver frustradas sus mayores esperanças, embiaron sus mugeres, y sus tiernos hijos à Carthago, esperando, asseguradas sus mas queridas prendas, poder con mayor firmeza, y constancia resistir los infortunios, que les sobrevinieffen. Con todo, refiriendo en Junta General cierto Ciudadano: *Como se le avia aparecido en sueños Apolo, à quien adoraban con especial culto, y mostrado, que abandonaba la Ciudad, y que el muelle de los Macedones, quedando seco, se avia convertido en bosque*: Preocupados del miedo (en medio de no ser el Autor de gran Feè) inclinados à creer lo peor, aprisionaron la Estatua de Apolo, con vna cadena de oro, la qual clavaron en el Altar de Hercules, à quien estava dedicada la Ciudad, juzgando detenerle por medio suyo. Avian llevado allí desde Syracusa los Carthaginenses (tan



(tan cuidadosos siempre de exornar, è ilustrar à Tyro con las presas, y despojos de las Ciudades, que avian adquirido, como à la misma Ciudad de Carthago) aquel simulacro, à quien colocaron en el mismo lugar donde reconocian su origen. Proponian algunos, que se reestableciesse vn sacrificio, desusado yà despues de muchos siglos, y que no sè, que pudiesse ser acepto à los Dioses. Reduciafe este à consagrar à Saturno vn niño de la primera Nobleza, cuya sacrilega costumbre, recibida de sus Fundadores, y observada en Carthago hasta su destruicion, es sin duda, que se avria renovado entonces alli, y cometido supersticion tan bestial, como opuesta a la naturaleza, à no averlo embarazado la madurez, y prudencia de los que, por mas ancianos, conservaban en Tyro la primera autoridad. Hallandose, pues, los Tyrios en aquel conflicto, en el qual suele mostrarse la necesidad mas industriosa, que el arte, dispusieron de mas de los instrumentos ordinarios, cierto genero de invenciones, con que poder defenderse, y ofender à los Enemigos. Contra quienes, para incomodar las Galeras, que se acercaban à los Muros, vnian ancoradas de quatro brazos, ozes, y manos de hierro à grandes vigas, las quales (dispuestas sus maquinas en forma de arcos) ponian en lugar de Flechas, y las disparaban à los Enemigos. Cuyos maderos quebrantaban à vnos, y cuyas anclas, y ozes, las quales clavadas en

ellos, quedaban pendientes, despedazaban à otros, causando considerable daño en las Galeras. No contenta con esto su industria, passò à hazer ciertos escudos de alambre, los quales introducidos en la fragua, los sacaban de ella hechos asqua, y llenandolos de arena, ò lodo hirviendo, los arrojaban prontamente desde la Muralla à los Enemigos; à quienes era tanto mas sensible este genero de tormento, quanto passandoles la arena ardiendo la cota, y penetrandoles hasta la carne, los abraçaba, sin que pudiesen echarla de si, hallandose precisados para conseguirlo, à arrojar las Armas, y à rasgar sus vestidos; en cuyo caso quedaban mas expuestos à los golpes de los Enemigos, los quales con las anclas, con las ozes, y con las manos de hierro clavadas à las vigas, arrebatavan à si à muchos de ellos.

## CAPITULO IV.

*Apoderase por ultimo Alexandro de Tyro, en quien haze considerable estrago su Exercito.*

**D**ISGUSTADO Alexandro de que la vigorosa resistencia de vn sitio le dilataffe su transito à Exypto, interrumpiendole infelizmente el acelerado curso, con que avia corrido toda el Asia, y malograndole la prosecucion dichosa de mayores empreffas, resolviò abandonar el sitio. Contrapefando empero con el descredito de partirse, sin aver conseguido di-

signio



signio en que se avia empeñado, la corta probabilidad, que veia de adelantarle, y haziendo mayor impresion, que otras consideraciones en su animo, el reparo de su reputacion, la qual avia contribuido (aun mas que sus armas) al acrecentamiento de su gloria, y de no dexar en Tyro vn testimonio de su mengua, y de que podia ser vencido, resolviò hazer el vltimo esfuerzo, con mayor numero de Navios, en quienes puso lo mas escogido de sus Tropas. Mientras se disponia à su execucion, se dexò ver acafo sobre las aguas vna Ballena de extraordinaria magnitud, la qual acercandose al muelle de los Macedones, y batiendo en èl las alas, y levantando aquella formidable corpulencia, se dexò ver mejor de ambos Exercitos. Despues de lo qual, sumergiendose desde lo alto del muelle al Mar, y ocultandose vnas vezes en èl, y falliendo otras casi toda fuera del agua, se bolviò à dexar ver por vltimo no lexos de las Murallas de la Ciudad. Cuyo expectaculo fuè de tan igual regocijo a los Tyrios, como à los Macedones. *Decian estos, les avia descubierto la Ballena el camino por donde avian de dirigir su obra; y aquellos, que indignado Neptuno de la temeridad de Alexandro, avia embiado à aquel monstruo por mensagero de su vengança; la qual esperaban lograr bien aprisa, con la ruina de todo aquel trabajo.* Lo cierto, es, que los dexò tan gustosos aquel presagio, que le celebraron toda la noche con festines, y banquetes, de quienes salie-

ron tan embriagados, que al descubrirse el Sol, embarcandose en sus Baxeles, à quienes avian coronado de guirnaldas de flores, anticipaban los regocijos de esta Victoria. En tan gran confiança los dexò aquel agüero. En el interin el Rey avia ordenado su Armada delante de la obra, que miraba à Exypto, y dexado solo treinta Baxeles al oposito del Puerto de Sidon, de los quales tomaron dos los Tyrios, cuya pressa ocasionò gran terror en los demás, hasta que oyendo Alexandro los gritos de los suyos, hizo bolver su Armada àzia la parte del ruido, donde, como la mas ligera, llegó primero, que las otras la Real, compuesta de cinco ordenes de remos. Luego que la vieron los Tyrios, embiaron dos Galeras suyas à que la embistiesen: bogaba la Real contra vnade ellas, à quien tomò, sin embargo de aver recibido vn gran golpe del choque de su espolon; y si bien la que avia quedado libre, se apresuraba furiosa para acometerla por el otro costado, abordando vna de las Galeras del Rey de tres ordenes de remos, fuè tan terrible el choque, que descargò en ella, que arrojò al Patron de lo alto de la popa al Mar. A cuyo tiempo sobreviniendo muchas Galeras Macedonas, y el mismo Rey, recuperada, no sin gran trabajo, la Gale-  
ra, que se les avia tomado, se retiraron los Tyrios àzia la Ciudad con toda su Armada. Siguiòlos el Rey, y aunque no pudo entrar en el Puerto, respecto de impedirse-  
lo



lo las innumerables Flechas, que le arrojaban desde los Muros, aprehendiò echò à pique casi todos los Baxeles. Passado esto, concediò Alexandro à sus Tropas dos dias de descanso; despues de los quales, y de aver hecho que su Armada, y las maquinas, se acercassen al Muro, subiò à vna Torre de suma altura, con tan grande, y generoso animo, como peligro de su persona, respecto de que reconociendole inmediatamente, por sus Reales Insignias, y por la riqueza de sus Armas, fuè el blanco de todas las Flechas de los Enemigos. Desde ella obrò acciones dignas de sì, y de que las advirtiesen todos; diò muerte à lançadas à muchos, que defendian la Muralla; y acercandose mas à esta, derribò dentro de la Ciudad à cuchilladas à vnos, y preci pitò al Mar à golpes de su escudo à otros, respecto de llegar casi al mismo Muro la Torre desde donde combatia. Yà sus principales defensas, desmoronadas à los repetidos, è impetuosos golpes de los Arietes, caian en tierra. Yà la Armada avia ganado el Puerto; y yà los Macedones estaban apoderados de las Torres, que desampararon los Enemigos; los quales, acometidos por todas partes de tantos peligros, huian vnos à los Templos, implorando el socorro de los Dioses, y se encerraban otros en sus casas, donde (por no esperarla de los vencedores) se daban ellos mismos la muerte, arrojandose otros sobre los mismos Enemigos, resueltos à vender à

buen precio sus vidas. La mayor parte empero, subiendose à los techos, arrojaba en los Enemigos piedras, y quanto hallaban para ofenderlos. *Mandò el Rey, que preservados los que se avian refugiado à los Templos, fuesen todos los demás muertos, y sus casas abrasadas.* Cuya orden, en medio de averse publicado, no bastò à obligar à ninguno de quãtos traian Armas, à que se rindiese à recurrir à los Templos; los quales llenaba crecido numero de mugeres, y de niños vnicamente, así como ocupaban los vmbrales de sus casas los mas ancianos, esperando la hora de sacrificar sus vidas al furor de los Soldados. Si bien los Sydonios, que se hallaban en el Exército de Alexandro, y avian entrado en la Ciudad casi al mismo tiempo, que los vencedores, en reconocimiento de la afinidad, que suponian tener con los Tyrios, por creer igualmente, que su Ciudad de Sydon, la de Tyro, fundacion de Agenor, libraron à muchos, à quienes embarcaron ocultamente en sus Baxeles, y los passaron à Sydon; por cuyo officioso engaño se preservaron del hazaña del vencedor hasta quinze mil; pudiendose inferir, qual seria la mortandad, y el estrago de averse hallado dentro de las Murallas de la Ciudad seis mil despedazados. En medio del qual, no aviendose templado aun la indignacion del Rey, ofreciò à los vencedores vn espectáculo horrible, y cruel, aun à sus mismos ojos. Componiase este de dos mil hombres,



bres, à quienes aviendo satisfecho, y apuradoselos la rabia, con la mortandad hecha en los Enemigos, hizo ahorcar, y fixar à orillas del Mar. Perdonò empero à los Embaxadores de los Carthagenenses, aunque declarandoles la Guerra, que por entonces diferia, respecto de la ocurrencia presente de las cosas. De esta fuerte se hizo Alexandro dueño de la Ciudad de Tyro, después de siete meses de sitio. Su antiguo origen, y las frequentes variedades de su fortuna, la han hecho cèlebre à la posteridad. Fundòla Agenor, y fuè por largo tiempo, no solo Señora del Mar vecino, sino de todos los demás, que penetraron sus proas. Y si hemos de dár crédito à la fama, los Tyrios fueron los primeros, que inventaron las Letras, ò que enseñaron el uso de ellas. Lo que no tiene duda, es, que sus Colonias se dilataron casi por todo el Vniverso, à Carthago en Africa, à Thebas en la Beocia, y à Cadiz en las Riberas del Oceano; y que, ò por aver tenido, como creo, tan gran jurisdiccion en el Mar, y navegado, con tanta frecuencia, por tan desconocidas tierras à las demás Naciones, eligieron lugares commodos, para que poblasse vna parte de su juventud, muy aumentada entonces; ò como algunos quieren, porque trabajados los habitantes de los recios temblores de tierra, à que esta Isla se halla sujeta, se vie-

ron precisados à buscar, por medio de las Armas, nuevas tierras, y diversas costumbres. Consumida, pues, con varios infortunios, y renaciendo siempre de sus mismas ruinas, goza el dia de oy de la felicidad de vna dilatada paz, con cuyo beneficio buelven à florecer los Estados, y del mas seguro reposo, debaxo de la proteccion dichosa del Imperio Romano.

## CAPITULO V.

*Escrive Dario à Alexandro con mas urbanos terminos sobre la paz, cuyas condiciones desprecia; presentan los Griegos à Alexandro vna Corona de oro; reduce debaxo de su obediencia muchas Provincias, por medio de sus Capitanes.*

CASI al mismo tiempo recibió Alexandro otra Carta de Dario, en que yà le trataba como à Rey: Ofreciale en casamiento à su hija Statira, y en dote quanto se contiene entre el Helesponto, y el Rio Halis, sin reservar mas que las tierras, que miran al Oriente. Pediale, que en caso de no querer admitir estos ofrecimientos, se acordasse de la instabilidad de la fortuna, y de que quanto mas colmados se hallan de felicidad los hombres, tanto mas expuestos estàn à la envidia, que concita esta contra ellos. Representabale quanto temia, que no de otra suerte, que los pajaros, à quienes los elevaba su natural liguerza à las nubes, se dexasse llevar del viento de vna desmesurada, y loca



loca ambicion, à que de ordinario se hallan sujetos los ardores juveniles; no aviendo accion mas dificil, que la de saberse gobernar en la edad que tenia, con la gran fortuna, que gozaba. Que advirtiesse, que en medio de las pérdidas recibidas, le quedaban aun fragmentos de su naufragio; y que no siempre avia de hallarse encerrado, y oprimido entre las rocas, pues era preciso, que alguna vez saliesse à espacioso campo, donde no podia dexar de avergonçar à Alexandro el corto numero de sus Soldados. Que aun tenia que passar el Euphrates, el Tigris, el Araxes, y el Hidaspes, cuyos Rios eran como antemurales de su Imperio. Y que aun quando los passasse felizmente, debia considerar el tiempo, que consumiria en penetrar la Media, la Hircania, la Bactria, y los Indos del Oceano; el que le costaria sujetar à los Sogdianos, y à los Arachosios, Pueblos cuyos nombres apenas eran conocidos, y à tantas Naciones confinantes con el Caucazo, y con el Tanais. En cuyas bastas Provincias (necesitando aun para passar seguramente por ellas de largos años) se envejeceria en sólo hazerlo. Y ultimamente, que dexasse de llamarle, porque si iba à él, seria para ruina suya. Respondiòle Alexandro: Que no podia dexar de estrañar ofreciesse lo que no tenia, y que dividiesse (como pudiera si lo possesyese) lo que enteramente avia perdido, pues le prometia la Lydia, la Jonia, la Eolia, y toda la Costa del Helesponto, aviendo sido premios de sus Victorias; quando por vencedor debia él darle la ley, y recibirla Dario, como vencido: Que si solo él ignoraba qual de los dos era el Dueño, se lo enseñaria en una Batalla: Que quando passò el Mar, no limitò sus empressas à la Licia, ò à la

Lydia, cuyas conquistas serian, à la verdad muy corta recompensa de tan gran aparato, pues se dilataban à Persépolis, y à reducir debaxo de su obediencia la Bactria, la Echatana, y los ultimos terminos del Oriente: Que tuviesse por cierto, que à qualquiera parte donde huyesse, le avia de seguir; y que assi, no pensasse acobardar con sus Rios, à quien avia sulcado tan dilatados Mares. Esta fuè la substancia de lo que ambos Reyes se escribieron. En tanto los Rhodios, franqueando las puertas de su Ciudad à los vencedores, se la entregaron à Alexandro; el qual avia dado antes el Gobierno de la Silicia à Socrates, y à Philotas el de todas aquellas Tierras, que se ofrecen en los contornos de Tyro. Dexò Parmenion à Andromaco el de Syria, llamada Cele, por seguir al Rey; el qual, aviendo ordenado à Ephestion, General de la Armada, costearse por la Phenicia, tomò con todas sus Tropas la buelta de la Ciudad de Gaza. Hallandose proximo el dia que los Griegos tienen destinado para la solemnidad de los Juegos Isthmios, à quienes concurre indecible muchedumbre de Pueblo, determinaron en él los Griegos, naturalmente lisonjeros, è inclinados à acomodarse al tiempo: Embiar doce Embaxadores al Rey con una Corona de oro, en testimonio, y reconocimiento de las gloriosas Victorias, que avia obtenido, en beneficio de la salud, y libertad de la Grecia; siendo assi, que aviendo dado poco antes oídos à cierto vago rumor, estuvieron pendientes del suceso de la Guerra, para



no separarse de la parte à que vies-  
sen se inclinaba la fortuna. No so-  
lo rendia el Rey à su obediencia  
las Ciudades que la rehusaban, si-  
no tambien sus Governadores, es-  
clarecidos Capitanes, hazian por  
su parte admirables progressos.  
Apoderose Calas de Paphlagonia;  
y Balacro, despues de aver roto  
à Idarmo, Satrapa de Dario, de la  
Ciudad de Mileto; reduxeron  
Amphotero, y Hegelocho, con  
vna Armada de ciento y sesenta  
velas, à la obediencia de Alexan-  
dro todas las Islas, que estan en-  
tre Achaya, y el Asia; y se apo-  
deraron de Tenedos, donde fue-  
ron llamados de sus habitantes.  
Resolvieron hazer lo mesmo de  
Chio; pero aviendo preso Pharna-  
bazo, Pretor de Dario, à los prin-  
cipales de la faccion de los Mace-  
dones, dexò la Ciudad, aunque  
sin la Guarnicion, que necessita-  
ba, al cuidado de Apollonides, y  
de Athanagoras, que seguian su  
partido. No por esto desistieron  
del sitio los Capitanes de Alexan-  
dro, fiados mas en el afecto de  
los habitantes, que en sus pro-  
prias fuerças; cuya confiança no les  
faliò vana, pues aviendose movi-  
do cierto disgusto entre Apollo-  
nides, y los Capitanes de la Guar-  
nicion, les facilitò el desorden  
que causò, el que se apoderassen  
de la Ciudad. En la qual, avien-  
do derribado las puertas los que  
tenian inteligencia con los Ma-  
cedones, hizieron entrar à Am-  
photero, y à Hegelocho con sus  
Tropas; y juntandose à ellos, des-

pues de aver muerto la Guarni-  
cion, se apoderaron de Pharna-  
bazo, de Apollonides, y de Atha-  
nagoras, y los entregaron à los  
vencedores; assi como tambien  
doce Galeras de tres ordenes,  
con sus remos, y Soldados;  
treinta Navios, con algunos Vasos  
de Corsarios, y tres mil Griegos,  
que estaban à sueldo de los Per-  
sas. Reclutaronse con los Solda-  
dos las Companias; y aviendo  
castigado los Pyratas, pusieron en  
las Galeras del Rey à todos los for-  
çados. Sobreviniendo acafo alli à  
la primer vigilia de la noche Aris-  
tonico, Tyrano de los Methim-  
neos, se presentò, ignorante de  
lo que passaba en Chio, con algu-  
nas Fragatas, à la boca del Puerto,  
y hizo saber à las Guardas, *iba à  
ver à Pharnabazo*: Respondieronle  
*estas: Estaba recogido, y que por enton-  
ces no lo podia hazer; pero que pues era  
amigo suyo, entrasse en el Puerto, y que  
el dia siguiente le veria.* Executòlo  
assi Aristonico, à quien siguieron  
diez Vergantines de Pyratas; pe-  
ro apenas lo huvieron hecho, quan-  
do cerraron las Guardas el Puer-  
to, y los hizieron à todos Prision-  
eros, sin que pudiesse alguno po-  
nerse en defensa. Passaron desde  
alli los Macedones à Mythilene,  
à quien Chares, Atheniense, avia  
tomado poco antes, hallandose en  
ella con dos mil Persas; pero no  
siendo bastantes fuerças estas pa-  
ra mantener vn sitio, rindiò la  
Ciudad, capitulando avian de sa-  
lir libres, y se retirò à Imbro; los  
vencedores perdonaron à los Ci-  
dadanos.



## CAPITULO VI.

*Mientras Dario se dispone para la Guerra, toma Alexandro la Ciudad de Gaza, y castiga gravemente à Batis, su Governador.*

**A**VIENDO perdido Dario las esperanças de la paz, que avia creído alcançar por medio de sus Cartas, y de sus Embaxadores, bolvió à juntar todas sus fuerças, y se dispuso para la Guerra. Con cuyo fin ordenò à sus Capitanes hiziesen la massa del Exercito en Babilonia; y à Besso, Satrapa de la Baëtra, que alistado el mayor numero de Gente, que le fuesse possible, la conduxesse alli. Tienen los Baëtrianos entre todas aquellas Naciones el primer credito de Soldados, y de mas Barbaros, assi por no aver participado de la delicadez de los Persas, como porque en imitacion de los Scythas, vecinos suyos, Pueblos sumamente belicosos, y que solo viven de las rapiñas, se hallaban siempre en armas. Llevando empero mal Besso la superioridad de otro, diò sobrada ocasion para que el Rey quedasse poco seguro de su fidelidad, levantando el animo à las esperanças del Reyno, à que no podia dexar de aspirar, sino por medio de alguna traycion. En tanto Alexandro hazia todas las diligencias posibles por saber el parage, à que se avia encaminado Dario, aunque sin ningun fruto, respecto de la inviolable observancia, con que los Persas conservan ocultas las resolu-

ciones de sus Principes, cuyo secreto no son poderosas à romperle, ni las mayores promessas, ni las mas rigurosas amenazas, y cuya infraccion se castiga por antigua Ley del Reyno, con graves penas. Por lo qual, entre ellos se tiene por incapaz de que se le fie cosa de importancia al que no sabe callar, por contravenir à lo que parece quiso la naturaleza fuesse lo mas facil de observar en el hombre. Alexandro, pues, no pudiendo penetrar alguna de las operaciones del Enemigo, puso sitio à Gaza, en quien se hallaba por Governador Batis, Cabo de tan gran valor, como fidelidad à su Rey; el qual con cortissimas fuerças defendia vna Plaza, que necesitaba de considerable Presidio. El Rey, despues de aver reconocido su situacion, ordenò que se hiziesen secretamente vnos conductos debaxo de tierra, à que ayudaba el territorio, respecto de arrojar por alli el Mar vecino gran cantidad de arena, mezclada con tierra, sin piedras, ni peñascos, que dificultassen el ahondar, y que estos fuesen por parte que no pudiesen ser advertidos del Enemigo; con cuyo fin hizo acerbar las maquinas àzia la Ciudad, como para assaltarla. Dificultando empero mucho lo penoso del camino, el transporte de las Torres, cuyas ruedas, encallandose en aquellos crecidos arenales, donde, ni podian dar buelta, ni caminar sin grandes baybenes, ocasionaban, que se rompiesen los entablados,



y que quedassen heridos en este ataque muchos Soldados, sin poderse defender; no costandoles menos trabajo el retirar sus máquinas, que el que les tuvo el conducir las. Por lo qual, aviendo mandado el Rey tocar à retirar, ordenò el dia siguiente à sus Soldados, que cercassen la Ciudad, antes de lo qual sacrificando al amanecer à los Dioses, segun el estilo de su Patria, è implorando su focorro, vn cuerbo, que acaso bolaba sobre el Altar, dexò caer en la cabeza de Alexandro vn terron, que inmediatamente se deshizo todo, y passandose luego à la Torre mas proxima, en la qual, dada toda de betun, y de azufre, se embadurnò de fuerte las alas de vno, y otro, que fuè facil el cogerle. Pareciò el caso à todos digno de consultarle con los Adivinos, y no menos à Alexandro, cuyo genio no repugnaba semejantes supersticiones. Aristandro, pues, que era quien tenia el primer credito entre los Adivinos, respondiò: *Que tomara Alexandro la Plaza, pero que corria riesgo de ser herido, y que assi, le aconsejaba dexasse passar aquel dia, sin intentar nada.* Por lo qual el Rey, aunque llevaba con gran impaciencia atrassasse vna Ciudad sola su transito à Exypto, tuvo por bien conformarse con el Adivino, y ordenar, que se retirassen sus Tropas. A vista de lo qual, cobrando mayor animo los sitiados, hizieron vna salida para cargar al Enemigo por las espaldas, juzgando aprovecharse de la

ocasion, si bien no mantuvieron la escaramuza tan vigorosamente, como la avian empezado; porque al punto que vieron les hazian rostro los Macedones, empezaron à afloxar. Avian llegado yà los gritos de los Combatientes à oídos de Alexandro, el qual despreciando el peligro, de que estaba amenazado, aviendose armado de su Coraza, à instancia de sus Validos, contra lo que acostumbraba, partiò aceleradamente à ponerse à la frente de sus Vanderas. Apenas fuè descubierto, quando cierto Arabe, Soldado de Dario, emprehendiò vna accion de mayor osadia, que la que correspondia à su nacimiento; este, aviendo ocultado vn puñal debaxo de su Escudo, y arrojandose à los pies del Rey, como si se le rindiessse, despues de averle hecho levantar, y dado orden para que fuesse recibido en sus Tropas, passando el Barbaro diestramente el puñal à la mano derecha, le tirò à la cabeza del Rey, de cuyo golpe pudo librarse torciendola algo; pero no el Barbaro de la promptitud, con que castigò su desacato, cortandole de vna cuchillada la mano, que le avia errado, creyendo averse preservado por este medio del peligro, de que estaba amenazado. Siendo empero, à lo que juzgo, inevitable nuestro destino, se verificò poco despues la perdicion del suyo, pues combatiendo entre los primeros, fuè herido de vna Flecha, que passandole el Arnes, le penetrò la espalda, de donde sacan;



facandose la Philipo su Medico, arrojò gran cantidad de sangre, no sin admiracion de todos, respecto de no poder reconocer, por impedirlo las Corazas, la parte por donde avia entrado la Saeta. El Rey, sin alterarse, ni mudar de semblante, mandò que se restañasse la sangre, y que se le vendasse la llaga; y de esta suerte, ò disimulando el dolor, ò venciendo-le, se mantuvo por largo espacio delante de sus Esquadrones. Pero bolviendo à correr, y con mayor abundancia, la sangre, que en virtud de la curacion se le avia detenido, y empezandosele à inflamar la llaga, que hasta entonces no le avia ocasionado grandes dolores, por no aver llegado à enfriarse la sangre, no pudiendo yà mantenerse en piè, le retiraron los suyos à su Real. Con cuya accion, teniendole Batis por muerto, se retirò, como victorioso, y triunfante à la Ciudad. Mas el Rey, sin esperar à asegurarse enteramente de la herida, hizo levantar vna plataforma, que igualasse con las Murallas, y que con repetidas minas procurassen arruinarlas. Aumentaron tambien los sitiados por su parte nuevas Fortificaciones en el Muro antiguo, si bien no llegando à igualar con las Torres, que se levantaron sobre la plataforma, cuya altura predominaba la Ciudad, eran desde ella bastante mente molestados de las Saetas, y Flechas Enemigas. Con todo, nada igualaba al que recibian con las Minas, las quales derribando el

Muro, facilitaron con sus ruinas la entrada à los Soldados. Hallòse de los primeros en el assalto el Rey, à quien, adelantandose inadvertidamente, le alcançò vna pedrada en la pierna, que se la dexò bastante mente lastimada; si bien afirmandose en su Dardo, en medio de no tener aun cerrada la otra herida, no dexò de combatir de los primeros, colerico de aver recibido en este Sitio dos. Cargado Batis de heridas, despues de aver hecho vna gloriosa resistencia, quedò abandonado de los suyos; mas no por esto dexò de mantenerse con el mesmo valor, que mostrò desde el principio, y de conservar sus Armas, teñidas en su sangre, y en la de sus Enemigos, hasta que oprimido de todas partes, y sin querer rendirse, le tomaron en brazos, y se le llevaron al Rey. El qual, olvidado de la generosa magnanimidad, con que avia aplaudido hasta alli, aun en sus Enemigos, su valor, è lustres acciones, y preocupado de la ira, y del deseo de la vengança, con semblante de alegria, indigno de sí: *Morirás, ò Batis (le dice) no como has deseado; porque antes has de padecer quantos tormentos puede inventar contra vn prisionero, la mas cruel vengança.* Pero èl, mirando al Rey con tan constante, como ayrado semblante, no diò respuesta alguna à sus amenazas: de que mas indignado el Rey, à grandes voces: *Mirad (les dice à los suyos) la arrogancia, y obstinacion con que calla! Aveis, por ventura, visto, que aya in-*



climado la rodilla, ni hecho alguna demonstracion de rendido? Pero yo venceré tan tendz silencio; ò quando no pueda, le interrumpiré con su llanto, y con sus gemidos. Finalmente, passando à rabia la ira, y empezando à convertir, con la nueva fortuna, en barbaras, y estrañas sus loables, y antiguas costumbres, le mandò (con servando aun algunos vitales alientos) agugerear los talones, por donde introducidas vnas correas, fuè amarrado à vn Carro, y arrastrado por vnos Cavallos al rededor de la Ciudad, con tan gran gusto, como vanagloria del Rey, por imitar en aquel cruel castigo à Aquiles, de quien se suponía descendiente. Quedaron en aquel combate, entre Arabes, y Persas, cerca de diez mil, cuya Victoria compraron à precio de no poca sangre los Macedones; y cuyo Sitio fuè cèlebre, no tanto por la defensa de la Plaza, quanto por las heridas del Rey, el qual, deseando sumamente passar à Exypto, despachò à Amyntas à Macedonia con diez Galeras, para que hiziesse levas de Soldados; porque si bien avia obtenido tan considerables Victorias, y logrado felizmente quanto avia intentado, no dexandosele de consumir sus fuerças, fiaba mas de los Soldados de su Nacion, que de los que levantaba en los Domnios, que acababa de conquistar.



## CAPITULO VII.

*Passa Alexandro à visitar el Templo de Júpiter Hammon, à cuyo Oraculo haze varias preguntas.*

LOS Exypcios, à quienes avia muchos años, que les era molesta la Grandeza de los Persas, por su avaricia, y orgullo, à la fama de la venida de Alexandro, empezaron à sacudir el yugo, que les tenian impuesto, no siendo estraño, que entonces lo hiziesen, quando avian recibido poco antes à brazos abiertos los transfugas, y al Traydor Amyntas. Y creyendo passaria el Rey por Pelusio, concurriò en èl gran muchedumbre de Pueblo; pero tomando otro camino, llegó à los siete dias de aver partido de Graza, à aquella Comarca de Exypto, llamada el dia de oy el Campo de Alexandro, de donde aviendo embiado casi toda la Infanteria àzia Pelusio, se embarcò en el Nilo con lo mejor de sus Tropas. Quedaron los Persas tan atemorizados con el Levantamiento de los de Exypto, que no le esperaron. Aun no avia llegado à Menphis, quando Mazazes, Governador de aquella Ciudad, aviendo passado el Rio Orio, le entregò ochocientos talentos, y todos los muebles de Dario. Passò de Menphis por el mismo Rio à las vltimas partes de Exypto, y despues de aver dispuesto todas las cosas, sin ignorar en nada las anti-



antiguas costumbres de aquellos Pueblos, resolvió visitar el Oraculo de Hamnon. Era esta vna jornada sumamente trabajosa, aun à quien la hiziesse con menos Tropas, y sin el aparato, que llevaba Alexandro, por la gran sequedad, que padece aquella Region, tan poco favorecida del Cielo, como de la Tierra. Componese toda de esterilissimos arenales, los quales, heridos de los Rayos del Sol, de suma actividad, y eficacia alli, quedan tan abrasados, que queman las plantas de los que los huellan. No son solos la sequedad, y el ardor con quienes se lucha en este camino, tambien causa considerable fatiga la misma arena, cuya crecida profundidad es tan grande, que hundiendose à cada passo en ella los pies, no se hacen sin gran trabajo. Representaban los Exypcios todas estas dificultades à Alexandro, aumentandose las aun mas de lo que eran; pero el, inflamado del ardiente deseo de visitar el Templo de Jupiter, à quien creia, ò queria que se creyese por Padre suyo, no satisfecho de la colmada grandeza à que en lo humano se avia elevado, atropellando por ellas, se embarcò con los que gustò que le acompañassen, y descendió por el Rio à la Laguna Marcotis, donde le llevaron los Embaxadores de los Cyrenenses algunos presentes, pidiendole la paz, y que se sirviessse de entrar en sus Ciudades: admitiòlos, y aviendo hecho Aliança con ellos, prosiguiò su camino. Pareciendoles tolerables la primera, y la segunda

jornada por no aver entrado aun en medio de aquellos dilatados, y espantosos Desiertos, aunque caminaban por vna tierra esteril, y seca. Pero quando se hallaron en sus bastas Campañas, cubiertas de Montes excesivos de arena, dilataban por ellas (como pudieran por vn inmenso pielago) la vista àzia todas partes, por si divisaban alguna tierra. Ninguno empero se les ofrecia, en quien se descubriessse arbol, ni señal alguna del menor cultivo, hasta la misma agua, que llevaban los Camellos en odres, se avia consumido, sin aver vna gota en aquel arenoso Territorio. Llegabase à esto el intensissimo ardor del Sol, que lo abrafaba todo, y de quien participe el Ayre, no permitia aun la respiracion, sin la fatiga de alguna congoja. En medio, pues, deste conflicto, ò acaso, por especial favor de los Dioses, improvisamente se cubrió el Cielo de nubes, que dilatandose por todo el, ocultaron el Sol, con gran beneficio, y alivio del Exercito, aunque falto de agua. Si bien aviendo descargado crecida lluvia, hizieron todos provision, hallandose algunos tan sedientos, que sin esperar otras vasijas en que recoger las aguas, abiertas las bocas, las recibian como caian en ellas. Quatro dias gastaron en passar aquellos Desiertos, y llegar al sitio del Oraculo, en cuyas cercanias vieron gran cantidad de cuerbos, que bolaban delante de las primeras Vanderas del Exercito, abatiendose vnas vezes, quando este caminaba à passo lento, y adelant-



lantandose otras, como para servirle de guia, hasta que llegó al Templo del Dios. Donde es digno de admiracion, que constituido en medio de vna basta soledad, le cerquen tan vmbrosos bosques, que apenas puedan penetrar por su espesura los Rayos del Sol; rieganlos, y fecundanlos muchas fuentes de agua dulce, haziendo tan apacible aquel sitio la benigna templança del Ayre, que en él es todo el año continuada primavera. Los que le habitan, por la parte que mira al Oriente, confinan con la Ethiopia; y los que le pueblan por la que está al Mediodia, con los Arabes, llamados *Trogloditas*, cuyas tierras se estienden al Mar Roxo. A la parte del Occidente moran otros Ethiopes, llamados *Scenitos*, y à la del Septentrion de los *Nasamones*, Gente acostumbrada à insultar con correrias las Costas de la gran Syria, y à enriquecerse con las presas, que en ellas hazen, respecto de que teniendolas sitiadas, y gran conocimiento de todas las Plazas, se apoderan facilmente, quando el Mar se retira, de las embarcaciones, que quedan en seco. Los Moçadores de este admirable Territorio, llamados *Hammonios*, habitan en cabañas, separadas vnas de otras, y tienen en la mitad del Bosque la fortaleza, cercada de tres ordenes de Murallas. Dentro de la primera, está el Palacio, que fuè de los antiguos Reyes; en la segunda, los quartos de sus Mugeres, de sus Hijos, y de sus Concubinas; y tambien el Oraculo del Dios: y en la vlti-

ma los Archeros; y las demás Guardas del Rey. Ofrecese otra Floresta de Hammon, en medio de la qual corre vna fuente, à cuya agua llaman del Sol. Está al amanecer tibia, y fria à medio dia, desde cuyo extremo passa à calentarse à proporcion del curso de la tarde, hasta que llega à media noche à herbir, y desde este empieza à disminuir su calor, conforme se va acercando el dia, en cuya alternacion continua siempre. No observa el Simulacro del Dios, que adoran en este Templo, la misma forma con, que suelen los Pintores, y Escultores representar à los demás Dioses; componse de esmeraldas, y de otras piedras preciosas, y desde la cabeza hasta el ombligo, guarda la de vn Carnero. Llevan à él los Sacerdotes, quando le consultan, vn navichuelo dorado, guarnecido de muchos vasos de plata, pendientes de ambos lados. Siguelos grande acompañamiento de Mugeres, y de Doncellas, cantando ciertas canciones groseras à su vsança, por medio de quienes creen merecer propicio à Jupiter, y obtener de él, con claridad, y certeza, las respuestas, que solicitan. Aviendose adelantando el Rey al Templo, le llamó su hijo el mas antiguo de los Sacerdotes, assegurandole, le concedia este honor Jupiter, su Padre. Respondiòle Alexandro, olvidado de su naturaleza: Que le admitia, y reconocia por tal; y passando à preguntarle, si le tenia destinado para Dueño del Universo? Tan preocupado el Sacerdote de la lisonja, como el Rey de la vanidad, le aseguró,



gurò, *que si*. Solicitando despues saber de èl; *si avian quedado castigados todos los que fueron complices de la muerte de su Padre?* Mostrando escandalizarse el Sacerdote, le dixo: *Que su Padre era immortal, y que todos los Assassinos de Philipo avian satisfecho las penas de su delito; añadiendo, que permaneceria invencible, hasta que passasse à ocupar el lugar, que tenia destinado entre los Dioses.* Aviendo concluido con su Sacrificio, hecho magnificas ofrendas al Dios, y considerables mercedes à los Sacerdotes, permitiò, que consultassen tambien al Oraculo los primeros Señores de su Corte, los quales solo se contentaron con preguntarle: *Si les aconsejaba hiziessen honores divinos à su Rey?* A que respondiò el Sacerdote: *Seria muy acepto à Jupiter venerassen como à Dios à Principe tan invencible.* Verdaderamente, que aun à quien huviere juzgado mas favorable del Oraculo, no puede dexar de tener por falsas imposturas ~~todas~~ estas respuestas; ni de reconocer quanto mas indignos quedan los hombres de la gloria à que aspiran, quando enagenados de sí, con la prosperidad que gozan, la procuran con semejante anhelo, y locura; como le sucediò à Alexandro, el qual, pensando hazer mas glorioso su nombre, con la Divinidad del titulo de hijo de Jupiter, no solo permitiò se lo llamassen, sino lo mandò con orden expressa, obscureciendo la fama que le avian grangeado sus esclarecidas empreßas, por los mismos medios con quienes creyò acre-

centarla. Los Macedones, que aunque sujetos por largo curso de años à Monarchico Imperio, mantenian alguna apariencia mas de libertad, que los otros Pueblos, en vez de oponerse à aquel delirio, asintieron à èl con mayor indiscrecion, de la que convenia à la reputacion de su Principe, y fuya. De esto empero trataremos en su lugar, por concluir aquí lo que nos resta.

## CAPITULO VIII.

*Fundacion de Alexandria, en Exypto, y diversas expediciones de Alexandro.*

VIENDO llegado Alexandro, de buelta del Templo de Jupiter Hamnon, à las Lagunas Mareotides, cercanas à la Isla de Pharo, y observado la situacion de el Lugar, resolviò dár principio en aquella Isla à la Fabrica de vna Ciudad; pero pareciendole muy corta para la grandeza, que deseaba tuviesse, eligiò el sitio, donde yàce oy Alexandria, la qual tomò el nombre de su Fundador. Abrazò todo el espacio, que ay entre las Lagunas, y el Mar, y dexando delineada vna Muralla de ochenta estadios, y al cuídado de los suyos su Fabrica, partiò para Memphis. El deseo con que se hallaba (aunque loable, poco oportuno, y menos razonable) de ver à Exypto, y à Ethiopia, y de reconocer las maravillas de la antigüedad, el famoso Palacio de Memnon, y de Tython, le llevaron casi de la otra parte



parte de los terminos del Sol. Pero no permitiendole tan invtiles jornadas las disposiciones de la proxima Guerra, la qual era preciso fuesse mas cruel, y sangrienta, que lo avia sido hasta alli, diò el Gobierno de Exypto à Eschilo Rhodio, y à Peucestes, Macedon, con quatro mil hombres de Guerra, para que los pusiesse de Guarnicion en las Plazas, y dexò treinta Galeras en Polemon, para defender las entradas del Nilo. Nombrò poco despues à Apollonio por Governador de la parte de Africa, que està contigua à Exypto, y à Cleomenes, para que cobrasse los Tributos de aquellas dos Provincias; y aviendo ordenado à las Ciudades cercanas, que passassen à habitar à Alexandria, la llenò en breve tiempo de infinita muchedumbre de Pueblo. *Refierefe, Que al tiempo, que se disponia el diseño de las Murallas, que se avian de hacer, sobrevino gran cantidad de Pajaros, los quales se comieron todo el engrudo, que se avia prevenido para el; cuyo accidente, aunque atribuyeron muchos à infeliz presagio para la Ciudad, le declararon por muy favorable los Adivinos. Allegurando: Denotaba, que vendrian à socorrerse à ella de todas partes, y que alimentaria muchas Provincias, y Naciones.* Mientras el Rey hazia su jornada por el Rio, deseoso de seguirle Hector, hijo de Parmenion, el qual se hallaba en lo mejor de su juventud, y muy en la gracia de Alexandro, se entrò en vn Bayel, que llevando mas carga de la que

debiera, se fuè à pique con todos los que iban en el. Disputò aquel joven por largo espacio su vida con las hondas, por el gran estorvo de que le eran los vestidos, aviendosele enredado, para que pudiesse nadar; con todo, ganò à esfuerzos de su industria, y pujança la Ribera; pero llegando à ella muy desfallecido, y queriendo recuperar el aliento, que el temor, y el peligro le avian, no sin gran violencia, embargado, no aviendo alli persona alguna, que pudiesse socorrerle, por averse librado los demàs en la Ribera contraria, rindiò por vltimo el espiritu. Sintiò el Rey su pèrdida con el extremo, que acreditaron sus demonstraciones, y las magnificas exequias, que mandò hazerle, luego que fuè descubierto su cuerpo. Cuyo disgusto aumentò la noticia de la muerte de Andronoma, Governador de Syria, à quien los Samaritanos quemaron vivo: de cuya maldad irritado Alexandro, partiò contra ellos à toda diligencia; pero aviendole entregado los complices luego que llegó, y hecho, que se executasse en ellos el castigo, que merecian, proveyò en Memnon aquel Gobierno. Expuso tambien los Tyranos, y entre otros los de Methynes, Aristonico, Chrysolao al furor de los Pueblos, à quienes avian oprimido, y muerto, despues de aver executado en ellos todo genero de tormentos, en vengança de los ultrajes, que les hizieron. Diò despues audiencia à los Embaxadores de

Athe-



Athenas, de Rhodas, y de Chio. Manifestaronle los Athenienses su regocijo por la Victoria, que avia obtenido, pidiendole diessé permiso, para que los prisioneros Griegos bolviessen à sus Ciudades, y quexaronse los Rhodios de sus Guarniciones. Condescendió à los ruegos de todos; y atendiendo à la fidelidad con que se avian señalado en servicio suyo los de Mythilene, les bolvió los rehenes, aumentò sus limites, y les hizo merced de grandes Tierras. Assegurò, con las mayores demostraciones de honra, y gratitud à los Reyes de Chipre, la que le mereció la fineza, de aver preferido su amistad à la de Dario, y la de averle socorrido con su Armada en el sitio de Tyro. Despues de lo qual embió à Amphotero con vna Esquadra en socorro de la Isla de Creta, y de las muchas Plazas, que tenian sitiadas los Persas, y algunos Pyratas, ordenandole se aplicasse primero à limpiar el Mar de los Corsarios, que aprovechandose de la oportunidad, que les ofrecia el empeño, y Guerra de ambos Reyes, infestaban aquellas costas. Executado esto, ofreció vn vaso de treinta piezas de oro à Hercules Tyrio, y partiendo en seguimiento de Dario, tomó su marcha àzia el Euphrates.



## CAPITULO IX.

*Llega Dario à Marvella, y bien à pesar suyo passa Alexandro el Euphrates, y el Tigris.*

**N**OTICIOSO Dario de la partida de su Enemigo de Exypto à Africa, se hallaba dudoso en la resolucion de mantenerse en la Comarca de Mesopotamia, ò de passar en persona à las Provincias mas retiradas de su Reyno, para animar à la Guerra à aquellos distantes Pueblos, à quienes, con corto fruto, solicitaban sus Capitanes: Assegurado empero por personas dignas de credito, de que la determinacion de Alexandro era de seguirle con todas sus fuerças à qualquier lugar donde se encaminasse, y conociendo lo importante de la empreña, y el valor de su Enemigo, diò orden, para que se juntasen en Babylonia todas las Tropas, que esperaba. Estabanlo yà los Bactrianos, los Scythas, y los Judios, con otras Naciones, que no se avian hallado en la última Batalla; si bien componiendose su Exercito de tanto mayor numero, que el que tuvo en Cilicia, faltaban à muchos Armas, por quienes se hazian las mas vivas diligencias. La Gente de à Cavallo iba toda cubierta de planchas de hierro vnas sobre otras, y enjaezados de lo mesmo sus Cavallos, assi como prevenidos de Espada, y Rodela, los que hasta entonces no avian llevado mas Armas, que



que los Dardos. Distribuyeronse muchas cuerdas de Cavallos entre la Infanteria, para que los domassen, y se aumentasse con ellas la Cavalleria, mucho mas crecida, que antes. Llevaba doscientos Carros, armados de Hozes, en quienes tenian puesta toda su confiança aquellas Naciones, y assegurado el mayor terror de el Enemigo. Salian de lo alto de el timon cierto genero de Lanças de hierro en punta, y por ambas partes de el tres cortantes Espadas, fixadas en el yugo: assi como entre los Rayos de las ruedas muchos Dardos, cuyas puntas salian fuera, y en el cerco muchas Hozes, àzia arriba vnas, y àzia abaxo otras, para que quando oprimidos partieffen los Cavallos, ocasionassen considerable estrago en quanto encontrassen. Con tal Exercito, ordenado en esta forma, partiò de Babilonia. Tenia el Tygris à la mano derecha, à la siniestra el Euphrates, y todas las campañas de Mosopotamia cubiertas de sus Tropas. Aviendo, pues, passado el Tygris, noticioso de que el Enemigo se hallaba cercano, hizo adelantar à Satropates, Coronel de la Cavalleria, con mil Cavallos escogidos, y diò seis mil à Mazeo, Governador de la Provincia, para que embarazasse el passo del Rio, y assolasse, y quemasse todo el Territorio, por donde avia de passar Alexandro, à quien creyendo sin mas prevençiones para la subsistencia de su Exercito, que las que robaba, es-

peraba vencerle, por medio de la hambre, en que se engañaba, por lo bien abastecido, que se hallaba de todo genero de viveres, que assi por Tierra, como por el Tygris le llevaban. Llegò, pues, à la Villa de Arbela, à quien hizo cèlebre despues su ruina; y aviendo dexado en ella la mayor parte de las municiones, y del bagage, mandò hazer vn Puente sobre el Rio Lyco, por quien passò su Exercito en cinco dias, como lo avia hecho antes por el Euphrates. Despues de lo qual, y de averse alexado casi ochenta estadios, acampò à la orilla del Rio Bumado, cuyo terreno no podia ser mas comodo, assi para ordenar en Batalla su Exercito, como para las escaramuzas de la Cavalleria, y para poder descubrir por todas partes los movimientos del Enemigo, por no ofrecerse en todo el breña, ni matorral alguno, que lo embarazasse; aviendo hecho allanar, è igualar lo que no lo estaba. No acababa Alexandro de dár credito à los que le asseguran lo numeroso de aquellas Tropas, hasta que empezó de le-xos à divisarlas, por parecerle imposible, que le huviessen quedado tantas, quantas bastassen à formar aquel numerosissimo Exercito, despues de vna rota tan considerable, como la que avia tenido. Pero despreciando con su invencible valor, à quien cedian los mayores peligros aquella chusma mal convalecida de su miedo, llegó en once dias de marcha à aloj-



jar sobre el Euphrates, donde aviendo mandado levantar Puentes, hizo que passasse primero su Cavalleria, à quien siguiò su Phalange, sin que se atreviesse à estorvarfelo Mazeo, en medio de averle embiado Dario antes con seis mil Cavallos, para que lo hiziesse. Aviendo, pues, permitido algunos dias à sus Soldados, no tanto para que en ellos se entregassen al reposo, quanto para que recuperassen sus alientos, partiò en seguimiento de Dario, recelando se retirasse à lo mas remoto de su Reyno, y le obligasse à seguirle, por la esterilidad de aquellos Desiertos, en quienes era preciso le faltasse quanto necesitaba para mantener su Exercito. Llegò, pues, en quatro dias al Tygris, à quien passò junto à Arbela, en cuyo territorio permanecia aun por la otra parte del Rio el humo del incendio, que avia introducido Mazeo, con tan vniversal ruyna, como la pudiera causar el mismo Enemigo. Era tan sumamente espeso, que impidiendo el que se viesse el camino, puso à Alexandro en recelo de que fuesse prevencion para alguna emboscada, cuya sospecha le obligò à hazer alto; pero aviendole assegurado sus Corredores no tenia que temer, embio à reconocer el vado del Rio, cuyas aguas llegaban à la entrada à los hijares de los Cavallos, y hasta los cuellos en medio de èl. Es el mas rapido, è impetuoso de todos los Rios de el Oriente, assi por hazer mas cau-

dalosa, y violenta su corriente los raudales de otros, como por las muchas piedras, que tiene: causa por la qual le pusieron los Persas el nombre de Tygris, en cuya Lengua significa la Flecha. Aviendo, pues, dispuesto la Infanteria, en medio de dos alas de Cavalleria, llegaron hasta la orilla del agua, sin grande dificultad, llevando las armas en las cabezas. Passò Alexandro à piè entre la Infanteria, y fuè el que primero ganó la orilla contraria, desde donde no pudiendo valerse de la voz, por el riesgo de no ser entendido, les mostraba con la mano el vado à los Soldados; los quales, assi por las piedras en que resvalaban, como por la impetuosidad de la corriente, que los arrebatava, apenas podian sostenerse, sin gran trabajo. Mayor, empero, era el de los que conducian sus bagages; pues no bastando à valerse à si, libres de todo embarazo, y pudiendo hazerlo menos con aquel estorvo, los impelia lo rapido de la corriente, cuyo riesgo procuraban evitar, arrojando las cargas; las quales, fluctuando por vna, y otra parte del Rio, eran causa de que muchos cayessen, y de que solicitando cada vno recobrar lo que reconocia suyo, fuesse aun mayor la fatiga, y el peligro, que entre si se ocasionaban vnos, y otros, que el que les causaba el Rio. Mandabales el Rey en altas voces, que salvassen solo las Armas, y abandonassen lo demàs; pero ni su consejo, ni sus ordenes podian



percebir ; tan grande era el ruido ; tanto el alboroto. Passaron finalmente por donde el Rio, con menos rapido curso descubre el vado, sin otra pérdida, que la de vn poco de bagage ; siendo cierto, que si entonces huviesse cargado en aquel Exercito los Enemigos, le avrian derrotado enteramente ; pero la continuada felicidad del Rey, separò de alli à los Enemigos, defraudandoles los triunfos de tan considerable Victoria, para que pudiesse passar aquel Rio con la misma dicha, que avia passado el Granico, à vista de innumerable muchedumbre de Infanteria, y de Cavalleria, que le esperaba en la Ribera ; y vencido crecido numero de Enemigos en las Rocas de Cilicia ; la qual pudo disculpar la ossadia con que se arrojaban à los peligros, y hazer, que assegurados de la continuada prosperidad, que experimentaban, se atribuyesse mas, que à temeridad, à confianza su excesivo ardor. Mazeo empero, que, como queda dicho, pudiera averlos roto con facilidad, si al tiempo que passaban desordenadamente el Rio, huviesse cargado en ellos, contento con embiar delante mil Cavallos, contra cuyo corto numero, reconocido, y despreciado por el Rey, despachò à toda diligencia à Ariston, Coronel de la Cavalleria Peoniana, para que los acometiesse, no llegó hasta que se avian puesto en marcha. Fuè sin duda

famoso aquel combate ; en que se señalò con ilustres acciones el valor de Ariston ; el qual enderezandose al Satrapa, que mandaba la Cavalleria de los Persas, le passò la Lança por el gaxate, y siguiendolo, como à fugitivo, por en mediò de los Enemigos, le derribò del Cavallo ; y aviendolo cortado, à pesar de su resistencia, la cabeza, y buuelto à vnirse con las demás Tropas, la ofreciò con gran gloria suya à los pies del Rey.

## CAPITULO X.

*Amedrenta, y turba à los Soldados de Alexandro un Eclipse de Luna ; pero el los asegura, y esfuerça por medio de los Adivinos de Exypto. Pone en fuga à los Persas, que assolaban, y destruian por todas partes. Muere la muger de Dario, prisionera, de la tristeza, y llora Alexandro su desgracia. Sospechas, sentimentiento, y votos de Dario.*

**A**VIENDO acampado el Rey alli dos dias, ordenò al siguiente estuviessen prompts todos à la marcha ; pero empezando la Luna à la primer vigilia de la noche, hallandose el Cielo claro, y sereno, à perder el esplendor de su natural belleza, y à manifestarse poco despues manchada, y como teñida en sangre, quedando por vltimo cubierta, y obscurecida del todo su luz, causò



en el Exercito tan religiosa conmocion aquel improvifo accidente, sobreviniendo en ocasion de estar para darle tan sangrienta Batalla, y cuyo suceso tenia à todos en bastante cuidado, que pasando à desmesurado pavor, prorumpian los Soldados, preocupados de el, en altas, y desconsoladas voces, diciendo: *Que el Cielo les manifestaba con señales visibles su ira, y que contra la voluntad de los Dioses, y à pesar de la suya, los llevaban à los ultimos terminos de la Tierra: Que los Rios se oponian à su transito; que los Astros les negaban su acostumbrada luz; y que no veian sino Desiertos, y Soledades. Y ultimamente, que por complacer la ambicion de un hombre solo, derramaban tanto su sangre; y hombre tal, que dedignando su Patria, negaba à su Padre, y pretendia se le venerasse como à Dios.* Passaron estas murmuraciones à vna declarada sedicion; de la qual noticioso Alexandro, cuya grandeza de animo no era capaz de alterarla ningun accidente, hizo llamar à su presencia à los Cabos de su Exercito, y à los Adivinos Exypcios; los quales tenian el primer credito en la facultad Astrologica; y aviendole ido à ella, los mandò que declarassen el juicio, que hazian de aquel Eclypse. No ignorando estos, que los cuerpos celestes tienen sus revoluciones, y sus periodos, y que el Eclypse de la Luna le ocasionaba la sombra de la tierra, que interpuesta entre ella, y el Sol, la obscurece, reservando en si este conocimiento, se

contentaron con declarar al vulgo: *Que el Sol denotaba à los Griegos, y la Luna à los Persas; y que ningun Eclypse de esta dexò nunca de serles infausto presagio de alguna calamidad.* En cuya confirmacion alegaron muchos exemplos antiguos de los Reyes de Persia, à quienes con semejantes señales anunciaron los Dioses el infeliz suceso de sus combates. Con lo qual, no aviendole medio mas eficaz para refrenar la barbaridad popular, la qual por desenfrenada, è inconstante que se halle, si llega à estar tocada de alguna vana sombra de religion, obedece mejor à los Adivinos, que à sus Generales. Luego que se divulgò la respuesta de los Exypcios entre las Tropas, recuperaron su esperança, y su valor. De cuya favorable disposicion valiendose el Rey, moviò à la segunda vigilia los Reales. Tenia à mano derecha el Tygris, y à la izquierda las Montañas, à quienes llaman Gordianas; y aviendole llevado sus Corredores al romper del dia noticia, de que se acercaba el Exercito de Dario, ordenado el suyo, se puso à la frente de el. Si bien se averiguò despues eran solo mil Cavallos, que iban al descubierto, à quienes tuvieron por cuerpo de Exercito, como de ordinario sucede à los que van à reconocer el Campo; los quales no pudiendo descubrir nada cierto, aseguran como tal, lo que les representa su miedo. Asegurado, empero, el



Rey del número de aquella Cavalleria , cargò en ella , y la obligò à retirar : diò muerte à algunos , que iban mal montados : hizo prisioneros à otros ; y poco despues , que se adelantassen algunos Cavallos , asì para que adquiriesse noticias del Enemigo , como para que extinguiesse el fuego , que avian introducido en las Villas los Barbaros ; los quales huyendo , le dexaron puesto en los techos de las Casas , y en el Trigo , que tenían recogido en las Campañas , si bien no aviendole dado tiempo para que prendiesse , y causado solo el daño en la parte à que le aplicaron , pudieron aprovecharse luego que le extinguieron del Trigo , y de casi todo lo demás que hallaron , en gran abundancia. Esta desolacion del Enemigo , sirviò à los Soldados de mayor incentivo , para que le siguiesse , y se apresurasen à evitar la destruicion , y estrago , que à vista suya hazia el fuego , que introducía en quanto se le ofrecía. Si bien en aquella ocasion hizo la necesidad quanto podia aver obrado la razon ; porque Mazeo , que antes de verse seguido de los Enemigos , quemaba , y destruía à su beneplacito las Villas , contento entonces con assegurar su vida , dexò enteras muchas à los Vencedores. En tanto el Rey , noticioso de que Dario estaba de la otra parte , à tan corta distancia , como la de cinquenta estadios , y cogiendo-

le este aviso en parage bien abastecido , se detuvo allí quatro dias. Despues de los quales , llegando à sus manos ciertas Cartas de Dario , por medio de quienes sollicitaba de los Soldados Griegos le diesse muerte ; y estando tan assegurado de la fidelidad de estos , como de la lealtad de los Macedones , se hallò dudoso en si resolveria leerlas en Junta plena , ò no. Consultandolo empero con Parmenion , le disuadiò de ello , representandole : *Quan peligroso era hazer participes à los Soldados de semejantes intentos , pues para cometer vna maldad , bastaba qual quier , no aviendo alguna de quien no fuesse capaz la avaricia.* Conforme con tan prudente dictamen , hizo marchar su Exercito ; en cuyo camino se le ofreciò vno de los Eunucos , que se hallaban en servicio de la muger de Dario ; el qual le llevaba la noticia de dexarla tan en el vltimo peligro de su vida , que asseguraba seria muy posible la huviesse yà perdido. Avian postrado à aquella infeliz Princesa la fatiga del prolixo , y penoso camino , y los continuos , y considerables disgustos del animo , de fuerte , que desfallecida à su rigor , cayò en los brazos de su suegra , y de sus hijas , rindiendo poco despues el espiritu ; de que casi al mismo tiempo tuvo aviso Alexandro. El qual , no menos sentido , que si se le huviesse muerto su Madre , deshecho en lagrimas , como pudierá hazerlo Dario , passò à la Tien- da de Syfigambis , à quien hallò



junto al cuerpo de la nuera difunta. Allí fuè donde se renovò su dolor , al ver aquella Venerable Princesa postrada por tierra , lamentado en aquella vltima infelicidad todas las demàs , que le renovaba ; y à las hijas de Dario , en la flor de su juvenil edad , recostadas sobre su regazo , acompañandola à sentir , con igual ternura , tan sensible pèrdida ; en la qual le eran de considerable alivio , aunque no esperassen de ella en su dolor , todo el que necesitaban. Tenia delante de sus ojos à su nieto , cuya tierna edad movia à tanta mayor compassion , quanto siendo el mas lastimado en el considerable golpe de aquella calamidad , era quien menos la sentia. Derramaba Alexandro en medio de los suyos copiosissimas lagrimas , y se hallaba mas necesitado de recibirle , que de ministrar algun consuelo. Pafsò todo el dia sin probar alimento alguno , y dispuso , que se le hiziesen à aquella Princesa las Reales , y sumptuosas exequias , que acostumbra los Persas en semejantes casos. Por cuya heroyca accion merece aun oy los loores , que son debidos à su gloriosa memoria , y que vinculada à los venideros siglos la de benignidad , y moderacion tan generosa , se celebre en ellos con repètidas aclamaciones. Viòla solo en ocasion de visitar à su suegra , quando quedaron ambas prisioneras ; y entonces su peregrina hermosura , mas que de incentivo à sus menos

decorosos deseos , sirviò de credito à su loable continencia , y de esplendor à su gloria. Aprovechándose vno de los Eunucos de la Reyna , llamado Tyriotes , de la ocasion , que le facilitò el desorden , y confusion , en que avia puesto à todos aquella lastima , tuvo forma de salir por cierta puerta , con quien no se guardaba el cuídado , que con las demàs , respecto de no estàr de la parte , que miraba al Enemigo , y de llegar al Campo de Dario. Fuè allí recibido de las Guardas , desde donde , rasgadas sus vestiduras , y anegado en su llanto , pafsò à la Tienda del Rey ; el qual no bien le huvo visto , quando combatido de tan crecidos , como varios temores , aun no acabando de resolverse à lo que mas debia recelar , le dixo : *Bien infiero , amigo , de la tristeza de tu semblante , y de lo desmedido de tus acciones , que vienes à darme noticia de algun considerable infortunio. Ruegote empero , que sin que te detenga la affliccion en que me vès , me le refieras sin disfraz , ni embarazo ; porque aviendo aprendido ya en la escuela de mis desdichas à ser infeliz , podrá ser que ( como suele à los que lo son ) me sirva de algun consuelo saber , hasta donde llega la adversidad de mi suerte. Vienes acaso à darme ( como sospecho , y no acabo de acertar à pronunciar temeroso ) algun desacato , cometido en las prendas , que mas adoro , el qual avrà sido para ellas , y será para mi mas sensible , que los mayores tormentos del Mundo ? Tan contrario à esso es , Señor ( le respondió Tyriotes ) que entre todos los ob-*



*Sequios, que tributan à sus Soberanos los Vassallos, no ha avido alguno de que no aya usado con ellas el Vencedor; pero la Reyna, tu esposa, acaba de rendir à la parca los ultimos alientos de su vida. No bien lo huvo articulado, quando no se oian por todo el Campo sino lastimosos gemidos, y espantosos, y estraños gritos; y quando persuadido Dario à que sin duda avria muerto resistiendo alguna violencia contra su honestidad, y decoro, traspasado del dolor, y fuera de sì, prorrumpiò con desmedidos gritos en estas voces: En què te he ofendido, Alexandro, ò què agravio he ocasionado à los tuyos, para que tomes de mi tan cruel vengança? Tu me aborreces; tu me persigues, sin averte dado la menor causa para ello. Pero aun quando te la huviesse ofrecido, es bastante alguna, para que profaando el sagrado de las mugeres, ayas faltado al respecto, que se les debe? Asseguròle Tyriotes, con repetidos juramentos, poniendo à los Dioses de su Patria por testigos: De que la avia atendido Alexandro, con la veneracion, que debia à su decoro, y su soberania, y llorado su muerte con gran ternura, y con tan vivas demostraciones de dolor, como pudiera èl, siendo su esposo. Pero aumentando aquel enamorado infeliz Principe con esta noticia, à las sospechas de la ofensa de Alexandro, los zelos del agravio de su esposa, no pudiendo persuadirse à que tan tiernos, y excessivos sentimientos por vna cautiva, dexassen de proceder de reciprocos cariños, aviendo despedido à todos los que se hallaban*

*con èl, y quedado solo el con Eunuco, le dixo, no vertiendo yà lagrimas, exalando sì suspiros: Advierte, ò Tyriotes, que yà no es tiempo de mentirme, y que si no me confiesas la verdad, te la haràn declarar los tormentos; pero sin que quieras exponerte à tanto rigor, te ruego, que si acaso te ha quedado algun amor, algun respecto à tu Reyna, me digas si Alexandro, como mozo, y como Vencedor, ha intentado lo que deseo saber, y mi honra, y mi verguença no me permiten decir? Ofreciendose Tyriotes voluntariamente à los tormentos, en credito de su verdad, le bolviò à assegurar con mayores juramentos, invocando nuevamente à los Dioses por testigos, de que no avia procedido accion menos loable, y decorosa. Con lo qual, dando por ultimo credito à las asseveraciones del Eunuco, se cubriò el rostro, y restituido al llanto, permaneciò en èl por largo espacio, despues del qual existiendo las lagrimas, y levantando la ropa sobre la cabeza, y al Cielo las manos, hizo esta deprecacion: Dioses, protectores de la Corona de los Persas, ruegoos que os digneis de reestablecerme en mi Trono. Y que en caso de que por vuestros altos juicios no lo permitan vuestros soberanos decretos, ni mi infeliz destino, os sirvais de que el Imperio del Asia no recayga en otro Dueño, que en el que sabe ser tan justo Enemigo, como benigno, y moderado Vencedor.*





## CAPITULO XI.

*Pide Dario tercera vez la paz, sin fruto, y niegaſela tambien Alexandro, persuadiendole à que ſe rinda, ò haga la Guerra.*

**A**UNQUE Dario avia procura-  
do, ſin ningun fruto, por  
dos ocasiones la paz, y defenga-  
ñado de ella, buelto ſus penſa-  
mientos à la Guerra, vencido, y  
obligado de la benignidad del  
Enemigo, le embiò diez de ſus  
mas immediatos, y autorizados  
parientes, para que tercera vez la  
ſolicitaſſen, y le propuſieſſen nue-  
vas condiciones, que la facilitaſ-  
ſen. Convocò Alexandro ſu Con-  
ſejo, y aviendo hecho entrar en èl  
al mas anciano de los Embaxado-  
res, dixo eſte aſſi: No le precisan à  
Dario (Señor) ni la fuerça, ni la ne-  
ceſſidad à que ſolicite la paz, y ſin em-  
bargo te la pide oy tercera vez, obligado  
de tu juſtificacion, y clemencia. Has  
tratado haſta aqui à ſu Madre, à ſu  
muger, y à ſus hijos con tan grande  
urbanidad, que no ha ſentido ſu cau-  
tiverio, ſolo ſi ſu auſencia. Has  
mirado por el honor de ſus hijas, con  
no menor atencion, y decoro, que ſi  
fuieſſes ſu Padre; y has honrado à ſu  
Madre con el titulo de Reyna, conſer-  
vandola en la meſma oſtentacion, y  
grandeza, que mantenía antes de ſu deſ-  
gracia: Reconozco en tu roſtro igual  
tristeza, à la que dexamos en el de  
Dario, quando nos partimos de ſu pre-  
ſencia; ſi bien con la diferencia de que  
aquel llora à ſu eſpoſa muerta, y tu à tu  
Enemiga difunta, cuyas exequias han

interrumpido el curso de tus progresſos.  
Que ay, pues, que admirar, que quien  
ſe halla obligado de generoſidad tanta,  
ſolicite la paz de vn Principe, à quien  
ſe la reconoce con tan colmados benefi-  
cios? Y ſobre què es la Guerra, quando  
faltando los odios, y la enemistad, ceſſa  
el motivo para ella? Dexabate antes to-  
das las Provincias, que ſe dilatan haſta  
el Rio Halis, y terminan en la Lydia,  
oy empero te ofrece en Matrimonio à ſu  
hija, con quantos Dominios contienen el  
Heleſponto, y el Euphrates; hallandose  
pronto à entregarte, en mayor testimo-  
nio, y ſeguridad de ſu feè, y amiſtad, la  
amada prenda de ſu hijo Ocho, como le  
buelvas à ſu Madre, y à ſus dos hijas,  
por cuyo reſcate te pide admitais treinta  
mil talentos de oro. Si no tuvieſſes tan  
acreditada tu prudencia, y moderacion,  
no me atreviera à decirte, debes en la  
coyuntura preſente, no ſolo conceder la  
paz, ſino deſearla. Advierte lo que dexas  
atràs, lo que falta por conquistar,  
y que es tan grave, como peligroſo peſo  
el de vn gran Imperio, è inconsiderado  
arrojo emprender mas de lo que ſe puede  
conſervar. Reconocelo en la crecida  
grandeza de eſſos Navios, cuya deſpro-  
porcion impide el que ſe rigan, y gobier-  
nen. Y que ſè yo, ſi la miſma exceſſiva  
grandeza de Dario ha ſido principal cau-  
ſa de ſus conſiderables pèrdidas, por lo  
dificil que es el acertar à mantenerla;  
pues ay coſas tanto mas faciles de adqui-  
rir, que de conſervar, quanto tienen  
mayor prontitud nueſtras manos à robar,  
que diſpoſicion nueſtra cordura à rete-  
ner. Aun la miſma muerte de la muger  
de Dario puede ſervir de advertencia, y  
persuaſion à tu templança, pues te ha  
deſfraudado ſu pèrdida las ocasiones de  
que



que se exercite la generosa virtud de tu clemencia. Oído el Embaxador, lo hizo Alexandro salir de su Tien- da, y deseando saber el dictamen de los de su Consejo, les ordenò se le propusiesen. Permanecien- do empero todos por largo espa- cio, sin atreverse à manifestarle, por no aver podido descubrir la voluntad del Rey, interrumpien- do Parmenion aquel silencio, re- presentò: Que desde Damasco avia votado se admitiessse el rescate de aque- llos prisioneros, assi por que seria consi- derable la porcion, que se sacaria de ellos, como por que faltando la ocasion para el cuidado de su guarda, se ocuparian en mas digno empleo de su valor los Solda- dos, que se malograban en aquel. Y que entonces se bolvia à confirmar en el mis- mo sentir, con tanta mayor firmeza, quanto reconocia no debia ponerse el Rey en marcha, sin averse desembarazado primero del penoso estorvo, que causa- ban al Exercito vna anciana Reyna, y dos juveniles Princesas, y admitido los treinta mil talentos de oro, que se le ofrecian. Que considerasse, que sin sa- car la Espada quedaba por medio de un tratado dueño de los mas prodigio- sos Reynos del Mundo, y tanto mas glorioso, quanto ningun Principe antes de el llegò à possèer toda aquella basta extension, que contienen el Istro, y el Euphrates; despues de cu- ya possession juzgaba, le seria mas conve- niente restituirse à Macedonia, que alargarse à la Bactria, y à la India. Quedò tan disgustado Alexandro del voto de Parmenion, que no bien le hubo acabado, quando prorrumpiò diciendo: Tambien

yo preferiria el oro à la gloria, si fuesse Parmenion; pero hallandome Alexan- dro, no puede tener lugar el recelo de que llegue à estado de pobre; pues sino me engaño, soy Rey, y no Mercader, ni ten- go nada que vender, y mucho menos mi fortuna. Si se juzga por conveniente, que los prisioneros se restituyan, mucho mas loable, y honroso serà hazerlo sin rescate alguno, que entregarlos por el vil precio del dinero. Y bolviendo inmediatamente à hazer entrar al Embaxador, le diò esta res- puesta: Direis à vuestro Dueño, que que los agradecimientos son superfluos en- tre los que se hazen Guerra, y que si yo he vsado de alguna clemencia, y vrbani- dad con los suyos, lo he hecho, por lo que me debo à mi, y no por afecto algu- no, que le tenga à el. Mi genio no es de oprimir à los afligidos, ni pueden ser empleo de mi valor prisioneros, y muge- res; peleo solo con los que se hallan con las Armas en las manos, y estàn en esta- do de defenderse. Si Dario huviesse so- licitado de mi la paz por los medios, que corresponden à vna sincera intencion, y segura feè, podria ser, que me detuvies- se à pensar, lo que en tal caso debia obrar. Pero no aviendo cessado de solicitar, por medio de sus Cartas, y de sus ofertas, y dadibas con mis Soldados, que me fues- sen traydores, y con mis Validos, que me diessen muerte, estoy resuelto à buscarle à todo trance, no yà como à Enemigo, sino como à atofigador, y affasino. Por lo que mira à las condiciones, que me proponeis, son tales, que si las admities- se, quedaria el mas vencedor que yo. Decis, que me ofrece quanto està de la otra parte del Euphrates; pero deseo me digais, quien es oy dueño de esto? Parece que



que aun me juzgais de esta otra, y respecto de este error, que no he pasado los limites del gran dote, que me ofrece, y que tanto ponderais? Quando con sus Armas me desapropie de la posesion de estos Dominios, entonces confesaré dádiba suya, lo que oy reconozco trofeo de mi valor. No con mas liberalidad me promote una de sus hijas en dote, como si ignorasse yo, la tenia destinada para empleo de alguno de sus Vassallos, à cuya excessiva honra, y à la que me haze en preferirme para hierno suyo, parangonandome con Mazeo, no puedo dexar de vivir reconocido. Bolved, y decid à Dario, que quanto ha perdido, y conserva, ha de ser el premio de una Batalla, con cuyo suceso decidirá la fortuna nuestras contiendas, declarandole à él, ò à mi por Dueño de ambos Reynos. Que no me ha traído al Asia la codicia de los presentes, sino la magnanima generosidad, con que acostumbro hazerlos, y que si depuesta la vana soberbia, con que pretende igualarse, se contiene en los limites de la inferioridad, podrá ser que le permita lo que me pide. Pero que advierta, en caso de repugnarla vñano, y altivo, que así como no pueden ilustrar el Mundo, sin considerable ruina suya dos Soles; tampoco regir sin igual riesgo dos dueños tan bastos Reynos, como son los de ambos. Y que en esta atencion elija, ò rendirse oy, ò combatir mañana, sin prometerse mejor suceso, que los que ha experimentado hasta aqui. Oída por el Embaxador su resolucion, le dió las gracias, porque hallandose en animo de continuar la Guerra, no le entretuviesse con la esperanza de la paz; y le pidió por favor, le permitiesse bolver quanto an-

tes à participar à su Rey su determinacion, para que se dispusiesse al combate. Aviendoselo concedido, y llegado à la presencia de Dario, le hizo sabidor de la prontitud con que le presentaria la Batalla Alexandro.

## CAPITULO XII.

*Atemorizanse los Macedones viendo en Batalla el Exercito de los Persas; pero por ultimo llegando à ellos, toman alegres las Armas.*

INFORMADO Dario por sus Embaxadores de la resolucion de su Enemigo, embió à Mazeo con tres mil Cavallos para que se apoderasse de los pasos, donde avian de llegar los Enemigos. Alexandro aviendo hecho las ultimas honras à la muger de Dario, y dexado en su Campo aquel gravoso acompañamiento, con algunas cortas Tropas, partiò en busca del Enemigo, llevando dispuesta su Infanteria en dos cuerpos, y cubierta por ambas partes de la Cavalleria, à quien seguia el Bagage. Deseoso de saber de Dario, hizo adelantar à Menidas, con la Cavalleria de los Scythas, para que solicitasse inquirir noticias del parage en que se hallaba. Pero aviendo sabido en el camino, que Mazeo estaba à corta distancia, y no atreviendose à passar mas adelante, se bolvió sin mas aviso, que el de que avia oído crecido estruendo de hombres, y ruidoso relincho de cavallos; aviendole sucedido



dido lo mismo Mazeo, pues luego que descubrió de Iexos a los Corredores de Menidas, retrocedió, para hazer particepe de la marcha del Enemigo a Dario, el qual deseando dar la Batalla en Campo raso, mandó a su Gente, tomarse las Armas, y la ordenó en forma de Batalla. Ocupaba la punta del ala izquierda la Cavalleria de Susa, con los Dahos, los Arachosios, y algunos Bactrianos, que hazian en todos casi seis mil Cavallos. Marchaban despues cien Carros armados de hozes, y tras ellos Bezo a la frente de tres mil Cavallos Bactrianos, y de dos mil Masagetas, que cerraban estas Tropas: seguialas la Infanteria, compuesta de muchas Naciones, alistada cada vna debaxo de sus Vanderas. Conducian Ariobarcanes, y Orobates a los Persas, con los Mardos, y Sogdianos en dos cuerpos separados, que mandaba el Principe Orsines, descendiente de los siete Persas, y de Cyro, el mas esclarecido de sus Reyes. Seguianlos muchos Pueblos, apenas conocidos de lo restante del Exercito, y Phradates despues con las bandas Caspianas, y cinquenta carros de Guerra, despues los Indos, y todas las demás Naciones vecinas al Mar Roxo, que servian mas para aparente terror, que para seguro socorro. Iban despues otros cinquenta carros, armados de hozes, con las Tropas Estrangeras, y los Armenios de la baxa Armenia, seguidos de los Babilonios, de los Belytes, de los

habitadores de los Montes Cofseores, y de los Gortuas, Pueblos de la Eubea, los quales aunque militaron antiguamente debaxo de las Vanderas de los Medos, avian degenerado ya enteramente de la virtud de sus Antecessores. Juntaronseles los Phrigios; los Cataones, y finalmente, cerraban todas aquellas Tropas, los que habitaban las Tierras, que poseen el dia de oy los Parthos, que passaron de la Scythia. Esta era la ordenança del ala izquierda. En la derecha estaban por vna parte los Armenios de la mayor Armenia, con los Caducios, luego los Capadoces, los Syrios, y los Medos, que llevaban tambien cinquenta Carros armados de hozes, llegando a componerse todo el Exercito de quarenta y cinco mil Cavallos, y dueientos mil Infantes, los quales dispuestos en esta orden, se adelantaron diez estadios, y aviendoles mandado hazer alto, passaron toda la noche con las Armas en la mano. En cuyo interin fuè tan extraño el pavor, que improvisamente se difundió por todo el Campo de Alexandro, sin averse podido saber la ocasion, que preocupados todos de vn oculto horror, empezaron a temblar. Veianse en el Ayre resplandores semejantes a las exalaciones ardientes, que en las noches del Estio levanta el calor, las quales dilatandose a bastante distancia del Exercito de Dario, los tuvieron por fuegos de su Campo, creyendo, que por



negligencia avian caído en sus Cuerpos de Guarda. Siendo cierto, que si Mazeo, que guardaba el passo, los huviesse cargado à este tiempo, los avria derrotado; pero manteniendose, sin hazer el menor movimiento, sobrevna eminencia, que avia ocupado, se contentò, con que no le acometiesen. Reconociendo Alexandro el desmayo de sus Tropas, mandò hazer alto, que dexassen las Armas, y aviendolas assegurado de que hallandose el Enemigo à bastante distancia, faltaba el motivo para su desassossiego, que se entregassen al reposo; con lo qual, restituidos por vltimo à sus primeros alientos, bolvieron à tomar animosos las Armas; si bien Alexandro tuvo por mas conveniente, que llegar à esgrimirlas con el Enemigo, à campar por entonces en aquel lugar, y atrincherarse bien en él. El dia siguiente Mazeo, que estaba alojado con alguna Cavalleria escogida sobre vna altura, desde donde se veia el Campo de los Macedones, ò yà fuesse miedo, ò yà aver ido solo à descubrirle, se bolviò àzia Dario. Ocuparon inmediatamente los Macedones aquel puesto, que les era de gran comodidad, por descubrir desde él muy à gusto suyo el Campo de Batalla, y observar la ordenança del Enemigo. Pero la niebla, que levantaba por todas partes la humedad de los Montes, aunque no impedía la vista del Exercito, si el que se pudiesen reconocer distintamente los Esquadrones, los Bata-

llones, y su ordenança. Avia inundado toda la llanura aquella espantosa, y considerable muchedumbre, cuyo estruendoso rumor aturdia, aun à los que cogia mas distantes. Entonces el Rey, empezando à perder algo de su acostumbrada seguridad, tan natural à su gran corazon, pesaba con el de Parmenion su dictamen, si bien tarde; porque hallandose tan adelantadas las cosas, no era yà tiempo de premeditar, sino de vencer, ò de morir; conturbabale el crecido numero de Enemigos tan excessivamente superior al de sus Tropas, si bien haziendo mayor impresion, que èl en su animo, la experiencia de las continuadas, y prodigiosas acciones, que avia obrado, y de las innumerables Naciones, que avia vencido con aquel corto Exercito, prevalecia en èl al desfaliento la esperanza. Y assi, receloso de que no se aumentasse con la tardança la desesperacion de los suyos, resolviò presentar luego la Batalla. Con cuyo fin, encubriendo su desassossiego, hizo que se pusiesse la Cavalleria Mercenaria de los Peonienfes delante de su Phalange, ordenada (como he dicho) en dos cuerpos, cubiertos de la Cavalleria. Yà avia disipado la hermosa luz del Sol aquella niebla, y descubierto distintamente toda la ordenança del Campo Enemigo, quando los Macedones, ò impelidos de su animosidad, ò disgustados de la dilacion, à guisa de combatientes, levantaron el grito, à que



correspondieron los Persas, con tan espantosos alaridos, que llenaron de ellos las selvas, y los valles circunvecinos. No era posible contener à los Macedones, los quales impacientes de llegar à las manos con los Enemigos se arrojaban al combate: Pero teniendo el Rey por mas conveniente fortificarse aun en aquella eminencia, mandò hazer en ella algunas trincheras, acabadas las quales, se retirò à su Tienda, desde donde descubria, sin ningun estorvo, todo el Exercito del Enemigo.

## CAPITULO XIII.

*Oponese Alexandro al voto de Parmenion, y de Pelipercon, que era de que se combatiessse de noche; y despues de averse entregado por algun rato al reposo, anima à los suyos al combate.*

**R**EPRESENTABANLE entonces à Alexandro sus mismos ojos, con bien distintas señas, la gravedad del peligro en que se avia empenado; los Cabos, que por vna, y otra parte rodeaban los Esquadrones, animando las Tropas, y dando orden à todo; el ruido de los Soldados, y de los Capitanes; el sonido de las Trompetas, y el resplandor, que qual naturales, y activas luzes despedian las Armas, eran cosas, que aunque de ninguna importancia en si todas, le tenían en continuo desfassosiego el espíritu, yà conturbado, vacilan-

te, y cuidadoso del suceso de tan importante jornada. Por lo qual, ò no sabiendo à que resolverse, ò deseando saber el animo, y dictamen de los suyos, juntò su Consejo, para que en el se confiriessse lo que mas convenia determinar. El voto de Parmenion, cuyas largas experiencias, y consumado talento le avian grangeado el primer credito entre todos los demàs Generales, fuè, de que aquella empresa se llevassse mas por los terminos de vn oportuno improviso acometimiento, que por los regulares de vn combate descubierto.

Representaba, que quanto seria facil romper à aquella numerosissima muchedumbre, compuesta de tantas Naciones, cuyas costumbres, genios, y language eran sumamente distintos, acometiendo la desprevenida entre la obscuridad de la noche, y la quietud del profundo sueño, en quien les impediria el mismo pavor, aumentado en sus tinieblas la reynion, y ordenança; tanto mas aventurado, y peligroso el suceso, si el combate fuessse de dia, à cuya claridad podrian atemorizar à los Macedones los ferozes aspectos de los Scythas, y Bactrianos, sus erizadas barbas, y dilatados cabellos, y la grosera, y disforme estatura de sus cuerpos; accidentes todos, que si bien no aumentan las fuerças, ni menos la ocasion para el temor, suelen hazer aun mayor impression en los animos de los Soldados, que las que con mas razon pueden causarle. Que debia considerarse el conocido riesgo à que se exponia su corto Exercito, por la facilidad con que le oprimiria por todas partes tan inmensa muchedumbre; y que no era lo mismo aver peleado  
entre



entre las inaccesibles rocas, è impenetrables lugares de Cilicia, que aver de hazerlo en campaña raso, y descubierta. Conformes los votos de los mas Generales con este, fue tanto lo que se inclinò à el Pelipercon, que prorextò en el suyo pendia de su execucion la Victoria. Pero el Rey, buelto à el, y mirandole con sañudo semblante; porque pudiendo aver escarmentado de la aspereza, con que avia tratado à Parmenion, le repetia nuevo motivo, para su desagrado: Vosotros me persuadis (les dice) à que use de las mesmas cautelas, y arditos, de que se valen los Ladroncillos rateros, cuya destreza consiste en la supercheria, y el engaño. Hallome, empero, tanto mas lexos de permitir, que la ausencia de Dario, la ventaja del sitio, ni el logro de vna Victoriadebida al favor de la noche, desdoren, y disminuyan mi gloria, quanto mi voluntad, y vltima resolution es, de combatir en medio del dia, para poder en el menos dichoso suceso que exarme antes de mi desgracia, que avergonçarme en el mas feliz, con la mesma Victoria. Fuera de que estoy cierto, de que los Barbaros se mantienen à todas horas con las Armas en la mano, y con tan gran vigilancia, que no es facil acometerlos desprevenidos; por lo qual os mando, que os dispongais para la Batalla. Despues de cuyos generosos estímulos, les permitió algun tiempo para el reposo. Dario, empero, juzgando que el Enemigo executaria lo que Parmenion avia persuadido, ordenò estuviessen promptos los Cabos, que gran parte del Exercito se mantuviesse con las Armas, y que se doblassen las guardas. Y

recorriendo en persona, asistido de los Principales Cabos, su campo (de quien despedian los crecidos fuegos que en el avia grandes resplandores) visitaba sus Tropas, puestas ya en arma, invocando al Sol, à quien llaman Mithres, y al fuego eterno, y sagrado, para que inspirassen en sus Soldados los valerosos alientos, que correspondian à su antigua gloria; y à la generosa virtud de sus Predecesores. Decia, que (en quanto era permitido à la cortedad humana penetrar los pressagios del Cielo, las reservadas, y selectas disposiciones de los Dioses) se dexaba conocer los tenian propicios, aviendo experimentado poco antes el repentino pavor de los Macedones, los quales vagando por diversas partes de su campo, avian arrojado las Armas. Que esperaba tomassen los Dioses Tutelares del Imperio de los Persas vengança de aquel los desatinados, cuyo Cabo lo era aun mas que ellos: pues no de otra suerte, que las fieras, dexandose llevar de la codicia de la pressa, se arroja ba incauto al peligro, que le tenian dispuestto. No era menor la vigilancia, y desvelo con que se hallaban los Macedones, los quales permanecieron tambien en arma toda la noche; el mismo Alexandro, no aviendo llegado nunca à verse tan sobrefaltado, hizo llamar à Aristandro, por cuyo medio recurrió à los Dioses con votos, y ruegos. Revestido, pues, aquel Sacerdote de vna ropa blanca, con la verbera en la mano, y cubierta la cabeza, procedia delante del Rey, pidiendo con el socorro à Jupiter, à Minerva, y à la Victoria. Cuyo



Sacrificio, concluido con las precisas ceremonias, se retirò el Rey à su Tienda à procurar algun reposo en lo que le quedaba de la noche. Pero assaltandole vnas vezes el cuidado de si cargaria con todas sus fuerças desde lo alto de la colina en el ala derecha del Enemigo, ò si le acometeria por la frente; y otras, el de si lo haria por el ala izquierda, no pudo conseguirle, hasta que quedò por vltimo rendido, de las fatigas del animo, à vn profundo sueño. Avia yà desplegado el dia enteramente su luz, y con ella aumentadose el desassosiego de los Cabos, que se hallaban à la entrada de la Tienda de Alexandro; los quales, no acabando de ponderar el gran silencio en que estaba, aumentaban la estrañeza, con la memoria de lo que avian experimentado en otras ocasiones de igual peligro, en quienes el mismo Rey era el primero, que los llamaba, y que reprehendia à los negligentes, y perezosos; no pudiendo en aquella hazer juicio seguro para la causa de el, y de entregarse con tal sosiego al sueño, al tiempo que estaba para darse Batalla, de cuyo suceso pendia el todo de sus interesses. Sin embargo, no atreviendose ninguna de sus guardas à entrar dentro; y acercandose la hora del combate, para el qual, ni los Soldados se podian armar, ni poner en ordenança, sin que se lo mandasse, aviendo esperado Parmenion largo espacio, diò orden à los Soldados para que comiessen; y reconociendo no ad-

mitia mayor dilacion la vrgencia; entrò en su Camara, donde le llamò muchas vezes; pero no bastando todas para que despertasse, se viò precisado à mecerle, y à decirle à grandes voces: *Advierte, Señor, que yà està muy adelantado el dia, el Enemigo en Batalla, que marcha àzia nosotros, y que tu gente espera aun tus ordenes. Donde està tu invencible valor? Y donde aquella cuidadosa vigilancia, con que solias despertar à tus guardas? A cuyos desmedidos gritos, aviendo buuelto Alexandro con sereno semblante, y assegurado à Parmenion: No se avia entregado con tanta quietud al reposo, à no averse assegurado de la inquietud, que le alteraba. Mandò tocar al arma. No cessando empero Parmenion de admirar la tranquilidad del Rey, y su descuido: No le estrañes (le dixo) pues quanto te confieço me tenía cuidadoso la desolacion, que antes hazia Dario en todo, tanto mas sossegado oy, aviendo resuelto presentarme la Batalla; à vista de lo qual, que puedo temer, logrando cumplidos mis deseos? Y; pero yo me declararè mas à su tiempo. Ponganse en tanto todos debaxo de sus Banderas, que yo os seguirè, y passarè à daros mis ordenes. No acostumbraba armarse sino raras vezes, y estas mas à ruego de los suyos, que à persuasiones del temor, y à intimaciones del peligro. Hizolo empero entonces; y aviendo salido fuera de la Tienda, y causado tan gran regozijo en los Soldados su presencia, y el gusto, y resolucion que mostrò, que teniendo por feliz aguero de la Victoria, la suponian como segu-*



ra, hizo derribar las Trincheras, sacò fuera sus Tropas, y las puso en Batalla. Tomò la gente de à cavallo de la Compañia del Rey, cuyo Capitan era Clito, la punta del ala derecha, con los Esquadrones de Philotas, à cuya parte estaban todos los cuerpos de Cavalleria, cerrando con el vltimo Meleagro. Iba despues la Phalange, y tràs ella Argyraspiles, debaxo del mando de Nicanor, hijo de Parmenion, seguido de las Tropas de Ceno; despues los Orestes, y los Lyncestes, Pueblos belicosos; y à lo vltimo Pelypercon, que conducia en ausencia de Amyntas, su Coronel, las vandas Estrangeras. Entre cuyas Tropas estaban los Balacros, nuevos Aliados, à quienes mandaba Philago. Este era el orden, que guardaba el ala derecha de Alexandro. A la izquierda estaba la Cavalleria del Peloponeso, conducida por Cratero con la de los Acheos, Locrenses, y Maleconenses; y por vltima vanda la Gente de Armas de Thessalia, mandada por Philipo. La Infanteria iba cubierta de la Cavalleria; pero para impedir, que fuesse oprimida de la muchedumbre, tenia otra segunda linea, donde estaba vn poderoso Cuerpo de reserva, y en las alas Cavalleria, no de frente, sino de flanco, para hazer rostro de aquella parte, si los acometiesen por detrás. En esta segunda linea estaban los Agrianos, que mandaba Artalo, con los Archeros de Creta. Y para que de todas partes quedasse bien resguardada la ordenança, hi-

zo, que los vltimos Esquadrones bolviessen las espaldas à los primeros. Allí estaban los Illirios, los Estrangeros Mercenarios, y los Thracas, armados à la ligera; y por vltimo, en tal orden aquel Exercito, que los vltimos podian, para evitar la carga, torcer los rostros, y hazer frente àzia todos lados, no estando la vanguardia mas fortificada, que los flancos; ni los flancos, que la retaguardia. Dispuestas assi las cosas, ordenò: *Que si los Barbaros disparassen estrepitosamente sus carros, armados de bozes, manteniendose en ordenança, se abriessen para dexarlos passar, con cuya prevencion no podrian, dandoles lugar para que lo hiziesen, causar daño alguno. Pero que si por el contrario fuesen à ellos sin ruido, que entonces diessen grandes gritos, para espantar los cavallos, y los hiriesen por vna, y otra parte.* Mandò tambien à los que tenian las alas, que las estendiesen quanto les fuesse possible, aunque sin enflaquecer mucho el Cuerpo de Batalla, para evitar que los cogiesse en medio la muchedumbre. Dexò el bagage, y los Prisioneros, entre quienes estaban la Madre, y las hijas de Dario, en vna eminencia no distante del Campo de Batalla, con cortas guardas. Mandaba el ala izquierda, segun lo hazia siempre, Parmenion, y el Rey la derecha. Aunque no estaban à tiro de saeta, quando cierto fugitivo del Campo de Dario, llamado Bion, llegó à toda diligencia à participar à Alexandro, como Dario avia hecho ocultar en el Territorio por donde esperaba passasse su Cavalleria, gran cantidad de abrojos de



bierro, y poner al mismo tiempo ciertas señales, para que evitasse llegar à él la suya. Allegurado el Rey de la noticia, hizo participes de ella à sus Capitanes, à quienes mandò, que passando de vno en vno à sus Soldados, respecto de no permitir entonces hazerlo de otra suerte, assi el crecido numero de gente, como el gran ruido, que causaban ambos Exercitos, los advirtiesse se apartassen del lugar donde reconociesse aquellas señales.

## CAPITULO XIV.

*Oracion de Alexandro à los Griegos, y de Dario à los Persas.*

**E**N tanto Alexandro, puesto à cavallo, y recorriendo por vna, y otra parte de su Exercito sus Esquadrões, animaba con su esforçada presencia, y con la eficacia de sus razones à sus Capitanes, y à los que tenia mas inmediatos à su Persona, representandoles: Que despues de aver corrido tantas, y tan dilatadas Regiones, y vencido tan considerables peligros, con la esperanza de la victoria, la qual les obligaba nuevamente à esgrimir sus azeros en aquella Batalla, no les quedaba otro que vencer, logrados con ella sus triunfos. Que el Granico, y los Montes de Cilicia, por quienes su invencible valor les avia abierto el passo Syria, y Exypto, de quienes se avian apoderado con inesperada presteza, eran tan eficazes estímulos para el acrecentamiento de su gloria, como seguras prendas para el logro de la Victoria. Que no pensassen, que avian de pelear con enemigos nuevos, sino

con los que aviendo librado en la última rota, por medio de ignominiosa fuga sus vidas, bolvian forçados à exponerlas al mismo peligro. Que avia tres dias, que rendidos, no menos que al peso de sus armas, à la opresion de su miedo, permanecian en aquel puesto, sin que en ellos los huviesse remutado. Que no era necesaria mayor prueba de la desesperacion en que se hallaban, que el ver abrasaban ellos mismos sus Ciudades, y assolaban sus campos, confessando, que quanto dexaban atrás era de sus Enemigos. Que los vanos, y rumbosos nombres de aquellas desconocidas Naciones, de quienes se componia gran parte de su Exercito, pudieran causar terror à otros, que ignorassen de quan corta importancia es para los que pelean, saber quienes eran los que llamaban Scythas, y quienes Caducios. No empero para los Macedones, los quales se hallaban con tanto mayor motivo para despreciarlas, siendo tan desconocidas, quanto sabian, que la fama de las Naciones belicosas se estendia à las demás siempre, y que aquellas miserables, arrebatadas à violento impulso de sus cabernas, no llevaban al combate nada formidable, sino lo espantoso de los nombres. Que la reputacion, y credito de los Macedones, la qual les avia grangeado su generoso valor, y gloriosas conquistas, era tan notoria al Mundo, que apenas avria en el lugar, por retirado que fuesse, à quien no huviesse llegado su noticia. Que considerassen las desordenadas Esquadras de aquella confusa turba, entre quienes se hallaban vnos sin mas armas, que la de algun dardo, y que la de alguna honda otros, siendo pocos los que las tenían justas, y cumplidas; por lo qual, aunque era mas numeroso en hombres el Exercito Enemigo, muy supe-



perior en Soldados el suyo. Que no les pedía peleassen valerosamente, sino los estimulaba primero à bazerlo su exemplo. Que les ofrecia combatir à la frente de sus Vanderas, e sperando ilustrar su persona de tantos ornamentos, quantas fuesen las heridas que recibiesse. Que no ignoraban era el vnico, que dexaba de participar del comun botin del Exercito, y que todos los frutos de la Victoria los empleaba en beneficio suyo, y conservacion de su amor. Y vltimamente, que à no estàr assegurado de que hablaba con tan valerosos Soldados, les avria representado quan impossibilitados se hallaban de recurrir à la fuga; porque despues de aver penetrado tan dilatadas Provincias, y dexado atrás tantos, y tan caudalosos Rios, y tan inaccesibles Montes, estaban incapazes de retroceder, y de bolver à su Patria, sino abrian el camino para ella con las puntas de sus espadas. Desta suerte animò à los Cabos, y Soldados, que tenia cerca de si. En tanto Dario llevaba el ala izquierda de su Exercito, rodeado de su Nobleza, y de la flor de su Cavalleria, è Infanteria, burlandose del corto numero de Enemigos; y creyendo, que estando estendidas las alas de su Exercito, se hallaria desguarnecido el cuerpo de Batalla; si bien desde el carro en que estaba, bolviendo los ojos, y las manos àzia todos los que le rodeaban, los habló en esta substancia: Nosotros, que poco ha eramos Señores de todas aquellas tierras, que baña el Helesponto de vna parte, y que contiene el Oceano de otra, nos hallamos reducidos, y necesitados à pelear oy, no yà por la gloria, sino por la vida; y lo que mas es, que la vida, por la libertad.

Este es el dia fatal, que ha de establecer, ò arruinar el mayor Imperio, que viò jamás el Mundo. En el Granico solo combatimos con la menor parte de nuestras fuerças, despues de la pérdida, que tuvimos en la Cilicia, nos podia servir la Syria de retirada; teniamos aun el Tygris, y el Euphrates, poderosos Baluartes ambos de este Reyno. Pero yà hemos llegado à estado tal, que si perdemos el terreno, que pisamos, no nos queda donde huir. La dilacion de la guerra ha consumido quanto dexamos atrás. No tienen yà las Ciudades habitantes, ni Labradores los campos; hasta vuestras mugeres, y vuestros hijos nos vienen siguiendo, que será otra tanta pressa para el Enemigo, sino libramos prendas tan amadas por medio de vna honrosa Victoria. Por lo que à mi toca, he procurado cumplir con quanto he juzgado de mi obligacion; he juntado tan numeroso Exercito, que apenas estas bastas, y dilatadas campañas son capaces à contenerle en si; hele proveido de Armas, y de Cavallos; he dispuesto, que no falten municiones, y bastimento à tan considerable muchedumbre; y he elegido finalmente lugar capaz de ponerla en orden de Batalla. Lo demás pende de vosotros; tened animo; hazele de quedar vencedores, burlandoos del credito, y reputacion de los Enemigos: arma bien debil para Soldados de generosos espiritus; y estad ciertos, que lo que aveis tenido por virtud, y valentia en ellos, solo es vna precipitad temeridad, que no bien ha exalado el ardor de su bizarria, quando se apaga, y consume, no de otra suerte, que se debilitan, y descaecen los animarles, luego que han vertido su veneno. Estas llanuras nos muestran el corto numero, que nos ocultaron los Montes de Cilicia. Mi-



rad quan distintamente se reconocen sus ordenanças; reparad en la extension de sus alas, y advertid en lo desamparado de su cuerpo de Batalla: partid, pues, contra aquellos à quienes han puesto en la Retaguardia de espaldas à nosotros, como en anuncio de que nos las buelven disponiendose à la fuga. Por los Dioses, que aun sin que vsemos de los Carros armados de bozes, bastan solo las vnas de los Cavallos para desvaratarlos, y romperlos. Con caya Victoria, si la obtenemos, quedará todo por nosotros, y concludida la Batalla, sin recurso alguno los Enemigos à la fuga, por hallarse encerrados entre el Tygris, y el Euphrates. A que se añade, que aun lo que antes contribuyò à hazerlos Vencedores, convertido en mayor gravamen, y perjuicio suyo, será medio de que oy queden vencidos; porque ballandonos con vn Exercito ligero, y facil de mover, y teniendo ellos el suyo tan cargado de la pressa, embarazado de nuestros despojos, le podremos desbazer facilmente, logrando à vn tiempo la causa, y el fruto de la Victoria. Pero si acaso pudiere en alguno de vosotros hazer mayor impressiõ, que la eficacia de estas razones, el credito de aquella Gente, advierta, que oy existen las Armas de los Macedones, no sus personas; porque aviendo se derramado tanta sangre de ambas partes, por corta, que aya sido la que se ha vertido de la suya, es mas considerable siempre la menor pérdida en vn corto Exercito, que la mas crecida en vno poderoso. Y Alexandro, por invencible, que parezca à los cobardes, no es mas que vn hombre solo; y si quereis creermelo, vn desatinado, y à quien basta aqui ha hecho mas dichofo nuestro pavor, que su virtud. Pero

no pudiendo tener larga subsistencia la prospera fortuna, donde no interviene à conseruarla la razon, y la prudencia; por mas que se aya declarado esta à favor suyo, no dudeis, que desabrida, y cansada de continuada temeridad, le desampare, y abandone. Fuera de que sus favores son tan poco seguros, y tan instables, y expuestas à repetidas variedades, y mudanças las felicidades humanas, que podemos esperar las padezcan las suyas. Y què sabemos, si los Dioses han permitido, que el Imperio de los Persas, à quien han elevado al mayor cumulo de gloria, por espacio de ducientos y treinta años, padezca aora este golpe, no para destruirle, sino para commoverle, y acordarnos por este medio la instabilidad de las cosas humanas, de que tan olvidados vivimos en las grandes prosperidades? No ha muchos años, que por nuestro gusto hizimos Guerra à los Griegos en sus Dominios; oy, que nos la han traído à los nuestros, es preciso, que los arrojemos de ellos. De lo qual podeis reconocer, quan reciprocamente estamos expuestos todos à las mudanças, y rebeses de la fortuna; y que es imposible, que ni los Persas, ni los Griegos lleguen à conseguir la Monarquia, à que aspiran dos tan poderosos concurrentes. Pero aun quando no nos alentasse la esperança, nos debe obligar la necesidad, à que no pudiendo estar peores de lo que nos hallamos, hagamos el vltimo esfuerço para nuestra defensa. Mi Madre, mis dos hijas, y mi hijo Ocho; esperança de este Imperio, lloran su infeliz cautiverio; aquellos renuevos de mi Casa; aquellos grandes Señores, en cuyas venas purpurea la Real sangre, que los ilustra; aquellos esclarecidos Capitanes, algo menos que Reyes, vnos,



y otros se ven esclavos; y la mayor parte de mi mismo no està en mi, y si la que me ha quedado no se assegurasse en vosotros, quedaria enteramente cautivo. Ea, pues, valerosos Soldados, librad à mi Madre, y à mis hijos de las prisiones, y à mi Esposa, ay de mi! la he perdido en ellas. Recobradme aquellas caras prendas, por quienes no rehusó perder la vida. Suponed, que juntas todas, despues de aver implorado el socorro de los Dioses Patrios, recurren à vuestra fidelidad, pidiendoos vuestra compasion, y socorro, y que os intiman las libreis de tan infeliz miseria. Creeis por ventura, que su dolor le ocasiona la sujecion, con que viven al arbitrio, y gracia del Enemigo, y el verse esclavas de quienes no se dignarian ser Reynas? Pero yà veo à los Enemigos, que se adelantan, y quanto mas se acercan, tanto mayor es lo que se me ofrece que deciros, para infundir mas corage en vuestros animos. Ruegoos, pues, por nuestros Dioses Tutelares, por el Fuego eterno, que vâ delante de nosotros en essos Altares; por el esplendor del Sol, que nace en los confines de mi Reyno; y por la immortal memoria de Cyro, el qual aviendo conquistado este Imperio de los Medos, y de los Lydios, fuè el primero, que le transfirió à los Persas, libreis del ultimo, y eterno ultrage, el nombre, y la Nacion de los Persas. Marchad, pues, alegres, y confiados en la Victoria, para que aumentada con los Triunfos de ella la gloria, que os dexaron vuestros predecesores, passe à vuestros descendientes. De vuestro valor pende el dia de oy vuestra libertad, vuestra salud, y toda la esperança, y el remedio de la Patria. El medio de evitar la muerte, es despreciarla;

el que la teme, la encuentra. Por lo que mira à mi Persona, aunque me veis en este Carro, no estoy en èl tanto por observar la costumbre de este Reyno, quanto por dexarme ver mejor de todos; hazed lo que en mi viereis, y seguid el exemplo que os diere, que es quanto os pido.

CAPITULO XV.

*Descripcion de la sangrienta Batalla, que se dieron los dos Exercitos cerca de Arbela. Vencedor Alexandro, sigue à Dario, vencido, y roto.*

**D**ESEOSO Alexandro de evitar los lugares de las emboscadas, que Bion le avia mostrado, y de encontrar à Dario, que llevaba el ala izquierda de su Batalla, salia siempre àzia la mano derecha, cuya diligencia hazia tambien Dario, por llegar à èl, ayiendolo ordenado à Beso, que cargasse en el ala derecha de Alexandro, con la Cavalleria de los Masage-tas. Tenia delante de sì sus Carros armados de hozes, à quienes, hizo partir contra los Enemigos, luego que se les diò la señal: soltaronlos à toda rienda los que los governaban, para que con la celeridad fuesse mayor el daño que hiziesse en ellos, no dandoles lugar à que pudiesse evitarle. Quedaban muertos vnos al violento impulso de las Lanças, que salian del timon, y despedazados otros al de las hozes, que pendian de vna, y otra parte de los Carros,



cuyo estrago obligò à los Macedones à que cediendo à èl, se retirassen, no yà con ordenança, sino qual pudieran en declarada rota, con precipitosa fuga. Advirtiendo la Mazeo, aumentò su terror, cargando tambien en ellos, y embiando mil cavallos à saquear los alojamientos de los Enemigos, à cuya diligencia esperaba, que reconociendo sus Prisioneros, à quienes tenian en el mesmo Quartel, cercana su gente, rotas las prisiones se librasen. Si bien, previniendo el fin Parmenion, que mandaba el ala izquierda, participò con la mayor presteza que pudo al Rey, por medio de Polydamas el peligro en que estaba, y lo que gustaba hiziese. Pero aviendole oido Alexandro: *Id (le respondió) y decid à Parmenion, que si ganamos la Victoria, no solo recuperaremos lo que es nuestro, sino quedaremos tambien dueños de quanto possée el Enemigo, que no enflaquezca el cuerpo de la Batalla, ni cuide del bagage, sino de pelear con el ardor, que debe hazerlo, por la gloria de Alexandro, y de Philipo.* En el interin los Barbaros saquearon el Campo, dieron muerte à muchos de las Guardas; y los Prisioneros, rotas sus prisiones, y armados de quanto encontraban, cogiendo à los Macedones en medio, cargaban en ellos; y persuadidos à que avria sido igualmente feliz el suceso en lo demás del campo, y que victoriosos los Persas se entregaban yà à la pressa, participaron à Sisigambis, avia obtenido Dario la Batalla, hecho considerable mortandad en los Enemigos, y apode-

radose del bagage. Pero confesandose aquella prudente Princesa, por mas que procuraron alegrarla los Prisioneros con tan favorables noticias, en el mismo estado en que la hallaron; y no pudiendo sacarla alguna palabra, ni hazerla mudar de semblante, recelosa quizá de disgustar à la fortuna con su anticipado regocijo, apenas acertaban à distinguir qual era lo que mas deseaba. En tanto Amyntas, General de la Cavalleria de los Macedones, aviendo procurado con algunas Tropas, aunque cortas, recuperar el bagage, ò yà fuese por arbitrio proprio, ò yà por orden de Alexandro, no pudiendo tolerar el furor de los Caducios, y de los Scythas, apenas intentò el combate, quando se viò precisado à retirarse àzia el Rey, sin otro fruto, que el de aver sido antes testigo de la pérdida del bagage, que recuperador de èl. Con cuyos sucesos disgustado Alexandro, yà se arrepentia de su primera orden, aunque temiendo justamente no divirtiese à los Soldados del combate el deseo de cobrar su bagage, embiò à toda diligencia à Aretes, Capitan de los Piqueros, à quienes llamaban *Sarrissophores*, contra los Scythas. En cuyo interin los carros, que avian roto las primeras filas, llegaron hasta la Phalange; pero los Macedones abriendo con grande animosidad su Batallon, y dividiendole en dos, como se les avia ordenado, los cogieron en medio, donde, cruzadas las picas, herian por vna, y otra parte los cavallos; y cercando



despues los carros; derribaban à los que iban en ellos. Fuè tan grande el estrago, que no se veian sino cuerpos muertos; los cavallos amedrentados, y doloridos de las heridas, no se dexaban regir, y precipitados de la violencia del castigo, con que se les procuraba obligar à ello, bolcaban Carreteros, y carros; y los heridos, sin poderse detener, por su pavor, ni adelantarse, por su debilidad, arrastraban tràs sì à los muertos. Con todo, algunos carros, que pudieron llegar hasta la Retaguarda, hizieron gran destrozo en los miserables, que encontraron, cuyos despedazados miembros, esparcidos por vna; y otra parte, no bastaron à obligarlos à que depusiesen las armas, mientras permaneciendo calientes las heridas, no llegaban à sentir la actividad de los dolores, hasta que desangrados del todo, espiraban en sus mismos puestos. A cuyo tiempo, aviendo muerto Aretes al Capitan de los Scytas, que robaban el bagage, fuè grande el terror, que infundió en ellos esta pérdida. Si bien el esfuerço de los Bactrianos, à quienes Dario embió para abrigarlos, mejorò bien aprisa el combate; porque derribando del primer choque à algunos Macedones, y haziendo huir à otros, que se retiraron àzia donde estaba el Rey, fuè tan grande el regozijo con que celebraron los Persas este suceso, que levantando el grito, no de otra fuerte, que si se hallassen vencedores, cargaron à gran furia en el Enemigo, à quien creian enteramente

deshecho. Pero advirtiendole Alexandro aquel desorden, aviendo reprehendido, y conhortado à los medrosos, rehizo por sì solo el combate; y obligò à los suyos à que recuperados sus alientos à los esfuerços de su persuasion, bolviesen à la carga. Y reconociendo disminuïda el ala izquierda de los Persas, por faltar de ella los Bactrianos, à quienes avia llevado à los alojamientos la codicia de la pressa, assaltò aquellas filas, las rompiò, y hizo en ellas considerable estrago. A cuyo tiempo, creyendo cogerle en medio, mientras combatia, le acometieron por las espaldas; y es sin duda, que le huvieran puesto en gran peligro, si la Cavalleria de los Agrianos sobreviniendo alli à toda diligencia, no huviesse cargado en los Barbaros, que le avian embestido, y los huviesse obligado à bolver contra ellos, en cuya ocasion fuè mucho mayor el numero de los muertos de la parte de los Persas, aunque de vna, y otra igual el de los heridos. Tenia Alexandro al Enemigo por la frente, y por las espaldas; si bien à los que le acometian por estas, daban bien que hazer los Agrianos, y los Bactrianos, aunque bueltos yà del robo, no podian recobrar sus filas. Avia muchas Tropas, que separadas de su grueso, peleaban donde se les ofrecia hazerlo. Ambos Reyes, à cortissima distancia yà el vno del otro, inflamaban à los suyos al combate; Dario en vn carro, y à cavallo Alexandro, rodeados ambos de sus  
mas



mas escogidas Tropas, las quales atentas solo à librar à sus Reyes, despreciaban generosamente sus vidas, no pudiendo lograrlas sin las fuyas; à cuyo precio, y el de morir à su vista, se tenian por felices. Si bien era mayor el riesgo en los que estaban mas inmediatos à sus Personas, por ser alli donde de vna, y otra parte anhelaban todos à obtener la gloria de dár por su mano muerte al Rey Enemigo. Pero fuese ilusion, ò hecho cierto, es sin duda, que los que se hallaban al lado de Alexandro asseguraron aver visto volar apacible à vn Aguila sobre su cabeza, sin que la alterasse, ni espantasse el ruido de las armas, ni los gemidos de los que morian, que permaneciò por largo espacio al rededor de su cavallo, como suspendida en el ayre; y que mostrando Aristandro, rebestido de vna ropa blanca, con vn ramo de laurel, que tenia en la mano, como seguro anuncio de la victoria, à los Soldados, que combatian aquel pajar, los infundiò tan grande animo, y confianza, que los que se hallaban poco antes amedrentados, bolvieron entonces à la carga con increíble ardor, y gusto. Fue empero mayor, quando traspassado de vna lançada el que conducia el carro de Dario, y iba sentado delante de su persona, le tuvieron, assi ellos, como los Persas, por el Rey. Con cuya persuasion fueron tan espantosos sus gritos, y lamentos, que pusieron en desorden todo el Exercito, aunque hasta entonces combatia con

igual esfuerço, que el de el Enemigo. Los Parientes de Dario, que estaban à su mano izquierda, abandonando el carro, se pusieron en fuga, si bien los que se hallaban à la derecha le recibieron en medio. Refiere se, que aviendo sacado aquel Principe su cimitara, estuvo en duda si evitaria la ignominia de la fuga con vna honrosa muerte; y que reconociendo desde su carro, que aun mantenian los fuyos el combate, tuvo por indigna accion la de abandonarlos; aunque mientras fluctuaba entre la esperanza, y la desesperacion, empezaron los Persas à retroceder poco à poco, y à desamparar sus filas. Alexandro, aviendo mudado cavallo, despues de aver fatigado muchos, no cessaba de dár muerte à los que le resistian, y à los que huian. Finalmente, no siendo yà combate aquel, sino destrozo, y mortandad, se viò necesitado Dario à bolver su carro, y à entregarse, como los demàs, à la fuga. Cargaban los Vencedores por las espaldas à los fugitivos; pero impidiendoles la vista vna espesissima nube de polvo, que levantaba el crecido tropel de los cavallos, procedian con errantes passos, como pudieran en la mas obscura noche, sin poder vnirse por otro medio, que por el del sonido de alguna voz conocida, que se oia; assi como de ratò en ratò el estallido de los azotes, con que castigaban los cavallos, que conducian los carros, seña vnica, que avia quedado à los fugitivos

\*\*\*

CA



## CAPITULO XVI.

*Veese Alexandro en peligro, y librale del su gran valor. Obtienen finalmente los Macedones una cumplida victoria, y obligan al resto de los Persas à que se libre, por medio de la fuga, con muy considerable pérdida de gente.*

**M**ANTENÍASE empero con variedad de sucesos, así de una, como de otra parte el ala izquierda, que mandaba Parmenion; porque aviendo cargado àzia alli Mazeo, con toda su Cavalleria, y cogido à los Macedones por el Flanco, los empezó à estrechar tan reciamente por todas partes, con la multitud de sus Tropas, que se viò necesitado Parmenion à embiar à decir à Alexandro, à toda diligencia, el estado en que se hallaba, y que si promptamente no le socorria, le seria imposible evitar la fuga de su gente. Aunque se avia alexado à alguna considerable distancia el Rey en seguimiento de los Fugitivos, le obligò aquella desabrida noticia, à que atendiendo antes al peligro de los suyos, que à la prosecucion de sus triunfos, bolviessse en su socorro, no sin gran irritacion de que le malograsse aquel accidente la Victoria, y de que huviesse tenido mas fortuna Dario en huir, que el en seguirle. Si bien aviendo sabido en el interin Mazeo el rompimiento de Dario, quedò tan aturdido de

su infelicidad, que en medio de la ventaja, con que combatia, empezó à descaecer del ardor con que apretaba al Enemigo, yà desordenado. No podia Parmenion penetrar la ocasion de aquel repentino desaliento, aunque aprovechandose, como diestro Capitan de el, hizo cargar alli la Cavalleria de los Thessalos, à quienes les dixo: No veis como aquellos, que poco ha nos resistian con tan grande ferocidad, se retiran, preocupados de vn repentino pavor. No es otra la ocasion, que aver ganado nuestro Rey la Victoria para si, y para nosotros. Los Persas se hallan rotos, y toda la campaña cubierta de sus cadaberes, que esperais pues? Detieneos acaso el no juzgaros con bastante espíritu para cargar en los que huyen? Con cuya exortacion, persuadidos à lo que les decia, y convirtiendo en esperanças, y ardimiento su desmayo, dieron de espuelas à los cavallos, y acometieron con increíble furia al Enemigo, que si hasta entonces se avia retirado, con moderado passo, yà lo hazia, con bien acelerado movimiento, y sin que faltasse à confirmar su fuga, sino el bolver las espaldas. Sin embargo, Parmenion ignorando el suceso, que avia tenido el Rey en el ala derecha, y no resolviendose à seguirlos, diò tiempo à que se pudiesse librar Mazeo; el qual, aviendo passado el Tygris por estraviado, y seguro camino, entrò en Babilonia con las tristes reliquias de aquel infeliz Exercito. Dario, acompañado de pocos, llegó al Rio Lyco, y aviendole passado, se hallò dudoso en si romperia el



el Puente, respecto de seguirle el Enemigo; pero considerando, que haziendolo, dexaba expuestos à merced suya infinitos millares de los suyos, que aun no avian llegado, lo escusò, protestando al partirse: *Queria antes dár passo à los que iban en su alcance, que negarsele à los que se salvaban.* Y despues de aver corrido dilatadissima porcion de tierra, llegó à Arbela. Què entendimiento empero, ni què palabras seràn suficientes à comprehender, y expressar la inmensa variedad de accidentes, con que se burlaba de vnos, y otros la fortuna? Tan diversos generos de muertes; la rota, y fuga de los vencidos; el estrago, y horror de tan sangrienta Batalla, en la qual, ò yà se mire à lo general, ò yà à lo particular de ella, no parece, sino que quiso reducir al suceso de vn dia, quantos accidentes pueden producir vn siglo. Huian vnos por los caminos mas cortos, y mas faciles, que hallaban, y ganaban otros los bosques, y los senderos mas desconocidos à los Vencedores. Què era ver la Cavalleria, è Infanteria, armados vnos, defarmados otros, sanos, enfermos, y heridos, mezclados confusamente todos, sin cabeza, sin gobierno, en confusion espantosa. Los que no podian seguir, por el impedimento de sus heridas à los demás, quedaban abandonados de sus compañeros, con lagrimas, y lamentos reciprocos; pero cediendo en estos la piedad al miedo, convertian en seguridad propia el cuidado

ageno. Con todo, nada los atormentaba mas que la sed, que les ocasionaban las heridas, y la fatiga. Veíase infinidad de Gente abalanzada à aquellos arroyos, beber con ansia sin igual de sus turbias aguas, las quales mezcladas en muchos de gran porcion de tierra, que passaba entre ellas, los dexaba tan inchados, impedidos, y embargados sus miembros, que sobreviniendo el Enemigo, no podia moverlos, sin nuevas heridas. Algunos, à quienes no permitia el aprieto, y multitud, que cargaba en ellos, llegar à los arroyos mas inmediatos, passaban à buscar los mas distantes, donde cogian el agua, que descubrian, por corta que fuesse, sin perdonar los mas retirados, ni charco, por seco, enjuto, ò turbio, à quien su sed no le acometiesse. No era menos digno de compasion el oír por los caminos cercanos à los Lugares, los clamores de las mugeres, y de los viejos, los quales con acentos lugubres, llamaban aun à Dario, su Señor, y su Rey. Avia llegado yà Alexandro, despues de aver detenido el precipitado curso con que corrian los suyos en seguimiento de los fugitivos (como hemos referido) al Rio Lyco, cuyo Puente se llenò de tan gran multitud, que acometidos vnos del Enemigo, se precipitaban al agua, y cargados otros de sus Armas, y fatigados del combate, y de la fuga, perecieron miserablemente. No solo el Puente rebofaba Tropas, sino tambien el Rio, sobre



cuyas ondas corrian impetuosamente amontonadas unas en otras; porque apoderado una vez el favor de los animos, no rehufan, por evitar la causa de su primer horror, arrojarle à los mayores peligros, teniendolos todos por menores. Instado Alexandro de los suyos: *Que no dexasse ir al Enemigo tan libremente, y sin castigo; se escusò de complacerlos: Manifestandoles, que sus Armas avian yà perdido el corte; que sus brazos se hallaban cansados, debilitados sus cuerpos, y cercana la noche.* Pero no era esta la causa, sino el cuidado en que le tenia el ala izquierda de su Batalla, à quien juzgaban aun combatiendo, y la resolucion en que estaba de bolver à socorrerla; si bien le sacaron de èl las noticias, que antes de partir de allí le truxeron de la Victoria obtenida por Parmenion ciertos Cavalleros, à quines despachò con ellos. Pero no acabando de tener fin los peligros de la Batalla, le sobrevino al tiempo de recoger sus Tropas vno, aun de mayor consideracion, que quantos se le ofrecieron en aquel dia; porque seguido de pocos, que regocijandose de la Victoria, se retiraban en desorden, creyendo quedaban los Enemigos rotos, ò muertos, diò fin pensar en vn grueso de Cavalleria, el qual, aunque suspendiò al principio su curso, reconociendo el corto numero de los Macedones, cargò en ellos. Pusose el Rey à la frente de su Vandera, dissimulando mas, que despreciando el peligro; pero

la fortuna, que nunca le faltò necesitado, tampoco entonces, porque acometido del Cabo Enemigo, con mas deseo de gloria, que consideracion, castigò su atrevimiento denuedo, derribandole de vn bote de Lança, con la qual dexò muerto al que combatia mas inmediato à èl, y à otros muchos, que le seguian, à cuyo tiempo cargaron los suyos en los Persas, que aunque amedrentados de tan infeliz principio, no dexaron de defenderse, con igual resolucion, y valor al que mostraron ambos Exercitos en lo mas recio de la Batalla. Finalmente, reconociendo los Barbaros, que la noche les era mas oportuna à la fuga, que al combate, se entregaron desvanecidos por diversas partes à ella. Con que libre el Rey de tan inesperado peligro, recogió sus Tropas, sin pérdida alguna. Murieron en esta Batalla, segun el computo, que pudo hazer el Vencedor quarenta mil Persas, y trecientos Macedones; cuya Victoria es sin duda, que la debiò Alexandro, antes que à su fortuna, à su valor, y destreza; porque demás de que no se pudo atribuir à la ventaja del lugar, como la antecedente, dispuso su Exercito con admirable ordenança, peleò con suma prontitud, y despreciò con gran acuerdo, y madurez la pérdida de los alojamientos, y del Bagage, reconociendo, que toda la importancia, y el peligro, pendia del suceso de la Batalla, en la qual, aunque dudoso de èl, of-



tentandose Vencedor, puso en desorden al Enemigo, le derretó; y lo que parece increíble en un espíritu tan vehemente, siguió a los fugitivos, con mas cordura, que ardor. Siendo cierto, que si dexandose llevar de él, no se huviese abstenido con aquella madurez, ó avria quedado por culpa suya vencido del resto del Exercito enemigo, que hazia aun rostro, ó no avria debido a su propio valor la Victoria. Y ultimamente, que si le huviese atemorizado aquel grueso de Cavalleria, que inesperadamente encontró, y cargó en él, se hallaria necesitado, ó a entregarse vergonzosamente a la fuga, ó a perder infelizmente la

vida. Pero no por esto se deben defraudar a los Cabos los merecidos loores, que les grangeó su generoso valor, y las gloriosas heridas, que como seguro testimonio de él recibieron en el combate, de quien salió herido Ephestion en un brazo de un bote de Lanca, así como casi muertos Perdiccas, Ceno, y Menydas de los tiros de las saetas: y a la verdad, si se ha de hacer el juicio, que se debe de aquel Rey, y de aquellos Capitanes, es preciso confessar, que tan gran Rey fué digno de tan ilustres Capitanes, y tan ilustres Capitanes, merecedores de Rey tan esclarecido.

\*\*\*

### Fin del Libro quarto.



## LIBRO QUINTO.

### CAPITULO PRIMERO.

*AVIENDO ENTRADO DARIO EN LA MEDIA, se apodera Alexandro de Arbela, y de Babylonia, cuya grandeza, situacion, y viciosas costumbres de sus habitantes se describen.*



Si huviese de referir, segun el orden del tiempo, todos los sucesos, que acaecieron en este intermedio, así en Grecia, como en Illiria, y en Thracia, debaxo de los auspicios, y por las ordenes de Alexandro, seria preciso inter-

rumpir el hilo de los del Asia; y así, para evitarlo, he tenido por mejor continuarlos hasta el fin, y muerte de Dario, sin omitir alguno, para que se reconozcan en la Historia con la misma serie, que se executaron; a cuyo fin empezaré por las consecuencias, y rasultas de



de la Batalla. Llegò Dario media-  
da la noche à Arbela , donde la  
fortuna avia llevado gran parte de  
sus Tropas , y de sus Capitanes;  
y aviendolos juntado , les dixo:  
*Que no dudaba passaria Alexandro à apo-  
derarse de las mejores Ciudades, y de aque-  
llas hermosas , y fertiles campañas ; ni  
tampoco , que él , y sus Soldados , mas  
atentos al robo , y à la presa , que se les  
ofrecia por todas partes ( unico recurso en  
que libraban ellos en su infelicidad su  
remedio ) que à otro disignio , les darian  
tiempo de assegurar su retirada , y de ocu-  
par los Desiertos con vn Campo volante:  
Que las ultimas Provincias de su Reyno  
se hallaban enteras , y podria facilmente  
bolver à alistar en ellas vn nuevo Exerci-  
to: Que aquella codiciosissima Nacion,  
iba à apoderarse de sus tesoros , y à saciar  
su continuada sed en el oro , que esperaba  
recuperar despues : Que la experiencia lo  
avia enseñado , de quan molesto grava-  
men , y carga era aquel ostentoso aparato,  
y copioso numero de Eunuchos, y Concubi-  
nas; y que hallandose precisado Alexan-  
dro à llevarle , no podia dexar de pelear  
con inferiores ventajas à las que hasta en-  
tonces avia tenido para quedar vencedor.  
Pareció à todos este razonamiento  
de gran desesperacion ; y que dex-  
ando expuesta al poder del Ene-  
migo la riquissima Ciudad de Ba-  
bylonia , apoderado de ella , le fe-  
ria facil hazerse dueño de la de Sus-  
fa , y de las mas principales del Im-  
perio, como premio de sus fatigas,  
y principal assumpto de sus em-  
pressas. Pero continuando en él,  
les manifestó : *Que en las grandes cala-  
midades, no debia detenerse la considera-  
cion à la aparente ostentacion de las cosas,**

*sino à la solidez , y urgencia de ellas. Que  
las Batallas se adquirian por medio del  
hierro , y no por el del oro , à fuerza de  
hombres , y no de Edificios : Que todo se  
rendia à los que se hallaban con las armas  
en la mano ; y que con ellas recuperaron  
sus Predecesores , despues de bien infeli-  
ces principios , sus pérdidas , restablecien-  
dose à su antigua grandeza. Con cuyas  
razones, ò fortalecidos sus animos,  
ò precisados de su obediencia antes  
que de ellas , entraron en su com-  
pañia en los confines de la Me-  
dia. Rindióse pocos dias despues à  
Alexandro Arbela , en cuya Ciu-  
dad hallò gran cantidad de mue-  
bles de la Corona, ricas , y precio-  
sas alhajas, con quatro mil talentos,  
y todas las riquezas del Exercito,  
que ( como queda dicho ) se avian  
juntado alli: si bien , precisandole  
à desalojar à toda diligencia de ella  
el fuyo la peste , que empezaba à  
picar , ocasionada de la infeccion  
de los cuerpos muertos , de que es-  
taba cubierto todo el Campo , to-  
mò su marcha por aquellas llanu-  
ras , dexando à mano derecha la  
Arabia , Region feliz por los per-  
fumes , y gomas odoríferas , que  
produce. Refiere se , que es tan  
grande la fertilidad de aquellas  
tierras , que se contienen entre el  
Tygris , y el Eufrates , que no per-  
mite apacienten en ellas los gana-  
dos, sin riesgo de que los ahogue la  
demasiada gordura , que les causa  
su abundancia ; la qual procede de  
la humedad, que participan à aquel  
territorio las avenidas de ambos  
Rios. Tiene su nacimiento en los  
Montes de Armenia , desde donde*



tomando su curso ; dividen sus aguas el vno del otro , aumentando à proporcion de el su separacion ; la qual , en donde mas , es de dos mil y quinientos estadios , segun aseguran los que la han medido : si bien , entrando en las tierras de los Medos , y Gordianos , se buelven poco à poco à vnir mas en proporcion siempre de lo que le alexan. Donde mas llegan à estrecharse es en Mesopotamia , llamada asì , porque la cierran de ambas partes ; desde la qual , corriendo por las tierras de Babylonia , se dilatan hasta descargar en el Mar Roxo. Llegò el Rey en quatro dias à la Ciudad de Memphis , donde se ofrece en vna caberna aquella Fuente , à quien ha hecho tan celebre el betun , que de ella mana , en tan gran abundancia , que se tiene por cierto , se labraron con el los Muros de Babylonia , vna de las Maravillas del Mundo. Luego que el Rey tomò el camino de aquella Ciudad , saliò con sus hijos à entregarsela , y à ofrecerla Mazeo ; el qual se avia retirado à ella despues de la Batalla de Arbela. Cuya rendicion celebrò Alexandro con gran gusto , asì por el gravoso , y dilatado sitio de que le escusaba , y era preciso para apoderarse de Plaza de tan gran consequencia , y tan abastecida de todo lo necessario à vna larga resistencia , como porque se la entregasse persona de gran suposicion , y valor , bien acreditado en las illustres acciones , que obrò en aquella vltima Batalla , y cuyo exemplo esperaba siguiesen otros

muchos. Admitiòlos con singulares demostraciones de gratitud ; si bien no quiso dexar de entrar en la Ciudad , como pudiera à declarado cumbate , en forma de Batalla , y marchando à la frente de su Exercito. Coronaba infinita multitud de gente los Muros de aquella Ciudad , en medio de aver salido la mayor parte sus habitantes à recibirle , impacientes yà de que se les dilataste el ver à su nuevo Principe , entre cuya muchedumbre , Bagophanes , Governador de la Fortaleza , y Guarda del Tesoro , deseoso de mostrarse no menos afecto que Mazeo , hizo sembrar los caminos de flores , y levantar por ambas partes Altares de plata , que respiraban , demàs del incienso , todo genero de olores. Llevaba los presentes , que avia de dár al Rey , que se componian de pieles de animales , de gran cantidad de Cavallos , de Leones , y Pardos en sus jaulas. Seguiante despues los Magos , entonando hymnos à su vfança , y à estos los Caldèos , y con ellos los Adivinos , y los Musicos de Babylonia , tocando todos diversos Instrumentos. Acostumbran estos cantar las alabanças del Rey , asì como los Caldèos observar el movimiento de los Astros , y las regulares mudanças del tiempo. Iba à lo vltimo la Cavalleria Babylonica , con tan ostentoso aparato , que excedia à la mayor magnificencia. Hizo el Rey , que siguiese el Pueblo à su Infanteria , y rodeado de sus Guardas , entrò sobre vn carro en la Ciudad , y despues en



en Palacio ; en forma de triunfo, donde al dia siguiente mandò manifestar los muebles, y la plata de Dario. Pero la hermosura, y ornato de aquella Ciudad, se llevaba justamente, no solo los ojos del Rey, sino los de todos, à repararla, y advertirla. Fundòla Semiramis, ò como creen muchos Belo, cuyo Palacio existe aun : contienen sus Muros de ladrillo, vnido con betun, treinta y dos pies de largo, sobre quienes pueden passar dos carros à quatro cavallos, sin embarzarse el vno al otro. Su altura es de cinquenta codos, la de sus Torres de diez pies mas, y toda su circumbalacion de trecientos y sesenta y ocho estadios, de quienes se refiere salia à vno por dia à los Obreros. Distan de los Muros las casas ( en bastante separacion vnas de otras, por el riesgo del fuego, à lo que discurre ) dos yugadas de tierra, y no ocupan en la Ciudad mas espacio, y extension, que el de ochenta estadios. Todo lo restante de ella lo labran, y siembran para oprovecharse de los frutos, que recojen, en ocasion de algun sitio. Passa por medio el Eufrates, cuyas riberas son de desmesurada magnitud, rodeadas de profundas cabernas, labradas de ladrillo, y en lugar de mezcla de aquel betun, las quales sirven de receptaculo al Rio, que saliendo de sus margenes con rapida violencia, es sin duda, que llevaria tràs sî los Edificios, à no hallar en aquellos lugares subteraneos donde descargar parte de su gran avenida. Vne las dos par-

tes de la Ciudad vn Puente de piedra, que dilatandose de vna à otra Ribera, ha merecido tambien, por la sumptuosidad de su fabrica, que se le coloque en el numero de las Maravillas del Oriente, respecto de que llevando tràs sî el Eufrates tan gran cantidad de cieno, no se puede, sin gran dificultad, y trabajo esguazar, y descubrir tierra firme, y solida, sobre que echar los cimientos ; à que se añade, que los bancos de arena, que con el curso del tiempo se forman junto a los arcos de el, embarazando la corriente, la hazen tanto mas rapida, y caudalosa, quanto ha estado detenida, y opressa. Circundan tambien sus aguas el Castillo, cuyo circuito es de veinte estadios, assi como de treinta pies los cimientos de sus Torres, y de ochenta su altura. Ocupan su eminencia vistosos, y floridos Jardines, cuya hermosura, y singularidad, diò ocasion à que los supusiesse por milagrosos en sus Fabulas los Griegos. Igualanse en altura con los Muros, y hazelos sumamente apacibles, y deliciosos la gran sombra, y frescura, que los ocasiona la crecida corpulencia, y rectitud de sus arboles. Las columnas, que sustentan aquella garvosa maquina, son de piedra, sobre quienes cargan grandes azoteas, labradas de piedra en quadro, las quales reciben en sî la tierra, à quien riegan bombas, y aqueductos secretos, fertilizando la de suerte, que produce arboles de tan desmesurada grandeza, que llegan à comprehender sus raizes



ocho codos en ancho, y à dilatarse hasta cinquenta su altura, hallándose tan cargados de frutos, como pudieran estarlo en el mas natural, y abundante territorio. Y si bien no preservan del estrago del tiempo, ni las fabricas en que intervienne la industria de los hombres, ni las obras, que produce la naturaleza, se ha conservado esta sin detrimento alguno, en medio de hallarse oprimida de las dilatadas raizes de tantos arboles, y del grave peso de tan immensa maquina. Fundase sobre veinte dilatadas, y fuertes Murallas, à distancia de once pies la vna de la otra, cuya fabrica advertida de lexos, ofrece la representacion de dilatados, y montuosos Bosques. Es fama, que Reynando antiguamente en Babylonia cierto Rey de Syria, hizo labrar aquellos Jardines, movido de las instancias con que le persuadió su Esposa (à cuyos cariciosos alhagos vivia rendido) imitasse en ellos, por medio de tan raro artificio, los primores de la naturaleza, para que assi pudiesse gozar, sin salir de la Ciudad, de los recreos, y diversiones del campo, à que tenia singular inclinacion. Detuvo se el Rey en aquella Ciudad mas tiempo del que solia en otras, donde padeciò mayor perjuicio, que en alguna la disciplina Militar, por lo que excede à todas en la suma corrupcion de las costumbres, y en los grandes incentivos, y disposiciones, que tiene para desordenados, y torpes deleytes. Toleran en ella los Padres, que sus hijas hagan con los Huespedes

mercancia de su honestidad, no siendo menos liberales de la de sus mugeres los maridos. El mayor divertimento de los Reyes, y Satrapas de Persia, es el de los festines, en quienes introducen licenciosos, y deshonestos juegos, no teniendo otros los Babylonios, que el de la embriaguez, à que son muy dados, y à los demás desordenes consequentes à ella. Muestranse en sus banquetes las mugeres al principio con modestia; pero luego que empiezan à deponer, primero sus exteriores vestiduras, y despues las mas internas, deponiendo tambien con ellas su honestidad (sea dicho sin ofensa de castas orejas) quedan en carnes. En cuyo torpe, y deshonesto expectaculo, no se ofrecen solo las mugeres publicas, sino tambien las que están reputadas por de mayor recato, y honestidad, con sus hijas, que vnas, y otras, assi como sus Padres, tienen tan horrible prostitucion por vna de las acciones mas vrbanas. Entre estos vituperables, y licenciosos recreos, se ocupò por espacio de treinta y quatro dias aquel victorioso Exercito del Asia; el qual es sin duda, que se huviera hallado bien debilitado al fin de ellos para la continuacion de sus conquistas, à avertenido Enemigo en su oposito. Si bien las Reclutas, que de tiempo en tiempo le llegaban, hazian menos sensibles aquellos desordenes; porque Amynthas, hijo de Andromene, avia llevado seis mil Infantes, y quinientos Cavallos Macedones, embiados por Antipatro, con seiscientos



cientos Cavallos Thraces , y tres mil y quinientos Infantes de su mesma nacion, sin que entrassen en este numero quatro mil hombres pagados, que iban del Peloponeso, con trecientos y sesenta Cavallos. Embiaba tambien el mismo Amyntas para la Guarda de Corps del Rey cinquenta Jovenes , hijos de los primeros Señores de Macedonia ; los quales sirven à la mesa de los Reyes , les llevan los Cavallos quando salen en alguna faccion, los acompañan quando van à caza , y hazen todos los dias guarda à la puerta de su Camara ; por cuyos primeros grados llegan à los mayores empleos del Reyno , quales son los Generalatos de los Exercitos, y los Gobiernos de las Provincias. El Rey , aviendo dexado à Agaton en el Castillo de Babylonia , con setecientos Macedones , y trecientos Soldados Estrangeros , diò el Gobierno de la Ciudad , y de toda la Region à Menete , y Apolodoro , à quienes dexò dos mil Infantes , y mil talentos , con orden de que hiziesen Reclutas. Hizo à Mazeo Satrapa de Babylonia , y mandò à Bagophanes , el qual le entregò la Fortaleza , que le siguiesse. Diò la Armenia al traydor Mithrene , que le hizo dueño de la Ciudad de Sardis ; y de la plata de Babylonia , à cada Cavallero Macedon à seiscientos dineros , quinientos à los Estrangeros, y ducientos à cada Infante, demás de la paga ordinaria.

\*\*\*

## CAPITULO II.

*Propone premios à los Soldados, para obligarlos à huir la ociosidad. Recibe la Ciudad de Susa, con los tesoros del Rey de Persia; y consuela à Sisigambis.*

**D**ISPUESTAS assi aquellas cosas, entrò en la Provincia de Satrapene , cuya fertilidad , y abundancia en todo genero de frutos, fuè causa de que se detuviesse en ella algo mas ; si bien , receloso de que no enflaqueciesen la ociosidad , y los deleytes , los generosos alientos de sus Tropas , propuso premios para los que mas se señalassen en los exercicios de valor , y agilidad , y nombrò personas , que con desinterès , y justificacion, declarassen los que mereciesen. Fueron estos ocho, à quienes hizo merced de otros tantos Regimientos, que formò, compuesto cada vno de ellos de mil hombres , à los quales llamaron *Chiliarchos* , no aviendo pasado hasta entonces ninguno de quinientos , ni llegado tampoco à ser premio del valor. Fuè grande el concurso de Soldados , que llevó à si aquel illustre expectaculo, al qual no solo iban à ser testigos de lo que obrassen vnos , y otros , sino tambien Juezes de los mismos Juezes, y à reconocer si se distribuian los premios en atencion al merito, ò al favor. Diòse el primero al anciano Adarchias , à cuyo esfuerso, y diligencia se debió en el Sitio de Halicarnasso , bolviessse à el la Juven-



ventud , que le avia abandonado, y que repitiesse, con mayor esfuerço, que hasta entonces, los ataques. Tuvo Antigenes el segundo , Philotas Angeo el tercero , Amynthas el quarto , el quinto Antigono, Lyncestes Amynthas el sexto, Theodoto el septimo , y el vltimo Hellanico. Mejorò la Milicia, quitando , no sin grande vtilidad de ella , muchas cosas introducidas por sus Predecesores, en quienes avia reconocido inconvenientes. Ordenò , que la Cavalleria , separada hasta entonces por Naciones, y debaxo de la Trompeta, y de las ordenes del Cabo de la fuya cada vna , quedasse reducida toda à vn cuerpo, y à la obediencia de los Oficiales, que puso en ella : Que assi como hasta entonces se daba la señal de la marcha por medio de la Trompeta ( cuyo sonido impedia muchas vezes el ruído estruendo del Exercito al de campar ) se diese desde alli con vn Estandarte , levantado en su Tienda , de fuerte que pudiesse ser visto de todo el Exercito. Y finalmente, que se tuviesse de noche por señal el fuego , y de dia el humo. Hallandose cerca de Susa Abulites, Governador de la Provincia, ò ya fuesse por dictamen proprio, ò ya por orden de Dario , y con el fin de entretener à Alexandro, por medio de la pressa , embiò a su hijo à recibirle, y à ofrecerle la Ciudad. Hallò en el Rey grata acogida aquel Mancebo ; el qual le conduxo hasta el Rio Choaspes , cuyas aguas son muy celebradas por

su delgadeza. Salìo à encontrarle alli Abulites con presentes, dignos de tan gran Rey, entre quienes llevaba Dromedarios de suma velocidad, y doce Elefantes, que avien-  
 dolos hecho traer Dario de la India, para amedrentar con ellos à los Macedones, solo sirvieron de hazer mas celebrados sus triunfos, y trofeos. Assi se burla la fortuna de los intentos, y disposiciones de los hombres. Aviendo entrado en la Ciudad, hallò en el Erario immensas sumas en moneda, y cinquenta mil talentos de plata en barras. Estaban recogidas en èl, quantas riquezas avia adquirido por espacio de muchos siglos tantos Reyes para sus descendientes ( juzgando se dilatasse à largas duraciones su posteridad ) todas las quales passaron en la brevedad de vna hora à extraño dueño. Ocupò despues el Trono de los Reyes de Persia, cuya Silla, siendo mas alta de lo que requeria su estatura, y no llegando con los pies à la tarima, fuè preciso, que vn Paje fuyo le pusiesse vna mesa, que acaso le ofreciò alli, en que estrivassen. A cuyo tiempo, advirtiendole Alexandro en las lagrimas de cierto Eunucho, que avia sido de Dario, y preguntandole la causa de ellas, le respondiò : *Que aviendo comido en aquella mesa, sobre quien tenia los pies, su Rey, no podia, sin gran ternura, verla profanada.* Con cuya noticia, corrido Alexandro de aver violado los Dioses del hospedage, iba à mandarla quitar, como lo huviera hecho, à no aversele estorvado Philotas,



*representandole, debia tener por feliz agüero hollar mesa, en que su Enemigo avia comido. Deseando passar de alli à Persia, dexò à Archelao por Governador de la Ciudad de Susa, con Guarnicion de tres mil hombres, y à Xenophilo, por Capitan de la Fortaleza, en cuyo Presidio mandò quedassen los Soldados mas viejos, que huviesse entre los Macedones. Puso al cuidado de Calicrates la guarda de los Tesoros, y en el Gobierno de Susa à Abulites, en cuya Ciudad dexò à la Madre, y à las hijas de Dario; y aviendo llegado de Macedonia gran cantidad de ropas de purpura, y riquissimos vestidos, à la vñança de su Patria, no le permitiò el carño con que estimaba, qual pudiera à su Madre, à Sisigambis, dexasse de embiarselos, con los que los avian hecho, para que si gustaba (como mandò se lo dixessen) de que sus nietas aprendiesssen à hazerlos, tuviessen quien las enseñasse. Cuya demostracion, y recado la fuè de tan gran disgusto, como lo mostraron las copiosas lagrimas, que derramò al oirle, por no aver entre las Señoras de Persia exercicio mas sensible, ni mas ignominioso, que el de trabajar en lana. Si bien advertido Alexandro de lyerro, en que avia incurrido, tuvo por preciso passar à su Tienda à disculparse de el; y à consolarla, como lo hizo, diciendola: Esta ropa, que traygo puesta (Madre mia) no solo es ddiva de mis hermanas, sino obra de sus manos; porque en mi Patria, aun las Princesas no desde-*

*ñan divertirse en estos exercicios. Si el estilo de ella pudo hazer incurriessse, poco noticioso del de la tuya, en demostracion alguna de tu desagrado, no debes atribuir à ofensa tuya, lo que solo ha sido ignorancia mia. Mi respeto à tu Real Persona no ha escusado ninguna, que aya entendido puede, sin oponerse al estilo de tu Reyno, contribuir à tu obsequio. Advertido, de que en ella se tiene por especie de desacato, se siente delante de su Madre el hijo, sin permission suya, he procurado cuidadoso no contravenir à atencion tan debida, escusando el hazerlo mientras tus preceptos no me han obligado obediente à ello. No ignoras la reverente repugnancia, con que me he opuesto à tus cortesces excessos, y à que ayan tenido lugar las instancias de postrarte à mis pies; ni tampoco, que por vltima, y mayor prueba de mi amor, y veneracion, te he dado el dulce nombre de Madre, que solo le es debido à Olympias, à quien reconozco el ser.*

## CAPITULO III.

*Despues de aver vencido Alexandro la Region de los Uxiores, concede libertad à Madates, su Governador, y à todos los rendidos, y prisioneros, eximiendolos de todo genero de tributos. Intenta entrar en la Persia, pero obligale Ariobarcanes à que se retire.*

**A**VIENDO dexado el Rey, con tan vrbanos, y cortesces terminos satisfecha à Sisigambis, passò à la Ribera del Tygris, à quien los Naturales llaman Pasitigris. Tiene su origen en los Montes Uxio-



Uxiores, desde donde descendiendo con impetuoso curso, por espacio de mil estadios entre rocas, y precipicios à la campaña, se dilata con mas apacible curso por ella, hasta que aumentado, queda capaz de que por él se navegue; y después de aver corrido seiscientos estadios de vn territorio fertil, entra suavemente en el golfo Persico. Passò, pues, Alexandro el Rio, con nueve mil Infantes, y tres mil Cavallos, asì de Agrianos, como de Griegos Mercenarios, y llegó à la Region de los Uxiores. Està cercana à los Sussos, y se dilata hasta la frontera de la Persia, sin que entre esta, y aquellos aya mas, que vn corto estrecho de por medio. Era Governador de aquella Provincia Madates, el qual bien lexos de acomodarse al tiempo, y fortuna del Vencedor, estava resuelto à conservar la fidelidad, que debia à su Rey, y à resistir à los Enemigos hasta el ultimo peligro. Ofreciendo al Rey algunas personas practicas de la tierra conducir por cierta vereda, breve, y secreta, hasta la misma frente de los Enemigos alguna porcion de gente, que les diessè armada à la ligera: tuvo por bien hazerlo, y ordenarlos siguiessen, luego que se passiesse el Sol, mil y quinientos Soldados pagados, y casi mil Agrianos, mandados por Tauron. Y aviendolo levantado el su Exercito à la tercera vigilia, con el menor ruido que pudo, ocupò al amanecer los passos de las montañas, y dispuestas mantas de Guerra, y terraplenes, con que se

cubriessen los que conducian las maquinas, y las Torres, puso sitio à la Ciudad. No ofreciendose empero en todos aquellos parages, sino peñascos, y precipicios, en quienes se herian, y maltrataban los Soldados: mas tenian que vencer en la situacion del lugar, que en los Enemigos; pero sin embargo no cedieron à la dificultad, hallandose alli el Rey, el qual les preguntaba: *Si no se corrian de detenerse delante de una mala bicoca, despues de aver rendido tan illustres Ciudades?* Mientras les decia esto, cargaban en el tantos tiros, disparados de lexos, que les fuè preciso à los suyos, no pudiendo vencerle sus ruegos, à que se retirasse, juntar sus escudos, y cubrirle con ellos. Finalmente, descubriendose Tauron con su gente sobre la Fortaleza, empezaron los Barbaros à perder el animo, y los Macedones à reysterar sus esfuerzos, hasta que cogiendo al Enemigo por ambas partes, se hizieron señores de la Plaza. Quedaron pocos, que fuessen testigos de la resolucion, porque muchos se encomendaron à la fuga; y los que no lo hizieron, se retiraron à la Fortaleza, de donde aviendo embiado treinta Diputados al Rey, pidiendole perdon, tuvieron la desabrida respuesta: *De que no le esperassen.* Con cuya amenaza atemorizados, libraron su remedio en la intercession de Syfigambis, à quien (assegurados de lo que podian con el Rey sus ruegos, por lo que la amaba, y de que esta no se negaria tampoco à los suyos, por el cercano



parentesco de Madates, y Dario, con cuya sobrina estaba casado) despacharon vn expresse por vereda desconocida del Enemigo, suplicandola, se sirviesse templar con su autoridad, la indignacion del Rey. No atreviendose empero por entonces Syfigambis à hazerlo; les respondió: *Que considerasen quan ageno era de su fortuna pedir por otros, y quan proprio de su atencion, no abusar de la clemencia del vencedor, y acordarse antes, que de que avia sido Reyna, de que era Cautiva.* Si bien dexandose por vltimo vencer de sus infancias, escribió à Alexandro, suplicandole: *Se sirviesse dispensarla, le pidiessse usasse de su acostumbrada clemencia con aquellos infelices, ò à lo menos con vn Pariente suyo, no yà su Enemigo, sino quien postrado à sus pies la solicitaba rendido.* Bien creditò entonces el Rey su moderacion, y benignidad: pues no solo perdonò à Madates, y à todos los prisioneros, y rendidos, si no hizo tambien, que se les guardassen sus Privilegios; que no se entrasse à saco la Ciudad; y que se les permitiesse labrar sus campos, sin el gravamen de alguna imposicion, ni tributos. Què mas pudiera aver conseguido de su hijo, si fuesse el vencedor? Sujetos, pues los Uxiores, los reduxo debaxo del gobierno de Susa, y aviendo dado vna parte de su Exercito à Parmenion, con orden de que le llevasse por las llanuras, passò con las Tropas restantes, armadas à la ligera, los Montes que se estienden hasta la Persia; de donde despues de aver

assolado toda aquella Region, llegó al quinto dia al passo de Susa, à quien los Naturales llaman *Pilas Susidas*. Avia ocupado Ariobarzanes con veinte y cinco mil Infantes aquellos peñascos, desgajados, y rotos por todas partes, y alojado à los Barbaros en sus eminencias, à poca mas distancia que la de vn tiro de dardo, desde la qual, fingiendose medroso, esperaban empenar à Alexandro en aquellos estrechos. Pero viendo que se adelantaba despreciandolos, empezaron à desgajar desde la cumbre del Monte piedras de desmesurado tamaño, las quales, aumentada la violencia del primer impulso, al de los repetidos golpes, que daban en aquellos peñascos, que precipitandose encontraban, hazian considerable estrago, no yà en vno, ò otro Soldado, si no en Compañias enteras, acrecentandole los tiros de las hondas, y las flechas, que de todas partes los cargaban. En cuyo inminente riesgo no desesperaba tanto à aquellos valientes Soldados el perder la vida, quanto el que oprimidos, y cercados à manera de bestias en aquella hoyada, se hallassen tan impossibilitados de vengar su muerte. Por lo qual, passando à rabia la ira, cogian los peñascos, que les arrojaban, y levantandolos vnos sobre otros, no avia esfuerço, que no hiziessen, por trepar, y llegar à los Enemigos. Pero hallandose sin alguna firmeza, con el mismo movimiento, y diligencia, que ponian para subir por ellos, los derri-



rivaban sobre sí. Con que no sabian ya qué hazerle, ni qué recurso buscar, no siendolo el cubrirse con sus escudos, respecto de las grandes peñas, que desgajaban sobre ellos los Barbaros. Era en el Rey aun mayor el dolor, y la ignominia, por aver expuesto tan inconsideradamente su Exercito à aquel peligro, llevandole entre aquellas rocas. Avia hasta entonces quedado siempre invencible, no avia experimentado empresa alguna, que huviesse dexado de corresponder menos feliz à ella el suceso: avia entrado por los estrechísimos pasos de la Cilicia, sin el menor contratiempo, y descubierto en el Mar nuevo rumbo para passar à Pamphilia; pero otra ya allí su fortuna, no le permitia mas recurso, que el de bolverse por donde avia ido. Por lo qual, aviendo dado orden para tocar à retirar, y à su gente para marchar, cerrada, y cubierta con los escudos, salieron de aquellos peligrosísimos lugares, retrocediendo treinta estadios.

## CAPITULO IV.

*Muestrale cierto prisionero un camino desconocido, por medio del qual llegó à combate con los Persas, en el dexa roto su Exercito, y muerto à Ariobarganes.*

**A**VIENDO plantado en lugar abierto por todas partes los alojamientos, no solo quiso saber

el dictamen de los suyos, sobre lo que debia deliberar, si no tambien lo que segun sus pronosticos le advertian los Adivinos; tan dado era à la supersticion: Qué podia empero predecirle entonces Aristandro, aunque estuviesse reputado por Oraculo entre los demás Professores de aquella facultad? Considerandolo así, y que no era tiempo de recurrir à los Sacrificios, hizo llamar algunos naturales del País, los quales ofrecieron conducirle à la Media, por camino facil, y seguro, aunque de gran rodeo. Pero llevando mal el dexar sin sepultura a sus Soldados, por ser entre los Macedones vna de las primeras obligaciones Militares la de enterrar los Difuntos, hizo llevar à su presencia à todos los prisioneros, que avia hecho poco antes. Hallavase entre ellos vno bien experto en la Lengua Griega, y Persica, el qual le representò el yerro, que cometia en querer introducir en la Persia su Exercito por los Montes; que solo se ofrecia vn camino por los bosques para llegar à ella; pero tan estrecho, que apenas permitia lugar para que pudiesse passar por el vna persona sola, respecto de la demasiada espesura de los arboles, y de la frondosidad de sus ramas, las quales enlazadas, y entretexidas vnas en otras, negaban mas extension. Que la Persia quedaba de la otra parte cerrada, y ceñida de Montes, cuya longitud era de seiscientos estadios, y cuya latitud de ciento y setenta; que estos se

estén



estendian despues del Caucaſo, haſta el Mar Roxo; el qual hazia allí donde terminaban, à manera de fortaleza, que tambien lo cerraba: Que à la falda de aquellos Montes ſe descubria vna dilatada, y eſpacioſa campaña, ſumamente fertil, y poblada de Ciudades, y Villas, por quienes corria el Rio Araxes, à quien hazian caudaloſiſimo los raudales de otro, haſta que ſe juntaba con el Medo, el qual, aunque inferior à èl, bolviendo à la parte del Mediodia, entraba en el Mar: Que no avia alguno, que fertilizafe tanto como eſte las tierras por donde corria, las quales veſtia de flores, y yervas, ſumamente crecidas, y eſpeſas. Que ſus Riberas ſe hallaban tan pobladas por ambas partes de Platanos, y de Alamos, que al que las miraba de lexos, no parecian ſi no que ellas, y los Montes vecinos, hazian vn continuado boſque, por correr por allí aquel Rio, cubierto de los arboles, eſtrechiſſimo, y profundo, y por conſervar ſiempre las margenes, que le guarnecen, adornadas de verdes, y frondosas hojas, la humedad de que participan: Que aquel era el Lugar mas ſaludable de toda el Aſia, y donde con mayor benignidad, y templança corria el ayre, reſpecto de la larga extension con que ſe dilataban los Montes, por vna parte cubiertos todos de arboles, cuya vmbroſa freſcura templaba los ardores del Sol, y de los templados vapores de que hazia partcipe à la tierra el Mar por otra.

Aviendo referido el prifionero todas eſtas particularidades al Rey, le preguntò: *Si las ſabia, por averlas obſervado, ò por averſelas referido otro?* Reſpondiòle: *Que aviendo ſido Paſtor de aquellos Montes, no avia ſenda, ni vereda, que ſe ocultaffe à ſu noticia; y que por dos vezes le avian hecho prifionero, vna en Lycia los Perſas, y otra los ſuyos.* Cuyas palabras acordandole las de la prediccion, que tuvo del Oraculo, quando conſultandole ſobre ſu jornada, le reſpondiò, *que vn Lycio le conduciria à la Perſia,* le hizo mayores promeſas, que las que permitia ſu humilde nacimiento, le mandò armar à la uſança Macedonica; y le dixo despues: *Que le moſtraſſe en buena hora el camino con el ſeguro de que ſe eſforçaria à paſſarle con algunas ligeras Tropas, por aſpero, è impenetrable que fueſſe; ſi yà no era, que preſumieſſe no podia Alexandro, por aumentar ſu gloria, y perpetuar ſu fama, ir por donde avia apacentado vn Paſtor.* Inſiſtiendo empero eſte en ponderar la dificultad del camino, mayormente para gente armada: Yo reſpondo por todos los que me ſiguen (le dixo el Rey) que ninguno rehuſarà ir por donde tu nos llevaras. Y encomendando à Cratero la guardia del Campo, con la Infanteria, que mandaba las Tropas de Meleagro, y mil Archeros à cavallo: Le ordenò dexaſſe el Campo en la miſma forma, que eſtaba, y hizeſſe grandes fuegos en èl para que à viſta dellos ſe aſſeguraſſen los Barbaros de que ſubſiſtia allí ſu Perſona; y que en caſo de que Ariobarcanes, noticioſo de ſu marcha, paſſaſſe con alguna parte de ſus Tropas à impedirle el



passo, que cargasse entonces en él para divertirle, y obligarle à que se retirasse por la parte mas peligrosa. Pero que si por el contrario, superaba à los Barbaros, y se apoderaba de los estrechos, que no recelasse entrar à la primera arma en el camino donde avian sido rechazados el dia antes, pues atrayendo él à sí todas las fuerças del Enemigo, quedaria desamparado, y seguro. Mandò despues à los Soldados, que le avian de seguir, y estaban armados à la ligera, que llevassen Viveres para tres dias, y à la tercera vigilia partiò, con el mayor silencio que pudo, tomando los rodeos por donde le llevaba la Guia. Pero demàs de estar estos impenetrables, y tan resvaladizas las rocas, que apenas se podia poner con alguna firmeza la planta en ellas, eran tan crecidas las nieves, que el viento avia acumulado alli, que cayendo, y hundiendose los Soldados, como en profundos fossos, llevaban tràs sí à los compañeros, que procuraban sacarlos. Llegabase à esto el horror de la noche, lo desconocido del País, y la incierta fidelidad de la Guia, cuyas cosas todas aumentaban el pavor, y no menos la consideracion de que si engañasse à sus Guardas, perecian qual brutos todos en aquel estrecho, y la de que la vida del Rey, y las suyas, pendian de la fè de vn Cautivo. Sin embargo, fueron tantos los esfuerços que hizieron, que ganaron la cumbre del Monte, à cuya mano derecha se ofrecia vn camino, que iba àzia donde se hallaba Ariobarçanes. Viendose alli el Rey

embidò delante à Philotas, à Ceno, à Amynthas, y à Polipercon, que mandaba las Tropas, armados ligeramente con orden, respecto de ir mezclada la Infanteria, con la Cavalleria, de que marchassen por Lugares abundantes de pastos, y à passo lento. Dieronfeles por Guias algunos prisioneros, y él con su Compañia, y sus Guardas subidò, no sin increíble trabajo, por vna bien aspera senda, aunque muy distante del cuerpo de los Enemigos. Hallabase yà el dia à la mitad de su curso, y la gente tan fatigada del cansancio, y tan necesitada de algun reposo, que faltandole igual porcion de camino, à la que avia passado, aunque de menor molestia, y aspereza, se le concediò el Rey hasta la segunda vigilia de la noche; à cuya hora, bolviendo à tomar su marcha, passò lo restante de él sin alguna dificultad. Si bien avia profundado de suerte el curso de las aguas por aquella parte, donde dilatandose las faldas del Monte, descenden à las llanuras, que dexò hechos crecidos fossos, à quienes vnidas las ramas de los Arboles, enlazadas vnas en otras formaban, como vna impenetrable, y dilatada Haya, la qual cerraba tan enteramente el passo, que à vista de su impossibilidad, no pudieron reprimir los Soldados las lagrimas; siendoles aun mas sensible, y horroroso que todo, la obscuridad de la noche, en la qual, si acaso brillaba à hurto de sus tinieblas alguna Estrella, les usurpaba su



fuluz la interposicion de la espesura de los arboles, haziendola mas pavorosa la impetuosa violencia del viento que corria; cuyo estruendo, aumentado por la agitación de las ramas, que incessante, y reciamente daban vnas con otras, apenas permitia à los Soldados, que vno à otro se pudiesen entender. Finalmente, amaneciendo el diadeseado; al declarar su luz, empezó à disypar el horror en que lo avia embuelto todo la medrosa confusion de la noche, y à mostrar, que sin gran rodeo se podian evitar aquellos fossos, y caminar yà qualquiera, sin necessitar de guia. Subieron, pues, à la cubre, de donde aviendo descubierto el Cuerpo de Guarda de los Enemigos, cargaron armados improvisamente en ellos por las espaldas, haziendo tal mortandad en los pocos, que intentaron resistirlos, que obligaron aun à los que no se avian ofrecido al peligro, embargados del gran pavor en que los ponian los gritos, que por vna parte oian de los que morian, y los medrosos semblantes, que por otra veian de los que se retiraban fugitivos al gruesso de su Exercito, à que tambien lo hiziessen ellos antes de intentar el combate. Acudiò Cratero à aquel ruido, y se apoderò del estrecho, que no pudieron ganar el dia antes, y cargando por otro Philotas, con Amyntas, Ceno, y Polipercon, acabò de romper à los Barbaros, que por todas partes veian resplandecer las armas de los Mace-

dones. Si bien, aunque oprimidos por tantas, acreditaron en su valerosa defensa, quan poderoso fuele ser, aun en los mas cobardes, la necesidad, y que muchas vezes abre la misma desesperacion, con los alientos que infunde, camino à la esperança. Porque desarmados, hizieron rostro à los que no lo estaban, y aprovechandose de su fortaleza, y pujança, dieron con ellos en tierra, y à muchos muerte con sus proprias armas. En tanto Ariobarcanes, acompañado de cerca de quarenta Cavallos, y de cinco mil Infantes, atravesò por en medio de los Batallones Enemigos, no sin gran estrago de estos, y de los suyos. Iba con intento de entrar en Persopolis, Cabeza de la Provincia; pero cerrandole las puertas la Guarnicion, y siguiendole vivamente el Enemigo, se hallò precisado à bolver al combate, donde el, y toda su gente rindieron valerosamente sus vidas. Cratero, dando prisa à sus Tropas, passò à juntarse con el Rey.

## CAPITULO V.

*Passando Alexandro à Persopolis, pone en libertad quatro mil Prisioneros Griegos.*

**A** Campaba aun Alexandro en el mismo Lugar donde avia detecho à los Barbaros, porque aunque su entera derrota le aseguraba de la Victoria, lo quebrando del territorio, y el peligro de los continuados, y profundos



fossos , le obligaban à manchar cautelosamente , y à desconfiar aun mas de los caminos , que de los Enemigos. Recibió antes de su partida Carta de Tyridiades , en que le avisaba , como intentaban los de Persépolis à la fama de su venida , robar los tesoros de Darío , cuya guarda estaba à su cuidado ; y que pues pasado el Rio Araxes , era todo lo demás del camino llano , y facil , acelerasse su llegada , para que le hiziesse dueño dellos. Entre las grandes virtudes de aquel Principe , tengo por la mas loable la de su diligencia , y promptitud ; la qual mostrò bien en aquella ocasion , en la qual , aviendo dexado su Infanteria , caminò toda la noche con su Cavalleria , fatigada de tan dilatado viage , y llegó al rayar del Alba à la orilla del Rio , donde mandò demoler ciertas Villas cercanas à èl , y levantar con sus materiales vn Puente de madera , sobre pilares de piedra , el qual se acabò en brevissimo tiempo. Llegaban yà à no larga distancia de la Ciudad , quando salió al encuentro al Rey vna bien lastimosa Tropa : memorable exemplo de la humana miseria , y de los vltres de la fortuna. Componiase esta de cerca de quatro mil Griegos Prisioneros de Guerra , a quienes avian affligido los Persas con diversos generos de tormentos ; cortado à vnos las manos , los pies à otros , y à otros las narizes , y las orejas , y impressos en los rostros de todos à fuego ciertos caracteres Barbaros : los guardaban , como objeto de risa ,

para que sirviessen à la solemnidad de sus Juegos , y aumentassen el credito de su crueldad. Estos infelizes , aviendo resuelto ponerse à vista del Rey ; pudieron hazerlo , sin que se atreviessen à estorvarselo los Persas , respecto de no darles alientos para ello el decadente estado de su fortuna. Parecian mas fantasmas , que hombres , por no averles quedado otra seña , que denotasse lo eran , fino la voz. Fueron mas copiosas las lagrimas , que atraian à los ojos de los que los miraban , que las que ellos mismos vertian. Porque à la verdad , què mas lastimoso , ni mas extraño espectáculo , que el de ver tanta gente atormentada de aquella fuerte , aunque por diversos medios , en vn mesmo infortunio , sin que apenas se pudiesse diferenciar entre ellos el mas miserable ? Aviendo prorrumpido , y expressado à grandes voces todos : *Que en fin yà Jupiter , vengador de la Grecia , avia abierto los ojos.* No hubo quien no se interessasse en su infelicidad , mirando como fuya la injuria ; y Alexandro , despues de enjugadas las lagrimas , que no pudo reprimir al verlos , los exortò à que se animassen , y assegurandoles , que bolverian à ver su Patria , y à sus mugeres , pasó desde alli à acampar à dos estadios de la Ciudad. En tanto aquellos miserables , se retiraron à conferir lo que pedirian al Rey , hallandose empero divididos los dictámenes ; porque vnos querian la retirada al Aisa , y otros la restitucion à sus



casas. Es fama, que vno de ellos, llamado Euthymon Cymeo, les habló en esta substancia: Nosotros, que poco ha, avergonçandonos de salir de las tinieblas, y prisiones, que nos sepultaban, no nos atreviamos à pedir socorro, que nos librasse de las calamidades, que padeciamos, aora que le tenemos seguro, deseamos passar à manifestar à la Grecia, como hermoso espectáculo, el horrible estado en que nos hallamos, de quien no se si será mayor el disgusto, que la afrenta que recibamos. El medio mejor de tolerar la miseria, es ocultarla, por no aver Patria tan dulce para las adversidades, como la soledad, y el olvido de la felicidad passada. O que mal conoce el coraçon humano, quien fia de su compasión el alivio de su miseria, ignorando la facilidad con que enjugan los hombres las lagrimas, que su ternura les ocasiona! Difícilmente se ama lo que es de gravamen, por lo mal que se aviene siempre el continuo clamor del infeliz, con la ordinaria insolencia, y orgullo del dichoso; por lo qual, atentos los que lo son à su fortuna, olvidan la agena miseria. Qué mayor prueba de esta verdad, que la que experimentamos en nosotros mismos? Pues aviendo sido hasta aqui conformes, compañeros todos de una miseria, yà empezamos à desvnirnos, y à disgustarnos vnos de otros. Pero que ay que admirar, de que los dichosos busquen siempre à los que lo son? Ruegoos, pues, que como muertos yà por el Mando, busquemos solo algun rincón donde ocultar estas feas, y disformes cicatrizes, que nos han quedado. Considerad con el gusto, que nos recibirán vuestras mugeres, quando aviendonos desposado con ellas en nuestros juveniles años, nos vuelvan à ver de

esta suerte, y con el que nos reconocerán por Padres suyos nuestros hijos, y por hermanos nuestros hermanos, aviendo perdido lo mejor de nosotros en las prisiones, y en las calamidades de la servidumbre? Qual de nosotros empero podrá hazer tan dilatado viage? Lexos de la Europa, cerca de los vltimos terminos del Oriente, viejos, debiles, quebrantados, y estropeada la mayor parte de nuestros miembros. Podremos por ventura sufrir los trabajos, que no sin gran dificultad tolerò vn Exercito triunfante? Finalmente, ò hemos de dexar, ò bemos de llevar con nosotros à nuestros tiernos hijos, y à vuestras amadas mugeres, à quienes buscò nuestra necesidad, y nos ofreciò la fortuna, para alivio de nuestra miseria. Si las llevamos, tened por cierto, que no avrà quien, al vernos llegar con ellas, no nos desconozca, y desampare. Dexar, pues, prendas tan seguras, por ir à buscar otras, que quizà no hallaremos, ni es justo, ni puede ser nunca conveniente. Por lo qual no hallo otro recurso en vuestras miserias, y infelicidades, que el de que nos ocultemos, y acabemos nuestra vida entre los que están acostumbrados à verlas. Tal fuè el sentir de Euthymon, al qual se opuso Theeteto, Athenien- se, diciendo: Que ninguna persona, en quien tuvièsse algun lugar la piedad, desestimaria à los suyos, por aquellos lastimosos defectos con que se hallaban, y mas quando no eran naturales, sino procedidos de la crueldad de los Enemigos. Que bien los merecia todos, quien no los miraba como inevitables accidentes de la fortuna, sino como precisos motivos para la ignominia: Que el jazer tan mal del natural, y propiedades de los hombres, y desconfiar de su compasión, era indicio de animo



poco seguro, y menos dispuesto à practicarla: Que los Dioses les ofrecian mas de lo que pudieran desear, sus mugeres, sus hijos, y quanto haze en los hombres despreciable la muerte, y estimable la vida: Que bastante tiempo la avian tenido oprimida en infeliz miseria, para no procurar salir de aquel infame cautiverio, à respirar en su Patria otro ayre, à ver con otro resplandor el Sol, y con diferente serenidad, que en aquellas funestas Regiones, la claridad, y luz de los dias: Que considerassen, quan dulce, y gustoso les seria bolver à usar de sus antiguos trages, de sus Leyes, de sus Sacrificios, y de su Lengua; cuyas cosas todas eran apetecidas aun de los mismos Barbaros: Que mucho mas infelizes quedarian, si avien-dolos privado de ellas por tan largo tiempo la tyrana opresion en que avian estado, las malograban voluntariamente, quando se les ofrecian: Que por lo que miraba à el, su resolucion era no perder la ocasion, que le facilitaba la clemencia del Principe: Que si entre ellos avia algunos, à quienes decenia el amor de sus mugeres, y de sus hijos, tristes frutos de su servidumbre, que se quedassen en buen hora; pero que no impidieffen su jornada à los que libres de aquellas ligaduras, solo apetecian, y anhelaban la restitucion à su Patria. Huvo pocos à quienes fuesse grato este dictamen; porque dexandose llevar la mayor parte de la costumbre, mas poderosa, que la misma naturaleza, determinaron pedir al Rey les señalasse vna Region en que habitar, y que passassen à suplicarselo en nombre de todos cien Personas, que eligieron entre ellos. El Rey, juzgando solicitaban les cumpliesse lo que les

avia ofrecido, les dixo: Yà be mandado, que se os dè el carruage, que necesitareis para vuestro viage, y mil dineros à cada vno; y estad ciertos, de que atenderè à que aviendo llegado à Grecia, os recuperéis de vuestro infortunio, y no tengais que embidiar ajenas dichas. Apenas hubo acabado las vltimas palabras, quando bien lexos de acreditar en lo festivo de sus semblantes el regozijo con que esperaba el Rey admitieffen aquellas honras, vertiendo copiosas lagrimas, y manteniendose con los ojos clavados en tierra, y sin atreverse à articular palabra alguna, no dexaron dudar su disgusto. No pudiendo empero alcançar Alexandro la causa para el, se la representò Euthymon, repitiendole la substancia de las razones, con que los avia disuadido de la jornada; y aviendo quedado no menos compadecido de ellas el Rey, que de su miseria, mandò dár à cada vno mil dineros, y diez vestidos, y gran cantidad de ganado mayor, y menor, y de trigo, para que sembrassen, y labrasen las tierras, de que les avia hecho merced.

## CAPITULO VI.

*Despues de aver robado à Persépolis, Ciudad rica, llega à la Persia, y sujeta à los Mardos.*

**A** Viendo juntado el dia siguiente el Rey sus Cabos, les manifestò: Quanto mas infausta, que otra alguna Ciudad avia sido para los Griegos la de Persépolis, antigua Silla de los Reyes de Persia, y Cabeza del Im-



perio: *Que de ella salió el espantoso diluvio de Exercitos, con que inundaron la Grecia los Persas; y que de ella llevaron, primero Dario, y despues Xerxes, la acha de la mas detestable guerra, que assolò la Europa: por lo qual se hallaban obligados à tomar con su destruicion, vengança de tantas ofensas, consagrando su ruina à los Manes de sus Antecessores.* Pero aviendola dexado abandonada sus habitantes, los quales se retiraron por diversas partes, adonde conduxo à cada vno su miedo, pudo el Rey sin embarazo, ni dilacion alguna entrar, en ella con su Phalange. Aunque avia tomado por fuerça, ò por convenio, muchas Ciudades de increible opulencia, ninguna emperò, que pudiesse compararse en tesoros à esta; en la qual avian recogido los Barbaros las mayores riquezas de Persia. Ofreciase el oro, y la plata à rimeros, y en abundancia imponderable, los preciosos muebles, las inestimables preseas, y los ricos vestidos; los quales, mas que al vso, servian à ostentosa, y soberbia profanidad: y entonces à ocasionar disgustos en los mismos vencedores; los quales, no entregando indistintamente, como antes su codicia al robo, respecto de la abundancia, solo se cebaba esta en lo mas precioso, y exquisito, mirando, no yà como à compañero, sino como à enemigo, al que quedaba dueño de la mejor presea; por la qual solian llegar à las manos, rasgaban las vestiduras de purpura, y los Ornamentos Reales, tirando vnos, y otros de ellas

por llevarselas; y hazian pedazos à golpes de acha, vasos de inestimable precio, sin reservar de tan universal destrozo aun las estatuas de los Dioses de oro, y plata; las quales quedaban, como quanto se les ofrecia, reducidas à menudos pedazos. Y no satisfecha su avaricia en el sacio de tan miserable Ciudad, se estendia tambien su crueldad à ofrecer horribles espectaculos; porque el Soldado, hallandose tan cargado de bienes, y no sabiendo que hazerse, quitaba la vida à sus mas humildes prisioneros, sin perdonar aun a los que con su anticipado rescate, eran dignos de mayor compafsion. Cuya inhumanidad obligaba à muchos à que se anticipassen ellos mismos à darsela por si, precipitandose vnos, adornados de sus mas ricas vestiduras, con sus mugeres, y sus hijos, desde las murallas; y abrazandose otros, con todas sus familias en el fuego, que à gran prisa avian introducido en sus casas, para no dexar que hazer à los Enemigos. Cansado el Rey de tan horrible mortandad, mandò que cessassen en ella, prohibiendoles profanassen el decoro, y honestidad de las mugeres; y que tocassen à los adornos, que llevaban consigo. Hazese increible la suma, que se refiere importò la presa; pero, ò hemos de dudar de todo lo demás, ò persuadirnos à que llegó el tesoro de aquella Ciudad à ciento y veinte mil talentos; los quales mandò reservar el Rey para los gastos de la Guerra, y que se tra-



xellen alli de Sussa , y Babylonia Camellos , y otros animinales de acarreo , para que los conduxessen , aumentandolos despues con seis mil talentos , que importò la presa de Persagede , cuya Ciudad fundò Cyro , y rindiò Gobares, su Governador, à Alexandro ; el qual diò a Nicarthides el mando de la Fortaleza de Persopolis , y de la Guarnicion de tres mil Macedones , que dexò en ella : conservò à Tyridates , atento a averle entregado los tesoros, en el mismo empleo que tenia; y aviendo dexado alli gran parte de su Exercito con el Bagage , debaxo del mando de Parmenion , y de Cratero , y tomado mil Cavallos , y algunas Compañias de Infanteria, entrò en lo interior de la Persia al principio del Invierno , sin que huviesen bastado sus continuas lluvias, y rigurosa destemplança à interrumpir la continuacion de su marcha. Llegò mediante ella à cierta Region, donde son tan inmensas, como perpetuas las nieves , y yelos, de que se halla cubierta, cuyo horror amedrentaba tanto à los Soldados , rendidos à la opresion de tan repetidas fatigas , al ver aquellas espantosas soledades, en quienes no se descubria rastro alguno del menor cultivo, que temerosos de que les faltasse aun la luz del Cielo, deseaban con indecible ansia bolverse. Advirtiendole el Rey su desmayo , y teniendo por mejor animarlos con su exemplo, que darse por entendido de su desaliento , se arrojò del Cavallo en

que iba à tierra , y marchò por en medio de las nieves ; à vista de cuya demonstracion , hizieron lo mismo primero los mayores Señores de su Corte, despues los Capitanes , y vltimamente los Soldados ; y aviendo vencido la impenetrable aspereza de vnos bosques , de quienes no pensaron salir , llegaron à descubrir algunas cortas señas de trabajo humano, y tal, ò qual errante rebaño, que parecia por alli. Cuyos Pastores , teniendose por seguros en aquellas esparcidas Cabañas en que habitaban, al resguardo de tan inaccesible territorio , no bien huvieron descubierto al Enemigo , quando dando muerte à los que no podian seguirlos, se acogieron à los Montes mas retirados , y de mayores nieves. Si bien , domesticada despues poco à poco su fiereza con la comunicacion , y trato de los prisioneros, que llevaban consigo los Macedones , se rindieron al Rey, el qual los tratò con benignidad, y blandura ; y aviendo assolado la campaña de la Persia , y reducido à su dominio muchos Villages, passò àzia los Mardos, Nacion belicosissima , y bien diversa en el modo de vida, y de costumbres de los demàs Persas. Recogense en compañía de sus mugeres, y de sus hijos en las cabernas, que labran en las mismas Montañas , y alimentanse solo de sus ganados, ò de animales silvestres. Vense en las mugeres , contra la natural debilidad de su sexo , no menos feroces aspectos, que en los hombres,



erizados sus cabellos, y fin que se dilaten à mas que la rodilla sus vestiduras: ciñe sus frentes vna honda, que sirviendo de desaliñado adorno à sus cabezas, sirve tambien de arma à su brazo. Aviendo empleado el Rey treinta dias en rendir à su obediencia à aquellos Pueblos, con la misma fortuna, que à los demàs, se bolvió à Persépolis, donde repartió considerables preseas entre los Grandes de su Corte, y los demàs Oficiales, y Soldados de su Exercito, con proporcional merecimiento de cada vno, fin que huviesse reservado casi nada de la presa, que se hizo en aquella Ciudad, que sin duda fuè la mas rica, que se vió jamás.

## CAPITULO VII.

*Haze Alexandro quemar el Palacio de los Reyes de Persia, à persuassion de Thais, y de los Cortesanos, que seguian el Exercito, y resuelve seguir à Dario.*

**P**ERO todas las grandes prendas de aquel Principe, su excelente natural, en que absolutamente excedió à los demàs Reyes del Muudo, su invencible valor, acreditado en tantos, y tan varios peligros; su destreza en la disposicion de las empreffas; y su promptitud en la execucion de ellas; su Fè, con los rendidos; su clemencia, con los prisioneros, y finalmente, su gran moderacion en los permitidos divertimientos, las

obscureció con el torpe vicio del vino en el mayor ardor de sus conquistas, quando su Enemigo, y concurrente al Imperio, armaba con la mayor aplicacion poderosísimo Exercito, y quando los Pueblos nuevamente conquistados, solo atendian à sacudir de sus cervices el yugo, que en ellas avia impuesto, passaba èl los dias en desordenados banquetes, y licenciosos festines, à quienes hazia concurrir algunas mugeres, no yà las que por su modestia, y honestidad se conciliaban atencion, y respecto, si no las que por su dissolution se avian tomado en el Exercito mas licencia de la que convenia. Era entre todas la que mas sobresalia vna, llamada Thais, esta con el auxilio de su buena cara, no rehusó decir al Rey, en ocasion que le pareció mas eficaz à la consecucion de su intento: *Que no se le podia ofrecer ninguna, mejor de obligar à los Griegos, y grangear su amor, que la presente, si mandaba quemar el Palacio de los Reyes de Persia: satisfacion, que esperaban de su rectitud todos los que tenian reciente la memoria de las ofensas, que avian recibido sus Ciudades de los Barbaros, cuya crueldad avia passado hasta abrasarlas.* Tal era el consejo de vna embriagada ramera, el qual no bien le hubo pronunciado, quando sin advertir en la importancia del caso, le aplaudieron los combidados, y el Rey, à quien fuè tanto mas grato, quanto con precipitado ardor dixo: *Y por qué no quemaremos tambien la Ciudad para vengar la Grecia? Embargados todos*  
del



del vino, se levantaron de la mesa, y con desatinado furor pusieron fuego en aquella Ciudad, por cuya conservacion avian mirado, aun hallandose con las armas en la mano. Fue el Rey quien primero le introduxo en el Palacio, siguieronle luego los Convidados, despues los Oficiales, y vltimamente las Concubinas. Eran casi todas las maderas de su fabrica de cedro, y aviendo prendido en ellas, à brevissimo espacio se dilataron tanto por todo el sus llamas, que advirtiendolas el Exercito, que estaba acampado à bastante distancia de alli, y juzgando las huviesse causado algun descuido, partieron aceleradamente los Soldados à extinguirlas. Pero aviendo llegado à la entrada del Palacio, y reconocido era el mismo Rey quien encendia el fuego, arrojaron el agua que llevaban, y ayudaron à introducir la leña, y los demàs materiales, que juzgaron proporcionados à alimentarle. Tal fue el destino de aquella Ciudad, ojo del Oriente, Silla de su Imperio, y adonde antiguamente acudieron infinitas Naciones à proveerse de Leyes, para regirse, y gobernarse, Patria de tantos Reyes, vnico terror de la Grecia, y quien aviendo dispuesto vna Armada de mil velas, y juntado à ella los formidables Exercitos, de que fue inundada el Asia, cubrió el Mar de Baxeles, allanò los Montes, y los hizo navegables; sin que en tantos siglos, como los que corrieron despues de su ruina pudiesse nunca repa-

rase della. Porque aunque conservan oy los Parthos algunas Ciudades, que poseyeron los Reyes de Macedonia, no huvieran quedado vestigios algunos de esta, si el Rio Araxe, que dista veinte estadios de los muros, segun creen los Naturales, mas por congeturas, que con fundamento seguro, no los ofreciesse. Corridos los Macedones, de que huviesse destruido tan esclarecida Ciudad su Rey, teniendole fuera de sí la violencia del vino, divulgaron, para honestar tan ignominiosa accion, lo avia executado con premeditada deliberacion, por aver tenido por conveniente arruinarla de aquella fuerte. Lo que no tiene duda, es, que el Rey, libre de la embriaguez; se arrepintió, y que dixo en altas voces: *Que avian logrado mejor satisfacion los Griegos, si le huviesseen visto los Persas sobre el Trono de Xerxes.* Hizo al siguiente dar à Lycio treinta talentos, por averle conuido à Persia, de donde pasó à la Region de Media; y aviendo encontrado en ella las reclutas, que le embiaban de Cilicia, compuestas de cinco mil Infantes, y mil Cavallos, y mandadas por Platon, Atheniense, resolvió con aquel refuerço seguir à Dario.





## CAPITULO VIII.

*Oracion de Dario à los sayos,  
exortandolos à la Batalla.*

**A**VIA llegado yà Dario à Ec-  
batna, Corte de la Media,  
que poseen oy los Parthos, y don-  
de tenian sus Reyes el Verano, y  
determinado passar desde ella à  
Bactria; pero recelando le alcan-  
çasse su Enemigo, mudò de dicta-  
men; y de derrota, porque si bien se  
hallaba de èl, à distancia de mil y  
quinientos estadios, no assegurando  
le la mayor de la celeridad de  
aquel Principe, tuvo por mejor  
disponerse para la Batalla, que pa-  
ra la fuga. Aviale quedado trein-  
ta mil Infantes, y entre estos qua-  
tro mil Griegos; cuya fidelidad te-  
nia bien experimentada, demàs  
de ellos quatro mil honderos, ò  
Gente de arco, y tres mil y tre-  
cientos Cavallos, casi todos Bac-  
trianos, à quienes mandaba Beso,  
Satrapa de Bactria. Apartado,  
pues, à corta distancia del camino  
Real, mandò passar delante el ba-  
gage, y aviendo juntado sus Ca-  
bos, y los primeros Oficiales, les  
hizo este razonamiento: Si me bu-  
viesse empeñado la fortuna con gente sin  
espíritu, y que atenta à la conservacion de  
su vida, por ignominiosa que fuesse, la  
preferia à una gloriosa muerte, tendria  
por mejor callar, que malograr el tiempo  
en palabras inutiles. Hallandome empe-  
ro con mas pruebas de vuestro valor, y  
de vuestra fidelidad de las que quisiera,  
debo antes procurar ser merecedor de tan  
estimables amigos, que dudar si sois los

misimos, que hasta aqui aveis sido. Des-  
amparado de tantos millares de hombres,  
como componian su Exercito, solos voso-  
tros me aveis acompañado en mi infortu-  
nio; cuya fidelidad, y constancia me per-  
suade únicamente à que aun soy Rey.  
Señorean aora mis Ciudades los traidores  
transfugas, no porque el Enemigo los  
juzgue dignos deste honor, si no por gran-  
gear con semejantes premios vuestra obe-  
diencia. Pero vosotros, mas atentos à  
vuestro pundonor, y lealtad, que à vues-  
tras conveniencias, aveis preferido à la  
prospera fortuna del Vencedor mi infeliz  
suerte, haziendoos con tan loable accion,  
dignos de que os la premien los Dioses, y  
no dudeis, que os la remuneren quando yo  
no pueda, ni que dexe de dilatarse à la  
mas remota posteridad la fama de vues-  
tras alabanzas, no pudiendo aver ningun-  
a, por ingrata que sea, que no las ensal-  
ce, y sublime, hasta donde pide vuestro  
merecimiento. Cuya confianza me esfor-  
çará, aun quando se librasse todo mi re-  
medio en la fuga, de quien aun el nombre  
me es horroroso, à hazer rostro al Enemi-  
go, teniendoos à mi lado. Por què hasta  
quando he de vivir desterrado en medio  
de mis Estados? Hasta quando fugitivo,  
por los rincones de mi Imperio, de un Rey  
estraño, y advenedizo, quando aun me  
hallo en estado de hazer nueva experien-  
cia de mi fortuna, y de recobrar lo perdi-  
do, ò de acabar de perder gloriosamente  
con la vida quanto me ha quedado? Si no  
es yà que me sea mas honroso ofrecirme  
al arbitrio, y discrecion del Vencedor, y  
quedar à exemplo de Mazeo, y de Mi-  
threnes, satisfecho con obtener de èl algu-  
na Provincia, condescendiendo con el  
deseo que ha tenido de hazerme antes ob-  
jeto de su vanidad, que de sus iras. Pero



no permitan los Dioses, que ninguno pueda llegar à desposseerme, ò à darme la Diadema, que ciño, ni que conservando alguno aliento, pierda este Imperio, si no que sea vno mismo su fin, y el de mi vida. Si vosotros os hallais con el mismo animo, y en la mesma resolucion, me prometo vuestra libertad, y que no os veais precisados à sufrir el fastidioso gesto de los Macedones, ni su sobervio aspecto. De vuestros brios depende la gloriosa vengança de vuestros vltres, y el fin dichoso de todos vuestros infortunios. En mi teneis vn vivo exemplo de la instabilidad de la fortuna, para poder esperar de ella mudança en la que nos aflige. Pero aun quando se halle desamparada la justificacion de nuestras Armas del socorro de los Dioses, no podrà faltar nunca à tan generosos corazones como los vuestros, el recurso de vna honrosa muerte. Ruegoos, pues, amados amigos mios, y exortooos por la gloria de vuestros Antecessores; y por el crediro, con que possayeron el Imperio de todo el Oriente: por las cenizas de tantos esclarecidos Varones, de quienes fuè tributaria Macedonia: por tantas Armadas, como surcaron à la Grecia: por tantos erigidos Trofeos: por tantos obtenidos despojos, que con animo digno de vosotros, y de la gloria de nuestra Nacion, os dispongais al combate, y à sufrir con igual constancia, que las adversidades passadas, quantas os ofreciere nuevamente la fortuna; que por lo que à mi toca, estoy resuelto à perpetuar mi fama, ò con vna esclarecida Victoria, ò con vna gloriosa Batalla.

## CAPITULO IX.

*Varios pareceres de los Grandes.*

*Alteracion, y tumulto, ocasionado de la traycion, que Nabarçanes, y Beso avian tramado.*

**A**VIA llenado, mientras Dario hazia este razonamiento, de tan grande horror los corazones, y animos de todos, la imagen del proximo peligro, que apenas dexò à alguno arbitrio para discurrir, ni aliento para articular. Si bien Artabazo, antiguo confidente suyo, y que, como dexamos dicho, estuvo en la Corte de Philipo, interrumpiò aquella suspension, diciendo: *Aqui nos hallamos adornados de nuestras mas ricas vestiduras, y de nuestras mejores armas, para assistir al Rey en el combate, resueltos à vencer, como lo esperamos, ò à morir, como no escusarèmos. Repitieron casi lo mesmo todos los demás; pero Nabarçanes, que asistia à aquel Consejo, tenia tramada entre el, y Beso vna de las mayores maldades, que pueden executarse, y de quien hasta entonces no avia entre los Persas exemplar de averse cometido; era esta aprisionar al Rey (lo qual podrian conseguir facilmente, por medio de las Tropas, que mandaba vno, y otro) con intento, ò de entregarle vivo à Alexandro, si los siguiesse, y grangear su benevolencia por medio tan grato, ò de apoderarse del Reyno, si pudiesen escaparle, y renovar la Guerra despues de aver*



aver muerto à Dario. Con el fin, pues, de tan horrible maldad, la qual avia algun tiempo que maquinaban, y el de abrir camino à su execucion, y logro, dixo Nabarçanes afsi al Rey: No dudo, Señor, que mi dictamen, à los primeros visos, sea poco grato à tus oídos; pero en las enfermedades destituidas de remedio, es donde el Medico aplica los mas extraordinarios, y violentos; y en la deshecha tormenta, quando el diestro Piloto, por librar lo que mas importa, arroja al Mar alguna parte de lo que conduce. No se dirige mi consejo à persuadirte aventuras nada de quanto oy possées, si no que asegures la conservacion de tu Persona, y de tu Imperio. Aviendote mostrado la experiencia, con tan continuadas infelicidades, quan à favor de nuestros Enemigos se han declarado los Dioses, y con quanta pertinacia persigue à los Persas la fortuna: no hallo otro recurso à nuestras desdichas, que el de renovar la guerra, debaxo de nuevos, y mas felizes auspicios. Pon las riendas del gobierno en manos de otro, que solo en la apariencia conserve el Titulo de Rey, lo que tardare en dexar el Asia libre de los Enemigos, que la afligen, para que quedandolo, y boviendote vencedor este sagrado depósito, puedas seguro restituírte al Trono con la brevedad, que debemos esperar de las presentes disposiciones. Porque aun la Bactria se balla entera, y los Indos, y los Sagues solo esperan tus ordenes, sin tantos Pueblos, y tantos millares de hombres aptos, afsi para la Cavalleria, como para la Infanteria, que podemos decir seguramente, son aun mayores las fuerças con que te hallas, que las que has perdido. Pues que es lo que nos obliga à

que tan sin necesidad aceleremos nuestra ruína? De grandes corazones es sin duda despreciar la muerte, no empero aborrecer la vida: antes si suele ser de espíritus cobardes, y à quienes es fastidioso el trabajo, abandonarla por buirle, malogrando quantos medios poocura solícito, y diligente el valor para su conservacion, y seguridad. Porque siendo la muerte el fin de todas las cosas, basta exponerse con generosa resolucion à ella, sin anticiparse presurosamente à buscarla. En cuya consideracion, si nos retiramos à Bactria, que es oy el mas seguro refugio, que se nos ofrece, debemos ceder al tiempo, y declarar por Rey à Beso, Gobernador de aquella Provincia, el qual reducido todo à estado tranquilo, y pacífico, te restituira como à legitimo Principe el Imperio, que depositares en él. No debe admirar, que irritado Dario de tan atrevido razonamiento, prorrumpliesse, aun sin penetrar toda la maldad, que disfrazaba en algunas demonstraciones de su justa indignacion, de quien dexandose llevar: Parece (le dixo) à desleal vassallo, y malvado hombre, que es y à tiempo de que declares tu traycion, sin el recelo de algun riesgo? Y echando mano à su cimitarra, iba à darle muerte, como lo huviera hecho, à no averse puesto de por medio Beso, y los Bactrianos, con semblantes doloridos en lo aparente, aunque con animo de aprisionarle, si intentasse passar à mas, y suplicádole se templasse. Con lo qual pudo escaparse Nabarçanes, à quien siguiò inmediatamente Beso, y aviendo separado del gruesso las Tropas que mandaban, tuvieron



entre sí Consejo secreto. En cuyo interin, discurriendo Artabazo con Dario de el estado de sus cosas, procurò templarle; y despues de averle persuadido repetidas vezes que se acomodasse al tiempo, le suplicò: *Se sirviessse de perdonar, ò la ignorancia, ò la locura de los que por ultimo debia mirar como à suyos; que considerasse tenia à la vista à Alexandro, que aun quando se hallasse con sus fuerças enteras, era vn poderoso Enemigo, y lo que seria de su Persona si llegaban à desampararle los pocos, que le seguian.* Persuadido, no sin alguna dicultad Dario, à tan vtil consejo, desistió de la resolucion en que estaba de decampar, por lo alterados que reconociò los animos de todos, y se retirò à su Tienda con igual tristeza, que desesperacion. Era imponderable el desorden, y desunion de aquel Exercito, en todo el qual no avia alguno que mandasse, ni atendiesse al bien comun, como hasta entonces. Patron, Coronel de los Griegos, les mandò: *Que tomassen las armas, y estuviessen promptos para executar lo que se les ordenasse.* Los Persas se hallaban retirados à vna parte, y Beso à otra, con sus Bactrianos, procurando ganar à aquellos, y llevarlos à Bactria: *Cuya opulenta Provincia les exageraba, representandoles estaba entera, y los peligros, à que quedaban expuestos, si permanecian alli.* Pero atentos los Persas à la fidelidad, que debian à su Principe, le respondieron uniformes: *Que seria gran maldad desamparar al Rey.* En tanto Artabazo hazia el Oficio de General, visita-

ba las tiendas de los Persas, y los exortaba, vnas vezes como General, y otras como Soldado particular, manifestandoles la seguridad con que estaba de su obediencia; despues de lo qual passò à la Tienda de Dario, à quien no, sin grandes instancias, hizo comer, y persuadiò à que mostrasse igual valor al que correspondia a su grandeza.

## CAPITULO X.

*Cruel determinacion de Beso, y de Nabarçanes, sobre entregar à Dario, ò darle muerte. Tienenla oculta, por estraños medios.*

**P**ERO Beso, y Nabarçanes, en cuyos perfidos pechos ardia la ambicion de dominar, resolvieron poner en execucion su intento. Y si bien no dexaban de prevenir, quan dificil les seria llegar al Trono, mientras viviesse Dario, por la grande veneracion con que atendian aquellos Pueblos à sus Principes, respetando aun en su mas decadente fortuna el nombre, y la sombra de la Magestad, y los vestigios de su antigua gloria; la oportunidad, y opulencia de la Provincia, que mandaban, poderosa en hombres, y armas, no inferior en su extension à las mayores del Oriente, respecto de contener la tercera parte del Asia, y tan abundante entonces de juventud, que solo de ella podian sacar igual Exercito al que avian perdido, los tenia tan confiados, que



que no solo despreciaban à su Principe, si no tambien à Alexandro, esperando, que si llegaban à hazerle Señores de ella, hallarian medios para restablecer el Imperio, y poder de los Persas. Finalmente, despues de aver conferido largo tiempo, sobre lo que debian executar: *Resolvieron apoderarse del Rey, por medio de los Bactrianos, que tenían entonces à su devocion, y aviendolo conseguido, participar à Alexandro, se le conservaban vivo: Que en caso que le disgustasse su traycion, que era lo que mas temian, darle muerte, y retirarse con sus Tropas à Bactria.* No podian empero apoderarse facilmente de la persona del Rey, por medio de alguna violencia, respecto del crecido numero de Persas, entre quienes se hallaba, los quales no era creible le abandonassen, ni tampoco los Griegos, cuya fidelidad temian aun mas. Con que les fuè preciso fiar del artificio, lo que no podian esperar de la fuerza. Mostraronse arrepentidos de su retirada, dando por disculpa de ella al Rey, el aver temido su indignacion, y solicitaron al mismo tiempo secretamente, llevar à su devocion à los Persas, y ganar la voluntad de los Soldados, vnas vezes con la esperança, y otras con el temor: *Representandoles el riesgo à que los exponian, y quan en breve perecerian debaxo de las ruinas de vn Imperio decadente, y proximo à su ruina; quando teniendo abierta la Bactria, podian assegurar-se en ella, y satisfacerse à mamianos llenas de sus riquezas, mucho mas excessivas de lo que imaginaban.* Mien-

tras passaba esto, buscò Artabazo, ò por orden del Rey, ò de motivo proprio, à Beso, y à Nabarçanes, à quienes assegurò avia depuesto Dario su enojo, y restituidolos à su gracia. Ellos afectando, entre fingidas lagrimas, algunas disculpas, que sirviessen de credito à la inocencia, que procuraban persuadir, pidieron à Artabazo, que patrocinasse su causa, è intercediesse por ellos. Aviendose pasado en esto la noche, se ofreciò Nabarçanes, al romper del dia, inmediato en la Tienda del Rey, con los Bactrianos, ocultando la maldad que le llevaba, con el aparente pretexto de asistir al cumplimiento de su empleo; y Dario, dada la señal para la marcha, tomó, como acostumbraba su carro. Entonces Nabarçanes, y los demas complices, postrados en tierra, tuvieron corazon para venerar obsequios al que en breves horas avian de reducir à prisiones, y derramar, en testimonio de su arrepentimiento, algunas lagrimas: Tan facil, y dispuesto està el corazon humano à la doblez, y disimulacion. Añadieron à ellas tan humildes, è incessantes ruegos, que no solo persuadieron à aquel Principe, por su natural blandura, facil à ser engañado, à que diesse entero credito à sus fingimientos, si no le obligaron tambien, à que enternecido vertiesse algunas lagrimas; pero ni estas, ni la consideracion del hombre, y Rey, contra quien conspiraban traydores, fueron bastantes à tem-



plar su inhūmana crueldad. Dario, pues, juzgandose fuera del peligro, que le esperaba, solo atendia a librarse de Alexandro, como del vnico Enemigo à quien temia.

## CAPITULO XI.

*Descubre Dario los intentos de los traydores: rehusa el socorro de los Griegos, que tenia presente, y seguro, y declara quiere morir antes, si gustan de ello los suyos, que desacreditarlos.*

**M** EJOR informado Patron, mandò à su Gente, que de ordinario iba con el bagage, que tomasse sus armas, y estuviesse prompta à executar sus ordenes. Seguia el Carro del Rey, esperando ocasion de hablarle, por hallarse noticioso de la conjuracion de Beso, el qual sospechandolo, no se apartaba de el, mas que por acompañarle, por assegurar su persona. Pero no pudiendo por algun tiempo conseguirla Patron, y aviendole interrumpido en las que intentò declararle, vacilante entre la fidelidad, y el temor, fiò de sus ojos, lo que no se atrevia à articular su voz, hasta que advirtiendole el Rey en el cuidado, con que le solicitaba atento, le preguntò por medio de vno de sus Eunuchos, llamado Bubace: Si tenia algo que decirle? Respondiòle: Que si; pero que deseaba fuesse à solas. Con lo qual, aviendole llamado el Rey, sin interprete, respecto de entender la Lengua Griega, le dixo Patron asì: *De cinquenta mil*

*Griegos que eramos, Señor, hemos quedado en el corto numero que vès, pero dispuestos todos à seguir la fortuna que corrieres, con la mesma fidelidad, que te hemos servido en tu mayor prosperidad, y gloria. Qualquiera retirada que elijas, serà nuestra Patria, sin que pueda separarnos de tu servicio accidente alguno. En esta suposicion, Señor, me veo precisado à suplicarte, por la mesma lealtad, que has experimentado tantas vezes en nosotros, passar à nuestra Tienda tu Quartel, y fies la seguridad de tu Real Persona de nuestro cuidado. Advierte, que yà para nosotros se acabò la Grecia, que la Bactria no nos es recurso, y que toda nuestra esperança se libra en ti, y ojala permitieffen los Dioses, consistiesse tambien la de todos los tuyos, para que te atendieffen con mayor amor. Baste empero, Señor, sin que me explique mas, decirte, que siendo extranjero, y de donde soy, no me atreviera à pedirte la guarda de tu Real Persona, à no verla tan arriesgada en otra, que la nuestra. Aunque ignoraba Beso la lengua Griega, el remordimiento de su conciencia, no dexaba de ponerle en algun recelo de que le huviesse descubierto Patron, cuya sospecha confirmò con la evidencia cierto Interprete, que aviendose hallado no lexos, pudo escuchar quanto dixo al Rey, y participarselo. Pero Dario aviendole oido con sereno semblante, le preguntò: Què le obligaba à aquel recelo? Patron, reconociendo, que yà no era tiempo de malograrle, le dixo: Beso, y Nabarçanes, Señor, conspiran à tu ruina, tu Imperio, y tu vida se ballan tan proximos al vltimo peligro, que*



## CAPITULO XII.

oy verà el Mundo, ò el fin de ella, ò el de los Parricidas. Verdaderamente, que Patron quedò merecedor de immortal gloria, por aver atendido con tan loable vigilancia à preservar al Rey de aquel riesgo, y que à vista de este suceso, son dignos de risa los que se persuaden, à que las cosas humanas se obran acafo, y solo por arbitrio de la fortuna; quando es cierto, à lo que juzgo, que gobierna sobera, y altissima Providencia el Universo, y que por oculta vnion, y trabazon de causas secretas, y determinadas mucho tiempo antes, se rigen todas las cosas con su regular orden, hasta que se cumple el fin, y destino de cada vna. Respondiòle Dario: *Que aunque se hallaba con bastante satisfacion de la fidelidad de los Griegos, no se resolveria nunca à desacreditar la de los suyos, separandose de ellos; porque le seria mucho mas sensible, que su desacato, el darles ocasion para el. Y que assi, tenia por mejor quedar expuesto entre los suyos à los vltres, que quisiessse hazer en el la fortuna, que librar en los estraños su seguridad; pues llegando à juzgarle los suyos por indigno de que viviesse, moriria siempre tarde, por presto que le hiziesse. Patron, desesperando de la vida del Rey, se bolviò para sus Tropas, resuelto antes à morir, que à desampararle.*



*Apoderase Besso de Dario, despues de averle engañado con fingidas lagrimas, y cautelosas palabras; y aviendolo aprisionado con cadenas de oro, le haze poner en vn Carro, tan indigno de la Magestad de su persona, como si huviesse olvidado, iba en el tan Gran Principe.*

Aunque avia resuelto Besso, con impetuoso ardor, dar luego muerte à Dario, difiriò hasta la noche siguiente la execucion de sus alevosos intentos, temeroso de no hallar en Alexandro perdon à su delito, fino se le entregaba vivo. Passò en el interin à dar las gracias à Dario: *De que se huviesse desembarazado, con tan gran destreza, de los artificiosos engaños de aquel traydor, à quien eran de tan poderoso incentivo las riquezas de Alexandro, para que pretendiesse hazerle presente de la cabeza de su Rey: Que no se admiraba, de que vn Mercenario, que exponia su vida al vil precio del dinero, hiziesse mercancia de la agena; ni de que hallandose sin prenda alguna de hijos, ni de hacienda, desterrado del Mundo, y por vltimo, enemigo de ambos partidos, se vendiesse à quien mas caro le comprasse. A cuyas expresiones añadió otras, en prueba de su justificacion, poniendo por testigos à los Dioses de su inocencia. Admitiòselas Dario, con demostraciones de que se las creia; porque aunque no dudaba de la noticia de los Griegos el estado*



tado de las cosas, en el qual le era no menos peligrosa la traycion, que la desconfianza de los suyos, le precisaba à conformarse con él. Componianse de treinta mil, los que por la ligereza de sus animos se hallaban dispuestos à qualquiera maldad, y Patron de solo quatro mil, à quienes, si cometia la guarda de su Persona, agravando la fidelidad de los Persas, daba en alguna manera ocasion, para que pareciesse menos culpable el parricidio; por lo qual quiso antes exponerse à él, aviendo de morir, que dexar el menor motivo, para que pretextassen tan enorme maldad. Sin embargo, respondió à Besso: *Que la justificacion de Alexandro, no era menos notoria que su valor, y que se hallarian engañados los que esperaban de él, premiaffe su infidelidad; pues ninguno tomaria mas severa satisfacion de ella que él.* Acercabase ya la noche; y si bien los Persas desarmados, segun su costumbre, iban à forragear à las Aldeas vecinas, los Bactrianos se mantuvieron por orden de Besso con las armas en la mano. En tanto Dario, hizo llamar à Artabazo; y aviendole referido lo que le avia participado Patron, fuè del mismo sentir, en quanto à que librasse su seguridad del cuidado de los Griegos, assegurandole, que los Persas le seguirian, luego que entendiesse su peligro. Pero no pudiendo huir su destino, incapaz ya de admitir consejo, ni de tener mas arbitrio, que el que necesitaba, para poder dár el ultimo vale à Ar-

tabazo, vnico consuelo fuyo en aquel infortunio, le abrazò, y bañado en sus lagrimas, y en las de aquel fino amigo, se asió tan estrechamente de él, que necesitò hazer este algun esfuerço para separarse; à cuyo tiempo, cubriendose Dario el rostro, por no aumentar su dolor, viendole partir anegado en su llanto, se arrojò en tierra, impelido de su desesperacion. A vista de lo qual, las Guardas de su Persona, mas atentas à evitar su proprio peligro, que à exponerse, como debieran, à los mayores, en obsequio, y seguridad de su Rey, y juzgandose incapazes de resistir à los Conjurados, como si ya los acometiesse, le desampararon, sin que quedassen en su Tienda mas que algunos Eunuchos, à quienes detuvo el no saber donde huir. Hizolos tambien salir de ella; y aviendo quedado solo, se mantuvo por algun tiempo combatido de varias imaginaciones, hasta que por vltimo, disgustado tambien de la misma soledad, que avia solicitado como alivio, mandò llamar à Bubace, à quien dixo: *Bastantemente has acreditado hasta este lance tu, y tus compañeros la fidelidad que me debeis; id, y libraos, que yo esperarè aqui el fin de mi vida.* Y bolviendose à él, le añadió: *Y no estrañes no me la quite yo mismo, pues solo dexo de hazerlo, porque quede otro, y no yo reo de esta maldad.* A cuyas lastimosas expresiones prorrumpiò el Eunucho en tierros, y crecidos gemidos, primero en la Tienda, y despues en el

Cam-



Campo, dōde rasgadas sus vestiduras, y deshechos en funestas lagrimas, concurren todos à lamentar la miseria de su Dueño. Cuyos tristes, y ruidosos clamores llegando al Quartel de los Persas, los pusieron en gran confusion, no atreviendose à tomar las armas, temerosos de que los cargassen los Bactrianos, ni à subsistir allí, sin hazer algo en obsequio de su Rey, para evitar la ignominia de averle desamparado tan vergonçosamente. Todo era en aquel Exercito, ya sin Cabeza, y sin Dueño, desorden, y confusion. La gente de Bello, y Nabarçanes, persuadida à que no podia ser otra la causa de tan vniversal llanto, que la muerte de Darío, passò à decirles: *Se la avia dado èl à si mismo.* Con cuya noticia partieron aceleradamente, asistidos de los demás complices, y llegaron à su Tienda, donde aviendose asegurado de que era vivo, dieron orden para que le prendiessen, y le asegurassen con cadenas. Tal fuè el fatal destino de aquel gran Rey, de aquel poderoso Monarca, que aviendose visto poco antes en vn ostentoso, y sobervio Carro, arbitro soberano de tantos Pueblos, como los que reverentes tributaban à la Magestad de su Persona, no inferiores adoraciones, que las que ofrecian à Dios; se hallò repentinamente oprimido, no ya por extraño poder enemigo, sino por la cruel alevosia de sus proprios Vassallos, Esclavo de sus Esclavos, y arrojado en vn vil Carro, cubier-

to de grosseras pieles. Su plata, y sus muebles quedaron, como por derecho de Guerra, expuestos al pillage, en cuyo execrable botin, aviendose satisfecho la codicia de los Traydores, empezaron à retirarse. Artabazo tomò la marcha, con los que avian quedado en la obediencia, y las Tropas de los Griegos, àzia las Tierras de los Parthos, creyendose allí mas seguros, que en compañía de los Parricidas. Pero los Persas, movidos de las promessas de Bello, y no sabiendo à què resolverse, se juntaron à los Bactrianos, con quienes los revnieron tres dias despues. Sin embargo, los Traydores, porque no se dixesse dexaban de hazer à su Rey los honores, que debian; ò lo mas cierto, porque no quedasse escarnio, de que no se valiesse la fortuna, en desprecio, y vltirage de aquel Príncipe, le aprisionaron con cadenas de oro; y temiendo fuesse conocido por sus Reales insignias, hizieron cubrir todo el carro en que iba de grosseras pieles, y que le llevassen personas, à quienes fuesse desconocido, para evitar le mostrassen à los que preguntassen por èl, y que à lo largo le siguiessen algunas Guardas.

)(?)(





## CAPITULO XIII.

*Sabiendo Alexandro la infelicidad à que se hallaba reducido Dario, marcha contra el Exercito de los Persas; pero Besso, y los demás Parricidas, temiendo sus Armas, y la presencia del Vencedor, dexan à Dario cargado de muchas heridas, y se entregan à la fuga.*

**A**VIENDO sabido Alexandro, que Dario se hallaba entre Ecbatana, dexò el camino de la Media, que avia llevado hasta entonces, y le siguió à acelerado passo. Luego que llegó à la Ciudad de Tabas, que está en los últimos terminos de Paxetacene, le participaron algunos Transfugas, que huía aceleradamente à la Bactria. Pero mejor informado despues por Bagysthenes, Babylonio, supo no se hallaba preso, aunque muy proximo à estarlo, ò à perder la vida. Con cuya noticia, llamó à toda prisa à sus Cabos, à quienes dixo: *La última, y mayor empreſſa, que nos falta por executar, si bien la mas facil de quantas hemos obtenido, se nos ofrece. Dario se halla à corta distancia de aqui, abandonado, ò muerto por los suyos. No ignorais, que en su Persona consiste el complemento de nuestras Victorias. Por lo qual es preciso, que procurèmos no se nos escape; partamos, pues, con promptitud, para que tan estimable preſſa sea premio de nuestra diligencia. Conformes todos en poner en execucion su gusto, respondieron à vna vez: Que estaban promptos à se-*

*guirle, sin que los detuvieſſe, ni el trabajo, ni el peligro. Llevòlos, pues, no à passo de marcha de Guerra, sino à carrera abierta, sin permitirles por la noche el descanso, que pedia la fatiga del dia, hasta que despues de aver caminado quinientos estadios, llegaron por último al Village, donde Besso hizo prisionero à Dario. Aviaſe quedado alli Melon, Interprete de aquel infeliz Principe, por aver caido malo; el qual embargado de la preſſe de Alexandro, y fingiendo se avia detenido alli para rendirle su obediencia, le participò de todo lo sucedido. Siendo empero preciso permitir algun rato de descanso à aquellas Tropas, despues de tan largas jornadas, se ocupò el Rey mientras le lograbán, en reforçar los seis mil Cavallos escogidos, que tenia de trecentos hombres, à quienes llamaban *Dimarchas*; los quales armados pesadamente, aunque marchaban à cavallo, combatian à pié, quando el lugar, y la ocasion lo requeria. En esta disposicion le hallaron Orſillo, y Mithracenes; los quales aviendo abandonado el partido de Besso, y detestado su traycion, iban à ofrecerſe: Refirieronle, que los Persas se hallaban à cinquenta estadios de alli, por el camino ordinario; pero que ellos le conducirian por otro mas corto. Recibiòlos el Rey con gran gusto, y admitiendolos por Guias, partiò al anocheſcer con vna parte de la Cavalleria ligera, ordenando à su Phalange, que le siguieſſe con la mayor preſſe, que le fueſſe poſſi-*



posible. Marchaba en forma de Batalla, y con tal ordenança, que aunque llevaba à galope su gente, podian juntarse siempre, que la ocasion lo pidiesse, los primeros à los vltimos. Aviendo caminado, pues, en esta disposicion trecientos estadios, encontrò à Brocubello, hijo de Mazeo, Governador que avia sido de Syria; el qual yendo tambien à rendirle, le assegurò: *Que Besso solo estaba à doscientos estadios de él, y que desordenado su Exercito, marchaba sin el menor recelo: Que le parecia era su intento tomar la derrota de Hircania; pero que si se apresuraba le cogeria sin duda desprevenido; y que Dario aun vivia.* Fue esta noticia de tanto mayor estímulo para la continuacion de su marcha, quanto dando deespuelas à los Cavallos, partieron à toda rienda. Percebian yà el ruido de la de los Enemigos; pero no podian verle, respecto de impedirle la demasiada polvoreada que levantaban: por lo qual fuè preciso hazer alto, mientras se apagaba. Llegaron à verse los dos Campos, à cuyo punto se retiraron los Barbaros, aunque con tan grandes ventajas, que pudieran aver esperado muy à favor suyo el suceso, si como tuvo Besso atrevimiento para cometer el parricidio, huviesse tenido valor para dàr la Batalla; porque demás de la superioridad de sus fuerças à las del Enemigo, no podia dexar de serles de considerable ventaja el pelear frescos, y descansados, con los que llegaban rendidos, y fatigados del camino. Pero el nombre, y la re-

putacion de Alexandro, que en la Guerra es de suma importancia, los atemorizò de suerte, que se entregaron à la fuga. Besso, y los demás Complices, aviendo esperado à Dario, le persuadieron à que se pusiesse à cavallo, para librarse de caer en manos de su Enemigo; pero èl bien lexos de hazerlo, les respondió: *Que los Dioses estaban prontos à vengarle; y implorando la fee de Alexandro, se opuso à seguir à los Parricidas, los quales irritados de su repugnancia, enderezaron contra èl sus dardos, y aviendole cargado de heridas, hecho lo mesmo en los Cavallos, que le conducian, para impedir, que passasse mas adelante, y dado muerte à dos Esclavos, que acompañaban al Rey, se separaron despues de tan detestable maldad, para dexar en diversas partes vestigios de su fuga, y engañar por este medio al Enemigo, si quisiessse seguirlos, ù obligarle à dividir por muchas partes sus fuerças.* Nabarzanes la encaminò àzia Hircania, y Besso àzia Baetra, seguido de poca gente de à Cavallo. Los Barbaros, abandonados de sus Cabos, se dividieron por vna, y otra parte, segun los guiaba su miedo, ò su esperança, sin que huviesse mas, que quinientos Cavallos, que se vniesen; aunque dudosos, en si les estaria mejor hazer resistencia, ò ponerse en fuga. El Rey, aviendo advertido el pavor de los Enemigos, hizo adelantar à Nicanor con vna parte de la Cavalleria, para cortarlos, y èl con el resto los cargò. Quedaron fobre



sobre el Campo mas de tres mil, que se pusieron en defensa, y los demás, sin llegar à ellos, por aver mandado el Rey, que cessasse la mortandad, fueron ahuyentados à manera de bestias. No hubo entre todos los prisioneros alguno, que diese noticia del Carro de Dario, de cuya fuga no se pudo descubrir el menor rastro, por mas diligencias que se hizieron. Apresurabase Alexandro de suerte, que apenas pudieron seguirle tres mil Cavallos; las Tropas enteras de los fugitivos, caian en manos de los que le seguian à passo mas lento. Siendo à la verdad, cosa bien estraña, que huviesse mas prisioneros, que gente para hazerlos, y que los tuviesse tan enagenados de sí su pavor, y infelicidad, que no conociesse la muchedumbre de los suyos, y el corto numero de los Enemigos, para oponerse à ellos. En tanto los Cavallos, que conducian el carro de Dario, no aviendo quien los conduxesse, dexaron el camino Real, y despues de aver andado quatro estadios à la contingencia, rendidos del calor, y de sus heridas, hizieron alto. Estaba cerca de allí vna Fuente, donde llevado Polistrato, Macedon, por los del País à templar en ella su sed, advirtió estando bebiendo del agua, que avia recogido en su celada, en los Cavallos, que morian de las heridas, de que estaban traspasados; y admirandose, de que fuesse antes heridos, que robados, acercandose mas, reconoció en vn grosero carro, cubierto de

pieles a Dario, cargado de muchas heridas, y yà en los vltimos trances de la vida; si bien conservando aun algun corto aliento. Llegóse à él con vno de sus prisioneros, para que le sirviesse de Interprete, à quien aviendo conocido Dario por el language, que era Persa, le dixo: *Que en aquel deplorable estado, à que le avia reducido su fortuna, le quedaba à lo menos el consuelo de hablar con quien le entendiesse, y de no malograr sus vltimas expresiones. Pidióle dixesse à Alexandro, que moria deudor de sus beneficios, y tanto mas reconocido à ellos, quanto no se los avia merecido con servicio alguno: Que le daba infinitas gracias, por la suma benignidad, con que bien lexos de parecer Enemigo, avia tratado à su Madre, à su muger, y à sus hijos, aviendolos conservado no solo la vida, si no tambien el mismo decoro, y grandeza, que mantuvieron en su primera fortuna; quando sus mas cercanos parientes, y amigos, siendole deudores de la vida, y de los muchos Reynos de que les hizo merced, desconocidos à tan crecidas honras, le avian privado con torpe ingratitud de vno, y otro: Que pedia à los Dioses prosperassen sus armas, haziendole Monarca del Universo. Y por lo que miraba al execrable parricidio de Besso, cometido en su Real Persona, esperaba de su justificacion, que no interesandose menos que su gloria, su propia seguridad en el exemplar castigo de ella, à que se ballaba tanto mas obligado, quanto era causa comun de todos los Reyes, dexasse en la severidad, y rigor de él bastante motivo al Mundo para el escarmiento. Finalmente, faltandole yà el aliento para proseguir, pidió de beber, y aviendo tomado vn poco de agua fresca, que le llevó*

Polis-



*Polistrato. O tu, qualquiera que seas, bien hechor mio (le dice) la vltima de mis desdichas es, hallarme impossibilitado de gratificarte este beueficio, que de ti he recibido. Pero espero, que te lo remunere Alexandro, y à Alexandro los Dioses, la benignidad, y clemencia, que ha vsada con los mios. La vnica prenda, que me ha quedado de mi Real feè, y afecto, es esta mano derecha, ruegote, que se la des por mi: Y diciendo esto, tomò la de Polistrato, y rindiò el espiritu. Cuyas cosas, referidas à Alexandro, le obligaron à que passasse*

*inmediatamente allà, donde al ver el cuerpo de Dario, prorumpiò en tiernas, y copiosas lagrimas, lamentandose del infortunio de aquel Principe, y del infeliz, è indigno fin de su gloria. Desdoblò su Manto, pusole sobre el cuerpo, y aviendole hecho embalsamar, y adornar con Regia pompa, se le embiò à Syfigambis, para que le hiziesse enterrar à vlsança de los Persas, y poner en el Real Sepulchro de sus Antecessores.*

 Fin del Libro quinto. 



## LIBRO SEXTO.

### CAPITULO PRIMERO.

*DESCRIPCION DE LA BATALLA, ENTRE LACÈDEMONIOS, y Athenienses. Vencedor Alexandro, concede la paz à los Griegos, que se avian soleuado en su ausencia.*

Suple-  
mento de  
Freinshe-  
mio.



O gozaban de mayor tranquilidad Grecia, y Macedonia, mientras passaba esto en Asia. Reynaba en Lacedemonia Agis, hijo de Archidamo, que dando socorro à los Tarentinos, fuè muerto el mesmo dia, que Philipo venció à los Athenienses, cerca de Cheronea. Este Principe, pues, movido de la emulacion en que le ponian la virtud, y gloria

de Alexandro, exortaba à sus Pueblos à que no tolerassen, que la Grecia padeciesse mas tiempo en ignominiosa servidumbre, la tyrana opresion de los Macedones; porque si no se prevenian con tiempo, caeria sobre sus cervizes el mesmo yugo. Y que assi debian, pues se hallaban con fuerzas suficientes para resistirlos, hazer los mayores esfuerzos, por preservarse de igual peligro, sin esperar à que enteramente deshechos, se hallassen impossibilitados à conservar la libertad, contra

Diodoro  
16. 89.  
Iust. 1.  
1. 5.

Diodoro  
17. 62.

Poten-



*potencia tan formidable.* Inducidos por este medio los animos, solo esperaban ocasion oportuna de tomar las armas, y aviendosela ofrecido la felicidad de las de Memnon, se juntaron con el. Y si bien sobrevino la muerte de este Capitan, muy en los principios de sus empresas, no por ella descaecieron del valor con que se avian declarado. Antes bien Agis passò à verse con Pharnabazo, y Autophrat, de quienes obtuvo treinta talentos de plata, y diez Baxeles, que embiò à Agefilao su hermano, para que passasse à Creta, cuyos habitantes se hallaban divididos, por seguir vnos el partido de los Lacedemonios, y otros el de los Macedones, y despachò Embaxadores à Dario, pidiendole mayor porcion de dinero, y mas Baxeles para la Guerra; cuyo socorro, en vez de atraerle la derrota, que padecieron los Persas cerca de la Ciudad de Issa, se le facilitò. Por que siguiendo Alexandro à Dario, y obligandole à retirar à sus mas remotas, y distantes regiones, passò à la Grecia todo el crecido numero de Soldados, que se avia salvado de aquella Batalla, de cuya gente tomò Agis ocho mil, que pagò del dinero de los Persas, con los quales vnidos à sus Tropas, pudo bolver à recuperar, como lo hizo, la mayor parte de las Ciudades de Creta. Y aviendo Memnon, à quien embio Alexandro à Thracia, obligado à que se soblevassen aquellos Barbaros, para cuyo reparo llegó allí Antipatro con Exercito, que

llevò de Macedonia, aprovechandose los Lacedemonios de aquella ocasion, ganaron à su partido todo el Peloponeso, menos algunas Ciudades de corta importancia: juntaron vn Exercito de veinte mil Infantes, y de dos mil Cavallos, y hizieron General de el à Agis. De lo qual noticioso Antipatro, bolviò con gran presteza à la Grecia, despues de aver acomodado lo mejor, que pudo las cosas de Thracia. Asistieronle con su socorro los amigos, y aliados de Alexandro, con el qual, y las Tropas auxiliares, que avia juntado, llegaba su Exercito hecha la reseña à quarenta mil combatientes. Porque aunque del Peloponeso le avian ido mucha, no le pareciò seguro fiarse dellas: *Si bien les estimò su afecto, y la demostracion de aver passado à ofrerse contra los Lacedemonios en obsequio de Alexandro, à quien les ofreciò representar su fineza, para que se la remunerasse à su tiempo.* Pero respecto de no necissitar por entonces de mas Tropas, que las que tenia, les pidiò se bolviessen à su Patria, con el seguro de que avian cumplido, con la obligacion de su Aliança. Despues de lo qual despachò al Rey repetidos Correos, avisandole de los movimientos de la Grecia, los quales le hallaron cerca de Bactra. Pero no por esto dexò Antipatro de dàr la Batalla, en la qual decidiò la Victoria la rota de Agis, que fuè muerto en Arcadia. En cuyo interin, hallandose Alexandro antes que se llegassen los avisos de Antipatro, con algunos recelos de las inquietudes

Diodor.  
17. 62Iust. 12.  
1. 8.  
Diodoro  
17. 63Frontin.  
2. 11. 4Arriano  
2. 3. 10.  
&c.  
Curt. 4.  
1. 39Arriano  
2. 3. 21.  
3. 5. 10.Curt. 7.  
4. 32Curt. 4.  
1. 3.  
Diodor.  
17. 48



Arriano  
3. 1. 12.  
Arriano  
35. 3. 20.  
Plutarco  
Agésilao,  
cap. 25.  
Æschines  
contra  
Ctesiph.

inquietudes de los Lacedemonios, avia dado desde allí, en medio de hallarse tan distante de Macedonia, y de Grecia, quanta providencia le fuè posible. Porque ordenò à Amphotero, que passasse al Peloponeso con Baxeles de Chipre, y de Phenicia; y à Mene-te, que hiziesse llevar àzia el Mar tres mil talentos, para poder proveer de mas cerca à Antipatro de quanto dinero necesitasse, por temer las perjudiciales consecuencias, que podian resultar de esta Guerra. Si bien, noticioso despues de la Victoria, y comparando esta expedicion, con las que avia obrado por sí, dixo: *Que aquella Batalla avia sido solo de Ratoncillos.* Fueron felices à los Lacedemonios los principios de esta Guerra, en los quales obtuvieron Victoria de los de Antipatro, cerca de Corrhago, cuya fama llevò à su Aliança, à quantos tenian pendientes del suceso su determinacion, fin que entre todas las Ciudades de los Eleos, y de los Acheos, huviesse otra, que Pellene, que desdenasse su aliança, y Megalopolis en la Arcadia, la qual se mantuvo firme en el partido de Macedonia, por la memoria, que conservaba de Philipo, de quien recibió considerables beneficios. Aunque aviendose hallado bien apretada de vn vigoroso sitio, es sin duda, que se huviera rendido, à no aver acudido Antipatro à su socorro. Acampò à no larga distancia de los Enemigos, y aviendo reconocido estaba mas fuerte que ellos, assi en el numero

de las Tropas, como en lo demás, resolviò presentar luego la Batalla. No la rehusaron los Lacedemonios, si bien, trabado el combate, se les declarò muy contrario el suceso. Por que aunque confiados en la disposicion del lugar en que se avia de pelear, despreciaban la ventaja, que les hazia en el numero de la gente el Enemigo, esperando no la podria lograr allí con ningún fruto, respecto de su estrechez; aviendo llegado à las manos, hallaron en su resistencia à los Macedones, con no menor esfuerzo al con que los acometieron; lo qual fuè causa de que se derramasse mucha sangre de ambas partes. Pero socorriòles Antipatro frequentemente à los suyos con gente de refresco, que substituyesse el lugar de los heridos; y no siendo facil à los Lacedemonios el hazerlo, se hallaron necesitados à retroceder. Agis viendo en derrota à su gente, se entrò en medio de la refriega, y haziendo gran estrago en quantos se le oponian, obligò à retirar à muchos Enemigos. \* Púseronse en fuga los Macedones, que poco antes se mostraron victoriosos, dexandose cargar sin resistencia, hasta que, aviendo sacado à lo llano à los Enemigos, que con ardor les seguian, y ganado vn lugar, donde pudieron hazerse firmes, restablecieron el combate. Señalabase entre todos los Lacedemonios el Rey, assi por sus armas, como por la gentil disposicion de su Persona, y aun mas por la grandeza de su espiritu, en que es

*Pugna  
discrimen  
immisit*

\* Desde  
aquí  
Quinto  
Curcio.

Polibio  
2. 28.  
Æschines  
Pausan.  
lib. 1.  
Curt. 6.  
1. 10.



sin duda, que ninguno le excedió. Tirabanle de lexos, de cerca, y de todas partes recibia en su escudo muchas cuchilladas, y evitaba no pocas con su destreza, hasta que herido de vn bote de Lança en vn muslo, de que arrojò gran porcion de sangre, y faltandole las fuerças para continuar el combate, en que aun insistia, le sacaron de èl los suyos sobre los escudos, no sin los crecidísimos dolores, que le causaba en las heridas el movimiento. Mas los Lacedemonios bien lexos de desmayar à vista de aquel golpe, apoderados de vn puesto ventajoso, y cercados en sus Esquadrones, resistieron la carga, que dieron en ellos. No ay memoria de combate, mas sangriento, y cruel. Avian llegado à las manos dos de los mas belicosos Pueblos del Mundo, con iguales fuerças, alentados vnos de su antigua gloria, y esforçados otros de la grandeza, que gozaban; peleaban aquellos por la libertad, y estos por el Imperio; faltaba à vnos la cabeza, y à otros el terreno, y aumentaba en todos la esperança, y el temor, la diversidad de sucesos, con que parece gustò la Fortuna de ver disputar en solo vn dia la Victoria à tan valerosos hombres. El Campo de Batalla era tan estrecho, que no pudiendo pelear sino vna parte de sus Tropas, las demás solo servian de testigos, y de esforçar desde el parage donde se hallaban, con las voces, y con las acciones à sus compañeros. Finalmente, fatigados los Lacedemonios del

gran calor, y pudiendo apenas sostener las Armas, las quales se les deslizaban con el copioso sudor, empezaron à desmayar, y à retirarse por vltimo, para tener campo mas abierto à la fuga, si el Enemigo los oprimiesse. Cargabalos furiosamente el Exercito vencedor, y aviendo passado todo el espacio, que avian ocupado mientras durò el combate, seguia vivamente à Agis. El qual viendo su Exercito deshecho, y sobre èl à los Enemigos, mandò à los suyos, que le pusiesen en tierra, y aviendo hecho prueba consigo, de si sus miembros correspondian aun à la generosidad de su animo, sintiendose sumamente desfallecido, se puso por si mismo de rodillas, y cubriendose prestamente con la celada, y el Escudo, manejando vna Pica, desafiaba en aquel estado à los mas valientes à que llegassen à despojarle de sus Armas. Ninguno empero se atrevió à acercarsele, aunque desde lexos le disparaban gran cantidad de Dardos, que rebatia contra el Enemigo, hasta que por vltimo penetrado el desnudo pecho del bote de vna Lança, que por si mismo se la sacò de èl, y no pudiendo subsistir ya mas tiempo, afirmado en su Escudo, rindiò sobre sus mismas Armas el espiritu. Murieron en aquella Batalla de la parte de los Lacedemonios cinco mil trecientos y sesenta; y de la de los Macedones no passaron de trecientos, pero apenas hubo quien saliesse de ella sin herida. Cuya Victoria no solo fuè



fuè causa de la ruina del poder de Sparta, y de sus Aliados, sino tambien de que quantos, librada su esperanza en el suceso de ella, solo aguardaban su fin, para declararse la perdiessen. No lo ignoraba Antipatro, ni tampoco que muchos, que iban à el, procurando acreditar su regocijo, le fingian; pero deseando poner fin à la Guerra, le pareció preciso dexarse engañar. Y si bien la felicidad de aquel gran suceso le tenia con el gusto, que era conseqüente à el, el recelo de la envidia, que le ocasionaria, y los riesgos de que serian causa las ilustres acciones, que para obtenerle avia obrado, las quales excedian de la esfera de General, no dexaban de tenerle en bastante inquietud, como quien tambien sabia, que aunque Alexandro gustaba de ver vencidos à sus Enemigos, era tanto lo que sentia lo quedassen por medio de Antipatro, cuya gloria le parecia disminuia mucho la suya, que no podia disimularlo. Atento, pues, aquel diestro Politico à este riesgo, no se atrevió à disponer por sí de nada de la Victoria, convocò à los Estados Generales de la Grecia, para deliberar con su acuerdo lo que pareciesse mas conveniente. No pidieron en aquella Junta otra cosa los Lacedemonios, sino que se les permitiesse embiar vna Embaxada al Rey, el qual no puso dificultad en perdonarlos, con excepcion de los Autores de la rebuelta, à quienes hizo castigar. Determinòse tambien en ella, que los Megalopoli-

tanos, cuya Ciudad estuvo sitiada, pagassen à los Acheos, y à los Etolos ciento y veinte talentos. Este fin tuvo aquella Guerra, la qual se extingió con la mesma presteza, que se encendió, y antes que Dario quedasse deshecho en la Batalla de Arbela.

## CAPITULO II.

*Invencible Alexandro en la Guerra, se dexa vencer en la ociosidad de las delicias. Corre voz en el Exercito de que avia recordado de aquel adormecimiento.*

**P**ERO Alexandro, à quien hasta entonces avia sido mas molesto el descanso, que las mayores fatigas de la Guerra, no huvó bien empezado à gustar de el, quando se entregò à los deleýtes; de suerte, que no aviendo podido ser vencido de las Armas de los Persas, lo quedó de sus vicios. No passaba yà los dias, y las noches sino en desordenados Banquetes, en licenciosos Juegos, en mugeriles Festines, y en torpes embriaguezes. Con cuyos vituperables excessos, y el de aver imitado en todo los estilos, y costumbres de los Persas, teniendolos por mejores, que los de su Patria, dexò tan disgustados à los suyos, que yà no le miraban como à Dueño, sino como à Enemigo; no pudiendo tolerar los que se hallaban acostumbados à vna rigurosa disciplina, à vn moderado, y vulgar alimento,



que satisficicse las necesidades de la vida, que los corrompíese con aquellas disoluciones, y los habituasse à las costumbres de los vencidos. De esto se originaron las frequentes conspiraciones contra su Persona, los peligrosos motines en sus Tropas, y la desenfrenada libertad, con que hablaban de èl; siguiendose tambien las precipitadas violencias, las mal fundadas sospechas, los temores, y lo demás, que diremos. Passando, pues, los dias, y las noches en los banquetes, y no pudiendo ser siempre los manjares su ynico divertimiento, le alternaba con diversos generos de juegos, y de passatiempos; y no contento con los Farfantes, y Musicos, que avia hecho llevar de Grecia, hazia cantar à las mugeres Cautivas canciones à su vñança, que eran tan estrañas, como desapacibles à los oídos, de los que no estaban habituados à oirlas. Avia entre las demás vna, cuya tristeza era mas excessiva, que la de todas, y igual à la gran repugnancia, y verguença, que mostraba de ser vista entre las otras, y cuya singular belleza hazian parecer mayor los efectos de su honestidad, y recato; à cuya instancia, manteniendose con los ojos baxos, hazia quanto le era possible por ocultar su rostro. Pareciòle al Rey, que no era aquella muger de esfera vulgar, ni capáz de hallarse en tan licenciosos festines, y aviendola preguntado *quien era?* y respondiòle ella: *Que meta de Ocho, Rey de Persia, nacida de vna hija suya, que*

*casò con Histopes, pariente de Dario, y General de vn poderoso Exercito. Conservando aun aquel Principe algunas reliquias de sus primeras virtudes, atendió compasivo à su desgracia, y à la Real Estirpe de quien descendia, y la puso en libertad, la restituyó todos sus bienes, y hizo se buscasse à su marido, para bolverla. Cuyo suceso fuè causa, de que mandasse el dia siguiente à Ephestion, pusiesse à todos los Prisioneros en Palacio, donde aviendose reconocido la calidad de cada vno, se separaron de las comunes, à las personas de la primera esfera, de la qual se hallaron diez, y entre ellos à Oxatres, hermano de Dario, no menos illustre por sus merecimientos, que por la grandeza, y representacion de su hermano; y à cierto gran señor Persa, llamado Oridates, el qual estando condenado à muerte por Dario, permanecia aun en las prisiones; libròle de ellas el Rey, y diòle el Gobierno de la Media, y admitió al hermano de Dario al numero de sus confidentes, haziendole los honores de que era digno por su Real nacimiento. Importò la vltima pressa veinte y seis mil talentos, de quienes se repartieron doce entre los Soldados, aviendose descubierto igual porcion de los Prisioneros, por los mismos, que la guardaban. Passò desde alli Alexandro à la Region de los Parthos, Pueblos desconocidos entonces; pero oy Cabeza de todas las Naciones, que estàn de aquella parte del Tygris, y del Euphrates, y se estien-*



estienen hasta el Mar Roxo. Ocupan aquellas hermosas, y fertiles llanuras los Scytas, formidables aun oy à sus vezinos. Tienen tierras en Asia, y en Europa. Los que habitan sobre el Bosphoro pertenecen al Asia; pero los demás, llamados Europeos, tocando à la parte izquierda de la Tracia, confinan con el Boristhenes, y corriendo en derechura se dilatan hasta el Tanais. Passa aquel Rio entre Europa, y Asia; y es cierto, que los Parthos, que reconocen por Fundadores à los Scytas, no salieron del Bosphoro, sino de la Europa. Ofreciase en aquel tiempo allí vna Ciudad muy celebre, fundacion de los Griegos, y cuyo nombre era *Hecatompylos*: detuvo se en ella Alexandro algunos dias, y diò orden para que se recogiesse en ella de todas partes la mas considerable porcion de viveres, que se hallasse. Dando en ellos ocasion la ociosidad, como fuele, à algun Soldado deseoso de novedades, para que esparciesse la falsa voz de que el Rey, contento con lo que avia obrado, tenia resuelto bolverse à Macedonia, fuè tan grande la conmocion que causò en el Exercito, divulgada por todo el, sin que se pudiesse averiguar su autor, y tal la impresion, que hizo en los Soldados, los quales corrian, como insensatos, à sus Tiendas, à recoger cada vno su bagage, que no parecia sino que se avia dado la señal para desalojar. Buscaban vnos aceleradamente à sus camaradas, y cargaban otros sus carros, cuyo tumulto, dilatan-

dose por todo el Campo, llegó à oídos del Rey. Diò ocasion à aquella falsa voz, el aver licenciado las Tropas Griegas, y concedido seis mil dineros a cada Cavallero; con lo qual tuvieron los Macedones por concluida enteramente la guerra. El Rey, cuyo disignio era dilatar sus conquistas à la India, y à los vltimos terminos del Oriente, aviendo llamado à su Tienda à los principales Cabos de su Exercito, se lastimò con ellos, no sin lagrimas, de que le precisassen à interrumpir à la mitad de el el curso de sus gloriosas conquistas, y à bolverse à su Patria vencido, mas que victorioso: Deciales, que aquella ignominia no le procedia de la flaqueza de sus Soldados, sino de la embidia de los Dioses, los quales se avian conspirado à infundir en sus valerosos corazones el deseo de la Patria, para quitarle los medios, de que bolviessse prestamente con mayor honra, y reputacion à ella. A cuyas expresiones, movidos todos, le ofrecieron su sangre, y sus vidas, assegurandole de la promptitud con que los hallaria, dispuestos à quanto les ordenasse, por dificil, y arduo que fuese; y igualmente de la de los Soldados, à quienes le manifestaron seria bien procurasse inducirlos à sus intentos, con la blandura de sus palabras, proporcionadas à su genio; pues tenia experiencia de quan poderosas, y eficaces eran en sus animos, los quales jamás se vieron tristes, ni caldos: alentandoles el, sino con la misma alegria, y marcial ardor, con que se presentaba el al combate. Prometiòles



que lo haria; si bien les pidiò, que dispusiesen por su parte los animos; y despues de aver proveido en lo que juzgò por necessario para aquella accion, junto su Exercito, le hablò de esta manera.

## CAPITULO III.

*Oracion de Alexandro à sus Soldados, exortandolos à concluir la guerra comenzada en Afsia.*

**N**O me admiro, ò Soldados! que si considerais las grandes empreffas, que hemos executado, os balleis satisfechos de gloria, y que no busqueis yà sino solo el descanso. No entrando en numero los Illirios, los Tribalos, la Beocia, la Thracia, los Spartanos, los Acheos, el Peloponeso, todos los quales he sujetado, à vnos por mi Persona, y à otros por medio de mis Generales, y debaxo de mis auspicios; ni tampoco el Helesponto, donde ha tenido principio la guerra, hemos preservado à los Jonios, y Eolos de vna cruel servidumbre. Hallamonos Señores de Caria, de Lidia, de Capadocia, de Phrigia, de Paphlagonia, de Pamphilia, de Pisida, de Cilicia, de Tiro, de Phenicia, de Armenia, de la Persia, de los Medos, y de los Parthos, cuyo crecido numero de Provincias, entre quienes no sè si respecto de èl he olvidado alguna, excediendo, à lo que juzgo, aun al de las Ciudades, que poseen otros, me obligaria à poner fin à mis Conquistas, si me hallasse asegurado de que lo quedaban, entre Pueblos vencidos, con tanta promptitud, y

à restituir, ò Soldados! aunque fuesse à pesar vuestro, à la proteccion de mis domesticos Dioses, al amor de mi Madre, y de mis hermanas, y à la compania de mis Ciudadanos, para gozar en el centro de mi Patria de la gloria, que con vosotros he adquirido. Porque allì es donde nos esperan los mas dulces frutos de nuestras Victorias, el gusto de vuestros hijos, de vuestras mugeres, y de las que os dieron al Mundo, la paz, el reposo, y la possession segura de quanto hemos comprado al precio de nuestra sangre. Pero en vn Imperio totalmente nuevo, y en quien no podèmos decir con certeza, que estabamos seguramente establecidos; y antes tanto mas lexos de averlo conseguido, quanto permanecen aun muchas cabezas rebeldes, que repugnan el yugo, es preciso, ò Soldados! tiempo para reprimirles, y vna suave, y dulce comunicacion, que poco à poco temple, y ablande la fiereza natural de sus animos. Aun las cosas insensibles necesitan de èl, para que las suavize, y disponga à que reciban la Ley, que la naturaleza les impuso, como ordinariamente lo experimentais en los frutos de la tierra, los quales no llegan à su perfecta sazon, sino por medio suyo. Juzgais por ventura, que tantos Pueblos, acostumbrados à otro dominio, y con quienes no tiene conformidad alguna nuestra Religion, nuestras costumbres, ni nuestra lengua, han quedado sujetos al tiempo mismo que vencidos? Pues creeis mal; porque el contenerse en nuestra obediencia, lo debemos à nuestras armas, no à su voluntad. Mientras estais presentes, os temen; pero ausentes, seràn vuestros enemigos. Siendo cierto, que nos es preciso hazer con ellos, lo que con las fieras, en quienes obrando el tiempo, lo que no se pudo esperar de su



su natural, las dexa domesticas, y mansas. Hasta aquí he discurrido, como si yá fuessemos enteramente dueños de quanto possèia Dario. Pero aun se halla Nabarçanes apoderado de la Hircania, y el Parricida Beso, no contento con ocupar la Baçtra, nos amenaza. Los Sogdianos, los Dahos, los Massagetas, los Saces, y los Indos no reconocen dominio. No bien avrèmos buuelto las espaldas, quando estos Pueblos se declararán contra nosotros, siendo todos de vna Nacion, nosotros estraños, y natural que apetezcan mas el señorío en los propios, aunque sea menos suave, que en los agenos. Por lo qual es preciso, que, ò perdamos lo adquirido, ò que adquiramos lo que nos falta que ganar; apartando, à imitacion del Medico, que para conseguir la salud de vn cuerpo humano, procura evaquare de todos los malos humores, quanto puede ser nocivo à nuestro Imperio. Muchas vezes vna pequeña centella no advertida, ha originado considerable incendio. Nunca es seguro despreciar lo mas leve en el Enemigo; porque del descuido nace la disminucion propia, con que crece su diligencia, aumentando sus brios, y poder. Aun el mismo Dario no llegó por derecho succesivo al Real Trono de Ciro, sino porque en él le colocò el credito de Bogoas, de que podeis inferir el corto trabajo, que avrà costado à Beso, apoderarse de vn Reyno abandonado. Verdaderamente, ò Soldados! que sería grande ignominia nuestra, que le huviessemos vencido, para dár sus Estados à vno de sus Vassallos, el qual despues de aver cometido el mayor de los delitos en la Persona de su Rey, al tiempo que le ofrecian su socorro los estraños; y que nosotros, aunque le haziamos guerra, le huvieramos perdonado, sin duda vencedores, le reduxo qual Cautivo à

prisiones, y por vltimo le diò muerte, para defraudarnos la gloria de averle librado de ella. Y este monstruo quereis que Reyne? Y que esto se sufra? Por lo que à mi toca es cierto, que no foffegarè hasta ver, que pendiente de vna horca, satisface à todos los Reyes, y Pueblos del Mundo las penas de su perfidia. Si inmediatamente à nuestra partida nos llegassen à decir, que saqueaba las Ciudades de la Grecia, y del Helesponto, con què gusto escuchariais, que aquel malvado se hiziesse dueño de los premios de vuestras victorias, y conquistas? En cuyo caso, no dudo, que colericos tomariais las armas, y que no las depondriais hasta dexar castigada su orgullofa offadia. Pues quanto mejor es oprimirle aora, que se halla preocupado del horror de su delito, y fuera de sí? No necesitamos de mas tiempo, que el de quatro dias para el camino. Pues què detendrè tan corto espacio en lo mejor de sus conquistas, à los que han passado por tantas, y tan crecidas nieves; à los que han vadeado tan caudalosos Rios, y à los que han penetrado las elevadas cumbres de tan inmensos Montes? Mayormente no teniendo yá Mares, cuyas crecidas olas nos impidan el passo, ni estrechos, que nos le cierren; pues se nos ofrece todo tan llano, y facil para la victoria, que parece podèmos tenerla por segura. Solo cinco, ò seis Parricidas, y otros tantos Bagabundos, son los que nos han quedado por extinguir. Con què esclarecida accion ilustrareis vuestra gloria, y coronareis todas las demàs, eternizandolas al Mundo, si vengais la muerte de vuestro Enemigo, y manifestais, que extinguido con su vida vuestro odio, no permite semejantes maldades vuestra generosidad? A cuyo intento, no prevenis quan obedientes, y obsequiosos experimentareis à los Persas,

*de poco  
viene  
a mucho*



*reconociendo estos la justificacion con que emprendeis las guerras, y que vuestras iras no miran à su Nacion, si solo à castigar el delito de Beso?*

#### CAPITULO IV.

*Descripcion de Zioberis, admirable Rio. Ofrece Alexandro à Nabarçanes el perdon, que solicita por medio de su carta de seguridad; y hallandose cercano al Mar Caspio admite à su gracia à los Capitanes de Dario.*

**F**UE oída esta oracion con tan grande aplauso de los Soldados, que todos à porfia dixerón en altas voces, que los llevase adonde fuesse servido. Aprovechándose el Rey de aquel ardor, pasó à las Tierras de los Parthos, y llegó en tres dias à la Frontera de Hircania. Dexò à Cratero con las Tropas, que mandaba, y con las de Amintas, reforçadas de seiscentos Cavallos, è igual numero de Archeros, para assegurar à los Parthos de las correrias de los Barbaros. Diò orden à Erigio, para que conduxesse el Bagage por la llanura con corta Escolta; y viendose adelantado èl quinientos y cinquenta estadios, acampò en vn Valle, que està à la entrada de Hircania. Ofrecese alli vn Bosque de crecidas, y espesissimas Arboledas, bañado de infinitos Arroyos, que descendiendo de las Rocas vecinas, fertilizan todo aquel Valle. Nace de las faldas de aquellos Montes el Rio Zioberis, el qual corre por es-

pacio de tres estadios sin diminucion alguna, hasta que rompiendose su raudal en vna Roca, se divide en dos brazos iguales. Desde alli, haziendose mas rapido, y siempre mas impetuoso, por el encuentro de las Peñas, que halla en el camino; se precipita debaxo de tierra, donde corre manteniendose oculto toda la extension de trecientos estadios. Buelve despues como à renacer de otro origen, y à hazer nueva, y mas espaciosa canal, que la primera, respecto de tener trece estadios de largo, hasta que aviendose reducido à mas estrechas margenes, entra por vltimo en vn Rio llamado Rhidage. Asseguran los naturales, que quanto se introduce en la Caberna donde el Zioberis se oculta, que es la mas cercana à su origen, buelve à salir por la que desemboca en el Rio, como lo comprobaron algunas personas, à quienes aviendo hecho Alexandro entrar alli dos Toros, que embiò para la averiguacion, asseguraron averlos visto salir por el desembocadero. Aviendose detenido alli quatro dias, para que refrescasse su Exercito, recibió vna Carta de Nabarçanes, complice en el delito de Beso, en que le dezia: *Que nunca mirò con odio à Dario, à quien siempre avia representado lo que juzgò de su servicio, exponiendo su vida al riesgo de perderla, por averlo hecho con zelo, y claridad. Pero que aviendo resuelto aquel Principe, contra toda razon, fiar de estrañas Tropas la guarda de su Persona, en desloro, y descredito de la fidelidad, que los de su Nacion avian conservado inviolablemente*



à sus Reyes, por espacio de ducientos y treinta años; y reconociendo proxima su ruina, tomó el consejo, que le ofreció la necesidad presente, siguiendo en esto al mismo Darío, el qual aviendo muerto à Bagoas, se justificò con el Pueblo, dando por disculpa la de averlo executado, porque conspiraba contra su vida. Que siendo esta la cosa mas apreciada de los mortales, el deseo de conservarla, le avia reducido à aquellos terminos. Pero que protestaba aver executado en esto, no lo que quisiera, sino lo que no pudo escusar necesitado. Que en las calamidades publicas, à qualquiera le era permitido mirar por sí, y procurar assegurarle. Y que en esta atencion, si le mandaba fuesse à ponerse à sus pies, lo haria sin el menor recelo de que faltasse tan gran Rey à su palabra; y tanto mas assegurado, quanto sabia no era capaz de engañar à los Dioses quien lo era. Pero que sino le juzgaba digno de concederle esta honra, no le faltarian en su destierro Lugares donde retirarse; pues para los hombres de valor, era Patria suya qualquiera que eligiesse. No hallando Alexandro dificultad para concederle su palabra, à vñança de los Persas, le embió à decir: Que podria ir seguramente. Sin embargo, hizo que marchasse su Exercito en buen orden à quatro frentes, y de rato en rato se embiasse Corredores à reconocer los passos. La Cavalleria ligera iba en la Banguardia, seguia la Phalange, luego el resto de la Infanteria, y detrás el Bagage. Conteniafe el Rey entre sus Guardas, por el recelo en que le ponía la condicion belicosa de aquellos Pueblos, y la calidad de la Tierra, cuyas entradas

son sumamente asperas. Porque todo es vn continuo Valle, abierto, y espacioso, hasta el Mar Caspio, desde donde se dilatan por ambas partes Montes en forma de dos grandes brazos, los quales cierran aquel espacio, y torciendose, hazen vn seno à manera de media luna. Los Cercetas, Mofinios, y Chalybes quedan à la izquierda, y de la otra parte los Leucosirios, y los Campos de las Amazonas, miran estos al Septentrion, y aquellos al Occidente. El Mar Caspio, cuyas Aguas son mas dulces, que las de los otros Mares, cria Serpientes de prodigiosa magnitud, y Pescados de bien diversa color, que los ordinarios. Algunos le llaman Mar de Hircania, y otros Caspio; y no falta quien crea, que las Lagunas Meotides entran en el, à cuya mezcla de Aguas atribuyen el que sean menos saladas aquellas, que las de los demás Mares. El viento de Septentrion le embravece horriblemente, dilatando tanto sus ondas, que anegan vna estendidissima porcion de tierra; pero luego, que cessa este, se retraen à sus limites, con la mesma impetuosidad que salieron, dexando la tierra en su primera faz. Otros han juzgado, que no es el Mar Caspio, sino el de la India, que cae en la Hircania, desde cuya mas elevada parte va descendiendo poco à poco; y dilatandose, como hemos dicho, en vn perpetuo Valle. Adelantòse de allí el Rey veinte estadios por Lugares casi inaccesibles, sobre quienes avia vna Selva, cuyos caminos eran tan quebrados



brados, por los muchos Arroyos, y abenidas, que los inundan, que le fuè preciso detenerse en algunas partes. Pero no efreciendof. Enemigo alguno, passò sin peligro; y por vltimo llegò à mejor Comarca, la qual, demás de abundar en aquel tiempo de todo genero de granos, goza siempre de excelentes Viñas, y Mançanas. Pueblanla muy espesos Arboles, entre quienes son los mas comunes à la manera de las Encinas, cuyas hojas amanecen cargadas de miel, si bien es preciso recogerla antes que salga el Sol; porque sino, se derrite inmediatamente aquel delicado rocío, al menor calor que participa. Aviendo passado el Rey treinta estadios mas adelante, le salió al camino Phrataphernes, y se le rindiò, con los que le avian acompañado en la fuga, despues de la muerte de Dario. Recibiòlos à todos benignamente; y despues de aver llegado à la Ciudad de Aruas, llegaron à ella tambien Cratero, y Erigyo, llevandole à Phradates, Governador de los Tapuroros; el qual experimentò en el Rey tan grandes honras, que su exemplo moviò à muchos à procurar merecerfelas iguales, con la misma demonstracion. Diò despues el Gobierno de Hircania à Menapis, que desterrado en tiempo de Ocho, passò à ampararse de Philipo; y conservò en el de los Tapuroros à Phradates.

\*\*\*

\*\*\*



\*\*\*

\*\*\*

## CAPITULO V.

*Aviendo recibido Alexandro à Artabazo con grandes muestras de afecto, perdona à los Griegos, que avian socorrido à Dario; y despues de aver vencido à los Mardos, condesciende con el ruego de la Reyna de las Amazonas.*

**D**ESPUES de aver atravesado toda la Hircania, llegò à su prescencia Artabazo (de cuya gran fidelidad à Dario hemos tratado) con algunos parientes de aquel infeliz Principe, con sus hijos, y buena tropa de Soldados Griegos. Al acercarse à el le tomó el Rey la mano, y hizo muchas caricias, en memoria de la amistad, que tuvo con el Rey Philipo, su Padre, debaxo de cuya proteccion se mantuvo, mientras durò la persecucion de Ocho; pero aun mas por la fidelidad, que guardò à su Principe, en medio de los considerables favores, que recibì de Philipo. Reconocido aquel venerable anciano à las honrosas demostraciones de Alexandro, le dixo: *Que rogaba al Cielo por la larga duracion, y felicidad de su Imperio; y porque colmase de las mayores dichas su Persona, à quien no podia dexar de manifestar, que quanto era grande el gusto con que celebraba la dicha de ponerse à sus pies, tanto el sinfabor, que recibia de hallarse por su crecida edad impossibilitado de gozar por mucho tiempo de su benignidad. Era esta de noventa y cinco años: llevaba consigo nueve juvenes,*



nes, hijos suyos, de gentil disposicion, y avidos todos en vna misma Madre; ofreciòlos al Rey, pidiendo à los Dioses *les concediesse vida, en quanto fuesen de provecho à su servicio.* Aunque caminaba Alejandro de ordinario à piè por aquellos Campos, atendiendo à que su exemplo no obligasse à aquel anciano à hazerlo, con tan grande incomodidad, mandò prevenir Cavallos para èl, y Artabazo. Y despues de aver acampado, hizo llamar à los Griegos, que avia llevado este consigo; los quales respondieron: *Que sino se les concedia tambien salvoconduto à los Lacedemonios, pensarian en lo que avian de executar.* Eran estos los Embaxadores de Lacedemonia, embiados à Dario, que despues de su derrota, se avian juntado con los Griegos, que tenia à sueldo suyo. No quiso concederle el Rey, ni darles prenda alguna; mandòles si: *Que compareciesen ante èl, y que entonces resolviera, lo que tuviesse por bien.* Con cuya respuesta, confusos, y inclinados vnas veces à vn dictamen, y otras à otro, determinaron por vltimo obedecerle; si bien Democrates, Atheniense, opuesto siempre à la grandeza de los Macedones, desesperando de su vida, se diò por si mismo muerte. Los demàs se rindiéron à discrecion, como lo avian resuelto. Eran mil y quinientos Soldados, y noventa Embaxadores. Reclutò con aquellos el Rey sus Compañias, y hizo bolver à sus Tierras à los demàs, excepto los Lacedemonios, à quienes mandò

poner debaxo de buenas guardas. Los Mardos, Pueblo vecino à Hircania, gente brutal, y acostumbra-da à la rapiña, fueron los vnicos, que mostrando disgusto de obedecerle, ni le embiaron Embaxadores, ni presentes. De cuyo desfacato indignado el Rey, y no pudiendo tolerar, que huviesse Nacion, que le pusiesse en duda el renombre de Invencible, dexò el Bagage, con gente que le guardasse, y bolviò contra ellos, acompañado de sus mejores Tropas. Marchò toda la noche, y al romper del dia se dexò ver de sus Enemigos. Reduxose esta faccion mas à tumulto, que à combate; porque arrojados los Barbaros de las Colinas, que avian ocupado, y puestos en fuga, se tomaron los Villages vecinos, abandonados de sus habitantes. Con todo, no pudo entrarse en lo interior del País, sin gran fatiga de el Exercito, respecto de componerse todo de Montañas, y Florestas inaccesibles; y de tener no menos impenetrables las llanuras, el extraño modo con que las fortificaban; porque plantaban Arboles muy cerca vnos de otros, cuyas ramas doblandolas con la mano quando estaban tiernas, y torciendolas despues por la punta, las bolvian à plantar, y fixar en tierra, de donde brotando, como de otra raíz nueva, y mas vigorosos troncos, no dexaban crecer à aquellos à quienes la naturaleza producía con mayor fertilidad, sino los entretegian vnos en otros; de suerte, que quando se hallaban cargados de ramos, y de ho-



hojas, cubrían toda la Campaña, y quedaban en forma de Redes ocultas, que embarazaban el passo. No avia otra forma de abrirle, que la de cortar los Arboles, pero era obra de gran trabajo; porque sus troncos, llenos de nudos, resistían al hierro; y sus ramos desnudos, y encorbados, en forma de arco, obediendo al golpe, le dexaban invtil; fuera de que los Naturales, acostumbrados à correr por entre aquellas Breñas, no de otra suerte, que las mismas Fieras, resguardados entre los mismos Bosques, herían desde ellos à su salvo en los Enemigos. El Rey, cercandolos à manera de Cazador, los echò de sus Fuertes, dando muerte à muchos; y embiò despues Soldados para que cercassen el Bosque, con orden de que entrassen dentro à la menor abertura, que se les ofreciese. Pero como inexpertos en la Tierra, desmandada la mayor parte, fuè prisionera, y con ellos el Cavallo Bucephalo, à quien estimaba Alexandro en mas, que todos los del Mundo. No consentia este, que le montasse otro, que no fuese Alexandro, à quien se ponía de rodillas siempre, que reconocia se llegaba à el, para que lo hiziesse, con tan grande instinto, que no parecia, fino que sabia à quien llevaba sobre sí. El Rey, mas irritado de lo que era justo, hizo, que con la mayor diligencia se buscase el Cavallo, y que se les notificasse los passaria à todos à cuchillo, fino se le bolvian. Con cuyas amenazas quedaron tan amedrentados los

Barbaros, que le embiaron el Cavallo, y algunos presentes, à pesar suyo. Pero no aviendo bastado à templarle aquella demonstracion, hizo cortar el Bosque, y conducir allí gran cantidad de tierra de los Montes, para que cubiertas de ella las llanuras, impedidas de los Ramos, y juntamente los Ramos, quedasse vnido, è igual todo el camino. Viendo, pues, los Barbaros adelantada la obra, y desesperando de poder resistir mas largo tiempo, se rindieron con todo el Pueblo, y dieron rehenes, los quales mandò el Rey se entregassen à Phradates; y aviendo gastado cinco dias en esta expedicion, se bolviò à su Campo, desde donde, despues de aver hecho mas excessivas mercedes à Artabazo, de las que avia recibido de Dario, le embiò à su Casa. No bien avia llegado à la Ciudad de Hircania, Corte en otro tiempo de Dario, quando passò à ponerse à sus pies Nabarçanes, con el seguro de su Real palabra: llevòle magnificos presentes, y entre otros rendidos al Eunuco Bagoas, cuya singular belleza le hizo tan querido de Dario, como lo fuè poco despues de Alexandro, el qual mas por su intercession, que por otro motivo, perdonò à Nabarçanes. Habitan, como queda dicho, àzia la Frontera de Hircania, en las Riberas del Rio Themedoon, y en las Campañas de Themizira, las Amazonas, mandaba su Reyna Thalestres, quanto se contiene entre el Rio Phasis, y el Monte Caucazo. Esta Princesa, pues, movida del



del ardiente deseo de ver à Alexandro, salió de sus Estados por conseguirlo; y aviendo llegado cerca de su Campo, le embió à decir: *Que vna Reyna iba à visitarle, llevada del ansia de conocerle, y que se hallaba à corta distancia de allí.* Respondiendola el Rey, que seria bien recibida: dexò el acompañamiento, y pasó à su presencia con solas trecientas mugeres, y luego que le viò, se arrojò del Cavallo, llevando dos Lanças en la mano derecha. No las cubren sus vestiduras todo el cuerpo; porque del lado siniestro traen descubierto el seno, y oculto lo demás; si bien la falda de la ropa, recogida en vn nudo, no passa de la rodilla. Cauterizan el pecho del diestro lado; porque no las embarace à afirmar el Arco, y à disparar las Flechas, reservando en el otro el alimento de las hijas. Miraba Thalestres al Rey sin alguna estrañeza, y observandole cuidadosa, no hallaba, que correspondiese su disposicion à la fama de sus hazañas; porque los Barbaros solo confieren su veneracion à la magestuosa gentileza del cuerpo, juzgando, que no puede ser capaz de grandes empresas, quien no se halla dotado de esta, y de vna singular belleza. Aviendola preguntado el Rey: *Qué tenia que pedirle?* Confessò sin rodeos: *No avia sido otro el fin de su jornada, que el de lograr hijos suyos, no juzgandose indigna de dár herederos à su Imperio. Que si paria hija, la llevaria consigo, y si Infante, se le dexaria.* Preguntòla, *si gustaria de ir à la Guerra con él?* Y ella, dando por disculpa, para no seguirle, la de no aver dexado Persona para el gobierno de

su Reyno, se escusò de hazerlo, insistiendo, con tan gran pertinacia, y ardor, en que la cumpliesse su liviano antojo, mucho mas encendida en èl, que el Rey, que le obligò à que se detuviesse allí algunos dias, y que de ellos concediesse trece à su ilícita comunicacion: cumplidos los quales, se bolviò ella à su Reyno, y Alexandro à la Provincia de los Parthos.

## CAPITULO VI.

*Ofendense los Macedones del modo de vivir de Alexandro; el qual, por evitar algun motin, se dispone à hazer la Guerra contra Beso. Empiezala por vna estratagemas, y sigue primero à Satiarçanes, por aver dexado su partido. Echa de las Montañas à los Barbaros, y toma la Ciudad de Artacacna.*

ALLI fuè donde el Rey, depuesto el embozo, dexò correr à riendas sueltas sus apetitos, convirtiendolos en soberbia, y lascivia la moderacion, y continencia, que tan admirable avian hecho hasta entonces su Persona, por la suma dificultad, con que se ven vnidas ambas virtudes en vna gran fortuna. Empezò à despreciar las costumbres de su Patria, deponiendo su loable disciplina, su moderacion en el vestir, y el regular orden de vida de los Reyes de Macedonia, cuya observancia juzgaba yà por indigna de su Grandeza, y siguiò el fausto de los Reyes de Persia, cuya orgullosa pompa se atrevia à querer competir con la gloria de los mismos Dioses. Gustò



de que los Vencedores de tantas Naciones, se postrassen à sus pies, à quienes acostumbro à exercicios viles, y baxos, tratandolos como à Esclavos. Ciño su frente de vna Diadema de Purpura, mezclada de blanco, como la avia traído Dario, y pusose la Ropa Persiana, sin advertir de quan infausto presagio suele ser para el Vencedor, tomar el trage del Vencido. Y si bien, para dár algun honesto color à sus pervertidas acciones, solia decir, que se adornaba con los despojos de sus Enemigos; lo peor era, que se habituaba tambien a sus costumbres, y que la soberbia del trage, y la del animo, corrian vniformes. Los despachos, que hazia para la Europa, los signaba con su Sello; pero con el de Dario los que eran para el Asia: manifestando en esto, quan dificil es, que vna cabeza sola pueda mantener dos Coronas. Obligò tambien à sus Capitanes, à sus favorecidos, y à los Grandes de su Corte, à que entrañen en la Moda Persiana; y aunque la miraban todos con grande aversión, ninguno se atrevió à oponerse à su gusto. Avia hecho vn Serrallo de su Palacio, y llenadole de trecientas y sesenta concubinas, numero igual al que tuvo Dario, con gran numero de Eunucos, prostituidos à todo genero de deshonestidades, y disoluciones. Los antiguos Soldados de Philipo, nuevos en la practica de tan torpes deleytes, detestando de ellos, se lamentaban de la corrupcion, de que avia inficionado las costumbres de los suyos, el contagio de los Barbaros, diciendo à vna voz todo el

Exercito: *Que con la Victoria avian perdido mas, que ganado; que con mucha mayor razon se podian llamar vencidos, aviendo tomado de aquella suerte los usos, y costumbres de sus Esclavos: y finalmente, que todo el fruto de su dilatada ausencia, se reduciria à bolver à sus Casas en el trage de los Barbaros, con la ignominia de ver, que posponiendolos Alexandro, hazia mayor aprecio de la compañía de los Vencidos, que de la de los Vencedores; y mas vanidad, que de ser Rey de Macedonia, de ostentarse Satrapa de Dario.* No ignoraba aquel Principe el disgusto de los de su Corte, y de su Exercito, à quienes procurò contentar à precio de mercedes, y de dispendios. Pero como por excesivo que sea con el que se compre la servidumbre, nunca puede ser grato à los hombres de generosos espiritus, temeroso de que pasasse à mayores demonstraciones, le pareció conveniente evitarlo, empleandolos en alguna faccion. Para lo qual le ofreció oportuna ocasion el atrevimiento de Beso, el qual adornado de las Reales Insignias, se avia hecho llamar Artaxerges, y juntar los Scythas, y los demás Pueblos del Tanais. Truxo la noticia al Rey Sattibarçanes, à quien recibido gratamente, confirmò en el Gobierno de la Provincia, que tenia antes. Pero respecto de hallarse el Exercito tan cargado de despojos, y de inviles Tropas, que apenas se podia mover, hizo poner en medio de la Plaza publica, primero su Bagage, y despues el de sus Soldados; y aviendo mandado reservar lo mas necessario, diò orden, para q̄ llevassen vno, y otro en Carros à vn gran Campo. Hallando-



dose pendientes todos de su determinacion, mandò por vltimo, que se retirassen de allí los Cavallos; y aviendo puesto fuego à su Bagage, diò orden, para que se executasse lo mesmo en todos los demàs. Veianse quemar aquellos ricos despojos en el fuego, que los mismos dueños encendian, las quales le avian apagado tantas vezes, por robarlos enteros à los Enemigos, sin que entre todos huviesse alguno, que se atreviesse à mostrar el menor sentimiento, porque se malograsse el precio de su sangre, viendo consumidas, por las mesmas llamas, las riquezas del Rey. El qual, aviendo templado su dolor con vn breve razonamiento, y dexados mas desembarazados, y prontos para todos sus exercicios, y mas gustosos de hallarse en estado de conservar su disciplina, que sentidos de aver perdido sus bienes, tomò su marcha àzia la Bactra; pero la inopinada muerte, que sobrevino de Nicanor, hijo de Parmenion, ocasionò tal tristeza en todo el Exercito, y especialmente en el Rey, que sin duda se huviera detenido à assistir à sus Exequias, à no estorvarfelo la falta de los viveres; si bien dexò à Philotas con dos mil y seiscientos hombres, para que las hiziesse à su hermano; y prosiguiò su marcha contra Beso. Tuvo en el camino noticias de Bactra, de que iba para èl con Exercito, resuelto à presentarle la Batalla; y de como Satibarçanes, à quien avia confirmado en el Gobierno de los Arioros, se avia solevado inmediatamente. Sobre lo qual, aunque quisiera llegar primero à las manos con

aquel, pareciendole mas conveniente deshazer antes à este, marchò à gran diligencia, y aviendo caminado toda aquella noche, llevando consigo Infanteria ligera, y Cavalleria, le cogiò desprevenido. Lo mas que pudo hazer Satibarçanes, fuè juntar dos mil Cavallos, y huir àzia la Bactra, à vista de lo qual se retirò el resto de sus Tropas à los Montes vecinos. Avia allí vna Peña rota, y precipitosa por la parte de Occidente, aunque por la de Oriente era menor, aspera, y cubierta toda de Arboledas, y de Fuentes, cuyas Aguas corrian en gran abundancia. Contenia su circuito treinta y dos estadios, y su cumbre vna llanura llena de Praderias, en donde alojaron los Barbaros la gente inhabil para el combate, atrincherando la demàs, que se componia de trece mil hombres, con los troncos de los Arboles, y los Peñascos en los passos mas impenetrables. Dexò el Rey à Cratero para que los bloqueasse, y partiò en seguimiento de Satibarçanes, hasta que entendiendo, que se hallaba bien distante, se bolviò al sitio de la Montaña, donde mandò limpiar, y derribar quanto le estorbaba la entrada. Pero no encontrado, sino precipicios, y rotos Peñascos, parecia delirio querer oponerse à la naturaleza. Sin embargo el Rey, cuyo invencible animo se encendia mas en el deseo de allanar las mayores dificultades, reconociendo quan imposible era passar adelante, y quan peligroso bolver atrás, rebolvía en su imaginacion todo genero de arbitrios, despreciando, como de ordinario



sucede, à quien se halla irresoluble, vnas vezes vnos, y otras otros, hasta que favoreciendole la fortuna en su mayor perplexidad, dispuso lo que no pudo prevenir el discurso. Levantòse por la parte de Occidente recio viento, à tiempo que los Soldados, con el fin de abrir algun camino por entre las Rocas, avian cortado gran cantidad de leña, la qual avia secado el Sol. Aprovechandose el Rey de ella, mandò hazer grandes hazes, y q̃ pueustos vnos sobre otros, llegassen à igualar con la altura de la Montaña. Executado asì, hizo introducir en ellos gran cantidad de fuego, el qual prendiendo al punto, y comunicandose à los Bosques inmediatos, arrojaba sus llamas el viento, hasta los mismos rostros de los Barbaros, con tan denso humo, que les quitaba à vn tiempo la vista, y la respiracion: probaban estos à huir, para evitar el vltimo peligro, por donde estuvièsse menos encendido el fuego; pero librandose de las llamas, daban en los Enemigos, y perecian todos con diferentes generos de tormentos. Precipitabanse vnos por las Rocas, caian otros en aquellos espantosos incendios, y fallecian otros de las Armas Enemigas, siendo pocos los que llegaban vivos à sus manos, y aun estos medio quemados. Bolviò desde allí el Rey adonde avia dexado à Cratero, el qual tenia sitiada à Artacacna, y solo esperaba su venida, para que tuviesse, como era justo, la gloria de su rendicion. Hizo, pues, Alexandro adelantar sus Baterias, de quienes atemotizados los Barbaros, puestas las ma-

nos sobre los Muros, le pidieron: *Que empleasse sus iras contra Satibarcanes, Autor de aquella rebuelta, y no en ellos, que imploraban su clemencia, y se rendian à su discrecion.* No solo los perdonò el Rey, sino los dexò tambien en possession de sus bienes. Encontrò al salir de allí sus Reclutas. Llevabale Zoylo quinientos Cavallos Griegos, y embiabale Antipatro tres mil de Illiria. Fueron con Philipo ciento y treinta hombres de Armas de Thessalia, y de la Lydia dos mil y seiscientos Soldados Estrangeros, y trecientos Cavallos de la mesma Nacion, que mandaba Andromacho. Con este refuerço entrò en las Tier-  
ras de los Drangas, Pueblo guerrero, y de quien era Satrapa Barçantes, el qual temeroso del castigo, q̃ merecia por complice en la maldad de Beso, se avia passado fugitivo à la India.

## CAPITULO VII.

*Dymno descubre à Nicomacho la conspiracion, que se disponia contra Alexandro, por medio de Cebelino su hermano, lo qual es causa de que Dymno se de muerte por sus mesmas manos.*

**A**VIA nueve dias, que el Exercito acampaba, quando el Rey, aunque invencible siempre à todas las fuerças estrañas, empezaba à ser assaltado de domesticas assechanças. Dymno, mal satisfecho del gobierno, y enamorado de vn Mancebo, cuyo nombre era Nicomacho, se fuè à èl demudado, y le hizo saber, que tenia vn negocio de la mayor gravedad, y conse-

quen-



quencia, que comunicarle; y facandole à vn Templo, le pidió: *Por su reciproco amor, y por las prendas, que avia en ambos corazones, que jurasse de guardarle secreto en lo que le fiasse.* Nicomacho, no previniendo, que pudiesse fer cosa, que le precisasse à revelarla, contraviniedo al juramento, condescendió con su instancia, jurando por los Dioses, que estaban presentes, de guardarle. Entonces Dymno le declaró: *Que estaba dispuesta vna conspiracion contra la Persona del Rey, en la qual entraba el, con las personas de mayor valor, y representacion del Exercito, y que se pondria en execucion dentro de tres dias.* No bien le hubo escuchado Nicomacho, quando le protestò: *Que no le avia prometido su feè, para concurrir à vn parricidio, ni podia creer, que huviesse juramento, q̃ le obligasse à encubrir maldad tan detestable.* Sobre lo qual Dymno, perdido de miedo, le abrazò, pidiendole con lagrimas: *Que entrasse en la conjuracion, ò que à lo menos, quando lo rehusasse, no fuesse traydor à vn amigo, que no pudo averle dado mayor testimonio de su afecto, que el de fiar de el su vida.* Pero insistiendolo en detestar su disignio, procurò atemorizarle, asegurandole: *Seria el por quien empezarian los conjurados la execucion.* A cuyas amenazas, añadiendo injurias, le llamaba algunas vezes cobarde, y otras perfido; desde quienes passaba à hazerle excessivas promessas, sin reservar dellas vn Reyno: efectos todos del crecido horror, en que tenia su animo el de tan gran maldad. Finalmente, sacando su Espada, y enderezandola à la gargan-

ta de aquel mancebo, y bolviendola despues à la suya, rogandole, y amenazandole à vn tiempo, fuè tanto lo que hizo, que le obligò à que le prometiesse: *Que no solo le guardaria secreto, sino que entraria tambien en la conjuraciõ.* Pero manteniendolo siempre Nicomacho su animo en el primer intento, despues de averle ponderado, à fin de assegurarle mejor, lo que podia con el su amor, para quien no avia imposible; le preguntò: *Quienes eran los que entraban en empreffa de tan gran sequencia, manifestando, le importaba mucho quedar noticioso de ellos?* Dymno, fuera de sì del gusto, no sabia con què estimarle, ni como alabarle la generosa resolucion de vnirse à las mas ilustres Personas de la Corte, à vn Demetrio, Capitan de las Guardas de la Persona del Rey, à vn Peucolao, à vn Nicanor, à quienes aadiò à Aphebeto, à Loceo, à Dioxeno, à Archipolis, y à Aminthas. Con lo qual, aviendose separado, Nicomacho passò inmediatamente à participar à su hermano, cuyo nombre era Cebalino, quanto avia entendido. Tuvieron por conveniente, q̃ Nicomacho quedasse en la Tienda donde se hallaban, para evitar, que viendolo en Palacio, donde no acostumbraba ir, entrassen los Conjurados en alguna sospecha, y que Cebalino fuesse, como lo hizo. Pero no pudiendo passar de cierta Pieza, por no tener mas entrada, esperò à que saliesse alguno, que le introduxesse à la en que se hallaba el Rey. Avianse, acafo, ido todos, y quedado, no se supo por què causa,



solo con el Philotās, hijo de Parmenion: llegando a el Cebalino, con demudado semblante, le refirió lo que avia sabido de su hermano, y pidió lo pusiese luego en noticia del Rey. Philotas, aviendo loado su fidelidad, volvió a ver a Alexandro, con quien, aunque estuvo dilatado espacio, tratando de materias bien diversas, no le dixo nada de lo que Cebalino le avia revelado. Cogiendole por la noche Cebalino a la salida, y preguntándole: Si avia hecho lo que le pidió? Le respondió con aspereza, que no, por no aver podido hablar al Rey, y pasó de largo. Al día siguiente le esperó al entrar en Palacio, donde le pidió, con el mayor encarecimiento, se acordasse de lo que le avia comunicado el día antes: Aseguróle, lo tenia bien en cuidado; y sin embargo, no le habló tampoco entonces en ello al Rey. Con lo qual, entrando Cebalino en desconfianza, y reconociendo quan peligrosa era la detencion, partió en busca de cierto Cavallero, llamado Metron, a cuyo cuidado estaba el de la provision de las Armas del Exercito, y le descubrió toda la maldad. Metron, aviendole hecho ocultar en la Pieza de las Armas, fue inmediatamente a dar quenta al Rey, que estaba bañándose. El qual, despues de aver embiado Archeros de su Guarda, para que al punto prendiesse a Dymo, y se le llevassen allí, entró donde se avia ocultado Cebalino. No bien le huyo visto aquel Mancebo, quando con demonstraciones de gran regocijo: *Aora sí, Señor (le dice) que*

*te veo fuera de peligro, reconociendo a los Dioses el beneficio de averte librado de tus Enemigos. Aviendole informado muy por menor de lo que avia pasado; le preguntó Alexandro: Quanto tiempo avia que sabia lo que le participaba? Y confesándole, que tres dias; persuadido el Rey, a que no pudiera averlo dilatado tanto, fino se hallasse complice en el delito, le mandó poner en prisiones. Pero descargándose Cebalino a gritos, diciendo: Que desde el mismo punto, que tubo la noticia, se la participó a Philotas, para que le diese quenta, como podría saberlo de él: procurando asegurarse mas en lo que le referia, volvió a hazerle ratificar en ello; a que protestando siempre Cebalino ser cierto lo que avia afirmado. Exclamó al Cielo; quejándose con lagrimas, de la ingratitud de vna persona, a quien avia querido tanto. En el interin Dymno, previniendo lo que podia quererle el Rey, se atravesó la Espada por el cuerpo; y embarazándole las Guardas el que acabasse de quitarse la vida, le llevaron a Palacio. Preguntóle en él el Rey: Que causa le avia dado, para que tuviesse a Philotas por mas digno, que a Alexandro, del Reyno de Macedonia? Pero estaba ya tal, que aviendo perdido el habla, volviendo la cabeza a otra parte, despues de vn profundo suspiro, rindió el espiritu. Hizo el Rey llamar a Philotas, a quien dixo: Cebalino se halla merecedor de la muerte, si por espacio de dos dias ha tenido oculta vna conspiracion hecha contra Mí; pero él se descarga con Vos de este delito, e insiste, en que no bien lo huyo sabido, quando*



## CAPITULO VIII.

*Philotas, hijo de Parmenion, à quien se tenia por Autor de esta conspiracion, ò por gran parte de ella, es preso à instancia de los favorecidos de Alexandro, y llevado à Palacio cubierta la cabeza.*

os diò parte. Verdaderamente, que quanto mayor es el lugar, que ocupais en mi gracia, tanto mas culpable, y sospechoso os haze vuestro silencio; pero es mas justo, que se crea este antes de Cebalino, que de Philotas. El juicio està à vuestro favor, si à lo menos podeis negar, lo que debeis cometer. Respondiò Philotas, con voz prompta, y animo sossegado; si es, que las interioridades de este, pueden colegirse seguramente por las exteriores demonstraciones del semblante: *Que era cierto averle referido Cebalino algunas palabras, dichas à Nicomacho, por un Mozo distraido; pero que juzgandolas, por su Autor, indignas del menor credito, las avia despreciado, por no exponerse à la risa del Mundo; si como presumiò, llegasse à paràr todo en averlas originado alguna diferencia poco honesta, entre dos sugetos tan viles. Pero que sin embargo, aviendose muerto Dymno, no estaba la materia en estado de dexar de apurarla: sobre que echandose à los pies del Rey, le suplicò empleasse antes su benignidad en perdonarle los desaciertos de la vida passada, que aquel yerro, de que se le arguia; pues solo le avia cometido en callar, hallandose muy lexos de aver pensado en cosa, que pudiesse ser de su desacierto. No es facil afirmar, si le diò credito el Rey, ò si disimulò su indignacion; lo cierto es, que en muestra de su desenojo, le diò la mano, y que le dixò: Le era mas creible, que huviesse despreciado el aviso, que no que se le huviesse ocultado.*

**S**IN embargo, aviendo tenido Alexandro Consejo con sus mas Confidentes, entre quienes no fuè llamado Philotas à el; mandò, que le llevassen allí à Nicomacho, el qual repitiò, por su orden, quanto avia referido à su hermano. Era Cratero vno de los favorecidos de Alexandro, y por esto mayor emulo de la grandeza de Philotas; y no ignorando, que por la repetida jactancia, con que se vanagloriaba de sus empresas, y servicios, avia desabrido algo al Rey; el qual, aunque no le tuviesse entonces por culpado, le juzgò siempre por de genio peligroso; y que no podia ofrecersele ocasion mas oportuna para destruir à su Enemigo, haziendo del zeloso, à fin de encubrir mejor su odio, hablò al Rey en estos terminos: *Pluviesse à los Dioses, Señor, que desde el principio de este negocio, le huvieras consultado con nosotros, para que, quando quisieras perdonar à Philotas, te persuadiessemos à que tolerasses, antes que fuesse desconocido, è ingrato à las obligaciones, à que te es deudor, que el que amenazandole con el peligro de la vida, le huviesse dado ocasion, para que pensasse mas en el riesgo de que se avia librado, que en el beneficio,*  
que



que avia recibido de Ti, concediendosela. De esta suerte quedará siempre con libertad, para maquinár contra Ti; y no sé, si Tú te hallarás siempre en estado de perdonarle: porque no es creíble, que la benignidad mude un corazón, en quien hubo capacidad para concebir parricidio tan execrable. No ignora, que los que para librarse de los rigores de la Justicia, han necesitado de toda tu clemencia, no tienen ya que esperar. Pero doy, que movido de su arrepentimiento, ó vencido de tu piedad, quiera quietarse; te persuades, á que Parmenion, General de tan considerable Exercito, como el que manda, de tan envejecida autoridad entre los Soldados, y cuya grandeza no es inferior á la tuya, querrá reducirse á reconocerte la deuda de la vida de su hijo? Ay cierta especie de beneficios, que mas que gratos, nos son odiosos; y uno de ellos es, el que impone la costosa obligacion de confessar, hemos sido merecedores de la muerte, de que siempre nos avergonçamos; á cuya causa procurará, que se entienda, antes le has hecho agravio, que gracia. Por tanto, Señor, no puedo dexar de decirte, que corre gran peligro tu vida, ni de perderte, que te dispongas á preservarla de él; pues aunque nos hallamos aun con muchos enemigos á quienes sojuzgar, como Tú te assures de los domesticos, no tienes que recelar de los estraños. Este fué el sentir de Cratero, con quien todos se conformaron, teniendo por sin duda, que si Philotas no fuese Autor, ó á lo menos complice, no procedería con el silencio, que usó. Porque qué hombre huviera (decian ellos) de algun pundonor, aunque de cortissimo discurso, no ya de la esfera de Philotas, sino del Estado Popular, que

aviendo recibido una noticia de tan gran importancia, no huviesse, á exemplo del mesmo Cebalino, partido luego á hazer participe de ella al mesmo Rey? Y el hijo de Parmenion, el General de la Cavalleria, y de quien el Rey fiaba sus mayores secretos, se escusaba, con que no avia dado el Rey oídos á su platica, para entretener á Cebalino, y embarazarle, que se valiesse de otro medio? Nicomacho, en medio de su juramento, no vió la hora de descargar su conciencia; y Philotas, aviendo estado todo un dia con el Rey, no se dignó, en tan largo espacio, y entre tantas palabras, quizá inútiles las mas, de expressar, las pocas, que pedia un negocio, en que no le iba menos, que la vida? Pero si eran mozos, poco dignos de credito, los que refirieron esto, para qué fué entretenerlos dos dias, como si los huviera creído? Por qué, si no daba assenso á ello, no despedía á Cebalino? Que los particulares desprecien el peligro, que mira á ellos, mostrando corazón, y no dexandose llevar ligeramente del sobresalto, está bien; pero quando se interessa la vida del Principe, es preciso temerlo todo, y creerlo, sin desestimar, aun lo mas inverisimil. Finalmente, todos concluyeron: Con que le pusiesse á question de tormento, para obligarle á confessar los complices. El Rey, encomendandoles el secreto, los despidió; y porque no se pudiesse sospechar aquella deliberacion, hizo publicar la marcha para el dia siguiente. Combidó tambien á Philotas, á que comiesse con él, siendo la última, que lo hizo, aquel infeliz favorecido; con el qual tuvo el Rey valor para comer, y mantenerle familiar conversaciõ, acabandole de condenar.



A la segunda Vigilia, Ephestion, Cratero, Ceno, y Erigyo, aviendo hecho encender hachas, entraron con poco acompañamiento secretamente en Palacio, adonde iban tambien Perdicas, y Leonato; los quales dieron orden à los que estaban de Guarda delante del Alojamiento del Rey, para que se mantuviesen toda la noche con las Armas. Aviafe distribuido tambien la Cavalleria por todos los Caminos, à fin de evitar el que ninguno llevase la noticia à Parmenion, que mandaba en la Media, con vn poderoso Exercito. Llevò en el interin Attarras à Palacio trecientos hombres armados, y diez Alguaciles; à cada vno de los quales seguian diez Archeros, que fueron distribuidos en diversos Cuarteles, para prender à los demás Conjurados. Attarras, embiado con los trecientos Soldados contra Philotas, escogió de ellos cinquenta de los mas briosos, para derribar la puerta, despues de aver mandado à los demás, que cercasen la casa, porque no pudiesse escaparseles por parte alguna. Pero yà fuesse seguridad de conciencia, ò yà averle rendido la fatiga, se hallaba entregado à vn profundo sueño, quando Attarras le aprisionò; y aviendo despertado de èl, al ponerle las esposas en las manos, exclamò à gritos, diciendo: *Hà, Señor, el odio rabioso de mis Enemigos ha prevalecido à tu benignidad!* Despues de lo qual le cubrieron el rostro, y le llevaron à Palacio, fin

que le oyessen otra palabra. El dia siguiente, aviendo tenido orden los Macedones de acudir armados al Alojamiento del Rey, llegaron à hallarse seis mil, y entre ellos gran cantidad de Mochileros, y Vivanderos, de quienes se llenò al punto el Palacio. Cubrian las Guardas à Philotas, temiendo no fuesse visto de los Soldados, antes que los hablasse el Rey, por ser antigua costumbre de los Macedones, que en tiempo de Guerra, conozca el Exercito de los delitos capitales, y en tiempo de Paz, el Pueblo; en cuyos casos se hallaba sin arbitrio el Rey, sino tenia el consentimiento de vno, ò otro. Expusose, pues, primero el cadaver de Dymno, estando la mayor parte del Pueblo ignorante de la causa de su muerte.

## CAPITULO IX.

*Oracion de Alexandro à sus Soldados, en que se quexa de la conspiracion de Philotas, à quien aviendole llevado delante de ellos, se dispone à su defensa.*

**D**EXÒSE despues el Rey vèr de todos, acreditando bien en la tristeza del rostro el dolor del animo, acompañado de los de su Corte, no menos melancolicos. Esperando todos el fin de su funesto aparato; se mantuvo el Rey por algun rato con los ojos baxos, y como fuera de sì, hasta que recobrado por vltimo, empezó con estas palabras: *En bien poco ha confitado (ò Soldados!) el no hallarme arre-*  
bata-



batado de vuestra vista, por la traycion de algunos malvados; pero la providencia, y misericordia de los Dioses me tiene sano, con vida, y en vuestra honrada presençia; la qual, quanto me es mas amable, que la propria seguridad, tanto me incita, con mayor ira, al castigo de los parricidas; porque al fin, no deseo vivir sino para vosotros, ni nada con mayor anhelo, que assegurar el mas dulce, y vnico fruto de mi vida en el gusto, que recibirè de poder recompensar los servicios de tan Valerosos Soldados, à quienes lo debo todo. A cuyas palabras le interrumpieron la continuacion los gritos, y gemidos de los Soldados, que al oirlas, se deshazian en lagrimas: O, y quanto mayor serà (profiguiò) la commocion, que harè en vuestros animos, quando diga los Autores de tan execrable atentado! No puedo articularlos, sin estremecerme, y como si aun se hallassen en estado de perdon, me embarazo de nombrarlos; pero bien lexos yà de toda cariñosa ternura, conozco, que es preciso vencer el sentimiento, alexar la memoria, y hazer notorio à todos, quienes son los Monstruos, que se conspiran contra su Principe, y el medio de encubrir tan horrible delito. Parmenion, en la edad que se halla, tan deudor de las honras, que recibió de mi Padre, como de las que le he colmado, y el mas antiguo de mis favorecidos, se ha hecho Cabeza de tan detestable traycion; y por orden suya, Philotas, su hijo, ha sobornado à Paucolao, à Demetrio, à esse miserable, que areis à arrojado, y à otros, preocupados del mismo furor, para que me quiten la vida. Levantandose entonces gran murmurio por todas partes, mezclado de indig-

nacion, y queexas; como succede de ordinario en la muchedumbre, mayor siempre entre Gente de Guerra, quando se dexa llevar del afecto, ò de la colera, hizieron llevar entonces à Nicomacho, à Cebalino, y à Metron; los quales depusieron todo lo que avian referido. Pero no descubriendose de su confession indicio alguno de que tuviesse parte Philotas en el delito, templando todos su furor, quedaron en fria suspension, considerando las palabras de los Acusadores. Mas bolviendo el Rey, prestamente à enlazar el hilo de su razonamiento: De què animo juzgais (les dice) à quien noticioso de materia tan importante la ha tenido oculta, no con otro fin, que con el que manifestamente ha declarado el infeliz de Dymno? Cebalino, haziendo una relacion llena de incertidumbre, no temió los tormentos; y Macron, no atreviendose à dilatar vn momento el dàr cuenta, passò à buscarme hasta el Baño, y solo Philotas, ni temió, ni creyò. O Valeroso Varon, en cuyo semblante inmutable, no hizo impresion alguna la noticia del peligro en que se hallaba tu Rey, ni causò la menor alteracion novedad de tan grande importancia! Hà Soldados, silencio tan culpable, no era sin fin determinado! El deseo de Reynar precipitò à aquel animo al mas feo de los delitos. El Padre es Señor de la Media, y la autoridad, que yo he dado al hijo en mis Exercitos, le ha adquirido la mayor parte de los Cabos; con que hallandose tan poderoso con mis fuerças, se juzgaba yà capaz de aspirar à todo. Puede ser tambien, que me despreciasse al verme sin sucesion;



sion; pero engañabase en esto, porque teniendolos Yo à vosotros por hijos, por Padres, y por parientes míos, nunca podía estar sin successores, mientras vosotros viviesséis. Y dicho esto, hizo que se leyese vna Carta de Parmenion, escrita à sus hijos Nicanor, y Philotas; en la qual, à la verdad, no se ofrecia expresion, que pudiesse convencerlos de algun mal intento; porque en substancia solo se reducía à decirles: Que mirassen por sí, y por los suyos; porque de esta suerte conseguirían el fin propuesto. A que añadió el Rey: Que estaba escrita en aquel tenor, para que llegando à manos de los hijos, pudiesen entenderla los complices; y cayendo en otras, no tuviesse el riesgo de que penetrassen algo de ella. Si; pero diráse (decía el mismo) que Dymno no nombró à Philotas entre los conjurados. No es esso prueba de su inocencia, credito si de su autoridad, tan formidable aun à los que le pudieran destruir, que confessando el delito proprio, no se atrevieron à declarar el suyo. Y por ultimo, nada muestra mejor lo que él es, que su misma vida, y lo que conmigo ha obrado. Este fué complice con Amyntas, quando, en medio de ser primohermano mio, conspiró contra mi vida en Macedonia. Este fué quien casó à su hermana con Attalo, mi mortal enemigo. Este, quien participándole Yo, por cumplir con el cariño que le tuve, la favorable respuesta del Oraculo de Jupiter Hammon, no pudo abstenerse del imprudente atrevimiento con que me respondió, que me acompañaba en el regocijo de hallarme colocado en el numero de los Dioses; pero que se compadecia de los que avian de vivir debaxo de quien se

creía mas que humano. Non son estos testimonios seguros de vn corazon envenenado en venenoso encono, y embidia de mi gloria? Pero con todo, ô Soldados! he reprimido quanto me ha sido posible mis justos sentimientos, pareciendome, que rasgaba Yo mismo parte de mis entrañas, si disminuía alguna de la Grandeza de aquellos à quienes avia elevado. Mas no trato yà de castigar las palabras, que articula la facilidad de la lengua, si las obras, y disposiciones à que han passado estas. Las obras digo; pues si me teneis por Persona digna de credito, Philatas ha sido quien contra Mí ha afilado las Armas, para penetrarme con ellas el pecho. Si à vista de esto le dexo libre, en qué parte estará seguro? De quien fiaré mi vida? Acogeréme por ventura à la Cavalleria? Mas ay! como si por ser la parte mejor de mi Exercito, la he puesto debaxo de su gobierno? No le he hecho General de ella, y de la juventud mas Noble, fiando de él la vida, la esperanza, y la victoria? No he elevado à su Padre al mesmo colmo de honor, de Grandeza, y de autoridad, en que me aveis puesto? Y finalmente, no le he preferido à todos para el Gobierno de la Media, Provincia excessivamente superior à las demás en riquezas? No he puesto debaxo de su obediencia nuestros mejores Ciudadanos, y Compañeros, para que de donde mas esperaba mi seguridad, sea de donde mas tema mi peligro? Quanto mayor huviera sido mi felicidad, si huviesse muerto en alguna refriega, ô quedado en ella antes pressa del Enemigo, que víctima aquí de vn Ciudadano? Libréme de los peligros que temia, y he caído en los que no debia recelar. Vosotros, ô Soldados! acostumbraís encargarme muy de



de ordinario, que cuide de mi Persona: pero aora en vosotros està el concederme, lo que basta aqui me aveis persuadido, que haga. A vosotros, pues, me acojo, assegurandome en vuestros brazos, y en vuestras Armas: contra vuestro gusto, no quiero la vida; pero si este es de que la goze, no podrè conseguirla, mientras no quedare vengado por vosotros. Mandò despues, que llevassen allí à Philotas, el qual iba con las manos ligadas sobre las espaldas, y cubierta la cabeza con vn vil lienço. Reconociase en los semblantes, que los que poco antes le avian mirado con irritacion, yà entonces, viendolo en aquel estado, se compadecian de su infortunio. Tuvieronle el dia antes General de la Cavalleria, no ignorando, que se avia hallado al Real Combite, y logrado los mas especiales favores de su gracia, y repentinamente le advertian delinquente, condenado, y en manos de el Verdugo. Ofreciafeles, tambien, la deplorable fortuna de su Padre, aquel gran Capitan, aquel Personage illustre, Conciudadano suyo, que no aviendo enjugado las lagrimas, por la perdida reciente de dos hijos Hector, y Nicanor, se continuaba su infelicidad, hasta hazerfele en ausencia suya al vnico, que le avia quedado, el proceso, destinandole al vltimo castigo. Pero Amyntas, vno de los Generales del Rey, viendo que la Junta se inclinaba à piedad, procurò irritarla nuevamente contra Philotas, diciendo: *Que avia querido entregarlos à los Barbaros, para que quedassen encerramente impossibilitados de bolver à*

*su Patria, y à la vista de sus mugeres, y de sus parientes, derramados como cuerpos sin cabeza, y sin nombre, por aquellas estrañas Tierras, al escarnio del Ene-migo.* No fueron estas palabras tan gratas à Alexandro, como juzgò Amyntas, porque renovando à los Soldados la memoria de su Patria, y de sus Mugeres, temia perdieffen el vigor, y disposicion con que los deseaba para otras empreffas. Tambien Ceno, en medio de hallarse casado con su hermana, prorrumpiò, aun con mayor violencia, que los demàs, contra el, llamandole à grandes voces *Parricida del Rey, del Exercito, y de su Patria;* y tomando vna piedra, que tenia à los pies, para tirarle, deseoso, como algunos creen, de librarle por este medio del tormento, le detuvo el Rey, manifestando; *no consentiria se passasse à mas, hasta que huviesse dado sus descargos.* Teniendo, pues, Philotas permission para hazerlo, ò afligido del remordimiento de su conciencia, ò absorto de la grandeza del peligro, se manifestò tan conturbado, que no se atrevia à levantar los ojos, ni abrir los labios: derramò copiosas lagrimas, y faltandole las fuerças, cayò en los brazos del que le tenia, el qual enjugandose las, procurò esforçarle. Finalmente, recobrando poco à poco el espiritu, y la voz, y dando muestras de querer hablar, se anticipò el Rey à decirle: *Que allí tenia à los Macedones, que avian de ser sus Juezes; pero que deseaba saber antes, si avia de hablarles en su Lengua nativa?* A que le respondió: *Que respecto de hallarse, demàs*  
de



de los Macedones, otros muchos, que entenderian mejor de Lengua Griega, se valdria de ella, como lo avia hecho el al mesmo fin. Buelto entonces el Rey à los suyos: No advertis (les dice) como aborrece aun su lengua natural? de dignandose de hazer en ella su defensa? Pero use de lo que gustare, como tengais presente, que no le son menos odiosas nuestras costumbres, que nuestra lengua. Y dicho esto, se retirò para que Philotas diessè principio à sus descargos, como lo hizo de esta fuerte.

## CAPITULO X.

*Defensa de Philotas, en la qual niega enteramente la acusacion contra el.*

**T**AN facil es à vn inocente hallar voces con que hazer su defensa, como dificil à vn infeliz contenerse en los limites de la moderacion. Esta es la causa de que hallandome por vna parte asistido de la seguridad de mi buena conciencia, y combatido por otra de mi adversa fortuna, no acierte à conformar la vna con la otra, ni à acomodarme al tiempo, sin ofensa de mi reputacion. Falta de aqui el mejor de mis Juezes, y no se à què atribuir el no aver querido asistir à mi descargo; pues tan igualmente podia absolverme oyendole, como condenarme, sin dexarme con su retiro destituido de la esperanza de que revoque la sentencia, que contra mi ha fulminado, no estando enteramente informado de mi causa. Pero aunque conozco, que la defensa de quien se halla en el estado, à que me veo reducido, no solo será inútil, sino tambien odiosa, en quanto pareciere, que

esta se dirige, mas que al informe, al gravamen del Juez, que me ha cargado de estas prisiones, no puedo, sea como fuere, faltarme à mi; ni dár ocasion al Mundo, para que en el se diga, que Philotas contribuyò à su ruina. No discurre en què se funde mi culpa, quando ninguno de los Acusadores me incluye entre los Conjurados. Porque, ni Nicomacho ha hecho mencion alguna de mi, ni Cebalino puede aver sabido mas de lo que le participò su hermano; y sin embargo, me juzga el Rey por Cabeza de la Conjuracion. Es creible, que si lo fuesse, huviera dexado de declararselo Dymno à Nicomacho, quando le preguntò; quienes eran los Complices; no aviendo omitido medio de que no se valiesse, para inclinarle à su intento? Ni es prueba tampoco, de que quiso perdonarme el averme passado en silencio; porque si la confianza de Nicomacho le facilitò, que no eximiendose aun à si, se le confesasse culpado, y que declarasse à los demás, que lo eran; por què omitiria à Philotas, si lo fuesse? Pidoos por gracia (ò Compañeros míos!) que me digais, si Cebalino no huviesse gustado de irse à mi, y de descubrirme los Conjurados, me hallaria necesitado à comparecer aqui el dia de oy à dár mis descargos, sin ser acusado? Pero demos caso, que Dymno viviesse, y que quisiesse perdonarme, pareceos, que todos los demás, que confiesan lo que les revelò, callarian, por favorecerme, lo que miraba à mi? La desgracia trae en si misma bastante malicia, y al delincuente, en lo mas riguroso del tormento, le suele ser de alivio ver, que otros le padezcan. Es possible, que tantos Complices, puestos en el, no han de aver dicho la verdad? Ninguno



perdona al que merece la muerte; ni à lo que yo juzgo, el que ha de morir, gusta de que quede con vida, quien se halla igualmente culpado en el delito, porque èl la pierde. Mas bolviendo al vnico, que se me imputa, díceseme; que por qué tuve oculta noticia de semejante importancia? Que por qué la oí con tan poca alteracion? Señor, en qualquier parte que estuvieres; si errè en esto, yà te confesè mi culpa, y tu me la perdonaste, en cuyo testimonio me diste tu Real mano, concediendome la honra de sentarme à tu mesa. Pues si me juzgaste inocente, y como tal me diste por absuelto, yo libre estoy. Mantèn, Señor, tu primera sentencia, ò suspende à lo menos el nuevo juicio, que has formado, hasta que te hables bien informado de mi processo. Qué culpa puedo aver cometido de tanta gravedad desde anoche acá, que me aparte de tu lado, que aya sido capaz de muerte de esta suerte? Hallabame entregado à vn profundo sueño, sin tener el menor recelo de la desgracia, que me amenazaba, quando me despertaron de èl mis Enemigos, cargandome de cadenas. Como es creíble, que vn parricida, y descubierto, pueda dormir con tan gran sosiego? Los delinquentes, hallandose oprimidos del interior remordimiento de la conciencia, y combatidos de crueles, y furiosas imaginaciones, no solo viven en vn continuo desassosiego, despues de aver executado la traycion, sino desde que la empieza à maquinár. Pero yo dormia tan asegurado de mi inocencia, como de tu Real palabra, sin prevenir nunca, que fuesen mas poderosas en ti las violentas influencias de agena crueldad, que las naturales blanduras de tu clemencia. Mas para que no te sirva de disgusto el averme

creído, suplicote, Señor, que consideres, que quien me dió la noticia, fuè vn Mozo, el qual, sin probar, ni testificar lo que decia, solo esperaba, que yo diessè assenso à ello, para llenar todo el Campo de pavor. Fuera de que no viniendo el mismo Nicomacho à darme el aviso, sino valiendose de su hermano, se me hazia mas inverisimil, persuadiendome siempre (ay infelice de mi!) à que esto procederia de algun disgusto entre aquellos dos viles Amantes, y que para despique de èl, se avria valido el vno de su hermano, no atreviendose èl à decirme, lo que no era verdad. A que se añadió tambien el temer, no se desdixesse Cebalino, despues de aver expuesto injustamente à tan considerable peligro à muchos Grandes de la Corte. Con que atendiendo à preservar de semejante daño à otros, no acertè à evitarme à mi la ruina, en que me veo. Dexo, Señor, à tu consideracion, que prevenga el odio, que concitaria contra mi en todos aquellos, à quienes imputasse la culpa, que no tenían. Si, però dirasme, que Dymno se dió muerte. Pues pude yo prevenirla? No por cierto, ni perjudicarme tampoco ella; porque siendo este el vltimo testimonio, que asseguraba creíble la deposicion de Cebalino, no la puso aquel en execucion, hasta despues de averme informado este. Mas es posible, que si hubiesse tenido parte con Dymno en tan gran traycion, que viendonos descubiertos, permaneceria dos dias, sin tomar alguna resolucion, no pudiendo averme sido difícil quitar la vida à Cebalino? Y vltimamente, estando descubierto el intento, por qué diferia su execucion? No entrè solo al quarto del Rey, con la espada en la cinta? Qué esperè, que no lo puse por obra? Seria sin duda



no atreverme, sin Dymno, siendo el Cabeza de la Conjuracion, y yo Philotas, quien le seguia debaxo de su sombra? Yo que en algun tiempo pensè coronarme Rey de Macedonia. Pero para tan grande empresa, qual es de vosotros à quien corrompi con dadivas? Què Cabos, què Oficiales son los que he grangeado con mis cuydadosos albagos, y con mis afectadas caricias? Hazeseme cargo de que me dedigno de hablar la Lengua de la Patria, y de que tengo horror à las costumbres de los Macedones. Siendo esto asì, como se compadece aspirar al Reyno, con menospreciar la Lengua, y costumbres suyas? No ignorais, que la frequente, y dilatada comunicacion, que hemos tenido con Naciones tan estrañas, nos ha hecho perder de mucho tiempo à esta parte, el uso de nuestra Lengua natural, y que asì vencedores, como vencidos, nos hemos visto precisados à aprehender una, enteramente nueva. Con que en esto tengo la misma parte de culpa, que en la que se me imputa de aver sido Amigo de Amyntas, hijo de Perdicas, que conspirò contra Alexandro. Porque à la verdad, si lo fuè amar al hermano de nuestro Rey, no ay duda, que me confieso delinquente, y como tal digno de castigo; pero obligandonos à todos su grandeza, y representacion à venerarle, y respetarle, es culpa no aver sido Adivino? Eslo, que mezclen à los inocentes con los culpados, por aver sido sus Amigos? Si lo es, por què me han permitido tanto tiempo la vida? Y si no lo es, què razon ay para darme oy la muerte? Pero escrivi, que me compadecia de los que avian de vivir debaxo del mando de quien se creia hijo de Jupiter. O santo, y sincero afecto! O peligrosa libertad! Tu me engañaste, tu me im-

pediste, que por una pusilanime, indigna contemplacion, disfrazasse la verdad. Si yo lo escrivi, confieso, mas escrivilo al Rey, no del Rey; por que mi intento no era suscitarle odio, sino preferirle de el. Tuve por mas digno de Alexandro el que se contentasse con saber, que era hijo de Jupiter, que el que se vanagloriasse tanto de serlo. Pero pues es tan infalible la respuesta del Oraculo, à Jupiter pongo por testigo de mi inocencia. Mantenedme en las prisiones, hasta que se le aya consultado en causa tan dudosa, y para quien no se halla prueba alguna. Porque es preciso, que aviendo reconocido à nuestro Monarcha por hijo suyo, no permita quede sin el justo castigo, que merece, quien conspirò contra su vida. O si os pareciere mas seguro medio el del tormento, que el del Oraculo, tambien estoy prompto à padecerle, à precio de que se descubra la verdad. Está en costumbre, que los que se hallan convencidos de Magestad ofendida, traygan à Juicio à sus Parientes; pero mis desdichas (ay de mi!) me escusan de su observancia. Porque dos hermanos, que tuve, los perdì poco hà, y mi Padre, estando ausente, mal puedo hazer que comparezca, ni me atreviera à pedirselo, aun quando pudiesse, juzgandole vosotros por tan delinquente como à mi. Pues no basta, que quien se viò poco hà con tan florida Descendencia, aviendo quedado solo con vn hijo, vnico apoyo de su vejez, le pierda, sino que tambien padezca el mismo infeliz fin que el! Es, pues, preciso, Carissimo Padre mio, que mueras por mi amor, y conmigo? Yo soy quien te quita la vida, yo quien anticipa el fin de tus dias. Para què me engendraste en tan maligna constelacion? Fue acaso



para coger de mi estos amargos frutos, que te esperan? No sé qual es mas infeliz, mi juventud, o tu vejez; yo muero en el vigor de mi edad; y tu Padre mio, pagarás con tu vida à la naturaleza el debido fruto, que te pediria al fin de su regular curso, si inspirasse la fortuna, con menos adversa influencia. Su memoria me acuerda el exemplo, que en él tuve, para proceder tan remisso, y temeroso en lo que me comunicò Cebalino. Sabia, que en cierta ocasion, hallandose noticioso Parmenion, de que Philipo tenia intento de dár veneno al Rey, le advirtió se guardasse de él, porque le tenia ganado Dario para este fin. Mereció mi Padre credito alguno por este aviso? Hizose el menor aprecio de aquella Carta? Y à mi mismo, quantas vezes me ha sucedido averse burlado de mi, por aver participado lo que entendia, teniendome por demasiadamente credulo? Pues si quando dimos estos avisos, fuimos tenidos por ligeros, y faciles, y quando callamos otros, nos juzgan por sospechosos, desearia, à la verdad, que se nos advirtiese, como aviamos de proceder? A cuyo tiempo, dixo en alta voz vno de los concurrentes: No conspirando contra sus bienhechores. Eßo mejor será, que tu, seas quien fueres ( replicò Philotas ) te lo adviertas à ti, que yo dispuesto estoy à padecer todo genero de castigos, si se averiguare, que he conspirado. Y pues reconozco, con semejante desengaño, quan infructuosas han sido mis razones, pongo fin à ellas. Con lo qual le bolvieron à llevar las Guardas à la prision.

( § ) ( ✕ ) ( § )

## CAPITULO XI.

*La Junta, animada por cierto Beleno, se irrita contra Philotas; el qual poco despues, por librarse de los tormentos, declara las circunstancias de una fingida conspiracion, y muere apedreado, con todos los demás à quienes acusa.*

**H**ALLABASE alli entre los Cabos vno, llamado Belon, persona de gran valor, y que aviendo envejecido en las Armas, y corrido de Soldado raso todos los grados de la Milicia, llegó al puestto, que entonces exercia, capaz solo de la Guerra, y negado por lo grossero, y rustico de sus costumbres, y trato, à todo genero de vrbanidad, y cortesania. Este, llevado de su furibundo natural, viendo, que todos callaban, con brutal intrepidez, y osadia, les representò: Las repetidas vezes, que Philotas los avia echado de su Alojamiento, por introducir en él la Canalla de Esclavos, que llevaba consigo: Que por los Caminos solo se veían sus Carros, cargados de oro, y plata: Que no consentia, que ninguno de sus Compañeros alojasse en su Quartel, antes hazia poner Guardias mientras dormia, para que no permitieffen acercarse à nadie à su Tien-da, que con el ruido de las voces le inquietasse, è interrumpieße el sueño: Que avian sido siempre objeto de sus desprecios, y escarnios, llamandolos, vnas vezes grosseros, y rusticos, y otras Phrigios, Paphlagones, y que aviendo nacido en Mace-



Macedonia, no se corria de tratar à los de su Patria por Interprete. Y como pretende (decia) que se consulte à Hammon su causa, quien le tratò de embustero, quando declarò à Alexandro por hijo suyo? Porque à la verdad avia gran causa para temer, que el Rey conmoviessse contra si algun odio, admitiendo el bonor que le concedian los Dioses. Que quando conspirò contra la vida de su Rey, y de su bienhechor, no se acordò de Jupiter; y que entonces queria tener recurso al Oraculo, no con otro fin, que el de dár tiempo à que su Padre, debaxo de cuyo mando estaba la Media, y sus grandes Tesoros, pudiesse disponer sus intereses, y ganar por medio de ellos otros malvados, que cometieffen el mesmo delito. Que ellos estaban prontos à embiar al Oraculo personas, no para que le consultassen lo que sabian del mismo Rey, sino para que le dieffen las gracias, y cumplieren los votos, que le avian hecho por la salud del mejor Principe del Mundo. Inflamaron de fuerte estas inventibas à todos los concurrentes, y con especialidad à las Guardas de la Persona del Rey, que empezaron à dezir à gritos estos: *Que se les dexasse despedazar à aquel parricida.* Cuyas voces no eran para Philotas, que temia mayores tormentos, de gran disgusto. El Rey, aviendo buuelto à la Junta, difirió el juicio al dia siguiente, ò porque se le diesse en la prision el tormento, ò por quedar mas bien informado de todo; y en medio de ser bien tarde, hizo convocar à los Grandes de su Corte, para conferir con ellos la resolucion de aquella causa. El sentir de los mas fuè: *De que se le diesse*

muerte à pedradas; segun la costumbre de los Macedones. Pero el de Ephestion, Cratero, y Ceno, fuè, de que le dieffen tormento; por cuyo dictamen se mandò, que llevassen alli à todos los demàs. Con lo qual se puso fin à la Junta; y estos tres passaron à poner à question à Philotas. Llamò el Rey inmediatamente à Cratero, y despues de averle dicho en secreto, lo que no se pudo saber, se retirò à su Quarto, donde se estuvo toda la noche solo, esperando noticia de lo que resultaba. Los que estaban señalados para el tormento, pusieron à vista de Philotas quantos instrumentos avia inventado, hasta entonces, la crueldad, para estremecer, y atemorizar los hombres: à cuyo expectaculo dixo Philotas voluntariamente: Como no acabais de quitar la vida à quien confieffa ser Enemigo del Rey, y aver intentado dárle muerte? Que necesidad ay del tormento? Yo lo dispuse, yo lo quise. Insistiendo Cratero en que ratificasse en el tormento, lo que fin el avia confessado, le vendaron los ojos, y le desnudaron; à cuyo tiempo empezó à grandes voces à clamar por el Derecho de las Gentes, y à atestiguar con los Dioses de la Patria, y à implorar su socorro. Por vltimo, inexorables sus Enemigos, no hubo tormento, que con pretexto de zelo, y de piedad à su Principe, no le hizieffen padecer, como à condenado, vengando en el sus odios particulares. Pero aunque por vna parte le martirizaban con el fuego, y por otra con azotes,



tes, mas à manera de castigo, que de tormento, sufrió con tan gran constancia los dolores, que no se le oyó una voz, un grito, ni el menor gemido. Pero aviendosele llegado à hinchar el cuerpo, por la inflamacion de las llagas, y no pudiendo ya tolerar el rigor de los golpes, que despedazadas las carnes, le avian dexado solo los huesos, prometió dezirles lo que deseaban saber, como le permitiesen alguna respiracion, y alivio, para cuyo logro los hizo jurassen antes por la vida de Alexandro, que darian orden de que cessassen los tormentos, y retirassen los Verdugos. Conseguido lo uno, y lo otro, dixo à Cratero: *Insinuame lo que quisieres que diga.* Cratero, indignado de verse burlado, bolvió à llamar à los Verdugos; pero Philotas pidió, que se le dexasse respirar, y que él declararia. En el interin, los primeros de la Nobleza, los principales Oficiales de su Cavalleria, y especialmente los mas cercanos parientes, y allegados de Parmenion, noticiosos de que se le ponía à Philotas à question de tormento, y temiendo no se cumpliesse en ellos la Ley de los Macedones, la qual ordenaba, que en delitos de Magestad ofendida, muriesen con los condenados, tambien los parientes, se quitaron unos por sus mismas manos la vida, y huyeron otros desvandados à los Montes, y à los Desiertos, llevando todo el Campo de pavor, hasta que Alexandro, noticioso de aquel desorden, hizo publicar, que perdonaba à los parientes de los culpa-

dos. No es fácil averiguar, si Philotas confesó la verdad, ó si por librarse de los tormentos, la supuso en lo que dixo; porque al fin se experimenta, que en tales casos, el mismo dolor padece el que confiesa lo cierto, que el que dize lo falso. Lo que él declaró fué así: *No ignorais (dixo) la estrecha amistad, que mi Padre tuvo con Hegelocho (hablo del que murió en la última Batalla.) Este, pues, fué causa de todas mis desgracias; porque desde que el Rey mandó, que le llamassen hijo de Jupiter, no le fue posible tolerarlo. Reconoceremos (dezia) por nuestro Rey à quien desestimaba à Philipo por Padre suyo? La culpa será nuestra si lo sufrimos. No solo desprecia à los hombres, sino tambien à los Dioses, el que gusta, que le tengamos por Dios. Hemos perdido à Alexandro, y juntamente al Rey, sujetandonos à los Dioses, con quienes se igualaba, como à los hombres, sobre quienes se eleva. Hemos hecho, por ventura, al precio de nuestra sangre, Rey que nos ultrage, y que se dedigne de comunicar con los mortales? Tambien nosotros podemos, si me creéis, y si tenemos espíritu, ser adoptados por los Dioses. No fué este, quien aviendo vengado la muerte de Alexandro, su Visabuelo, la de Archelao, y Perdicas, perdonó à los homicidas de su Padre? Esto nos decia Hegelocho cierta noche despues de cenar. Con lo qual el dia siguiente muy demañana me llamó mi Padre. Reconocíle triste, y advertíome no mas alegre, porque à la verdad, lo que aviamos escuchado, no era materia para corto desaffosiego. Deseando, pues, averiguar si fué el Vino quien le obligó à prorrumpir en lo que dixo, ó efecto de premeditado acuerdo, re-*  
sol-



solvímos embiar à inquirirlo; y avien-  
donos repetido lo mesmo, añadió, que  
si nos hallavamos con animo de hazernos  
cabezas de empreſſa tan prodigiosa, nos  
ſeguiria; pero que si no le teniamos, no  
hablaria mas en ella. Parecióle à Par-  
menion, que viviendo Dario, no era oca-  
ſion oportuna para dár muerte à Ale-  
xandro, reſpecto de que en eſto mas  
bariamós el negocio del Enemigo, que  
el nueſtro; y que aſſi mejor era diferir-  
la, baſta deſpues de la de Dario, con cu-  
ya perdida toda el Aſſia, y el Oriente  
ſeria premio de tal accion. Convencidos  
en eſto, ſe dieron palabra reciproca de  
cumplirlo. Pero por lo que mira à Dym-  
no, proteſto, que no ſe nada, y que pue-  
de acreditar me de inocente en ſu atenta-  
do lo que acabo de confeſſar. Avien-  
dole buelto à poner à queſtion, el  
meſmo Cratero, y los demás le  
hirieron en el roſtro, y en los ojos  
con los Dardos, haſta que à pura  
fuerça, le obligaron à confeſſar la  
culpa, que le imputaban. Pregon-  
tandole deſpues la forma en que  
avian diſpuerto practicar la conju-  
racion, reſpondió: Que juzgando no  
bolveria el Rey tan en breve de Baſtra,  
temeroſo de que ſu Padre, ballandose en  
tan crecida edad, como la de ſetenta  
años, con tan florido Exercito, y tan  
quantioſos millones, llegaffe à faltar, ſin  
cuyo gran poder le ſeria inútil la muerte  
del Rey, ſe aceleraba à ſu execucion,  
porque no ſe le malograſſe tan favorable  
oportunidad. Que en quanto à lo demás,  
todo lo avia declarado, ſin reſervar la  
menor circunſtancia; y que ſi no obſtante,  
no ſe perſuadian à que ſu Padre eſtaba  
ageno deſtas últimas diſpoſiciones, ſe ha-  
llaba pronto à que le renovaffen los tor-

mento,, aunque yà le faltaban fuerças  
para tolerarlos. Aviendo conferido-  
lo, y conocido, que avia declarado  
lo baſtante, fueron à participarlo  
al Rey, el qual mandò: Que hiziessen  
leer la depoſicion de Philotas en Junta  
plena el dia ſiguiente, y llevarle à ella,  
reſpecto de no aver quedado capaz de  
moverſe por ſi. Ratificandose aquel  
infeliz, en todo lo que avia depueſ-  
to, ſe hizo llevar à Demetrio, acu-  
ſado de aver ſido complice en la  
conſpiracion; pero negavalo con  
gran valor, y firmeza, aſſeguran-  
do, con horribles juramentos, no le  
avia paſſado tal por el penſamien-  
to; y inſiſtiendo, en que para mayor  
prueba de ſu juſtificacion, ſe le pu-  
ſieſſe à queſtion de tormento. En-  
tonces Philotas, dilatando la viſta  
por todas partes, y mirando cerca  
de ſi à Cierito Calis, le pidió, que  
llegaffe à el. Eſte tubado todo, y  
rehuſando hazerlo: Pues que tolera-  
rás tú (le dize Philotas) que mienta  
Demetrio de eſta ſuerte, y que yo buel-  
va nuevamente à padecer el tormento?  
Quedando Calis mortal, deſeſti-  
maron los Macedones ſu acufacion,  
creyendo, que Philotas la hazia in-  
diferentemente à inocentes, y à  
culpados, reſpecto de no averſe  
acordado del en ſus declaraciones,  
ni Nichomacho, ni el miſmo Phi-  
lotas; ſi bien, quando llegó à verſe  
rodeado de los Miniſtros de Juſti-  
cia, bolvió à afirmar: Que el, y De-  
metrio entraban en la conjuracion. Por  
lo qual, dada la ſeñal, Philotas,  
eſtos, y todos los demás, que nom-  
brò Nichomacho, fueron muertos  
à pedradas, ſegun ſu coſtumbre.



Verdaderamente ; que no puede negarse el gran peligro en que se vió , no solo Alexandro, sino todo su Exercito ; porque hallandose tan poderosos Parmenion , y su hijo , y en tan gran reputacion , es cierto , que no se le hubiera podido condenar , sin que se suscitassen grandes rumores , à no averlos

convencido tan manifestamente. Demàs de que la resolucion del tormento fuè dudosa , y el suceso aventurado : pues en quanto Philotas negò el delito , pareció injusto , y cruel ; pero luego que confesò , empezó à faltarle la compasion , aun en sus mismos amigos.

### Fin del Libro Sexto.



## LIBRO SEPTIMO:

### CAPITULO PRIMERO.

*MANDA ALEXANDRO DAR MUERTE A Lincestes , convencido del delito de Magestad ofendida ; y poco despues , que se proceda contra Amyntas , y Simmias , amigos de Philotas. Defienden su inocencia , con gran valor , y constancia.*



ENTRAS permanecieron vestigios recientes del delito de Philotas, tuvieron por justificado su castigo ; pero despues , que con su muerte les faltò el objeto de su aborrecimiento , y de la embidia , que les ocasionò su fortuna , se convirtiò todo en conmiseracion. Causavase la ternisima, el considerar los meritos , y la calidad de la persona à quien se avia quitado la vida en la flor de su edad, y la crecida de su Padre , el qual veia extinguida, con tan tragico fin su Extirpe , en servicio de su Principe. Lamentando la infeli-

cidad de aquel prudente , y diestro Capitan , que fuè el primero , que abrió el passo del Asia , à quien cupo tan gran parte de todos sus peligros , y quien mandò siempre vna de las alas de su Exercito , favorecido de Philipo , y tan fiel à Alexandro , que no se valiò de otro , para verse libre de Attalo ; cuyos largos , y señalados servicios considerados , no dexaban de suscitar los animos à intentos sediciosos. Pero noticioso el Rey de aquellos rumores , le alteraron poco , sabiendo , que los vicios , que produce la ociosidad , los purga facilmente la ocupacion , y el tra-



bajo : por lo qual diò orden , para que se juntassen en la Plaza de Palacio , donde luego que viò , que avia concurrido considerable numero de Soldados , saliò à la Junta. Pidiò en ella Apharias (no se duda , que fuesse à persuasion del Rey) que se llevasse allí à Lyncestes Alexandro , à quien acusaban dos testigos , de aver intentado , mucho tiempo antes que Philotas , dár muerte à Alexandro , por cuyo delito avia cerca de tres años que estaba preso : y si bien , se hallaba tambien convencido de aver intervenido con Pausanias en la muerte de Philipo , avia quedado por entonces su castigo mas diferido , que perdonado , por aver sido el primero , que diò la obediencia al Rey , y por la interposicion de Antipatro , su suegro , poderosa en aquella ocasion , para templar la indignacion del Principe ; la qual , aunque adormecida hasta allí , despertò quando el riesgo presente acordaba el peligro pasado. Llevòse , pues , à Lyncestes de la prision , y aviendole ordenado , que se defendiesse , en medio de aver tenido el largo espacio de tres años , para pensar en sus descargos , conturbado , y temeroso , solo dixo algo de lo que avia premeditado antes , quedando à lo vltimo tan fuera de sì , que no solo perdiò quanto tenia pensado alegar , sino tambien el juicio. Atribuyeron todos aquella alteracion mas à efecto de su mal segura conciencia , que à falta de memoria ; y si bien se esforçaba por reducir à

ella los miserables trozos de su oracion , faltando el sufrimiento en los que tenia cerca de sì , le dieron muerte à Lançadas. Despues de lo qual , mandò el Rey retirar el cuerpo , y que llevassen allí à Amyntas , y à Simmias ; porque Polemon , su hermano menor , se avia puesto en fuga luego , que supo se daba tormento à Philotas. Fueron estos los mas estrechos amigos de aquel infeliz , y à quienes con mayor exceso favoreciò , llenandolos de honores , y Dignidades , en virtud de la gracia , que lograba de Alexandro ; el qual acordandose del cuídado , que tuvo en conservarlos cerca de sì , no ponía en duda , que fuesen participes de aquella vltima conjuracion , en cuyo credito decia : *Que no solo entonces los juzgaba por sospechosos ; pues mucho antes le avia advertido repetidamente su Madre , que se guardasse de ellos ; pero que remisso en dár credito à lo peor , avia rehusado mandarlos prender , hasta que le precisaron à hazerlo los evidentes indicios con que se hallò. Que era notorio , como el dia antes , que se descubriessse la traycion de Philotas , tuvieron conferencia secreta con él ; sin que dexasse duda la fuga de su hermano , mientras se le daba el tormento à Philotas , de la ocasion para ella. Que vltimamente , aviendo apartado à sus Compañeros , que se hallaban en el Quartel , y ocupado sus lugares , le rodearon por todas partes , debaxo del zelo , y obsequio de assistirle , y assegurarle , sin que huviesse precedido motivo alguno para el menor recelo. A vista de lo qual , estrañando el Rey , que saltando este , se mos-*



trassen tan oficiosos, que tomassen à su cuidado el de los otros, advirtió en sus semblantes tan manifestas señales de su mal seguro animo, que le obligaron temeroso à ponerse entre sus Guardas. Que demás de esto, el dia antes de la prision de Philotas, Antiphanes, à cuyo cuidado estaban las provisiones del Exército, aviendo persuadido à Amyntas, à que, segun el estilo, socorriessse con Cavallos à los que avian perdido los suyos, le respondió, sumamente colerico, que sino desistia de importunarle, se acordaria de él. Que las insolentes conversaciones, que tenian contra él à todas horas, eran prueba manifesta de sus dañados intentos. Que siendo cierto todo esto, no merecian menor castigo que Philotas; y que si no lo era, que se justificassen. Despues de lo qual, compareciendo Antiphanes, y careandose con Amyntas, confirmò averle negado los Cavallos, y las terribles amenazas, que le hizo. Entonces Amyntas, aviendosele dado permiso para que se defendiessse, dixo: Que sino se oponia al gusto del Rey, le suplicaba mandasse quitarle las cadenas, mientras hablaba en su defensa. Concediòselo à él, y à su hermano; y aviendo pedido, que se le bolviessen sus Armas; mandò el Rey, que le diessen vna Lança; la qual tomò con la mano izquierda, y despues de averse apartado del lugar donde avia estado el cuerpo de Alexandro Lyncestes, empezó à decir de esta suerte: Qualquiera que sea (Señor) el fin de este suceso, y el de nuestro destino, no podrèmos dexar de confessarnos deudores tuyos, si es feliz; ni tampoco de atribuirle à desgracia

nuestra, si es adverso. Podèmos, sin el menor perjuicio, ni estorvo hazer nuestra defensa, aviendonos concedido tu benignidad, no solo permiso para ella, sino tambien estas honrosas Insignias, con quienes te acompañabamos. A vista de lo qual, debemos confiar igualmente en el suceso, que en la justificacion de nuestra causa. Pero permiteme (Señor) que satisfaga primero al ultimo cargo, que nos has hecho. No nos acordamos de aver tenido jamás conversacion alguna, opuesta al respeto, que te es debido; antes bien diria, que ha mucho, que vives superior à la embidia; sino temiessse juzgasses pretèndia ocultar entre afectadas lisonjas, los notorios delitos, que se nos imputan; porque si acaso se han dexado decir tus Soldados, enfermos, ò heridos, rendidos de las crecidas fatigas de la Guerra, ò expuestos à tan continuos peligros, vna, ò otra palabra algo mas licenciosa, bien merecen sus servicios algun pèrdon, ò que se atribuya antes al natural desabrimiento, que traen consigo las calamidades del tiempo, que à falta, ò defecto de su voluntad. Quando padecemos, todos somos Reos, y qualquiera se adelanta à hablar, sin que todo nuestro amor propio, baste à preservarnos à nosotros de nosotros mismos; pues crueles, convertimos las manos contra nuestros propios cuerpos, sin que por esto se pueda decir, que nos aborrecemos; en cuya irritacion, si los hijos reconocen à los Padres, apenas podrán estos atenderles, ni tolerarlos. Donde por el contrario, quando nos vemos honrados con beneficios, y bolvemos favorecidos con crecidos premios, y cargados de la presa, quien puede contenerse? Quien disimular el interno



regocijo de nuestros animos? No admiten jamás moderacion, ni la colera, ni el gusto de los Soldados: todas nuestras pasiones nos arrastran con suma violencia; vituperamos, loamos, movemonos à compasion, ò à ira, segun es la diversidad de objetos, que nos arrebatan. Unas vezes deseamos passar à conquistar la India, y llegar al Oceano; y otra nos llama el amor de la Patria, de nuestras Mujeres, y de nuestros hijos. Pero todos estos pensamientos, todos estos mormurios quedan desvanecidos à la primera seña de la Trompeta; à cuyo sonido partimos todos acelerados à nuestros Esquadrones, vertiendo en los Enemigos quanto concibió nuestra ira en nuestras Tiendas, y discurrió nuestro despique. Ojalà hubieran permitido los Dioses, que los delitos de Philotas se hubiessen limitado solo à las palabras. Pero bolvamos à los principales cargos de la acusacion. Estoy tan leños de negar la amistad de Philotas, que confieso averla buscado, y averme sido muy útil. Mas qué estraneza te haze, que ayamos cortejado à quien possèia casi enteramente tu gracia, y era hijo de Parmenion, tu brazo derecho, si antes no, tu segunda Persona? Pues si hè de decir libremente la verdad, Tú, Señor, Tú has sido la causa de nuestro peligro; porque quien, sino Tú mismo la diò, para que todos los que solicitabandarte gusto, acudiesen à el? Por medio suyo llegamos à merecer tu benevolencia. Tú le elevaste à tan eminente grado de poder, que teniamos muy justa causa para desear su amistad, y temer su indignacion. No hemos jurado todos en tus Manos, en la forma que nos lo ordenaste, de que seriamos Amigos de tus Amigos, y Enemigos de tus Enemigos? Pues hallan-

donos precisados à la observancia de tan solemne juramento, como podiamos dexar de venerar à un hombre, à quien avias hecho arbitro de nuestra fortuna? Verdaderamente, que si este fuesse delito, pocos se libraron de el; pero qué digo? Ninguno se hallarà inocente, porque todos pretendieron ser Amigos de Philotas; però no todos los que lo desearon, lo pudieron conseguir: con que sino distingues sus Amigos de los culpados, tampoco podràs hazer diferencias entre sus Amigos, y los que han deseado serlo. Qué prueba, pues, ò qué indicio ay contra nosotros? Es acaso, que el dia antes hablò familiarmente, y en secreto con nosotros? Lo qual seria buena prueba, y contra quien no tuvieramos con que descargarnos, sino hubièssimos vivido siempre de esta suerte con el; pero aviendo executado aquel dia lo mismo, que los demás, parece, que nuestra misma costumbre, es credito de nuestra justificacion? Si, mas la repugnancia en dár los Cavallos à Antiphanes, no se puede negar, que fuè la vispera del dia que se prendió à Philotas. Si piensa hazernos sospechosos, por no averle querido dár los Cavallos, como podrá escafarse el de averlos pedido? Porque à la verdad, la sospecha es tan igual contra quien los pidió, como contra quien los rebusò: sino tiene mejor causa el que niega lo que justamente le toca, que el que pretendè quitarle al otro lo que no le pertenece. No me hallaba (Señor) mas que con diez Cavallos, de los quales avia distribuido yà Antiphanes ocho entre los que avian perdido los suyos. Solo me avian quedado dos, que este soberbio, y verdaderamente injusto hombre, queria quitarme por fuerça; era justo, ni possible,



ble, que yo conuiniesse en ello, sino reduciendome à pelear à pie en la Cavalleria? No niego, que como hombre de espíritu resuelto, hablè con libertad al mas cobarde del Mundo, y cuyo mejor Empleo en el Exercito, no passa de proveer de agenos Cavallos à los que han de pelear. Pero no es gran infelicidad mia, ballarme obligado à dár mi descargo à vn tiempo à Alexandro, y Antiphanes? Por lo que mira à averte escrito la Reyna tu Madre, que eramos tus Enemigos; pluviessè à los Dioses, que te atendiesse con mas cuidadosa circunspeccion, y prudencia, y que no huviesse preocupado tu animo de imaginaciones vanas, y tan sin ningun fundamento. Como omitiò expressarte la causa de su recelo? Como no te nombrò el Autor, ni especificò lo que aviamos hecho, ò dicho, quando te escribió Cartas llenas de tan grandes recelos? O infeliz estado al en que me veo reducido, en el qual es tan peligroso enmudecer, como hablar! Pero sea qual fuere el fin de mi suceso, si te he de disgustar, quiero antes hazerlo justificando mi causa, que dexando ofendida mi inocencia. No ignoras, Señor, que lo que voy à decir es cierto, si gustas de acordarte, que quando me embiaste à Macedonia à levantar Tropas, me preveniste, que en ella avia prodigiosos Mozos para el uso de las Armas, los quales se ocultaban en el Palacio de la Reyna, por librarse del riesgo de la Guerra; y que para que no lograssen su intento, me ordenaste, prefiriesse à todo respeto tu Real servicio, trayendote aquella perezosa juventud. Executèlo con mayor puntualidad, y zelo de lo que me convenia. Traxete à Gorgias, à Hecateo, y à Gorgata, que te han hecho señalados servicios. Puede aver

mayor injusticia, que la de hazerme castigar, porque te obedecì, quando por el contrario mereciera dignamente la muerte? Porque es cierto, que la Reyna tu Madre no tiene otra causa para averse indignado contra nosotros, que la de aver preferido tu servicio à su gusto. Traxete seis mil Infantes Macedones, y seiscientos Cavallos, de quienes, no aviendo Trozo alguno, que no procurasse eximirse de la Guerra; es cierto, que no me huviera seguido alguno, si me huviesse ablandado algo. No pudiendo, pues, ser otra la causa de su indignacion contra nosotros, te hallas, Señor, obligado à mitigarla, pues fuiste quien la diò para desabirla.

## CAPITULO II.

*Buelven à la gracia de el Rey Amyntas, y sus hermanos. Embia Alexandro à la Media à Polydamas, para que dè muerte à Parmenion, de que se originò algun motin, que se sossegò por ultimo.*

CONTINUANDO Amyntas de esta suerte en su defensa, llegaron à la sazón las Personas, que se embiaron en seguimiento de su hermano Polemon, que iba fugitivo, y le traian aprisionado. No fuè posible impedir, que la muchedumbre descargasse inmediatamente sobre èl, segun su costumbre, gran cantidad de piedras. Pero sin dár muestra de la menor alteracion, dixo: Que no pedia para èl gracia alguna, sino que no perjudicasse su fuga la inocencia de sus hermanos, y que sino podia justificarla,



y en ella avia errado, que fuè solo suya la culpa, y no de sus hermanos; pues se hallaban bien lexos de ella. Fueronle tan favorables estas palabras, que no bien las hubo pronunciado, quando empezaron todos à llorar, y à mudarse de tal fuerte, que lo que mas los avia irritado antes, fuè entonces lo que mas les obligò à compadecerse. Era este vn Joven, que hallandose en la flor de sus años, y entre sus Compañeros, amedrentados todos de ver à Philotas en el tormento, se dexò llevar del pavor de ellos, los quales esparcidos por varias partes, le dexaron solo; en cuyo desamparo, dudoso en si bolveria, ò seguiria la fuga comenzada, le cogieron los que iban en su busca. Deshaziafe en lagrimas, y maltravase el rostro, acreditando bien en estas, y otras exteriores demonstraciones, el interno dolor à que le obligaba, no tanto el de su proprio infortunio, quanto el peligro en que avia puesto à sus hermanos, el qual moviò à piedad à la Junta, y al mismo Rey. Solo vno de sus hermanos, cruel, è inexorable contra el, y mirandole con enfurecido, y ay-rado rostro: *Ahora lloras loco (le dice) quando antes te diste tanta prisa à la fuga, abandonando à tus hermanos, por seguir à los que abandonaban à tu Rey? Pero adonde, y por que, ò infeliz, buias? Mira el estado à que me has reducido, en el qual, condenado à muerte, me es preciso, que use de palabras de acusador para justificarme. Confesò entonces el, quan gran daño se avia hecho à si; pero que era mayor*

*el perjuicio, que avia ocasionado à sus hermanos. A vista de lo qual, no pudo la muchedumbre reprimirse, ni abstenerse de manifestar en lagrimas, y à gritos (ordinario estilo de que se vale, quando favorece à alguno) su compasion. Y así prorrumpieron todos à vna voz, pidiendo: Que perdonasse à aquellos valerosos Varones, que se hallaban inocentes. De cuya favorable ocasion, aprovechandose los principales de la Corte, se levantaron, è intercedieron con lagrimas por ellos. El Rey, aviendo mandado, que callassen todos: Yo tambien (dixo) los perdono à todos tres. Y enderezandose despues à ellos, solo deseo (les dixo) que os obvideis antes del beneficio, que de Mí avete recibido, que el que os acordeis del peligro en que os avete visto. Bolved à mi gracia con la misma confianza, que Yo os restituyo à ella, assegurados, de que sino quedasse desengañado de las sospechas en que me hallaba de vosotros, tendriais muy justa causa para desconfiar de mi dissimulacion, y de que mejor quedais purgados, que sospechosos, no pudiendo ser ninguno absuelto en los delitos capitales, sin aver dado primero sus descargos. Y tú, Amyntas, perdona à tu hermano, para que yo quede con esta accion persuadido à la seguridad de tu animo, y à tu fidelidad en mi servicio. Licenciada la Junta, hizo llamar el Rey à Polydamas, Era este intimo amigo de Parmenion, y el que se hallaba siempre à su lado en todas las Batallas; y si bien la seguridad de su conciencia le llevó à Palacio libre de todo recelo: luego*



que viò, que el Rey diò orden para que traxessen à su Presencia à sus hermanos, à quienes por su corta edad no conocia, empezó desde entonces à temer, y à pensar mas en lo que le podia perjudicar, que en lo que podia justificarle. Avien-  
 dolos conducido los Archeros, conforme al orden que tenian, hizo el Rey acercar à Polydamas, cuyo animo tenia enteramente perdido, y despues de aver hecho salir fuera à todos, le dixo: *La traycion de Parmenion nos ha comprehendido generalmente à todos; pero con especialidad à Vos, y à Mi, à quienes debaxo de la sombra de la amistad nos ha engañado. Hallome obligado à castigarle, para cuyo fin os he elegido, mirad quanto fio de Vos. En mi poder quedaràn vuestros hermanos por prendas, que me asseguren en Vos el cumplimiento de mis ordenes. Aveis de partir para la Media, y dár à mis Governadores estas Cartas escritas de mi propia Mano; pero es menester, que pongais tal diligencia en vuestra jornada, que lleguéis allà antes que las voces de lo que ha passado acá. Mi voluntad es, que sea de noche, y que el dia siguiente executeis lo que contienen vuestras instrucciones. Llevareis tambien Cartas para Parmenion, una mia, y otra de Philotas, cuyo Sello tengo, con las quales, creyendo, que su hijo le escrìve, no le causará sospecha alguna el veros. Libre Polydamas del considerable fusto en que avia estado, prometió mas de lo que se le pedia, y cargado de dadivas, y de honras, dexò su proprio trage, y tomò el de Arabia. Diòle el Rey dos Arabes, que le acompañassen, cuyas mugeres, y*

hijos retuvo en rehenes. Sin embargo los Desiertos por quienes le era preciso passar, no le permitieron, que tardasse en el camino menos de onze dias, al fin de los quales llegó al Lugar destinado; donde antes que se supiesse de su arribo tomò su trage Macedonico, y à quarta vigilia de la noche pasó à la Tienda de Cleandro, Governador de aquella Provincia, por merced del Rey. Aviendo repartido todas las Cartas que llevaba, acordaron èl, y Cleandro de ir juntos al amanecer en Casa de Parmenion, donde avian de concurrir los demás Cabos, à quienes tambien escriviò el Rey. Aviafele yà hecho fabidor à Parmenion de la llegada de Polydamas, con la qual regocijado igualmente por su grande amistad, que impaciente de saber del Rey, respecto de faltarle mucho tiempo avia noticias fuyas, le hazia buscar por todas partes. Las Casas de placer de aquella Provincia tienen grandes Parques, poblados de crecidos, y vmbrosos Arboles, à quienes riegan hermosas Fuentes, que son la mayor recreacion de los Reyes, y de los Satrapas Barbaros. Passeabase Parmenion por vno, en medio de los Capitanes, que tenían orden de dárle muerte, los quales avian dispuesto ponerlo por execucion al tiempo que leyessse las Cartas. Luego que le dividió Polydamas, aunque à distancia, corrió à abrazarle, con demostraciones de gran gusto; y aviendose hecho reciprocos, y cariñosos cumplimientos, le diò la Carta que Alexandro le



le escribía. Abriéndola, le preguntò lo que hazia el Rey? Y èl le respondiò, *que por la Carta lo sabria*; despues de averla leído Parmenion, le dixo: *El Rey se dispone para marchar contra los Arachosios, excelente Principe por cierto, el qual jamás se entrega al descanso; pero debiera mirar por sí, y atender à su quietud, despues de aver adquirido tan gran gloria.* Tomò inmediatamente la Carta supuesta de Philotas, leíala al parecer con gusto, quando Cleandro le metiò la Espada por vn costado, y por la garganta, cargandole todos los demás de heridas, aun despues de muerto. Sus Guardas, que se hallaban à la entrada del Bosque, viendo el suceso, y ignorando la causa, parten aceleradamente al Campo, y publicando tan inesperada, como sangrienta novedad, mueven las Tropas, las quales tomando al punto las Armas, passan al Parque, donde amenazan de arruinar los Muros, y de sacrificar à las manos de su General quanto encontrassen, sino se les entregaban à Polydamas, y à los demás complices. Hizo Cleandro entrar dentro à los principales Oficiales, à quienes leyò las Cartas, que el Rey escribía à los Soldados, en las quales les participaba de la conspiracion de Parmenion contra su Persona, y pedia tomassen vengança de èl. Luego que se publicò la voluntad del Rey, se foflegò aquel motin, si bien no se templò la indignacion de los Soldados, cuya mayor parte, aviendose retirado, pidieron los que quedaron à Cleandro, que

permitiessse, à lo menos, se les concediessse el Cuerpo para dárle Sepultura: rehusòlo por algun tiempo, temeroso de disgustar al Rey; pero insistiendo en su demanda, les concediò, por evitar todo genero de sedicion, que sepultasen el Cuerpo, despues de aver hecho separar la Cabeza, que embiò à Alexandro. Tal fuè el fin de aquel gran Capitan, tan ilustre en la Guerra, como en la paz, y que sin la asistencia del Rey, executò por sí muchas gloriosas empresas, no aviendo adquirido Alexandro, sin èl, alguna considerable. Supo dár gusto à vn Principe, con quien era tanto mas difícil el lograrlo, quanto aviendo sido sumamente feliz, queria, que todas las cosas correspondiesssen à su buena fortuna. Hallavase en edad de setenta años, aviendose ocupado desde su juventud, no solo en los exercicios de Capitan, sino tambien en los de mero Soldado. Fuè prudente, y advertido en sus consejos, y admirable en la execucion de ellos, querido de los Grandes, y amado aun mas de la Gente de Guerra. Si todas estas partes le empeñaron en que aspirasse à la Corona, ò solo le hizieron sospechoso, mal se podrá afirmar, quando aun estàndo reciente el suceso, y siendo mas facil su averiguacion, no se pudo saber con certidumbre, si Philotas, rendido à la violencia de los tormentos, confesò la verdad, de que no hubo prueba: ò si supuso quanto dixo, porque se los suspendiesssen. Alexandro, teniendo por



conveniente separar del resto del Exercito à los que avian sentido mal de esta muerte, formò de ellos vn cuerpo aparte, y les diò por Cabo à Leonidas, grande amigo en vn tiempo de Parmenion. Miraba à todos estos con averfion; porque deseando penetrar el animo de los Soldados; y aviendo hecho publicar cierto dia, que despachaba Correo à Macedonia, y que podian escribir los que quisiessen, pues irian con seguridad sus Cartas, y hecholo todos con libertad, y sin prevenir el riesgo à que iban expuestas sus expresiones, en las quales, vnos se quexaban con sus amigos, de la permanencia de la Guerra, y los mas assentian bien à ella; pudo ver todas las Cartas, assi las de los que le alababan, como las de los que se quexaban de el; por cuya causa castigò à estos con la ignominia de separarlos de aquellos, para poder valerse de ellos, como de Gente de valor, sin el riesgo de que sus licenciosas practicas hiziesen impresion en los animos de los demàs, reduciendolos à sus mismos dictámenes. Esta resolucion, por medio de la qual ponia en desesperacion à aquella valerosa juventud, le pudiera ocasionar muy perjudiciales consecuencias, si convirtiendo siempre la fortuna, en mayor beneficio suyo, los accidentes mas expuestos à grandes peligros, no huviesse continuado en hazerlo tambien con este. Porque ningunos le sirvieron mejor, que ellos, en las Guerras siguientes, deseosos de

reparar, por medio de sus ilustres acciones, la ignominia con que se hallaban, reconociendo, que estas serian tanto mas señaladas, quanto era corto el numero de que se componia.

### CAPITULO III.

*Sujeta Alexandro muchos Pueblos, y passa en diez y seis dias el Caucazo con su Exercito.*

EXECUTADAS estas cosas, y aviendo dexado Alexandro vn Satrapa à los Arianos, hizo publicar su marcha contra los Agriaspas, los quales yà entonces se llamaban *Evergetas*; esto es, *Bienhechores*, por aver alojado, y socorrido de viveres al Exercito de Cyro, à quien las incomodidades del frio, y de la hambre avian casi deshecho. A los cinco dias de aver llegado à esta Comarca, tuvo aviso, de que *Satibarçanes*, que avia buuelto al partido de *Beso*, hazia nuevas correrias; para cuyo remedio embiò à Carano, y à Erygio, con Andronicho, y Artabazo, seis mil Infantes Griegos, y seiscientos Cavallos. Y aviendo proveido en el mejor gobierno del Estado de los *Evergetas*, en que gastò setenta dias, y concediendoles vna gruesa suma de Plata, en remuneracion del señalado servicio, que hizieron à Cyro, dexandoles por Governador à Amenides, Secretario que fuè de Dario, passò despues à sojuzgar à los Arachosios, que confinan con el Mar Pontico. Recibiò alli el Exercito, que mandaba Parmenion, compuesto de



de seis mil Macedones, ducientos Nobles, y seiscientos Cavallos Griegos, que sin duda eran las mejores Tropas, que tenia el Rey. El qual dexò à Memnon por Governador de los Arachosios con quatro mil Infantes, y seiscientos Cavallos para las Guarniciones. Entrò despues en las tierras de cierto Pueblo, apenas conocido de sus mesmos vecinos, por no tener comercio alguno con los demás hombres. Llamanse sus Habitadores *Parapamisades*, gente bruta, y tenuta por barbara, aun entre los mismos Barbaros. A cuya ferocidad contribuye mucho la aspereza de el clima de aquella Region, la qual es muy Setentrional, y casi toda buelta à la parte mas fria; toca àzia el Occidente con la Bactra, y mira al Mediodia al Oceano Indico. Habitan en Cabañas hechas de ladrillo, del qual son tambien los techos, respecto de faltarles enteramente la madera. Su estructura es bien ancha por abaxo, y à proporcion del tamaño de los edificios, en los quales se vâ estrechando à la con que se levantan, hasta que quedan en forma de Navios, sin que tengan mas que vna claraboya, ò ventana en medio, por donde les entra la luz, y sale el humo. Si les quedan algunas cepas de viñas, ò algunos arboles, que ayan podido resistir à la inclemencia de el Ayre, los cubren de tierra todo lo que dura el mal temporal, hasta que en la Primavera los buelven à poner al Sol. Pero en el Invierno son alli tan crecidas las

nieves, y tan rigurosos los hielos, que no consienten especie alguna de Paxaros, ni de Animales. Cubre vna sombra obscura la faz de la tierra, sin que se diferencie lo que llaman dia, de lo que es noche, mas que en vna mal distinta luz, à quien apenas puede distinguirse lo que està mas inmediato. Tolerò en esta horrible soledad el Exercito, destituido de socorro, quantas calamidades pueden padecerse, el frio, la hambre, el cansancio, y la desesperacion; por que el rigor de la nieve era tan excesivo, que morian en los caminos algunos, perdiendo otros los pies, y siendo à muchos de considerable perjuicio à la vista la sumablancaura de la nieve. La mayor parte, no pudiendo yà mas, se echaban sobre el mismo hielo, donde faltandoles el movimiento, les comprimia, y embargaba la fuerza del frio de tal suerte los miembros, que no podian bolverse à levantar; pero sus Compañeros no los dexaban en aquel entumecimiento, para el qual no avia otro remedio, que el de obligarlos à marchar; porque entonces el calor natural, excitado con el movimiento, los hazia bolver algo en si. Los que pudieron apoderarse de las Cabañas de los Barbaros, se reco-braron algo, pero la obscuridad era tan grande, que no se conocian las casas, sino por el humo. Aquella Barbara Gente, no acostumbrada à ver otra en sus tierras, hallandose repentinamente con hombres armados, quedaron tan



atemorizados ; que les llevaban quanto tenian en sus Cabañas, porque les perdonassen las vidas. El Rey, que iba à pié, rodeado de sus Tropas, levantaba à los que veía caídos, mantenía à los demás, que no podían marchar, acudiendo tan aprisa à la frente, como en medio, y à la Retaguardia de su Exército, yendo, y bolviendo continuamente con increíble desvelo, y trabajo. Finalmente, llegando à Tierras mas fertiles, y abundantes de todo genero de mantenimientos, repararon en ellas los trabajos, que avian padecido, y esperaron à los que no avian podido seguirlos. Passaron desde alli àzia el Monte Caucafo, que divide el Afsia en dos partes, dexando el Mar de Cilicia à vna, y à otra el Caspio, el Rio Araxe, y los Desiertos de la Scithia. El Monte Taurro, que en altura tiene el segundo lugar, se junta al Caucafo, y empezando en Capadocia, atravieffa la Cilicia, y passa hasta Armenia. Esta es como vna continuada de Montes, de donde salen casi todos los Rios de el Afsia, de los quales vnos descargan en el Mar Roxo, otros en el Caspio, y otros en el de Hircania, ò en el del Ponto. Passò el Exército el Caucafo en diez y siete días, y viò la Roca, que tiene diez estadios de circuito, y mas de quatro de altura, donde fuè aprisionado Prometheo (si damos credito à los Poetas.) Eli-giò el Rey vna llanura al pié del Monte, donde edificò vna Ciudad, y dexò para que la poblaffen

siete mil Esclavos, y todos los Soldados inútiles, los quales la dieron tambien el nombre de Alexandria.

## CAPITULO IV.

*Procura Beso disponer vn Festin, en el qual se resuelva la Guerra contra Alexandro, y no puede ganar el prudente dictamen de Cobaris. Llega en el interin Alexandro à Baetra, donde tiene noticia de la revolucion de los Griegos, y de aver muerto à Satibarçanes en vn reenquentro.*

**P**ERO Beso, atemorizado de la presteza de Alexandro, despues de aver hecho vn sacrificio solemne à los Dioses de la Patria, juntò à sus Amigos, y à sus Cabos, para deliberar sobre las disposiciones de la Guerra en pleno combite, à la vfança de aquellos Pueblos. Calientes con el vino, empezaron à ponderar sus fuerças, y à despreciar el corto numero, y la temeridad de los Enemigos, especialmente Beso, el qual altivo, y arrogante en las palabras, y confiado en vn Reyno adquirido por medio de la maldad, y del parricidio, decia, no en su sano acuerdo: *Que lo que mas credito diò à Alexandro, fuè la negligencia, è impericia de Dario, el qual le hizo rostro en los Estrechos de Cilicia, en vez de retirarse à lo interior, para empeñarle insensiblemente en aquellos peligrosos passos, entre innumerables Rios, y Montañas, en donde se huviera hallado tan impossibilitado*



tado para la fuga; como para el combate. Que él estava resuelto à passarse à los Sogdianos, y à oponer, como fuerte Barrera al Enemigo, el Rio Oxo, en el interin que le llegava poderoso socorro de las Naciones vecinas. Que bien aprisa se verian en su Exercito los Chorasmos, los Dahos, los Saces, y los Indios, con los Scythas, que habitan de la otra parte del Rio Tanais, de quienes, el menor sobrepujaba en la estatura toda la cabeza al mas alto de los Macedones. Aplaudieron todos embriagados la resolution; y Beso mandò, que le pusiesen al rededor mas cantidad de Vино, como si fuesse su Mesa Campo de Batalla, en donde huviesse de romper à Alexandro. Hallavase en este festin vn Medo, cuyo nombre era Cobaris, famoso mas, porque professaba el Arte Magico, si puede llamarse Arte, lo que es pura illusion, y engaño, para mover à los ignorantes, y pusilánimes, que por que supiesse algo de él; pero realmente hombre de capacidad, y bondad. Este, aviendo hecho su exordio, manifestando: Que no ignoraba era mas seguro à vn criado obedecer lo resuelto, que aconsejar por sí; pues en lo primero corria el mismo riesgo, que los demás, y en lo segundo peligraba solo: le diò Beso la Copa que tenia en la mano, como en demonstracion de que le permitia dixesse su sentir. Tomòla Cobaris, y continuò así: Por muchas causas se puede llamar la condicion de los Mortales infeliz, y contraria à su mismo bien; pero por ninguna tanto, como por el descuido con que tratamos lo que nos toca, y por el desvelo que nos cuesta lo que no nos pertenece. Son las

mas vezes poco seguros los juizios que hazemos solo por nuestros propios dictámenes; porque unas los tuerce el temor, otras los vicia el deseo, y las mas los forma totalmente contrarios la ceguedad de nuestro amor proprio, al qual llamaria presumpcion en otro menos cuerdo que tú. La experiencia te avrá mostrado, que la mayor parte de los hombres solo tienen por bueno, quando no por lo mejor, lo que ellos executan. Es grave, y pesada carga la de vna Corona, y conveniente para que no de contigo en tierra la que adorna tus sienas, llevarla con prudencia; cuya virtud la conserva, al passo, que la destruye la furiosa precipitacion. En cuya prueba añadiò el vulgar proverbio de los Bactrianos, que el Perro que ladra, no muerde; y que los Rios mas profundos, son los que menos ruido hazen. Hame parecido no omitir de la Historia este testimonio de la prudencia de los Barbaros, tal qual fuesse, para que por él se venga en conocimiento de ella. Tenia suspenso à todo el Concorso este discurso, esperando el fin de él, quando declarandose mas, diò à Beso vn consejo de mayor utilidad, que gusto fuyo: Debes suponer (continuò) cercano à las Puertas de la Real Corte, en que nos hallamos, à vn Enemigo tan poco descuidado, el qual tengo por cierto, que se dexará ver con su Exercito, antes que tú bagas levantar esta Mesa. Tratas de que vengan Tropas del Tanais, y de cubrirtte con los Rios, como sino le fuesse dado seguirte adonde quiera que huyas. Los Caminos son comunes à ambos; pero mas seguros al Vencedor. Si el miedo te diere alas para salvarte, la esperanza se las dará à él mas ligeras para alcançarte.

Quan-



*Quanto mejor tē estarā anticiparte à grangear la gracia del mas poderoso , por medio de tu rendimiento ; siendo cierto , que de qualquiera suerte , que sea el successo , te serā mas conveniente ser su rendido , que su Enemigo. Considera , que el Reyno que oy tienes no es tuyo , y que te hallas mas expuesto à quedar despojado de el. Nunca serās tan verdadero , y seguro Rey , como quando te pusiere en la mano el Cetro quien puede darte , y quitarte. Este consejo te serā provechoso , si promptamente le observas ; pero inutil si dilatas su execucion. A un generoso cavallo le basta solo la sombra de la vara , para hazerle partir ; pero à uno pesado , apenas son suficientes los azicates. Era Beso naturalmente colérico , y teniendole aun mas entonces el vino , se arrojò tan precipitado contra Cobaris , aviendo desembaynado su Cimitarra , que no sin gran dificultad pudieron estorvarle sus amigos , que le diese muerte ; pero escapandose entre el gran Concurso , passò à rendir la obediencia à Alexandro. Componiase el Exercito de Beso de ocho mil Bactrianos ; los quales le obedecieron mientras les durò la esperança de que los Macedones , respecto del rigor de aquel clima , passarian à la India. Pero al punto que supieron iba Alexandro contra ellos , le abandonaron , retirandose todos à sus casas. A vista de lo qual , despues de aver passado el Rio Oxo con sus amigos , y quemado las Barcas , en que lo avia hecho , para evitar que el Enemigo se aprovechasse de ellas , se encaminò à Sogdiana à hazer*

nuevas levass. No hubo bien passado Alexandro el Caucazo , como hemos referido , quando su Exercito se viò muy expuesto à perecer , por la falta de Viveres. Expressian el zumo de Sefama , y se vntaban con el , como con el azeyte , los miembros. Valia cada cantaro ducientos y quarenta dineros ; el de miel trecientos y noventa ; y el de vino trecientos. El trigo era poco , ò ninguno , porque le guardan los Barbaros en profundos foslos , que tienen para este fin , à quienes llaman Syrrhos , hechos con tan grande artificio , y cautela , que solo saben de ellos los que los labran ; de suerte , que los Soldados solo se alimentaban de yervas , y pescados. Pero llegando à faltarles aun estos , se vieron precisados à dār muerte à los Cavallos del Bagage , para mantenerse de ellos hasta que llegassen à Bactra. Es bien diferente el territorio de aquella Provincia. Ay vnos parages poblados todos de Arboles , y viñas , que producen gran cantidad de frutas , y de vinos muy regalados , y otros en quienes la tierra es mas fecunda , por la abundancia de fuentes de que goza ; las quales contribuyen à aquellos hermosos , y dilatados Prados , que en ella se ofrecen. En las tierras menos pingues siembran el trigo , y la cebada ; y las demás sirven para pasto de Ganados. Componese vna gran porcion de la Provincia de arenosas Campañas , cuya sequedad las haze inhabitables , è infructiferas. Quando los vientos del

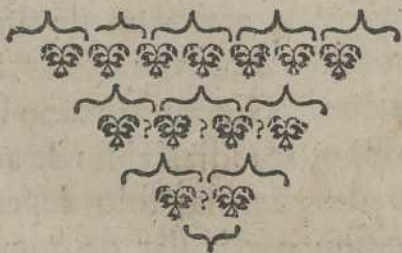


del Mar Pontico corren alli acumulan toda la arena, que estaba esparcida por el Campo, en tan elevados Montes, que à qualquiera que los mira de lexos, le parecen vnas grandes colinas, sin que dexen rastro de algun camino; por cuya causa los que paffan por aquellos Desiertos se gobiernan de noche, como los Navegantes, por los Astros, para assegurar el acierto de su derrota. No caminan de dia, assi porque no se les ofrece rastro, ni huella alguna por quien se puedan dirigir, como porque siendo su vnico norte la luz de las Estrellas, apagada esta con los resplandores del Sol, quedan tan incapazes de hazerlo, como expuestos los Passageros, si los coge alguna de estas tempestades, à que los sepulten las arenas. Los Lugares fertiles abundan de hombres, y cavallos. Bactra, Ciudad principal de la Provincia, està situada à las faldas del Monte Parapamisso, por cuyos Muros passa el Rio Bactro, de quien tomò el nombre la Ciudad, y Provincia. Mientras se detuvo en ella el Rey, le llegó noticia de los rebeliones de los Peloponesos, y Lacedemonios, sin la de averse soslegado, quedando estos vencidos, y deshechos, respecto de empezarse la Guerra quando partieron de la Grecia los que se la llevaron. Cuya defazon le aumentò otro tanto mas sensible, quanto le cogia de mas cerca. Esta fuè avisarle iban los Scythas, que habitan de la otra parte del Tanais, à toda diligencia en socorro de Be-

so. A cuyo tiempo le avisaron tambien del suceso, que avian tenido Carano, y Erygio, que mandaban sus Tropas, en la Provincia de los Arioros. El qual fuè averse dado vna Batalla entre los Macedones, y los Arioros, cuyo General era Sariobarcanes; el qual, reconociendo, que el combate no se encendia, como el quifiera, y que no se declaraba por alguna de las dos partes el suceso, se ofreciò à Cavallo entre los primeros Esquadrones; y despues de averse quitado la Celada, y mandado cessar los tiros, desafiò à todos los que quisiessen combatir cuerpo à cuerpo con el; añadiendo, que lo haria con la cabeza descubierta. No pudo tolerar la arrogancia de aquel Barbaro Erygio General de los Macedones; el qual, aunque cargado de años, no cedia à los mas exforçados jovenes en el vigor del espiritu, ni en la robustez del cuerpo. Y assi aviendose quitado la Celada, y hecho alarde de sus canas: *Este es el dia (le dice) en que manifestaré por medio de vna Victoria, ò de vna gloriosa muerte, de quien fia sus Armas Alexandro*: Y sin decir mas se enderezò para el Barbaro. No parecia fino que se avia hecho la señal, para que de vno, y otro Exercito cessassen en el combate, porque à vn tiempo se retiraron de ambas partes todos à sus Quarteles, desde quienes, aviendo dexado libre el Campo, atendian al fin de aquel duelo, de quien no solo dependia la decision particular de aquellos dos



dos Generales, fino tambien la fortuna de ambos Exercitos. Enrístro primero el Barbaro su Lança, de cuyo golpe se preservò el Macedon, inclinando algo la cabeza. Pero dando este de espuelas al Cavallo, le passò la garganta con la fuya, tan violenta, y desítramente, que se la facò por la nuca, derribandole en tierra, donde aun defendiendose, le hiriò segunda vez con ella en el rostro; à cuyo tiempo Satibarçanes, para anticipar su fin, la tomò, y ayudò para el golpe à su Enemigo. Sus Tropas, las quales le avian seguido mas forçadas, que voluntarias, viendole muerto, y acordandose de la clemencia de Alexandro, se rindieron à Erygio. El Rey, aunque regozijado con este suceso, no le tenia sin alguna inquietud el rebellion de los Lacedemonios; el qual le disimulò con gran constancia, diciendo: *Que buen cuidado avian puesto en no declararse, hasta averle juzgado en lo mas interior de la India.* Passò de alli en seguimiento de Beso, en cuyo camino le encontrò Erygio, llevando delante de sí los despojos del Barbaro, como hermoso, y rico ornamento de su Victoria.



## CAPITULO V.

*Passa el Exercito de Alexandro, con estraña industria, el Rio Oxo. Cogido Beso por medio de cierto ardid, y llevado à la presencia del Rey, le manda entregar à Oxatres, hermano de Dario, para que le haga poner en Cruz.*

**D**ESPUES de aver proveído en Ariobarçanes el Gobierno de la Baçtra, y dexado el bagage, y todo el acompañamiento con buena Guarda, entrò con vn Campo volante en los Desiertos de los Sogdianos, donde el Exercito marchaba solo de noche. Era grande la falta que avia (como queda dicho) de agua en aquella Region, y la impossibilidad de hallarla, causaba la sed, aun antes, que la necesidad. No se descubria vna gota en quatrocientos estadios de Territorio; porque es tan excesivo alli en el Estio el ardor de el Sol, que abraza las arenas, y quema los Campos, como pudiera el fuego. Demàs, de que elevandose ciertos vapores, causados de el gran incendio de la Tierra, cubren de tal fuerte toda su faz, que no parecen aquellas espaciosissimas Campañas, sino vn dilatado Mar. Podíase, sin embargo, caminar de noche, respecto de refrigerar los cuerpos la humedad, y frescura de la mañana; pero como bolvia el calor con el Sol, consumia la poca humedad, quemando, no solo



solo las exterioridades del cuerpo, fino lo mas interior del. Llegòles à faltar, en medio de su gran sufrimiento, primero el valor, y despues la tolerancia, no pudiendo yà, ni marchar, ni detenerse. Avian hecho algunos, advertidos de los naturales, prevencion de agua; la qual templò por algun tiempo su sed. Pero aumentandose el calor, bolviò à encendersela de suerte, que se hallaron necessitados à darles todo el vino, y azeite, que avia. Bebieron con tan gran gusto, que no prevenian, que podrian bolver à tener sed, y con tan grande exceso, que quedaron privados, è impossibilitados de mantener las Armas, y de tenerse en pie; con cuyo daño se consolaron los que no tuvieron que beber. Cercaban al Rey, combatido de tantos males, sus Amigos, y rogabanle, que se acordasse de ellos, pues sola su grandeza de animo, podia en aquellas calamidades ser vnico remedio de todo el Exercito. A cuyo tiempo, bolviendo dos hombres, que se avian adelantado à reconocer el Campo con dos Odres llenos de agua para sus hijos, que se hallaban en las Tropas, previniendo su gran sed, se encontraron con el Rey; abrió al punto vno de ellos vn Odra, y llenando vn vaso del agua, que iba en el, se le ofreció. Preguntòle el Rey: *Que para quien llevaba aquella agua?* Y aviendo sabido, que para sus hijos, se la bolviò, como se la avia dado, diciendole: *Que no podia beberla, no siendo bastante*

*para que participassen de ella todos los Soldados; que se la dieffen à sus hijos, pues la avian llevado para ellos.* Finalmente llegò poco antes de ponerse el Sol, al Rio Oxo, y respecto de no averle podido seguir la mayor parte del Exercito, mandò hazer grandes fuegos sobre la Cumbre de vn Monte, para que los que caminaban con dificultad, y trabajo, supiesen, que no estaban lexos del Campo; y à los que avian llegado primero, que recogiesen, y llenassen de agua quantos Odres, y vasijas se hallassen, y que las llevassen à sus Compañeros. Perdiò en este parage mucho mayor numero de Gente, que en Batalla alguna, por el exceso, y desorden con que bebieron. Pero el, manteniendose con su coraza puesta, permaneciò sin comer, ni beber en el camino, por donde avia de venir el Exercito, ni querer tomar refresco alguno, hasta que llegaron todos los que avian quedado atrás, passando toda la noche bien desasossegado, y con hartas inquietudes. No tuvo mejor dia en el siguiente, faltando Barcas, y todo genero de material, de que poder formar vn Puente, respecto de estàr desmantelado, y desierto de Arbol alguno todo aquel Territorio cercano al Rio. Por lo qual le fuè preciso distribuir, como lo executò, en los Soldados gran cantidad de pellejos llenos de paja, y de otros generos secos, y ligeros, sobre quienes passaron el Rio, poniendose en Batalla los primeros, que lo hi-



hicieron mientras les seguian los demás. De esta suerte pasó todo el Exercito en seis dias; y continuando su viage, recibió nuevas de Sogdiano, que se le interrumpieron. Hallabase Spitamenes, gran confidente de Beso, colmado de honores, y beneficios suyos; pero como ningunos son bastantes à domesticar la perfidia, bien, que fuese menos odiosa aquella ocasion, donde parece, que todo era permitido contra el homicida de su Rey, conspiraba contra él, debaxo del especioso color de la vengança de Dario, aunque no fuese la maldad de Beso la que aborrecia sino su fortuna. En cuya consecuencia no hubo bien sabido, que Alexandro avia passado el Rio Oxo, quando comunicò su intento con Dataphernes, y Catenes, para quienes no fueron necesarios grandes ruegos; y llevando consigo ocho Mozos de los mas robustos, dispusieron así su traycion. Fuese Spitamenes à Beso, y llamandole aparte le dixo: *Que avia descubierto, que Dataphernes, y Catenes conspiraban contra él, para entregarle vivo à Alexandro; pero que él los avia cogido, y los tenia presos.* Quedando Beso sumamente obligado à Spitamenes, y como creía lo debía estar, le dió muchas gracias, y colerico, y deseoso de la vengança, mandò, que los llevasen à su presencia. Ellos, fingiendo tener las manos ligadas, se dexaron llevar por sus complices à ella. Donde luego que llegaron, mirandolos Beso con enfurecido, y ayrado semblante,

se acercaba à ellos, como para despedazarlos; pero deponiendo, se entonces el disimulo, le rodearon, y à pesar de su resistencia, le aprisionaron, le arrebataron de la cabeza la Thiara, y le hizieron pedazos la Real Ropa de Dario, que vestia. Viendose de esta suerte Beso, confesò, *era castigo de el Cielo (añadiendo) que se conocia no avian aborrecido los Dioses à Dario, quando le vengaban así, y quanto amaban à Alexandro, pues disponian, que sus mesmos Enemigos contribuyessen siempre à sus Victorias.* No es facil prevenir lo que huvieran executado los Bactrianos, sino les huviesen persuadido los que le aprisionaron, que lo hacian por orden de Alexandro; con lo qual acabaron de amedrentarlos, dexandolos dudosos, è inciertos en lo que avian de hacer. Pusieronle en vn Cavallo, y llevaronse al Rey; el qual, mientras passaba esto, escogió cerca de novecientos Soldados, que aviendo empleado lo mejor de su vida en la Milicia, se hallaban por su crecida edad impossibilitados de continuarla, mandò dár à cada vno de la Cavalleria dos talentos, y trece mil dineros à cada Infante; y despues de averles pedido se casen, para que pudiesen sus hijos suplir su falta, les concedió licencia de bolverse à sus casas. A los demás, que le prometieron servir hasta el fin de la Guerra, admitió sus ofrecimientos, y les dió las gracias por ellos. Antes que llegasse Beso à su presencia, pasó à vna pequeña Ciudad,



dad, donde habitaban los Branchides. Esta era vna familia de Mileto, à quien Xerxes, bolviendo de la Grecia, hizo passar à Afsia, por aver robado el Templo de Dydimeo en lisonja suya, en donde permanecieron. Conservan aun muchas costumbres de su Patria; pero degenerando poco à poco con el curso de los años, hablaban yà vn lenguaje corrupto, y compuesto del Griego, y del estraño. Recibieron con grandes demostraciones de gusto à Alexandro, rindiendosele ellos, y su Ciudad. Hizo el Rey traer allí à los Milesios, que estaban en su Exercito, los quales tenian odio hereditario à los Branchides por su perfidia, y dexò à su discrecion el vengar la injuria, que antiguamente avian recibido, ò el perdonarlos, en consideracion de ser vno mesmo su origen. Pero estando discordes entre si, y no pudiendo conformarse, les dixo: *Que el resolveria por si lo que tuviesse por mejor.* El dia siguiente, bolviendo à su presencia los Branchides à saber lo que les ordenaba, los mandò le siguiesse, y aviendo llegado à las puertas de la Ciudad, entrò dentro con la Phalange, y algunas Tropas de Cavalleria, à quienes se les ordenò, que luego que fuese dada la señal, faqueassen aquel abrigo de traydores, y los passassen à todos à cuchillo, sin excepcion de alguno. Con que aquellos infelizes indefensos, fueron despedazados en las calles, y en sus casas, sin que bastasse la semejan-

ça de la Lengua, los gritos, ni los ruegos à embarazar tan sangrienta crueldad. Arrasaronse enteramente los Muros, porque no se ofreciesse vestigio alguno de Ciudad, y no solo se arrancaron los Bosques Sagrados, sino tambien las raizes, para que aquel Territorio quedasse hecho soledad esteril, è infeliz. Cuyas crecidas inhumanidades, si se huviessen executado contra los Autores de la traycion, pudieran aver passado por justificada vengança, y no por barbaridad intempestiva; pero los descendientes padecieron el castigo, que merecieron sus antecessores, aunque nunca vieron à Mileto, ni pudieron averle entregado à Xerxes. Passò Alexandro de àzia allí el Rio Tanais, donde le llevaron à Beso, no solo aprisionado, sino desnudo. Teniale Spitamenes asido de vna cadena, que traia al cuello, cuyo objeto no pudo determinarse si fuè mas grato à los Barbaros, que à los Macedones. Luego, que le puso en la presencia del Rey, le dixo Spitamenes: *Para vengarte à ti, y à Dario (Reyes mios) te traygo aqui à este malvado, que quitò la vida à su dueño, aviendolo aprisionado de la misma suerte, que lo hizo con el. Resuscite Dario; y pues fuè indigno de aquel castigo, y merecedor de este consuelo, salga del Infierno à tenerle con semejante espectáculo.* Aviendo aplaudido Alexandro la accion de Spitamenes, se bolviò à Beso, à quien dixo: *Que rabia tan de Tygre se apoderò de tu corazon, perfido, y cruel monstruo, pa-*



ra darte el atrevimiento de aprisionar à tu Rey, y quitar inhumanamente la vida à tu bienhechor? Pero compraste al precio de vn parricidio cierto, el falso titulo de Rey. Entonces Beso, no atreviendose à disculpar su delito, respondió: *Que solo le avia tomado para entregarle el Reyno, y que sino lo huviera hecho él, se avria apoderado otro de la Corona.* Mandò el Rey llamar à Oxatres, hermano de Dario, y le entregò à Beso, para que despues de averle cortado las narizes, y las orejas, y puesto en cruz, le diesse muerte los Barbaros à tiros de saeta, reservando el cuerpo de los paxaros, para que aun ellos no pudieffen aprovecharse de sus carnes. Encargòse gustoso Oxatres de lo demás, assegurando: *Que por lo que miraba à preservarle de los paxaros, ninguno lo podia hazer mejor, que Catenes.* De cuya maravillosa destreza en el manejo del arco quiso hazerle sabidor por este medio, siendo tan grande, que no discrepando el tiro del blanco donde ponía la punteria, mataba los paxaros al buelo. Y si bien esta habilidad la pudo hazer menos estimable la frecuencia con que se exercitaba, en él se tuvo por tan rara, que le grangèò grande aplauso. Premiò el Rey à todos los que le avian llevado à Beso, y difiriò el castigo de su delito, para que le satisfaciesse con su vida en el mismo lugar donde se la quitò à Dario.

)(\*)(



## CAPITULO VI.

*Recibe Alexandro debaxo de su obediencia muchas Ciudades por medio del afecto de los Barbaros, y de los Macedones. Funda à Alexandria cerca del Rio Tanais, cuya Ciudad se perficiona en breve tiempo.*

EN el interin, aviendose derramado en los forrages algunos Macedones, fueron cargados por los Vandoleros, que descendieron de los Montes, y siendo mas los Prisioneros, que los muertos, se los llevaron consigo, bolviendose à sus retiradas, en quienes estaban mas de veinte mil hombres, los quales peleaban con Arcos, y Hondas. Passò el Rey à sitiarnos, y hallandose de los primeros al ataque, fuè herido de vna Flecha en el huesso de vna pierna, donde le quedò la punta del hierro. Affligidos del suceso, le sacaron los Macedones del combate; pero no pudieron hazerlo tan ocultamente, que dexassen de advertirlo los Barbaros, à quienes, hallandose en la eminencia del Monte, no se les encubria nada de quanto passaba. Embiaron al dia siguiente Embaxadores al Rey, el qual los hizo entrar al Campo, y quitandose las vendas, y cura de su herida, les enseñò la pierna, sin manifestarles la gravedad del daño, y aviendolos permitido, que se sentassen, le asseguraron: *Que no les avia sido menos sensible à ellos la no-*

ti-



*ticia de su herida, que à los mismos Macedones, y que si huvieffen podido descubrir al que tuvo el atrevimiento de causar fela, se le avrian embiado; pues era solo de impios hazer Guerra à los Dioses. Que vencidos de su incomparable valor ellos, y todos los Pueblos, que le seguian, se le rendian. Aviendolos assegurado el Rey, debaxo de su palabra, y recobrado los Prisioneros, los admitiò à su obediencia. Levantado despues el Campo, se hizo llevar en andas; hubo gran competencia entre los de la Cavalleria, y los de la Infanteria sobre quales lo avian de hazer. Alegaban los primeros, que les tocaba, respecto de que de ordinario combatia con ellos: y los segundos, que no fino à ellos, por estar en posesion de retirar à sus Compañeros, quando se hallaban heridos, quexandose de que en ocasion, que se les ofrecia conducir al Rey, se les vsurpasse aquella honra. Hallòse Alexandro embarazado en la resolucion de contienda tan reñida de ambas partes, y no pudiendo complacer à los vnos, sin disgustar à los otros, tomò el medio de mandar, que lo hizieffen alternativamente. Passò desde alli en quatro dias à la Ciudad de Maracanda, la qual tiene setenta estadios de circunvalacion, aunque el Castillo no se contiene dentro de Murallas algunas, respecto de ser bastante fuerte por naturaleza. Dexò Guarnicion en la Ciudad, y hizo abrasar, y arruinar todos los Campos. Llegòle alli vn Embaxador de los Scythas Abios, los quales, en*

medio de aver conservado siempre su libertad desde la muerte de Cyro, venian entonces à rendirse al Imperio de Alexandro. Estaban tenidos por los mas justos entre los Barbaros. Jamàs hazian Guerra sino los obligava à ella su natural defensa, y la libertad, que vsaban con moderacion, no admitia diferencia entre grandes, y inferiores. Aviendolos recibido el Rey benignamente, embiò à vno de los principales de su Corte, llamado Menidas, à los Scythas de Europa, para que les intimasse no passassen el Tanais sin su permission, para que reconociesse tambien sus tierras, y juntamente los demás Scythas, que habitan sobre el Bosphoro. Tenia elegido vn Lugar muy à proposito para fabricar vna Ciudad sobre el Tanais, à fin de mantener sujetos, asì à los que avia reducido à su obediencia, como à los demás, de quienes queria hazerse Señor. Cuyo intento atrassò la rebolucion de los Sogdianos, seguida de los Bactrianos. Componianse sus fuerças de siete mil Cavallos, à quienes se avian agregado los demás; y pareciendolé à Alexandro, que Spitamenes, y Catenes, que fueron los que le llevaron à Beso, serian suficientes à restituir à aquel Pueblo à su obediencia, los despachò à este fin. Pero mal pudieran hazerlo, siendo los Autores de aquella novedad, y quienes debaxo de la falsa voz, que avian divulgado, de que el Rey llamaba la Cavalleria Bactriana, à quien avian governado, para hazer.



en ella vn grande estrago; les suponian, que aviendoseles cometido la execucion, la avian procurado evitar, por no incurrir en tan execrable delito contra su Nacion; y porque no les era menòs horrorosa la crueldad de Alexandro, que el parricidio de Beso. Con cuya noticia, amedrentados aquellos animos, bastantemente conmovidos ya, se acabaron de resolver à la Guerra. Luego que el Rey supo la infidelidad de aquellos dos traydores, diò orden à Cratero, para que pusièssè sitio à Cyropolis, y passò èl en Persona à tomar en la mesma Region otra Ciudad, donde luego que se diò la señal, fueron passados à cuchillo todos los que se hallaban en edad de poder tomar Armas, quedando quanto en ella avia por presa del Vencedor, y arrasada la Ciudad, para que contuviesse el exemplo de aquel castigo à los demàs en su obligacion. Sin embargo los Memacenos, Pueblo poderoso, se resolvieron à sufrir el sitio, teniendole no solo por mas honroso, sino por mas seguro. Pero el Rey, que deseaba reducirlos por medios blandos, les embiò cinquenta Cavalleros, para que les manifestassen la clemencia que le merecian los rendidos, y el rigor con que procedia contra los pertinaces. Respondieronles: *Que no dudaban de la benignidad, ni del poder de Alexandro; pero que sin embargo trattassen de retirarse, y de levantar sus Murallas.* Aunque pareciendoles mejor medio el de la cautela para su alevosia, los reci-

bieron despues cortesmente, y aviendoles dado vn banquete de grande abundancia de manjares, quedando oprimidos de ellos, y rendidos al sueño, los passaron à media noche à cuchillo. Noticioso el Rey de tan cruel desfacato, puso irritado sitio à la Ciudad; pero hallandose tan bien fortificada, que no era facil rendirla à los primeros assaltos, dexò à Meleagro, y à Perdiccas en èl; y con las Tropas restantes passò à juntarse con Cratero, que como dexamos referido, sitiaba à Cyropolis. Avia resuelto perdonar à aquella Ciudad, en memoria de Cyro, su Fundador, cuyas heroicas acciones, y las de Semiramis solo ponderaba, como excesivamente superiores à todos aquellos Reyes. Pero la obstinacion de sus Habitadores le irritò de fuerte, que aviendo tomado la Ciudad, la permitiò al pillage, haziendola arrasar por los fundamentos; despues de lo qual, renovandose su justa indignacion contra los Memacenos, bolviò à juntarse con Meleagro, y Perdiccas. Jamàs se defendiò Plaza alguna mejor; pues demàs de aver perdido Alexandro en ella sus mejores Soldados, se viò en gran peligro su Persona. Porque aviendole alcanzado à la cabeza vna piedra, despedida con gran violencia, cayò tan privado de sentido, que todo el Exercito le llorò por muerto. Pero su corazon, que no se rendia con quanto es capaz de abatir à los mas esforcados espíritus, desestimando la herida, apretò con tanto

ma-



## CAPITULO VII.

mayor calor en el sitio, quanto aumentaba su natural ardor la ira que le ocasionò aquel accidente. Aviendo, pues, hecho minar el Muro, se abrió vna gran brecha, por donde entrò en la Ciudad, la qual fuè puesta à saco, y arruinada por los fundamentos. Embiò despues à Menedemo con tres mil Infantes, y ochocientos Cavallos à Maracanda, de donde Spitamenes avia echado la Guarnicion Macedona, para quedar assegurado dentro, aunque contra el dictamen de los Habitadores, los quales en medio de no aprobar su rebelion, se hallaron precisados en lo exterior, à mostrar, que assentian à èl, por no poder estorvarle. En el interin el Rey bolviò à acampar sobre el Tanais, donde cercò de Muros todo el espacio que avia ocupado su Exercito, fundando allí vna Ciudad de setenta estadios de circumbalacion, à quien tambien puso por nombre Alexandria. Fuè tan grande la diligencia que se puso en su fabrica, que en diez y siete dias quedó acabada, conociendo en su brevedad el trabajo, y cuidado con que se emplearon todos à porfia à lo que estaba à su cuidado; y para su poblacion, refcatò de sus dueños à todos los prisioneros que avia, cuya posteridad floreciò despues entre

aquellas Naciones, por  
la memoria de  
Alexandro;

\*\*\*

*No bien convallecido Alexandro de la herida, tiene Consejo con los suyos, sobre passar la Guerra à los Scythas. Declara Aristandro conforme al gusto del Rey, los presagios que descubre en las entrañas de las victimas. Queda Menedemo desecho, y muerto con dos mil Infantes, y trecientos Cavallos Macedones. Cuya rota disimula Alexandro astutamente.*

**P**ERO el Rey de los Scythas, que Reynaba de la otra parte del Tanais, reconociendo, que aquella Ciudad, edificada en aquel Rio, era vn yugo, que se oponia sobre su cerviz, embiò à su hermano Carthasis con gran numero de Cavalleria, para demolerla, y echar de allí las Tropas Macedonas. Divide el Tanais à los Bactrianos de los Scythas de la Europa, assi como à esta de Afsia. Por lo que mira à los Scythas, vecinos de la Tracia, corren del Oriente al Septentrion, y no confinan con los Sarmatas, como algunos han creído, son si parte de ellos. Dilatandose despues en derecha, se juntan con los que habitan de la otra parte del Istro, y ponen fin à los terminos del Afsia de la parte de los Bactrianos, que de todos los Afsiaticos son los mas Septentrionales. No se ofrecen, empero, en todos aquellos parages, fino profundas Selvas, y desmesurados Desiertos, si bien las Tierras,

Y 3

que



que miran al Tanais, y à la Bactra, están cultivadas como las mas pobladas. Aunque no se hallaba Alejandro con intento de acometer à los Scythas, experimentando el atrevimiento con que à vista suya hazian correrias, no le pudo tolerar, en medio de tenerle bien fatigado su herida, y sumamente debilitado el corto alimento que tomaba, y los crecidos dolores que padecia en la cabeza. Davante aun mayor cuidado, que el Enemigo, la gran concurrencia de contratiempos, que se le ofrecian. La rebelucion de los Sogdianos, y la de los Bactrianos, el desacato de los Scythas, y el estado en q se hallaba, el qual no le permitia mantenerse en pie, ni ponerse à cavallo, hablar à sus Tropas, ni dár las ordenes necessarias. Por cuyo interno, y externo impedimento: Se queixaba de los Dioses, lamentandose de verse en vn lecho, impossibilitado de poder obrar con el ardor, y diligencia, que no se avia defendido otro alguno hasta entonces, y expuesto à peligrar, en el concepto de sus mismos Soldados, y à que atribuyessen estos à ficcion suya su dolencia. Por lo qual, aunque avia dexado de consultar à los Adivinos, despues de aver derrotado à Darío, bolvió nuevamente à aquellas supersticiones, llenas todas de imposturas. Ordenò, pues, à Aristandro, de cuya Ciencia hazia grande aprecio, que inquiriesse, por medio de los sacrificios, el suceso, y fin de sus empreßas. Era costumbre de los Adivinos examinar las entrañas de los Animales, en parte donde no se

hallasse el Rey, à quien participaban despues, segun lo que avian observado, el presagio que denotaban. En cuyo interin llamò à su Tienda à Ephestion, à Cratero, y à Erygio, con las Guardas de su Persona; y aviendolos hecho sentar muy cerca de sì, para no necessitar de levantar la voz, y exponerse con la fuerza à que se le bolviesse à abrir la llaga, les hablò en estos terminos: *La coyuntura presente no puede ser mas contraria à mis intereses, ni mas favorable à los de mis Enemigos; pero todo cede à la necesidad, mayormente en la Guerra, donde no siempre corresponden las ocasiones à la solicitud, y deseo con que se apetecen. Los Bactrianos han sacudido el yugo, que bolviamos à imponerles, pretendiendo à agenas expensas, y peligro, y sin riesgo proprio, hazer prueba de nuestro valor. No es dudable, que si dexamos los Scythas, que voluntariamente nos acometen, por bolver contra los Rebeldes, que nos despreciaràn vnos, y otros. Pero tampoco lo es, que si passamos el Tanais, y con la ruina de aquellos nos mostramos invencibles, que hallèmos Vencedores franco el passo à la Europa. Siendo cierto, que qualquiera que mide los terminos de nuestra gloria, con el espacio que hemos de correr, se engaña; pues solo vn Rio se nos ofrece por impedimento, vencido el qual, se dilataràn nuestras Armas por toda la Europa. Tan corta gloria os parece, que nos resultarà de levantar nuestros trofeos, como en otro Mundo, mientras sujetamos el Asia, y vnir en brevissimo espacio, por medio de vna sola Victoria, lo que la naturaleza separò con tan dilatada distancia? Pero por corto que sea el*



el tiempo que nos detuvièremos, nos hallarèmos con los Scythas sobre nosotros. Somos, por ventura, solos los que podemos passar los Rios? Nuestros mismos artificios, y las industriosas invenciones de que tan dichosamente nos hemos valido hasta aquí, se convertiràn contra nosotros. Porque la misma Guerra enseña, aun à los Vencidos, el Arte de la Guerra. No ha mucho, que pudieron observar el medio de los Odrès de que nos valimos para pasar el Rio: y quando los Scythas no acierten à vsar de el, los Bactrianos se lo enseñarán. Fuera de que si hasta aquí se hallan solo con vn Exercito, esperan en breve otros. Con que juzgando evitar la Guerra, la atraerèmos à nosotros; y en vez de hazerla aora, como podemos, à satisfaccion, y gusto nuestro, nos la harán entonces à pesar, y no sin perjuicio nuestro. Esto es tan cierto, que no admite replica. Lo que si solo dudo es, que los Macedones me permitan, que obre como acostumbro por Mí; porque despues de mi herida no he podido caminar à piè, ni à cavallo: Pero si quereis seguirme, veis-me aquí sano, y con el vigor que basta para tolerar las fatigas de esta empreffa, en la qual si muriere, donde, ni en qué ocasion lo podrè hazer con mayor gloria? Aviendo exprellado este razonamiento con voz tan debil, y decadente, que aun los que se hallaron cerca, no sin dificultad pudieron entenderle; procuraron todos disuadirle de su intento, y con especialidad Erygio; el qual no pudiendo reducirle por medio de su autoridad, procurò hazerlo por el de la supersticion, que era la que vnicamente le contenia en algun recelo, diciendole: Que aun à los

misimos Dioses desagradaba su empreffa, y que corria gran peligro si passaba el Rio; pues le avia assegurado Aristandro (à quien encontró en la Tienda del Rey) que las señales de las victimas eran poco favorables. Turbado, y colerico Alexandro al oírle, no menos, que del mal anuncio, de que se huviesse descubierto la supersticion, que avia tenido con tan gran secreto, le hizo callar al punto, y llamar à Aristandro, à quien dixo: Suponed, que no soy vuestro Rey, sino solo vna Persona particular; por qué aveis revelado à otro, que à Mí, lo que anunciaba el sacrificio, que os pedí hiziesseis? Vos aveis participado à Erygio lo que con mayor secreto tenia. Si bien no me persuado à que sea lo que el me ha dicho, lo que Vos le aveis rebelado, sino lo que segun su miedo ha interpretado de las victimas. Por tanto, os intimo, con todo el poder, y autoridad que tengo en Vos, que me declareis quanto al presente aveis reconocido en las entrañas de los Animales, para que no podais negar nada de lo que aveis dicho. Quedò Aristandro tan confuso, y embargado del temor, que le faltò la voz, la qual se la recobrò el que nuevamente le hizo concebir el riesgo que le pudiera causar la dilacion de su respuesta. Y así le dixo: Es cierto, Señor, que declarè, segun mi juicio, que te empeñabas en vna empreffa peligrosa, pero no sin fruto. Asségurote, que no me dån tanto cuidado las señales, que por mi Ciencia he reconocido, como los temores en que mi amor me pone. Veo mal assegurada tu salud, y considero quantas vidas estàn pendientes de la tuya; y para decirlo de vna vez, recelo, que es



*es mas tu valor, que son tus fuerzas.* Entonces el Rey le mandò, que bolviessè à sacrificar, diciendole: *Quo confiassè en su buena fortuna, y se assegurassè de que los Dioses no avian limitado su gloria à la conquista del Asia.* Tratando poco despues del modo de passar el Tanais, bolviò Aristandro, y le assegurò: *Que nunca avia visto señales tan favorables. Que eran bièn diversas de las antecedentes, las quales à la verdad le avian dado que temer; pero que en estas no tenia mas que desear.* Sin embargo las noticias que recibió poco despues interrumpieron el curso de sus continuadas prosperidades. Dexamos referido, que avia embiado à Menedemo, para que sitiasse à Spitamenes, Autor de la revolucion de los Bactrianos; este, pues, noticioso de su jornada, le pareciò mas conveniente, que esperarle dentro de sus Murallas, disponerle vna emboscada en el mismo camino por donde avia de passar. Con cuyo fin eligiò vn territorio cubierto todo de Bosques, y como tal muy à proposito para el intento. Hizo ocultar en èl à los Dahos, los quales acostumbran montar bien armados dos en vn Cavallo, y arrojarle à tierra en medio de la refriega, con tan admirable disposicion, vnas veces vnos, y otras otros, que rompen los mas vigorosos Esquadrones, respecto de ser su ligereza igual à la de los Cavallos. Aviendoles mandado Spitamenes, que cercassen el Bosque, se ofrecieron improvisamente al Enemigo por la frente, por las espaldas, y por el flanco. Menedemo, aunque se

viò rodeado por todas partes, y con inferior numero de Tropas, resistiò largo tiempo, diciendo à grandes voces: *Que pues se hallaban assaltados, y empeñados en aquellos lugares, no les quedaba otro recurso, que el de morir como hombres de valor, y el de vender bien sus vidas.* Iba en vn generoso Cavallo, en el qual entraba, y salia muchas vezes à toda rienda por en medio de los Enemigos, en quienes hizo considerable mortandad. Pero cargando todos en èl, y faltandole la sangre, por la mucha, que avia derramado de las innumerables heridas que recibió, pidiò à vno de sus amigos, cuyo nombre era Hipsides, que se pudiesse en su Cavallo, y se salvarse; y diciendo esto, cayò en tierra muerto. Pudo Hipsides retirarse facilmente; pero aviendo perdido à su amigo, quiso antes morir con èl, vengandole, que librarse con la nota de no averlo hecho. Y asì cayò oprimido de las continuadas heridas, que recibió despues de pelear valerosamente. A vista de lo qual, ganaron los que avian quedado de la rota, vna pequeña eminencia, donde fueron acometidos del Enemigo, y oprimidos de hambre, la qual les obligò à que se rindiesen. Perdiò Alexandro en este reenquentro dos mil Infantes, y trecientos Cavallos; si bien dispuso con su prudencia, que estuviessè oculta la noticia de este contratiempo, à cuyo fin prohibiò, con pena de la vida, à los que bolvieron de padecerle, que le revelassen.



## CAPITULO VIII.

*Mientras se dispone el Exercito para la Guerra, llegan Embaxadores de los Scythas, los quales hazen una admirable oracion à Alexandro, sobre la Paz.*

SIN embargo, no pudiendo Alexandro subsistir mas tiempo en la dissimulacion de su cuidadoso sentimiento, se retirò à la Tienda, que avia mandado disponer à orilla del Rio, donde se mantuvo solo, pensativo, y desvelado en lo que debia resolver. Levantaba à todas horas las cubiertas de su pavellon, para divisar los fuegos de los Enemigos, por si podia reconocer por ellos el numero de que se componia su Exercito. Luego que rompiò el dia, echò mano de sus Corazas, y se permitiò à la vista de sus Soldados, que hasta entonces avian estado privados de ella, desde su vltima herida. Era tan grande la veneracion, que le tenian, y tal la confianza, que hacian de su invencible valor, que con su presencia perdieron todos sus temores, acreditando su gozo en lagrimas, que arrojaba à sus ojos el mismo gusto. Llegaban todos à besarle la mano, y à mostrarle con animosidad, y brio al Enemigo, contra quien poco antes avian medrosamente rehusado ir. Dixoles Alexandro, *que haria passar su Cavalleria, y Phalange en Barcas, y en Odres, à los que iban armados à la ligera.* Ni el

estado presente de las cosas, ni el de su indisposicion permitia mas dilatado razonamiento. Trabajaron los Soldados con tan gran vigilancia, y presteza en las Barcas, que en tres dias tuvieron hechas doce mil. Hallabase todo dispuesto para passar el Rio, quando llegaron al Campo à cavallo veinte Embaxadores de los Scythas, segun su estilo, pidiendo se les permitiese hablar al Rey. Aviendolos hecho entrar Alexandro en su Tienda, los mandò sentar: hiciéronlo assi, manteniendose algun tiempo sin quitarle los ojos, ni articular palabra: suspension, que sin duda se la causaria, à lo que juzgo, el que regulando ellos, segun acostumbran, por la disposicion del rostro, y gentileza del cuerpo, la grandeza del animo, hallarian, que no correspondia la mediana estatura de Alexandro, à lo que de su invencible valor publicaba la fama. Sin embargo, es preciso conceder, que los Scythas son menos rudos, y grosseros, que los demàs Barbaros, pues se refiere, que entre ellos hubo algunos, que professaron las letras, en aquella manera, que es permitido à la capacidad, de los que figuen siempre el manexo, y vso de las Armas. Conservannos hasta oy las Historias la Oracion, que hicieron à Alexandro; la qual, aunque no dudo, que parezca estraña, y poco conforme à la elegancia de la locucion, que se practica en siglo tan culto, donde està delicadissimo el gusto de los Ingenios, y  
que



que como tal se desprecie, tan poco, que sea grata la puntualidad, que observamos en la Historia, la qual nos obliga à referir los sucesos, sin alterar algunos, conforme los hallamos. Lo que sabemos, pues, es, que el mas anciano de ellos habló à Alexandro en esta substancia: Si la voluntad de los Dioses te hubiesse concedido la estatura del cuerpo, correspondiente a tu desmesurada ambicion, toda la redondez del Universo, seria estrecho ambito para la magnanimidad de tu corazon; tocarias con una mano el Oriente, dilatarias la otra al Occidente, y pretendieras seguir el curso del Sol, hasta averiguar adonde se oculta, ò se apaga su hermoso esplendor, sin que se faciasse nunca tu immoderacion de aspirar à quanto no te es posible conseguir. Passaste de la Europa al Asia, y de el Asia à la Europa, desde donde despues de aver reducido à tu obediencia à todo el Mundo, huvás Guerra à los Rios, à los Bosques, y à las Fieras. Pero què, ignoras, que los mas copulentos Arboles, los quales han necesitado de largo tiempo para su aumento, están expuestos al riesgo de verse instantaneamente derribados, y arrancados de raiz? No es prudencia atender solo al fruto, que producen, sin considerar su elevacion, y el peligro de su caída. Advierte, que si pretendes penetrar hasta lo mas encumbrado, serà muy posible, que te enredas entre las ultimas ramas, y caygas con ellas. El Leon, aunque fuerte, y generoso, sirve tal vez de alimento à los menores Paxaros; y el hierro, en medio de su dureza, de ordinario se ve consumido por el orin. Finalmente, nada ay en la Naturaleza, que

no pueda menoscabarse por lo mas debíl, y al parecer menos vigoroso. Por ventura, nosotros, què tenemos contigo? Nunca hemos puesto los pies en tus Dominios. Es acaso culpa de los que viven en los Bosques ignorar quien seas, y de donde vengas? Nosotros, ni pretendemos obedecer, ni mandar à nadie. Y para que entiendas quales son los Scythas, sabe, que hemos recibido del Cielo, como rico presente, una junta de bueyes, una flecha, una Lança, y una taza. Esto es de lo que usamos, con lo que servimos à nuestros Amigos, y de lo que nos valemos contra nuestros Enemigos. Del trigo, que adquirimos, por medio de la fatiga de los bueyes, hacemos participes à nuestros Amigos; de la taza nos servimos para sacrificar en ella el vino à los Dioses; de la flecha para dispararla de lexos contra nuestros Enemigos; y de la Lança, para herirlos de cerca. Con estos instrumentos vencimos, primero al Rey de Syria, despues al de Persia, y à los Medos, y nos abrimos el Camino para Egipto. Mas tu, que blasonas de venir à exterminar los Salteadores, no conoces, que eres el mayor Ladron del Mundo? Robaste, y saqueaste todas las Naciones, que venciste; apoderastete de Lydia, invadiste à Syria, à Persia, y à Bactra; penetraсте hasta la India, y vienes aora aqui à hurtarnos nuestros ganados; porque no pareciendote hermosas tus manos, sino quando están llenas, buscas siempre nuevas presas. Què has de hazer de tan inmensas riquezas, las quales solo sirven de aumentar tu sed? Tu eres el primero, que ha hecho carestia de la abundancia; como si quanto posses no fuesse poderoso incentivo para obligarte à desear con mayor vehemencia lo que no tienes. No adviertes



¿El tiempo, que ha que te detienen los Bactrianos? Mientras tu los sujetes; se rebelarán los Sogdianos, y no sacarás otro fruto de la Victoria, que el de una semilla para nueva Guerra. Porque supongo, que seas el mayor, y mas Poderoso Principe del Mundo; tan facil te parece que es el querer admitir por Señor à un extraño? Passarás el Tanais, y reconocerás solamente toda la extension de nuestras Campañas, desearás entonces seguir à los Scythas; pero desengañate desde aora de lo que consigas; porque nuestra pobreza será siempre mas agil, que tu Exercito, cargado de los despojos de tantas Naciones; y quando mas distante nos juzgues, nos ballarás dentro de tus mismos Alojamientos, pues con la mesma velocidad, que huimos de los Enemigos, cargamos en ellos. Tengo entendido, que entre los Griegos passan por proverbio los Desiertos de los Scythas. Es cierto, que estimamos mas estos, y nuestros incultos Lugares, que vuestras grandes Ciudades, y fertiles Campañas. Quieres observar un saludable consejo, que en la coyuntura presente es el mejor, que puedo darte? Pues advierte, que es la fortuna delesnable: tenla bien assida, porque no te se buya; que aun assi no podrás detenerla, si gusta de dexarte; ò à lo menos ponla freno, para que puedas regirla mejor. Es comun sentir de los nuestros, que la fortuna no tiene pies, sino manos, y alas, y que quando franquea aquellas, no permite, que se la llegue à tocar en estas. Finalmente, si eres Dios, debes con generosa liberalidad dilatar en los mortales los beneficios, y no usurparles los que gozan; y si eres hombre, tener siempre presente tu humana Naturaleza; porque es gran delirio pensar solo en lo que nos abs-

trae de la memoria de nuestro ser. Los que dexares en paz, te serán fieles Amigos; porque las mas firmes amistades, las concilia la igualdad de las personas, y esta juzgan la tienen entre si, los que no han llegado à medir sus fuerças. Pero no te persuadas à que te sean afectos, los que quedaren vencidos; pues nunca ay amistad entre el Señor, y el Esclavo, el qual en el mayor sosiego de la Paz, conserva siempre reciente la memoria de la Guerra, à quien mira como medio unico de sacudir el aspero yugo de su servidumbre. En quanto à la seguridad de nuestra alianza contigo, no es estilo, que practicamos los Scythas, el de ofrecerla por medio del juramento; porque no conocemos otro, que el de guardarla con firmeza, sin necesitar para ello de jurarla. Quedense para los Griegos estos resguardos, las solemnidades de firmar sus Contratos, y de llamar à los Dioses por testigos de sus promesas; que nosotros solo fundamos nuestra Religion en la observancia de nuestra buena fee, persuadidos à que no harà escrupulo de burlar à los Dioses, quien no se avergonçare de faltar à su palabra à los hombres, y à que tu no necesitas de Amigos, cuya fidelidad te sea sospechosa. Quedaremos, pues, por Guardas tuyas de la Europa, y del Asia; cuyo cuidado, de quien mejor le puedes fiar, que de los que te somos vecinos, assi por lo que mira à Macedonia, con quien se dice, que confina la Thracia, hasta donde nos dilatamos, como à Bactra, de quien solo nos separa la extension del Tanais? Resuelve, pues, lo que tuvieres por mejor, ò elegirnos por Amigos, ò declararnos por Enemigos.



## CAPITULO IX.

*Aviendo despedido el Rey à los Embaxadores , passa el Tanais. Haze Guerra à los Scythas ; y trata benignamente à los vencidos.*

**T**AL fuè la oracion del Barbaro , à quien Alexandro respondió en breves palabras: *Que él se valdria de su fortuna , y de su consejo; de aquella, para continuar en la misma confianza , que lo avia hecho siempre; y de este, para no emprender nunca temeridad alguna.* Y aviendolos despedido, hizo entrar à su Exercito en las Barcas dispuestas, y poner en las proas de rodillas à los Soldados, que iban armados con Escudos , para que se preservassen mejor de los tiros de las Flechas, y detrás de ellos en piè à los que tenian el cuidado de las maquinas, cubiertos por delante, y por los lados de Soldados, prevenidos de todas Armas. Los demás que seguian las maquinas llevaban escudos sobre las cabezas, vnidos vnos con otros, con quienes defendian à los Remeros, armados de Coseletes. Observaron el mismo orden las demás Barcas, que conducian la Gente de à Cavallo, cuya mayor parte llevaban por la popa de las riendas los Cavallos, que passaban nadando, y las Barcas à su abrigo à los que iban sobre los Odres llenos de paja. Fuè el Rey el primero que partiò con el suyo, asistido de vna Tropa escogida , à tomar la Ribera contraria; la qual defendian los

Scythas con su Cavalleria, dispuesta en tan buena forma , que no pudo tomarla. Causò à los Macedones mayor terror, que el formidable aspecto de tan poderoso Exercito , como el que se les ofreciò en orden de Batalla sobre la Ribera , el riesgo en que se hallaron en medio del Rio; porque cargando los impetuosos embates de la corriente en los costados de las Barcas, impedian à los que las gobernabà el que lo pudiesen hazer, y derribaban à los Soldados; los quales assiendose de todo por no caer al agua, estorvaban el vfo de los remos, en cuya desorden, y confusion mal podian disparar los dardos los que atendian mas que à combatir à no zozobrar. Todo su remedio le debieron à las maquinas; las quales arrojaron de sì tan gran cantidad de piedras, que hizieron retroceder à buen passo à los que tanto se avian adelantado. Sin embargo fuè tal la inundacion de Flechas, que dispararon los Barbaros en las Barcas, que apenas hubo escudo, que no le dexassen reducido à menudos pedazos. Pero luego que los Macedones empezaron à tomar tierra, puestos à vn tiempo en piè los que iban resguardados de los Escudos, y disparando con mas firmeza, y libertad sus dardos, ninguno dexò de hazer efecto en los Enemigos, contra quienes luego, que los vieron en desorden, y que retiraban sus Cavallos, saltando en tierra con imponderable gusto, cargaron con sumo impetu, y ardor vnos, y otros.



otros. En cuya retirada, hallándose pronta la Cavalleria, los siguiò hasta acabar de romperlos, mientras que los demás, cubiertos de los Esquadrones, y de los que combatian, se dispusieron à hazerlo de refresco. Suplia el Rey con su vigoroso espiritu la falta de sus fuerças. No se le podian perceber las voces con que animaba à los Soldados, por la debilidad à que le tenia reducido la molestia de la herida, que aun conservaba abierta; pero veian todos el valor, con que combatia; cuyo exemplo estimulaba de fuerte à los Soldados, que haziendo ellos mismos el oficio de los Cabos, se animaban vnos à otros, y se arrojaban en medio de los Enemigos. No pudiendo yà resistir mas tiempo los Barbaros los valerosos esfuerços de los Macedones, su presençia, ni sus gritos, aviendo enfrenado sus cavallos (por ser toda su Gente de Cavalleria) se entregaron à rienda suelta à la fuga. Y si bien el Rey no se hallaba en estado de fatigarse mucho, no dexò de seguirlos por espacio de veinte estadios, hasta que faltándole las fuerças, ordenò à los suyos, que continuassen el alcance, en quanto durasse el dia, y se retirò à su alojamiento, para lograr algun descanso, y esperar à sus Tropas; las quales avian passado mas allà de los limites de Bacho, à quienes representan ciertas piedras crecidas, à distancia vnas de otras, y algunos arboles de gran magnitud, cuyos troncos estaban cu-

biertos de yedra; aviendolos alejado tanto el ardor, y ansia de alcançarlos, que no bolvieron hasta mediada la noche al Campo, despues de aver muerto infinitos Enemigos, y hecho à muchos mas prisioneros, y vna pressa de mil y ochocientos Cavallos, sin aver tenido mas pèrdida en aquel combate, que la de sesenta Cavallos, y cien Infantes, ni aver passado de mil los heridos. La fama de esta expedicion, y de Victoria tan oportuna, acabò de assegurar en la obediencia de Alexandro el Asia, y de sossegar las inquietudes, y alteraciones, que en la mayor parte de ella se avian suscitado; porque si hasta antes de su rota estaban en concepto de invencibles los Scythas, yà confessaban despues de ella todos, que no avia Nacion, que no debiesse ceder à los Macedones, como lo dieron à entender los Sazes, en la demostracion de despachar Embaxadores al Rey, ofreciendole su obediencia, movidos, mas que de su valor, de la clemencia que usò con los Scythas, cuyos prisioneros restituyò sin rescate alguno; mostrando con esta accion, que solo avia combatido con Nacion tan belicosa, por emulacion de gloria, y no por odio, que la tuviesse. Recibiò, pues, con gran benignidad à los Embaxadores de los Sazes, y nombrò à Excipino para que los acompañasse; el qual, por su florida edad, y hermosura, avia grangeado la gracia del Rey, con no menor valimiento, que Ephestion,



à quien aunque era igual en la disposicion, y belleza del cuerpo, no en la gracia, y viveza del espiritu. Y aviendo ordenado à Cratero, *que le siguiesse à cortas jornadas, con la mayor parte de sus Tropas*, llegó à la Ciudad de Maracanda, de donde advertido de su venida Spitamenes, avia salido fugitivo para Bactra. Desde ella llegó en quatro dias de camino, al parage en que Menedemo avia perdido los dos mil Infantes, y tres mil Cavallos, como dexamos referido, à quienes mandò dar Sepultura, y que se les hiziesen sus Exequias. Avia se juntado yà Cratero, en cumplimiento del orden que tenia, con Alexandro; el qual deseoso de que tuviesen todos parte en el castigo, pues la avian tenido en el rebellion, separò sus Tropas, y mandò talar la Provincia, y passar à cuchillo à todos los que se hallassen en edad de poder tomar las Armas.

## CAPITULO X.

*Valor invencible de los Nobles Sogdianos; castigo de Beso; el Exercito de Alexandro reforzado de nuevas Tropas.*

**H**ALLASE la mayor parte de la Region Sogdiana desierta, cuya extension, compuesta toda de bastas soledades, es de ochocientos estadios: ditalase en derecha por vn gran territorio, à quien baña vn Rio, llamado por los Naturales Polytimeto. La estrechez de su canal, es causa de la rapidéz con que corre, hasta que à

alguna distancia se oculta debaxo de tierra, sin que de mas señas de su curso, que las que ofrece el ruido de sus Aguas; porque en la tierra, debaxo de quien passa, no se reconoce, en medio de ser tan caudaloso, gota alguna de Agua, ni de la menor humedad. Fueron llevados al Rey treinta Mancebos, de los mayores Señores de aquella Region, que se hallaron entre los Prisioneros, de gentil estatura, y admirable disposicion; los quales, sabiendo, que los conducian al suplicio por orden de Alexandro, manifestaron en alegres canciones, y en danças, y otras demonstraciones festivas su gran regocijo. Del qual admirado el Rey al ver, que celebrassen con aquel valor, y gusto su proximo fin, mandò, que los bolviessen à su presencia, donde les preguntò por la causa de èl, quando tenían tan cercana su muerte. Respondieronle: *Que assi como les sería esta muy sensible, por orden de otro, que no fuesse èl, solemnizaban con gran gusto suyo bolverse à sus Antecessores, por la de vn Rey Vencedor de todas las Naciones, con muerte tan gloriosa, y digna de que la apeteciessen los hombres de mayor valor.* Admirado el Rey de aquella grandeza de animo, les preguntò: *Si querian la vida, con calidad de que no avian de ser mas sus Enemigos?* A que le respondieron: *Que nunca lo avian sido; pues si le avian acometido, solo fue por defenderse. Y que si como usò de la violencia para ganarlos, se huviesse valido de la blandura, no avrian permitido,*  
que



que les fuesse superior en la cortesania. Preguntòles por vltimo : *Què prendale daban de su fidelidad?* Y ellos le dixerón : *Que ninguna, mas que la mesma vida, que recibian de su benignidad, la qual tendrian siempre prompta, y dispuesta, para quando se la bolviessè à pedir.* Cuya palabra cumplieron tan exactamente, que los que se bolvieron à sus Casas, mantuvieron en inmutable obediencia sus Pueblos ; y quatro, que puso en la guarda de su Persona, le conservaron tan gran fidelidad, y amor, como qualquiera de los Macedones. Aviendo, pues, dexado en aquella Region à Peucolao con tres mil Infantes, por no ser necessarias alli mayores fuerças, passò à Bactra, de donde hizo llevar à Beso à Ecbatana, para que se le diessè el vltimo castigo, que merecia su delito. Casi por el mismo tiempo le llevaron Ptolomeo, y Menidas tres mil Infantes, y mil Cavallos, que avian levantado à sueldo suyo, à quienes se juntaron otros tres mil Infantes, y quinientos Cavallos, que tambien llevò de Lycia cierto Alexandro, y igual numero de Syria, debaxo del mando de Asclepiodoro, sin ocho mil Griegos, que avia embiado Antipatro, entre quienes iban quinientos Cavallos. Con tan considerable refuerço, marchò à fofsegar las inquietudes, y desordenes de las Provincias sollevadas, en quienes aviendo hecho dàr muerte à los Autores de los rebeliones, llegó en quatro dias al Rio Oxo. Cuyas Aguas corren siempre tan tur-

bias, y dañosas, que son incapaces de beberse, respecto de la gran porcion de cieno, que llevan. Por lo qual se dedicaron los Soldados à abrir pozos, aunque sin aver podido hallar, por mas que avian ahondado, agua alguna, quando se descubrió en la Tienda del Rey vna Fuente; la qual, por no averse reconocido al principio, se divulgò se avia aparecido repentinamente; cuya voz no disgustò à Alexandro, ni tampoco, que se creyessè avia sido favor de los Dioses. Passò despues los Rios Ocho, y Oxo, y llegó à la Ciudad de Marginia, en cuyas cercanias eligió commodo sitio para fundar seis Ciudades, dos àzia el Mediodia, y quatro àzia el Oriente, à corta distancia vnas de otras, para que pudiesen mas facilmente ser entre sí socorridas. Levantavanse sobre altas colinas, y servian entonces de freno à aquellos Pueblos nuevamente conquistados; si bien el dia de oy, olvidados de su origen, obedecen à los que mandaron.

## CAPITULO XI.

*Obliga Alexandro à la Ciudad de Pedra à que se rinda, en medio de ser por su situacion sumamente fuerte, y casi inexpugnable.*

AVIENDO pacificado Alexandro la mayor parte de aquella Region, no le quedaba por reducir mas, que vna gran Peña, que mantenia Arimazes, Sogdiano,



con treinta mil hombres de Guerra, y municiones para dos años. Contenia aquel Lugar treinta estadios de altura, y ciento y cinquenta de circuito. Ofreciafe por todas partes desgajada, y rota, sin que pudiesse penetrarse su altura, fino por vna senda muy estrecha, y quebrada; en medio de la qual avia vna gruta, cuya entrada era muy estrecha, y obscura, aunque quanto mas dentro se llegaba, tanto mas se iba ensanchando hasta lo vltimo de ella, donde se ofrecian muy grandes reductos, de quienes salian infinitas Fuentes, cuyas aguas todas acumuladas, formaban vn Rio, que corria por entre las Rocas. El Rey, aviendo reconocido la dificultad del Lugar, estuvo en resolucion de dexarle; pero deseoso, despues de superar aun las de la naturaleza, la qual parece le avia fortificado contra las fuerças, y poder de los hombres, mudò de dictamen; si bien antes de empeñarse en aquel Sitio, embiò à Cophas, hijo de Artabazo, à los Barbaros, para persuadirles à que se rindiessen. A cuya instancia respondiò Arimazes, confiado en su fortaleza, con gran arrogancia, preguntando por vltimo: Si Alexandro, que lo podia todo, podia tambien bolarla? Con lo qual quedò tan irritado el Rey, que sin dilacion alguna juntò sus Cabos para ponderarles la insolencia, con que el Barbaro se burlaba de ellos, dandoles à entender, que nõ tenian alas; pero que bien aprisa le haria conocer, que los Macedones, quando

querian se transformaban en Paxaros. Para cuyo fin diò orden de que se escogiesse treientos hombres de los mas robustos, y agiles de sus Tropas, y que fuesse, si pudiesse fer de los Montañeses, que en otras ocasiones las avian conducido por Lugares asperos. Luego, que los trageron à su presencia, con todas las calidades, que los avia pedido, les dixo, despues de averlos reconocido vno a vno: Con vosotros (ò Valerosos Jovenes, Compañeros míos!) rendì las Plazas, que hasta entonces avian tenido por impenetrables todos; penetrè los Montes, à quienes cubren continuamente las nieves, passè los Rios, cortè los estrechos de Cilicia, y resistì el insuportable frio de la India. Conocesme, y conozcoos. Essa peña que veis, no tiene mas, que vna entrada, la qual guardan los Barbaros, descuidando en lo demás. No tienen Centinela alguna, sino por la parte que mira à nuestro Campo. No dudo, que si os aplicais cuidadosamente à buscar alguna senda, por quien se pueda penetrar à la altura de la peña, que la balleis, pues no ha producido la naturaleza nada tan inaccesible, que no pueda vencerlo el valor, y virtud de los hombres. Intentando vna empreffa, de quien los demás desesperaron, quedarèmos Señores de el Asia. Penetrad animosamente à la cima, y bazedme desde ella, luego que la huviereis ganado, señal con vn lienço blanco, que yo os prometo no dexar de atraer à mi al Enemigo con mis Tropas, desembarazandoos de el. Alprimero que llegare à lo alto de la peña, ofrezco por premio de esta accion diez talentos, vno menos al segun-



*segundo, y à esta proporcion à los demás hasta el decimo. Espero, que mas que el interés, os animará la honra, y el deseo de darme gusto.* Oyeron al Rey con tan grande animosidad, que yá se suponian sobre la Peña, y despedidos de él, se previnieron de muchas cuñas de hierro, para fixarlas en las piedras; de muchas evillas, y de muy gruesos cordeles: Y aviendo cercado el Rey el Monte con ellos, les dió orden de entrar à la segunda vigilia de la noche, por la parte que parecia menos aspera, pidiendo à los Dioses los conduxessen felizmente. Proveyeronse de viveres para dos dias, y no llevando mas Armas, que su Espada, y Lança, empezaron à subir. Hazianlo al principio por sus pies; pero quando era necesario trepar, se assian vnos de las piedras, que alcançaban, y subian por sí mismos, otros por las cuñas de hierro, que fixaban en forma de escalones, y otros sostenidos de las cuerdas, que les echaban los primeros, ó de las que arrojadas por ellos solian asirse en algun risco. En cuyo penoso trabajo gastaron el dia entre el susto, y la fatiga. Quedavales, empero, por vencer lo mas aspero, y no parecia sino que quanto mas penetraban por llegar à su altura, tanto mas crecia. A cuyo desconuelo se les llegaba el horrible espectáculo de los Compañeros, que se precipitaban, y la consideracion de lo expuestos que estaban à padecer el mismo riesgo. Sin embar-

go, cediendo todas las dificultades à su animosidad, ganaron la cumbre de la Peña; pero tan rendidos de la fatiga, que embargados del sueño, à que ayudaba la noche, se echaron por aquel aspero suelo, depuesto el cuidado del peligro en que estaban, y sin que despertassen de aquel profundo sueño, hasta el dia siguiente, que dilatando la vista por todas partes, sin poder descubrir el Lugar adonde se ocultaba tan numerosa gente, vieron por vitimo el humo que salia de la Gruta donde estaban los Enemigos. Con lo qual, aviendo hecho la señal, conforme se lo avia ordenado el Rey, y reuniendose, hallaron treinta y dos menos, que avian muerto al subir. El Rey, en quien no era menor, que el deseo de obtener aquella empresa, el cuidado en que estaba del suceso de aquellos Mancebos, à quienes avia expuesto à tan conocido riesgo, se mantuvo todo el dia en piè, sin quitar la vista de la Peña, y sin aver querido retirarse à descansar, hasta que fuè muy de noche. Fuè el primero que à la mañana del dia siguiente alcançò à ver la señal; y si bien no acababa de asegurarse de ella, receloso de que no se equivocassen sus ojos, y fuese aquella blancura que veian efecto de la claridad, que causaba el Alva en el nacimiento del dia, y no la que deseaba, aumentada la luz de este, acabò de confirmarse en ella. Con lo qual, aviendo mandado llamar à Co-



phas , que era de quien se avia valido para averiguar la voluntad de los Barbaros , le embiò nuevamente , para que los exortasse à que mirassen mejor lo que resolvian ; y para que en caso de que los hallasse obstinados , les mostrasse à los que tenian à sus espaldas sobre la cumbre. Hizo Cophas lo que pudo por reducir à Arimaces à que se rindiesse , representandole : *Que obligaria al Rey, si desistia de detenerle en la expugnacion de vna Peña , atrassando la profecucion de las grandes empreffas que le llamaban.* Pero el Barbaro se hallaba tanto mas lexos de persuadirse à sus instancias , quanto le respondió con palabras de mayor aspereza , y soberbia , intimandole , que se bolviesse. Entonces Cophas , tomandole de la mano , le pidiò , que saliesse con èl fuera de la Gruta ; y aviendolo hecho el Barbaro , y mostrandole à los Macedones alojados en la cumbre , le dixo , burlandose , con razon , de su orgullo : *Que los Soldados de Alexandro tenian alas ; à cuyo tiempo , resonando por todas partes las Tropas del Campo de los Macedones , y los gritos , que en testimonio de su alegria , y de la seguridad de la Victoria , esparcia por todo el Exercito ; accidentes , que aunque tan vanos por sì todos , como muchos que suceden*

en la Guerra , amedrentaron de fuerte à los Barbaros , que los enagenaron de la razon , para que sin considerar en el corto numero de los que ocupaban la eminencia , llamassen inmediatamente à Cophas , que los avia puesto en aquel terror , y despachassen en su compañía treinta personas de las mas principales de entre ellos , para que ofreciesse la Peña , con calidad , de que les asegurassen las vidas. Y si bien , el Rey no dexaba de hallarse receloso , de que los Barbaros , reconociendo el corto numero de los suyos , los precipitassen de la cumbre , confiado por vna parte en su fortuna , y irritado por otra del atrevimiento de Arimaces , rehusò concederles condicion alguna. A vista de cuya resolucion , desesperando Arimaces de sus cosas , mas de lo que pedia el estado de ellas , descendió con sus parientes , y la principal Nobleza de su Gente , al Campo de Alexandro , el qual los hizo azotar con varas , y despues poner en cruz al piè de la Peña. La muchedumbre de los rendidos se diò à los Habitadores de las nuevas Ciudades , con todo su dinero , y el gobierno de la Peña , y de toda la Provincia confinante à

Artabazo.

\*\*\*



Fin del Libro Septimo.



LI





# LIBRO OCTAVO.

## CAPITULO PRIMERO.

*AVIENDO SUJETADO ALEXANDRO A LOS Dahos, y à los Sogdianos, le ofrecen los Scythas en matrimonio à la hija de su Rey. Mata por sí solo à vn Leon en cierta Caza; y poco despues dà muerte à Clito en vn festin, por la gran libertad con que hablò de èl.*



PODERADO Alexandro de aquella Peña, con mayor credito, que gloria, y pareciendole conveniente aprovecharse de la ocasion de hallarse esparcidos los Enemigos, dividió en tres partes su Exercito; de las quales dió vna à Ephestion, otra à Ceno, y reservò para sí la restante. Pero no todos los Barbaros siguieron vn mismo partido; porque algunos fueron sojuzgados por medio de las Armas; y la mayor parte se rindió voluntariamente, logrando, que se distribuyessen en ellos las Ciudades, y Tierras de los que se mostraron pertinaces. Entanto los Bactrianos, que se avian hecho al Campo, forrageaban en los Villages vecinos, con ochocientos Cavallos Massagetas; noticioso de ello Attinas, Governador de la Provincia, quiso reprimir su atrevimiento, despreciando mas de lo

que debiera el numero de los que se avian levantado, marchò contra ellos con trecientos Cavallos; pero los Enemigos, ocultandose en vn Bosque, que estaba inmediato à vna dilatada Campaña, dexaron descubierto algun numero de gente, que separaron de las Tropas, para que la codicia de la pressa los llevase à la emboscada. Marchando, pues, aquel inconsiderado Capitan desordenadamente, y sin mas cuidado, que el de cumplir su deseo, no hubo bien entrado en el bosque, quando improvisamente fuè cargado, y derrotado con toda la gente que llevaba. Passò inmediatamente aquella noticia à la de Cratero, el qual acudiò allí con toda su Cavalleria; pero aviendose retirado yà los Massagetas, descargò su colera en los Dahos, con muerte de mil hombres; lo qual acabò de poner fin à todos los movimientos de la Provincia. El Rey por su parte, avien..



aviendo sojuzgado nuevamente à los Sogdianos , bolvió à Maracanda , donde Berdes , à quien avia despachado à los Scythas , que habitaban sobre las Riberas del Bosphoro , le vino à encontrar con sus Embaxadores. Phrataphernes, Satrapa de los Corasminos, viendo sojuzgados à los Massagetas, y despues à los Dahos, sus vecinos, le embió tambien à dár la obediencia. Pedianle los Scythas, *que se casasse con la hija de su Rey, y que sino le juzgaba digno de aquel honor, permitiesse à lo menos, que los principales de su Corte hiziesse alianza con los primeros Señores de su Nacion, ofreciendole, que su mismo Rey vendria en persona à verle.* Recibió Alexandro vna, y otra Embaxada, con demonstraciones de gran benignidad; y despues de averse detenido alli algunos dias para esperar à Ephestion, y à Artabazo, pasó luego que llegaron à Bazaria. En cuya Region, su mayor magnificiencia consistia en Bosques poblados de Fieras; para cuyo efecto elegian grandes Selvas, bañadas de gran cantidad de agua; las quales cerraban con Murallas guarnecidas de Torres, en quienes pudiesse retirarse los Cazadores. Mostraron, entre otros, vno, donde avia mas de trecientos años, que no se cazaba. Entró en él el Rey, con todo su Exercito, y aviendo hecho, que commoviesse las Fieras por todas partes, separandose de las demás vn Leon de rara, y desmesurada grandeza, se fué à él, à cuyo tiempo, anticipa-

pandose Lyfimacho, que reynó despues, y entonces se hallaba al lado del Rey, à dispararle vn dardo, le ordenó este, que se retirasse, diciendole: *Que tambien podia él matar à vn Leon, como lo avia hecho Lyfimacho;* Porque cazando cierto dia este Principe en Syria, mató Lyfimacho vn Leon de prodigiosa grandeza, aunque con la costa de aver sacado vna herida en la espalda izquierda, que le penetraba hasta el huefso, la qual le reduxo al vltimo peligro: Y así Alexandro, zahiriendole con ella, lo executó, aun mejor, que lo dixo, pues no solo hizo rostro à la Fiera, sino la dió muerte à la violencia de vn golpe. Cuyo suceso, fino me engaño, tengo por cierto, que dió ocasion para que se dixesse, bien contra toda verdad, *que Alexandro expuso à Lyfimacho al Leon.* Aunque este suceso fué tan feliz al Rey, con todo ordenaron los Macedones, segun su estilo: *Que no fuesse en adelante à caza à pié, y sin llevar consigo algunos de sus Grandes, y de sus Oficiales.* Concluida aquella, despues de aver muerto hasta quatro mil Fieras, dió vna comida à todo su Exercito en el mismo Bosque, desde donde se bolvió à Maracanda. Alli, atendiendo à las instancias, con que Artabazo solicitaba, por su crecida edad, que proveyesse su Gobierno en otro, nombró para él à Clito. Era este el que cubrió al Rey con su Escudo, quando combatió en el Granico, sin ningun reparo en la cabeza, el que cortó la mano à Rhofa-



fazes , quando la avia levantado para matarle , vno de los Soldados antiguos de Philipo , y de los que mas se avian señalado en muchas ocasiones ; y vltimamente hermano de Helanica , que avia criado à Alexandro , à la qual amaba no menos este Principe , que à su propria Madre. Por cuyas razones todas , fiaba de èl vna de las mas importantes Provincias de su Imperio. Avriendole , pues , ordenado , que partiesse al dia siguiente , le combidò aquella noche à vn Festin , en el qual , despues de aver bebido muy bien el Rey , se introduxo à celebrar sus illustres acciones , sin limitarse en sus proprias alabanzas , las quales disgustaron aun à los mismos , que no ignoraban eran ciertas. Contuvieronse sin embargo los mas ancianos , hasta que empezó à deslucir los hechos de Philipo , y à vanagloriarse , de que aquella famosa Victoria de Cheronea se le avia debido à èl , y que le avian usurpado la gloria de tan esclarecida accion , la malignidad , y zelos de su Padre. Que en la sedicion , que sobrevino entre Macedones , y Griegos , levantados à sueldo suyo , debilitado Philipo de la herida , que recibió en aquel tumulto , se avia postrado por tierra , no aviendo discurrido otro recurso mas seguro para salvarse , que el de fingirse moribundo , y que entonces le cubrió con su Escudo , dando muerte à los que intentaban cargarle ; pero que su Padre nunca quiso confesarle este beneficio , como disgustandose de deber la vida à su hijo. Que en la jornada , que hizo contra los Illirios , obtuvo solo la Victoria , sin que Philipo se ballasse en ella ,

ni tuviesse mas noticia de la rota de los Enemigos , que la que le diò en sus Cartas. Que aquellas acciones eran dignas de alabanza , y no las que avian tenido principio en los Samothraces , quando convenia entrar à fuego , y sangre por el Afsia. Y finalmente , que la grandeza de las suyas , excedia de la credulidad de los hombres. Oia gustosa la juventud estas , y otras jactancias , pero no los ancianos , à los quales eran intolerables , especialmente las que miraban à deslucir las acciones de Philipo , debaxo de cuya mano avian servido tantos años. Por lo qual , entre otros , Clito , que tambien avia bebido bien , bolviendose àzia los que estaban sentados debaxo del , les repitiò cierto verso de Euripides ; de fuerte , que aunque pudo oír el Rey los ecos , no percibir sus palabras ; cuya substancia era : Que fuè gran desacuerdo de los Griegos aver ordenado , que en las Inscripciones de los Tropheos , no se pusiesse mas , que los nombres de los Reyes ; porque se les defraudaba la gloria de los que avian obtenido al precio de su sangre. No dudando el Rey , que en lo que huviesse dicho se mezclasse algun donayre picante , preguntò a los que tenia cerca , que avia sido ? Y no respondiendo nadie , levantò Clito la voz , y pasó à referir las acciones , y Guerras , que avia tenido Philipo en la Grecia , prefiriendolas à quanto se hazia entonces , que fuè causa de que se formasse vna disputa entre Mozos , y Viejos. Y si bien el Rey afectò oír con tolerancia , quanto avia dicho Clito en diminucion de su gloria,



ria, le hirió vivamente el corazón. Con todo, huviera continuado en reprimirse, si Clito huviesse puesto fin à sus desacordadas expresiones; pero continuando, mas encendido del vino, con mayor insolencia en ellas, le irritaba mas, teniendo osadia de defender à Parmenion, y de dexarse decir, que la ruina de Thebas avia sido empresa de cortissima consideracion, comparada con la Victoria, que Philipo avia obtenido de los Athenienses. Finalmente, preocupado, no solo de el vino, sino de vna obstinada terquedad, dixo, haciendo rostro al Rey: En caso de ser necessario exponer la vida por tu servicio, ninguno la sacrificarà primero, que Clito; pero sin embargo, en el de tratarse de la distribucion de los premios, de quienes eres arbitro, à qualquiera que hablase con mayor ultrage de la memoria de tu Padre, le juzgaràs por mas digno de ellos, para preferirle en los frutos de la Victoria. Hasme dado el Gobierno de la Region Sogdiana, que tantas vezes se ha solevado, y que no solo es incapaz de contenerla an sosiego, sino tambien de sojuzgarla, embiandome entre Fieras, negadas à domesticarse. Pero omitiendo lo que à mi toca, passo à tratar de lo que mira à los demás. Has desatendido enteramente à los Soldados de Philipo, poniendo en olvido el señalado servicio, que te hizo Atharias, este Ilustre Varon, que ves aqui, quando fuè por si solo poderoso, para que bolviessse al combate la juventud, que amedrentada se avia entregado à la fuga; sin cuya diligencia, huvieramos consumido el tiempo en Halicarnaso, subsistiendo aun oy alli.

Como avrias podido solo con ella sojuzgar el Afsia? Què bien dixo tu Tio, quando dixo, que el avia contendido con hombres, y tu con mugeres! Entre quantas grandes libertades oyò à Clito, ninguna le irritò tanto, como que huviesse alabado à Parmenion. Sin embargo, disimulando su indignacion, se contuvo contento, con mandarle salir de donde estaba (y con decir) que si huviesse continuado en hablar, le avria sin duda dado en rostro, con que le era deudor de la vida, como de ordinario se vanagloriaba de ello. Pero no acabando Clito de levantarse, se lo pidieron los que estaban cerca de el; y no bastando, pasaron à vsar de los medios de la fuerza, para sacarle de alli. Por cuya demonstracion colerico, sobre embriagado, prorrumpiò, diciendo à grandes voces: Que avia expuesto su vida al golpe, que se descargaba sobre la de Alexandro, para assegurarla; y que aviendose passado la ocasion de tan señalado servicio, le era odiosa la memoria de el. Y no contento con este atrevimiento, passò à condenar la muerte de Attalo, y à burlarse del Oraculo de Jupiter, de quien decia Alexandro, que era hijo, vanagloriandose de averle dicho mas verdad, que su Padre. Con lo qual el Rey, no pudiendo ya mas con la ira, à que le provocaban tan repetidos insolentes desacatos, y que aun sin los encendidos vapores del vino, no pudiera aver reprimido mas tiempo, partiò colerico, y arrebatando de las manos de el primer Soldado vna lança, iba à descargar el golpe de ella



ella en Clito, que aun se mantenía en la expresión de su atrevimiento; y lo huviera executado, à no averse puesto de por medio Ptolomeo, y Perdicas, deteniendole, à pesar de sus esfuerzos, y à no averle quitado la Lança Leonato, y Lyfimacho. Sobre que se quejó, diciendo à grandes voces: *Que assi como à Dario, le avia aprisionado à el las personas de quienes hazia mayor confiança, è implorando la fidelidad de sus Soldados, hizo tocar la Trompeta, para que tomassen las Armas, y fuessen en su socorro. Entonces Ptolomeo, y Perdicas, echandose à sus pies, le suplicaron: Que no se dexasse llevar de los impetus de la ira, y que diessse lugar al desahogo de ellos, difiriendo al dia siguiente su resolucion, para que fuese mas justa, y templada. Pero preocupado de ella, y sordo à las persuasiones, partiò desfatinado à Palacio; en cuya entrada, aviendo quitado à la Centinela la Lança, se puso en el Camino, por donde era preciso, que passassen los que avian cenado con el. Avianse retirado todos, fino era Clito, que salia sin luz; preguntòle el Rey quien era (con voz, que anunciaba lo que iba à executar) y el, aviendosele passado yà la colera (aunque no à su Señor) le respondió llanamente? *Que era Clito, que se retiraba. Apenas lo hubo acabado de pronunciar, quando le atravesò la Lança, y bañado en su sangre, le dixo: Vè aora en busca de Philipo, de Parmenion, y de Attalo.**

(§)

## CAPITULO II.

*Arrepientese Alexandro de aver muerto à Clito. Sus expediciones contra Sysimethres, y los transfugas Bactrianos. Muerte de Philipo, Mancebo Ilustre, y de credito.*

**E**S preciso confessar, que quanto la Naturaleza se esmerò liberal en colmar de beneficios al hombre, tanto se acreditò de cruel con el, en averle dexado tan expuesto, por su flaqueza, à considerar menos sus acciones, antes de obrarlas, que despues de executadas. Esto sucediò à Alexandro, el qual, no bien se hallò libre de los vehementes impulsos de la colera, y de los ardientes vapores del vino, quando conociò el desacierto, que avia cometido, en aver muerto à vn hombre, que aunque avia abusado de su tolerancia, era digno por sus largos servicios, por su destreza en la disciplina Militar, y por el señalado de averle dado la vida, à pesar de la afrenta, que recibia en confessarlo, de que se lo huviesse dissimulado; y la ignominia, que le resultaba de aver sido el mismo Ministro de su vengança, y de aver castigado con tan cruel muerte, las licenciosas palabras, que debieran atribuirse, mas que à efectos de desacato, à la preocupacion del vino. Veia anegado en su sangre à las Puertas de Palacio, à quien no avia muchas horas, que honró con su mesa, y à



à sus Guardas separadas de su persona, y tan medrosas, que no se atrevian à cercarsele. Cuyas cosas todas le reduxeron à tan desesperados terminos, que tuvo impulsos de darse muerte, à que contribuia mucho la soledad. Dexandose, pues, llevar de ellos, sacò la Lança del cuerpo de Clito, que la tenia aun atravesada, y bolveriendo la punta contra el suyo, iba à metersele por el pecho; como lo huviera executado, si advirtiendo sus Guardas, no se lo huviesen estorvado, aunque con alguna dificultad, y le huviesen llevado à su Tienda. En donde, arrojándose à tierra, prorrumpiò en desmedidos gritos, de quienes llenò todo el Palacio, hiriendose el rostro, y pidiendo à los que le rodeaban: *Què no le dexassen vivir, despues de aver executado accion tan ignominiosa; en cuyo ruego insistiò, quanto durò la noche. Y el dia siguiente, discurrendo en si podria aver sido castigo de los Dioses el averle dexado de su mano, para que cometiesse aquella culpa, se acordò, que no avia sacrificado à Bacho, como lo tenia de costumbre; y que aviendo hecho aquella muerte entre el vino, y los manjares, era señal evidente de la indignacion de aquel Dios. Pero lo que mas aumentaba su dolor, era ver à todos los suyos aturridos, considerando, que yà ninguno se atreveria à tratar con el, y que todos le huirian, hallandose precisado à vivir solitario, qual Fiera, temida de todos, y de todos temerosa. No bien*

huvo declarado su luz el dia inmediato, quando ordenò, que se le llevasse a su Tienda el cuerpo de Clito, anegado, como estaba en su sangre; à vista de cuyo espectáculo, deshecho en lagrimas, decia: *Es esta la recompensa, que he dado à quien me alimentò con sus pechos, cuyos dos hijos murieron en el sitio de Mileto en mi servicio, y por mi gloria? Es possible, que en mi mesa dieße muerte à vn hermano suyo, que era el vnico consuelo, que le avia quedado, despues de la pérdida de sus hijos? Què será aora de aquella pobre infeliz? No le ha quedado otro recurso, sino el mio. Pero como podrá yà verme sin horror? Como, pues, me atreverè à bolver, homicida de mis Amigos, y de los que me dieron la vida, adonde no podrè dár la mano, à quien me alimentò con sus pechos, sin renovar la memoria de su infortunio? En cuyas desconfortadas expresiones, viendo los suyos, que no cessaban sus lagrimas, hizieron llevar de alli el cuerpo, faltando el qual, se mantuvo por tres dias solo, oculto, y sin permitirse à la comunicacion de nadie, hasta que viendole sus Oficiales, y Guardas tan obstinado en la desesperacion, entraron juntos en su Tienda, donde à fuerça de sus persuasiones, y ruegos, le vencieron à que comiesse. Y para que le fuese menos ignominioso su yerro, declararon por vn Decreto solemne: *Què Clito avia muerto justamente; y que no le huvieran dado sepultura, à no averlo mandado el Rey. El qual, despues de averse detenido dos dias en Maraçanda, para acabar de perder el empacho, con que**



que estaba, embió à Ephestion à la Bactra con parte de sus Tropas, à que dispusiese las Provisiones para el Invierno: dió el Gobierno, para que estaba nombrado Clito, à Amyntas, y èl passò à Xenippa, cuya Region confina con Scithia, y estaba muy poblada de Villas, respecto de la crecida fertilidad de la tierra; la qual, no solo mantiene à los Naturales, sino à muchos Estrangeros. Era esta la retirada de los Bactrianos, Vandidos, que se avian separado de la obediencia de Alexandro; los quales, arrojados de alli por los Naturales, noticiosos de la ida de Alexandro, avian juntado dos mil y ducientos hombres, cuya Gente era toda de à Cavallo, alimentada de solo los robos, y cuyos brutales espiritus se avian hecho mas furiosos con la Guerra, y con la desesperacion del perdon. Descargaron tan repentina, y furiosamente en Amyntas, Governador de Alexandro, que estuvo por largo tiempo dudosa la Victoria, hasta que aviendo perdido setecientos de los suyos, de quienes se hizieron prisioneros trecientos, se encomendaron à la fuga, no sin averse vengado, por aver muerto ochenta Macedones, y herido à trecientos y cinquenta. Con todo, el Rey no dexò de perdonarlos, en medio de aversele revelado dos vezes; y aviendoles hecho prestar juramento, passò con todo su Exercito à vna Provincia, llamada Naura, cuyo Satrapa era Symethres, el qual tenia dos hijos,

avidos en su propria Madre, conforme à la costumbre de aquella Barbara Tierra, en quien se permiten semejantes casamientos. Este, pues, avia levantado dos mil hombres de Guerra, y fortificado el passo de las Montañas, como la vnica entrada, que se ofrecia. Cerca de la qual corria vn caudaloso Rio, que servia de foso à vna quebrada peña, que estaba detras, la qual avian cortado por en medio para abrir camino: su entrada era bastantemente clara, respecto de participar de la luz del dia; pero lo demàs tan obscuro, que no se podia dàr passo por èl, sin alguna artificial; y cuya estrecha senda, la qual se dilatava à la Campaña, solo era conocida à los Naturales. Y si bien los Barbaros defendian valerosamente aquel Estrecho, bastantemente fuerte por sì, aviendo mandado Alexandro acercar los Arietes, empezó à derribar todos los reparos, que avian hecho, y à romperlos, à tiros de hondas, y de flechas; y passando despues à ponerse sobre las ruinas, se adelantò àzia la peña. Pensaba alojarse al piè de ella; pero estando de por medio aquel caudaloso Rio, en donde se juntaban todas las aguas, que descendian de lo alto, tuvo por empresa muy difícil agotar abismo tan profundo. Con todo, hizo cortar Arboles, y juntar gran cantidad de piedras; cuyo trabajo, viendole los Barbaros, para quienes eran nuevas aquellas obras, tan adelantado en tan corto tiem-



po , quedaron aturdidos , manifestando , que capitularian. Embiòles el Rey à Oxatres , que aunque era de su Nacion , seguia el partido de Alexandro , para que los persuadiesse à que se rindiesen ; y en el interin , para aumentar su pavor , hizo adelantar las Torres , con las maquinas , que arrojaban gran cantidad de tiros ; con cuya diligencia , abandonada la defenfa enteramente , ganaron la cumbre de la peña. Oxatres , viendo al Satrapa amedrentado , y desesperado de sus cosas , le exortò *à que procurasse antes merecer la feè de los Macedones , que experimentar sus Armas , y à que no dilataste con su rendimiento la persecucion de vn Victorioso Exercito , que passaba à la India , y à quien no podia oponerse , sin llevar à si la tempestad , que iba à descargar sobre otros.* Oiale Syfimethres , sin repugnar por si rendirse ; pero su muger , y Madre , à vn tiempo , protestando , que queria antes morir , bolviò el animo de el Barbaro , y le obligò à dexar el mas seguro partido , por seguir el mas honroso : si bien , midiendo despues sus fuerças con las del Enemigo , se arrepintiò de averse dexado llevar de el temerario consejo de vna muger ; y aviendo hecho bolver à llamar inmediatamente à Oxatres , le ofreciò rendirse , pidiendole solo : *Que no dixesse al Rey la resistencia de su Madre , para que pudiesse mas facilmente obtener tambien perdon.* No bien hubo partido Oxatres , quando

le siguiò el con su muger , y sus hijos , y todos los suyos , sin esperar prenda alguna , de lo que se le avia ofrecido. Mandòle el Rey : *Que se le bolviessse à su Plaza , y que le esperasse en ella.* Y despues de aver sacrificado à Minerva , y à la Victoria , le conservò en el Gobierno , prometiendo aumentar los limites , si se lo merecia su fidelidad ; para cuya mayor seguridad admitiò dos hijos suyos , que le diò , y gustò de que le siguiesen à la Guerra. Dexò alli su Phalange , por adelantarse con su Cavalleria contra los Rebeldes : Resistieron al principio , quanto les fuè posible , la aspereza , y dificultad de el camino ; pero gastandose las vñas de los Cavallos , los quales se hallaban tan rendidos , como las personas , respecto de las largas marchas , hubo muchos , que no pudieron seguirle ; de que resultò , que se fuessen disminuyendo poco à poco las Tropas , y de que la excessiva fatiga no diesse lugar à que le tuviesse en su consideracion la ignominia de quedarse atrás. El Rey mudaba de ordinario de Cavallos , y seguia incessantemente à los fugitivos , sin que entre todos los Mancebos Nobles , que de ordinario le acompañaban , huviesse alguno , que lo hiziesse entonces , sino fuè Philipo , hermano de Lysimacho ; cuya edad no passaba de veinte años , y cuyo espiritu se diò bien à conocer en aquella ocasion ; porque hallan-



llandose à piè , siguiò el espacio de ducientos estadios ( cosa increíble ) al Rey , que iba en tan buenos cavallos , sin aver querido tomar el de su hermano , que se le ofreciò muchas vezes, ni averle separado de Alexandro , aunque caminaba armado con la coraza , y las demás Armas. Aviendo poco despues llegado à vn Bosque, donde se le tenia dispuesta cierta emboscada , executò prodigiosas acciones, y cubriò al Rey, que combatia bien cerca con los Enemigos; y despues de averlos obligado à huir, saltandole enteramente aquel gran valor , que mantuvo en el calor del combate , y sobreviniendole vn sudor frio , que le precisò à arrimarse à vn Arbol , espirò en los brazos del Rey , à quien no fuè menos sensible , que aquella pérdida, la noticia que tuvo de la muerte de Erigio , vno de sus primeros Cabos , sucedida poco antes , que el se bolvièse à su Campo , donde les mandò hazer sobervios funerales.

## CAPITULO III.

*Manda Alexandro à la muger de Spitamenes , que le llevò la cabeza de su marido, à quien avia muerto , que salga fuera de el Campo. Venga algunas Provincias de los vltrages, y agravios de los Governadores.*

Aunque tenia resuelto el Rey acometer à los Dahos , por hallarse noticioso de que Spitame-

nes se avia retirado alli , le escusò; como en otras muchas ocasiones, de este viage la fortuna , que nunca dexò de favorecerle, disponiendo lo que deseaba , sin que necesitasse de concurrir à ello. Idolatra Spitamenes de su Esposa , aunque errante , y profugo , la llevaba siempre consigo , exponiendola à todo genero de peligros; de cuya infeliz vida disgustada ella, procurò reducirle por medio de sus alhagueñas persuasiones , à que pusiesse fin à sus penosas peregrinaciones , restituyendose al servicio , y obediencia de Alexandro ; pues tenia experiencia de su clemencia , y ninguna esperança de librarse de su celeridad , y diligencia : Para cuyo logro induxo à dos hijos de ambos , yà crecidos , à que tiernos se lo pidiesen , por si el cariño de ellos era mas poderoso à ablandarle ; añadiendo ella , para dár mayor eficacia à sus ruegos , que Alexandro se hallaba muy proximo. Pero el Barbaro , sospechando , que su intento era de ofender su amor, esperaçada de que podria con el hechizo de su hermosura , inclinar la voluntad de aquel Principe à solicitar sus caricias , zeloso , è irritado , echò mano à su cimitarra , para herirla , como lo huviera hecho , à no aversele estorvado sus hermapos ; pero la amenazò de que la daria muerte , si se bolvia à poner en su presencia. Y en tanto , para desahogar sus desordenados apetitos , se entregò algunas noches à la co-



municacion de sus Concubinas ; si bien fastidiado de ellas, y mas encendido en el amor de su Esposa, bolviò arrepentido, y tierno à suavizar con cariñosas satisfacciones el disgusto, en que la avian puesto sus destempladas demonstraciones, entregandose todo à ella, y pidiendola : *No le bolviessse à hablar, en lo que avia dado ocasion à su desabrimiento, sino que se dispusiesse à acompañarle en la fortuna, que corriessse ; pues estaba resuelto à morir antes, que rendirse.* Escusòse ella, diciendole : *Que solo le avia aconsejado lo que avia tenido por conveniente. Que avria sido muy posible, que no huviesse tenido la prudencia, de que no siempre son capaces las mugeres ; pero que su intencion avia sido buena, y que nunca tendria mas voluntad, que la de su amado Esposo.* Persuadido Spitamenes à la dulçura de aquellas expresiones, quiso celebrar el regocijo de su reconciliacion ; para el qual mandò disponer vn banquete, donde bebiò con tan grande exceso, que fuè necesario llevarle à su Camara medio dormido. La muger, viendole sepultado en vn profundo sueño, sacò vn cuchillo debaxo de sus vestidos, y le cortò la cabeza, que diò para que la llevasse à vn Esclavo, complice en su furor ; y bañada, como estaba, en sangre, passò con ella à la Tienda de Alexandro, donde le embiò à decir : *Estaba alli, para hazerle saber, lo que no podia fiar de otro, que de él.* Hizo la luego entrar el Rey à su presencia ; en la qual, viendola teñida en sangre, creyò, que iba à quejar-

se de algun vlt rage, que huviesse recibido : pidiòla le dixesse lo que queria ; y ella à él, que diesse antes orden, para que entrasse el Esclavo, que avia dexado à la puerta. Las Guardas, reconociendo, que ocultaba algo debaxo de sus vestidos, entraron en alguna sospecha ; y queriendo averiguar lo que era, les mostrò aquella cabeza, cuyo rostro estaba tan desfigurado, que apenas se podia por él conocer de quien era. Noticioso el Rey de que llevaba la cabeza de vn hombre, saliò fuera de su Tienda, y supo de él todo lo que avia passado. Produxo instantaneamente en el animo de Alexandro diversos pensamientos este caso. Consideraba por vna parte el gran servicio, que le avia hecho en librarle de vn Traydor, y Desertor, que si viviesse le daria bastante cuidado ; y miraba por otra con horror la crueldad de aquella muger, que avia degollado à su marido, Padre de sus hijos, y à quien debia tan grandes obligaciones. Finalmente, prevaleciendo al servicio la enormidad del delito, diò orden para que saliesse del Exercito, temeroso de que con su exemplo se introduxessen parricidios entre los Griegos ; cuyos genios eran blandos, y agenos de aquellas maldades. Aviendo sabido los Dahos la muerte de Spitamenes, aprisionaron à Dataphernes, compañero suyo en el Rebelion, y llevandole atado à Alexandro, se le rindieron. Con que libre por aquel medio de los cuidados mas urgentes, se aplicò à castigar à los Gobernadores, que oprimian los Pueblos con



con sus cohechos, y violencias. Hizo, pues, à Phrataphernes Satrapa de la Hircania, de los Mardos, y de los Tapuros, con orden de que se apoderasse de Phradates, à quien sucedia; y de que se le embiasse, con buena Guarda. Puso à Stafanor en el Gobierno de Caria, que tenia Arsanés; dexò à Ataces la Media, de donde llamò à Oxidates; y diò à Deditamenes el Gobierno de Babilonia, que vacò por muerte de Mazeo.

## CAPITULO IV.

*Veese en riesgo de perecer todo el Exercito de Alexandro con el rigor del frio, caminando à Gabaza. Constancia del Rey, y su gran humanidad con los Soldos sencillos. Su casamiento con Roxanes.*

**D**ESPUES de aver puesto en orden todas las cosas, sacò su Exercito de las Guarniciones donde avian invernado tres meses, y tomò la derrota para vna Region, llamada Gabaza. Fuè sumamente benigno el primer dia de marcha: empezó en el segundo à alterarse el tiempo, y à passarse la noche no sin algunas amenazas de tempestad; pero al tercero fueron tan espantosos los relampagos, que cegaban los ojos, y abatian el animo de los Soldados; los quales, aturdidos de los incessantes truenos, que oían, y de los continuos rayos, que veían caer delante de sí, ni se atrevian à marchar, ni à

detenerse, quando repentinamente sobrevino vna crecida lluvia, mezclada de granizo, que corria à manera de vn caudaloso Rio. Pudieron al principio, cubiertos de las Armas, resistirla algo; pero despues de averse mojado estas, y de hallarse con las manos entumecidas del yelo, quedaron incapaces de mantenerlas, y sin saber adonde acogerse, respecto de ir en mayor aumento siempre la tempestad. En cuya incertidumbre, rotos los Esquadrones, se entraban errantes por en medio de los Bosques, en quienes rendidos, mas que de la fatiga, de la congoja, se arrojaban vnos à tierra, sin repar en los yelos, en que avia convertido el frio la lluvia, y se arriaban otros à los arboles, como para morir, con no menor disgusto; y no se engañaban, porque à la falta del movimiento, sucedia la del calor natural. Cuya pereza era à la verdad grata à aquellos, de cuyos cuerpos se avia apoderado la flogedad; los quales no reparaban en morir, à precio de que fuesse con algun reposo; porque no solo continuaba vehemente, sino tenaz la fuerza del mal; fuera de que la obscuridad de los Bosques, aumentada con la de la tempestad, les vsurpaba enteramente la luz; natural consuelo de los afligidos en semejantes calamidades. Solo el Rey, invencible à tantos contratiempos, recorria sin cessar su Exercito de vna à otra parte, para infundir espíritu à sus Soldados, rehunia à los que estaban desorde-



nados, levantaba à los caídos, y mostrabales el humo, que salia de las Cabañas, esforçandolos à que ganassen las cercanas: si bien nada era de tan poderoso incentivo para que mirassen por sí, como el considerar la ignominia, que les resultaba de abandonar à su Rey, à quien veían infatigable resistir à los trabajos, à quienes ellos se rendían. Pero la necesidad, que en las adversidades suele ser mas poderosa, que la razon, les ministrò eficazissimo remedio para el frio; porque aviendo cortado gran cantidad de Arboles, y pegadoles fuego, se dilatò este por el Bosque de fuerte, que no parecia sino que todo èl se abrasaba, y que apenas dexaba lugar para las Tropas; con cuyo calor, desentorpecidos los miembros, se fueron poco à poco recobrando los espiritus, que avia comprimido el frio por todo el cuerpo. Entraron vnos à los alojamientos de los Barbaros, sin que les reservasse la necesidad los mas ocultos, y levantaron otros sus Tiendas en aquel humedo suelo, viendo que la tempestad se sossegaba, à cuyo rigor perecieron mil hombres entre Soldados, y Vivanderos. Refiere, que se hallaron algunos arrimados à los troncos de los Arboles, que no solo parecia, que estaban aun vivos, sino que hablaban, en la misma postura, que los cogió la muerte. Tambien se refiere de vn Soldado sencillo Macedon, que aviendo buuelto al Campo con sus Armas, traspassado, y

casí para fallecer del frio, viendo le Alexandro, dexò el lugar en que estaba sentado calentandose, aunque bien necesitado à no enagenarle, y que despues de averle mandado quitar las Armas, le hizo poner en èl: Que se mantuvo por algun tiempo aquel hombre embargado del frio, y privado de sentido, sin poder reconocer donde estaba, ni de quien avia recibido aquel beneficio, hasta que recobrados sus espiritus, y viendose en la silla del Rey, y junto à su Persona, se levantò turbado, y confuso. Pero que sossegandole Alexandro, le dixo: *No temas amigo, considera si solo quanto mas feliz es la condicion de los Macedones, siendo yo vuestro Rey, que la de los Persas; pues si entre aquellos es delito digno de muerte el ocupar el asiento de su Rey, entre nosotros està tan lexos de observarse este rigor, que antes el advertte sentado tu en èl, ha sido medio para assegurarle la vida.* El dia siguiente, aviendo hecho juntar sus Cabos, mandò publicar, que recompensaria à todos las pèrdidas, que huviesse tenido, como lo cumplió. Porque Spitamenes le avia llevado gran cantidad de bestias de carga, con dos mil Camellos, y otras muchas requas de machos, que repartidos por el Exercito, refarcieron sus pèrdidas, y satisficieron el hambre. El Rey, despues de aver agradecido la atencion del Satrapa, diò orden para que hiziesse los Soldados provision de Viveres cocidos para seis dias, y passò à las Tierras de los Saces, en quienes avien-



aviendo corrido, y forrageado, diò à Syfimetres treinta mil cabezas de Ganado del botin. Encaminòse desde alli à vna Provincia, en quien mandaba Cohortano, Satrapa illustre, el qual diò la obediencia al Rey, y le ofreciò sus Estados; no los admitiò Alexandro, pidiòle si solo de tres hijos que tenia los dos, para que le acompañassen en la Guerra; pero el los puso à todos en su servicio. Aviendo poco despues recibido Oxiartes al Rey, le tuvo vn prodigioso festin, donde hizo ostentacion de toda la magnificencia de los Barbaros; para cuya mayor solemnidad mandò llevar à el treinta Doncellas de calidad, entre quienes iba su hija, cuyo nombre era Roxanes, y cuya singular belleza, compuesta de admirables adornos, poco estilados entre los Barbaros, se llevaba los ojos de todos, en medio de ser las demás de bastante hermosura, y con especialidad los del Rey; el qual perdido yà el dominio, que tuvo en sus pasiones, con los continuos favores de la fortuna, en cuya possession fuele peligrar el mas cuerdo, sino vive atento à reprimirlas, quanto se mostrò con loable continencia, y plausible moderacion, quando tuvo en su poder à la muger, y hijas de Dario, con cuyas hermosuras solo era comparable la de Roxanes, tratandolas con la mesura, y circunspeccion de Padre, tanto entonces se dexò rendir del alhagueño hechizo de aquella barbara belleza, tan inferior à su grandeza,

y soberania; pues ciego en su passion, decia: *Que para establecer su Imperio, era necessario vnir à los Persas, y à los Macedones, por medio de aquel casamiento, pues solo el pudiera quitar la afrenta à los vencidos, y el orgullo à los Vencedores: Que Aquiles, de quien procedia, se desposò con vna de sus Cautivas; y que à vista de aquel exemplar, no le parecia que deslustraba su nacimiento, ni violaba las Leyes de su Patria, imitando à aquel Semi-Dios.* El Padre, fuera de si, con tan inesperada honra, no sabia què obsequios hazer al Rey; el qual, perdido de enamorado, mandò llevar vn pan, conforme à la costumbre de los Macedones, entre quienes es la mas sagrada prenda de los que se casan; y aviendole cortado en dos partes iguales, tomò cada vno de los Contrayentes la suya, y comieron de ella. Con cuya Ceremonia tengo por sin duda, que siendo el pan el mas simple alimento del hombre, quisieron enseñar los Legisladores à los nuevos maridos, con quan poco debian contentarse. De esta fuerte se casò el Rey de Asia, y de Europa, con vna muger introducida à los regocijos de vn festin, para tener de ella vn hijo, que mandasse à los Vencedores. Los Príncipes de su Corte, aunque corridos al ver, que entre los desordenes del banquete, huviesse hecho suegro suyo à vno de sus Prisioneros, destituidos yà de poder decir desnudamente lo que sentian, con el escarmiento en que les tenia el suceso de Clito, no hazian mas que aplaudirle,



dirle, templando los semblantes à aquellos regocijos, y acomodandose à vna servil lisonja, y contemplacion.

## CAPITULO V.

*Mientras ocupa sus pensamientos, solo en la expedicion de la India, se ensobervece por la malicia de los lisonjeros, y quiere que se le reconozca por hijo de Jupiter; lo qual condena Calisthenes en un discurso grave, y juiciofo.*

**R**ESUELTO, pues, à passar à la India, y desde ella al Oceano, para no dexar atrás nada, que pudiesse oponerse à sus empresas, mandò: *Que de todas las Provincias se sacassen treinta mil hombres, que à vn tiempo le sirviessen de rehenes, y de Soldados.* Embiò en el interin à Cratero en seguimiento de Haustanes, y de Catenes, que se avian rebelado, y de quienes el primero fuè hecho prisionero, y el segundo muerto en el combate. Reduxo tambien à su obediencia Polypercon vna Region, llamada Bubacene; con que hallandose todo en sosiego, solo atendia à la Guerra de la India, cuya Region se reputaba por la mas rica del Universo, no solo por la abundancia del oro, sino por la de las perlas, y piedras preciosas de que se adornaban los habitantes, con mas profusion, que gentileza. Referiase, que los Escudos de los Soldados eran alli de oro, y de

marfil. Con cuya noticia Alexandro, deseoso de no parecer inferior à ninguno en nada, quando queria ser en todo superior à todos, mandò guarnecer los fuyos de laminas de plata, hazer los frenos de los cavallos de oro, y enriquecer las corazas, vnas de vn metal, y otras de otro; y de esta fuerte marchò con ciento y veinte mil hombres à aquella Guerra: para la qual estando todo dispuesto, le pareciò no diferir mas la execucion del intento, que hasta entonces avia tenido reservado, de vsurpar los Divinos honores, à cuyo logro solo atendia. Y no contento con que se le llamasse hijo de Jupiter, quiso tambien, que se creyesse lo era, como si tuviesse el mismo poder, que para reprimir las expresiones de la voz, para hazer, que concibiesse à su antojo los entendimientos de los hombres, y que postrados en tierra, le adorassen los Macedones, à vsança de los Persas. No faltaron algunos lisonjeros (perniciosa, si fatal peste de los Principes, y con quien aya peligrado mas estados, que con las Armas de los Enemigos) que aplaudiesse aquel desvario. Bien es verdad, que en esto estaban escusados los Macedones, entre quienes no hubo alguno, que huviesse querido relaxar en nada las costumbres de su Patria; y que todo el daño procedia de los Griegos, cuyas pervertidas costumbres, deslucian la profesion, que hazian de las buenas letras, y honestas disciplinas. Avia en-



entre otros, vno, natural de Argos, cuyo nombre era Agis, Poeta de Profesion, y vno de los peores, que se conocian; otro, llamado Cherilo, y otro Cleon, natural de Sicilia, insigne lisongero, tanto por genio fuyo, como por vicio natural de su Nacion, sin gran cantidad de ellos, de quienes avian purgado sus Ciudades los Griegos: los quales lograban mayor credito, y estimacion en el aprecio del Rey, que los mismos Principes de su Sangre, y que los Generales de su Exercito. Este genero de Gente, pues, era la que le sublimaba hasta los mismos Cielos, y la que publicaba, que Hercules, y Bacho, Castor, y Polux, cederian sus Lugares à aquel nuevo Dios. Ordenò vna fiesta, y hizo disponer, con increíble pompa, vn Festin, para el qual combidò à los primeros Señores Macedones, Griegos, y Persas; y despues de aver dado principio à la comida, se levantò de la mesa, y saliò fuera de la pieza. Entonces Cleon se introduxo, conforme estaba dispuesto, à tratar de las alabanzas de el Rey, ponderando primero sus divinas perfecciones; y passando despues à hazer larga memoria de las obligaciones, en que los avia puesto, decia: Que para desempeño de ellas, no hallaba otro medio, que el reconocerle por Dios, pues no pudiendose dudar, que lo era, le pagaban con tan corto precio, como el de dos granos de Incienso, todos los beneficios, que avian recibido: Que en la accion de adorar los Persas à sus Reyes, como à Dioses, no

solo procedian pialosos, sino prudentes; por que de la Magestad del Principe, dependia la seguridad de sus personas, y la del Imperio: Que ni Hercules, ni Bacho fueron reconocidos por Dioses, sino despues de aver vencido la embidia de los que vivieron en su tiempo; y que nunca la posteridad creia de los hombres mas, que lo que su siglo creyò de ellos viviendo: Que si ellos mostraban repugnancia, èl estaba resuelto à postrarse delante del Rey, quando bolviessse à entrar; pero que era preciso, que los demás hiziesen lo mismo, especialmente los Sabios, cuyo exemplo sería tanto mas imitado, quanto era mayor la veneracion con que se atendian sus acciones. Bien se dexaba entender, que estas vltimas expresiones se enderezaban à Calisthenes, cuya mesura, y aspera libertad en el hablar disgustaba al Rey, como si solo èl huviesse embarazado à los Macedones, que le hiziesen aquellos honores, y no tuviesen por si mismos bastante repugnancia à concederelos. Aquel Filosofo, pues, viendo que todos callaban, y que todos le miraban, dixò asì: Si se huviesse hallado presente el Rey à tu discurso, ninguno de nosotros necesitaria de tomar el trabajo de responderte, porque èl te mandaría, que escufasses inducirle à que imitasse las costumbres de los Barbaros, y fundar su gloria en lisonjas, que concitan el odio de los hombres, y la indignacion de los Dioses. Pero pues està ausente, yo te responderè por èl: Que los frutos muy tempranos no son durables, y que con lo mismo que juzgas grangearle Divinos honores, es con lo que mas se los vsurpas, porque para que le crean Dios, es necessario tiempo,



no aviendo avido ninguno de tantos ilustres Heroes, que obtuviesse, sino de la posteridad, este reconocimiento. Por lo que à mi toca, no le deseo colocado entre los Dioses, sino que goze de muy larga vida, y despues de eterna gloria. Alguna vez se ve la Divinidad en los muertos, jamás empero en los vivos; porque aunque nos alegas el exemplo de Hercules, y de Baco, consagrados à la immortalidad, debes sin duda creer, que para reconocerlos por Dioses, no es necessario que preceda mas ceremonia, que la de vn festin. Pues sabe, que la fama no les ha hecho lugar en el Cielo, sino despues de aver purgado lo que tenían de mortales. Verdaderamente (ò Cleon!) que ni à ti, ni à mi nos es dado el hazer Dioses; pero convengo en que la Divinidad del Rey penda de nuestros sufragios: muestra tu poder, y pues es mas facil hazer vn Rey, que vn Dios, veamos como le hazes. Lo que yo pido à los Dioses Cleon, es, que no se ofendan de tu impiedad, y que continúen con la prosperidad, que hasta aqui nuestras empressas. Ellos tendrán por bien, que nos conservemos con nuestras costumbres; y por lo que à mi toca, jamás me correrè de ser Macedon, ni de rehusar aprender de los Persas el modo, con que he de honrar à mi Rey: confessaré si siempre, que ellos son los Vencedores, si es preciso que nos sujetemos à sus Leyes, y à la observancia de sus estilos. Oian gustosos à Calisthenes, mirandole como à Protector de la libertad publica, y no solo se confirmaron con su parecer, sino que declararon con firme resolucion, especialmente los mas ancianos, que no podian sufrir la mudança de sus costumbres, por las entrañas. No ignorando el Rey,

nada, de quanto por vna, y otra parte se avia dicho, por averlo escuchado todo detrás de vna cortina, que hizo poner delante de la mesa, embiò à decir à Agis, y à Cleon: Que no insistiessen mas, y que quando bolviessen à entrar, se le postrassen los Persas à su usança. Hizolo inmediatamente, fingiendo averle ocupado negocio de consecuencia; y aviendole visto los Persas, se pusieron de rodillas à adorarle. Iba à su lado Pelipercon, y sintiendo, que vno de ellos le tiraba del manto, como para inclinarle à que hiziesse lo mismo que ellos, le dixo burlandose: Que tirasse con mas fuerça. Oyòlo Alexandro, y no pudiendo sufrirlo, le dixo: Que no me adoras? pienças ser solo tu quien me juzgue digno de risa? A lo qual aviendole respondido Pelipercon: Que ni el Rey era digno de risa, ni el de desprecio; le echò Alexandro en tierra, con tan gran violencia, que cayendo sobre su rostro, le dixo: Mira como has hecho lo mismo, porque te butlabas de los demás. Y mandandole prender despues, despidiò la Junta; si bien passados algunos dias, perdonò à Pelipercon, aviendole tenido en muy estrechas prisiones.



(S)



## CAPITULO VI.

*Conspiracion contra Alexandro, ocasionada de vn agravio hecho à Hermolao. Descubrese, y aunque Calisthenes està inocente, le incluyen entre los Autores de ella.*

**M**ANTENIENDO el Rey tanto mas viva su indignacion contra Calisthenes, quanto era mayor la desconfiança, con que siempre avia vivido de èl, logró proxima, y oportuna ocasion para deshogarla. Era costumbre, como dexamos dicho, entre los Grandes Señores de Macedonia, dár sus hijos à los Reyes, luego que entraban en edad de quince años, para que los empleassen en ocupaciones poco menos que serviles. Hazian Guarda de noche por sus turnos à la puerta de su Camara. Introducian à ella, por otra diferente, las Concubinas; y quando se ponian à cavallo, tomaban las riendas de mano de los Palafrenes, y se le llevaban, acompañandolos en la Caza, y en la Guerra. Hallabanse instruidos en las Letras, y en todo genero de Ciencias. El mayor honor, que lograban, era el de sentarse à la mesa del Rey, y el de que ninguno, sino èl pudiesse castigarlos. Era entre los Macedones este, como vn Seminario de Capitanes, y Generales, y de quien salieron tantos Reyes, à quienes los Romanos despojaron de sus Estados, despues de muchos siglos. Sucedió,

pues, à vno de estos, llamado Hermolao, matar, estando en caza, à vn Javali, à quien queria tirar el Rey, el qual quedó tan irritado de que le huviesse malogrado el intento, que le mandò azotar. Indignado Hermolao de aquella afrenta, pasó à quejarse de ella con Softrates, vno de sus compañeros, y sumamente apasionado suyo. Este, viendole herido, y no hallandose muy satisfecho del Rey, le alentò con tal eficacia à la vengança, que aviendose dado reciproca feè, resolvieron matarle: Para cuya execucion no se valieron de gente moza, sino de personas, que pudiesen con seguridad, y satisfacion, acompañarlos à ella; fueron estas Nicostrato, Antipatro, Asclepiodoro, y Philotas, los quales ganaron tambien à Anticles, à Elaptonio, y à Epimene. Pero la empresa era bien dificil de executar, respecto de ser necesario, que fuesen todos de guarda la noche, que se avia de poner por obra, por evitar el riesgo, que pudiera seguirse de hallarse en ella otro, que no fuesse de los que entraban en la conjuracion, y de que sirviendo vna noche vno, y otra otro no era muy facil mudar el orden de las Guardas. Por lo qual le fuè preciso gastar en esto, y en las demás prevenciones necessarias para la execucion treinta dias; al fin de los quales, llegada la noche en que todos los de la empresa avian de ser de Guarda, los quales se hallaban muy satisfechos de la mutua fidelidad, que se avian guardado,



y de que era infalible prueba el largo espacio, que avia corrido, sin que en él, ni el temor, ni la esperanza, huviesſen ſido poderoſos à mudar à alguno; tanta era ſu grande animoſidad contra el Rey, ò la lealtad, que ſe guardaban vnos à otros, ſe puſieron en la puerta de la Sala, donde eſtaba Alexandro, para que luego, que ſe levantaſſe de la meſa, le pudiéſſen conducir à ſu Camara. Pero ſu buena fortuna, y la grata compañía, fueron cauſa de que ſe mantuvieſſe gran parte de la noche bebiendo, y tambien los juegos, de que ſe gaſtaſſe en ellos otro espacio de ella. De lo qual ſe hallaban, por vna parte, guſtoſos los Conjurados, conſiderando la facilidad, que tendrían en dár muerte à vn hombre, embargado del vino; y temeroſos por otra, de que ſe mantuvieſſe en la meſa, haſta que fueſſe de día, à cuya hora era preciso, que los remudaſſen, ſin que les bolvieſſe à tocar el turno, haſta paſſados ſiete días, espacio capaz de que peligráſſe entre tantos el ſecreto. Pero acercandose el día, ſe concluyó el feſtin, con gran guſto de los Conjurados al ver ſe les llegaba la execucion de ſu intento, quando cierta muger, à lo que ſe creía fuera de juicio, que ſolia aſiſtir à Palacio, y predecir algunos futuros ſuceſſos, ſe puſo delante del Rey, ocupando la puerta para impedirle que ſalieſſe, y diciendole à grandes voces, y como fuera de ſi: *Que bolvieſſe à ponerſe en la meſa.* El, burlandose, la reſpondió: *Que era juſto ſeguir el precepto de los Dioſes.*

Y aviendo buuelto à llamar à ſus amigos, renovò el banquete, que durò haſta dos horas de día. Manteníanſe aun alli los Conjurados, ſin embargo de averſe mudado yà la Guarda, y de hallarſe deſtituidos de lograr ſu intento; que tan expueſtas eſtàn à deſvanecer las eſperanças de las coſas, que conciben como ſeguras los hombres. Acari-ciòlos el Rey mas de lo que acotumbraba, y mandòles, que ſe fueſſen à recoger, pues avian velado toda la noche, y que ſe dieſſe à cada vno cinquenta ſeſtercios, alabando el zelo, que avian moſtrado à ſu ſervicio en averſe mantenido alli en medio de aver ſalido de Guarda. Con lo qual, malograda tan oportuna ocaſion, ſe fueron todos à ſus poſadas, eſperando la noche en que avian de bolver à tomarla. Pero antes de ella Epimene, ù obligado de las caricias del Rey, ò pareciendole, que los Dioſes ſe opoſian à aquel intento, deſcubrió la conjuracion à ſu hermano Eurylocho, à quien antes no avia querido, que ſe le comunicáſſe. Eſte, eſcarmetado en el reciente caſtigo de Philotas, ſe aſyò de ſu hermano, y le llevó inmediatamente à Palacio, donde aviendo deſpertado à las Guardas, las dixo: *Que tenia que hablar al Rey, en coſa que le importaba no menor que la vida.* La deſhora à que iban, las demonſtraciones de los ſemblantes, de mal ſeguro animo en vno, y de interno dolor en otro, puſieron en tan gran cuidado à Ptolomeo, y à Leonato, que eſtaban de guarda à la puerta de la Camara, que



que entraron inmediatamente dentro, y despertaron al Rey, aun soñoliento de la embriaguez. Pero aviendo recobrado poco à poco sus espíritus, les preguntò lo que le querian; con lo qual Eurilocho empezó à decir: *Que los Dioses no avian abandonado enteramente su Familia, pues aviendo concurrido su hermano al mayor de los delitos, le avian concedido el beneficio de que se arrepintiese: Que el iba à descubrir al Rey la conspiracion, hecha contra su persona, y que se avia dexado de executar la noche antes; y que tenia por cierto, que jamás discurriria en los Autores de tan detestable disignio.* Entonces Epimene fuè refiriendola por su orden, y declarandole los complicés, entre quienes es sin duda, que no nombrò à Calisthenes, como participe en aquella deliberacion, sino solo como quien solia dár oídos à las pláticas, en que sus Discipulos hablaban licenciosamente de el Rey, reprobando sus acciones. A que añadian otros, que quejandose con el Hermolao de averle hecho el Rey azotar, le dixo Calisthenes: *Que debian acordarse de que yà no eran niños, y que no sabian si en esto miraba à consolarlos en sus disgustos, ò à incitarlos à la vengança.* Aviendo, pues, considerado el Rey el gran peligro, que avia corrido, diò inmediatamente à Eurilocho cinquenta talentos, y los quantiosos bienes de cierto Tyrídates, bolviendole tambien à su hermano, movido de los ruegos, con que avia solicitado su perdon. Mandò empero poner presos à los demás de la conspiracion, y con ellos à Calisthenes; y despues de averlos hecho llevar à Palacio, se

diò todo el dia, y la noche figuiendo al reposo, para reparar el desvelo de la antecedente. Tuvo el dia inmediato Junta General, en que se hallaron los Padres, y los Parientes de los culpados, bien desconfiados de sus vidas, por comprehenderles el castigo, segun las Leyes de los Macedones, que no perdonan à ninguno de la Familia, de los que lo estan en semejantes delitos. Hizo entrar el Rey à los Conjurados, excepto à Calisthenes, y confesaron estos quanto avian tratado; y maldiciendolos todos, les preguntò el Rey por la causa, que los avia movido à intentar tan gran maldad. Pero no atreviendose ninguno, à responderle, lo hizo Hermolao, diciendole: *Pues lo preguntas, como si no lo supieses, sabe, que resolvimos darte muerte, por que nos tratabas como à Esclavos.* A cuyas voces se levantò Sopolis, su Padre, llamandole Parricida de su Rey, y de su Padre; y poniendole la mano en la boca, dixo: *Que no se debia permitir, que prosiguiesse aquel desatinado, à quien tenia fuera de sí el horror de su delito.* Con todo el Rey, haziendole retirar, ordenò à Hermolao, que dixesse libremente lo que avia entendido de su Maestro Calisthenes.

## CAPITULO VII.

*Hermolao haze una invecitiva contra Alexandro, y prueba que Calisthenes està inocente.*

**V** *Aldrème, pues (dixo Hermolao) del permiso, que me das para decir quanto he sabido tan à costa nuestra, y por experiencia propia. Quantos Mace-*



dones han rendido la vida à maras de tu crueldad? Qual es el que ha dexado de sentir sus efectos, no yà de la bez del vulgo, sino de los mas Principales entre nosotros? Attalo, Philotas, Parmenion, Lyncestes, y Clito vivirian sin duda oy, si solo huviesse contendido con los Enemigos; veriaslos aun en la refriega cubrirte con sus Escudos, combatir por tu gloria, y dexarse cargar de heridas, por adquirirte Victorias. Con què apreciables premios, empero remuneraste estos grandes servicios? Haziendo, que regasse el vno con su sangre tu mesa, y que perdiessse el otro con muchas muertes vna sola vida. Los Generales de tu Exercito fueron puestos à question de tormento, y sirvieron de espectáculo à los Persas, à quienes avian vencido, Parmenion, sin que se supiesse la causa, y por el Attalo; porque tienes la loable costumbre de servirte mutuamente de las manos de los miserables, para que executen los castigos, haziendo, que estos, que poco antes fueron Executores de la muerte de aquellos, sean despues los que la padezcan de otros. Sobrevino entonces gran conmocion en la Junta contra Hermolao; cuyo Padre iba à passarle la espada por el cuerpo, que huviera hecho, à no estorvarfelo el Rey; el qual pidiò à todos, tuviesse paciencia, y escuchassen à aquel infeliz, que aumentaba con nuevos delitos las penas, à que estaba destinado por los passados; y aviendolo conseguido, no sin gran dificultad; continuò Hermolao, diciendo: O quanto acreditas tu excesiva liberalidad, permitiendo, que hablèmos los tartamudos muebachos, al tiempo mismo, que encarcelas la fluente voz de Calisthenes, para que quien sabe decir, no pueda hablar. Por què rehusas, que se presente aqui, quando

aun à los que han confessado su delito, no niegas, que digan lo que se les ofrece en su descargo? Pero yà se dexa conocer, que es por que temes oir el libre razonamiento de vn Varon de tan gran entereza, como bondad, y cuyo semblante apenas podràs ver, sin gran empacho tuyo. Yo, yo soy quien desfiendo, que està inocente. Aqui se hallan los que conmigo intentaron tan gloriosa empreffa; pero ninguno podrà decir, que Calisthenes interviniesse à ella; y sin embargo hà mucho, que està destinado à la muerte por el mas justo, y moderado de todos los Reyes. Estos son los premios, que consiguen los Macedones, cuya sangre derramas con larga prodigalidad, como superflua, y de ningun valor. Tu llevas tras ti treinta mil machos cargados de oro, de la pressa de tus Enemigos, y tus Soldados no buelven à su Patria con otra recompensa de sus fatigas, que la de sus heridas. Tolerabamos empero todas estas sinrazones, mientras no nos pusiste en manos de los Barbaros, y por estraños medios no nos hiziste passar à los vencedores, debaxo del yugo de los vencidos. Nada te es tan grato, como el trage, y la disciplina de los Persas, y nada de mayor aversion, que las costumbres de tu Patria. Y assi, nosotros no hemos pretendido dár muerte al Rey de Macedonia, sino al Rey de Persia, à quien por Desertor, y Rebelde debèmos perseguir por Derecho de Guerra. Tu has querido, que los Macedones ayan inclinado la rodilla delante de ti, y que te ayan adorado, como à Dios. Tu negaste, que Philipo era Padre tuyo; y sin duda huvieras hecho lo mesmo de Jupiter, si huviesse otro Dios mayor, que el, de quien suponerte hijo. Y à vista de esto estrañas, que tantos Varones libres, y cuerdos, no puedan tolerar tu orgullo? Què podèmos, pues, esperar de ti, adien-

dones



donos reducido à estado de morir inocentes; ò lo que es peor, que la misma muerte, de vivir en servidumbre? Si ay ann alguna esperança de emmienda en ti, confies- sa la obligacion en que me estás, pues soy el primero, que te ha enseñado, como debes tratar à la gente de bien. Por lo que mira à lo demás, perdona à los que nos tocan, y no aumentes con nuevos castigos los tormentos de su vejez, bastante- mente martirizada con la pérdida de sus hijos. Cebese en nosotros tu crueldad, y haz, que nos despedacen, para que logré- mos con nuestra muerte, lo que espera- mos conseguir con la tuya. Tal fuè lo que Hermolao dixo, à que respon- diò Alexandro.

## CAPITULO VIII.

*Respuesta de Alexandro à la in-  
vectiva de Hermolao. Castigo  
de los Conjurados, y del inocen-  
te Calisthenes.*

**N**ADA convence mas de falso, que mi paciencia, quanto este impos- tor ha dicho, instruido de su Maestro. Y si bien pudiera aver escusado, aviendo confessado su delito, que lo repitiesse, he querido, que lo buelva à hazer delante de vosotros, previniendo vsaria en su de- posicion del mesmo furor, de que se hallò preocupado, para intentar darme muerte, quando debiera venerarme, como à Padre suyo. No ignorais, que hallandome ulti- mamente en caza, cometì el desfacato, que me obligò à mandarle castigar, con- forme al estilo de nuestra Patria, y à lo que en todos tiempos han practicado los Reyes de Macedonia, à quienes nos es concedido, que assi como son castigados los Pupilos de sus Tutores, y de sus maridos

las mugeres, lo sean tambien estos mucha- chos de orden nuestra, por nuestros Sier- vos. Esta, pues, es la gran crueldad, que ha experimentado de mi, y la que le ha obligado à intentar vengarla con vn par- ricidio. No necesito de decirlo yo, para que sepais vosotros la benignidad, que uso con los demás, que me dexan obrar segun la blandura natural de mi genio; ni tam- poco de advertiros, quan poco se debe es- trañar, que Hermolao sienta mal de los castigos de los Parricidas, hallandose el merecedor de ellos, y que alabe à Philotas, y à Parmenion, quando en la causa de es- tos defiende la suya. Por lo que mira à Lyncestes, hallandose acusado por dos tes- tigos de aver maquinado contra mi vida, le perdonè; y aun estando convencido ter- cera vez del mesmo, diferì por dos años su castigo, hasta que me vi precisado de vuestras instancias à no faltar à la Justi- cia. Por lo que mira à Attalo, bien os acordais, que aun antes, que me Coronas- se, maquinò mi muerte. Y en quanto à Clito, pluguiesse à los Dioses, que no me hubiessen provocado tanto à ira sus atre- vidas mordacidades. Pero bien sabeis vo- sotros, como me tratò, y que le sufrì: lo que no fuera facil, que tolerasse de mi tan largo espacio, si lo hubiessse yo dicho de el. No siempre pende la clemencia de los Re- yes de su arbitrio, que muchas veces tiene parte en ella el genio, è inclinacion de los Pueblos; porque en fin la obediencia de los Vassallos, es la que haze felices à los Principes; pero si vna vez se les pierde el respeto, queriendo mandar, los que de- ben obedecer, què puede resultar de seme- jante desorden, sino que à vna sucedan muchas violencias? Mas què me admi- ra, que me trate de cruel, quien no se ha avergonçado de acusarme de avaro!



No quiero recurrir , para desvanecimiento de este cargo , à la autoridad de ninguno de vosotros , por no hazer odiosa mi libertad , y ofender vuestra modestia. Pidoos si solo , que dilateis vuestra vista , y vuestra consideracion por todo el Exercito , en quien reconocereis , como los que antes no tenían mas que sus Armas , duermen y à sobre lechos de plata , se sirven en sus mesas de vasos de oro , llevan tras si tropas de Esclavos , y se hallan tan cargados de la pressa , que no saben , qué hazer de ella. Si , pero dice , que à los Persas , à quienes hemos vencido , los trato con grandes honras. Es assi , no lo niego ; pues fuera defraudarme yo mismo la gloria , que me resulta de vna accion , en la qual se acredita mas mi moderacion. Mi animo ha sido , y es , manifestar al Mundo , que no he venido al Asia à exterminar las Naciones , ni à dexar desierta la mitad de la tierra , sino à reynar de suerte , que los vencidos no miren con disgusto mis Victorias. Esto es lo que les obliga à que combatan gustosos con vosotros , y à que derramen su sangre por vuestra gloria ; y lo contrario los precisaria à que impacientes procurassen sacudir el yugo de nuestro Dominio ; pues ninguno es durable , aviendole de mantener à fuerça de Armas. La memoria de los beneficios , es quien los conserva eternos ; por lo qual es preciso hazerlos participes de nuestra clemencia , si querèmos mantener el Asia , y no nos contentamos solo con averla adquirido , pues con su afecto lograremos el mas firme , y seguro establecimiento de nuestro Imperio. Mas tenemos , à la verdad , que lo que pudimos aver deseado , y es insaciable avaricia , querer tambien recoger , lo que por todas partes se derrama. Censurafeme,

de que introduzco en los Macedones las costumbres de los Barbaros. Veo en otras Naciones algunas cosas , que me parece podemos imitarlas sin avergonçarnos , y que no es possible regir tan gran Imperio , sin comunicarle algo nuestro , y tomar algo suyo. Pero es bien digno de risa , que Hermolao quiera que yo me oponga à Jupiter , quando me llama hijo suyo ; como si las respuestas de los Dioses pendiesse de mi arbitrio. Hame honrado con este titulo , y el averle admitido , no sè , que aya perjudicado nada à mis interesses. Ojalà me creyessen tambien Dios los Indios ; pues pendiendo en la Guerra toda la importancia de ella de la reputacion , suele las mas vezes tener la mentira autorizada , la misma fuerça , que la verdad desnuda. Pensareis vosotros tambien , que el aver hecho enriquecer vuestras Armas de plata , y oro , fuè orgullo , y soberbia mia : Pues bien lexos de ella , no ha sido otra mi intencion , que la de envilecer effos preciosos metales , à fueça de hazerlos comunes , para que los Macedones , los quales se han mostrado en todo invencibles , queden vencidos dellas. Quiero deslumbrar primero los ojos de aquellos Pueblos , en cuyos grosseros animos solo hazen impresion los accidentes mas viles , y despreciables , y desengañarlos despues , de que no es la plata , ni el oro lo que nos mueve , sino la Conquista de todo el Mundo. Esta gloria nos la quisiste usurpar tu ( ò homicida traydor ! ) y reducir à los Macedones con la muerte de su Rey , à la obediencia de los vencidos. Y aora me adviertes , que perdone à vuestros Padres , quando fuera mas justo , que ignorasseis , lo que he de executar con ellos , para que muriesseis con mayor disgusto ; si cabe en tan desalmada-



malos hombres sentimiento alguno por los suyos. Pero hà algunos años, que yo he derogado la Ley de que padezcan indiférentemente inocentes, y culpados; y así pueden quedar vuestros parientes assegurados, de que los conservaré en los mismos honores, que se tenían. Y por lo que mira à tu Calisthenes, en cuyo concepto solo tienes alguna estimacion, porque no eres peor que él, no ignoro, que el desear le dè yo audiencia, es con el fin de que me diga en mi presencia, y en la de toda esta Junta las injurias, que tu me has dicho. Y es cierto, que como à Maestro, digno de tal Discípulo, le hubiera hecho entrar contigo, si fuesse Macedon, pero siendo natural de Olyntho, no fuera justo, que gozasse del mismo Privilegio. Concluido este razonamiento, despidió la Junta, y hizo entregar à los culpados à las Guardas, que eran de la misma Compañia, las quales procurando acreditar por aquel medio su fidelidad para con el Rey, los hizieron padecer crueles tormentos, antes de darles muerte. Espirò Calisthenes en ellos, aunque sin mas culpa, que la de no aver querido acomodar su genio aspero, y libre al estilo de la Corte, condescendiendo con las lisonjas de los aduladores. Por lo qual, ninguno de quantos fueron muertos por orden de Alexandro, le fuscitò tanto odio en los Griegos, como este; pues no contento con quitar la vida à vn Varon de tan gran bondad, y sabiduria, y à quien avia estorvado la muerte, quando despechado se la quiso dar, despues de la de Clito, le hizo despedazar en los tormen-

tos, sin averle permitido diessé sus descargos. De cuya crueldad se arrepintió, quando no tenia remedio.

## CAPITULO IX.

*Hermosa Descripcion del Rio Indo, del Ganges, de Dyardene, de la India, de sus habitantes, de sus Reyes, y de sus Sabios.*

MAs ilustre siempre Alexandro, antes de la Guerra, que despues de la Victoria, tomó su derrota à la India, poco despues de estas muertes, para escusar los murmurios, que de ordinario produce la ociosidad. Mira la India por la mayor parte al Oriente, y es mas larga, que ancha. Por la del Mediodia se descubren crecidos collados, y por las demás es todo el Territorio llano, y bañado de famosos Rios, que descendiendo del Monte Caucafo, llegan à aumentar sus hondas, de suerte, que quedan navegables. Es el Indo mas frio, que los demás, y el color de sus aguas con corta diferencia del del Mar. El Ganges caudaloso, aun desde su origen, corre àzia el Mediodia, y se dilata en derechura por la extension de los Montes, hasta que impedido de las Rocas, buelve àzia el Oriente, y descargando en el Mar Roxo, inunda parte de el Territorio, llevando tras si cantidad de Arboles; si bien en donde halla vnido, è igual el terreno, se estanca, formando muchas Islas. Hazele mas caudaloso el



Acefines, cerca del Mar donde descarga; en cuyo encuentro chocan con gran furia las aguas de vno, y otro, respecto de recibirle el Ganges, quando vâ mas rapido, y de repelerle aquel con no menor violencia. No es tan cèlebre el Dyardene, por correr solo por las vltimas partes de la India, si bien cria, no solo Cocodrilos, como el Nilo, sino tambien Delphines, y otros Animales, desconocidos à las demás Naciones. El Erymantho corre siempre con torcido curso, y queda al fin dèl muy disminuido, respecto de dividirle los Naturales del Territorio por donde passa, en muchos Arroyos, para regarle. Sin estos ay otros muchos Rios, à quienes haze desconocidos su corta extension. Las Regiones Maritimas, son molestadas de los Vientos de Septentrion, que las hazen esteriles; pero las que estàn cubiertas de los Montes, producen hermosos trigos, y deliciosos frutos. Por lo que mira à lo demás, la naturaleza ha dispuesto los tiempos del año de fuerte, que en el que ellos tienen el del Invierno, tenèmos nosotros el del Verano; y por el contrario, quando ellos este, nosotros aquel, sin que se aya podido hasta aora averiguar la causa. El color de el Mar, que los circunda, es el mismo, que los demás; porque el creer roxas sus aguas los ignorantes, no tuvo otro principio, que el de aver tomado el nombre del Rey Erythreo. Criase alli gran cantidad de lino, de que se visten sus Naturales. Las cortezas de los Arboles son tan

tiernas, que como en cera se imprime en ellas lo que se escribe. Aprenden alli los Paxaros con facilidad à imitar el sonido de las voces humanas, y no se ofrecen Animales semejantes à los nuestros, sino se llevan. Crianse en aquella Region los Rhinocerontes, aunque no nacen en ella. Los Elephantes son mas corpulentos, y gallardos, que los de Africa, y corresponde à su estatura, su fortaleza. Los Rios que por el corto caudal de sus aguas corren con apacible curso, quizá para no malograr con la violencia de èl lo precioso de sus guijas, refarcen aquel con el oro, que llevan sus arenas. Arroja el Mar à sus orillas gran cantidad de perlas, y de piedras preciosas, en que se funda su mayor riqueza, especialmente despues que se transfirieron à las Naciones estrañas sus vicios; porque es cierto, que en si no tienen mas estimacion los excrementos del Mar, que la que les ha dado la liviandad de los hombres; Cuyos genios participan alli, como en las demás partes del Mundo, de la influencia del Clima, y de la situacion de la Tierra. Visten dilatadas ropas de lino, que les llegan à los pies; vsan para estos de sandalias, y de cierta especie de turbante para la cabeza. Aquellos, à quienes distinguen de la plebe, ò el nacimiento, ù los bienes de la fortuna, traen arillos de piedras preciosas en las orejas, y adornos de oro en las manos, y en los brazos. Atienden al aliño de sus cabellos, y es mas comun entre ellos dexar selos cre-



crecer, que el cortárselos. La barba jamás se la quitan, pero no les passa nunca de la extremidad del rostro, lo restante del qual procuran, que esté desembarazado, y sin pelo alguno. La relaxacion, y sobervia de sus Reyes, à quien dan el titulo de esplendidez, y magnificencia, comprehende las demás Naciones del Mundo. Quando se dexan ver en publico llevan los criados de su casa delante de sus Personas incensarios de plata, y perfuman todas las Calles, por donde han de passar. Van en vna Litera de oro, guarnecida de perlas, cuya colgadura es de lino recamada de oro, y de purpura. Acompañanla sus Guardas, muchas de las quales llevan ramos de arboles cargados de paxaros, à quienes han enseñado diversos generos de cantos, para que les sirvan de diversion; y den algunas treguas en sus mas graves cuidados. Las columnas de su Palacio son doradas, y enmarañadas de vna parra de oro, que se dilata por lo largo de ellas, sobre quien se ofrecen à trechos diversas figuras de paxaros de plata, matizados de varios colores, que es lo que mas grata hazen la vista. Sus puertas están siempre abiertas para todos los que quieren entrar en él; dà el Rey Audiencia à los Embaxadores, y administra Justicia à sus Vassallos, mientras se peyna. Quando le quitan las Sandalias, le vngen los pies de preciosos olores. El mayor exercicio que haze, es el de salir à tirar con flechas à las Fieras, que le tienen

prevenidas en vn Bosque, donde lo haze rodeado de sus Concubinas, las quales, mientras se emplea en este exercicio, se ocupan en cantar, y en hazer votos, porque la Caza sea feliz. Tienen dos codos de largo las Flechas, y se despiden con mas violencia, que efecto, respecto de que consistiendo en su ligereza toda la fuerza, las dexa inútiles el peso, que las echan. Sale à Cavallo, quando no vâ lexos, pero si la jornada es dilatada, la haze en vn Carro, à quien conducen Elefantes, cubiertos de Caparazones de oro; y para que no falte à tanto desorden, y relaxacion circunstancia alguna, lleva detrás de sí vna gran tropa de Concubinas en literas de oro. Este acompañamiento es distinto del de la Reyna, que ni en la pompa, ni en la magnificencia le cede. Disponenle estas mugeres la comida, y sirvenle el vino, que beben con gran exceso los Indios, y quando se halla cargado de él, y rendido al sueño, le conducen à su camara, invocando con hymnos à su vñça à los Dioses Nocturnos. Pero quien creerà, que entre tantos vicios pueda tener algun lugar de estimacion la Philo sophia? Ay cierto genero de hombres grosseros, y salvages, à quienes llaman Sabios, los quales fundando su mayor gloria en anticiparse la muerte, se hazen quemar vivos. Tienen por afrenta esperarla en edad caduca, ò entre las penosas fatigas de las enfermedades. Por lo qual no hazen estimacion alguna de las personas, que mue-



mueren de vejez, y juzgan, que amancillan el fuego de su pira, sino se introducen à ella, conservando sus vitales espíritus. Los que habitan en las Ciudades, y gozan de la sociedad publica, observan los movimientos de los Astros, predicen lo futuro, y creen que ninguno, que tiene valor para esperar la muerte, se anticipa à darsela. Por lo que mira à lo demás, forman divinidades à su antojo, y adoran con especialidad à los Arboles, à quienes se les prohíbe violar, con pena de la vida. Componen sus meses de quince dias, pero el año le tienen tan cumplido, como el nuestro. Miden el tiempo por el curso de la Luna, aunque no como las demás Naciones, sino por su entera revolucion, respecto de que cuentan vn mes despues de la Luna nueva, hasta que esta llena, y otro despues que esta llena, hasta su menguante; de manera, que assi como las demás Naciones hazemos de la creciente, y menguante de este Planeta solo vn mes, forman ellos dos. Refierense sin estas otras muchas particularidades de aquella Region, con quienes no me ha parecido interrumpir el hilo de esta Historia.

## CAPITULO X.

*Sujeta Alexandro con admirable felicidad diversos Pueblos de la India, aunque no sin efusion de sangre.*

**A**VIENDO llegado Alexandro à los Terminos de la India, se anticiparon à darle la obediencia

muchos Señores de ella, diciendole: *Que era el tercer hijo de Jupiter, que avia passado à aquella Region, que no avian conocido à Baco, ni à Hercules, sino por la fama; pero que à él le veían, logrando la dicha de gozar de su presencia.* Recibiòlos con gran benignidad, y mandòles que le acompañassen, y guiasen; y reconociendo, que no venian otros à hazer la mesma demostracion, embiò à Ephestion, y à Perdicas con vna parte de sus Tropas, para reducir à los que resistiessen su obediencia, para que se alargassen al Rio Indo, y para que mandassen fabricar Barcos en que pudiesse passarle el Exercito. Pero reconociendo, que era preciso hazer lo mesmo por otros Rios, ordenò, que estos fuesen en tal disposicion, que pudiesen desfarrarlos, y conducirlos en Carros, para que sirviessen en todos. Despues de lo qual, y de aver mandado à Cratero, que le siguiesse con la Phalange, se puso à la frente de la Cavalleria, y de los que estaban armados mas ligeramenre, y escaramuzando con los que tuvieron ofensiva de acometerle, los fuè rechazando hasta meterlos en la Ciudad. Aviale alcançado yà Cratero, y para causar en aquel Pueblo, que aun no avia experimentado las Armas de los Macedones, algun terror, mandò poner fuego à las fortificaciones, y que los passassen à todos à cuchillo. Pero passeandose à Cavallo al rededor de los Muros, fuè herido de vna Flecha, si bien no le embarazò esto, que tomasse la Ciudad, en cuyos Moradores



dores, y Edificios, se hizo considerable estrago. Domada aquella Gente de ningun credito, marchò àzia la Ciudad de Nisa, y acampò à corta distancia de sus Muros, en vn Bosque, que impedia la vista à sus Tropas. Sobrevino en èl, llegada la noche, tan gran frio, qual no le avian padecido hasta entonces; pero teniendo la felicidad de hallarse con el remedio tan proximo, cortaron gran cantidad de leña, y hizieron con ella muchas hogueras, cuyas centellas se dilataron hasta los sepulchros de los habitantes, à los quales, compuestos de envejecidos cedros, dexò consumidos enteramente el fuego à breve rato de aver prendido, y estendiose por ellos sus llamas. A cuyo tiempo se oyeron los ladridos de los perros de la Ciudad, y despues considerable ruido por los caminos; con lo qual pudieron conocer sus habitantes, que el Enemigo no se hallaba lexos; y el Enemigo, que la Ciudad estaba cerca. Reconociendo los sitiados, que el Rey se adelantaba, probaron hazer vna salida, pero con tan mal suceso, que sobreviniendo gran division entre ellos, vnos querian rendirse, y otros mantenerse. Noticioso de esto el Rey, se contentò con bloquearlos, sin hazerles otro daño, hasta que el cansancio, y fatiga del dilatado Sitio los obligasse à que se rindiesen à discrecion. Decian, que avia fundado Bacho su Ciudad, y à la verdad era cierto este origen. Esta situada à la falda de vn Monte, à quien los Natu-

rales llaman Meròs, y de quien los Griegos deduxeron la fabula de que *Bacho avia salido del muslo de Jupiter*. Aviendose informado Alexandro de los Naturales de la situacion de aquel Monte, hizo llevar à èl Viveres, y penetrò à su Cumbre con todo el Exercito. Visten sus collados hermosas viñas, y yedras, à quienes guarnecen fecundos Arroyos, produciendo en ellos la tierra gran variedad de Arboles frutales, y sin que preceda mas sementera, que la de aver llevado alli la contingencia algun grano, porcion de Trigo, sin muchos floridos Laureles, cuyas hojas, y las de otros Arboles cubren las peñas. Tengo por sin duda, que el averse empleado las Tropas en cortar pampanos, y yedras, y en aver hecho guirnaldas de ellas, corriendo de vna à otra parte del Bosque, fuè mas que divina inspiracion, efecto de Barchico furor. Resonaban en aquellos Montes, y Valles las voces de tantos millares de hombres, como los que adoraban al Dios tutelar de aquel Bosque; cuyo desorden se empezò solo por algunos pocos, y fuè seguido despues, como de ordinario sucede, de todos; los quales, como pudieran en medio de la paz, se tendian sobre la yerva, y sobre las enramadas, que avian dispuesto. No disgustado el Rey de aquel inopinado exceso, mandò disponer sumptuosos banquetes por espacio de diez dias, en quienes tuvo empleado su Exercito en servicio de Bacho. A vista de lo qual, quien podrá negar, que aun  
la



la mas sublime gloria pende , antes que del merecimiento de la virtud, del capricho de la fortuna ? Pues en vez de acometer el Enemigo à aquel embriagado Exercito , quedò tan amedrentado de su vozeria, y de sus alaridos , como pudiera, si los huviesse oïdo entre el estruendo , y manexo de las Armas. Con igual felicidad se preservò tambien de semejante riesgo , quando bolviendo del Oceano , se entregò à los mesmos desordenes à vista del Enemigo. Pafsò desde alli à vna Region llamada Dedala, à quien avian abandonado sus habitantes , huyendo à aquellas innacessibles Montañas , como lo avian hecho tambien los de Acadexa, donde entrò despues. Por lo qual le fuè preciso mudar el orden de la Guerra, y dividir sus Tropas en diversas partes; con cuya diligencia quedaron à vn tiempo deshechos , assi los que no juzgaban tan inmediato el riesgo , como los que estaban amenazados de èl. Tomò Ptolomeo muchas Ciudades , pero de mayor consideracion Alexandro , el qual, despues de aver rehunido todas sus fuerças, pafsò el Rio Choaspes, dexò à Ceno en el Sirio de vna rica, y populosa Ciudad , à quien los Naturales llaman Becira , y se encaminò èl àzia los Mazagas; por la muerte de cuyo Rey , llamado Assacano, sucedida poco antes, mandaba aquella Provincia , y la Ciudad Capital su Madre Cleophes. Tenia dentro treinta mil Infantes, y no parecia sino que la avia fortifiado à porfia la naturaleza , y

el Arte ; porque por la parte , que miraba al Oriente la ceñia vn Rio muy rapido, cuyas Riberas eran altas, y quebradas; y por la que miraba al Occidente , y al Mediodia crecidos peñascos desgajados , al piè de los quales avia Cabernas, las quales, aumentadas con el curso del tiempo en abismos , se continuaban con vn fofso de inmenso trabajo , y espantosa profundidad. Tenian los Muros treinta y cinco estadios de circunvalacion , cuyos cimientos eran de piedra , y cuya altura de ladrillo crudo , mezclado con piedras , para que el material mas fuerte sustentasse al mas debil ; y para que la tierra no fuese invadida de las aguas , y deshecha quedasse todo reducido à ruina, tenian en medio gruesas vigas, y en lo alto Galerias , que cubrian el Muro , por quienes se andaba al rededor. Aviendo reconocido Alexandro aquellas Fortificaciones , y no sabiendo à què resolverse , por ser imposible llenar las Cabernas, à fuerça de porcion inmensa de madera , y de piedras , ni tampoco acercar sus maquinas , sino por este medio, fuè herido en vna pantorrilla de vna Flecha. Pero sin hazer mas que sacarsela , aun no quiso detenerse à atarse vn lienço en en la herida , y puesto à cavallo continuò en lo que avia emprendido. Con todo , llevando la pier na estendida, y descubierta, y corrompida la sangre , se le aumentaron los dolores , en medio de los quales se refiere , que dixo: *Que aunque le hazian hijo de Jupiter , conocia*



era de la misma naturaleza, que los demás hombres. Sin embargo, no por esto se retirò à su Campo, sin averlo reconocido todo, y dado las ordenes, que juzgò por convenientes, en cumplimiento de las quales, vnos demolian las casas, que estaban fuera de la Ciudad, valiendose de los materiales, para llenar aquellas inmensas profundidades; y otros introducian en ellas troncos de Arboles, y peñascos enteros, trabajando todos con tan grande ardor, que en nueve dias quedò concluida la obra, y plantadas sobre ella las Torres. El Rey, sin esperar à asegurarse de la herida, fuè à ver el trabajo, y despues de aver alabado la diligencia, que avian puesto en èl sus Soldados, hizo adelantar las maquinas, con quienes se disparò gran cantidad de tiros contra los que defendian las Murallas. Pero lo que mas terror causò à los Barbaros, no acostumbrados à aquellas invenciones, fuè la desmesurada altura de las Torres, las quales, viendo que se movian por sí, creian, que las governaban los Dioses, y que los Arietes, que derribaban los Muros, y las Lanças arrojadas por los Instrumentos de Guerra, no podian ser efecto de industria humana. Por lo qual, desesperando de poder defender la Ciudad, se retiraron al Castillo, desde donde no hallandose mas asegurados en èl, embiaron Embaxadores al Rey, para que le pidiesen perdon. Obtenido este, salió la Reyna, y se fuè para el Rey con grande acompañamiento de Da-

mas, que le llevaron en copas de oro vino en Sacrificio. Iba consigo vn hijo, que tenia en edad tierna, el qual le ofreciò al servicio del Rey. Fuè no solo perdonada, sino tambien restituída à sus Estados con el mismo esplendor, que avia tenido, y con todas las prerrogativas de Reyna. Cuyo beneficio se creyò debiò mas, que à la compasion de su desgracia, al atractivo de su hermosura. Lo cierto es, que pariò despues vn hijo, y que (fuesse, ò no suyo) le puso por nombre Alexandro.

## CAPITULO XI.

*Pone Sitio Alexandro à Aorno, Peña, y Fortaleza innaccesible, y tomala, aviendola abandonado los de dentro.*

EMBIÒ desde alli à Polypercon contra la Ciudad de Era, à cuyos habitantes, que avian hecho vna desordenada salida, rompiò, y cargandolos hasta las mismas puertas de su Ciudad, entrò mezclado con ellos, y se hizo dueño de la Plaza. Tomò otras muchas Ciudades cortas, y desiertas, por averse retirado armados sus habitantes à las Rocas de Aorno. Era fama, que Hercules la avia sitiado, y que precisado de vn temblor de tierra, avia levantado el Sitio. Hallandose el Rey dudoso en el modo de atacarla, por estàr fundada sobre vna Roca, quebrada por todas partes, se le ofreciò vn hombre anciano de la Tierra, con dos hijos suyos, y le prometìò mos-

trar;



trarle camino por donde lo pudiese hazer, como se lo remunerasse. Asseguròle le daria ochenta talentos; y aviendose quedado con vn hijo suyo en reenes, le embiò à que cumpliese lo que avia ofrecido con algunos Soldados armados à la ligera, que le diò, debaxo del mando de Mullino, Secretario suyo; los quales queria que ganassen la Cumbre por rodeos, sin ser vistos de los Enemigos. No tiene aquella peña, como las demàs, las laderas cortas, y faciles para subir à ella, elevase en forma de piramide; es por abaxo anchissima, y quanto mas se levanta, tanto mas se và estrechando, hasta que queda à manera de vna aguda punta. Passa altissimo el Rio Indo por sus faldas, cuyas Riberas son por ambas partes asperissimas, y de la otra llena de tan crecidos pantanos, y cenagales, que era preciso, para aver de tomar la Plaza, terraplenarlos. Si bien, ofreciendose alli vn Bosque muy aprometido para conseguirlo, le hizo el Rey talar, ordenando, que se cortassen las ramas de los Arboles, para que los pudiesen conducir mas facilmente, y que solo echassen los troncos. Cortò el primero el, con cuyo exemplo, levantando todos el grito, se emplearon en continuar el trabajo, que avia empezado el Rey, con tan grande calor, que en siete dias quedò acabado todo. Aviendo al mismo tiempo resuelto hazer vn ataque, mandò à los Archeros, y à los Agrianos, que procurassen subir por aquella impenetrable aspere-

za, y escogió de su Compañia treinta Mozos de los mas valerosos, à quienes diò por Cabos à Caro, y à Alexandro, exortando à este, à que se acordasse de su nombre. No era creible, que siendo tan evidente el peligro, se expusiesen el Rey à el; pero no bien huvò dado la señal la Trompeta, quando aquel Principe, que no era dueño de su valor, ordenò à sus Guardas, que le siguiesen, y fuè el primero, que empezò à trepar por la peña. No hubo entre todos los Macedones alguno, que dexando sus Alojamientos, no le siguiese à aquel evidente riesgo, en que perecieron muchos, cayendo de la peña al Rio; cuyos crecidos remolinos los sorbian; espectáculo à la verdad lastimoso, aun à los que no avian corrido igual fortuna; pero como se hallaban amenazados del mismo riesgo, convertida en miedo la compassion, solo cuidaban de si. Hallabanse yà tan empeñados, que les era preciso, ò vencer, ò morir; porque los Barbaros descargaban crecidas piedras sobre los que subian, los quales, asyendose, no sin gran dificultad, y trabajo, en aquellos resvaladizos Lugares, caian precipitados. Sin embargo, Alexandro, y Caro, à quienes embiò el Rey delante con aquellos treinta Mancebos escogidos, avian ganado yà lo alto de la peña, y llegado à las manos; pero ocupando aun el Enemigo la Cumbre, para vn tiro, que lograban, recibian muchos. Bien acreditò Alexandro en aquel peli-



peligro ; quan presente tenia su nombre , y el ofrecimiento , que avia hecho al Rey ; pero no bastando el valor adonde faltaba el resguardo , cayò oprimido de inmen-  
 los golpes. Viendolo Caro en tierra , y no atendiendo sino à tomar vengança de su muerte , se entrò por en medio de los Enemigos , en quienes à lançadas , y estocadas , hizo considerable mortandad , hasta que no pudiendo resistir solo à tan numerosa muchedumbre , cayò muerto sobre el cuerpo de su Amigo. Sentido el Rey , como era justo , de la pèrdida de aquellos dos Valerosos Soldados , y de los demàs , hizo , que tocassen à retirar. Todo su remedio le debieron à la buena ordenança , con que se retiraron ; porque los Barbaros , contentos con averlos rechazado , no los siguieron. Aunque Alexandro , perdida la esperança de poder ganar la Plaza , tenia resuelto levantar el Sitio , mostrando quererle continuar , hizo tomar todos los passos del camino , acercar las Torres , y que refrescassen los que se hallaban fatigados. Los Indios , viendo su obstinacion , dieron à entender tambien su seguridad , y como en manifestacion de aver triunfado del Enemigo , tuvieron dos grandes banquetes , celebrando su vencimiento con Atambores , y Cimbales , à su usança. Si bien à la tercera noche , aviendo cessado su algazara , causò grande estrañeza el ver toda la Peña llena de fuegos , que avian encendido para assegurar su fuga por aquellos despeñaderos.

Aviendo embiado el Rey à Balacro à reconocerlos , supo , que los Barbaros avian abandonado la Peña ; à cuyo tiempo , haziendo señal à su Gente , para que levantasen el grito , causò tal pavor en los fugitivos , que creyendo yà sobre si al Enemigo , se precipitaron muchos de lo alto de las peñas , y la mayor parte de ellos estropeada , fuè abandonada de los que pudieron salvarse. Aunque Alexandro quedò antes Vencedor de la Plaza , que del Enemigo , hizo en accion de gracias sacrificio à los Dioses , como si huviesse ganado vna Batalla , y levantò Altares sobre la Peña à la Diosa Minerva , y à la Victoria : à las Guias , que avian conducido à los Soldados armados à la ligera , no dexò de cumplirles puntualmente lo que les oreciò , en medio de no aver executado todo lo que avian prometido , y à Sisocosto diò el Gobierno de la Peña , y de la Region.

## CAPITULO XII.

*Omphis, Principe Poderoso, abandonandose, se rinde à Alexandro con su Reyno, pero conser-  
 vale en él. Presentes, que se hazen ambos.*

**T**OMÒ desde alli la buelta de Ecbolima , si bien noticioso de que cierto Eryce estaba apoderado , con veinte mil hombres de Guerra , de vn Estrecho , que avia en el camino , dexò el gruessò de su Exercito à Ceno , para que le conduxesse à cortas jornadas ; y avien-  
 dose adelantado con su Gente de Arco , y de Honda , puso en desorden



den à los Enemigos , y abrió el passo à sus Tropas , que le seguian. Los Indios , ò yà fuesse por agradecer la gracia del Vencedor , ò yà por odio , que tuviesse à su Cabo , le dieron muerte al tiempo que huía , y llevaron su cabeza , y sus Armas à Alexandro , el qual diò por libre de castigo la accion , si bien no quiso autorizar el exemplo , con la recompensa de ella. Encaminandose desde alli al Rio Indo , llegó à èl en seis dias de marcha , donde hallò dispuesto por Ephestion , quanto era necesario para passarle , segun se lo avia ordenado. Reynaba en aquella Region Omphis ; el qual , en cumplimiento del consejo , que le diò su Padre , poco antes de su muerte , para que pudiesse à la obediencia de Alexandro su Estado , le avia embiado despues de ella Embaxadores para saber de èl , si era de su grado , que tomasse possession del Reyno , ò que , como persona particular , esperasse su venida. Y si bien el Rey le permitió que Reynasse , tuvo la atencion de no vlar del dominio , que le avia concedido. Tratò à Ephestion con grande vrbánidad , y hizo distribuir gratuitamente entre sus Tropas todos los granos , que necesitaron , aunque no se dexò ver de èl , por no quererse fiar fino del Rey ; à quien salió à recibir luego , que supo estaba cercano , con vn hermoso Exercito ; entre cuyos Esquadrones llevaba gran cantidad de Elefantes , à corta distancia vnos de otros , que de leixos no parecian si-

no Castillos. Tuvo al principio Alexandro por Enemigo suyo , y no por su Aliado ; y assi , mandò à su Phalange , que estuviessse presta , y à su Cavalleria , que se pusiesse en filas para combatir ; quando el Indio , conociendo su yerro , mandò hazer alto à sus Tropas , y detuvo su Cavallo. Hizo lo mesmo Alexandro , dudoso en si venia como Amigo , ò como Enemigo ; pues tan igualmente podia librar su seguridad en su valor , que en la feè de aquel Principe. Llegaron à hablarse con animos amigables , segun se pudo inferir por las exteriores demostraciones de los semblantes ; pero no pudiendo entenderse vno , ni otro , hizieron llevar alli vn Interprete Indio , por cuyo medio dixo à Alexandro Omphis : *Que èl iba à su presencia con su Exercito , para ofrecer à su disposicion todas sus fuerças , sin aver querido esperar otra seguridad , que la que libraba à su Persona , y à su Reyno , en vn Principe , cuya magnanima generosidad sabía , que solo guerreaba por la gloria , y que nada aborrecia mas , que el obscurecerla con el lunar de la perfidia.* Obligado Alexandro de la vizarria de el Barbaro , le tomó la mano , y le restituyò à sus Estados. Presentò à Alexandro cinquenta y seis Elefantes , y otras muchas Fieras de prodigiosa magnitud , con tres mil Toros , que en aquellas tierras son de grande estimacion , y muy del gusto de los Reyes. Preguntandole Alexandro : *De què necesitaria mas , de Labradores , ò de Soldados ?* Le respondió : *Que teniendo Guerra con dos*



*Reyes, necesitaba más de estos, que de aquellos.* Eran los dos Reyes Avissares, y Poro; pero mas Poderoso Poro. Reynaban ambos de la otra parte del Hydaspes, resueltos à experimentar la fortuna de la Guerra, contra qualquiera, que los acometiesse. Tomò Omphis, con el permiso de Alexandro, la Diadema, y segun el estilo de aquella Tierra, el nombre de Taxites, que avia tenido su Padre, y que era afecto à todos los que sucedian en el Reyno; y despues de aver tratado magnificamente al Rey, por espacio de tres dias, le mostrò al quarto las virtualas, que avian consumido las Tropas, que llevò Ephestion, y le regalò à el, y à los Principales de su Corte con Coronas de oro, y con ochenta talentos de plata, en moneda. Sumamente agradecido Alexandro de la generosidad de aquel Principe, le bolviò à embiar quanto le avia presentado, y demàs de ello mil talentos del botin, que hazia siempre llevar detras de si, con vna rica baxilla de plata, y oro, para el servicio de su mesa; gran cantidad de ropas, à la moda Persiana; y treinta y seis Cavallos enjaezados, de la mesma manera, que los que el montaba. Pero assi como aquella liberalidad obligò al Barbaro, ofendiò sumamente à los Cortesanos de Alexandro, entre los quales vno, llamado Meleagro, le dixo, comiendo con el, despues de aver bebido bien: *Que se regocijaba de que por lo menos huviesse hallado entre los Indios vno digno de mil talentos.* Reprimiò el Rey su indignacion,

acordandose del disgusto, que avia tenido, por la muerte, que diò à Clito, causada de su gran libertad; pero no dexò de decirle: *Que los embidiosos no eran otra cosa, que Verdugos de si mismos.*

## CAPITULO XIII.

*Haze Alexandro la Guerra al Rey Poro, à persuasion de Omphis, cuyos principios son dudosos.*

**L**EGARONLE el dia siguiente los Embaxadores de Abissares; y en conformidad del orden que llevaban, ofrecieron à Alexandro, en nombre suyo, sus Estados: y aviendo tomado, y dadose reciprocamente feè, fueron despedidos. No dudando el Rey, que se le rendiria facilmente Poro, movido de la fama de sus gloriosas empresas, despachò à Cleocares, para que le notificasse: *Que le pagasse tributo, y compareciesse à hazerle el debido obsequio, saliendo à los confines de su Reyno.* Pero bien lexos de executar lo, le respondiò el Barbaro: *Que no dexaria de obedecerle en vna de las dos cosas, que le mandaba, saliendo à recibir à la Frontera; pero que seria con las Armas en la mano.* Resuelto Alexandro à passar el Hydaspes, le llevaron à Barcentes, Autor de la revolucion de los Arachosios, y treinta Elefantes, que se tomaron con el; cuyo refuerço no pudo irle à mejor tiempo contra los Indios; los quales fian mas de aquellos brutos,



que de sus Armas. Llevaronle tambien à Gamaxo , Rey de gran parte de la India , que se avia juntado con Barcentes; y aviendo dexado à vno , y à otro con buenas Guardas, y dado el Gobierno de los Elefantes à Taxiles , passò à Alojarse junto al Hydaspes. Acampaba Poro en la Ribera contraria, para impedirle el passo , y tenia puestos de frente ochenta y cinco Elefantes de prodigiosa magnitud , y delante de ellos trecientos Carros , y cerca de treinta mil Infantes , entre quienes estaban los Archeros, que vsaban de aquellas largas Flechas , de quienes dexamos dicho el poco efecto , que causaban, por su demasiado peso. Estaba Poro sobre vn Elefante mayor , que los demás , ostentandose , assi por la superioridad de su estatura à la regular de los otros , como por sus Armas , resplandecientes con el oro , y la plata , que las adornaba, tan horrible , como magestuoso. Correspondia à la grandeza de el cuerpo , la del animo ; y à vno , y otro , en quanto permitia la grosferia , y rudeza de aquellos Pueblos , la capacidad. Quedaron los Macedones , no menos atemorizados , que del Enemigo , del Rio , que avian de passar ; el qual , en medio de tener quatro estadios de ancho , corria tan sumamente profundo , è incapaz , de que por parte alguna se le pudiesse vadear , y con tan violenta rapidèz , como si lo hiziesse por alguna canal estrecha , causandosele mas espantoso sus ruidosas , y espantosas olas , las

quales , rotas en muchos lugares , eran testimonio de quan llenos de peñas estaban. Pero nada les era tan pavoroso , como la vista de la Ribera , cubierta de hombres , de cavallos , y de Elefantes. Estaban plantados en ella en forma de Torres , aquellos horribles Animales , à quienes irritaban de proposito , para que con sus espantosos gritos causassen mayor affombro en los animos Enemigos. Todas estas cosas juntas tenian reducidos à los Macedones à tan desconsolados terminos , que en medio de averse mostrado no menos invencibles , que esperanzados en los mayores peligros , desconfiaban de poder vencer con sus débiles Barcos la impetuosidad de el agua , ni de llegar seguramente à la Ribera , aun quando lo consiguiesen. Avia en medio de el Rio muchas Islas , à quienes passaban à nado los Indios , y los Macedones , llevando las Armas sobre la cabeza. En ellas tenian algunas escaramuzas , à vista de ambos Reyes ; los quales , à costa de aquel corto peligro , podian prevenir el fin de el mas importante. Hallabanse en el Exercito de Alexandro dos Cavalleros Mozos , llamados , Egesimacho el vno , y Nicanor el otro , que aviendose señalado por su temeridad , y fiandose en la continuada felicidad de su partido , despreciaban todo genero de peligros. Estos , pues , eligiendo los mas resueltos Mancebos , y no llevando consigo mas Armas , que la



la de vna Lança ; passaron à nado à vna Isla , llena de Enemigos. En ella , con mas ofladia , que resguardo , hizieron gran mortandad en los Contrarios , despues de la qual , es sin duda , que pudieran averse retirado gloriosamente , si supiesse la temeridad , quando es feliz , contenerse. Pero esperando con desprecio , è insolencia à los demás , que iban à tomar vengança de la muerte de sus Compañeros , cogidos en medio por vna tropa de ellos , que nuevamente avia pasado nadando , fueron oprimidos de los innumerables Dardos , que les tiraban de lexos ; y los que pensaron salvarse , ò fueron arrebataados de la corriente , ò sorbidos de los remolinos. Diò crecidos alientos este suceso à Poro , atento desde la Ribera à quanto passaba ; y puso en tan gran perplexidad à Alexandro , que se hallò necesitado à vsar de algunas estratagemas , para engañar al Enemigo. Avia en aquella Ribera vna Isla de mayor extension , que las otras , muy poblada de Arboles , y propia à armar en ella vna emboscada ; tenia tambien vn fosso muy profundo cerca de la Ribera , que ocupaba el Rey , donde , no solo se podia ocultar Infanteria , sino tambien Cavalleria ; y temeroso Alexandro de que los Enemigos se valiesse de la comodidad de aquel terreno , mandò à Ptolomeo , que con toda su Cavalleria marchasse lexos de la Isla , y que dando frequentemente al Arma , para atemorizar à los Enemigos , hiziesse demostracion de querer pasar

el Rio. Executòlo Ptolomeo algunos dias con tan gran destreza , que obligò à Poro , por medio de aquel ardid , à que passasse de la otra parte , donde avia dado à entender intentaba ocuparla. Con que logrando el que los Enemigos huviesse perdido de vista la Isla , hizo levantar Alexandro su Tienda enfrente de su Campo , y plantar las Guardas de su persona al rededor de ella , con toda la ostentacion , que solia vsar , y se debia à la Magestad de tan gran Rey. Hizo tambien à Attralo , que era de la misma edad , y no dexaba de parecersele en el rostro , y en la estatura , mayormente viendole de lexos , que se pudiesse su Real Vestidura , para dár à entender estaba alli el en persona , y que no intentaba pasar , y procurar , teniendo al Enemigo en este engaño , entrar en la Isla , de quien hemos tratado , con el resto de sus fuerças , mientras le divertia Ptolomeo con las Tropas , que avia llevado. Y si bien , sobreviniendo vna tempestad retardò la execucion de este intento , convirtiendo la fortuna en todos los de este Principe en mayor beneficio suyo los mayores obstaculos para sus progressos , le facilitò aun en ella misma el medio de llevar al fin su disignio ; porque sucediendo à aquel turbion tan impetuosa lluvia , que aun los que estaban debaxo de cubierta , no sin dificultad se preservaban de ella , hallandose precisados los Soldados à desamparar sus Barcos , por asegurarse en tierra ; y estando el



Cielo tan cubierto , que negaba casi enteramente su luz , para que pudiesen conocerse aun los Soldados , que se hallaban à corta distancia vnos de otros ; bien le- xos Alexandro de que le amedren- tassen aquellas espantosas tinie- blas , ni el riesgo à que se exponia , de passar vn Rio desconocido , y de ir à dár ciegamente , y sin mas fin , que el de adquirir gloria à tan costoso precio , à algun lugar , quizá ocupado por los Enemigos ; juzgando , que aquella obscuridad , que atemorizaba à los demás , le era favorable , diò la señal para que todos entrassen en sus Barqui- llos , sin hazer ruido ; y fuè el pri- mero , que mandò botar al agua el en que avia de embarcarse. No descubrieron persona alguna en la Ribera , donde avian de llegar ; por- que Poro tenia puesto todo su cuidado en Ptolomeo. Llegaron à la orilla sin mas pérdida , que la de vn Barquillo , que agitado de las olas , diò en vna peña ; y aviendo hecho Alexandro marchar por fi- las algunas Compañias de escogidas Tropas , para que tomassen el terreno de mano derecha , or- denò su Exercito en for- ma de Batalla.

(?)§(?)



## CAPITULO XIV.

*Combate sangriento , y señalado entre los Indios , y los Macedones. Gran valor de Poro , à quien Alexandro trata con Real clemencia.*

EMPEZABA yà à marchar à la frente de su Exercito , di- vidido en dos filas , quando avisa- ron à Poro : *Que los Macedones avian passado el Rio , y se encaminaban àzia él.* Creyò al principio , no de otra fuerte , que de la que se suelen li- songear los hombres en sus espe- ranças , que se avian equivocado con Abisares , su Aliado , que iba à asistirle en aquella Guerra , en cumplimiento de lo que tenian ajustado entre ambos. Pero acla- rando el tiempo , y desengañando- le de que no eran sino los Enemi- gos , embiò à su hermano Hages con cien Carros , y quatro mil Cava- llos , para que se opusiesse à ellos. Consistia en aquellos Carros su ma- yor fuerça ; llevaba cada vno de ellos seis hombres , dos con Escudos , y otros dos Archeros , por ambos lados de él ; y los restantes con- ducian el Carro , sin que dexas- sen de pelear , quando se llegaba à las manos , llevando gran can- tidad de Dardos , que disparaban contra los Enemigos , luego que quitaban los frenos à los Cava- llos. Si bien aquel dia le sirviò de poquissimo toda esta preven- cion ; porque la gran lluvia , que avia caído , dexò la tierra tan ref-



resvaladiza, que los Cavallos no se podian tener, ni los Carros, bien pesados por si, y hundidos en aquellos pantanos, y cenagales, moverse. Por el contrario Alexandro, hallandose con su Exercito listo, y desembarazado, los cargaba vigorosamente. Fueron los Scythas, y los Dahos los primeros, que lo hizieron, y despues Perdicas, à quien embiò, para que con la Cavalleria acometiesse al ala derecha. Encendido el combate de vna, y otra parte, soltaron à toda rienda los Carros, los que los conducian, por en medio de la Batalla, como el mayor socorro, que podian dàr à su Gente; pero fuè igual el daño; que causaron en vnos, y otros; porque si la Infanteria de los Macedones, expuesta à aquella primera furia, fuè rota, y maltratada de las ruedas, y de los Cavallos, los Carros, que se desviaban à lugares resvaladizos, y fragosos, bolcaban à los que conducian, mientras los Cavallos de los otros, espantados, corrian de vna à otra parte, arrojando à vnos à los fossos, y à otros al Rio. Huvo, sin embargo, algunos Macedones, que abriendose lugar por en medio de los Enemigos, llegaron muy cerca de Poro; el qual cumplia à vn tiempo con la obligacion de Soldado, y de Capitan. Y aviendo reconocido errantes sus Carros por aquel Campo de Batalla, y sin quien los conduxesse, distribuyò los Elefantes en los que estaban mas cerca de su persona, y puso detràs de ellos la Infanteria, y los Archeros, que

solian tocar los Tambores, de que se servian los Indios, en lugar de Trompetas. Si bien acostumbra- dos ya aquel sonido, los alterò poco su estruendo. Llevaban à la frente de su Infanteria la Estatua de Hercules, la qual era muy poderoso estímulo, para encenderlos en el combate, respecto de tenerse por tan gran infamia entre sus Tropas abandonar à los que la llevaban, como si desamparasen la misma Persona de Hercules, estando vivo, y no bolverla de la Batalla; por lo qual convirtieron en Religion, y veneracion el miedo, que avian concebido del Enemigo. Detuvo algo à los Macedones el aspecto de los Elefantes, y tambien el del Rey; porque puestos aquellos brutos entre los Esquadrones, parecian Torres, vistos de lexos; y Poro, cuya estatura era superior à la de todos los suyos, aun mayor, respecto de ir en vn Elefante de excèsiva magnitud à los demás. Alexandro, pues, aviendo observado atentamente à aquel Rey, y à su Exercito, dixo: *Que en fin avia hallado vn peligro, digno de su valor, aviendo de contender con furiosos brutos, y con valerosos hombres. Y bolviendose à Ceno, le dixo: Quando buviere acometido al ala izquierda de los Enemigos con Ptolomeo, Perdicas, y Ephestion, y me vieres empeñado en el combate, carga en el ala derecha; y tu, Antigenes, Leonato, y Tauron, dareis al mesmo tiempo en la frente de la Batalla, y los cargareis vivamente. Nuestras largas, y fuertes Picas, en ninguna ocasion nos serviràn mejor, que emplean-*  
dolas



dolas en effos brutos, y en los que los montan. Echad por tierra à estos, y herid en aquellos; cuyo socorro es bien peligroso, pues igualmente pueden servir, que dañar, y mas si buelven furiosos contra sus Tropas; porque si vna obediencia forçada, los obliga à ir contra los Enemigos, puede precisarlos à que se conviertan contra los suyos vn impetuoso miedo. No bien hubo dicho esto, quando dando de espuelas al Cavallo, se puso delante de todos. Tenia abierto yà vn Batallon de los Enemigos, como lo avia ideado, quando empezó Ceno à cargar con gran furia en el ala derecha, y la Phalange con no menor impetu en la Batalla de los Indios, y quedando enteramente rota, hizo Poro adelantar los Elefantes por la parte que avia entrado la Cavalleria. Pero no pudiendo aquellos pesados, è inhabiles brutos igualarse en la velocidad con los Cavallos, ni tampoco los Barbaros valerse de ninguna suerte de las Flechas, respecto de que siendo tan largas, y pesadas, les era preciso, para cargar commodamente el arco, afirmarle contra la tierra, que estando tan resvaladiza estorbaba que hiziessen efecto alguno; fuera de que antes que las disparassen, tenian al Enemigo sobre si. No escuchaban yà en aquella confusion las ordenes del Rey, aviendose vsurpado la jurisdiccion el miedo, mas poderoso entonces, que los Cabos; los quales eean tantos, quantas las desordenadas Tropas. Querian vnos, que se rehuniesen en Cuerpo de Batalla; otros, que se separassen algu-

nos, y que se mantuviesen firmes; y no pocos, que se cogiesen à los Enemigos por las espaldas, sin que nada llegasse à execucion. Si bien Poro, con algunos de los suyos, en quienes pudo mas la honra que el miedo, hizo rostro à Alexandro, poniendo de frente en la marcha à sus Elefantes. Causaron gran terror aquellos brutos, por sus horribles gritos, à quienes no estaban acostumbrados, ni los Cavallos, naturalmente recelosos, ni los Soldados, cuyos Esquadrones pusieron en tal confusion, que los que poco antes se avian visto vitoriosos, yà no atendian sino à huir. Entonces Alexandro hizo adelantar contra aquellos animales la Cavalleria ligera de los Agrianos, y los Traces, mas propios para las correrias, que para combatir à piè firme; los quales descargaron en los Elefantes, y en los que iban sobre ellos; à cuyo tiempo la Phalange, viendolos vacilantes, empezó à cerrarlos de cerca. Pero algunos, que los perseguian con demasiado ardor, los irritaron de suerte, que quedaron despedazados de su furor, y dexando en su estrago exemplo à los demás, para que se abstuviesen de oprimirlos, causandoles mayor terror el ver levantar con sus trompas à los hombres armados, y entregarselos à los que iban sobre ellos. Lo qual fuè causa de que los Macedones procediesen mas remissos, y de que huyendo las vnas vezes, y acometiendo otras, permaneciesse gran parte del dia dudoso el combate;



re; el qual no huviera tenido fin fino huviesfen cortado las piernas à los Elefantes con hachas, dispuestas para aquel efecto, y con ciertas espadas cortas, à quienes llaman *Copidas*, algo corbas, y en forma de hozes, con quienes sus Trompas, sin omitir medio alguno, de que no se valiesfen para librarse del furor de aquellos Animales, à quienes temian mas, que à la misma muerte. Finalmente, rendidos los Elefantes al rigor de sus heridas, no se dexaban yà gobernar, antes furiosos del dolor de ellas, derribaban Amigos, y Enemigos, y sacudiendo à los que llevaban sobre si, los despedaban. Despues de lo qual, mas mitigado su furor, y siendo mayor el recelo con que quedaban, que el daño, que causaban, los echaron fuera del Campo de Batalla à bandadas, como Rebaños de Ganado. Viendose Poro abandonado de la mayor parte de su Gente, se mantuvo disparando gran cantidad de Dardos, con quienes hirió à muchos, que le cercaban, siendo el blanco de los tiros de los Enemigos. Hallabase yà con nueve heridas, que avia recibido, así por delante, como por detrás, por las quales, aviendo derramado gran porcion de sangre, quedò tan debilitado, que se le caían los Dardos de las manos, quando iba à dispararlos. Pero su Elefante, que se conservaba aun sin alguna herida, con vengativo instinto hizo gran estrago en los Enemigos, en que huviera continuado, si reco-

nociendo el que le gobernaba el desfallecimiento del Rey, y que se le caían sus Armas, por su demasiada debilidad, no le huviesfe encaminado à la fuga, en la qual le seguia Alexandro bien de cerca; pero aviendole faltado à lo mejor su Cavallo, que oprimido de innumerables heridas, cayò suavemente debaxo de el, como temeroso de ofenderle, diò tiempo à Poro, mientras tomaba otro, para que se le adelantasse; en cuyo intervalo embiò al hermano de Taxiles, Rey de los Indios, para que le exortasse se rindiesfe al vencedor, y no aguardasse al ultimo lance. Pero Poro, aunque se sentia tan desfallecido, y avia derramado la mayor parte de su sangre, buuelto àzia donde oía aquella voz, que no desconocia, le dixo: *No escucho al hermano de Taxiles aquel Traydor à su Patria, y à su Reyno?* Y tomando vn Dardo, que le avia quedado, le disparò contra el con tan gran violencia, que le pasó de parte à parte; despues de cuyo ultimo testimonio de su valor, se entregò à la fuga, con mayor diligencia, que antes; pero aviendo recibido tambien el Elefante muchas heridas, y no pudiendo yà marchar, se viò necesitado Poro à detenerse, dexando alguna Infanteria, para que hiziesfe frente à los Enemigos, que le seguian. Aviale alcançado Alexandro, y viendo su obstinacion, diò orden para que hiziesfen pedazos à los que no se rindiesfen; con lo qual cargaron los suyos à la Infanteria, y al mismo Poro, el qual gravado-



vado de tantas heridas; y hazien-  
do el amago de ir à caer del Ele-  
fante, creyendo el que le condu-  
cia, que queria desmontarse de èl  
le hizo poner de rodillas, como  
acostumbraba, à cuyo exemplo  
executaron lo mesmo todos los  
que estaban cercanos; lo qual fuè  
causa de que así Poro, como los  
demàs cayessen en manos de los  
Vencedores. El Rey creyendo  
que huviesse muerto, mandò, que  
le despojassen, con cuya orden,  
acudiendo todos à quitarle la co-  
raza, y los vestidos, se lo estorvò  
el Elefante, defendiendo à su Due-  
no, à quien arrojando de sì à los  
que se acercaban, le levantò con su  
trompa, y le puso en sus espaldas.  
Pero aviendo pèrdido los vltimos  
alientos al rigor de las innumera-  
bles heridas, que descargaron so-  
bre èl, pudieron aprisionar à Po-  
ro, à quien pusieron en vn Cava-  
llo, y à quien, reconociendo el  
Rey, que aun abria los ojos, le di-  
xo, movido à compafsion: *O tu in-  
felice! què delirio te induxo à que inten-  
tassès medir tus fuerças con las mias, sa-  
viendo el crédito de mis Armas? Y no pu-  
diendo dudar, por lo que obrè con Taxiles  
tu vecino, de la clémencia, que vso con los  
rendidos? A que el respondiò: Pues  
deseas saberlo, yo te lo dirè con la misma  
libertad con que me lo preguntas. No  
creia yo, que huviesse en el Mundo hombre  
mas valiente que yo; porque conocia mis  
fuerças, y no avia experimentado las tu-*

*yas hasta oy, què me ha enseñado el suceso,  
que debo cederte; pero sin tenerme por  
poco feliz, logrando el segundo lugar des-  
pues de ti. Y aviendole preguntado  
Alexandro: Què tratamiento esperaba  
le hiziesse el Vencedor? Le respondiò:  
El mismo que este dia te aconseja me des;  
el qual te le enseña con bastante defenga-  
ño, quan caduca es la felicidad de los hom-  
bres. Cuya advertencia le aprove-  
chò mas que el mayor ruego, pues  
con aquella generosa resolucio-  
n, en que mostrò la corta impresio-  
n, que hizo en su animo el infortu-  
nio, moviò de fuerte à piedad el  
del Rey, que no solo le perdonò,  
fino le colmò de honras. Mandò-  
le curar de sus heridas, con el cui-  
dado que pudiera, si huviesse pelea-  
do en servicio suyo; y aviendo  
quedado sano de ellas, contra la  
esperança de todos, le admitiò al  
numero de sus Amigos, y le diò  
poco despues mayor Reyno, que  
el que avia tenido; porque nada  
se observò en el mas natural, ni en  
que mayor cuidado pusiesse, que  
en estimar el valor, y la verdadera  
gloria, donde la hallaba: Bien es  
verdad, que esta virtud la practicò  
con menos liberalidad entre sus  
Ciudadanos, que entre sus Enemi-  
gos, por creer, que quanto peli-  
graba su grandeza, observandola  
con aquellos, quedaria mas illustre,  
haziendo mayores, y mas fa-  
mosos à los que avia  
vencido.*

(S)







# LIBRO NONO.

## CAPITULO PRIMERO.

*PASSA ALEXANDRO A LA INDIA, DESPUES DE  
aver vencido à Poro, y reducido à su obediencia muchos Pueblos,  
y Ciudades, cuyas costumbres, y estilos se  
describen.*

**E**Ustoso Alexandro de tan memorable Victoria, la qual le abria el passo al Oriente, hechos sacrificios al Sol, colmò de elogios, y esperanças à sus Soldados, para animarlos à la continuacion de la Guerra. Deciales: *Que todas las fuerzas de los Indios, avian quedado prostradas con solo vn golpe: Que lo que les restaba no era mas, que vn continuado botin, y vn almacen de riquezas: Que iban à aquellas famosas Regiones, adonde Reynaba la opulencia, y crecian los Tesoros, respecto de quienes no estimarian los despojos de los Persas: Que acumularian tanto oro, marfil, y piedras preciosas, que no solo llenarian de ellas sus casas, sino tambien à Macedonia, y Grecia.* Estimulados los Soldados de la codicia, y de la gloria, y assegurados de las promesas del Rey, las quales avian visto cumplidas siempre, se ofrecieron animosos à seguirle; y aviendolos despedido, hizo aprestar vna Armada para passar al Occeano, y dilatarse por los Terminos del Mundo, despues de aver corrido toda

el Asia. Avia en las Montañas vezinas gran cantidad de madera para la fabrica de los Baxeles; pero aviendola empezado à cortar, se encontraban con Serpientes de prodigiosa grandeza, y con Rinocerontes, muy raros en el Mundo, y à quienes los Naturales de la Tierra llaman con otro nombre que este, el qual les pusieron los Griegos. El Rey, despues de aver edificado dos Ciudades en ambas Riberas del Rio, que avia passado, diò à cada vno de los Cabos de su Exercito vna Corona de oro, y mil escudos, honrando tambien à los demás, segun sus grados, y meritos. Abisares, que poco antes avia embiado Embaxada à Alexandro, bolviò à hazerlo nuevamente, para assegurarle: *Estaba pronto à executar quanto le ordenasse, como no fuesse el que le entregasse su persona; porque no pudiendo vivir sin Reynar, tampoco Reynar siendo Cautivo.* Respondiòle Alexandro: *Que si le parecia tan aspero ir à el, que el lo buscara.* Y aviendo passado desde alli el Rio con Poro,



Poro, entrò en lo mas interior de la India, donde hallò Bosques de casi infinita extension, poblados de espesísimos Arboles de desmesurado tamaño; cuyas ramas, por la mayor parte eran como troncos, que redoblandose hasta la tierra, bolbian à levantarse tan derechas, que no parecian ramas, sino nuevos Arboles, que nacia con proprias raizes. Es alli el Ayre muy sano, assi por la frescura de los Bosques, la qual templá el ardor del Sol, como por la abundancia de agua, que baña el Territorio; aunque muy inficionado este de Serpientes, cuyas escamas resplandecen, como el oro, y cuya mordida era tan sumamente venenosa, que los que la padecian morian al punto, hasta que los Naturales hallaron remedio para ella. Marchò despues por Desiertos àzia el Rio Hydraotes, contiguo à vn humbroso Bosque, lleno de Pabos Salvages, y de Arboles no conocidos. Desde alli passò à apoderarse de vna Ciudad, que estaba enfrente; y aviendola impuesto tributo, se encaminò à otra muy grande, como lo son casi todas las de aquellas Regiones, cercada de buenos Muros, y de vna Laguna. Salieron al oposito los Barbaros sobre Carros vnidos vnos con otros; llevaban Achas vnos, Saetas otros, y otros Lanças; y saltando de vnos Carros à otros, se focorrian entre si. Atemorizò al principio aquel genero de combate à los Macedones, sintiendose heridos, y sin poderse juntar; pero despreciando despues tan

mal ordenada Tropa, embistieron con tan grande impetu los Carros (mandando el Rey cortar las fogas con que iban atados, para que pudiesen hazerlo mas commodamente) que aviendo perdido ocho mil de los suyos los Enemigos, se retiraron à la Ciudad. Plantaronse el dia siguiente las escalas al rededor de las Murallas; y aviendola dado el asalto, se apoderaron de ella. Fueron pocos los que debieron à su demasiada presteza el salvar la vida, passando à nado la Laguna; los quales ponian en gran terror à las Ciudades inmediatas, publicando: *Que iba à sus Tierras vn Exercito de los Dioses, imposible de que le vencieffen los hombres.* Aviendo mandado Alexandro à Perdicas, que debastasse aquella Region con vna parte de sus Tropas, y dado algunas à Eumenes, para que reduxesse à los Barbaros, passò con las restantes contra vna Ciudad, adonde se avian retirado los Moradores de otras. Embiaron los Sitiados al Rey Diputados, para que tratassen de ajuste, no dexando por esto de disponerse à su defenfa, respecto de la division que avia entre el Pueblo, donde decian vnos, que no podian hazer nada peor que rendirse; y otros, que de ninguna fuerte quedaban seguros, sino haziendolo; en cuya contestacion los mas advertidos le abrieron las puertas. Y si bien pudiera Alexandro irritarse contra los que resolvieron oponerfele, los perdonò à todos; y recibidos rehenes, marchò à la Ciudad inmediata. Iban estos delante del

Exer-



Exercito; y conociendolos los sitia-  
dos desde los Muros, pidieron, que  
se abocassen con ellos: y aviendolo  
hecho estos, y informados de la  
clemencia, y fuerças de Alexandro,  
se rindieron à su obediencia, con  
otras muchas Ciudades. Entrò des-  
pues en el Reyno de Sopites, cuyo  
Pueblo, si creemos à los Barbaros, es  
muy Sabio; gobiernase con buenas  
Leyes, y vive con loables costum-  
bres. No se crien, ni se educan alli  
los hijos conforme la voluntad de los  
Padres, ni de las Madres, sino confor-  
me la de ciertas personas, destinadas  
para ello; las quales toman à su cui-  
dado la formacion, y constitucion  
de sus cuerpos: en quienes, si reco-  
nocen algun notable defecto, les dãn  
muerte. No atienden quando se ca-  
san, à la calidad de las Familias, ni al  
caudal, sino solo à la hermosura de  
las mugeres; la qual haze estimables  
tambien à los hijos. Aviafe encerra-  
do aquel Rey en la Capital de su Rey-  
no, à quien tenia bloqueada Alexan-  
dro; hallandose dudosos los Macedo-  
nes, si la avrian abandonado los habi-  
tadores, ò si se ocultaban para vsar de  
alguna estratagema, respecto de no  
verse en los Muros, ni en las Torres  
persona alguna en su defensa. Pero  
viendo abierto las puertas, saliò el  
Rey Indio con dos hijos suyos, y à  
crecidos, y se encaminò en busca de  
Alexandro. Excedia en la estatura, y  
buena disposicion à todos los demás  
Barbaros, y llevaba vna Ropa de  
Purpura, y oro, que le llegaba à los  
pies, con Sandalias de oro, cubiertas  
todas de pedreria; brazaletes de per-  
las en los brazos, en los ombros co-  
llares, y pendientes de las orejas dos

perlas de inestimable precio. El Ce-  
tro era de oro, guarnecido de pie-  
dras preciosas; el qual diò à Alexan-  
dro, ofreciendo su persona, las de  
sus hijos, y su Pueblo à su obediencia;  
y haziendo infinitos votos por  
su salud, y por el acrecentamiento  
de su Imperio. Ay en aquella Re-  
gion vna casta de perros admirables  
para la caza. Refiere de ellos, que  
tienen gran antipatia con los Leo-  
nes, y que luego que ven las Fieras,  
dexan de ladrar. Deseando, pues,  
que el Rey viesse la fuerça, y cora-  
ge de aquellos Animales, hizo Sopi-  
tes soltar vn Leon de extraordinaria  
grandeza, y dexar con el solo qua-  
tro Perros, que inmediatamente se  
arrojaron sobre el. Tirando el Mon-  
tero à vno, que avia hecho pressa,  
como los otros, del muslo, y hazien-  
do fuerça por separarle, y no pu-  
diendo conseguir, que la soltasse, le  
cortò vna pierna; pero no aviendo  
bastado esto à vencer su obstinacion,  
le cortò otra; y viendole tan encar-  
nizado, que no podia rendirle à que  
se desahiesse, passò à hazerle lenta-  
mente menudos pedazos; y sin em-  
bargo se dexò matar, manteniendo  
siempre firmes los dientes en la Fie-  
ra: tan grande ardor concediò la na-  
turaleza à aquellos Animales para  
la caza. Confieso, que refiero mas  
de lo que creo; pero como no me  
obliga à assegurar lo que dudo, tam-  
poco escuso repetir lo que he sabi-  
do. Aviendo, pues, dexado à Sopi-  
tes en su Reyno, passò àzia el Rio  
Hypasis, donde vino à juntarse  
Ephestion, que avia conquistado  
otra Region. Phegelas, Rey de aque-  
lla, noticioso de la jornada de Ale-



xandro à ella, ordenò à sus Vassallos, que atendiessen, segun su costumbre, à labrar sus Tierras, mientras salia à recibir à Alexandro con presentes, y à assegurarle de su obediencia.

## CAPITULO II.

*Hallandose Alexandro pronto à acometer à los Gangaridas, y Pharrasios, exorta con largo razonamiento à sus Soldados à la perseverancia, reconociendolos fatigados, y que rehusaban continuar la Guerra.*

**D**ETUVOSE el Rey alli dos dias, y al tercero resolviò passar el Rio, aunque con mucho trabajo, assi por su anchura, como por estar lleno de peñas. Y aviendose informado de Phagelas de quanto le fuè conveniente entender, supo, que de la otra parte del Rio tenia que caminar once jornadas por Desiertos; despues de las quales estaba el Ganges, el mayor Rio de todos los de la India: Que mas adelante habitaban los Gangaridas, y los Pharrasios, cuyo Rey era Aggramnes; el qual estaba à la entrada de sus Dominios con veinte mil Cavallos, y docientos mil Infantes, fortificados con dos mil Carros, y tres mil Elefantes, que era lo que mas terror causaba, contra qualquiera, que intentasse invadirlos. No acabando el Rey de dár credito à esto, preguntò à Poro, que le iba asistiendo: Si era cierto? Y èl le assegurò: Que por lo que miraba à las fuerças de el Reyno, eran las que le avia dicho; pero que en lo demás, el que Reynaba, no solo no

era Noble, sino de muy baxo nacimiento; porque su Padre avia sido Barbero, y tan pobre, que solo vivia del jornal, que ganaba. Pero que sin embargo, aficionada la Reyna de su buena disposicion, le avia elevado à la primer Dignidad del Reyno, despues de la del Rey, à quien aquel malvado diò alevosamente muerte, y se apoderò de sus Estados, con el pretexto de la tutela de los hijos: Que algunos dias despues, aviendolo quitado tambien la vida à estos, tuvo en la Reyna un hijo, que era el que Reynaba entonces, hombre aborrecido, y despreciado de sus Pueblos, y en quien se reconocia, mas (que el esplendor de la Grandeza, en que se veia) la baxeza del nacimiento de su Padre. No le causò pequeña inquietud à Alexandro, que le confirmasse Poro aquellas noticias, no tanto por los Enemigos, ni por los Elefantes, quanto por la situacion de los Lugares, y por la impetuosidad de los Rios. Pareciale grande temeridad passar al fin del Mundo en busca de aquellos, à quienes retirò, y ocultò la Naturaleza. Si bien el deseo de gloria, y el de dexar immortal su nombre, allanaba las mayores dificultades. Pero con todo, no dexaba de recelar, que los Macedones, que avian passado por tan dilatadas Tierras, y envejecidos en el manejo de las Armas, quisiessen seguirle, atropellando por tantos inconvenientes, y dificultades, como las que se les ofrecian. Porque discurria, que hallandose colmados de bienes, apetecerian mas gozar los que posseian, que procurar otros, exponiendo sus vidas al riesgo de perderlas: Que era muy otro el fin suyo, que el de sus Soldados: pues si aviendolo ideado bazerse Dueño del Universo, conocia no aver hecho mas, que dár principio à tan gran empresa; no assi aquellos, los quales,



les, disgustados yá de tan continuadas Guerras, tenían por concluidos sus trabajos, y no pensaban sino en recoger el fruto de ellos, tal qual, como fuesse prompto. Sin embargo, no pudiendo contenerle su ambicion, juntas sus Tropas, las habló en estos, ó semejantes terminos: No ignoro (ó Soldados!) las astucias de que estos dias se han valido los Indios para amedrentaros, ponderandoos quantas dificultades les han parecido capaces de lograrlo; pero tampoco la corta novedad, que os harán semejantes artificios. No de otra suerte nos encarecian los Persas las Rocas de Cilicia, las Campañas de Mesopotamia, y la terribilidad del Tigris, y del Eufrates los quales passamos á nado el vno, y por Puente el otro. Nunca la fama refiere las cosas como son; aumentalas siempre, como lo haze con nuestra gloria, que aunque adquirida al precio de nuestros merecimientos, es mas lo que de ella publica, que lo que se proporciona con estos. Quien de vosotros huviera creído poco antes resistir el furioso imperu de essos brutos, li quales parecian fortissimas Torres? Ni quien passar el Hydaspes, y superar las esrañas, è inmensas dificultades de que nos desengañò la experiencia? Mucho tiempo ha, que nos huvieramos retirado del Asia, si huviessemos dado credito á los quimericos encarecimientos, que han supuesto, para rendirnos á ellos, y substraernos de nuestros intentos. Creéis vosotros, que ay alli mas Tropas de Elefantes, que Rebaños de Carneros en otras partes? No sabeis, que este es vn Animal muy raro, difícil de coger, y no menos de domesticar? Y que con igual falsedad ponderan essa muchedumbre de Cavalleria, è Infanteria? Por lo que mira al Rio, no es dudable, que quanto mas se ensancha, será tanto menos difícil de vadear; y que por el contrario, si su corriente fuesse estrecha,

seria rapido, è impenetrable; fuera, de que todo el peligro está en la Ribera, donde el Enemigo nos espera; en la qual, sea estrecha, ó ancha, será igual siempre el peligro. Pero quando todo sea cierto, qué es lo que os atemoriza? Es por ventura la deformidad de los Animales, ó la muchedumbre de los Enemigos? Si los Elefantes, yá hemos visto no ha mucho, con quanta mas furia se convirtieron contra los mismos, que los conduxeron para nuestro daño, que la con que nos acometieron, y la facilidad con que reducidos á menudos pedazos su gran corpulencia con nuestras Segures, y nuestras Hachas. Y de qué importancia es, que su numero sea igual al que tuvo Poro, ó que sea superior, quando con herir á vno, ó á dos se conseguirá, que huyan todos? Fuera de que si apenas pueden gobernarlos, siendo pocos, como lo podrán hazer siendo tantos? Que solo servirán de embarazarse vnos á otros, sin poderse detener, ni huir aquellos pesados, y disformes cuerpos; de quienes he hecho tan poco aprecio siempre, que no he querido nunca valirme de ellos, aunque los he tenido, por conocer los debe temer mas quien se sirve de ellos, que los mismos Enemigos. Si no es yá que os amedrente aquel numero de hombres, y de Cavallos, como no acostumbrados á pelear sino con débiles, y cortas Tropas, ni á tener hasta aora en nuestro oposito tanta muchedumbre. La mayor se rinde al invencible valor de los Macedones, de que son testigos el Granico, la Cilicia, inundada de la sangre de los Persas, y Arbela; cuyas Campañas se hallan cubiertas de los huesos de los cuerpos que vencimos. Quando podreis numerar las Legiones de vuestros Enemigos, adviendo dexado, con vuestras Victorias, desierta el Asia? Muy justo huviera sido, que reparafsemos en vuestras pocas fuerças al passar el Helesponto, y no oy, que componen nuestro Exercito los Scythas, los Bactrianos, los



Sogdianos, y los Dahos. No porque bago yo grande aprecio de essa turba de Barbaros; pues mi mayor confiança se funda en vosotros, y en vuestro valor, que es la mas segura prenda de la felicidad de todas mis empreßas. Y assi, mientras os tuviere conmigo, ni pensarè en mi, ni me darà cuidado alguno el Exercito de los Enemigos; por lo qual solo os pido, que me assiñais con vuestros animos, colmados de ardimiento, y de confiança. Advertid, que no nos hallamos oy al principio de nuestras empreßas, y de nuestras fatigas, sino al fin de ellas, y que si no lo estorva nuestra pereza, hemos llegado yà al Oceano, y adonde tiene su nacimiento el Sol, desde donde bolverèmos triunfantes à nuestra Patria, aviendo puesto por terminos de nuestro Imperio los vltimos limites del Mundo. No hagais lo que los malos economos, que por negligencia suya malogran la cosecha, quando està en estado de que la recojan. Mayor es aqui la recompensa, que el peligro, pues hemos de combatir con vna Nacion rica, y flaca, contra quien os conduzgo, mas que para que aumenteis vuestra gloria, para que hagais vna considerable pressa. Bien mereceis llevar à vuestras casas las riquezas, con que este gran Mar inunda sus Riberas. Sois capaces, por vuestro heroyco valor, de intentarlo todo, y de no dexar nada por imposible. Con cuyo conocimiento os pido, por vosotros mismos, por vuestra propria gloria, que excede à todas humanas fuerças, y por el afeçto reciproco, que os tengo, y me teneis, que peleemos à porfia, sin que podamos vencernos, y que no desampareis, hallandoos en visperas de quedar Señores del Universo, à vuestro alumno, y à vuestro Camarada, por no decir à vuestro Rey. Quanto he executado hasta aqui, os lo he mandado; esto empero, os lo pido, como beneficio; advirtiendoo, que es quien os lo ruega, quien jamàs os ha em-

peñado en empreßa alguna, donde no aya sido el primero, que se ha expuesto à los peligros, y que os ha cubierto con su Escudo, y defendido con su Espada. No me quiteis de las manos la palma, que me aveis puesto en ellas; y con quien, sino me lo estorva la envidia, podrè igualarme con Hercules, y Baco. Conceded, pues, esto à mis ruegos, y romped esse obstinado silencio. Pero que es lo que noto? Donde estàn aquellos gritos, ordinarios testimonios de vuestra animosidad? Donde los alegres semblantes de mis Macedones? Confießoos (ò Soldados!) que no os conozco yà, y que yà me parece, que tampoco vosotros me conoceis. Ha mucho, que hablo aqui con sordos, y yà me canso de esforçar alientos perdidos, y animos, que me son contrarios. Pero no bastando esto à moverlos à que prorrumpiesen en la menor palabra, y manteniendose con los ojos baxos. No sè cierto (continuo diciendo) que causa os puedo averdado inadvertido, para que no os digneis aun de mirarme. Que es esto, estoy en algun Desierto? Nadie de quantos me escuchan, me responde? Decidme, à lo menos, que no quereis hazer lo que os pido. Que es, empero, lo que os ruego? No es otra cosa, que vuestra propria gloria, y vuestra propria grandeza, la que solicito. Donde estàn los que pretendian à porfia llevar à su Rey herido? Mas ay, que yà me hallo abandonado, me hallo vendido, y entregado à mis Enemigos! Pero yo, yo passarè en adelante, à pesar vuestro, sin vosotros. Dexadme à merced de los Rios, y de las Fieras, ò dadme en pressa à las Naciones, cuyos nombres, aun solos, os atemorizan, que yo hallarè quien me siga, despues que me ayais abandonado. No me desampararàn los Scythas, y los Baetrianos; los quales, si poco antes fueron Enemigos mios, aora seràn mis



mis Soldados; porque en fin, quiero mas morir con reputacion, que Reynar con afrenta, y depender de vosotros. Y despues, idos à vuestra Patria, y vanagloriaos en ella de aver abandonado à vuestro Rey; que yo no desistirè de mi intento, hasta aver obtenido en estas Regiones, ò la Victoria, de que desesperais, ò vna honrosa muerte.

## CAPITULO III.

*Responde Ceno por todos à Alexandro; y muere poco despues de enfermedad.*

**N**O pudo, por mas que se esforçò, obligarlos à que se diessen por entendidos de sus exortaciones, porque esperaban que sus Cabos, y los principales Oficiales le representassen: Que no dexaban de tenerle el amor que le debian; pero que hallandose traspasados de las heridas, y quebrantados de las fatigas, estaban impossibilitados de servirle. En cuya suspension se mantenian con los ojos en tierra, quando repentinamente se levantò vn murmurio, que creciendo poco à poco, prorumpiò en gemidos, y lamentos tan desconsolados, que el mismo Rey, convirtiendo, à pesar suyo, en compasion su ira, no pudo abstenerse de llorar. Finalmente, deshecha toda la Junta en lagrimas, y no atreviendose ninguno à hablar palabra, se acercò Ceno al Tribunal, mostrando, que queria hazerlo. Y aviendo visto los Soldados, que se quitaba la Celada, prevencion precisa para hablar al Rey, y pedidole que abogasse por la causa de todos, empezò à decir de esta suerte: *Es possible, Señor, que te persuadas à que pueden caer en nosotros pensamientos tan culpables, y tan impios?*

*Apartenlos de nuestros entendimientos, como lo hazen los Dioses, y no permitan incurramos nunca en ellos. Hallamonos con la misma voluntad, y disposicion, que nos has tenido siempre para ir adonde nos ordenares, para pelear, para exponer nuestras vidas à los peligros en tu servicio, y para adquirirte, al precio de nuestra sangre, immortal renombre. Y assi puedes estar seguro, de que si persistes en tus gloriosos intentos, tales quales, desnudos, sin Armas, y ya consumidas las fuerças, te seguiremos, ò marcharemos delante de ti, como nos lo ordenares. Pero si es permitido à tus Soldados, que te hablen con el profundo respeto que te suplican oygas sus queexas, las quales salen de lo intimo de sus corazones, desde donde las arrojan à los labios sus ultimas calamidades, escuchalas, Señor: La grandeza de tus hazañas (ò generoso Monarca!) no solo ha vencido à tus Enemigos, sino rendido tambien à tus mesmos Soldados. Hemos obrado en tu servicio, quanto es possible en las humanas fuerças. Hemos surcado Mares, y penetrado tierras inmensas, de quienes tenemos aun mayor conocimiento, que los mesmos que las habitan; y aviendo llegado ya à los ultimos Terminos del Mundo, te dispones à entrar en otro, y à buscar nuevas Indias, desconocidas aun à los mesmos Indios. Quieres sacar de sus Cabañas à los que viven entre las Serpientes, y entre las Fieras, para que tus Victorias se dilaten mas allá de las Tierras, à quienes no ilumina el Sol. Intento, que si bien es digno de tu valor, excede à nuestras fuerças; porque quanto este se aumenta siempre con nuevos espíritus, tanto se extingue nuestro vigor. Buelve los ojos à estos desfigurados, y consumidos rostros, y à estos cuerpos, horribles con las llagas, y cicatrizes, que los cubren todos: Advierte en nuestras Armas, y hallarás consumidos sus cortes. Mira nues-*



tros vestidos reducidos à pedazos , y à nosotros , por no tener de que hazerlos al uso de nuestra Patria , necesitados à andar à la moda Persiana. Y para decirlo de una vez , vestnos aqui del todo estraños. Pero quien ay entre nosotros , que conserve alguna Coraza ? Quien algun Cavallo ? Averiguese qual es el que mantiene algun esclavo , y lo que nos ha quedado de la pressa. Somos los Vencedores , y los que lo hemos Conquistado todo ; pero sin embargo , nos vemos mas pobres , que los mismos vencidos ; y no porque lo ayan malogrado nuestras profusiones , y desordenes , sino porque la mesma Guerra ha consumido los frutos , y los Instrumentos de la Guerra. Y en este estado , Señor , quieres exponer tan prodigioso Exercito al furor de las Fieras , cuyo numero convengo en que no sea qual le suponen los Barbaros , si yà no inferimos de su misma falsedad , que no es pequeño. Pero si has resuelto passar à las Indias ; por que no tomas antes la derrota àzia el Mediodia , cuyo camino es mas corto , y de menos Desiertos , quando sojuzgando esta parte , ganas el Mar , que termina la Tierra ? Para que necesitas de ir à buscar por rodeos la gloria , que tienes à la vista ? Aqui se nos ofrece tambien el Mar Oceano ; y sino es que gustes de andar errante por el Mundo , yà hemos llegado à donde te conduce la fortuna. No juzgues , Señor , que el representarte esto , mira à ganar el afecto del Exercito , que està presente ; pues bien lejos de este fin , solo me ha movido à hazerlo aver tenido por mejor manifestarte à ti la causa de nuestros disgustos , que quexarme fuera de tu presencia con mis Compañeros de nuestras miserias , creyendo te será menos molesto oír las humildes representaciones de mi respetuoso zelo , que el inconsiderable llanto , y los inadvertidos murmurios de tus Tropas. No hubo bien acaba-

do de decir , quando por todas partes se oyò , que con descompasados gritos , y confusas voces , mezcladas de desconsolados gemidos , llamaban al Rey su Señor , y su Padre ; cuyo murmurio foflegado , le hizieron la misma suplica todos los Cabos ; y con especialidad aquellos , cuya edad la autorizaba , y daba mas decente escusa. Dudoso el Rey en la resolucion , que tomaria , no hallandose en estado de castigar à los suyos , ni en disposicion de complacerlos , descendió de su Tribunal , y se encerrò en su Tienda , adonde diò orden , para que ninguno entrasse , que no fuesse criado de su Casa. Mantuvose indignado dos dias ; y aviendose dexado ver al tercero , hizo levantar doze Altares de piedra quebrada , en memoria de su expedicion ; ordenando tambien , que se dilatasen los Alojamientos de su Exercito , y que se dexassen alli las camas mayores , que las ordinarias , para que aumentadas todas las cosas con aquellas falsas apariencias , causasen mayor admiracion à la posteridad. Torció desde alli el camino , y fuè à acampar à orillas del Acefine , donde murió Ceno de enfermedad. Cuya pérdida , si bien la llorò el Rey , no pudiendo contenerse , dixo : Que para los cortos dias , que avia de vivir , avia sido demasiado dilatada la oracion , que avia hecho , como pudiera , si huviesse de ser solo el , quien bolviessse à Macedonia. Estando yà à la vela los Baxeles , que avia mandado fabricar , le llegaron de Thracia seis mil Cavallos de Reclutas , conducidos por Memnon , con siete mil Infantes , que le embiaba Harpalo , y veinte y cinco mil pares



res de Armas, guarnecidas de oro, y plata; las quales repartió entre los Soldados, aviendo hecho quemar las viejas. Hallandose, pues, cercano à embarcarse en el Oceano con mil velas, compuso à Taxiles, y à Poro, Reyes de la India, evitando, que se renovassen sus antiguas enemistades, con la paz, que asentó entre ellos, por medio de nueva aliança, dexandolos quietos en sus Reynos, despues de aver proveído dellos quanto fué necesario para su Armada. Fundó tambien dos Ciudades; pusolas por nombres, à vna Nicena, y Bucephalea à otra, en honor del Cavallo, que se le avia muerto, llamado assi. Y aviendo dado orden, de que le siguiesen los Elefantes, y el bagage por tierra, para que pudiesse alojar mas commodamente el Exercito, se embarcó por vltimo en el Rio, por el qual le salia el viage à quatrocientos estadios por dia.

## CAPITULO IV.

*Aviando reducido Alexandro à su obediencia à los Sobios, y à otros Pueblos, entra en la Region de los Oxidracas, y de los Mallos: pone en fuga à los Barbaros, y sitia à su Ciudad, sin acordarse de la prediccion de Demophoon, Adivino.*

PAssó de aquella fuerte hasta donde el Hydaspes se junta con el Acesines, y desde donde toman su curso àzia la Provincia de los Sobios; los quales se vanagloriaban de que sus Antecessores eran del Exercito de Hercules, y que aviendo caído enfermos en aquel

parage, continuaron en el su habitacion. Vistense de pieles de Animales, no llevan mas Armas, que clavos, y aunque muy bastardeados en ellos los estilos de los Griegos, no dexaban de confesar muchos vestigios de su origen. Continuando su navegacion, se adelantó ciento y cinquenta estadios; y despues de aver forrageado el País, tomó la Ciudad capital de el. Aviendo ordenado los Barbaros en Batalla quarenta mil Infantes en la Ribera, para estorvarle el transito, y pasado sin embargo à vista suya, los puso en fuga, los rechazó en sus Muros, y tomó por asalto su Ciudad, donde fueron pasados à cuchillo, los que podian llevar Armas, y vendidos los demás. Marchó despues contra otra Ciudad, donde rechazado vigorosamente, perdió muchos Macedones; si bien reconociendo los habitantes su persistencia, y desesperando de su remedio, pusieron fuego à sus casas; y se entraron en ellas con sus hijos, y sus mugeres. Extinguióse los Enemigos à igual proporcion de como le aumentaban ellos. Extraño modo de Guerra à la verdad, en el qual se veia destruir los habitantes su Ciudad, y defenderla los Enemigos. Tan abominable cosa es la Guerra, que trastorna, y pervierte aun el orden, y las Leyes de la Naturaleza. Preservóse del fuego el Castillo, en el qual puso Guarnicion; y entrado en vn Barquillo, le rodeó todo, para reconocerle. Sirvenle de fosso los tres mayores Rios de la India, despues del Ganges. Bañale el Indo àzia el Septentrion; y por la parte de Mediodia el Acesines, y el Hydaspes. Juntanse



se con tan gran violencia , que causan alli iguales tormentas à las que se experimentan en ancho Mar ; y respecto de la gran cantidad de cielo , y tierra que llevan , solo dexa vn corto Estrecho, por donde pasan los Baxeles ; en el qual, batiendolos las olas por las proas, y los costados, quisieron los Marineros recoger las velas ; pero no pudieron, asì por su pavor, como por la gran furia de los Rios. Perecieron à su vista dos Baxeles de los mayores , que llevaban , y fueron arrojados à tierra sin daño alguno los menores , aunque no mas faciles de gobernar. El del mismo Rey bolviò el costado en la corriente , donde estuvo muy apique de que le forviessen los remolinos del agua, los quales rompieron el timon. Avia se quitado sus Vestiduras para atrojarse al Rio, donde estaban los suyos dispuestos à recibirle ; pero siendo tan igual el riesgo de intentar passarle à nado, como de permanecer barado alli, quedò irresoluble. Hizieronse quantos esfuerzos fueron posibles , por romper las olas , que por ultimo cedieron al de los remos , y à la industria de los Marineros ; los quales sacaron al Rey de aquellos remolinos, aunque no pudieron salvar el Navio, ni evitar que encallasse en el primer baxo. Libre Alexandro de aquel peligro, hizo levantar igual numero de Altares al de los Rios , à quienes aviendo hecho Sacrificios en accion de gracias , se adelantò treinta estadios mas, y entrò en la Region de los Oxidracas , y de los Mallos. Hallabanse aquellos Pueblos en continuas Guerras entre si ; pero aviendolos

vnido entonces el interès comun, avian juntado hasta ochenta mil Infantes, Mancebos todos vigorosos, y diez mil Cavallos , con novecientos Carros. Viendo los Macedones , que quando creian hallarse fuera de todos los peligros de la Guerra , se les ofrecia nuevamente el de contender con la Nacion mas belicosa de las Indias ; perdidos de animo, empezaron à maquinari inquietudes, y sediciones ; decian : *Que verdaderamente no les avian obligado à que passassen el Ganges , y à ir de la otra parte à hazer frente à tantos millares de hombras , y de Elefantes, sino para transferir la Guerra contra Enemigos mas feroces , y no para vencerla : Que los precisaban à passar à parages , que hizieron los Dioses inacessibles à los hombres , llevandolos, à pesar suyo, à aquellos en quienes carecian de la vista del Sol , y de las Estrellas , para que le abriessen , al precio de su sangre, camino al Oceano : Que para que estrenassen las Armas , que les avian dado, les ofrecian nuevos Enemigos , en que emplearlas. Pero aun quando los derrotassen, y pusiesse en fuga , què abrian logrado? Sino espesissimas nieblas , profundissimas tinieblas , y eterna noche , que cubria la faz de aquel inmenso Mar , lleno de espantosos monstruos, y de detenidas aguas, donde declinando aun la misma Naturaleza, parecia que iba como à espirar. Quedò el Rey en gran conflicto, no tanto por el , quanto por lo que miraba à los suyos ; y aviendo los juntado, les manifestò : Que aquellos Pueblos, à quienes temian tanto , no eran Guerreros , y que vencidos ellos , no avia quien les impidiesse , el que aviendo atravesado por tan dilatados Reynos, llegassen al fin del Mundo , y de sus trabajos : Que hallandose atemorizados del Ganges , y de las numerosas Nacio-*



Naciones, que habitaban de la otra parte, por corresponder al amor, que los tenia, y complacerlos, los librò de ellas, tomando otra derrota, por donde era igual la gloria, y menor el peligro: Que yà veian el Oceano, y empezaban à sentir el ayre del Mar: Que no le vsurpassen el lauro à que aspiraba, passando los limites de Hercules, y de Baco: Que podian à pequeña costa adquirir immortal renombre à su Rey: Y por ultimo, que à lo menos tuviesen sufrimiento, para que se retirassen de las Indias con honra, y no con fuga. Es ordinario en la muchidumbre, y con especialidad entre la Gente de Guerra, que se aquiete con tan ligeras causas, quales son las que suele tener para alterarse, como se experimentò en esta ocasion, en la qual nunca prorrumpieron con mas gusto, que entonces los Soldados, diciendo en altas voces: Que los llevasse en buen hora, y que se igualasse à los que pretendia imitar. Con cuyas aclamaciones, gustoso el Rey, marchò contra los Enemigos, que eran los mas valientes de las Indias; los quales se disponian à recibirle con todo genero de prevenciones de Guerra. Avian elegido vn Cabo de la Nacion de los Oxidracas, persona de gran valor, y de largas experiencias; el qual, acampado al piè de la Montaña, mandò hazer grandes fuegos por todas partes, para que pareciesse mayor su muchedumbre, y dàr grandes gritos, y alaridos à su barbara vsança, con quienes pensaban amedrentar à los Macedones. El Rey, alegre, y esperanzado, reconociendo la buena disposicion de su Gente, la mandò al romper del dia tomar las Armas, y

ponerse en Batalla. Pero los Barbaros, ò preocupados del miedo, ò lo que es mas cierto, poco conformes entre si, se acogieron profugos à las Montañas, donde los siguiò el Rey, sin ningun fruto, y sin aver podido ganar mas, que el bagage. Encaminòse desde allí à la Ciudad de los Oxidracas, donde se avia retirado la mayor parte de ellos; aunque fiando mas en sus Armas, y en su valor, que en la Plaza. Acercabase à ella el Rey, quando se llegó à el cierto Adivino à advertirle: Que desistiesse de aquella empreña, ò que la difriesse à lo menos, porque corria gran riesgo su vida. El Rey, mirando à Demophoon, que assi se llamaba el Adivino, le dexò: Si al tiempo, que te exercitas en reconocer las entrañas de las Victimas, llegasse alguno à interrumpirte, no recibirias disgusto de ello, y tendrias por molesto, è importuno al que lo hiziesse? Y respondiendole Demophoon, que si: Le replicò el Rey: Pues siendo assi, como no prevenias, que ballandome empleado, no yà en examinar las entrañas de los Animales, sino en vna de las mayores empreñas del Mundo, nada podia serme de mayor importunidad, que vn Adivino, lleno de supersticion? Y diciendo esto, hizo plantar las Escalas; y tardando, con gran disgusto fuyo en executarlas, fuè el primero, que subió al Muro; el qual era estrecho, y no tenia, como otros, Almenas, sino vn simple reparo, que le rodeaba, para impedir la entrada. Por lo qual el Rey, mas inmovil, que adelantado, quedó expuesto à los innumerables tiros, que descargaban en el desde las Torres; los quales reparaba con su Escudo. Su Gente, aunque no podia



dia subir sin ofrecerse al mismo riesgo, considerando, que si no se apresuraba, quedaba perdido el Rey, atropellando por él, se esforçaron à porfia todos à procurar librarle; à cuyo fin fueron tantos los que cargaron en las Escalas, que rotas estas con el demasido peso, dexaron al Rey sin esperança de socorro.

## CAPITULO. V.

*Queda herido en la Ciudad de los Oxidracas, donde se arrojò de un brinco; y despues de aver perdido algunos de sus mejores Capitanes, y tomados la Ciudad, le hallaron los suyos casi muerto, y desamparado de todo socorro.*

**A**VIENDO quedado alli abandonado, à vista de todo su Exercito, como pudiera si se hallasse solo, y teniendo el brazo izquierdo tan rendido de reparar los golpes, que yà no podia resistirlos, le dixeran à grandes voces los suyos desde abaxo: *Que no le quedaba otro recurso sino el de dexarse caer, que ellos le recibirian.* Con lo qual se resolviò à executar vna increíble accion, mas digna de atribuirse à efecto de temeridad, que de valor. Saltò en medio de la Plaza, llena toda de Enemigos, donde no podia esperar sino ser muerto, antes que pudiesse levantarse, y quedar incapaz de defenderse, y de tomar vengança de sus Enemigos. Pero se abalançò por dicha suya de tal suerte, que cayò de pies, y con la espada en la mano, con la qual retirò à los que tenia

mas inmediatos; aviendo andado tan provida la fortuna en su defensa, que para que no fuesse cogido en medio le ofreciò vn viejo Arbol, cuyas dilatadas, y espesas ramas se estendian para cubrirle, y cuyo tronco, sumamente grueso, le sirviò para que se afirmasse en él, como lo hizo, reparando por delante con su Escudo los tiros, que le disparaban. Es bien verdad, que lo hazian à distancia, por no atreverse ninguno à acercarsele, y que caian mas Saetas en el Arbol, que en el Escudo. Combatia à favor suyo la fama de su esclarecido nombre; de considerable terror à todos aquellos Pueblos, y la desesperacion; de efficacissimo estimulo para incitar à los hombres à morir gloriosamente. Con todo, oprimido de tan larga fatiga, se puso de rodillas, à cuyo tiempo, cargandole los Barbaros desatinadamente, los recibió con tal brio, como si entonces empezasse à resistirlos, descargando tan recias cuchilladas en ellos, que derribò à dos por tierra; à vista de lo qual no hubo quien se atreviesse à acercarsele. Pero siendo el blanco de todos los Dardos, y no pudiendo en aquella postura defenderse, sin gran incomodidad; descargò cierto Indio en él vna Flecha de dos codos, de cuyo tamaño son todas las suyas, como dexamos dicho, que le pasó la Coraza, y llegó à penetrarle bastantemente en el lado derecho, del qual le salia la sangre en tanta abundancia, que se le cayeron las Armas de las manos, quedando como muerto, y sin fuerzas, aun para sacarse la Flecha.

Vie-



Viendole en aquel estado el que le avia herido , partiò presuroso , y con gran gusto à èl para despojarle ; pero no bien le hubo sentido , quando à lo que juzgo , irritado del oprobio , y recobrando sus perdidos alientos , le entrò el puñal en vn bacio. Causaron aquellos tres cuerpos tendidos delante de èl , tal pavor en los Enemigos , que no se atrevian sino à mirarlos de lexos , sin hazer otra cosa. En tanto el Rey , deseoso de morir combatiendo , procuraba levantarse con su Escudo ; y sintiendo que le faltaban las fuerças , se asya de las ramas del Arbol , para hazer el vltimo esfuerço ; pero no bastando , bolviò à caer de rodillas , desafiando al mas animoso de los Enemigos , à que combatiessse de cerca con èl. Finalmente Peucestes , aviendo entrado por otra parte , à pesar de los que defendian el Muro , se puso al lado del Rey , que viendole , no esperaba pudiesse ya servir de librarle la vida , sino de consolarle en su muerte ; y hallandose casi para rendir el espiritu , se reclinò sobre su Escudo. Sobrevino algo despues Timeo , luego Leonato , y despues Aristono. Los Indios , luego que entendieron , que el Rey estaba en la Ciudad , acudieron de todas partes allí , y cargaron vivamente à los que le defendian ; entre los quales Timeo , despues de aver recibido muchas heridas , y hecho vigorosa resistencia , cayò muerto. Peucestes , aunque herido de tres tiros de Flechas , solo atendia à cubrir al Rey con su Escudo ; no pudiendo resistir mas tiempo por sus heridas , le abandonò por

vltimo ; y Leonato , rechazando esforçadamente à los Barbaros , que le cargaban , le alcançò tan gran golpe en el cuello , que cayò muerto de èl à los pies del Rey. Toda la esperança se libraba en Aristono ; pero què podia hazer vn hombre solo , y herido contra tanta muchedumbre ? En tanto , aviendose esparcido entre los Macedones la voz de que avia muerto el Rey , cuya noticia , siendo mas natural , que los atemorizasse , les infundiò tan grandes espíritus , que despreciando el peligro , derribaron el Muro à golpes de picas , y de maderos , y entrando de tropel por la brecha , dieron muerte à mas Indios en la fuga , que en la defensa. No perdonaron edad , ni sexo ; à qualquiera que encontraban creian que era el que avia herido al Rey ; y assi lo sacrificaban todo à su colera : la qual mitigaban con la sangre , y la vengança , que tomaban de sus Enemigos. Refieren Clitarco , y Timagenes , que se hallò en esta ocasion Ptolomeo , que Reynò despues ; pero èl mismo , de quien no es creible que quisiessse deslucir su gloria , escribe , que no estuvo en ella , y que le avia embiado el Rey à otra parte. Tal fuè la osadía que hubo para referir semejante falsedad , ò la credulidad , que no es menor vicio de los que se emplearon en escribir la Historia. Aviendo llevado à Alexandro à su Tienda , los Medicos , por no mover la punta de la Flecha , que tenia clavada dentro del cuerpo , cortaron diestramente el asta. Pero reconociendo despues de averle desnudado , que la Flecha era dentella-



tellada, y que no se le podia sacar sin gran riesgo, sino se prolongaba la herida, tambien que podia resultar de hazerlo, el que perdiessse considerable porcion de sangre, respecto de ser grande el hierro de la Flecha, y de aver profundado tanto, que no parecia posible huviesse dexado de lastimar las partes nobles. Por lo qual, perdido de animo, Christobulo, vno de los primeros en aquella profersion, à vista de tan gran riesgo, no resolviendose à executar, temeroso de que se convirtiesse contra el el daño, sino correspondia favorable el suceso, se deshazia en lagrimas, hallandose mortal del susto. Viendole el Rey de aquella fuerte, le preguntò: *Que por què le tenia padeciendo, y no le librava promptamente de aquellos dolores, aunque fuesse con la muerte, estando en su mano el hazerlo? Y que si su herida era mortal, por què temia?* Finalmente Christobulo, depuesto el miedo, ò disimulado averle perdido, le pidió: *Que se dexasse tener de alguno, mientras le sacaba el hierro, por el gran daño, que podia causarle el menor movimiento del cuerpo.* Pero asseguròle el Rey: *Que no era menester, como lo mostrò; pues se mantuvo firme, y sin hazer movimiento alguno.* Prolongada, pues, la herida, y sacada la Flecha, fuè tanta la cantidad de sangre que saliò, que no pudiendola restañar, por mas que se procurò, sobrevino al Rey vna syncope, que le reduxo tan à los vltimos terminos de la vida, que teniendole yà todos por muerto, le lloraban como à tal, con tristes gemidos, y desconsolados lamentos. Si bien conseguido por

ultimo, que se restañasse la sangre, fuè bolviendo poco à poco, y empezó à conocer à los que tenia mas inmediatos à su Persona. Todo aquel dia, y la noche siguiente se mantuvo el Exercito al rededor de su Tienda con las Armas en la mano, confesando todos, que ninguno vivia sino por el, y sin averse querido apartar de allí, hasta que se aseguraron de que se hallaba mejor, y de que empezaba à reparar algo, cuyas felices nuevas llevaron à sus Compañeros.

## CAPITULO VI.

*Pidenle sus Amigos, que mire por su salud, y por la publica; pero respondeles con gran generosidad, perseverando en el intento de conquistar todo el Mundo.*

**A**VIENDO gastado siete dias en la curacion de su herida, que aun no tenia bien cerrada, noticioso de quanto se aumentaba la falsa voz de su muerte entre los Barbaros, hizo poner juntos dos Baxeles, y levantar en medio de ellos su Tienda, à vista de todos, para defengañar por aquel medio à los que la avian creído, y desvanecer las esperanças, que avian concebido sus Enemigos con tan falsa noticia. Y descendiendo por el agua, y apartandose alguna distancia de su Armada, para evitar le impidiesse el ruido de los remos el fosiiego, de que tanto necesitaba, llegó en quatro dias à vna Region abandonada de sus habitantes; pero tan abundante de granos, y de ganados, que



que le pareció muy á propósito para que refrescasen sus Tropas, y para que procurasse el recuperar su salud. Era costumbre entre los Principales de la Corte hazer Guarda por la noche delante de la Tienda del Rey, quando estaba enfermo; y observandose entonces el mismo estílo, entraron dentro de ella todos. Viendolos el Rey ir juntos, y poniendole en algun cuidado, les preguntó: Si se descubrian aun los Enemigos? A que Crate-ro, que iba á hablarle por todos, le respondió así: Persuadeste, Señor, á que quando tuviésemos á nuestras puertas los Enemigos, nos darian tanto cuidado ellos, como el que nos cuesta el deseo de tu conservación, por quien tan poco miras? Conspírense contra nosotros todas las Potencias de el Mundo, quantos Exercitos ocupan las Tierras, y quantas Armadas cubren los Mares, y aun las mas feroces, y desconocidas Fieras, que de todos quedarèmos invencibles, como vivas tu. Pero precipitandote, como lo hazes, á tan evidentes riesgos, sin atender á que es consequente á tu ruína la de todos nosotros; que Dioses nos aseguran, que este grande Astro de Macedonia, vnico apoyo suyo, dexará de faltarnos? Quien, muerto tu, querrá, ó podrá vivir? Todos hemos llegado hasta aqui, conduciendonos tu, y ninguno espera bolver á su Patria, si no le restituyes tu á ella. Si disputasses aun con Dario el Imperio de los Persas, aunque te veriamos, no sin considerable disgusto, expuesto á los peligros, no lo estrañaríamos; porque quando son iguales el peligro, y el premio, es mayor el fruto de la Victoria, y mayor en la adversidad del suceso el consuelo. Pero quien podrá tolerar, no yá de tus Soldados, si no aun de las mas Barbaras Naciones, á quienes ha llegado alguna noticia de la fama de Alexandro, que sea vna vida, como la tuya, precio

de vna mala vicioea. Estremeceme del horror el espiritu, quando buelvo la consideracion á lo que acabamos de ver. Huviera llegado yá la hora de que se alçasen las mas viles manos del Mundo con los despojos del mayor Principe de la Tierra, si piadosa la fortuna no nos hubièsse librado de tan considerable desdicha. Somos tantos Traydores, y Desertores, quantos aqui estamos, no aviendo podido seguirte. Mucha razón tendrás de vituperarnos, y de notarnos de infames á todos tus Soldados, entre los quales no avrá ninguno, que rebusé padecer la pena del delito, que no pudimos dexar de cometer. Pero pedimoste, Señor, por gracia, que no sean estos los medios de que te valgas, para manifestar el desprecio, que hizieres de nosotros, sino los de ofrecernos á todo genero de peligros, dexandonos estas Guerras de tan corta importancia, y reputacion, y reservando para tu Real Persona las que se proporcionaren con tu magnanima generosidad, y grandeza; porque desluce mucho el esplendor de su gloria, quien se emplea en tan abatidos, y viles Enemigos, y malogra sus illustres acciones, obrandolas donde no pueden resplandecer. Dixerónle casi lo mismo Ptolomeo, y los demás, suplicandole todos: Que procedièsse con mas moderacion en el insaciable deseo de gloria, de que se hallaba tan colmado, y mirasse mas por su salud, y por la de todos. Quedó el Rey tan gustoso, y agradecido de experimentar las demonstraciones de su afecto, que aviendolos abrazado á todos vno por vno, los hizo sentar, y levantando algo la voz, les dixo: Estimoo, á quantos os hallais aqui, que sois mis mejores Ciudadanos, no solo la fineza con que preferis oy mi salud á la vuestra, sino tambien la que he reconocido en vosotros desde el principio de esta Guerra, en la qual no ha avido testimonio, que no me ayais dado de vuestro



tro zelo, y de vuestro amor; cuya debida gratitud me obliga à confèssaros, que nunca he apetecido tanto la vida, como oy, que la deseo para gozar mas tiempo de vosotros, y del fruto de vuestra amistad. Pero por lo mismo, que conozco quan grande es el deseo, que mostrais de morir por mi, y que no os he merecido, sino con el excesivo valor, que culpais, me aveis de permitir, que os diga, que son muy otros vuestros dictámenes, que los míos; porque vosotros deseais gozarme largo tiempo, y siempre, si fuera possible: y yo no medir mi duracion con los años, sino con la eternidad. Pudiera aver terminado mi ambicion en los limites de Macedonia, y contento con el Reyno de mis Padres, esperar, entre ociosidad, y delicias, vna vergonzosa vejez, si es dado à holgazanes, y perezosos disponer, y dilatar à su arbitrio los terminos fatales; pues vemos, que quando con mayor ansia libran toda su felicidad en vivir mas, suele sobrevenirles anticipadamente la muerte. Pero como no numero por mis años mis Victorias, hallo, sin olvidar los favores, que debo à la fortuna, que he vivido mucho. Aviendo empezado à Reynar en Macedonia, me he hecho Dueño de la Grecia, he domado à Thracia, y à Illiria; mando à los Tribалlos, y à los Me-senios; veome Señor de toda el Asia, desde el Helesponto, hasta el Mar Roxo; y ballome muy proximo à los ultimos terminos del Mundo, desde donde pretendo entrar en otro, y hazer de dos Imperios vno. En menos espacio, que el de vna hora, he passado del Asia à Europa. Parecéos, pues, justo, que ballandome Vencedor de las dos mejores partes del Universo, en el nono año de mi Reynado, y en el vigesimo octavo de mi edad, debo suspender el curso de tan esclarecida carrera, obscureciendo mi gloria, à cuyo aumento se dirigen todos mis deseos? No, no puedo hazerla tal ofensa. Qualquiera par-

te donde yo combata, me parecerà, que es Theatro del Mundo, y que en el me ven todos; yo harè ilustres los mas desconocidos Lugares, y franquearè al Mundo aquellas Regiones, que tanto alexò la Naturaleza, aun del conocimiento de los hombres; en cuya empreffa, si muriere, donde podrè eternizar mejor mi gloria? No soy de Linage capaz de apetecer, antes, que vn immortal renombre, vna larga vida? Acordaos de que nos hallamos en vna Region, à quien hizieron celebre las ilustres acciones de vna Varonil Muger. Qué Ciudades no fundò Semiramis? Qué Pueblos no reduxo à su obediencia? Y qué magnificas Obras no hizo? Aun no hemos igualado à la gloria de vna Muger, y yà nos contentamos con lo que hemos obrado? Favorezcamos los Dioses, que lo mas nos falta por executar; si bien el medio de llegar al fin, es, no desestimar nada por corto, ni pequeño, donde se ofrece tanta gloria, que adquirir. Asseguradme solo de los peligros, y trayciones domesticas, que los riesgos de la Guerra no los temo. No ignorais, que Philipo estuvo mas seguro en los combates, que en los expectaculos publicos del Theatro; y que aviendo se librado de las manos de los Enemigos, no pudo de las de sus Vassallos: Lo mesmo sucediò à los demás Reyes. Hazed memoria de todos, y hallareis; que mas fueron los que murieron por los suyos, que por los Contrarios: Esto es lo que os ruego; y pues la ocasion se me ofrece oportuna de declararos lo que ha mucho, que premedito: Sabed, que el mayor fruto, que podrè lograr de mis fatigas, y de mis Victorias, serà el que coloquais en el numero de los Dioses à mi Madre Olympias, quando estos la saquen del Mundo, à cuyo fin harè todo lo possible; pero si muriere antes, acordaos de que os lo he pedido. Dicho esto, los despidiò, y se detuvo alli algunos dias.



## CAPITULO VII.

*Sosiegase el Rebelion de los Griegos en las Tierras de los Bactrianos.*

*Dà Alexandro un banquete à los Embaxadores de los Indios. Sobreviene un disgusto entre Horreta, y Dioxippo, y para en duelo, en que viñeron con desiguales Armas. Dase algunos dias despues Dioxippo muerte, irritado de las calumnias de sus Enemigos.*

**M**IENTRAS passaban estas cosas en las Indias, naciendo algunas discordias entre los Soldados Griegos, que avia dexado Alexandro dispuestos por Colonias por los contornos de Bactra, passaron despues à Rebelion, no porque viviesen disgustados de Alexandro, sino porque temiesse el castigo. Aviendo muerto à algunos de sus Compañeros, los que se hallaron mas fuertes, buscaron en las Armas su asylo; y apoderados de la Fortaleza de Bactra, la qual estaba con bien debil Guarda, llevaron à su Partido à los Barbaros. Era Cabeza de el, y quien se avia vsurpado el titulo de Rey, Athenedoro, no tanto por la ambicion de Reynar, quanto por bolver à su Patria, con los que por la autoridad de el le seguian. Si bien antes de que pudiesse executar lo, entrando en zelos de su nueva fortuna cierto Griego como el, llamado Bioon, le dispuso algunas emboscadas; y aviendolo combidado à comer, le hizo dar muerte por mano de cierto Boxo Mauritano. Juntò el dia siguiente sus Tropas, procurando persuadir à muchos, que sabiendo, que Athene-

doro avia querido hazer lo mismo con el, se avia anticipado; pero hallandose los mas en conocimiento de la impostura, y quedando poco despues todos, tomaron las Armas con resolucion de darle muerte en la primera ocasion, que se les ofreciesse. Sin embargo, temerosos los Cabos de que passasse adelante el mal, sossegaron à los Soldados. Pero no bien se viò libre de aquel riesgo Bioon, quando maquinò la muerte de los que le avian preservado del; aunque con tan infeliz efecto, que descubierta la trama, fueron el, y Boxo presos, y sentenciados à muerte: resolviendole darsela à este prompta, y à aquel en el tormento. Disponiendole, pues, para el, tomaron repentinamente las Armas, como desatinados los Griegos, sin que pudiesse saberse la causa para aquella demonstracion. A vista de la qual, temerosos los que le llevaban al Suplicio, y creyendo, que su intento era librarle, le dexaron alli. Donde poniendose el Reo desnudo, como estaba, en manos de los Griegos, movidos estos à piedad, al verle en aquel miserable estado, le mandaron ir libre. Con que aviendolo quedado por dos vezes de la muerte, se bolviò à su Patria con los que abandonaron las Colonias, que les señalò Alexandro. Esto es quanto sucediò en Bactra, y en las Fronteras de Scythia. En el interin los dos Pueblos, de quien hemos tratado, embiaron Embaxadores al Rey; los quales eran de prodigiosa gentileza; iban vestidos de Ropas de lino, bordadas de oro, y purpura, y en Carros. El fin de su jornada miraba à representarle, que ellos, sus Ciudades, y Tierras, las



ponian à su disposicion, y que era el primero à quien rendian su libertad; la qual avian conservado inviolablemente por espacio de muchos siglos. Que no el temor, sino la disposicion de los Dioses, les obligaba à darle la obediencia, quando teniendo aun enteras sus fuerças, se ponian debaxo de su yugo. Aviendo el Rey tenido Consejo sobre esto, los admitiò à su obediencia, imponiendoles el mismo tributo, que pagaban à los Arachosios, ordenandoles le previniessen dos mil y quinientos Cavallos, lo executaron con puntualidad. Despues de lo qual mandò disponer vn magnifico banquete, para quien combidò à estos Embaxadores, y à los Señores Indios, que se hallaban alli. Hizo poner cien asientos de oro, bien cerca vnos de otros: colgar ricas tapicerias de oro, y purpura, y que se obtentassen en aquella ocasion los mas exquisitos muebles, y quanto la antigua soberbia de los Perlas, y la moderna delicadez de los Macedones empleaba en la superfluidad, para que se vies- sen mezclados los vicios de ambas Naciones. Hallabáse en aquel Festin cierto Atheniense, cuyo nombre era Dioxippo, cèlebre entre los Athletas, y muy querido del Rey, asì por su fuerça, como por su destreza; y como en las Cortes nunca faltan embidiosos, y malignos, no dexaban estos de provocarle, vnas vezes con las veras, y otras con las burlas, diciendo: *Que què era lo que el Rey queria de aquel gruesso Animal, el qual no era bueno para nada, pues mientras los demás se exponian à los tiros, el solo atendia à vntarse con azeyte, y à dilatar el pellejo, para llenar mejor su vientre?* Cuyos oprobios, repetidos por cierto Macedon,

llamado Horreta, los aumentò embriagado, diciendole: *Que si tenia valor, le buscasse el dia siguiente con la Espada en la mano; y que si el Rey gustaba, seria Juez de la temeridad del vno, y de la cobardia del otro.* Riòse Dioxippo de la brabata del Soldado, y aceptò el desafio; y al dia siguiente el Rey, viendo, que mas irritados sollicitaban el reñir, y que no podia hazerlos Amigos, se lo permitiò. Concurriò aquel expectaculo gran multitud de Soldados, entre los quales estaban los Griegos, que favorecian à Dioxippo. Presentòse el Macedon armado de pies à cabeza: el Escudo de cobre, y la media pica, à quien llaman *Sarissa*, en la mano izquierda; la Lança en la derecha, y al lado la Espada, como si huviesse de combatir con muchas personas. Llegò al mismo tiempo Dioxippo, resplandeciente todo su cuerpo del azeyte, con vna Corona en la cabeza, vna capa de escarlata, arrollada al brazo izquierdo, y vna crecida, y nueva Clava en la derecha; y no solo la temeridad, sino la declarada locura de intentar reñir vn hombre desnudo con otro tan bien armado. Y asì el Macedon, teniendo como por seguro el que le daria muerte desde lexos, le enristrò la Lança; de quien se librò Dioxippo, inclinando vn poco el cuerpo; à cuyo tiempo partiendo veloz à èl, fin darle lugar à que passasse la *Sarissa* de vna mano à otra, la partiò por medio con su Clava. Entonces Horreta, perdidas aquellas dos Armas, iba à valerse de la Espada; pero mas pronto el Griego, aviendo llegado à asyrse del, le arrojò à tierra de vn puntapiè; y des-  
pues



## CAPITULO VIII.

pues de averle quitado su Espada, le puso el piè sobre el pescuezo, y alcanzando la Clava, iba à descargarsela sobre la cabeza, como lo huviera hecho, à no averlo estorvado el Rey. Disgustò, no solo à los Macedones el fin de aquel expectaculo, sino tambien al mismo Alexandro, por aver sido en presencia de los Barbaros, entre quienes, estando en tan gran reputacion el valor de los Macedones, sentian huviesse quedado aquel expuesto al desprecio, y à la risa comun. De que nació, que diessse el Rey mas credito del que debiera à las calumnias de los Enemigos de Dioxippo, y que pocos dias despues estos, aviendo faltado en cierto festin, donde èl concurriò, vna copa de oro, que maliciosamente avian ocultado los Oficiales, se quejasen al Rey, como si con efecto no pareciesse. Suele muchas vezes la verguença perjudicar al inocente, y causarla mayor en el que lo està la calumnia, que en el culpado. Afsi sucediò à Dioxippo; el qual, reconociendo, que todos le miraban como à Autor del hurto, y no pudiendo tolerar aquella afrenta, se levantò de la mesa, y despues de aver escrito al Rey, se diò por si mismo muerte. Mostrò gran disgusto de ella Alexandro, mirandola, mas como testimonio de generoso despique, que como arrepentimiento del delito, de que le juzgaba inocente; en cuyo dictamen le confirmò el excesivo gusto, que manifestaron sus Enemigos del suceso.

)(§)( )(✠)( )(§)(

*Aviendo recibido Alexandro presentes de los Embaxadores Indios, doma à los Sabrazas, Musicanos, Prestos, y otros Pueblos. Queda Ptolomeo sano de una venenosa herida, con el beneficio de una yerva, que viò en un sueño Alexandro.*

**B**OLVIÉRON pocos dias despues con presentes à Alexandro los Embaxadores, à quienes avia despedido. Componianse estos de trecientos Cavallos, y mil y trecientos Carros, à quatro Cavallos cada vno; algunas Ropas de lino, mil Escudos à la Indiana, cien talentos de hierro blanco, Leones, y Tigres, de espantosa grandeza vnos, y otros domesticados; dilatadissimas pieles de Caymanes, y todo genero de Conchas, y Escamas de Tortugas. Ordenò despues el Rey à Cratero, que llevassse el Exercito por Tierra, costeando el Rio; en que embarcado con el ordinario acompañamiento, tocò en la Frontera de los Mallos, desde donde passò à los Sabrazas, Nacion poderosa entre los Indios, y que se gobierna sin Rey, y à manera de Republica. Avian levantado hasta sesenta mil Infantes, y seis mil Cavallos, con quinientos Carros, y elegido tres valientes Generales, para que los mandassen; pero hallandose aquel País muy lleno de Poblaciones pequeñas, y con especialidad las Riberas del Rio, luego que le vieron desde lexos, cubierto todo de Baxeles, y con tanto numero de hombres, y Armas resplandecientes, creyeron,



no aviendo visto cosa semejante, que era la Armada de los Dioses la que iba, ò otro Baxo, tan cèlebre en aquellas Regiones. Llegabanse à esto los gritos de los Soldados, el ruido de los remos, y las confusas voces, con que los Marineros se animaban vnos à otros, cuyas cosas todas aumentaron su terror, de suerte, que bueltos à acelerado passo à su Exercito, dixeron à grandes voces: *Que si estaban locos, pretendiendo combatir con los Dioses? Que era imposible numerar los Baxeles, que conducian innumerables hombres invencibles; infundiendo en todos tan gran miedo, que despacharon Embaxadores, ofreciendo rendirse. Aviendo recibido el Rey el omenage, marchò quatro dias contra otros Pueblos, que no se defendieron mejor que sus vezinos, y despues de aver fundado vna Ciudad, à quien puso tambien por nombre Alexandria, entrò en las Tierras de los Musicanos. Quiso alli oir las quejas de los Parapomafides contra Terioltes, à quien les avia dexado por Governador, y juzgar de aquella causa, y hallandole convencido de hurtos, y violencias, le condenò à muerte. No asì à Oxatres, Sattapa de la Baetra, al qual no solo le absolviò, sino le aumentò los limetes de su Govierno: Y aviendo reducido à los Musicanos à su obediencia, puso Guarnicion en su Ciudad, y passò à las Tierras de los Prestos, otros Indios, de quienes era Rey Oxicano, el qual se avia encerrado en la mejor de sus Plazas, con gran numero de Gente. Sitiòla Alexandro, y avien-  
dola tomado al tercer dia, se retirò*

aquel Principe al Castillo, desde donde embiò Embaxadores al Rey para capitular; pero derribadas dos grandes Torres antes que llegassen, entraron los Macedones, y dieron muerte à aquel Principe, que combatia en la brecha con pocos de los suyos. Arrasada la Fortaleza, y vendidos los Prisioneros, entrò en los Estados del Rey Sabo, donde se le rindieron muchas Ciudades, aviendo tomado la mayor parte de los condutos subterraneos. Parecia à los Barbaros imperitos en el Arte Militar cosa de prodigio ver salir debaxo de tierra en medio de su Ciudad hombres Armados, sin aver reconocido antes rastro alguno de camino, que huviesse hecho. Refiere Clitarcho, que fueron muertos en aquella Region ochenta mil Indios, y vendidos muchos Prisioneros en almoneda. Solevaronse nuevamente los Musicanos; y Phiton, embiado à domarlos, se apoderò de la Persona de su Principe, Autor del Rebelion, y se le llevó al Rey; el qual le hizo poner en Cruz. Desde alli, bolviendo à tomar el Rio, donde le esperaba su Armada, llegó al quarto dia à vna Ciudad del Rey Sabo; el qual, aunque se avia rendido, oponiendose los habitantes al nuevo Dominio, cerraron las Puertas à Alexandro, que despreciando su corto numero, embiò alli quinientos Agrianos, con orden de que se acercassen à las Murallas, y que se retirassen despues poco à poco de ellas, para llevar à sí al Enemigo, que no dexaria de seguirlos, si mostraban huir. Aviendo tenido, pues, vna ligera Esca-



Escaramuza , y flogido que huian, como se les avia ordenado , cargaron desatinadamente en su seguimiento los Barbaros , y dieron en la emboscada, donde estaba el mismo Rey. En ella no dexaron de defenderse , hasta que aviendo quedado, de tres mil que eran , muertos seiscientos , y prisioneros mil , se retiraron los demás dentro de los Muros. Sin embargo no fuè la Victoria tan feliz como pareció , por aver envenenado los Indios sus Espadas, de fuerte , que ninguno de los heridos escapaba, no pudiendo los Medicos alcançar la causa de aquella malignidad , que hazia incurables aun las menores heridas. Avian creído los Barbaros , que el Rey, por su denuedo , y bizarría , no dexaria de participar de ella; pero fuè tan feliz , que en medio de averse hallado en la refriega , no salió herido. Entre los que quedaron , el que mas cuidado le daba , era Ptolomeo ; porque aunque la herida, que avia sacado en la espalda izquierda, no debia causarle, no estaba el riesgo en ella , sino en la poncoña. Reconocióle Alexandro por pariente suyo , y tenianle algunos por hijo de Philipo , ò por lo menos de alguna de sus Damas. Por lo qual lograba el primer lugar despues del Rey ; era valerosissimo, muy estimado en la Guerra , y aun mas en la Paz ; enemigo de toda profusion , y superfluidad ; sumamente liberal , apacible , y ageno del fausto , y vanidad , que pudiera causarle el esplendor de su nacimiento ; cuyas buenas prendas le hizieron tan amado del Rey , y de

todos , que se dudaba de quien lo estaba mas. Fuè esta ocasion en la que con mayor fineza le mostraron los Macedones su afecto ; el qual pareció presagio de su futura grandeza, pues no estuvieron con menor cuidado que el Rey , que sentado en su Cama, hizo, fatigado del combate , y de la inquietud en que le tenia el peligro de Ptolomeo , traer allí la fuya , para estar cerca de él. No bien se hubo echado en ella, quando le embargò vn profundo sueño , de quien aviendo despertado ; dixo: *Que avia visto vn Dragon, que llevaba en el gaxnate vna yerva , que le ofreció como triaca, y eficaz remedio para el veneno , y las heridas.* Refirió el color de ella , y assegurò , que si la veía , la conoceria. Con lo qual, buscandose por todas partes , y hallandola vno , se la puso en la herida , cuyos dolores se le empezaron à mitigar inmediatamente à Ptolomeo ; el qual en breves dias quedó bueno. Los Barbaros destituidos de su esperanza , se rindieron. Con lo qual pasó Alexandro à Pathalia, Provincia inmediata , cuyo Rey, llamado Meris , se avia apoderado de las Montañas , y abandonado la Ciudad , en la qual entrò Alexandro despues de aver corrido , y robado la Campaña , donde fuè grande la pressa que se hizo de ganado , y de trigo.





## CAPITULO IX.

*Desee Alexandro sumamente ver el Oceano , y logralo , no sin gran peligro , por la corta experiencia de los Marineros , y Pilotos.*

**E**XECUTADO esto , tomò por Guias algunas personas practicas en el Rio , y llegó à vna Isla situada casi en medio de la Canal , donde se viò necesitado à detenerse mas tiempo del que queria; porque ayendosele escapado las Guias, le fuè preciso buscar otras; y no hallandolas , ni permitiendole el ansia que tenia de ver el Oceano, y de dilatar sus Conquistas hasta el fin del Mundo mayores dilaciones, continuò su viage , exponiendose con tan valerosos Soldados, à merced de vn desconocido Rio. Bogaban, pues, à la contingencia , sin saber què derrota tomar; quanto distaba de alli el Mar; què Pueblos habitaban en aquellas Costas; si la entrada del Rio era navegable; ni de què Baxeles era capaz. Todo se reducía à congeturas bien débiles, sin que tuviessen otro consuelo en empresa tan temeraria , que el que les ofrecia la contiuada felicidad del Rey; à quien , despues de aver caminado quatrocientos estadios, dixerón los Pilotos: *Que empezaban à sentir el Ayre del Mar, y que les parecia, que no estaba lexos el Oceano.* Con cuya noticia sumamente regocijado, animaba à los Galeotes à que remasessen à toda fuerça , representando à los Soldados: *Que avian llegado yà al deseado fin de sus trabajos: Que nada podia resistir à su valor , ni aumentar su glo-*

*ria: Que sin mas combate , ni derramamiento de sangre , se hallaban Señores del Universo: Que aun la misma Naturaleza no podia passar mas adelante; y que bien apriesa verian cosas, que solo eran permitidas à los Dioses inmortales.* Desembarcò sin embargo alguna Gente , esperando , que tomassen lengua de aquellos Rusticos; como con efecto, aviendo hallado à algunos recogidos en Cabañas , y preguntadoles: *Si estaba lexos de alli el Mar?* Respondieron: *Que nunca avian oido hablar del Mar; que solo sabian, que à tres jornadas de alli avia vna agua amarga , que corrompia el agua dulce.* Con cuya expresion, entendiendo, que denotaban el Mar, sin alcançar la naturaleza de èl, bogaban los Marineros con grande alegria , creciendo sus alientos, quanto mas se adelantaban , à proporcion de su esperança. Reconocieron al tercer dia , que el agua del Mar empezaba à mezclarse con la del Rio , y que bolvia à subir la marea , que era causa de que descendiesen con mayor dificultad. Por lo qual aribaron à otra Isla , situada en medio del agua, donde se emplearon en hazer provisiones , sin prevenir lo que les sucederia. Pero à tres horas de aver estado en ella, bolviendo el Oceano à su estado ordinario, no hizo al principio sino detener el curso del Rio; pero despues , repeliendole , le arrojò con mayor impetuosidad de la con que se precipita el torrente de qualquiera desde vna eminencia à vn Valle. Ignorando los Soldados , que este era el fluxò, y refluxò del Oceano, creyeron , al verle crecer repentinamente, y inundar los campos, que era



era manifiesta señal de la indignacion de los Dioses , y del castigo, que querian dár à su temeridad. En tanto el Mar, aviendo levantado los Navios , y dividido la Armada, aturdidos de tan inopinado accidente, los que avian desembarcado, corrieron presurosos para entrar en los Baxeles. Pero quanto mas se aceleraban en aquel tumulto, tanto menos se adelantaban. Hazian esfuerzos, vnos por llegar con garfios las Barcas , y estabanse quedos otros, viendo que no se podian valer de los remos. Los que presurosos no avian esperado à sus Compañeros , se hallaban impossibilitados de governar sus Baxeles por sí solos , è incapazes de moverse las Galeras , en quienes avia entrado de tropel la Gente, por estàr tan cargadas ; con que en vnas por poca, y en otras por mucha , era igual el desorden. Decian à grandes voces vnos, que se detuviesse ; otros, que anduviesse ; con cuyo tropel, y confusioñ, aturdidos los Remeros, no sabian à quien obedecer. Aun los mismos Pilotos eran invtiles en aquella ocasion, en la qual embarazaba el ruido, que se oyessen sus ordenes , y el pavor , que se executassen. Empezaron , pues , los Baxeles à chocar reciamente entre sí , y los remos à romperse , ò enredarse vnos con otros , de suerte , que no parecia vna Armada sola , sino dos, que combatian. Daban las popas de los vnos , contra las proas de los otros , recibiendo de los que tenian detrás el mesmo daño, que causaban por delante. Finalmente , eran tantos los gritos , y tantos los baldones

de vnos , y òtros , que de las palabras passaron à las manos. Yà crecido el Mar, avia inundado la Campaña, que estava al rededor del Rio, sin que de toda ella se viesse mas, que algunas eminencias en forma de pequeñas Islas , à quienes llegaron muchos à nado , abandonando sus Navios , cuya mayor parte se mantenia en alta Mar , quedando encallados , ò al trabès los demás, segun era la desigualdad de las aguas. Sobrevinoles aun mayor susto que el primero , quando vieron, que lo restante del Mar se retiraba con la mesma impetuosidad, que avia crecido , descubriendo las Tierras que avia sumergido poco antes. Con lo qual , quedando los Baxeles en seco , caian vnos sobre las proas, y otros de costado ; veianse los Campos sembrados del bagage , de remos rotos , y de pedazos de tablas : vestigios todos del naufragio. Los Soldados , ni se resolvian à saltar en tierra , ni se tenian por seguros à bordo , temerosos de algun accidente peor, que los passados , y sin acabar de persuadirse à los naufragios, que veian en tierra, ni à que pudiesse el Mar desembarcar en vn Rio. Tampoco discurrían en que huviesse llegado el fin de sus males ; porque ignorando , que poco despues bolveria à crecer el Mar, y que levantaria sus Baxeles, esperaban morir de hambre , experimentando las vltimas calamidades , llegando à este desconuelo, para acabar de aumentar su horror, el averse descubierto cien Mòstruos Marinos , que avia dexado el Mar ; los quales gateaban al rededor de los



los Baxeles. Acercabase en tanto la noche; y el Rey, no de otra fuerte que los demás, sin saber qué hacerle, se hallaba en considerables inquietudes; pero como nada era capaz de rendir su espíritu, se mantuvo toda ella en la gavia, ò en combez, para dar sus ordenes, y disponer, que partiesse alguna Gente à cavallo à la entrada del Rio, y advirtiesse quando bolvia la marea. Hizo tambien reparar los Baxeles maltratados, y levantar los caídos, ordenando, que estuviesen prompts todos para quando bolviesse à crecer el Mar. Pafsòse toda la noche en vela, y en animar al Exercito, hasta que bolvieron à toda rienda à avisar los que avian ido à aquel fin, y despues de ellos la marea; la qual, dilatandose suavemente, no hizo mas que levantar los Navios, è inundando poco despues la Campaña, dexar en disposicion à toda la Armada de que pudiesse navegar. A vista de cuyo inesperado bien, arrebatados del gusto, así los Soldados, como la Chusma, le celebraban con crecidos gritos, y espantosa algazara. Preguntando, no sin grande admiracion: Como bolvia tan apriesa el Mar alli; à què parte se avia retirado el dia antes; y qual era la naturaleza de vn elemento tan discordes, como sujeto à las revoluciones de los tiempos? Aviendo congeturado el Rey de lo que avia sucedido, que la marea bolvia despues de salido el Sol, se quiso anticipar; y haziendose à media noche à la vela con pocos Baxeles, y aviendo ganado la boca del Rio, se entrò quatrocientos estadios dentro del Oc-

ceano, logrando por vltimo el fin de sus votos, y el colmo de sus deseos.

## CAPITULO X.

*Buelve del Oceano à los Terminos de los Arabitas, Gredosiforos, y de los Indios, donde pelea su Exercito con la hambre, y con la peste; pero dà providencia para su remedio. Dispone despues, en imitacion de Bacho, cierto genero de Triunfo, aunque le ensangrienta con el castigo de Astaspes, Satrapa.*

VIENDO despues sacrificado à los Dioses Tutelares del Mar, y de aquellas Regiones, bolviò à juntar su Armada; la qual, montando por el Rio, llegó al dia siguiente cerca de vn Lago salado, donde ignorantes muchos de la calidad del agua se bañaron, pagando la pena de su inadvertencia, por averles sobrevenido cierta especie de farna contagiosa, de que inficionaron à sus Compañeros; si bien se les quitò, vntandose con azeyte. Embiò desde alli delante à Leonato; para que dispusiesse algunos pozos en los parages por donde avia de passar el Exercito, respecto de ser sumamente arida la tierra; y tuvo alli el Invierno con sus Tropas, hasta que diò principio la Primavera. En cuyo interin se ocupò en fundar Ciudades, y en hazer Puertos, y Arsenales para los Navios. Mandò despues à Nearcho, y à Onesicrito, bien expertos en las cosas maritimas, que se



se embarcassen en los mejores Baxeles, y que sulcando el Oceano, con la mayor seguridad, y cuidado, que pudiesen, reconociesen la calidad del, y se bolviessen, ò por el Eufrates, ò por el mismo Rio. Passados los grandes Rios, hizo quemar los Baxeles invtiles; y conduciendo su Exercito por Tierra, llegó en nueve dias de marcha à las de los Arabitas, y en igual tiempo à las de los Gedrosios, Pueblo libre; y que despues de aver tenido su Consejo, se rindiò al Rey; el qual solo le pidiò viveres. Desde alli passò en cinco jornadas al Rio Arabon; y atravesando grandes Desiertos, donde no hallò gota de agua, à la Region de los Horitas. Diò en ella la mayor parte de sus Tropas à Ephestion, dividiendo las demás, armadas à la ligera, con Ptolomeo, y Leonato. Con cuyas tres partes de Exercito saquearon à vn tiempo à los Indios, y hizieron considerables pressas. Robaba Ptolomeo las Regiones Maritimas, y desolaba la Campaña el Rey por vna parte, y Leonato por otra. Fundò sin embargo en ella vna Ciudad, à quien poblò con los Aracosios, y encaminòse despues àzia aquellos Pueblos Maritimos; los quales tienen considerable porcion de País inhabitado, sin conservar comunicacion alguna con sus vezinos. Aquella soledad acabò de hazer sus ingenios, naturalmente ferozes, y mas grosseros. Dexanse crecer las vñas, y el cabello, sin cortarse jamás: edifican sus Cabañas de conchas, y de otros escrementos del Mar: vístense de pieles de Bestias Salvages, y alimentanse de pescados, que secan al Sol, y de

las Ballenas, que las tormentas arrojan à aquellas Costas. Los Macedones, despues de aver consumido allí todas sus Provisiones, empezaron à padecer falta de bastimentos, y à pocos dias tan grande hambre, que se hallaron precisados de ella à cortar las raizes de los Palmares, vnico Arbol, que ofrece aquel Territorio; y faltandoles aun aquel tenue socorro, à comer los Animales de mayor estimacion, y despues los Cavallos de servicio; quemando aquellos ricos despojos, por quienes se avian dilatado hasta los Terminos del Mundo, respecto de no tener con que conducirlos. Sucediò al hambre la peste, ocasionada de los malos alimentos, à que no estaban acostumbrados; del trabajo del camino, y del disgusto en que se hallaban, viendose impossibilitados de marchar, y de detenerse, sin perecer, por ser preciso, si se mantenian allí, morir de hambre, y si intentaban adelantarse, que se inflamasse mas la peste. Por lo qual se hallaba toda la Campaña cubierta de muertos, y aun mas de moribundos, y sin que pudiesen huir, ni los menos enfermos, respecto de la celeridad, con que marchaba el Exercito, creyendo, que quanto mas se adelantasse, tanto mas se apartaria del peligro, y asseguraria su remedio. Pedian à grandes voces los que se avian quedado en los Caminos, à conocidos, y à no conocidos, socorro; pero faltaba enteramente carruage en que conducirlos, pudiendo apenas los Soldados llevar sus Armas: fuera de que estando proximos à verse en el mismo infeliz estado, qualquiera atendia solo à librarse del ries-



riesgo. Conque, por mas que aumentaron los gritos, no pudieron conseguir el focorro, que buscaban; porque negando el miedo lugar à la compasión, bolvian los mas à otra parte los ojos, por no mirarlos. A vista de cuya impiedad pedian con mayor aliento à sus Compañeros, por los Dioses, por el Rey, y por las cosas mas Sagradas, que no los desamparassen, hasta que reconociendolos fardos à sus ruegos, convertidos estos en desesperacion, y rabia, los maldecian, deseandoles igual fin al suyo, y semejantes Amigos à los que en ellos experimentaban. Corrido, y afligido el Rey de ser causa de aquella gran miseria, embiò à mandar à Phrataphernes, Satrapa de los Partos, que le embiasse Viveres cocidos en Camellos, y Dromedarios. Y hizo participes tambien de su necesidad à los Gobernadores de las demás Provincias; los quales concurren à socorrerla, de suerte, que aviendo quedado el Exercito libre à lo menos del hambre, fuè vltimamente conducido à los confines de Gedrosia, Region apacible, y abundante, donde se detuvo algunos dias, para repararse. Recibiò en ella Cartas de Leonato, en que le avisaba: *Avia peleado, y roto à ocho mil Infantes, y quatrocientos Cavallos de los Horitas. Y tambien de Cratero; el qual le participaba: Tenia presos à Ozines, y à Zariaspes, ambos Señores Persas, por averles descubierto cierta Rebelion, que tramaban.* Despues de lo qual puso en el Gobierno de aquella Region, en lugar de Menon, que avia muerto pocos dias antes de enfermedad, à Sybircio, y se encaminò àzia Carma-

nia, de quien era Satrapa Aspastes; el qual estaba indiciado de averse querido levantar mientras el Rey se hallò en las Indias. Si bien, avien-dose puesto en su presencia, le hizo buena acogida; y dissimulando su desconfianza, le mantuvo en el Gobierno, hasta averiguar lo cierto. En el interin los Gobernadores Indios le avian embiado, en cumplimiento de la orden que tenian, de todas las Provincias, que estaban sujetas à su obediencia, gran cantidad de Cavallos, y de Animales de estimacion, con quienes socorriò à los que se hallaban necesitados de ellos, repartiendo entre todos Armas tan buenas, como las primeras, no avien-dole sido muy dificil, respecto de estàr cerca de Persia, entonces no solo pacifica, sino abundante de todo. Y deseando cumplir enteramente el intento, que siempre avia tenido de igualar en todo à la gloria de Bacho, afectò imitarle, no solo en las Victorias, que avia obtenido de aquellos Pueblos, sino tambien en la forma de su Triunfo, fuesse instituido por Bacho, ò introducido solo en alguna borrachera, aspirando à ostentarse Dios, como el. Para cuyo fin hizo llenar de flores, y de guirnaldas todos los caminos por donde avia de passar, ordenando pusiessen delante de las puertas de las Casas tazas llenas de vino, y vasos de desmesurado tamaño. Mandò despues disponer Carros capaces de que pudiesse estàr mucha Gente en ellos, à quienes hizo cubrir en forma de Tiendas con lienços blancos vnos, y con ricos paños otros. Iban primero los mas familiares del Rey,



con sombreros de flores , y guirnal-  
das. Oíanse por vna parte flautas,  
y chirimias , y por otra gran varie-  
dad de instrumentos. Seguia des-  
pues todo el Exercito , comiendo,  
y bebiendo con gran exceso en  
Carros , mas , ò menos compuestos,  
segun era la posibilidad de cada  
vno, llevando pendientes al rededor  
de ellos sus riquissimas Armas. Iba  
el Rey en medio de sus Camaradas,  
sobre vn Carro magnifico , cargado  
de crecidos fraícos , y vasos de oro,  
tan macizos , y pesados , que ren-  
dian al tomarlos. De esta suerte  
marchò , por espacio de siete dias,  
aquel victorioso Exercito , emplea-  
do en glotonerías , y borracheras.  
O què considerable hubiera sido el  
botin , que avrian hecho alli los ven-  
cidos , si les huviesse quedado algu-  
nos alientos , para acometer à aque-

lla gente anegada en el vino ! Es, sin  
duda , que mil hombres en su sano  
acuerdo , huvieran bastado à rendir,  
y à aprisionar, en medio de su triun-  
fo , à aquel Exercito , que despues  
de siete dias continuaba en su em-  
briaguez. Pero la fortuna , que es  
quien pone , y dà precio , y estima-  
cion à las cosas , convirtiò en gloria  
suya aun la infamia de sus Armas.  
Y assi, no solo su siglo , sino tambien  
la posteridad , admirò justamente,  
que se huviesse executado esto en-  
tre Pueblos acabados de sujetar , y  
que los Barbaros tuviessem por con-  
fiança tal temeridad. Siguiò à aquel  
grande aparato el Verdugo , que  
avia de dàr muerte à Aspastes, Satra-  
pa , de quien hemos tratado , y en  
quien se experimentò , que ni la lu-  
xuria se oponia à la crueldad, ni tam-  
poco la crueldad à la luxuria.

### Fin del Libro Nono.



## LIBRO DECIMO.

### CAPITULO PRIMERO.

*QUEDAN PERDONADOS LOS DELITOS DE CLEANDRO,  
y de algunos Capitanes, y castigados los de otros, aunque mas ligeros. Intenta  
Alexandro passar à la parte Occidental de la Europa. Su liberalidad con  
los hijos de Avisares; y su crueldad con los de Orsines,  
Satrapa Ilustre.*



LEGARON casi en el mes-  
mo tiempo Cleandro,  
Sitalçes, Agaton, y He-  
racon ; los quales avian  
muerto à Parmenion,  
por orden del Rey , y llevaban con-

sigo cinco mil Infantes , y mil Cava-  
llos ; pero los seguian los Diputados  
de las Provincias , que avian gover-  
nado , para acusarlos de tan graves  
delitos, que no parecia creible , que  
en medio de aver sido tan grato ser-



vicio al Rey el de la muerte, que executaron, bastasse à librarlos del castigo, que por ellos merecian; porque no contentos con aver desolado las Familias con sus imposiciones, avian robado hasta los Templos, y Sepulcros, sin perdonar la honestidad de las Señoras mas Ilustres; las quales lloraban con lagrimas de sangre el defacato de averfela violado. Con cuya desenfrenada avaricia, y libertad avian hecho aquellos brutos odioso, y detestable el nombre de los Macedones. Sin embargo, entre todos ninguno igualaba à Cleandro; el qual, despues de aver forçado à cierta Doncella de calidad, la diò por Concubina à vno de sus Esclavos. Por lo qual temian muchos de los Amigos de Alexandro, que pudiesse con èl mas, que la enormidad de los delitos, que era notoria, su clemencia, à favor de los Reos. Si bien no dexaban de discurrir por otra parte alegres, en que seria posible, que passada la ocasion del servicio, y prevaleciendo el horror de sus recientes atrocidades, convirtiesse su indignacion contra los que avian sido Ministros de su ira, y que se viesse quan poca duracion tenia el poder adquirido por malos medios. El Rey, aviendo conocido de la causa, pronunciò: *Que avian omitido los acusadores el mas grave delito, qual era el aver desesperado de su vida; pues no podia ser creible, que se huviesssen atrevido à executar semejantes maldades, si juzgassen, que avia de bolver de las Indias.* En cuya consecuencia hizo cargar de cadenas, y dàr muerte à seiscientos Soldados, que avian sido instrumen-

tos de su ira; y que en el mismo dia se executasse la de los Autores del Rebelion de los Persas, que Cratero avia llevado. Bueitos Nearcho, y Onesicrito, que por orden de el Rey avian surcado por el Occeano lo mas adentro, que les fuè posible, refirieron diversas cosas, vnas que oyeron, y otras, que vieron: *Que en la Isla, que està à la boca del Rio, avia gran cantidad de oro, y tanta carestia de Cavallos, que los que se atrevian à pasarlos alli, vendian à vn talento cada vno. Que estaba aquel Mar lleno de Ballenas; las quales surcando por èl, segun el aumento de la marea, se descubrian sobre el agua tan grandes, como las mayores Naos: Que quando seguian la Armada las espantaban à fuerça de grandes gritos, y de crecido rumor; y que se zabullian en el Mar con tan horrible ruido, como pudiera causarle este, si se huviesse sorvido otros tantos Baxeles: Que en quanto à lo que avian oido de los Moradores de aquellas Costas, era, entre otras cosas, que el Mar Roxo no se llamaba assi, porque fuesen de esta color sus aguas, como creen muchos, sino en memoria del Rey Erithra, cuyo nombre en Griego, es lo mismo, que rojo: Que poco despues de la Tierra-Firme, avia alli vna Isla llena toda de Palmares, y que en medio del Bosque se ofrecia vna Columna muy alta, que era el Sepulcro del Rey Erythra, gravado con caractères de aquel País: añadiendo, que de quantos Navios marchantes avian passado à aquella Isla, movidos de la fama del oro, no avia buuelto ninguno. Deseoso el Rey de saber mas, les mandò, que fuesen costeando la Tierra, hasta la boca del Euphrates, y que embarcados alli, passassen à Babylonia. Y acumulando inten-*



tentos à intentos aquel infatigable espíritu, tenia resuelto, despues de aver sujetado toda la Region Maritima del Oriente, passar de Syria à Africa, para abatir el orgullo de Carthago, à quien miraba como à Enemiga; y desde ella, atravesando los Desiertos de Numidia, tomar la derrota à Cadiz, donde era fama, que estaban las Columnas de Hercules: passar luego à España, à quien los Griegos llaman *Iberia*, del nombre del Rio *Ibero*, y encaminarse despues à los Alpes, y à las Costas de Italia, desde donde ay vn corto disrrito à Epyro. Con cuyo fin ordenò à los Governadores de Mesopotamia; que hiziesen cortar cantidad de madera en el Monte Libano, y que la mandassen passar à Thapfaco, Ciudad de Syria, para la Fabrica de las Galeras, que avian de ser de siete ordenes de remos, y conducir las à Babylonia. Tuvieron orden los Reyes de Chipre, para que las proveyesen de espolones, de velas, y de cuerdas. Hallandose en estas disposiciones, le llegaron Cartas de Poro, y de Taxiles, en que le avisaban: *Que Avisares avia muerto de enfermedad; assi como tambien Philipo, su Governador, violentamente; y que quedaban castigados los homicidas.* Con cuyas noticias proveyò el Gobierno de Philipo en Eudomon, Capitan de Tracia; y nombrò por sucessor de Avisares en el Reyno à su hijo. Llegò desde alli à Persagada, Ciudad de Persia, de quien era Satrapa Orsines, descendiente de Cyro, y quien lograba, demàs de las riquezas, que le dexaron sus antecessores, los considerables Tesoros, que avia acu-

mulado en los muchos años, que avia gozado sus Estados. Pusose en la presencia del Rey, con gran variedad de presentes, assi para èl, como para sus Validos. Componianse de rebaños de Fieras, de Carros, adornados de plata, y oro, de muebles preciosos, de riquissima pedreria, de vasos cincelados, de desmesurado tamaño, de ropas de purpura, y de quatro mil talentos de plata en moneda. Pero costòle bien cara esta generosa magnificencia; porque aviendo vsado de ella con los Principales de la Corte, con mas exceso del que pudieron desear, y no hecho demonstracion alguna con el Eunucho Bagoas, à quien amaba Alexandro con poco honesto afecto; advertido por algunos de este, respondiò: *Que èl obsequiaba à los Amigos del Rey; pero no à sus Concubinas; y que los Persas no estilaban vsar de los hombres para lo que Alexandro se servia de el Eunucho.* De cuyas palabras noticioso Bagoas, aplicò toda la gracia, que lograba en la del Rey, para disponer la ruina de aquel Principe, cuya sangre era la mas esclarecida del Oriente, y cuya vida inculpable. Sobornò algunos testigos de entre los suyos, instruyendoles en lo que avian de deponer contra èl, quando fuesse tiempo; y dedicòse en el interin à influir en el animo de el Rey, siempre, que se quedaba à solas con èl, quantas imposturas pudo discurrir, sin manifestarle la causa de su aborrecimiento, para que lograse mayor credito su acusacion. Y si bien el Rey no acababa de persuadirse à que fuesse culpado, no hazia la estimacion, y confiança del, que



folia. Disponíase la trama, con tan gran secreto, que se hallaba Orsines bien ageno del peligro, que le amenazaba, sin que cessasse aquel malvado de imputarle de avaro, y de Traydor. Finalmente llegó el tiempo de que se viesse la inocencia oprimida de la calumnia, y necesitada la virtud à rendirse al inevitable destino. Porque aviendo mandado Alexandro abrir acafo el Sepulcro, donde descansaba el cuerpo de Cyro, para hazerle funebres honras, creyendo, que estuviesse lleno de plata, y oro, como divulgaban los Persas, solo hallò en èl vn Escudo podrido, dos Arcos al vfo de Scythia, y su Cimitarra. Puso sobre la vna vna Corona de oro, y cubriòla con su Manto, admirando mucho, que tan grande, y esclarecido Rey se huviesse enterrado tan pobremente. A lo qual Bagoas, valiendose de la ocasion para sus malevolos fines, le dixo: *Que no debia estrañar estuviessen los Sepulcros de los Reyes tan vacios, quando revesaban las casas de los Satrapas tanto oro del que avian sacado de ellos: Que nunca avia visto aquel; pero que le oyò decir à Dario, que estaba dentro de èl tres mil talentos. Y que sin duda avrian salido de ellos las profusiones de Orsines, dirigidas à gran gear su gracia con lo que tan injustamente avia vsupado.* Teniendo yà inclinado el animo del Rey con semejantes artificios al logro de sus intentos, hizo entrar à su presencia à los Testigos, que avia prevenido; los quales por vna parte, y Bagoas por otra, le supusieron tan horrendas atrocidades de Orsines, que por vltimo, le mandò Alexandro poner preso, antes que èl tuviesse la menor sospe-

cha de acusacion alguna. Pero no contento el infame Eunuchos de ser causa de que padeciesse aquel inocente la muerte, que no merecia, passò su insolencia à tanto, que llevandole al Suplicio le tomò la mano; à cuya demonstracion, aviendo buuelto à mirarle Orsines, le dixo aquel: *Avia oido decir, que en otro tiempo Reynaron en Afsia las Mugeres; pero ahora veo la novedad de que mande vn Eunuchos.* Este fin tuvo el mayor Principe de Persia, hallandose inocente, y aviendo acreditado en repetidas demonstraciones su gran afecto à Alexandro. Executòse tambien por entonces la muerte de Phradates, indiciado de averse querido alçar con el Reyno. Avia empezado Alexandro à tener tanta facilidad en condenar à muerte à los hombres, como en creer los falsos informes que le hazian. Tan poderosa es la prosperidad en pervertir aun los mejores naturales, y tan raro el hombre, que acierta à vsar bien de su fortuna. No se avia atrevido antes à condenar à Lyncestes, aunque resultaba culpado por la deposicion de dos testigos: avia tolerado, que los que lo estaban en delitos de menor consequencia, quedassen à pesar suyo absueltos, por averlos juzgado inocentes los demàs; y avia hecho merced de los Reynos à los Enemigos, que avia vencido. Pero degenerando yà de sì, daba, contra su propio dictamen, los Reynos à vnos, y quitaba la vida à otros, por condescender con el gusto de vn infame. Llegaronle casi por aquel mismo tiempo Cartas de Ceno, en que le participa-



ba de quanto avia passado en Europa, y Afsia, mientras sojuzgò las Indias. Deciale, que aviendo passado Zopyrio, Governador de Thracia, à la Guerra contra los Getas, con vna poderosa Armada, le sobrevino tan furiosa borrasca, que perecieron en ella todos; y que noticia de esta pérdida Seuthes Odryses, avia sollevado el Pueblo; de fuerte, que quedaba perdida Thracia, y bien trabajosa Grecia.

Afsistia por este tiempo à Alexandro, à quien avia seguido à persuasión de Taxiles, cierto Indio, muy célebre entre los Sabios de su Reyno; el qual, professando vna severa Philosophia, avia vivido por espacio de ochenta y tres años, sin aver padecido en todos ellos la menor dolencia. Aviendo llegado à Persia, y sobreviniendole vn dolor entripado, quiso mas morir con bien extraño medio, que tolerar los grandes dolores, que padecia, y à que no estaba acostumbrado, por la feliz salud, que avia gozado, que caer en el sensible martirio de las manos de los Medicos, exponiendose al tormento de la multitud de sus remedios. Para cuyo fin pidió al Rey, que le mandasse disponer vna hoguera, encargando, que no se encendiesse, hasta que estuviesse dentro de ella. Creyò al principio Alexandro, que podria facilmente disuadirle de tan barbaro intento; pero no aviendo bastado quanto le dixo, para que dexasse de mantenerse firme en su resolución, se viò precisado à concederle lo que

le pedia. Pero teniendo en gran veneracion à aquel Filosofo, quiso antes honrar su muerte con funebre pompa, digna de su Real magnificencia. Mandò poner en orden de Batalla todo el Exercito, con los Elefantes, en vn gran llano cerca de la Ciudad, y nombrò à ciertas personas para que esparciesen por la hoguera, y sobre el Indio los mas preciosos perfumes, que pudiesen hallarse. Embiòle tambien vna ropa de púrpura, bordada de pedreria, gran cantidad de baxillas de plata, y de oro, y muy ricas Tapicerias, para que sirviessen de aparato al sacrificio, y de honor à la victima. Vestido, pues, Calano con aquellos ricos adornos, se puso en vn Cavallo, que tambien le avia embiado el Rey; pero no pudiendo tolerar el cansancio, continuò el camino en vna Litera, donde coronado con vna Guirnalda de flores, cantò en su Lengua diversas canciones, hasta que aviendo atravesado toda la Ciudad, llegó al parage donde estaba la hoguera. Hechas alli sus deprecaciones à los Dioses, y pedido à los hombres, que executassen con èl quantas ceremonias se acostumbran en los Funerales de los Difuntos, se cortò vna guedeja, antes de entrar en la hoguera; y despedido de los Macedones, y de sus Amigos, tocandoles la mano, les dixo: *Que aviendo perdido su salud, y visto al Grande Alexandro, no apetecia vivir ya; pues le avia llegado à suceder, lo que mas avia temido, y deseado en este Mundo: Que siendo los ver-*

Suplemento, formado de lo q referen en este lugar los Autores, que escribieron las acciones de Alexandro. Strab. 15. Arriano lib. 15. Diodor.



daderos males el dolor, y la mala conciencia, avia pedido siempre à los Dioses le preservassen de vno, y otro; pero que pues empezaban, despues de tantos años, à afligir su cuerpo, que hasta entonces avia sido morada de su Alma, era evidente señal de que no era voluntad suya, que habitasse mas en él: Que aunque siempre la procurò conservar pura, y libre de todo genero de vicios, no avia podido evitar, que por el contagio del cuerpo huviesse contraido muchas manchas; pero que las iba à purgar en el fuego, cuyas llamas le serian suaves, aviendose de quemar en ellas las ligaduras de su cautividad, que por tan dilatado tiempo le avian embarazado, que subiesse al Cielo, y bolviessse à ver su Patria: Que les pedia se regocijassen, y asistiessen gustosos à aquella funcion con el Rey, de quien no se despedia, porque esperaba bolverle à ver dentro de breves dias en Babylonia. Despues de aver pronunciado estas últimas palabras, que fueron como de Oraculo, y Profecia de la cercana muerte de Alexandro, y repartido entre sus Amigos el regalo, que le acababa de hazer el Rey, subió gustoso à la hoguera, desde donde, aviendo puesto por algun breve rato la vista en el Exercito, se tendió à lo largo, en la mas honesta postura que pudo, y se cubrió por ultimo el rostro. Pero lo mas admirable, y que mayor horror causò à todos los que concurrían à aquel expectaculo, fuè, que al prender en él la llama, se mantuvo constantemente en la misma postura en que le hallò, sin hazer el menor movimiento, ni dár indicio alguno de dolor. Tocaron las Trompetas al tiempo de introdu-

cir el fuego en la hoguera, y dieronse en el Exercito los grandes gritos, que acostumbraban levantar los Soldados al principio de las Batallas, à quienes acompañaron los espantosos bramidos de los Elefantes. Pareciendole à Alexandro que no era decente asistir à aquel expectaculo, se retirò à su Palacio triste, y pensativo. Hizieronse varios juicios de aquella accion: condenaronla vnos, como de hombre furioso, ò insensato; y atribuyeronla otros à vanagloria, persuadidos à que no avia tenido otro fin, que el de adquirir credito de vna prodigiosa constancia; pero sin embargo mucho alabaron el gran valor, con que avia triunfado de los dolores, y de la muerte. Admiròla entre otros el Rey, y honrò sus cenizas con magnífica Sepultura. Fuè este mismo Calano, de quien se refiere, que aviendo llegado à la Corte, y deseando dár algunas muestras de su suficiencia, puso à vista de Alexandro, como vna Imagen, ò Figura de su Imperio. Arrojò à tierra vn gran pellejo de Buey lleno de ayre, y puso el piè en vno de sus estremos; el qual baxado hizo al mesmo tiempo levantar en alto lo restante del: despues, pisandole todo al rededor, y andando siempre por sus estremos, hizo demonstracion al Rey de que quanto mas se le apretaba en vn lugar, tanto mas se levantaba en los demàs; pero que poniendose en medio de él, quedaba igualmente baxo por todas partes. Con cuyo exemplo quiso darle à entender, que debia desistir de emplear-



plearse en viages, y Conquistas tan distantes, y residir en el centro, y corazon de sus Dominios; por cuyo medio evitaria, que las Provincias mas apartadas no se sollevassen, y que todos sus Pueblos se mantuviesen en su obediencia, sin la menor alteracion. Aviendo llegado despues de esto el Rey à Susa, se desposò con la Princesa, Statira, hija mayor de Dario, y diò la menor à su amado Amigo Ephestion; y para que haziendose estas alianças, comunes pareciesse menos extraño su casamiento, persuadiò tambien à los primeros Señores de su Corte, y à sus mas principales Validos, à que executassen lo mesmo; y eligiò de las Nobles Familias de Persia ochenta Doncellas, las quales les diò por mugeres. Celebraronse las bodas al vso de Persia, y à el tuvo vn banquete à los demás Macedones, que se avian casado mucho antes; en el qual, hallandose mas de nueve mil convidados, diò à cada vno de ellos vna copa de oro, para que ofreciesse sus Sacrificios à los Dioses. Llegaron por el mismo tiempo à la Ciudad de Susa treinta mil Mancebos Persianos, casi todos de vna mesma edad, à quienes llamaron *Epigonos*, que corresponde à *sucesores*. Estos iban para relevar à los ancianos Soldados de sus penosas, y largas fatigas. Avianse elegido los mas robustos, y de la mejor disposicion, que se hallaron en toda la Persia, y puestos los debajo del mando de los Governadores de las Ciudades, que nueva-

mente se avian fundado, ò de las que se avian conquistado. Avianlos ocupado en todos los Exercicios Militares, y enseñados lo quanto es necessario saber en la Guerra, teniendolos vestidos, y armados al vso de Macedonia. Plantaron su Campo delante de la Ciudad, donde passaron muestra, y hizieron sus exercicios, para que viesse el Rey su destreza, y lo adelantados que se hallaban en el manejo de las Armas, de que quedò muy satisfecho, haziendoles en adelante muchas mercedes. Pero causò esto considerables zelos à los Macedones, contra quienes se disponia principalmente aquella providencia; porque reconociendo Alexandro, que llevaban con sumo disgusto la continuacion de la Guerra, ocasionando murmurios, y alborotos, quiso tener estas nuevas Tropas, con que poderse oponer à las antiguas, y reprimir sus desacatos. En tanto Arpalo, de quien el Rey avia fiado la guarda de sus Tesoros, y de las Rentas de Babylonia, haziendo concepto, de que domada la mayor parte de los Reyes Indios, por el valor de Alexandro, no podria aver, despues de tan felices sucessos, nada, que no cediesse à sus Armas, ni que vn Principe tan de seoso de dilatar mas sus Conquistas, podia dexar de continuarlas, y de bolver con dificultad de tan largo, y penoso viage, se diò, lisongeandose con esta esperança, à la mas licenciosa vida. Hizo imponderables gastos, manchò con sus deshonestidades las mas ilus-



tres Familias de la Ciudad ; y no contento con averse anegado en todo genero de disoluciones , y torpezas, buscò fuera de Babylo-  
nia ocasion para otras nuevas, ha-  
ziendo traer à ella de Athenas vna  
cèlebre Ramera , llamada Pothymia , de quien estuvo tan apas-  
sionado , y perdido , que no solo  
mientras ella vivió , la hizo tan  
considerables dadivas , como pu-  
diera el Rey , sino que aun des-  
pues de su muerte la dispuso fun-  
tuosos Funerales , y tan sobervio  
Sepulcro , que gastò en èl treinta  
talentos. Consumida en tan tor-  
pes profusiones vna considerable  
parte de las riquezas, que queda-  
ron à su cuídado, y sabiendo, que  
Alexandro bolvia de la India , y  
que iba castigando severamente à  
todos los Governadores, que avian  
abufado de sus cargos ; hallando-  
se con su conciencia tan mal segura,  
y temiendo , que executasse  
con èl lo que con los demás , re-  
cogió cinco mil talentos , y jun-  
tó seis mil hombres de Guerra,  
con quienes se encaminò à toda  
diligencia à Attica. Pero no ha-  
llando persona , que le quisiesse  
admitir , se viò precisado à dexar  
aquellas Tropas en el cabo  
de la Morea, llamado

Tenara.

\*\*\*

## CAPITULO II.

*Mientras discurre en sossegar las  
reboluciones de la Grecia, y en  
licenciar à algunos Soldados, à  
quienes avia pagado, y en que-  
darse con otro, se levanta vna  
sedicion en el Campo; la qual  
sosiega con un severo razo-  
namiento.*

**I** GUALMENTE irritado el Rey con-  
tra Harpalo , que contra los  
Athenienses , hizo disponer vna  
Armada , con resolucion de ir en  
persona à Athenas. Pero llegaron-  
le , mientras daba secretas provi-  
dencias para esta jornada, Cartas,  
en que le avisaban : *Que aunque  
Harpalo avia entrado en Athenas , y  
ganado à fuerça de dinero à los Princi-  
pales de ella , aviendose juntado el Pue-  
blo , le avia mandado salir de aquella  
Ciudad , desde donde acogiendo à las  
Tropas Griegas , que le retuvieron , fue  
poco despues muerto à traycion por vn  
Passagero.* Gustoso con estas no-  
ticias , desistió de el intento  
de passar à Europa ; si bien man-  
dò à todas las Ciudades de la  
Grecia : *Que bolviessen à ellas à los  
desterrados, exceptuando à los que avian  
teñido sus manos en la sangre de sus Ci-  
udadanos.* No se atrevieron los Grie-  
gos à oponerse à esta orden , aun-  
que contravenia à sus Leyes ; y  
assi, restituyeron à los desterrados  
los bienes , que se hallaron ser su-  
yos. Solos los Athenienses , mas  
zelosos de la libertad publica, que  
de la particular , y no acostum-  
brados à tolerar el yugo de la Mo-  
narchia , la resistieron , echando-  
los

Texto de  
Quinto  
Curcio.



los à todos de sus confines, y queriendo antes exponerse à qualquier riesgo, que admitir la Gente mas viciosa, de que se avia purgado la Ciudad, y que aun entonces lo era en el destierro. Despues de aver licenciado Alexandro à los ancianos Soldados, mandò, que se escogiesen trece mil Infantes, y dos mil Cavallos, para que quedassen en Afsia, creyendo, que este corto Exercito seria suficiente à conservarla, y respecto de aver puesto Guarnicion en toda ella, y de que las nuevas Ciudades, pobladas de sus Colonias, serian muy poderoso freno contra qualquiera, que intentasse alterarla. Pero aviendo mandado, antes que se nombrassen los que avian de quedar: *Que declarassen todos sus deudas*; pues aunque no ignoraba, que la mayor parte de ellos se hallaba con grandes empeños, y que estos procedian de sus desordenes, queria pagarlas: sospechando estos, que esto miraba à descubrir lo mal que se avian aprovechado de lo que avian adquirido, interpusieron dilaciones. Conociò el Rey no era falta de obediencia, sino sobra de empacho lo que los tenia remissos en el cumplimiento de aquella orden. Y assi mandò poner en dilatadas mesas, repartidas por el Campo, diez mil talentos. Con cuya demonstracion, conociendo, que era muy otro el fin de Alexandro, manifestaron todos sus deudas. Pagadas las quales, no quedaron de tan considerable suma, mas que ciento y treinta talentos; de suerte, que aquel Exercito, que avia triunfado de las mas ricas Naciones del Mundo, llevò ma-

yor gloria, que botin. Pero quando entendieron, que se bolvian vnos, y que quedaban otros, creyendo, que queria establecer en el Afsia la Silla de su Imperio, se precipitaron furiosos, y atropellando por su buena disciplina, llenaron el Campo de sediciosos intentos, pasando todos juntos à decir al Rey à gritos en su misma presençia, con mayor libertad, y desacato, que el que avian tenido jamàs, que los licenciassse à todos y à mostrarle sus rostros, desfigurados todos con la continuacion de las heridas, y sus canas, contraídas con la de los trabajos. Ni las amenazas de los Cabos, ni el respecto del Rey, bastaron à reprimir su furor, pues quanto mas los procuraban templar aquellos, tanto mas enfurecidos los interrumpian las razones, con que solicitaban persuadirlos, continuando incessantemente en sus desmesurados gritos, y protestando, que no se apartarian de alli, sino para volverse à sus casas. Finalmente, aviendo callado, no porque se diessen por vencidos en su furor, sino porque les pareciò que el Rey cedia, quedaron atentos à lo que les decia, que fuè en estos, ò semejantes terminos: *Què es lo que llevo à experimentar oy en vosotros? O de què se origina tan repentino motin, y tan desenfrenado atrevimiento? Hallareme con alientos para mover los labios al ver tan ultrajada mi autoridad por vuestro desacato, y sin que me aya quedado de Rey mas que el nombre, pues me aveis quitado que hable, que solicite saber vuestros intentos, que os haga participes de los mios, y à lo que parece, tambien, que os mire? Avia resuelto*



Suelto embiar à vnòs, y llevar bien à prisa conmigo otros; y tan disgustados os mostrais los que aviais de iros luego, como los que lo aviais de hazer despues? Què es esto? Como puede proceder de causas tan distintas vn mesmo sentimiento? Preciso es que sepa, si los que se quexan son los que han de partirse, ò los que han de quedarse? A lo qual respondieron tan à vn tiempo, à grandes gritos, todos: Que todos juntos eran los que se quexaban; que no parecia, sino que salian de vna mesma voz tantas. No podrè creer yò nunca (replicò el Rey) que tan general disgusto proceda solo de la causa, que vosotros suponeis, quando la mayor parte del Exercito no està comprehendido en ella, pues son mas los que embio, que los que dexo. Mas alto origen trae el mal, y otra muy distinta es la ocasion, que os aparta de mi servicio; porque quien ha visto hasta ahora, que todo vn Exercito aya abandonado à su Rey? Aun los mesmos Esclavos, quando intentan la fuga, no la executan juntos, avergonçandose de dexar à su Dueño, al verle desamparado de los otros. Què harè; pues, quando hablo con hombres tan freneticos, esforçandome en vano à curar animos tan incapazes de remedio? Depongo yà el buen concepto, que hasta aqui tenia hecho de vosotros, y ofrezco trataros desde oy, no como à mis Soldados, pues no lo sois, sino como à los mas ingratos hombres del Mundo. Mi gran benignidad os tiene tan perdidos, y tan olvidados del estado de donde os saquè, al qual mereciais bolver, y consumir lo restante de vuestros dias en èl, pues os hallais mejor en la adversa, que en la prospera fortuna. Los que no ha muchos años, que eran tributarios de los Illirios, y de los Persas, se muestran oy disgustados de las riquezas del Asia, y de los despojos del Oriente. Los que en tiempo de

Philipo andaban poco menos que desnudos, visten ropa de purpura, y deslumbrandoles el resplandor del oro, apetecen mas baxillas de madera, y Escudos de zarços entretexidos, y despreciables Espadas, cubiertas de orin, que fuè el rico aparato con que los hallè. No ignorais, que quando tomè possession de la Corona, la hallè empeñada en quinientos talentos, y que solo avia en el Erario sesenta. Este fuè el caudal, que tuve para dàr principio inmediatamente à la Guerra, y con el que puedo decir, sin vanidad, que me he hecho Señor de casi todo el Universo. Que tanto os disguste el Asia, teatro de vuestras hazañas, cuya gloria os iguala con los mismos Dioses? Deseais bolver à la Europa, y abandonar à vuestro Rey, sin considerar, que entre vosotros ay muchos, que à no averles pagado yo sus deudas, las quales he satisfecho de la presa del Asia, se hallarian impossibilitados de hazer el viage. Y no os avergonçais de bolver con las manos vacias à vuestras mugeres, y à vuestros hijos, despues de aver adquirido de las Naciones conquistadas tantos despojos? Què les respondereis quando os pregunten por los frutos de vuestras Victorias? No sè qual es de vosotros el que podrà mostrarcelos; si solo, que muchos han empeñado hasta sus mismas Armas, con la esperança de su buelta. Pensareis, que pierdo muy ventajosos Soldados en vosotros, en quienes no ha que lado de tantas riquezas, sino la costumbre de la relaxacion, y de los desordenes, en que las aveis consumido? No quereis dexarme? Pues idos, que el camino teneis libre: idos, y sea adonde no buelva à veros mas. Los Persas, y Yo os preservaremos de los riesgos, que os pueden sobrevenir. Quitaos de mi presencia, ingratos Ciudadanos, pues à ninguno estorvo que se vaya; porque yà me falta sufrimiento para toleraros. Allà reconocereis el gusto



*gusto con que os recibiràn vuestras mugeres, y vuestros hijos, al veros bolver sin vuestro Rey. Con què alegria se pondrán en vuestra presencia, y daràn los brazos à vnos Traydores, y Desertores? Idos, idos; pero tened por cierto, que he de triunfar de vuestra fuga, y que me he de vengar de vosotros en qualquier parage donde os hallareis, prefiriendo en todo à los Estrangeros con quienes me dexais. Idos por ultimo, que algun dia conocereis lo que es vn Exercito sin cabeza, y lo que en mi aveis perdido. Dicho esto, se arrojò colerico de vn brinco desde su Tribunal, y entrandose por en medio de los Soldados armados, y advirtiendole en los amotinados, se asyò vno à vno de todos, sin que se atreviese ninguno à estorvarsele, y entregò trece de ellos à sus Guardas.*

## CAPITULO III.

*Desbarata los malos intentos de su Exercito, con el castigo de algunos sediciosos, y dà la Guarda de su Persona à los Persas.*

**Q**UIEN creyera, que aquella desatinada muchedumbre se soslegasse repentinamente, y que fuese tan grande el pavor, que ocupasse sus animos, al ver que arrastraban al suplicio à sus Compañeros, que aviendole quedado inmoviles, y sin atreverse à articular palabra alguna, se mirassen vnos à otros, temiendo cada vno no se executasse con el el mismo rigor? Lo cierto es, que, ò porque naciesse de la gran veneracion, que en las Monarquias tie-

nen los Pueblos à sus Reyes, à quienes adoran como à Dioses, ò del particular respecto con que miraban su Persona, ò de la confianza, y resolucion, con que usaba de su poder, y autoridad, ellos quedaron aturdidos en aquella ocasion, en la qual acreditaron bien su paciencia, y su sujecion; hallandose tanto mas lexos de mostrar sentimiento alguno por la muerte de sus Compañeros, quando supieron se avia executado por la noche, quanto solo atendia cada vno à purgar su delito, y à solicitar perdon de el. Al dia siguiente, llegando delante del Alojamiento del Rey, y hallando, que se les impedia la entrada, franqueandose la à los Soldados Asiatcos, llenaron el Campo de desconsolados clamores, diciendo à grandes gritos, como desesperados: *Que querian morir, si el Rey no mitigaba su enojo.* Pero aquel Principe, que no revocaba facilmente la resolucion, que vna vez tomaba, aviendole ordenado, que se retirassen los Macedones à su Campo, y que se hallassen los Estrangeros en su presencia; concurriendo considerable numero de ellos, los hablò por mediò de vn Interprete asì: *Quando passè de la Europa al Asia, esperè juntar à mi Imperio muchas cèlebres Naciones, è infinitos millares de hombres. No solo correspondiò puntual la fama à sus promesas, sino excediò liberal à mis esperanças, pues hallè Pueblos belicosos, y cuyo amor à sus Reyes es increíble. Avíame persuadido à que entre vosotros todo era vana pompa, y desmesurada profanidad,*



y que vuestra grande felicidad, y abundancia os tendria envejecidos en torpes deleytes. Pero ya me he desengañado, viendo el vigor de vuestros cuerpos, y de vuestros animos, que os haze capaces de tolerar las fatigas de la Guerra; y lo que yo mas estimo, vuestra fidelidad, que en medio de ser grande vuestro valor, no le es inferior. Ha dias, que vivo con este conocimiento, aunque no os lo he manifestado hasta oy. El me ha movido à escoger lo mejor de vuestra juventud, para incorporarla en mis Tropas, como lo he hecho. Vuestro trage, y vuestras Armas no se diferencian de las suyas, aunque vuestra obediencia las excede mucho. Todas estas consideraciones me han obligado à la resolucion de casarme con la hija de Oxatres, que es de vuestra misma Nacion, y à que, no desdenandome de tener hijos de una de mis Cautivas, y deseando, que mi Casa se dilate con copiosa sucession, aya elegido tambien por Esposa mia à la hija de Dario, aviendo movido con su exemplo à los Principales de mi Corte, à que executassen lo mesmo con sus Prisioneras, para que por medio de tan santa aliança, quede borrada la diferencia, que puede aver entre vencedores, y vencidos. Por lo qual debeis estar ciertos de que os tengo por naturales Soldados mios, y no por estraños, y de que os estimo como à mis antiguos Ciudadanos. Ya Asia, y Europa, no son mas que un Reyno, ni las Armas, que os he dado, ni la librea de que os he vestido, otra, que la de los Macedones. Y ya, ni à los Persas es indigno imitar à los Macedones, ni à los Macedones seguir las costumbres de los Persas; porque es preciso, que sean comunes las Leyes, y las utilidades, à los que han de vivir debaxo del Dominio de un mesmo Principe. **Concluido assi**

este razonamiento, fiò la Guarda su Persona de los Persas, cuyos nuevos Oficiales llevaban al Suplicio à los Macedones, que avian quedado por castigar. Refierefe, que entonces vno de los condenados, persona autorizada, y à quien hazia mas venerable su edad, dixo al Rey.

## CAPITULO IV.

*Palabras de cierto Soldado Macedon aprisionado. Conspiracion de Alexandro, el qual muere de veneno.*

**Q**Uando se saciarà tu crueldad de martirizar con tan estraños castigos à los de tu Nacion? Tus Soldados, y tus Ciudadanos permites, que vayan conducidos al Suplicio por sus mesmos Prisioneros, sin que aya precedido conocimiento de causa? Si los has juzgado dignos de muerte, no pudieras aver nombrado otros Ministros de su mesma Nacion, que se la diessen? El consejo, aunque libre, era vtil, si huviesse sabido aprovecharse del; pero teniale tan preocupado su fortuna, y su indignacion, que no pudiendo ver sin impaciencia lo que dilataban los executores la muerte de aquellos infelices, ordenò, que los arrojasen al Rio. Pero ni aun esta impia demonstracion fuè bastante à causar la menor alteracion en los Soldados; los quales, bien agenos de procurarla, acudian en quadri-llas à sus Capitanes, y à los Validos del Rey, para que le pidieffen: Condenasse à muerte à todos los demás, que entre ellos se averiguasse ballarse culpados; pues todo el Exereito estaba prompto

Suple-  
mento  
antiguo.



*à comprar, à precio de sus vidas, su desenojo.* Pero no bien superon con certidumbre, que se avian dado sus cargos à los Persas; que los avian distribuido por los Regimientos; que les avian impuesto los nombres de los Macedones, y que à ellos los avian desechado ignominiosamente, quando no pudiendo contener mas el dolor, que los oprimia, corrieron en camisa juntos todos à Palacio, à cuyas Puertas arrojaron sus Armas, en demonstracion de su arrepentimiento, llorando, y pidiendo à gritos: *Que los dexassen entrar; y que si no avia aplacado el Rey su indignacion, tomasse satisfacion de su desacato en su sangre, y no en sus honras, pues no avian de apartarse de alli, hasta que los huviesse perdonado.* Noticioso Alexandro de estas demonstraciones, hizo abrir las puertas, y se fuè a ellos, y enternecido al ver tantas demonstraciones de su arrepentimiento, y al oir sus gemidos, y sollozos, los acompañò en el llanto, al fin del qual los perdonò; y aviendoles dado vna suave reprehension, concediò licencia à muchos, que estaban incapaces de tomar las Armas, y los embiò con muy ricas dadas, y Despachos, para que Antipatro, Governador de Macedonia, les señalasse en los Juegos los primeros lugares de el Theatro, y los hiziesse entrar coronados, concediendo à los hijos de todos los que avian muerto en servicio suyo, que gozassen de sus sueldos, mientras llegaban à edad de poderlos ganar por si. Nombrò para que los conduxesse à Cratero, en quien proveyò el Gobierno de

Macedonia, de Theffalia, y de Tracia, que tenia Antipatro, à quien ordenò fuesse à axercer el cargo, que dexaba Cratero. Avia dias, que se hallaba Alexandro bien molestado de las continuas quejas de su Madre contra Antipatro, y de las de Antipatro contra Olympias. Cargaba esta à aquel de que aspiraba à la tyrania, y quexabase aquel de la aspera condicion de esta, y de su insuportable altivez, alargandose con alguna frecuencia à ponderar el poco decoro con que trataba su autoridad. Por lo qual se viò precisado el Rey à tomar la resolucion de llamarle cerca de su persona, con tan gran disgusto de Antipatro, que se dispuso à quitarle la vida por medio de algun veneno. Passò desde alli el Rey à Ecbatana, donde diò diversas ordenes para la administracion, y gobierno del Reyno, y hizo solemnes sacrificios, y juegos; durante cuya celebridad murió su gran Valido Ephestion al rigor de vna maligna fiebre. Sintió su pérdida con el estremo, que acreditaron las demonstraciones de su dolor, indignas de tan gran Rey. Porque se refiere hizo colgar al Medico, que le asistió, como si huviesse muerto por culpa suya: que se abrazò de el cuerpo, dando espantosos gritos, de quien le separaron, no sin gran dificultad; y que permaneciò así, sin permitir treguas à su llanto, por espacio de vn dia, y de vna noche; añadiendo à estas demonstraciones otras, que no son creibles. Lo cierto es, que hizo, que se sacrificasse à Ephestion, como à vn Semi-Dios, y



que los gastos de su Sepulcro, y de su funebre pompa, passaron de doce mil talentos. Bolviendose, pues, à Babylonia, le salieron al encuentro los Adivinos Caldeos; los quales le advirtieron, no entrasse en aquella Ciudad, porque corria gran riesgo su vida. Pero desestimando la prevencion, continuò su jornada: en cuyo camino supo le esperaban en Babylonia Embajadores de los parages mas retirados del Mundo; porque aviendose esparcido por èl el terror de su nombre, concurrían à porfia à obsequiarle infinitos Pueblos, como à quien suponían ya Dueño suyo. Cuya noticia aumentò en èl el deseo de llegar à aquella Ciudad, para celebrar en ella, como Cabeza, las Cortes Generales del Universo. Hizo muy solemne su entrada; y despues de aver recibido benignamente à los Embaxadores, los despidió. Dispusose casi por el mismo tiempo vn sumptuoso banquete en casa de Medio, Thessaliense, donde fuè combidado el Rey con los Grandes de su Corte; y aviendose puesto à la mesa, no bien hubo acabado de beber en honor de Hercules, quando prorrumpiò en tan grandes gritos, como pudiera, si le huviesen atravesado por el cuerpo alguna flecha. Retiraronle à su Palacio casi muerto de aquel accidente; cuyos dolores eran tan vehementes, que le obligaron à pedir desesperado vna Espada, para darse muerte. Divulgòse, que la causa de su dolencia, procedia del exceso con que avia bebido; pero lo mas cierto era, que

la avia dado la maldad de los suyos; cuya infamia ocultò el poder de los que le sucedieron. Porque Antipatro avia entregado preparado el veneno à su hijo Casandro, que era Copero Mayor del Rey, y advertidole, que no le fiasse de otro, que de Medio, y de sus hermanos Philipo, y Jolas, que eran los que de ordinario le servian en la mesa; los quales esparcieron el veneno en el agua, y en el vino. Al quarto dia, rezelosos los Soldados de su muerte, se fueron à Palacio, y anegados en llanto, pidieron, se le dexassen ver. Noticioso el Rey de su instancia, mandò à las Guardas, que los hiziesen entrar.

## CAPITULO V.

*Lo que hizo, y lo que dixo antes de su muerte. Sentimiento de los suyos; y especialmente de la Madre de Dario, que de pesar murió. Elogio de Alexandro.*

**F**UE tanto lo que aumentaron sus gemidos, y sollozos al verle, que mas parecia, que lo lloraban muerto, que doliente. Era empero aun mayor la afliccion en los que estaban mas inmediatos à su Persona, à quienes bolviendolos à mirar à Alexandro, les preguntò: *Que adonde hallarian, muerto èl, Rey digno de tales Vassallos?* Verdaderamente, que fuè cosa digna de admiracion, que hallandose aquel Principe tan postrado, y casi moribundo, se mantuviesse en la misma postura, con que recibió à su Exercito, todo el tiempo, que tardaron en saludarle vno à vno sus Soldados.

Texto de  
Quinto  
Curcio.

Def-



Despues de lo qual, y de averles dado el vltimo vale, se bolvió à echar, como si yà no le quedasse otro cuidado, que el de morir; y haziendo acercar al lecho à los suyos, por empezar yà à faltarle la voz, se quitò el anillo que traía, y se le diò à Perdiccas, à quien pidió, que hiziesse llevar su cuerpo al Templo de Hammon. Y preguntandole todos: *Que à quien dexaba por successor suyo en el Imperio?* Respondio: *Que al que mas dignamente le mereciesse; pero que prevenia se disponian sobre la declaracion de el estranhos espectaculos funebres à su muerte.* Preguntòle tambien Perdiccas: *Que quando gustaba de que se le hiziesse divinos honores?* A que respondió: *Quando seais feliz.* Despues de cuyas vltimas palabras rindiò el espiritu. No se oían en aquel Palacio al principio, sino copiosos llantos, espantosos sollozos, y tiernos gemidos; los quales, haziendo el dolor lugar à cuidadosas imaginaciones, y à infelices discursos, sobre lo venidero, se convirtieron repentinamente en tan gran silencio, que no parecia sino que se hallaban en vna basta soledad. Corrian de vna à otra parte, como defatinados, sus Pages, y las Guardas de su Persona, llenando la Ciudad de tristeza, y de los sentimientos, en que fuele prorrumpir en semejantes ocasiones el dolor. A vista de lo qual, los que estaban fuera del Palacio, assi Barbaros, como Macedones, corrieron en Tropas à el, sin que en tan comun desesperacion se pudiesen diferenciar los vencedores de los vencidos; porque vnos, y otros mostraban à por-

fia su dolor: llamabanle los Persas *el mas justo, y benigno Dueño, que tuvieron;* y los Macedones, *el mejor, y mas Valeroso Principe del Mundo, que exandose todos de los Dioses, de que se le huviesse quitado à los hombres en la flor de su edad, y de su fortuna.* Acordabanse entonces de su invencible valor, y de la animosidad, y alegria, con que los conducia al combate, sitiaba las Ciudades, subia à los Muros, y premiaba sus servicios; y arrepentianse entonces los Macedones de averle rehusado los divinos honores, confesandose ingratos, è impios, por averle defraudado titulo, que le era tan debido. Finalmente, despues de averlos tenido embargados por algun rato, ò la veneracion à su Persona, ò el desconuelo de su pérdida, convirtieron àzia ellos mismos su compassion, considerando: *Que aviendo partido de Macedonia, se hallaban de la otra parte del Eufrates, sin Cabo, y en medio de sus Enemigos, disgustados del nuevo dominio: Que aviendo muerto el Rey sin hijos, y sin dexar nombrado successor, qualquiera procuraria ganar, à favor suyo, las fuerças publicas. Sobre lo qual prevenian las Guerras Civiles, que resultarian, y que les seria preciso derramar su sangre, y exponerse à que abriessen nuevas heridas sus antiguas cicatrices, no para Conquistar el Imperio del Asia, sino para darla Rey; y finalmente, que los ancianos Soldados, que avian obtenido licencia de su legitimo Principe para bolver à su Patria, se hallarian obligados à emplear la corta vida que les quedaba en establecer el poder, quiza de algun miserable Soldado. Cogiólos en estos desconsolados dis-*



curfos la noche, que los hizo aun mas funestos. Passaronla toda armados los Soldados, y los Babylo-nios, ò sobre los Muros, ò en los Miradores de sus Casas, para advertir mejor desde ellos lo que pasaba; si bien ninguno se atrevia à encender luz. Con que no pudiendo valerse del uso de los ojos, fiaban el informe de los oídos, aplicandolos al menor ruido, que se les ofrecia. Muchos, desmayados de las vanas sombras, que les figuraba su medrosa imaginacion, corrían por aquellas obscuras calles, dando vnos con otros, sin conocerse, ni asegurarse. Los Persas, que segun su estilo, se avian cortado el pelo, en demonstracion de su sentimiento, y puestose luto, asì como tambien sus mugeres, y sus hijos, lloraban con verdadera ternura, y dolor la muerte de aquel Principe, à quien no miraban, ni como à vencedor suyo, ni como à quien poco antes avia sido su Enemigo, sino como à su mas justo, y legitimo Rey; confesando, que desde que se estableciò su Monarquia, no avian tenido otro, que mas dignamente que el mereciesse su obediencia. No se limitò solo à los Muros de aquella Ciudad tan considerable tristeza, passò inmediatamente à las Regiones cercanas, y dilatòse desde ellas à toda aquella gran porcion del Asia, que està de la otra parte del Eufrates. Llegò, sin mucha dilacion, la nueva à la Madre de Dario; la qual, arrebatada del dolor, rasgò sus vestiduras, se puso luto, se mesò sus cabellos, y se arrojò à tierra. Te-

nia consigo à vna de sus nietas, à quien hallandose aun recientes las lagrimas, por la muerte de su marido Ephestion, acordaba el dolor publico su particular afliccion. Syfigambis empero acumulaba en sì todos los infortunios de su Casa; lamentaba el de aquellas desgraciadas Princezas, nietas suyas, renovando con la infelicidad presente, la memoria de las passadas. No parecia, segun las demonstraciones del dolor, que en ella se veian, sino que Dario era el muerto. Lloraba à muertos, y à vivos igualmente. *Quien mirará (decia) desde oy por mis nietas? Donde hallarèmos otro Alexandro?* Añadiendo: *Que nuevamente quedaban cautivas: Que nuevamente avian perdido su Reyno; y que aunque les faltò Dario, hallaron quien las amparasse; pero que muerto Alexandro, ninguno las atenderia.* Hazia memoria, de que aviendo tenido ochenta hermanos, fueron degollados todos en vn dia, por orden de Ocho, el mas cruel Tyrano, que viò el Mundo; y con ellos su Padre: *Que de siete hijos, que avia dado à luz, no le avia quedado mas, que vno; y que aunque Dario avia florecido por algun tiempo, que solo le elevò la fortuna para hazer mayor su precipicio.* Finalmente, rendida al dolor, se cubriò la cabeza; y aviendo hecho separar de sì à sus nietas, y à su nieto, à quien tenia en las faldas, no quiso ver mas el dia, ni que entrasse yà alimento alguno en su cuerpo; y de esta suerte subsistì hasta el quinto dia, en el qual perdiò los vltimos alientos de la vida. Verdaderamente, que esta muerte es gran testimonio de la benignidad, que el Rey usò, asì



así con ella ; como con todos los demás Prisioneros ; pues no aviendo tenido valor para quitarse la vida, muerto Dario , tuvo por ignominia vivir, muerto Alexandro. Lo cierto es , que si hemos de hazer el juicio, que se debe de aquel Principe, avrèmos de confesar , que sus virtudes las debió à la naturaleza , y que sus vicios le procedieron , ò de la fortuna, ò de la edad. La constancia de su animo fuè increíble ; su paciencia en la tolerancia de las fatigas, tan excesivas, como capaz de rendir à los mas robustos, y acostumbrados à ellas; su valor incomparable , no solo respecto de los Reyes , sino de los que mas se señalaron en èl. Mostròse tan liberal , que concedió aun mas de lo que pudiera pedirse à los Dioses. Su clemencia con los vencidos , fuè tan grande , que no solo bolvió los Reynos à los mesmos de quienes los avia conquistado , sino que hizo merced de otros à muchos. La muerte , que tan horrorosa es à los demás hombres , la miraba èl tan sin ningun temor , que parecia la buscaba à cada passo. No se puede negar , que su ambicion era sin limites ; pero tampoco , que fuè dispensable en vn Principe del verdor de sus años, y en quien correspondiendo à sus empresas tan felices los sucesos de ellas, aumentaban el deseo de la gloria , en que ardia su corazon. Y si bolvèmos la consideracion à la piedad, que usò con los que le dieron el sèr , no la acreditò bien con Olympias , aviendo resuelto colocarla en el numero de los Dioses ? Y con Philipo , aviendo tomado vengança de su muerte ? Pero què dirèmos de su benignidad,

con la mayor parte de sus Confidentes ? Què de su afecto con sus Soldados ? Què de su continencia con las mugeres ? Su talento era igual à su gloria , y su destreza , y juicio superior à su edad. Estas fueron las grandes prendas , de que le dotò la Naturaleza ; los vicios de que fuè causa la fortuna, se reduxeron, à aver pretendido igualarse con los Dioses, à aver mandado, que se le hiziesen divinos honores, à aver dado mas credito del que debiera à los Oraculos , que le lisongeaban con semejantes vanidades ; à averse irritado con los que rehusaron adorarle , à averse vestido al uso Estrangero , à aver imitado las costumbres de los Pueblos , que avia vencido , y despreciado , antes de la Victoria. Porque aunque no debe omitirse su propension à la colera , y al vino , tampoco negar , que la misma edad , que contribuyò mucho à ocasionarsela , pudiera tambien aver sido gran parte para moderarsela. Pero si bien es preciso conceder, que fuè muy deudor à su virtud ; tambien , que lo fuè aun mas à su fortuna , pues entre los mortales solo èl la tuvo, como à su arbitrio , y disposicion. Quantas vezes se le arrebatò como de entre las manos à la muerte ? Quantas vezes le sacò felizmente de los mayores riesgos , à que se arrojò, sin desampararle nunca , disponiendo , para mayor colmo de sus beneficios , que el curso de su vida terminasse en el periodo de su gloria ? Porque hasta que hubo sujetado el Oriente , llegado à surcar las ondas del Oceano, y executado quanto es possible à vn mortal , la preservò su destino de los rigores de la



Parca. Atendíase, pues, à dár successor à tan gran Rey, y à tan esclarecido Conquistador. Pero el peso de tan considerable maquina, excedia à las mas robustas fuerças; y con efecto, aun la fama de Alexandro, constituyó Reyes, y Reynos casi por todo el Mundo, aviendose hecho célebres en él, aun los que en la rota de tan gran fortuna pudieron lograr los menores vestigios de ella.

## CAPITULO VI.

*Consejo, y parecer de los Grandes, sobre declarar successor à Alexandro.*

**P**ERO bolviendo à Babylonia, de donde nos hemos apartado, convocaron en ella, para el Alojamiento del Rey las Guardas de su Persona, à los Grandes, y à los Oficiales del Exercito, à quienes siguió considerable muchedumbre de Soldados, deseosos de saber quien sucederia en tan gran poder. No podian llegar muchos, respecto del demasiado tropel; por lo qual dixo vn Araldo en alta voz: *Que no entrassen mas de los que eran llamados.* Pero faltando quien los contuviesse en obediencia, todos se burlaron de la prohibicion. Llegóse à esto el renovarse alli los llantos, y los gemidos de todos, sin que se huviesse podido templar, hasta que el cuidado de los intereses publicos dió treguas à ellos, y lugar al silencio. Entonces Perdicas expuso à vista del vulgo la Silla Real, en que estaba la Diadema, el Manto, y las Armas de Alexandro, entre las quales puso el anillo, que le avia dado el dia antes. A

vista de cuyos objetos bolvieron à renovar su llanto, y sus gemidos, no de otra suerte, que quando lloraron su muerte, hasta que Perdicas empezó à hablarlos assi: *Pongo en vuestro poder el anillo, que el Rey me dió al tiempo de su muerte, con el qual sellaba sus ordenes, y mantenía su autoridad. No sé que el Cielo, en su mayor indignacion contra nosotros, pudiera avernó embiado igual calamidad à la de la pérdida de tan gran Principe. Pero si consideramos la grandeza de lo que ha executado, es preciso que creamos, que los Dioses le avian dado, como de prestado al Mundo, y que aviendolo obrado las maravillas, que hemos visto, le restituyeron al Cielo, de donde le embiaron. Por lo qual debemos, no quedandonos otra cosa, que lo que se subtrae de la inmortalidad, atender primeramente à satisfacer, en quanto nos sea posible, las obligaciones, que nos corren à su cuerpo, y à su memoria; y despues considerar en qué Ciudad nos hallamos, en medio de qué Pueblos, qué Rey, y qué apoyo hemos perdido. Lo que debemos hazer (ó compañeros míos!) es, assegurar nuestras Victorias entre las que hemos vencido. Para esto necesitamos de una Cabeza, pues sin ella no ignorais, que qualquiera Exercito es vn cuerpo sin alma. De vuestro arbitrio pende elegir esta, ó mechas. Roxanes se halla preñada de seis meses; permitan los Dioses, que nos gobierne el que naciere, quando tenga edad para poderlo hazer; en cuyo interin es preciso, que determineis de quien hemos de fiar la Regencia. Esto fué lo que Perdicas les representó; à que Nearcho se opuso, diziendo: *Que ninguno pondria en duda, que heredasse el Reyno quien fuesse de la sangre de Alexandro; pero que era impracticable, assi en el genio de los Macedones, como en el estado presente de los intereses,**



ses, esperar para él à quien no avia nacido, excluyendo al que lo estaba. Y que pues el Rey avia dexado un hijo, avido en Barcines, seria mas conveniente coronarle. Disgustò tanto à todos esta proposicion, que dando en sus Escudos con los cabos de los Dardos, no cessaban de murmurar de ella, destemplandolos tanto la tenacidad con que Nearcho insistia en su dictamen, que fuè preciso, que tomasse la mano Ptolomeo; el qual dixo: Por cierto, que es muy digna estirpe la de los hijos de Roxanes, ò de Barcines, para que saquen de ella los que han de mandar à los Macedones, unos semi-Escavos, cuyos nombres apenas avr à quien se atreva aun à pronunciarlos en Europa! Vencimos por ventura à los Persas para sujetarnos à sus hijos, quando aun Dario, y Xerxes, poderosísimos, y legitimos Reyes, no pudieron conseguirlo con tan formidables Exercitos, assi Terrestres, como Maritimos? Mi dictamen es, que se transfiera à Palacio el Tribunal del Rey, y que quando se hubiere de deliberar sobre la gravedad de este negocio, se convoque el Consejo: que en él no concurren mas que los que le componian en vida de Alexandro, y que obedezcan los Cabos, y los Capitanes las resoluciones, que se acordaren en él, con la mayor parte de los votos. Eran algunos del dictamen de Ptolomeo, y pocos del de Perdicas. Pero levantadose Aristono, dixo: Que quando se le preguntò à Alexandro, que à quien dexaba por successor en la Corona; respondió, que al mas digno; y que aviendo dilatado la vista por todos los que se hallaron presentes à su muerte, y elegido entre todos à Perdicas para entregarle su anillo, avia declarado bastantemente en aquella demostracion, que en su aprecio ninguno lo era mas; y consequentemente, que le desti-

naba para successor suyo. Assegurados los mas de que era cierto lo que decia, le intimaron, que se pusiese en medio de ellos, y que bolviese à tomar el Real anillo. Batallaba Perdicas entre el deseo, y la verguença; y discurriendo, en que quanto mas rehusaba admitir lo que con tanta ansia apetecia, tanto mas se le instaria porque lo aceptasse; despues de aver estado por algun rato irresoluble, se retirò por vltimo detrás de los que avia tenido à sus espaldas. Entonces Meleagro, vno de los Capitanes, valiendose de la ocasion, que le diò la irresolucion de Perdicas, dixo en altas voces: No permitan los Dioses, que cayga sobre tan débiles ombros la fortuna de Alexandro, y el peso de tan gran Imperio; el qual le juzgo por incapaz de que ningunas fuerças humanas le sustenten. No hablo de los que se hallan aqui con mas derecho que él, sino de todos los hombres valerosos, que están presentes, contra cuya voluntad no se executará nada. Importa poco que tengais por Rey al hijo de Roxanes, quando le dè à luz, ò à Perdicas, pues de qualquiera suerte se usurparà este el Reyno con el pretexto de la tutela. Por cuya razon no ha gustado de ninguno de los que se han propuesto, sino del que aun no està en el Mundo, librando todo nuestro remedio en el parto de una muger, en ocasion donde precisa à nuestra justa impaciencia la mas urgente necesidad à que elijamos Rey, como si tuviese por cierto, que de él ha de nacer varon. Pero quien os assegurará, que no le suponga, y introduzca el que se le antoje. Verdaderamente, que si Alexandro le dexò por successor, que esta vnica orden os persuadirè à que no obedezcais. Quanto mas justo serà (ò Soldados!) que presurosos os apodereis de effos tesoros,

pues



pues es el Exército legitimo heredero de las Reales riquezas, que están en el Campo.

## CAPITULO. VII.

Saludan por Rey algunos à Arideo, hijo de Philipo, à solicitud de Meleagro, de que se origina una Guerra Civil.

Dicho esto, pasó por en medio de las Tropas; que estaban alli en orden de Batalla: siguieronle los mismos, que le avian abierto lugar para que lo hiziesse, como encaminandose al pillage, à que los avian incitado. Con que hallandose rodeado de vn grueso de Soldados Armados, corria gran riesgo que la discordia passasse à sedicion. Suspendiòla empero cierto hombre de lo mas infimo de la Plebe, y apenas conocido de alguno, el qual dixo: *Que causa os obliga à valeros de las Armas, y à empenaros en una Guerra Civil, quando teneis entre vosotros el Rey que buscáis? No està aqui Arideo, hijo de Philipo, hermano de Alexandro, Compañero suyo en los Sacrificios, y en los Sagrados Mystérios, y el dia de oy unico heredero suyo? Que ha cometido en ofensa vuestra, que quereis vsurparle tan injustamente el derecho, que le dà el comun de las Gentes? Porque si buscáis vn Rey como Alexandro, nunca le hallareis; y si el mas cercano à el, ninguno lo es mas que este.* Miraronse al principio vnos à otros, oída la proposicion, que los dexò suspensos por algun rato, hasta que despues prorrumpieron todos, diciendo à gritos: *Que era preciso llamar à Arideo, y que eran dignos de muerte los que avian ordenado la Junta sin el.* Pero Phiton, bañado en lagrimas, empezó à de-

zir: *Que con muy justa razon podia quejarse Alexandro de que le huviesse vsurpado la muerte el fruto del afecto de tan buenos Ciudadanos, y de tan generosos Soldados; los quales, atentos solo al nombre, y à la memoria de Alexandro, olvidaban lo que era mas importante aun à su misma gloria.* No estaba tan oculta la malicia de estas palabras, que no conociesse todos, que se dirigian contra aquel juvenil Principe, à quien se le destinaba el Imperio; pero grangearon antes el odio contra su Autor, que el desprecio de Arideo, à cuyo favor movieron la compasion, y el afecto de la Junta de fuerte, que no cesando de decir à gritos: *Que no consentirian Reynasse otro que el, el qual avia nacido con aquella esperança.* Le llevó inmediatamente Meleagro, declarando Enemigo de Perdiccas, à Palacio, donde hizo à los Soldados le proclamasen Rey, debaxo del nombre de Philipo. Esta era la voz del Pueblo, no empero el parecer de los Grandes; entre los quales Phiton, en cumplimiento de lo que avian resuelto con Perdiccas, nombrò por Tutores del Infante, que avia de nacer de Roxanes, à Perdiccas, y Leonato, ambos de la sangre Real: declaró à Cratero, y à Antipatro por Directores de los negocios de la Europa; y hizo que jurassen de reconocer por Rey à aquel renuevo de Alexandro. Meleagro, temeroso de que le sobreviniesse lo que merecia, se retirò con los de su partido; si bien cobrando alientos despues, y llevando consigo à Philipo; forçò las puertas del Palacio; donde le entrò diciendo à gritos: *Que la vigorosa edad de aquel Principe, autorizaba la eleccion del Pueblo:*

*Que*



*Que se acordassen, que era de la sangre de Philipo, y hijo, y hermano de dos Reyes, cuyas razones debian obligarlos à que, à lo menos, hiziessen experiencia de el, y juicio por si mismos, sin dexarse llevar de agenos dictámenes. No ay pielago, que mayores olas, ni mas tempestuosas borrascas levante, que las que fuscita la muchedumbre, oprimida, y recelosa de que no subsista su nueva libertad. Fueron pocos los que siguieron el partido de Perdiccas, à quien acababan de nombrar en la Regencia, y mas de los que se esperaban los que se llegaron al de Philipo. Si bien todo era irresoluciones, y mudanças, arrepintiendose, tan à prisa de lo que avian executado, como del mismo arrepentimiento que avian tenido; aunque por vltimo fueron à dár en la Real extirpe. Receloso Arideo de la autoridad de los Principes, dexò la Junta, y se retirò; con cuya accion, en vez de entibiar el afecto de los Soldados, se le avigorò tanto, que aviendole buuelto à llamar, le pusieron las Reales Vestiduras de Alexandro, que estaban sobre la Silla; à cuyo tiempo, aviendose puesto Meleagro la Coraza, y tomado sus Armas, le siguiò, como Capitan de sus Guardas; y la Phalange, dando con las Picas en los Escudos, amenazaba de destruir à qualquiera, que intentasse vsurpar la Corona, à que no tenia derecho; pues era preciso que esta quedasse en la Real Casa, y en el legitimo heredero: Que aun el mismo nombre de Philipo le hazia venerable, ballandose ellos acostumbrados à obedecer à los Principes que le tenian; y que ninguno, que no huviesse nacido para Reynar, se atreviò à tomarle. Aviafe encerrado Perdiccas en la sala donde*

*estaba el cuerpo de Alexandro, bien receloso, y afsistido de seiscientos hombres escogidos, y llegòsele Ptolomeo con toda la juventud de la Corte. Pero no aviendo resistencia, que bastasse contra el gran numero de Soldados, que seguia à Philipo, derribadas las puertas, entrò dentro, rodeado de vna Compañia de Soldados, bien Armados, y resueltos, de quienes era Capitan Meleagro. Irritado Perdiccas de aquella violencia, saliò de allí, haziendo que le siguiessen los que guardaban el cuerpo. Pero cargaronle à el, y à los que le acompañaban de tal suerte los que avian entrado nuevamente, que aviendo herido à muchos, se hallaron precisados los mas ancianos à levantar las celadas para darse à conocer mejor, y pidieron à los que estaban con Perdiccas, que escusassen llegar à las manos, y que cediessen al Rey, y al partido mas fuerte. Fuè Perdiccas el primero que lo executò, à quien siguieron los demás; los quales, poniendolos en sospechas de que se les disponia alguna traycion, las instancias con que los persuadia Meleagro à que no dexassen el cuerpo de Alexandro, salieron por vna puerta falsa, y ganaron la otra parte del Eufrates. Siguiò la Cavalleria, compuesta de toda la Nobleza, à Perdiccas, y à Leonato, cuyo dictamen era de dexar à Babylonia, y de hazerse dueños de la Campaña. Pero no afsintió à el Perdiccas; el qual, esperando en que le afsistiesse tambien la Infanteria, se quedò en aquella Ciudad, porque llevando consigo la Cavalleria, se separaba de las demás Tropas.*



## CAPITULO VIII.

*Oponense los principales Capitanes à los artificios de Meleagro. Procura Arideo, deseoso de la paz, sossegar el tumulto, solicitando algun medio de la satisfacion de vnos, y otros.*

**N**O cessaba de incitar en el interin Meleagro al Rey, à que dispusiese la muerte de Perdiccas, ponderandole: *Que era el vnico medio de assegurar la Corona, y preciso que se librasse de aquel ambicioso genio: Que se acordasse de lo que executò con el Rey, y tuviesse por cierto, que nunca podian ser seguros los que vivian recelosos.* Aunque el Rey no aprobaba este consejo, diò con oirle bastante ocasion à Meleagro, para que teniendo por orden su silencio, embiasse algunos Soldados de su Compañia à que llamasen à Perdiccas de parte del Rey, mandandoles, que le diesse la muerte si mostraba alguna repugnancia en executar lo. Advertido Perdiccas de la llegada de aquellos Soldados, no teniendo consigo mas que seis Cavallos de la Compañia Real, los esperò à piè firme en la puerta de su Alojamiento; y despues de averlos tratado muy mal de palabra, y llamados verdugos, y Esclavos de Meleagro, los amedrentò de suerte, con la firmeza de su valor, y con la ferocidad de su semblante, que perdidos de animo, se encomendaron à la fuga. Hizo poner inmediatamente à Cavallo à aquellos Mancebos, y acompañando tambien de algunos de sus Amigos, passò à buscar à Leonato, don-

de se puso en estado de defenderse, por si le acometian. Divulgòse al dia siguiente el peligro en que se avia visto Perdiccas; y estrañandole los Macedones, resolvieron irritados tomar satisfacion de Meleagro, passando tumultuados à la presencia del Rey, à quien preguntaron: *Si avia mandado que se le llevasse preso à Perdiccas?* Respondiòles: *Que si; pero que avia sido à persuasion de Meleagro; y que debian sossegar se, respecto de hallarse libre Perdiccas, y de no averle resultado daño alguno.* Despedidos de esta suerte, quedò Meleagro bien temeroso, mayormente viendose abandonado de la Cavalleria; y no sabiendo què partido tomar, aviendo caido en la red, que avia armado à su Enemigo, se mantuvo por espacio de tres dias, consultando consigo mismo lo que debia executar. Conservabase aun alguna parte de aquella grande autoridad de Alexandro, porque los Embaxadores acudian al Rey, el qual les daba audiencia; los Capitanes asistían cerca de su Persona, y los Soldados hazian Guarda à las puertas del Palacio. Pero veíase en los semblantes tan general inquietud, y disgusto, como el que pudieran mostrar en la vltima desesperacion. Desconfiaban vnos de otros, de suerte, que ninguno se atrevia à hablar, ni à juntarse aun con sus mas conocidos, viendose precisados à conservar en sì sus pensamientos, sin permitir el menor deshaogo à alguno de sus cuidados. Comparaban à aquel Rey con el que avian perdido, y aumentaba su afliccion la gran diferencia, que avia de vno à otro, buscando en vano aquel Principe, debaxo de cuyas ordenes



denes avian triunfado del Mundo. Considerabanse como abandonados, y à merced de aquellas indomitas Naciones, que tenían por Enemigas, de quienes esperaban, que vengassen en la primera ocasion, que se les ofreciesse, los vltres, que avian hecho de ellos. Hallandose, pues, con la afliccion de semejantes discursos, llegaron à decirles: Que la Cavalleria, que seguia à Perdiccas, embargaba todos los mantenimientos, que llevaban à la Ciudad; de que se siguiò en breves dias la carestia, y despues la hambre; la qual les precisaba, ò à que se acomodassen con Perdiccas, ò à que tomassen las Armas contra el. Llegòse à esto el averse retirado la Gente del Campo à la Ciudad, temerosa de los robos, y daños, que causaban, y hazian los Soldados, y el aver salido muchos de ella por falta de viveres, y por creer, que lo passarian mejor en las vecinas, que en la propria. Los Macedones, recelosos de que se alborotassen los habitantes, se juntaron en el Alojamiento del Rey, à quien propusieron: Embiasse Diputados à tratar con la Cavalleria, y à disponer, que depusiesen las Armas. Conforme el Rey con este acuerdo, despachò inmediatamente à Pafas Thesfalo, à Amillas Megalopolitano, y à Perilao, que despues de aver propuesto su comission, llevaron por respuesta: Que no dexarian las Armas, si primero no se les entregaban los Autores de la division. Con la qual, movidos de proprio impulso los Soldados, tomaron presurosos las Armas; à cuyo ruido salió Philipo de Palacio, y poniendose à vista de todos, les dixo: Ninguna cosa nos conviene mas, que mantenernos en sosiego; pues el que lo biziere, logrará el premio de los que comba-

tieren entre si. Sobre lo qual debeis considerar, que aveis de contender con vuestros Ciudadanos, y que si mostrais desesperar de algun ajuste, os precipitais à una Guerra Civil. Solicitemosle antes segunda vez, que podrá ser, que no aviendo aun dado sepultura al cuerpo del Rey, pueda bolvernos à unir este comun oficio de piedad. Por lo que mira à mis interesses, desde luego los depongo todos; porque quiero antes renunciar el Imperio, que ser causa de que se derrame gota alguna de sangre de mis Ciudadanos. Y assi os ruego, que si consiste en esto el sosiego publico, que pongais los ojos en otro, que acierte à regirle mejor. Y dicho esto, se quitò la Diadema, vertiendo algunas lagrimas, y estendiendo la mano, en que la tenia, la ofreciò al que se juzgasse mas digno, que el della. La modestia, y madurez de este razonamiento hizo concebir tan grandes esperanças de aquel Principe, cuyo merecimiento avia tenido desconocido hasta entonces el esplendor de la gloria de su hermano, que se conformaron todos en que se executasse lo que avia propuesto. Despacharonse, pues, los mismos Diputados à Perdiccas, y à Leonato, pidiendoles por medio de ellos: Que admitiesen por tercer Capitan à Meleagro. Obtuvieronlo facilmente, porque Perdiccas no deseaba otra cosa, que apartarle del lado del Rey, previniendo, que sola una Cabeza, no podia hazer resistencia à dos. Con lo qual salió Meleagro con la Phalange à encontrarle: encaminòse à el Perdiccas con la Cavalleria; y aviendose saludado reciprocamente de ambas partes, se juntaron, creyendo tuviesse perpetua duracion la concordia, que ajustaron.



## CAPITULO IX.

*Pierde Perdiccas à Meleagro por  
cierta astucia que usò, y casi tre-  
cientos hombres, que le avian  
seguido.*

**P**ERO el destino del Imperio Macedonico avia resuelto ya su ruina, y derramado las semillas de las Guerras Civiles, que le avian de destruir. Porque no admitiendo las Monarquias mas que vna Cabeza que las rija, en esta todos querian ser dueños de mandarla. Y assi vnieron primero sus fuerças, y las dividieron despues; y como en vn cuerpo, à quien se le carga de mas peso, que el que puede sufrir, desfallece los miembros oprimidos de èl, assi aquel Imperio, que pudiera mantenerse regido por solo vno, quedò arruinado por tantos. A vista de lo qual, debe con muy justa razon reconocer el Pueblo Romano su prosperidad à vn Principe, que en medio de aquella tenebrosa noche, que creímos fuè la vltima, se nos apareció como nuevo Astro de feliz influencia. Cuyo nacimiento iluminò al Mundo mas que el del Sol, y diò à miembros tan divididos con horribles discordias vna Cabeza, que los vniesse. Quantos incendios no extinguiò? A quantas Espadas no embotò sus acerados cortes? Y quantas tempestades no calmò con tranquila serenidad? A cuyo gran beneficio debe su Imperio, no solo la gloria con que bolviò à florecer, sino con la que oy florece; y si los Dioses no embidian la felicidad, que reconocemos à tan Augusta Casa, espero, que quando no la prosperen con tan eterna suc-

cession, como la solicitan nuestros votos, que sea à lo menos con larga, y feliz duracion. Pero bolviendo à tomar el hilo de la narracion, que me obliga à cortar la consideracion de la felicidad publica, Perdiccas libraba su mayor bien en la muerte de Meleagro, por aver experimentado en èl, que su vanidad, è infidelidad no le permitian dexasse de maquinar siempre novedades; y reconocido, que siendo su mortal Enemigo, nada le convenia mas, que desembarazarse de èl. Si bien gobernaba este intento con la profunda dissimulacion, que era precisa para su logro. A cuyo fin sobornò secretamente à algunos de la Cavalleria, que mandaba, para que se lamentassen publicamente de que se le huviesse dado la mesma autoridad à Meleagro, que à èl. Noticioso de esto Meleagro, passò colerico à quejarse con Perdiccas; el qual mostrando gran admiracion de lo que le referia, diò voces, se quejó, y hizo quanto le pareció conveniente à persuadirle su disgusto, resolviendo por vltimo ambos, que se prendiesse à los Autores de aquellos sediciosos intentos. A vista de cuyas demostraciones, abrazandole agradecido Meleagro, alabò sumamente su vizarria, y estimò su afecto, quedando conformes en castigar à los culpados. Decretòse, pues, con motivo de la discordia passada, que convenia purificar el Exercito conforme al estilo de su Patria. Executabanlo los Reyes de Macedonia de esta fuerte: Despedazaban vna perra, cuyas entrañas esparcian por los dos estremos del Campo adonde se avia conducido el

Exer-



Exercito , dentro de cuyo espacio estaban todas las Tropas en orden de Batalla , à vna parte la Cavalleria , y à otra la Infanteria. Llegado el dia destinado para esta ceremonia , se puso el Rey delante de la Cavalleria , y los Elefantes enfrente de la Phalange , que mandaba Meleagro. No bien se hubo movido la Cavalleria , quando embargada de repentino pavor la Infanteria , al ver delante de si à sus Enemigos , nuevamente reconciliados , desesperaban tanto de todo buen suceso , que estuvieron casi resueltos à bolverse à la Ciudad , respecto de la ventaja , que daba la llanura à la Cavalleria. Pero considerando , que era temeridad condenar por vna ligera presuncion la feè de sus Compañeros , se mantuvieron firmes , aunque con resolucion de vender bien sus vidas , en caso de que los acometiesen. Acercabanse ya vnos à otros los Batallones , quando alargandose el Rey con vna de las alas de la Cavalleria àzia la Infanteria , preguntò , instigado de Perdiccas , *por los Autores de la sedicion , para castigarlos ( quando debiera el protejarlos ) amenazandolos , de que si no se los entregaban haria passar sobre ellos los Cavallos , y los Elefantes.* Quedaron atonitos aquellos infelizes de tan improvifo mal , y Meleagro sin aliento , y sin consejo ; si bien , teniendo por mejor en aquel estado esperar antes à ver lo que disponia de ellos la fortuna , que moverse à nada , se mantuvieron quietos. Entonces Perdiccas , reconociendolos perdidos , y en dispo-

sicion de hazer de ellos lo que gustasse , mandò sacar de los Esquadrones hasta trecientos Soldados , que avian seguido à Meleagro , quando se retirò de la primera Junta , que se tuvo despues de la muerte de Alexandro , y exponerlos à vista de todo el Exercito à los Elefantes , que los despedazaron à todos , sin que se opusiesse à ello Philipo , ò lo mandasse embarazar ; pues antes parecia por el suceso , que autorizaba el hecho : cuya accion fuè de infeliz aguero , y principio de las Guerras Civiles , que arruinaron el Imperio de los Macedones. Aviendo reconocido Meleagro , aunque muy tarde , los artificios de Perdiccas , se mantuvo con la Phalange , en cuyo tiempo no se atrevieron à hazerle daño alguno. Pero poco despues , viendo que sus Enemigos tiraban à su ruina , debaxo del nombre del que avia hecho Rey , se acogió , desesperado de todo remedio , al Templo , donde profanando su Sagrado , le dieron muerte furiosos.

## CAPITULO X.

*Dividese en muchas partes el Imperio de Alexandro. Dase la mayor à Arideo , y las Provincias à los Grandes del Estado. Llevan el cuerpo de Alexandro à Alexandria de Exypto.*

**A**VIENDO buuelto Perdiccas el Exercito à la Ciudad , hizo juntar en ella à los Principales de el , por cuyo acuerdo fuè dividido



el Imperio de esta suerte: Que se conservasse en la Persona del Rey la soberana autoridad, y que Ptolomeo quedasse Satrapa de Exyp-  
to, y de todas las Provincias de Africa, que estaban debaxo de su Jurisdiccion. Dióse la Syria, y la Phenicia à Laomedon; la Cilicia à Philotas; y Lycia, Pamphilia, y la gran Phrygia à Antigono. Fue Calandro embiado à Caria, y Menandro à Lydia. Obtuvo Leonato à Phrygia Menor, con toda la Costa del Helesponto. Consignaron à Capadocia, y à Paphlagonia à Eumenes, con orden de que guardasse toda aquella Region, que se dilatava hasta Trapefunta, y de que hiziesse Guerra à Ariarathes, que era el vnico, que no avia querido sujetarse al Imperio de los Macedones. Nombróse à Phiton para el Gobierno de Media; y à Lisimacho para el de Thracia, y de los Pueblos del Ponto, contiguos à aquella Provincia, ordenandose, que los que mandaban à los Indios, Bactrianos, Sogdianos, y à otras Naciones, que habitaban àzia el Mar Oceano, y Roxo, quedassen en sus cargos; y Perdicas al lado del Rey, por General de sus Armas. Creyeron algunos, que Alexandro dexò en su Testamento distribuïdas assi las Provincias; pero tenèmoslo por falso, aunque ay Autores, que lo refieren. Hecha, pues, esta division, gozaban todos de la porcion, que se les avia señalado, aviendo quedado en estado de poderse conservar muy bien entre aquellos Pueblos, si fuesse factible, que se prescriviesse à terminos la desen-

frenada ambicion de los hombres; pues debaxo de el pretexto de servir à su Señor, se hallaban en possession de grandes, y dilatados Reynos, que governaban por si, aviendo llegado desde la inferioridad de Ministros, à la superioridad de Reyes, sin mas cuidado, que el de Reynar en paz, pues eran todos de vna Nacion, y tenian los Estados tan apartados vnos de otros, que les faltaban enteramente las ocasiones para las menores discordias, y disgustos. Pero siendo infeliz propension de nuestra humana Naturaleza despreciar lo que se goza, quando se espera mejorar con el logro de lo que se apetece, mal podian vivir contentos, con lo que la fortuna les avia concedido; fuera de que creian les seria menos dificil aumentar los Reynos, de lo que les fuè el adquirirlos. Avia siete dias, que estaba expuesto en el Real Solio el cuerpo del Rey, sin que le huviesen hecho las honras funerales, por no averlo permitido el cuidado de los interesses publicos, y el de dar providencia para el Gobierno del Imperio. Pero aunque no ay Tierras adonde sean mas excessivos los calores, que en Mesopotamia, à cuyo rigor mueren muchos Animales, si los cogen en campo raso, ni en donde sea tan ardiente el Sol, el qual abraza, como el mismo fuego; llegando à esto la suma esterilidad, que padece de agua, y el reservar para si los Naturales la corta porcion, que ay de ella, ocultandola de los Estrangeros, reconociendo el cuerpo, le halla-



hallaron; no solo entero, y sin el menor indicio de corrupcion, sino conservando en el rostro el mismo vigor, que mantiene qualquier viviente. Por lo qual, los Exypcios, y Caldeos, à cuyo cuidado estaba embalsamarlo à su estilo, se hallaron remisos en ejecutarlo, creyendo, que aun alentaba; hasta que por vltimo, despues de averle hecho oracion, y pedidole: *Permitiessse, que llegassen à el mortales manos*; labado el cuerpo, le embalsamaron, y le pusieron en vn Trono de oro, lleno de perfumes, con la Diadema en la cabeza, y todas las demás insignias del Imperio. Creyeron muchos, que fuè muerto con veneno, que Jolas, hijo de Antipatro, su Coperero Mayor, le diò por orden de su Padre. Lo cierto es, que en muchas ocasiones se dexò decir Alexandro: *Que Antipatro aspiraba à la Corona: que era mas poderoso de lo que era licito à vn Governador, y que orgulloso con la Victoria de Sparta, pretendia aver alcanzado por sí, la que no lograba sino por la benignidad de su Señor.* Tambien se persuadieron algunos, à que llevaba Cra-

tero, quando le despachò Alexandro con los Soldados Viejos, orden para matarle. Afirman todos, que el veneno, que se engendra en Macedonia, es tan eficaz, y violento, que consume al mismo hierro, y que no se puede llevar sino en la vña de algun mulo. Llamán Styx à la Fuente donde corre tan mortal licor, el qual aseguran, que le llevó Casandro, y diò à su hermano Jolas, y que este le introduxo en la copa, en que bebió Alexandro la vltima vez; pero diessenle, ò no el veneno, lo cierto es, que la autoridad, y el poder de los acusados, suprimió bien aprisa esta voz; porque aviendose apoderado Antipatro de Macedonia, y de la Grecia, y sucedidole sus hijos, exterminaron la Estirpe de Alexandro, sin perdonar à los mas remotos Parientes. Ptolomeo, à quien en el repartimiento le consignaron à Exypto, mandò llevar el cuerpo à Memphis, y desde alli, despues de algunos años, à Alexandria, donde se le hizieron quantos honores eran debidos à su nombre, y à su memoria.

Fin del Libro Dezimo, y de la Historia de Quinto Curcio.





# INDICE

## DE LAS COSAS NOTABLES.

### A

**A**BISTAMENES, Gobernador de Capadocia, lib. 3. cap. 4. pag. 98. col. 1.  
**Abdolomino**, Rey de los Sydonios; caso raro de su Coronacion, lib. 4. cap. 1. pag. 118. col. 1.  
**Achiles**, honrado de Alexandro en su Sepulcro, lib. 2. cap. 4. pag. 55. col. 2.  
**Achiles**, Fuente llamada de su nombre, lib. 2. cap. 7. pag. 68. col. 1.  
**Azeyte de Balsamo**, donde se halla, lib. 2. cap. 11. pag. 86. col. 1.  
**Ada**, Reyna en Caria por favor de Alexandro, lib. 2. cap. 8. pag. 74. col. 1. Su Genealogia, ibid.  
**Aguilas**, dos se aparecieron sobre la Casa de Alexandro al tiempo de su nacimiento, lib. 1. cap. 1. pag. 4. col. 1.  
**Agenor**, Fundador de Tyro, lib. 4. cap. 4. pag. 131. col. 2.  
**Agis**, Rey de Lacedemonia, lib. 4. cap. 1. pag. 122. col. 2. Muere valerosamente, lib. 6. cap. 1. pag. 203. col. 1.  
**Agriaspas**, llamados Evergetas, lib. 7. cap. 3. pag. 244. col. 2.  
**Alexandro**, descendiente de Jupiter, lib. 1. cap. 1. pag. 2. col. 2. Juzganle hijo de Jupiter, ibid. Es anunciado a su Padre en vn sueño, con señales de Heroe famoso, lib. 1. cap. 1. pag. 3. col. 2. Suceso prodigioso en su nacimiento, ibid. En el tiempo de su nacimiento sujerò Philipo a Potidea, y alcançò otros triumphos, ibid. Predicenle los Adivinos muchas felicidades, ibid. Temblor de tierra en su nacimiento, lib. 1. cap. 1. pag. 4. col. 1. Era de su nacimiento, ibid. Disposicion de su cuerpo, lib. 1. cap. 2. pag. 5. col. 2. Quien fuè su Ama, lib. 1. cap. 2. pag. 5. col. 1. Sufrimiento en los trabajos, lib. 1. cap. 2. pag. 5. col. 2. Atravesaba la vista, y de què se originò, ibid. No fuè imperfeccion, ibid. Respuestas sentenciosas, que diò en su niñez, lib. 1. cap. 2. pag. 6. col. 2. Medio de que usaba para dormir poco, ibid. Veneracion a los Dioses, ibid. Alabanle los Embaxadores de Persia, ibid. Medios, que puso para el conocimiento de los secretos naturales, lib. 1. cap. 3. pag. 8. col. 1. Supo Medicina, y de quien la aprehendiò, lib. 1. cap. 3. pag. 8. col. 2. Lo que dixo en aprecio de la Philosophia, ibid. Primoroso en la Musica, lib. 3. cap. 3. pag. 10. col. 1. Sus costumbres, lib. 1. cap. 4. pag. 12. col. 1. Doma la fiera de Buzephalo, lib. 1. cap. 4. pag. 12. col. 2. De diez y seis años gobierna a Macedonia, lib. 1. cap. 5. pag. 13. col. 2. Lbra a su Padre de la muerte, lib. 1. cap. 5. pag. 14. col. 2. Alteraciones en su Coronacion, lib. 1. cap. 10. pag. 29. col. 2. Hazenle General de los Griegos, lib. 1. cap. 11. pag. 31. col. 2. Caso raro, que le sucediò con Diogenes, lib. 1. cap. 11. pag. 33. Sacrifica al Dios Baco, ibid. Maxima Politica, para que no se le sollevassen los Estados, lib. 1. cap. 12. pag. 36. col. 1. Concede la paz a los Athenienses, lib. 1. cap. 14. pag. 43. col. 1. Disposiciones, que hizo para conservacion de la Grecia, lib.

2. cap. 2. pag. 50. col. 1. Su liberalidad, lib. 2. cap. 3. pag. 53. col. 1. Premia a sus Soldados, lib. 2. cap. 5. pag. 61. col. 1. Desvanece las supersticiones de sus Soldados, con vna estratagemas singular, lib. 2. cap. 5. pag. 59. col. 1. Admite algunos Pueblos a su gracia, lib. 2. cap. 6. pag. 66. col. 1. Ama la castidad, lib. 2. cap. 10. pag. 82. col. 1. Accion de su clemencia, lib. 2. cap. 11. pag. 83. col. 2. Adora el Nombre del Verdadero Dios, lib. 2. cap. 11. pag. 85. col. 2. Trata bien a los Judios, ibid. Corta el Nudo Gordio, lib. 3. cap. 1. pag. 93. col. 1. Enferma por averse bañado, lib. 3. cap. 5. pag. 99. col. 2. Oracion para animar a sus Soldados, lib. 3. cap. 10. pag. 108. col. 2. Consuela a la Madre, y muger de Dario, lib. 3. cap. 12. pag. 113. col. 1. Da muerte a vn Traydor, lib. 4. cap. 6. pag. 136. col. 2. Anima a los Griegos para la Batalla, lib. 4. cap. 14. pag. 160. col. 1. Da libertad a vnos Prisioneros Griegos, lib. 5. cap. 5. pag. 184. col. 1. Entregase a los deleites, lib. 6. cap. 2. pag. 207. col. 2. Accion heroica, que executò, para animar a sus Soldados, lib. 7. cap. 5. pag. 251. col. 1. Executa otra con vn Soldado, lib. 8. cap. 4. pag. 282. col. 2. Hazese adorar de los Persas, lib. 8. cap. 5. pag. 285. col. 1. Es herido por los Oxidracas, lib. 9. cap. 7. pag. 322. col. 1. Accion valerosa, solo digna de su animo, ibid. Suma considerable, que gastò en pagar las deudas de sus Soldados, lib. 10. cap. 2. pag. 345. col. 1. Danle veneno, lib. 10. cap. 4. pag. 350. col. 1. Su muerte, y circunstancias, lib. 10. cap. 5. pag. 351. col. 1.  
**Alexandria**, Ciudad famosa, fundada por Alexandro, lib. 4. cap. 8. pag. 141. col. 2.  
**Alexandria**, fundada por Alexandro junto al Tanais, lib. 7. cap. 6. pag. 354. col. 2.  
**Aminthas**, Capitan de Dario, su muerte, lib. 4. cap. 1. pag. 118. col. 1.  
**Amazonas**, su triage, lib. 5. cap. 5. pag. 217. col. 1.  
**Andromacho**, Gobernador de Judea, lib. 2. cap. 11. pag. 86. col. 1.  
**Andromacho**, Gobernador de Syria, quemado vivo, lib. 4. cap. 8. pag. 142. col. 2.  
**Anaximanes**, Maestro de Eloquencia de Alexandro, lib. 1. cap. 3. pag. 10. col. 2.  
**Antigono**, Gobernador de Lydia, derrota de los Persas, lib. 4. cap. 1. pag. 122. col. 1.  
**Aorno**, Peña inaccesible, sitiada por Alexandro, lib. 8. cap. 11. pag. 229. col. 2. Tomada por el mismo, lib. 8. cap. 11. pag. 31. col. 2.  
**Apeles**, Pintor de Alexandro, lib. 1. cap. 2. pag. 6. col. 1.  
**Apolo**, respuesta, que diò a Philipo, quando le consultò para la Guerra de Persia, lib. 1. cap. 9. pag. 27. col. 2.  
**Aristobulo Reynò** despues de Alexandro, lib. 1. cap. 1. pag. 1. col. 1.  
**Aristandro** describiò el sueño de Philipo, Padre de Alexandro, lib. 1. cap. 1. pag. 3. col. 2.  
**Aristoteles**, los premios, que consiguiò por la enseñanza de Alexandro, lib. 1. cap. 3. pag. 9. col. 1.  
**Aristoteles**, creyòse ser autor del veneno, y por què? lib. 1. cap. 3. pag. 10. col. 1.  
**Aristas** se quitò la vida con sus manos, y por què? lib. 2. cap. 5. pag. 61. col. 1. Ar.



# INDICE DE LAS

Armas, calidad de las de Alexandro, lib. 2. cap. 4. pag. 56. col. 1. y ibid. 57.  
 Armada, la de Memnon, lib. 2. cap. 12. pag. 89. col. 1.  
 Arpagones, Instrumentos belicos, lib. 4. cap. 2. pag. 124. col. 1.  
 Arbela, se rinde à Alexandro, lib. 5. cap. 1. pag. 171. col. 2.  
 Ariobarganes haze retirar à Alexandro, lib. 5. cap. 3. pag. 179. col. 2. Su muerte, lib. 3. cap. 4. pag. 183. col. 2.  
 Artacacna, tomada por Alexandro, lib. 6. cap. 6. pag. 220. col. 1.  
 Arideo es proclamado Rey en lugar de Alexandro, lib. 10. cap. 7. pag. 356. col. 2.  
 Athenienses, vencidos de Philipo, lib. 1. cap. 8. pag. 24. col. 1.  
 Attalo, herido de Alexandro, y por què? lib. 1. cap. 9. pag. 26. col. 1.

## B

**B**ACO, en el Monte, que tiene en Tracia, le sacrificò Alexandro, y tuvo por feliz anuncio lo que le sucediò, lib. 1. cap. 11. pag. 34. col. 1.  
 Bactra, Provincia, su descripcion, lib. 7. cap. 4. pag. 248. col. 2.  
 Bagophanes, el recibimiento, que hizo à Alexandro en Memphis, lib. 5. cap. 1. pag. 172. col. 2.  
 Balfamo, donde se produce, lib. 2. cap. 11. pag. 86. col. 1.  
 Batalla, la de los Persas, y Alexandro, lib. 2. cap. 5. pag. 60. col. 1.  
 Batalla, la de Dario, y Alexandro, lib. 3. cap. 11. pag. 109. col. 2. Otra de Alexandro, y Dario, lib. 4. cap. 15. pag. 163. col. 2.  
 Batalla, descripcion de la de los Lacedemonios, y Athenienses, lib. 6. cap. 1. pag. 203. col. 1.  
 Batalla, la de Poro, y Alexandro, lib. 8. cap. 14. pag. 306. col. 1.  
 Battis, la estraña muerte, que le diò Alexandro, lib. 4. cap. 6. pag. 137. col. 1.  
 Bazaria, Region deleytosa, lib. 8. cap. 1. pag. 272. col. 1.  
 Bello, preso por orden de Spitamenes, lib. 7. cap. 5. pag. 252. col. 1. Entreganle a Alexandro, lib. 7. cap. 5. pag. 253. col. 2. Su castigo, lib. 7. cap. 10. pag. 267. col. 1.  
 Bucephalo, Cavallo de Alexandro, y por què se llamó así? lib. 1. cap. 4. pag. 12. col. 1. No se dexa montar sino es de Alexandro, ibid. col. 2. Fue preso de los Mardos, y lo que hizo Alexandro por rescatarle, lib. 5. cap. 5. pag. 216. col. 1.  
 Bucephalea, Ciudad fundada por Alexandro, lib. 9. cap. 3. pag. 319. col. 1.

## C

**C**ALAS, Governador de Phrygia, lib. 2. cap. 6. pag. 6. col. 1.  
 Carta de Philipo para Aristoteles, avisándole del nacimiento de su hijo, y entregándole a su enseñanza, lib. 1. cap. 2. pag. 5. col. 1.  
 Carta de Dario, para Alexandro, pidiéndole restituyesle à su Madre, y su muger, que las tenia Prisioneras, lib. 4. cap. 1. pag. 119. col. 2. Otra de Dario à Alexandro, lib. 4. cap. 5. pag. 132. col. 2.  
 Carta de Alexandro para Dario, en respuesta, lib. 4. cap. 1. pag. 119. col. 1. Otra, lib. 4. cap. 5. pag. 133. col. 1.

Cartagineses, fundados por los Tyrios, lib. 4. cap. 2. pag. 124. col. 1.  
 Caridemo, muerto de orden de Dario, por aver dado vn buen consejo, lib. 3. cap. 2. pag. 95. col. 1.  
 Caspio, Mar, sus diversos nombres, y variedad de pezes, lib. 6. cap. 4. pag. 213. col. 2.  
 Castidad, amada de Alexandro, lib. 2. cap. 10. pag. 82. col. 1. y pag. 85. col. 2.  
 Caza, la que hizo Alexandro en Bazaria, lib. 8. cap. 1. pag. 272. col. 1.  
 Chiliarcho, què sea? lib. 5. cap. 2. pag. 175. col. 2.  
 Choaspe, Rio, calidad de sus aguas, lib. 5. cap. 2. pag. 176. col. 1.  
 Cidno, Rio donde se bañò Alexandro, lib. 3. cap. 5. pag. 99. col. 2.  
 Clito, quien fuesse, lib. 8. cap. 1. pag. 272. col. 2. Muere à manos de Alexandro, y por què? lib. 8. cap. 1. pag. 275. col. 1.  
 Combite, el que tuvo Alexandro en sus Bodas, lib. 10. cap. 1. pag. 343. col. 1.  
 Cleandro, dà muerte à Parmenion, y por què, lib. 7. cap. 2. pag. 243. col. 1.  
 Costumbres, corrompidas por las malas compañías, lib. 6. cap. 6. pag. 117. col. 2.  
 Comediantes, despreciados de Alexandro, lib. 1. cap. 3. pag. 10. col. 2.  
 Cratero, Governador de Macedonia, lib. 10. cap. 4. pag. 349. col. 1.

## D

**D**ANUVIO, Rio caudaloso, llamado Istro, lib. 1. cap. 12. pag. 3. col. 2.  
 Dario, Rey de los Persas, lib. 2. cap. 1. pag. 47. col. 1. Numero, y calidad de sus Soldados, lib. 3. cap. 2. pag. 93. col. 2. y pag. 94. col. 1. Forma de su Exercito, lib. 3. cap. 9. pag. 107. col. 1. Vencido de Alexandro, lib. 3. cap. 11. pag. 111. col. 1.  
 Carta, que escribiò à Alexandro, lib. 4. cap. 1. pag. 118. col. 1. Oracion, que hizo, animando à los Persas, lib. 4. cap. 14. pag. 161. col. 1. Es hecho prisionero de los suyos, lib. 5. cap. 12. pag. 199. col. 1. Muere à manos de los suyos, lib. 5. cap. 13. pag. 201. col. 2.  
 Demosthenes, oracion que hizo à los Thebanos, lib. 1. cap. 7. pag. 20. col. 1. Favorece à los Thebanos, lib. 1. cap. 13. pag. 40. col. 1.  
 Decio, lo mismo que mes de junio, infeliz para los Athenienses, lib. 2. cap. 5. pag. 59. col. 1.  
 Democrates, se quitò a si mismo la vida, lib. 6. cap. 5. pag. 215. col. 1.  
 Desafio, el de Horrata, y Dioxippo, lib. 9. cap. 7. pag. 328. col. 1.  
 Dioses, la gran veneracion, que les tuvo Alexandro, lib. 1. cap. 2. pag. 6. col. 2.  
 Dirce, Fuente, manò sangre, lib. 1. cap. 14. pag. 43. col. 1.  
 Dimarcas, quien sean? lib. 5. cap. 15. pag. 200. col. 2.  
 Dymno, se dà muerte à si proprio, y por què, lib. 6. cap. 7. pag. 222. col. 2.

## E

**E**GYPTO, sus Arenales, lib. 4. cap. 7. pag. 139. col. 2.  
 Epheso, hazela Alexandro Republica, lib. 2. cap. 5. pag. 65. col. 2.  
 Ephesios, edifican el Templo de Diana, lib. 2. cap. 6. pag. 65. col. 1.

Ephes-



## COSAS NOTABLES.

**E**phesion, se casa con hija de Darío, lib. 10. cap. 1. pag. 343. col. 1.  
**E**mo, Monte de Thracia, lib. 1. cap. 11. pag. 33. col. 2.  
**E**rythra, Ciudad célebre, y por qué? lib. 2. cap. 7. pag. 68. col. 2.  
**E**mbriaguez, el daño que ocasionò à Persépolis, lib. 5. cap. 7. pag. 189. col. 2.  
**E**scudos, los que ofreció Alexandro à Minerva; su inscripcion, lib. 2. cap. 5. pag. 62. col. 2.  
**E**spaña, llamada Iberia, de donde? lib. 10. cap. 1. pag. 339. col. 1.  
**E**vergetas, quienes se llamaron, lib. 7. cap. 3. pag. 244. col. 2.  
**E**xercito, el de Darío, quan numeroso, lib. 3. cap. 2. pag. 93. col. 2.  
**E**xercito, numero, y calidad del que llevó Alexandro à Persia, lib. 2. cap. 3. pag. 52. col. 2.  
**E**xercitos, descripcion de los de Alexandro, y Darío, lib. 4. cap. 15. pag. 163. col. 2.

## F

**F**UENTE, llamada Dirce, mandò sangre, lib. 1. cap. 14. pag. 43. col. 2.  
**F**uente del Sol, sus propiedades, lib. 4. cap. 7. pag. 140. col. 2.  
**F**uente, la que se llamó del nombre de Achiles, lib. 2. cap. 7. pag. 71. col. 1.

## G

**G**AMBAS, lo mismo que Ganapan, lib. 3. cap. 13. pag. 116. col. 1.  
**G**etas, vencidos de Alexandro, lib. 1. cap. 12. pag. 35. col. 1.  
**G**ordio, Ciudad Capital de Phrygia; su situacion, lib. 3. cap. 1. pag. 92. col. 2.  
**G**uerra, no conviene que salga el Rey à ella, no teniendo successión, lib. 2. cap. 2. pag. 50. col. 1.

## H

**H**ALICARNASO, Ciudad Capital de Caria, lib. 2. cap. 9. pag. 75. col. 1. Es arrasada por Alexandro, lib. 2. cap. 10. pag. 79. col. 1.  
**H**arpalo, Capitan, se destruye por el Amor de vna Ramera, lib. 5. cap. 7. pag. col.  
**H**elanica, Ama de Alexandro, lib. 7. cap. 2. pag. 5. col. 1.  
**H**ercules, venerado de Alexandro, lib. 1. cap. 12. pag. 35. col. 2.  
**H**elisponto, su descripcion, y de las Tierras cercanas, lib. 1. cap. 3. pag. 52. col. 1.  
**H**ierro, quienes fueron los que primero le descubrieron, lib. 2. cap. 1. pag. 48. col. 2.  
**H**yparnes, tomada de Alexandro, lib. 2. cap. 11. pag. 82. col. 2.  
**H**omero, estimado de Alexandro, lib. 1. cap. 4. pag. 11. col. 1. Quales de sus obras estimò mas Alexandro, ibid. col. 2.  
**H**orostrato, quemò el Templo de Diana en Epheso, lib. 2. cap. 6. pag. 67. col. 1.

## I

**I**DA, Monte, origen de su nombre, y su descripcion, lib. 2. cap. 1. pag. 48. col. 2.  
**I**ngratitud, castigada de Philipo, lib. 1. cap. 8. pag. 15. col. 1.

**I**ndia, su descripcion, lib. 8. cap. 9. pag. 293. col. 2.  
**I**stro, Rio caudaloso, llamado Danubio, lib. 1. cap. 12. pag. 35. col. 2.

## J

**J**ERUSALEM, sus moradores piden perdon à Alexandro, lib. 2. cap. 11. pag. 85. col. 1.  
**J**upiter, se cree tomò forma de Serpiente, quando nació Alexandro, lib. 1. cap. 1. pag. 2. col. 2.  
**J**upiter, venerado de Alexandro, lib. 1. cap. 12. pag. 35. col. 2.  
**J**upiter Olympo, sacrificios, que le ofreció Alexandro, por los buenos sucesos de la Guerra, lib. 2. cap. 2. pag. 52. col. 1.  
**J**upiter Hamon, descripcion del sitio de su Templo, lib. 4. cap. 7. pag. 140. col. 1.

## L

**L**EONIDAS, y Lisimacho, Ayos de Alexandro, lib. 1. cap. 2. pag. 5. col. 1.  
**L**eon à el qual quitò la vida Alexandro, lib. 8. cap. 1. pag. 272. col. 1.  
**L**incestes, castigado de Alexandro, lib. 2. cap. 11. pag. 84. col. 2.  
**L**incestes, muerto à Lançadas, y por qué? lib. 7. cap. 1. pag. 237. col. 2.  
**L**isipo, y Polycrates, Escultores de Alexandro, lib. 1. cap. 2. pag. 6. col. 2.

## M

**M**ACEDONES, su descendencia, lib. 1. cap. 12. pag. 2. col. 1.  
**M**adathes, Governador de los Ugiores, lib. 9. cap. 3. pag. 178. col. 1.  
**M**ardos, sus estilos; sujetalos Alexandro, lib. 5. cap. 7. pag. 188. col. 2.  
**M**ar Caspio, sus diversos nombres, y variedad de Pezes, lib. 6. cap. 4. pag. 213. col. 2.  
**M**ar Oceano, entrò en el Alexandro, y padeciò tormenta, lib. 9. cap. 9. pag. 333. col. 1.  
**M**azagas, perdonados por Alexandro, lib. 8. cap. 10. pag. 298. col. 1.  
**M**edicina, la supò Alexandro, lib. 1. cap. 3. pag. 80. col. 2.  
**M**edico, el de Alexandro se llamó Philipo, lib. 3. cap. 6. pag. 101. col. 1.  
**M**edicina, por no practicarla, lo que executò vn Philosopho, lib. 10. cap. 1. pag. 341. col. 1.  
**M**edio, Thesaliense, dà veneno à Alexandro, lib. 10. cap. 9. pag. 350. col. 1.  
**M**eleagro, muere por industria de Perdiccas, lib. 10. cap. 9. pag. 360. col. 1.  
**M**enon Rodio, Caudillo de los Persas, lib. 2. cap. 4. pag. 58. col. 1. Accion heroyca, que executò, lib. 2. cap. 9. pag. 77. col. 2. Muere de Peste, lib. 2. cap. 12. pag. 90. col. 1.  
**M**emphis, lo insigne, que tiene esta Ciudad, lib. 5. cap. 1. pag. 172. col. 1.  
**M**emacenos, sitiados, y ganados por Alexandro, lib. 7. cap. 6. pag. 256. col. 1.  
**M**enedemo, muere à manos de sus Enemigos, lib. 7. cap. 7. pag. 260. col. 2.  
**M**esopotamia, de donde toma este nombre, lib. 5. cap. 1. pag. 172. col. 1. Su descripcion, ibid.  
**M**onte Caucazo, su situacion, lib. 7. cap. 3. pag. 246. col. 1. Mon-



# INDICE DE LAS

Monte Tauro, su situacion, *ibid.*  
 Mileto, tomada por Alexandro, lib. 2. cap. 7. pag. 70. col. 2.  
 Mynda, Ciudad de Caria, se resiste al Exercito de Alexandro, lib. 2. cap. 5. pag. 79. col. 1.  
 Minerva, modo de su sacrificio, lib. 4. cap. 13. pag. 157. col. 2.  
 Musica, la supo Alexandro, lib. 1. cap. 3. pag. 10. col. 1.  
 Muger, cruel accion, que executò vna con su marido, lib. 8. cap. 3. pag. 280. col. 1.

## N

**N**ABARZANES, es Traydor à Dario, lib. 5. cap. 12. pag. 199. col. 1.  
 Nacimiento, fuè prodigioso el de Alexandro, y por-  
 què? lib. 1. cap. 1. pag. 4. col. 1.  
 Naura, Provincia famosa, se rinde à Alexandro, lib. 8. cap. 2. pag. 278. col. 1.  
 Nicea, Ciudad fundada por Alexandro, lib. 9. cap. 3. pag. 319. col. 1.  
 Nudo Gordio, le cortò Alexandro, lib. 3. cap. 1. pag. 92. col. 2.

## O

**O**LIMPIAS, Madre de Alexandro, su descendencia, lib. 1. cap. 1. pag. 2. col. 1. Dicen fuè adultera, *ibid.* col. 2. Niegafe esta fabula, *ibid.* pag. 3. Se favorece del Rey Epiro, lib. 1. cap. 9. pag. 26. col. 2. Persuade a Alexandro, quite la vida a su Padre Philipo, *ibid.*  
 Olimpo, Monte, su situacion, lib. 1. cap. 11. pag. 32. col. 1.  
 Omphis, Rey poderoso en la India, se rinde à Alexandro, lib. 8. cap. 12. pag. 301. col. 2.  
 Oracion, la que hizieron los Embaxadores Scythas à Alexandro, lib. 7. cap. 8. pag. 62. col. 1.  
 Orpheo, su Patria, lib. 1. cap. 11. pag. 34. col. 1. Su-  
 da su Estatua, y lo que dixeran, que anunciaba, *ibid.*  
 Oxatres, hermano de Dario, lib. 3. cap. 11. pag. 110. col. 1.  
 Oxiartes, Padre de Roxanes, Doncella, con quien casò Alexandro, lib. 8. cap. 4. pag. 283. col. 1.  
 Oxidaroca, tomada por Alexandro, lib. 9. cap. 5. pag. 223. col. 2.

## P

**P**ALACIO, el de los Reyes de Persia fuè quemado à persuasion de vna Ramera, lib. 5. cap. 7. pag. 189. col. 2.  
 Pancastra, fuè la Concubina, que Alexandro le cedió à Apeles, lib. 2. cap. 6. pag. 66. col. 2.  
 Parmenion, toma la Ciudad de Grinio, lib. 2. cap. 1. pag. 49. col. 2. Consejo, que diò à Alexandro, de que no saliese à la Guerra, por no tener sucesion, lib. 2. cap. 2. pag. 50. col. 1.  
 Parmenion, Governador de Syria, lib. 4. cap. 1. pag. 118. col. 2.  
 Parmenion, muere à manos de Cleandro, lib. 7. cap. 2. pag. 243. col. 1.  
 Parapamisdes, què gente sea, y su modo de vida, lib. 7. cap. 3. pag. 245. col. 1.  
 Parthos, quienes son? lib. 6. cap. 2. pag. 208. col. 2.  
 Paulanias dà muerte à Philipo, y por què, lib. 1. cap. 9. pag. 28. col. 1.

Peza, la que ganò Alexandro à Arimazes, lib. 7. cap. 11. pag. 267. col. 2.  
 Persas, noticia de su Dominio, lib. 2. cap. 1. pag. 47. col. 1.  
 Persas vencidos de Alexandro, lib. 2. cap. 5. pag. 61. col. 1.  
 Persas, la pompa que lleva su Rey quando sale à Campaña, lib. 3. cap. 3. pag. 96. col. 1.  
 Persas, exercieron el cargo de Guardias de la Persona de Alexandro, lib. 10. cap. 4. pag. 347. col. 2.  
 Persepolis, tomada por Alexandro, lib. 5. cap. 4. pag. 183. col. 2.  
 Perdicas, recibe en la muerte de Alexandro su Anillo, lib. 10. cap. 5. pag. 351. col. 1.  
 Persepolis, Corte de Persia, quemada à instancias de vna Ramera, lib. 5. cap. 7. pag. 189. col. 2.  
 Perros, la ferocidad de los del Reyno de Sopites, para la Caza, lib. 9. cap. 1. pag. 313. col. 2.  
 Pyrgoteles, grava la Estatua de Alexandro, lib. 1. cap. 2. pag. 6. col. 1.  
 Pintura, cantidad grande; que le dieron à Apeles por vna, lib. 2. cap. 6. pag. 67. col. 2.  
 Poesia, premiada de Alexandro, lib. 1. cap. 13. pag. 42. col. 2.  
 Pobre, lo fuè Philipo quando murió, lib. 2. cap. 13. pag. 53. col. 1.  
 Pobreza, sublimada à la Corona, lib. 4. cap. 1. pag. 120. col. 1.  
 Poro, Rey Indio, de lo que se componia su Exercito, lib. 8. cap. 13. pag. 304. col. 1. Vencido de Alexandro, lib. 8. cap. 14. pag. 309. col. 2.  
 Philipo, Padre de Alexandro, lib. 1. cap. 1. pag. 2. col. 1. Ilustra à los Macedones, *ibid.* Reduce à Grecia à su poder, *ibid.* Haze para su hijo gran numero de levas, *ibid.* pag. 2. col. 1. Premia à Aristoteles por la enfeñança de su hijo, lib. 1. cap. 3. pag. 9. col. 1. Haze peticion à la Diosa Nemesis. para que no le dè tantas fortunas, lib. 1. cap. 1. pag. 4. col. 1. Intenta matar à su hijo Alexandro, y por què? lib. 1. cap. 9. pag. 26. col. 1. Anima a Alexandro à conseguir la Corona, mas por el valor, que por su nacimiento, lib. 1. cap. 9. pag. 27. col. 2. Muere gustoso, por conocer del espiritu de su hijo, los triumphos, que avia de conseguir, lib. 1. cap. 1. pag. 2. col. 1.  
 Philipo, Medico de Alexandro, lib. 3. cap. 6. pag. 101. col. 1.  
 Phiton, Oracion que hizo en favor de los Macedones, lib. 1. cap. 6. pag. 17. col. 1.  
 Philotas, su prision, lib. 6. cap. 8. pag. 225. col. 1. Los cargos, que le hizieron, lib. 6. cap. 9. pag. 227. col. 1. Su defenfa, lib. 6. cap. 10. pag. 229. col. 1.  
 Ponente à cuestion de tormento, lib. 6. cap. 11. pag. 233. col. 2. Muere apedreado, lib. 6. cap. 11. pag. 135. col. 2.  
 Phrygia, genero de Musica, que estimò Alexandro, lib. 1. cap. 3. pag. 10. col. 2.  
 Phithia, Patria de Achilles, lib. 1. cap. 11. pag. 32. col. 2. Dexala Alexandro libre por sus respectos, *ibid.*  
 Phocion, estimado de Alexandro por sus costumbres, lib. 2. cap. 6. pag. 65. col. 1.  
 Protefilao, particularidad de su sepulchro, lib. 2. cap. 3. pag. 55. col. 1.  
 Priothyes, y Phenix, Cábèzas de la Rebelion de Thebas, lib. 1. cap. 13. pag. 39. col. 1.  
 Ptholomeo, Reynò despues de Alexandro, lib. 1. cap. 1. pag. 1. col. 2. Sana de la herida, y por què medio, lib. 9. cap. 8. pag. 131. col. 2.



# COSAS NOTABLES.

## R

- R**AMERA, por vna fué quemada la Ciudad de Persepolis, lib. 5. cap. 7. pag. 189. col. 2.  
 Rio Praxio, su descripcion, lib. 2. cap. 4. pag. 57. col. 1.  
 Rio Cydno, y donde se bañó Alexandro, lib. 3. cap. 5. pag. 99. col. 2.  
 Rio Tygris, noticia de su nombre, y caudal, lib. 4. cap. 9. pag. 145. col. 1.  
 Rio Eufrates, su descripcion, lib. 5. cap. 1. pag. 173. col. 1.  
 Rio Choaspes, calidad de sus aguas, lib. 5. cap. 2. pag. 176. col. 1.  
 Rio Araxes, su descripcion, lib. 5. cap. 4. pag. 181. col. 1.  
 Rio Oxo, le passa el Exercito con rara industria, lib. 7. cap. 5. pag. 252. col. 1.  
 Rio Tanais, el modo que tuvo Alexandro de passarle, lib. 7. cap. 9. pag. 253. col. 2.  
 Rio Indo, su descripcion, lib. 8. cap. 9. pag. 293. col. 2.  
 Rio Ganges, su descripcion, lib. 8. cap. 9. ibid.  
 Rio Dyardene, su descripcion, lib. 8. cap. 9. pag. 294. col. 1.  
 Rio Erymantho, su descripcion, lib. 8. ibid.  
 Roxanes, muger de Alexandro, lib. 8. cap. 4. pag. 283. col. 1.  
 Romanos, no acostumbraban escribir Historias de Naciones estranas, y por qué? lib. 1. cap. 1. pag. 2. col. 1.  
 Rhinocerontes, donde se crian, lib. 8. cap. 9. pag. 294. col. 2.

## S

- S**ABRAZAS, Nacion poderosa, su Gobierno, lib. 9. cap. 8. pag. 239. col. 2.  
 Saturno, forma de su Sacrificio, lib. 4. cap. 3. pag. 129. col. 1.  
 Sepulcro particularidad del de Protefilao, lib. 2. cap. 3. pag. 51. col. 1.  
 Sepulcro, el de Achilles honró Alexandro, lib. 2. cap. 4. pag. 55. col. 2.  
 Secreto, es muy observado de los Persas, lib. 4. cap. 6. pag. 135. col. 2.  
 Syrmio, Rey de los Triballios, no fué vencido de Alexandro, lib. 1. cap. 11. pag. 35. col. 1.  
 Sirphax, muere apedreado, y por qué? lib. 2. cap. 6. pag. 66. col. 1.  
 Sidetas, quienes se llaman, lib. 2. cap. 12. pag. 86. col. 2.  
 Side, Ciudad Capital de Pamphilia, lib. 2. ibid.  
 Sitio de Gaza, y su toma, lib. 4. cap. 6. pag. 135. col. 2.  
 Sisigambis, sentimiento que hizo en la muerte de Alexandro, lib. 10. cap. 5. pag. 352. col. 1.  
 Su muerte, por el mismo motivo, ibid.  
 Sydonios, caso raro, que le sucedió a su Rey Abdomino, lib. 4. cap. 1. pag. 120. col. 1.  
 Sobervia, castigada en Philipo con la muerte, lib. 1. cap. 9. pag. 28. col. 2.  
 Sogdiana, Region famosa, se descubre, lib. 7. cap. 10. pag. 266. col. 1.  
 Sueño, el que tuvo Philipo antes del nacimiento de Alexandro, lib. 1. cap. 1. pag. 3. col. 2.  
 Susa, se entrega a Alexandro, lib. 5. cap. 2. pag. 176. col. 1.

- Scythas, su habitacion, lib. 7. cap. 4. pag. 249. col. 1.  
 Scythas, vencidos de Alexandro, lib. 7. cap. 9. pag. 264. col. 1.  
 Smyrnos, favorecidos de Alexandro, lib. 2. cap. 7. pag. 68. col. 1.  
 Statira, se desposó con Alexandro, lib. 10. cap. 1. pag. 343. col. 1.

## T

- T**ARSO, tomada por Alexandro, lib. 3. cap. 4. pag. 99. col. 1.  
 Talestres, Reyna de las Amazonas, visita a Alexandro, lib. 6. cap. 5. pag. 217. col. 1. Motivo especial de la visita, ibid.  
 Templo, el de Diana quemado la noche, que nació Alexandro, lib. 1. cap. 2. pag. 3. col. 2.  
 Templo de Jupiter Hamon, su situacion, lib. 4. cap. 7. pag. 139. col. 2.  
 Templança, la de Alexandro, lib. 2. cap. 8. pag. 75. c. 1.  
 Tesoro, calidad, y cantidad de que se componia el de Dario, lib. 3. cap. 13. pag. 115. col. 2.  
 Tesoro, lo que importó el de Persepolis, que ganó Alexandro, lib. 5. cap. 6. pag. 180. col. 2.  
 Timoclea, executa vna heroica accion en defensa de su castidad, lib. 1. cap. 13. pag. 42. col. 1.  
 Timco, muere por defender la vida a Alexandro, lib. 9. cap. 5. pag. 323. col. 1.  
 Tierra, tiembla en el nacimiento de Alexandro, lib. 1. cap. 1. pag. 4. col. 2.  
 Tyrios, Fundadores de Carthago, lib. 4. cap. 2. pag. 124. col. 1.  
 Tyro, sitiada por Alexandro, lib. 4. cap. 2. pag. 122. col. 2. Su origen, lib. 4. cap. 4. pag. 132. col. 1.  
 Tyro, tomada por Alexandro, lib. 4. cap. 4. pag. 129. col. 2.  
 Thebanos, castigados de Philipo por ingratos, lib. 1. cap. 8. pag. 24. col. 2.  
 Thebanos, vencidos de Alexandro, y tomada la Ciudad, lib. cap. 13. pag. 41. col. 2.  
 Thessalia, Region amena, lib. 1. cap. 11. pag. 32. col. 1. Tomada por Alexandro, ibid.  
 Thraces, vencidos de Alexandro, y especial ardid Militar con que consiguió la Victoria, lib. 1. cap. 11. pag. 33. col. 2.  
 Thelmisio, tomada por Alexandro, lib. 2. cap. 12. pag. 88. col. 2.  
 Troya, es hecha Ciudad de Alexandro, lib. 2. cap. 6. pag. 63. col. 2.

## V

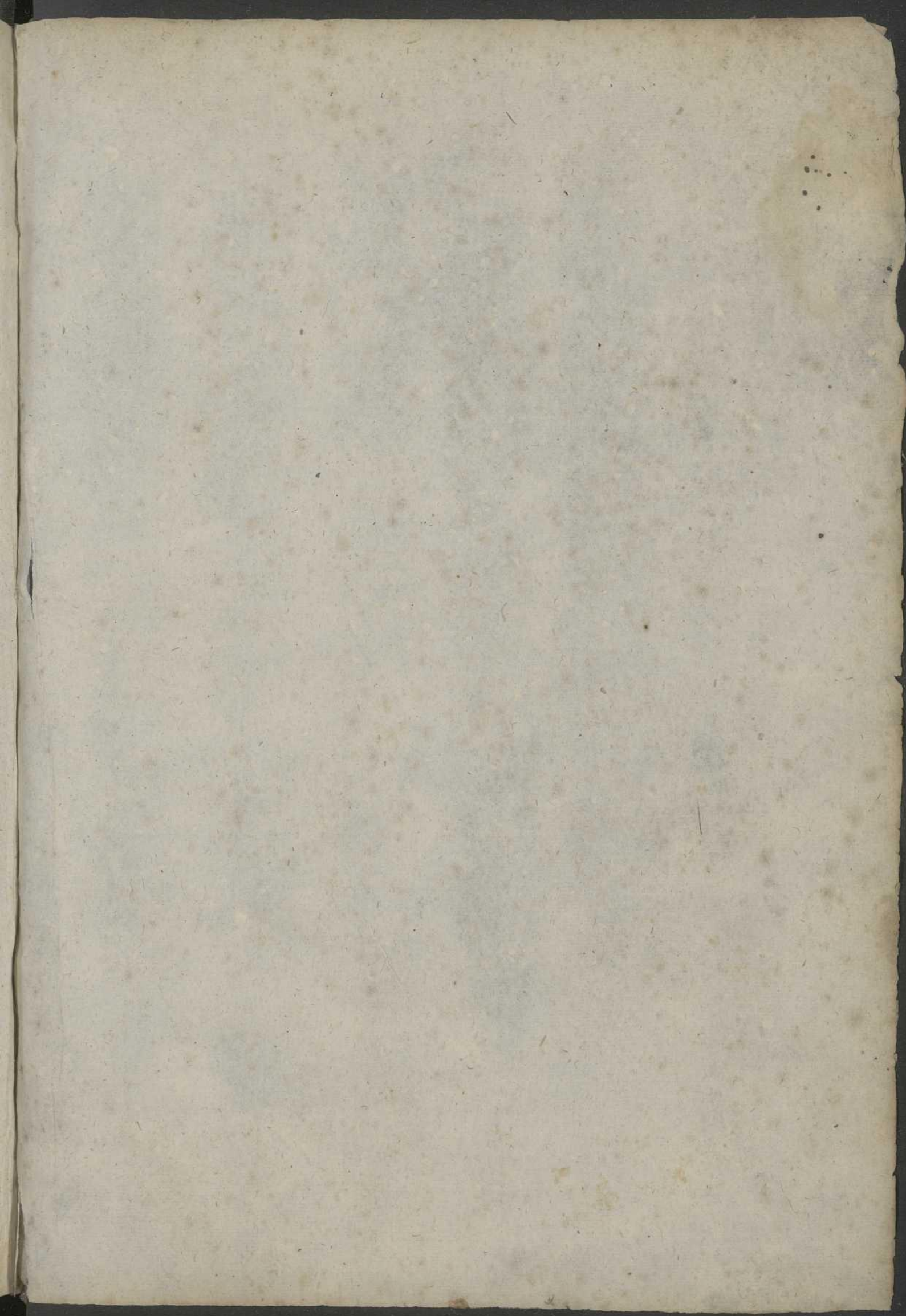
- V**ENECIANOS, su origen, lib. 3. cap. 2. pag. 93. col. 1.  
 Victoria, la que alcançó Philipo de los Scythas, lib. 1. cap. 5. pag. 14. col. 1.  
 Viveres, fué grande la carestia, que tuvo Alexandro de ellos, lib. 7. cap. 4. pag. 248. col. 1.  
 Ugiores, vencidos por Alexandro, lib. 4. cap. 3. pag. 177. col. 2.

## Z

- Z**ELOS, son motivo de executar grandes crueldades, lib. 1. cap. 9. pag. 29. col. 1.  
 Zioberis Rio, su descripcion, lib. 6. cap. pag. 412. col. 2.

F I N.

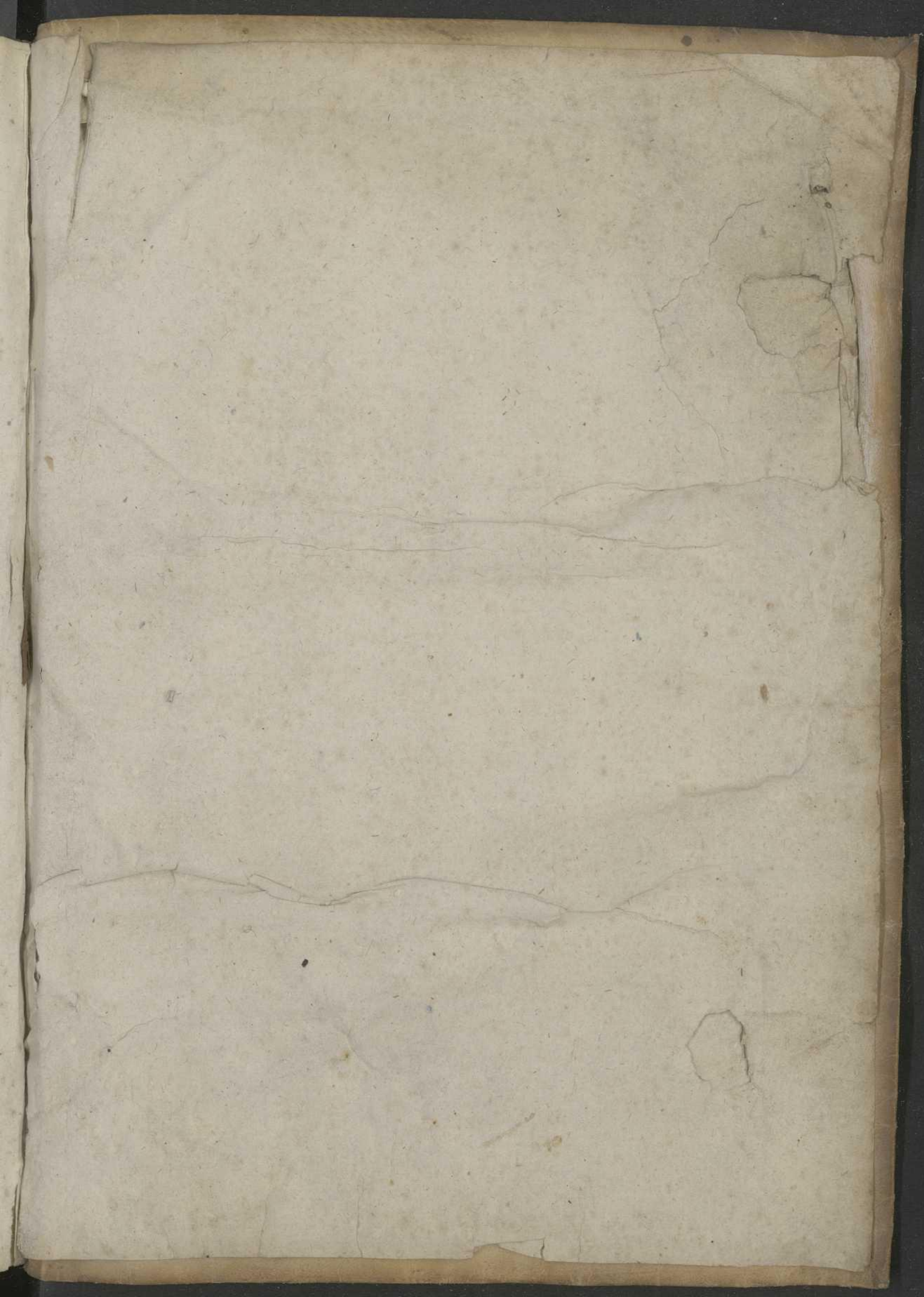




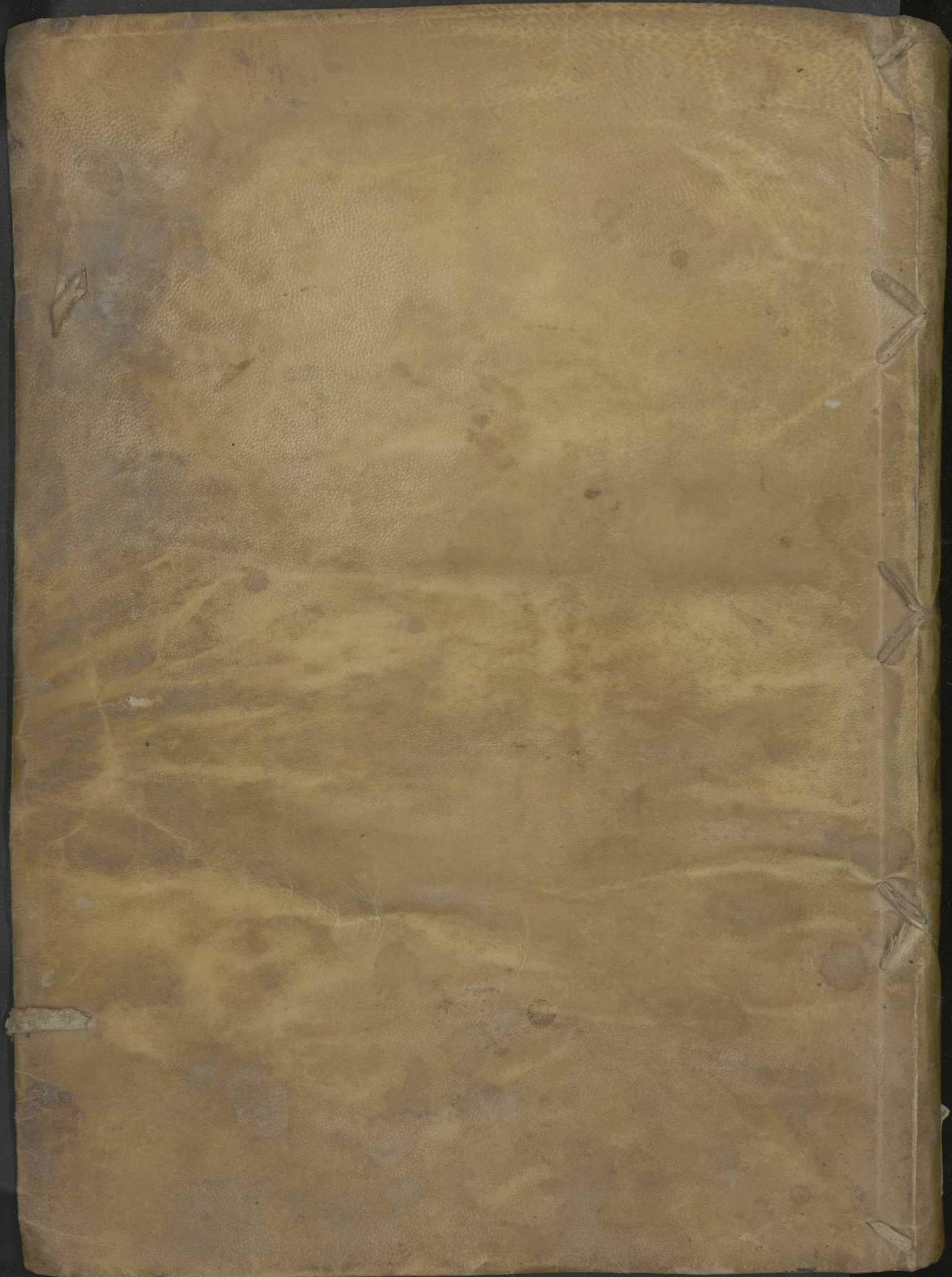














11.550